las series infinitas

pablo torrés

nudeta

las series infinitas

pablo farrés

editorial nudista

EDITORIAL
nudista

pablo farrés

las series infinitas

A Natacha,
ella sabe por qué

–el porque sí de las fiestas inútiles–

Yo digo «Viva la revolución!" como diría ¡Viva la destrucción! ;Viva la penitencia! ¡Viva el castigo! ;Viva la muerte! Sería feliz no sólo como víctima; no me desagradaría actuar como verdugo: ¡así sabría lo que es la revolución desde ambos lados! Todos nosotros tenemos en la sangre el espíritu republicano como tenemos la sífilis en los huesos; tenemos una infección democrática y una sifilítica.

Ch. Baudelaire

Toda identidad es una cárcel.

M. Foucault

PRIMERA PARTE

TODOS LOS HOMBRES DE EMILIA

::: 1 :::

Me preguntaste una y mil veces por Claudio Scherer y nunca pude ni supe cómo explicarte quién era Claudio Scherer. Si te lo hubiese contado no me hubieras creído y me habrías tratado de loca, pero si entonces callé fue porque cabía la posibilidad cierta de que vos mismo fueras Claudio Scherer.

¿Me equivoqué?, ¿le hice daño a la única persona que estaba conmigo para cuidarme de mí misma? Ahora ya no tiene importancia, y si vos sos Claudio, aun así, voy a darme el lujo de resguardar en mi memoria a Axel Santana y aferrarme a la ilusión de estar escribiendo para vos y contarte finalmente lo que querías saber. Quizás así puedas recobrar lo que perdiste y devolvernos lo que el otro nos robó.

El tiempo pasó y los recuerdos se dispersan, pero tengo que empezar por algún lugar y no hay mejor lugar que cualquier lugar. Empiezo entonces por un sueño que callo, pero del que desperté como si media docena de guardavidas me hubieran rescatado del océano y tirada sobre la arena de la playa me devolvieran la vida luego de una recuperación cardiovascular. Intenté serenarme, definir lo que había soñado, establecer alguna lógica, alcanzar alguna narración, pero las imágenes se me deshacían en un enchastre mental. Los sueños con Claudio siempre se llevaban algo de mí y me dejaban con la sensación constante de haber sido vejada.

Tomé la carpeta donde escribía aquellos sueños y fui a la cocina. Tenía que ser dura y estricta para recuperar lo que había soñado, pero un rato más tarde, ya vencida, hice lo que me había prometido no hacer: encendí la computadora, abrí el mail. Aun sabiendo que una vez más Claudio había escrito por mí lo que se me escapaba como si en verdad fuera él el que habitara mi mente y viviera mis sueños robándome lo más propio, lo leí todo de un tirón.

¿Cómo podía saber con tal grado de detalle lo que yo había soñado, lo que debería haber sido mío y de nadie más? A medida que mis ojos se deslizaban a través de las palabras, las imágenes que había soñado volvían a hacerse presentes en mi memoria. Los pedacitos sueltos de cada escena volvían a unirse armando la película mental que había creído olvidar y al terminar de leer no tenía dudas de que había soñado lo que el otro me contaba.

Quería convencerme de que aquello era una trampa que yo misma me estaba montando, acaso influenciada por el relato de Claudio, que mi memoria reconfiguraba el sueño para entregarme una versión falsa y hacerme creer que había soñado con aquello, sin embargo, no podía abandonar la radicalidad de las imágenes recordadas.

Ni siquiera lo había visto una sola vez en mi vida cuando, hacía unas semanas atrás, recibí el primer llamado telefónico. Le pregunté quién era y me respondió que era el amante de mi esposo. Decía que lo veía mal, que le preocupaba lo que entendía como una fase depresiva. Era cierto, Roby cada vez pintaba menos y más se alejaba de los circuitos de exposiciones, pero lo que le interesaba a Claudio no era mi esposo sino tender sus redes a mi alrededor. Me invitó a vernos un par de veces, salir a comer, tomar una copa por ahí. Mi respuesta siempre fue negativa. No pensaba tener la más mínima relación con el amante de mi esposo, pero a cada rechazo, Claudio parecía obsesionarse más. De las propuestas para encontrarnos pasó al hostigamiento. Primero se trataron de mensajes privados en Facebook. Cada uno detallaba partes de mi vida, dónde había nacido, quiénes habían sido mis padres, a qué escuela había ido, en qué universidad había estudiado, listas con los nombres de amigos que yo misma había olvidado, departamentos donde viví, lugares en los que trabajé. Cada mensaje terminaba siempre con las mismas palabras: “¿Te das cuenta que tenemos que encontrarnos? Ni tu esposo sabe tantas cosas sobre vos. Te juro que vale pena”.

Del repaso minucioso sobre mi vida pasó al registro de cada uno de mis movimientos. Mensajes en el whatsapp y en el mail, audios en el celular, todos dejaban registro de dónde me encontraba, lo que estaba haciendo o con quién estaba hablando. Sonaba el celular y leía: “Ahora estás caminando por Callao hacia la esquina de Corrientes”, “Ahora estás comprando en la librería Antígona y el libro que tenés en tu mano izquierda es *Luminoso* de Greg Egan”, “Ahora estás tomando un café negro en el bar de Santa Fe y Pueyrredón y la chica que te acompaña se llama Sofía”. Invariablemente, levantaba la vista y daba vueltas sobre mis pies buscando a Claudio o alguien que me observara y trabajara para él. Aquello empezó a darme miedo. Pensaba que Claudio debía trabajar para los Servicios de Inteligencia, la policía o quién fuera que tuviera la posibilidad y los medios para seguirme a donde fuera.

Le conté a Roby lo que me estaba pasando, con el suficiente tino como para no dar el nombre de Claudio y que pensara que se trataba de celos de mi parte. Le pregunté si tenía idea de quién podía estar siguiéndome de ese modo pero Roby intentó quitarle importancia al asunto. Quise ir con cuidado preguntándole si alguno de sus amantes

podía estar detrás de aquello. Me dijo que no y recién entonces le pregunté por Claudio.

—Nunca te dije que Claudio y yo fuéramos amantes, no sé de dónde sacás eso. Habíamos quedado en que no nos metíamos con las cosas del otro.

—Tenés razón, solo que no entiendo por qué me están persiguiendo —le respondí comprendiendo entonces que frente a la obsesión de Claudio me encontraba sola.

Durante un tiempo los mensajes y los llamados cesaron. Pensé que acaso Roby había hecho mención a nuestra conversación y el otro había retrocedido, pero me equivocaba al pensar que Claudio podía retroceder ante algo. Volvió a llamarme, volvió a invitarme a salir y conocernos "cara a cara". Le respondí de nuevo que con un amante de mi marido no quería tener ninguna relación y colgué el teléfono. Entonces comenzó la etapa más extraña. Si antes los mensajes describían mi vida exterior y dejaban suponer que alguien me estaba persiguiendo, ahora parecía que Claudio había penetrado en mi alma y se había quedado a vivir allí dentro. Así, sus mensajes comenzaron a describir cada uno de mis sueños; solo se trataba de despertar, tomar el celular y encontrar la descripción más exacta y detallada de lo que yo misma había soñado hacía solo unos instantes.

A veces los recordaba claramente y me sorprendía que Claudio pudiera narrarlos como si él mismo los hubiera soñado por mí o conmigo. Otras veces despertaba sin recordar nada, pero con solo leer los mensajes del otro, de pronto, las imágenes se hacían en mi mente y me encontraba recordando lo que había querido olvidar.

Para no dejarme influir y que fuera él el que me indujera a reconstruir mis sueños, me impuse la tarea de escribir en una carpeta lo que recordaba haber soñado apenas despertaba. Pero lo que yo escribía en mi carpeta resultaba exactamente igual a lo que Claudio describía en los mensajes que me enviaba. Incluso puedo asegurar que sus narraciones eran más vívidas que las mías, resaltando detalles que se me escapaban o dándole un orden más claro a lo que, por mi parte, solo era confusión.

Así el miedo ante Claudio fue mezclándose con la fascinación. Me sentía ultrajada pero a la vez deslumbrada, la tentación de llamarlo y preguntarle cómo era posible que supiera lo que yo soñaba me perseguía todo el tiempo. Solo se trataba de olvidarme del asunto, no volver a leer los mensajes ni escuchar los audios en el celular, pero no podía abandonar la idea de que Claudio sabía más cosas de mí que yo misma. Había luchado contra el deseo de saber quién era, cómo podía inmiscuirse en mi mente y vivir mis sueños, pero finalmente se había vuelto el centro de todas mis ideas, el agujero mental alrededor del

cual daba vueltas.

Esa mañana visité a Roby y pronto comprendería que la historia del sueño de aquella noche no había terminado allí. Hacía un buen tiempo que no entraba en la sala que Roby usaba de estudio y taller. Unas diez telas y sus bastidores se apoyaban en los atriles distribuidos a lo largo de la sala. Me sorprendió entonces encontrarme con las imágenes de lo que yo misma había soñado horas antes.

No se trataba de una mera semejanza, la correspondencia entre los cuadros y mis sueños era absoluta. Ahora Roby los había pintado para mí. ¿También él había tenido las mismas alucinaciones oníricas y las había pintado como un modo de exorcismo?

Me respondió que sí, los cuadros habían surgido de un sueño recurrente. Me confesó que el hombre y la mujer que estaban haciendo el amor éramos Claudio y yo.

Aseguró que no lo veía desde hacía un tiempo. Le pregunté por qué. Le tembló la voz, quiso desviar el tema y terminó repitiendo una y otra vez la palabra humillación. Quise saber a qué se refería con tales humillaciones. Dio algunas vueltas esquivando el tema y terminó haciendo alusión a ciertas escenas ante las que prefería retroceder.

Me negué yo también a ahondar en esas cuestiones, pero tampoco podía dejar de esbozar ciertos bocetos mentales, imágenes confusas que no valían sino como señales de mis propias fantasías. ¿Cuántas veces había deseado que Roby encontrara a aquel que lo desarmara y sometiera? ¿No había sido yo la que había fantaseado una y mil veces con la aparición de alguien como Claudio?

Mientras lo escuchaba, me detuve una vez más frente a las telas en las que había pintado mi propio sueño. Claudio aparecía en cada cuadro siempre con diferentes rostros como si no tuviera ninguno y a la vez pudiera encarnarlos a todos. Abrazada a su cuerpo desnudo, me encontraba haciéndole el amor en diferentes posiciones.

—Hablame de estos cuadros. Dijiste que lo habías soñado.

—No sé qué querés que te cuente.

—Los sueños son un modo del deseo.

—Esa es una frase hecha, una tontería.

—Pero yo hablo en serio, ¿es lo que de verdad querés?, ¿que me acueste con Claudio?

—No lo sé, Emi. Es solo un sueño.

—¿Es tu sueño o el de Claudio? —esgrimí sin medias vueltas.

—Ya no puedo distinguirlo —respondió Roby.

—Me estuvo siguiendo. Una vez te dije que me escribía detallando dónde estaba y qué hacía. No quisiste escucharme. Los llamados no cesaron. Me envía mensajes invitándome a salir. Me da miedo, se comporta como un alienado.

—Hacé lo que vos quieras. No me va a importar que veas a Claudio.

—No sé si lo decís vos o te mandó a decírmelo.

—Si fuera así, no habría diferencia.

Fue entonces que sonó el ringtone de mi celular. Lo había dejado en la mesa de la cocina. Dejé que la musiquita sonara durante unos minutos. Me quedé mirando a Roby. Se había acercado a las latas de pintura y con un pincel en la mano se había enfrascado en la contemplación de sus cuadros. Me daba la espalda y solo veía su brazo derecho moverse en dirección a la tela. Fui a la cocina. Atendí el teléfono. Era Claudio.

Al otro día nos encontramos en el hotel donde entonces vivía. Me sorprendió el lugar, no esperaba que siendo un simple médico viviera con semejante nivel de gasto. Se trataba de un hotel de lujo, a una cuadra del puerto de Olivos, frente al río. Habitaba desde hacía unos meses una suite en el último piso. Al acercarme a la recepción, me informaron que me estaba esperando en la pileta climatizada del quinto. Las paredes del lugar eran de vidrio y dejaban ver la ciudad a la derecha, el puerto a la izquierda y hacia el frente los barquitos que se deslizaban en el horizonte. El vapor de la pileta se alzaba hacia el techo y desde allí descendía llenándolo todo de una bruma espesa. Estábamos solos, Claudio estaba nadando. Me quedé parada en el borde observando la perfección de sus movimientos introduciendo las brazadas en el agua lenta y suavemente sin salpicar una sola gota. Al llegar a la punta emergió del agua y me saludó moviendo la mano. Señaló algo a mi costado y al darme vuelta encontré sobre la reposera un traje de baño y en la mesita que estaba a su lado una copa con un trago de color verde con unas hojas de menta que la coronaban. Tomé un poco, me desvestí, me puse la bikini y me tiré al agua.

Nadamos un rato sin decirnos nada. En un momento, al salir del agua lo encontré de pie sobre el borde de la pileta mirándome nadar. Fue aquella la primera vez que vi su rostro. Me arriesgo a decir que físicamente era hermoso; su cuerpo fuerte, sus músculos marcados, la sonrisa en la boca y el pelo negro despeinado por el agua lo transformaban en una figura impactante. Se tiró de nuevo a la pileta, dimos unas brazadas más y luego me invitó a terminar el trago en la reposera.

Sabía que estaba montando todo ese artificio de la seducción de modo premeditado solo para embelesarme. De repente me sentí una tonta que desde el primer instante me estaba dejando llevar hacia donde él quería y me resistí. Enumeré todas las fases de su hostigamiento. Mencioné los mails que me había enviado repasando mi vida como si hubiera investigado hasta el último rincón de mi

pasado. Lo traté de demente y lo amenacé con denunciarlo si volvía a enviarme esos mensajes en los que describía dónde, con quién estaba y qué hacía. Lo tildé de idiota escribiéndome esos textos en los que pretendía contarme lo que yo había soñado —claro está que no hice mención a que lo que describía en cada mensaje era absolutamente cierto.

Claudio escuchaba y sorbía de la pajita de su trago jugando a hacer ruido. Cuando terminé de increparlo, se limitó a decir "Ah, eso, sí, entiendo, creo que deberías tomarlo como un modo de halagarte".

Estuve a punto de insultarlo, pero enseguida cambió de tema y ya no me dio oportunidad para nada más. De pronto se puso a hablar de la enfermedad de Roby. Dijo que ese era el motivo por el que me había invitado a encontrarnos. Estaba preocupado por el que llamó "su amigo", lo veía desmejorado como si hubiera avejentado treinta años en solo unos meses y le asustaba el hecho de que no quisiera tratarse. Se explayó en lo que entendía como síntomas pero en ningún momento nombró la enfermedad ni yo le pregunté qué sabía de aquello.

El rumbo de la conversación me desconcertó. Había imaginado una escena de erotismo más o menos solapado en la que intentaría abordarme de todos los modos posibles, y sin embargo me encontraba con alguien que turbado por el estado de salud de su amigo había decidido hablar conmigo para determinar lo que teníamos que hacer. Me sentí desfasada, como si hubiera sido yo la que había fantaseado con él, la que lo había perseguido y escrito aquellos mensajes de textos, la que había querido seducirlo haciendo gala de ciertos poderes de vidente que me permitían vivir sus sueños.

Me preguntó si no me molestaba que él ayudara en lo que pudiera y se hiciera cargo al menos de llevar a Roby a un especialista conocido suyo. Subrayó que no quería pasar por encima mío y por eso había necesitado verme. Le dije que sí, que no había problema, y entonces Claudio se levantó de la reposera, me pidió disculpas dado que se tenía que retirar. Eso fue todo. Me dio un beso en la mejilla y con la toalla rodeándole el cuello se marchó dejándome sola frente al río, la luna partiéndolo en dos y las luces de la ciudad que a lo lejos comenzaban a titilar.

Recién entonces comprendía lo que Roby me había querido decir cuando hacía referencia a las humillaciones a las que el otro lo había sometido. Lo acababa de hacer conmigo, me había acosado y perseguido durante meses y también acorralado metiéndose dentro de mis sueños y no tenía una mínima explicación para darme. Me levanté enfurecida. Lo vi acercándose a la puerta de salida y le grité que no me tratara como una estúpida.

De algún modo que a mí misma se me escapaba, me había

ganado: un rato después ya estábamos tomando unos tragos en un bar sobre la avenida Maipú. Habló de su trabajo relacionado con laboratorios dedicados al desarrollo de nuevas drogas y me hizo reír contándome anécdotas de los tipos con los que negociaba. En ningún momento volvió sobre la enfermedad de Roby ni me dejó preguntarle algo sobre el tema, tampoco encontré resquicio para que me explicara cómo hacía para adivinar lo que yo soñaba. Terminados los tragos, me llevó a un restaurante del centro. Esa noche hicimos el amor en un hotel de Puerto Madero. Al despertar, Claudio ya no estaba. Me había dejado una nota. Se disculpaba por haber tenido que marcharse y me pedía remediarlo encontrándonos dos días después en un bar de Córdoba y Maipú. Lo odiaba y a la vez sabía que detrás de ese odio se dibujaba un deseo loco de conocerlo.

Dos días después, junto a la ventana que daba hacia la avenida, me senté en una de las mesas del bar esperándolo a la hora en que me había escrito. Claudio llegó media hora tarde. Pero el que entonces entró al bar y se sentó frente mío, no era Claudio. Antes de que pudiera yo decir algo, se disculpó por haberme dejado sola la noche anterior en el hotel de Puerto Madero. No entendía nada, me sentía mareada y consternada. Ese hombre no era Claudio y a la vez estaba completamente segura que era él.

Tenía el pelo canoso con luminosidades azuladas, los ojos grandes y de color verde, la tez blanca y los labios carnosos. Me dijo que estaba hermosa, que el vestido que había elegido me hacía resplandecer. No sabía yo cómo encarar la situación. Él hablaba de nuestro encuentro anterior, la pileta del hotel, lo bien que me había quedado el traje de baño, el trago que nos habíamos tomado en el bar de la avenida Maipú, la comida del restaurante al que me había invitado e insinuó algunas cosas sobre la noche de sexo que nos habíamos dado, mientras tanto yo no dejaba de mirar sus ojos antes negros, ahora verdes, su piel antes tersa y ahora surcada por dos líneas que potenciaban sus facciones, sus labios antes discretos y ahora jugosos, su pelo negro ahora canoso.

Los dos, el Claudio que había sido la vez anterior y el que ahora se presentaba en aquel bar, eran apuestos, seductores, elegantes. Los dos, a pesar de las diferencias evidentes, remitían a un mismo modo de estar en el mundo, ocupar los espacios e imponerle a todo lo que lo rodeaba el imperativo de señalar su presencia. Incluso el tono de voz era distinto, sin embargo, la forma de hablar, ni lenta ni apresurada, sino manteniendo siempre una constante rítmica, dejaba entrever la misma cadencia musical. Sus gestos, el modo de mover las manos y mirarme clavando sus ojos en los míos cada vez que hablaba, definían detrás de las diferencias de aquellos dos hombres una misma invariante. Claudio seguía siendo el mismo, como si los otros dos

fueran modalidades de sí mismo.

Recordé entonces una telenovela que veía mi madre cuando yo era chica. No me acordaba si el actor que tenía el papel del protagonista había muerto o simplemente no le habían renovado el contrato, pero para darle continuidad a la serie contrataron de urgencia a otro actor que no se parecía al anterior en lo más mínimo. La telenovela continuó como si nada hubiera pasado, todos sabían que se trataba de otra persona pero los viejos actores hicieron como si no registraran la diferencia y lo trataron como siempre. Incluso mi madre y me imagino que los demás televidentes también, aceptaron el cambio y no les pareció raro que el hombre que habían acompañado en sus derroteros durante meses, ya no fuera el mismo. ¿Eran las ganas de mi madre y de los espectadores en general lo que producía el efecto de continuidad o era la magia de esos dos actores que interpretando el mismo papel creaban el efecto de ser una sola y misma persona?

Recuerdo haberme enojado con mi mamá, cómo podía comportarse como una tonta y continuar mirando la telenovela cuando de modo tan cínico le habían cambiado el actor sin explicarle nada. A ella no parecía importarle, seguía embelesada frente a la pantalla como desde el primer día. Lo cierto es que en aquella oportunidad estaba yo viviendo lo mismo que le había pasado a mi madre con su telenovela. ¿Qué hacía escuchando a ese hombre que se hacía llamar Claudio y repetía el mismo guión que Claudio también habría repetido, cuando sabía que eran actores diferentes?

Me habían cambiado al protagonista de la novela, nada me explicaron pero pretendían de mí que continuara haciendo como que no me daba cuenta. Y sin embargo, por otro lado, ¿quién era Claudio?, ¿cuál de los dos era el verdadero?

Esas cosas pensaba, mientras el otro hablaba con el mozo y le pedía un café para cada uno, pensaba que si los dos eran actores que representaban a Claudio era porque en verdad ninguno de los dos era Claudio. Pero entonces, tal como en la telenovela de mi madre, Claudio en sí mismo no existía, no era más que un ente ideal, una creación literaria o un efecto del guión, lo que permitía que cualquiera pudiera darle cuerpo. Aquellos dos solo se limitaban a encarnar y así darle espesor a lo que solo vivía como pura virtualidad. Pero al igual que mi madre, ¿no estaba empezando a enamorarme de una ficción?

Desde entonces, durante un rato, lo puse a prueba. Lo hice hablar sobre algunos detalles de lo que habíamos hecho. Le pregunté sobre su relación con Roby, ¿cómo hacía para vivir en el hotel donde nos habíamos encontrado? Respondió a cada ítem con un grado de detalle que a mí misma se me escapaba. Había aprendido el guión como si fuera su propia biografía, incluso tenía el mismo poder de envolverme

con las palabras haciéndome mecer sobre la superficie de la musiquita pegadiza que el otro ya había usado conmigo hacía dos días atrás.

¿Era yo la que empezaba a desvariar? Si eran dos personas diferentes, tenían la extraordinaria capacidad actoral de mantener el mismo personaje, pero acaso ¿no era yo la que me había hecho una idea errónea de la figura de Claudio? Tanto lo había soñado, tanto lo había imaginado que quizás mis fantasías me acorralaban en mi propio atolladero. Cada vez que Claudio aparecía en mis sueños siempre lo hacía como personas diferentes, una vez rubio, otra vez morocho, en unas más alto, en otras más bajo. Incluso me había pasado con los cuadros en que Roby lo había pintado, la primera vez me pareció una cosa, la segunda vez ya era otra. Quizás habituada a estas transformaciones, era yo la que ahora que finalmente lo había conocido le imponía la lógica onírica con la que tantas veces lo había perseguido dándole un rostro y luego otro y luego otro. Lo miraba y lo miraba y buscaba no solo las semejanzas y las diferencias entre el hombre apuesto que tenía sentado delante mío y el otro con el que me había encamado hacía dos noches, sino también con las distintas figuras de Claudio que había soñado.

Repito la misma pregunta, ¿era yo la que empezaba a desvariar? No lo sé, acaso quería saber hasta dónde el otro era capaz de seguir con aquella farsa. Al terminar el café, me preguntó si tenía tiempo para pasear. Me invitó a pasar la noche en una cabaña que un amigo suyo tenía en una isla del Delta. Me dijo que antes lo acompañara a un lugar a un par de cuadras de donde estábamos para recoger algunas cosas.

Tenía el auto estacionado en una cochera. Después de un par de cuadras estacionamos en doble fila en la avenida Santa Fe a media cuadra de Callao. Me pidió que lo esperara en el auto, descendió y se metió dentro de una joyería. Los empleados lo atendieron como si fuera el dueño del lugar. Lo vi sacar un manojo de plata de la caja y algo de una vitrina. Si se trataba de la misma persona, volvió a sorprenderme el mundo lujoso en el que se movía. Apenas volvió al auto, me tomó la mano y dejó en la palma una gargantilla y unos pendientes. Dijo que me quedaban perfectos con el vestido que llevaba puesto. Le pregunté si la joyería le pertenecía, me respondió que no, el dueño era un conocido suyo que le debía algunos favores. Arrancó el auto, miré la gargantilla y los pendientes, eran de oro y tenían incrustaciones de rubí que, ciertamente, combinaban perfectos con mi vestido rojo.

Tardamos una hora en llegar al embarcadero, cercano al centro de Tigre. La cabaña se encontraba a una media hora de lancha. Alrededor no había más que selva, barro y mosquitos. El río se apresuraba llevándose los camalotes enredados en los pilares del

pequeño viejo muelle que dormitaba en la entrada del terreno con las patas en el agua. Llovió casi todo el día. Hicimos el amor la mayor parte del tiempo. Si la primera vez que lo había visto me había impactado la diferencia entre este segundo Claudio y el primero, con el paso de las horas y su concentración absoluta en hacerle brotar a mi cuerpo una música llena de flujos y temperaturas e intensidades, se fue borrando el desfasaje entre uno y otro. Había creado una intimidad tan abrazadora que su cuerpo, su rostro y sus ojos se me transformaron en un paisaje mental que hasta las mismas disonancias se volvían parte de nuestra melodía carnal.

Esa noche dormí solo un par de horas, recuerdo haber soñado estar montada sobre el lomo de un pez enorme que rompía las olas dando saltos llevándome hacia altamar. Al despertar, Claudio me esperaba con un café caliente junto a la ventana, mirando la lluvia caer sobre el río. Todavía de espaldas a mí, me preguntó si los peces eran los animales que más me gustaban. Enseguida relacioné sus palabras con el sueño que había tenido. Le pregunté cómo lo hacía, cómo era posible que pudiera adivinar mis sueños.

Me habló de ejercicios espirituales. No habló de nada. Solo escapó de la cuestión diciendo que los sueños eran entidades viajeras, animales etéreos que se movían empujados por la resonancia de una persona sobre otra. Le pregunté qué significaba eso. Las personas resuenan, respondió, cada uno es como una piedra arrojada a un lago formando ondulaciones que se desplazan sobre la superficie aun cuando la piedra haya desaparecido. Los sueños eran esas ondulaciones que chocaban unas con otras, se superponían y armaban en conjunto una constelación infinita. Le dije que solo se trataba de metáforas pobres e insistí para que me aclarara la cuestión. Enseguida cambió de tema y me dejó claro que no quería explicarme nada.

::: 2 :::

Quedamos en volver a vernos el viernes de esa semana en el mismo bar donde nos habíamos encontrado antes. Durante esos días de espera no dejaba de pensar en Claudio, todo lo que había pasado se me transformaba en un enigma ante el que no podía avanzar.

Primero los sueños. Claudio había rechazado cualquier posibilidad de hablar sobre el tema reduciendo la cuestión a poesía barata. Si pretendía guardar su secreto, no tenía medios para hacer algo contra ello.

Luego la transformación del primer Claudio en el segundo Claudio. Había asumido que acaso había sido yo la que hipnotizada por los sueños y la fantasía le daba a uno la máscara del otro, sin embargo, la diferencia entre ellos, al menos en mi memoria, seguía siendo tan radical que me dejaba sin palabras. Si se había tratado de una farsa, un mal chiste en el que uno se había hecho pasar por el otro para juntarse después y reírse de mí, les había salido tan bien que superaba el chiste y lo transformaba en una magia.

El viernes de esa semana me preparé para volver a encontrarlo. Estaba dispuesta a acorralarlo hasta que me explicara lo que estaba pasando aun cuando aquello pudiera significar reducirlo todo a mi propia alienación. Prefería ser yo la que se enfrentara al hecho de estar toda rota a que fuera el mundo el que se hubiera roto y no supiera cómo.

Un taxi me dejó en la otra esquina del bar, sobre la vereda de enfrente. Al acercarme lo vi sentado junto a la ventana, en la misma mesa que habíamos compartido antes. Sentí un alivio oceánico al verlo y encontrarme con que el que allí me esperaba era Claudio y ningún otro que presentándose como un tercer Claudio lo acelerara todo hacia mi propio desastre. Se trataba del mismo Claudio que me había llevado a la cabaña de la Isla del Tigre, por lo que bien podía desechar la idea monstruosa de haber estado con uno y luego con otro. Siempre se había tratado del mismo, me dije, solo se había tratado de las trampas que yo misma me había tendido.

Me senté frente suyo, entonces me sorprendió el estado de decrepitud disimulada de la que antes no me había detenido. Manchas rojas salpicaban sus cachetes y unas sombras negras asolaban en

derredor de sus ojos. Algo le había pasado durante esos dos días que no nos habíamos visto. Sin embargo, la sorpresa mayor no era mía, sino, al parecer, la de Claudio que me miraba como buscando alguna respuesta al hecho de haberlo besado y haberme sentado en su mesa. Miré a un lado y hacia otro, giré sobre mí misma buscando yo también el motivo de su sorpresa. Al girar de nuevo hacia el frente, vi la correa de una cartera de mujer pasando por encima del respaldo de la silla que estaba a mi lado. Le pregunté de quién era la cartera.

—Disculpame, pero me parece que me estás confundiendo con otra persona —dijo Claudio con una seriedad que lindaba el enfado.

—Habíamos quedado que nos encontrábamos acá mismo — respondí con fastidio.

—Debe haber alguna confusión, la verdad es que no te conozco por lo que difícilmente hayamos quedado en encontrarnos.

No supe qué hacer, me quedé mirándolo, buscando en su rostro algo que desnudara la farsa. “No sé lo que está pasando, por qué me estás haciendo esto”, se me ocurrió decir como un modo de defenderme.

Claudio insistió en que no me conocía, y cuando estuve a punto de insultarlo, la mujer que imaginé dueña de la cartera se paró a su lado apoyando su mano izquierda sobre el hombro derecho de él. Alcé la vista y nuestras miradas se cruzaron. Automáticamente me puse de pie, corrí la silla y me dirigí a la mujer pidiéndole disculpas por el mal entendido.

Salí del bar con una bola espesa de pelos, bilis y carne pútrida amasándose en mi garganta. Nunca había odiado tanto a una persona como en aquel instante, pensando que había sido Claudio el que me había rechazado. Sin embargo, a solo cinco o seis pasos de la puerta, sonó mi celular. Se trataba de un mensaje de Claudio. Leí entonces: “Perdoname, Emi. Habíamos quedado en vernos, pero no llego, ¿podemos encontrarnos a la noche? Te voy a estar esperando en el bar de la esquina de Defensa y México a las 20 hs. Dame otra chance, ¿sí?”.

Me di vuelta hacia la ventana donde Claudio o ese hombre al que yo había confundido con Claudio, continuaba sentado charlando con la mujer de la cartera, acaso riéndose o comentando lo que había sucedido. No podía ser él quien me envió el mensaje. Sin embargo, el mensaje había llegado en el momento en que salí del bar, con la precisión exacta de alguien que me estuviera siguiendo.

Un rato más tarde, llegué a la hora que Claudio me había citado no sin la sensación de que estaba jugando conmigo y yo como una tonta me dejaba llevar. El bar estaba lleno de gente, las mesas todas ocupadas. Me senté en un taburete junto a la barra y me dediqué a

repasar el cuadro general buscando a Claudio con la mirada. No lo encontré por ningún lado. Seguramente se le había hecho tarde otra vez. Me pedí una cerveza para acompañar el paso de las agujas del reloj. No pasó demasiado tiempo para que entonces se sentara a mi lado un chico de nombre Martín con el que había estado de novia durante un tiempo hacía ya unos cuantos años atrás. Ya ni recordaba por qué habíamos roto la relación ni tampoco por qué la habíamos comenzado. Lo cierto es que se sentó a mi lado, pidió un trago y se puso a conversar de sus cosas como si yo lo hubiera invitado. Me contó que seguía trabajando en un boliche de la zona en el que tantas veces habíamos ido a bailar y habló un rato de amigos que teníamos en común suponiendo que aquello me interesaba en algo. Cuando me preguntó por mis cosas le dije que estaba esperando a mi pareja. Creí que con aquello se daría cuenta que no tenía ganas de continuar la charla pero no le dio la menor importancia y para peor se puso a recordar la relación que habíamos tenido. Me preguntó si me acordaba del viaje que habíamos hecho a Camboriú y volvió a contar anécdotas de nuestro noviazgo que no debían tener otro destino que el más miserable de los olvidos. Entre tanto Claudio no venía y tan pesado se puso Martín que finalmente decidí que unas ganas incontrolables de orinar me empujaran al baño. Le di un beso apurado en la mejilla y lo dejé plantado.

Sin embargo, al regresar, Martín continuaba en la barra haciéndome señas con los brazos en alto y pronto comprendí mi torpeza al ver que la cartera que tenía en su mano derecha era la que yo misma me había olvidado. Tuve que volver a su lado con el peor de los ánimos. Decidida a poner punto final a nuestro encuentro, tomé la punta de la cartera y me di vuelta, pero Martín no soltó la cartera, me agarró del brazo y me empujó hacia su pecho. A punto de sacármelo de encima con un cachetazo, de pronto, cambió el tono de voz y junto a mi oído me reclamó imperativo: “que feo que todavía no te des cuenta quién soy”.

Sus palabras me desacomodaron. Aquel que me inquiría seguía siendo Martín, pero ya no era él. Algo en su mirada, cierto modo de mover la boca juntando los labios hacia delante, cierto resplandor indefinido me ponía de frente a un acto de magia del que no podía identificar el artilugio.

—No me mires así. Te muestro lo que soy, si no me importaras no lo haría, pero soy esto y me arriesgo a que lo veas y decidas qué hacer —agregó sin dar más vueltas.

—No sé con quién estoy hablando —me salió responderle.

—¿Hace falta que te lo diga?

—Me citaste esta tarde en un bar. Estabas con otra mujer, dijiste que no me conocías, que no sabías quién era —respondí a su reproche

con otro que ponía las cosas en su lugar.

—Sabés que ese otro no era yo —dijo Claudio y fue aquella la primera vez que revelaba sino el contenido al menos la forma vacía de su secreto.

—Lo único que sé es que te estás riendo de mí.

—Si algo no estoy haciendo es riéndome de nadie y menos de vos. Te cité en aquel bar para que vieras al otro y comprendas lo que me pasa. No te lo podía decir, nunca me hubieras creído si no lo hubieras visto por tu cuenta.

—No sé, Claudio, creo que me estoy volviendo loca, no termino de entender nada.

—No hay mucho que entender.

Acaso tenía razón, no había mucho que entender. Claudio era uno y el otro y quizás tantos otros que ni siquiera me podía hacer una idea.

De un sorbo tomé el trago hasta dejar el fondo del vaso vacío. La impresión de estar frente a un hombre que no era nunca el mismo sino siempre otro, me imponía una vorágine mental que no alcanzaba articulación. En todo caso, ¿tenía algún rostro, un rostro propio que respondiera a la persona de Claudio Scherer, o su condena era ser cualquiera y con ello también ser nadie?, ¿cómo era exactamente la transformación?, ¿podía volver a ser Claudio, solo Claudio, y mostrarme quién era en realidad? Eso era lo que quería preguntarle y no encontraba el modo de definir, sin embargo, ¿cómo preguntar aquello sin caer y reducirlo todo al absurdo de un lenguaje que no encontraba ni encuentra el modo de nombrar lo que nunca es del todo lo que es, ni deja de ser lo que no es?

No podía pensar con claridad, sus palabras resonaban en mí y me llevaban de paseo por mil lugares diferentes. Le dije que necesitaba respirar, salir de aquel lugar y hablar un poco más tranquilos. Caminamos un rato por las calles de San Telmo. En un momento le pregunté por Martín, ¿era el verdadero Martín el que había conversado conmigo en el bar antes de que yo fuera al baño, y luego al regresar a la barra Claudio había tomado el lugar del otro?

Sus carcajadas me hicieron temblar. Le pregunté de qué se reía. “¿Creés en serio que tengo un arreglo con ese chico, que primero aparece él y después yo lo suplanto? No me rebajés a eso, yo no trabajo de doble de nadie, ni siquiera conozco a tu Martín”.

¿No lo conocía?, ¿no tenía un acuerdo con él para aparecer primero uno y después el otro?, pero entonces ¿cómo sabía que había estado de novia con aquel chico, que habíamos viajado a Camboriú y todo lo que me había contado de nuestros recuerdos y los amigos que habíamos tenido en común?

Me preguntó si de verdad lo quería saber y entonces nos encaminamos hacia el boliche donde trabajaba el otro. La fila de los que pretendían entrar se extendía desde la puerta hasta la esquina. No necesitamos hacer ninguna cola. Nos presentamos en la entrada y Claudio haciéndose pasar por el otro se detuvo a hablar con los patovicas de la puerta. Saludó a unos y a otros y entramos al boliche como si fuera nuestra casa. Una vez dentro, nos detuvimos un rato en una de las barras, charlamos con el barman como si Claudio lo conociera de toda la vida mientras tomábamos unos tragos sin pagar un centavo. Bailamos en una pista y en otra, nos paseamos por todos los recovecos del lugar y a cada paso nos encontramos con amigos por todas partes. El nombre de Martín en la boca de aquellos hombres, la familiaridad con la que lo trataban, me devolvía a la mirada del mundo sobre nosotros. Para ellos, el que estaba allí no era Claudio, sus miradas de algún modo me lo sustraían y me obligaban a tratarlo como si fuera Martín. La escena forzaba un pliegue en la superficie de las cosas donde podíamos escondernos de todos mientras actuábamos lo que no éramos. Desde entonces esa carga la llevaría donde fuere, yo guardaba el secreto de Claudio, el hecho de que él viviera como trasfondo y núcleo detrás del rostro y la existencia de todos aquellos en los que encarnaba. El mundo podía llamarlo Martín, Juan o Norberto, yo en cambio sabía quién era aquel que era todos y luchaba para no convertirse en nadie.

Esa noche terminamos en mi departamento haciéndonos el amor con los restos de nosotros mismos. Al despertar le pedí que no se fuera, le propuse compartir el departamento e intentar como pareja alguna normalidad. Al otro día trajo un bolso azul y desinflado que colgaba de su hombro derecho y contenía todas sus propiedades, es decir casi ninguna, solo un par de bagatelas —al menos es lo que entonces pensé.

Al principio, resultó maravilloso. Claudio venía a mostrarme un mundo del que no me hubiera imaginado ser capaz de vivir. Lo acompañé en sus andanzas y nos divertimos a morir. Vivimos dos semanas en la suite del quinto piso del hotel de Olivos, bajo el nombre de Juan Steiner. En el hotel ni siquiera dudaron cuando Claudio se hizo pasar por el otro. Nos dimos entonces unas vacaciones de lujo usando la pileta del hotel, tomando daiquiri, champan francés y comiendo los mejores platos de la cocina; todo sin pagar un peso. Simplemente un día nos marchamos y a nadie le pareció extraño que un cliente como Juan Steiner se retirara de la suite. Luego de aquello, Claudio me sorprendió una mañana encarnando a Norberto Díaz, el hombre de canas azuladas con quien antes me había encontrado en el bar de Córdoba y Maipú. Esa vez me llevó a la joyería de la que el

otro era el dueño. Entramos al lugar como si fuera nuestra casa y mientras Claudio hablaba con los empleados y sacaba plata de la caja, yo me dedicaba a contemplar las joyas de las vitrinas. Asegurados los billetes en su bolsillo, se paró al lado mío y juntos elegimos un anillo de oro con incrustaciones de jade, una gargantillas, unos pendientes y hasta una peineta que hacía juego. Esa vez volvimos a usar la cabaña que Norberto Díaz tenía en una de las islas del Delta y estiramos nuestras vacaciones unas dos semanas más.

Pronto me quedó claro cómo vivía Claudio. Lo que debía ser su condena la transformaba en su ganancia, se hacía pasar por los otros para robarles dinero y usarles las propiedades. Entiendo que esos otros estaban al tanto de la existencia de Claudio y que aceptaban lo que hacía. Quería pensar que de algún modo era el pacto tácito, Claudio guardaba silencio acerca de algo que se me escapaba y ellos le permitían gozar de algunos beneficios económicos durante algunos lapsos de tiempo. Siempre que hacíamos estas cosas me preguntaba qué pasaría si nos cruzáramos o vieran a Claudio junto a alguno de los dobles que encarnaba. Esto me atemorizaba y también me excitaba. Un día finalmente ocurrió y pronto comprendí que en verdad eran ellos, los dobles de Claudio, los que le tenían el suficiente miedo como para retroceder y ocultarse. ¿Extorsión?, ¿chantaje?, no lo sé, en todo caso a cambio de silencio no pagaban sino con un poco de paranoia, algunos billetes de vez en cuando y el uso moderado y eventual de algunas de sus propiedades.

Lo cierto es que aquellas andanzas sumaron a la fascinación que sentía por Claudio. Nunca había conocido a nadie igual, caminaba todo el tiempo por la cuerda floja de sí mismo con la elegancia y el aplomo de un dandy que parecía ver a sus semejantes como si su tiempo fuera otro, no el instante pasajero de los hombres sino el tiempo de la montaña, los océanos o las constelaciones celestes. Parecía tener la capacidad de ver la totalidad de cada una de las cosas en las que se detenía, la red de relaciones, el nexo íntimo que las unía, y contemplar así no solo la cara de la realidad que se le presentaba sino también su reverso, como si pudiera ver el rostro de alguien y a la vez la espalda y el dorso izquierdo y derecho, y verlo desde arriba y verlo desde abajo, todo en un mismo instante, todas las perspectivas desde una sola perspectiva.

Y acaso eso mismo era lo que él me hacía vivir. Cada día era una aventura nueva junto a un hombre que físicamente era cada vez un hombre diferente. Un día, joven, vital, sexualmente apabullante; al otro día, maduro, elegante, sexualmente experimentado. Y sin embargo, cada noche, me parecía no estar con uno de todos los que él mismo era sino con todos a la vez, como si se diera el lujo y con ello me otorgara la gracia de hacer el amor no con un hombre

determinado sino con todos los hombres de los que él era capaz.

Nos divertíamos yendo siempre al mismo restaurante, una noche Claudio se presentaba con el rostro de un hombre y a la otra noche con el de otro, y luego también con el de un tercero más. Inventábamos escenas en las que me recriminaba a los gritos el haber estado con otro tipo y en la cima de sus celos, llamaba a los mozos y les exigía responderle con quién había estado yo la noche anterior. Los mozos se ponían pálidos y no sabían que decir. Pero a la semana siguiente, volvíamos al restaurante y Claudio se presentaba con el disfraz de otros amantes y luego con el del esposo celoso. Volvía a gritarme, volvía a llamar a los mozos que ya hartos de tanta ceguera le terminaban detallando cada uno de los tipos con los que me aparecía en el lugar.

También jugaba a ponerse celoso de los otros que él mismo era, y entonces me recriminaba que me gustara estar más con uno que con el otro. Yo le seguía el juego y al principio se lo negaba y luego le confesaba que sí, que tenía un amante que era mucho mejor que él, y entonces Claudio me castigaba negándose durante semanas a volver a encarnar en este otro. Solo se trataba de un juego de pareja pero no sé si en el fondo Claudio no se tomaba en serio la cuestión y de verdad se ponía celoso, lo cierto es que me encantaba verlo así y si estaba con uno no dejaba de hablarle del otro, de las cosas que me hacía y de lo bien que lo pasábamos. El que entonces Claudio encarnaba jugaba a enfadarse conmigo, me amenazaba con perseguirlo y encontrarlo. Le escribía mensajes exhortándolo a que me dejara si no quería pasarla mal; al otro día mi amante encontraba el mensaje y volvía a subir la apuesta escribiendo otro. Esto nos llevó a una idea superadora. El amante que él mismo encarnaba decidió filmar las relaciones sexuales que tenía conmigo y dejarlas a la vista del otro. Insisto, no sé si Claudio jugaba o de verdad se ponía celoso de los otros que él mismo era, pero ver la filmación en la que su mujer se encamaba con otro hombre lo enfurecía tanto como también lo excitaba infinitamente.

Así transcurrieron los primeros meses, apabullada por una vorágine de transformaciones que me llevaban del cielo al infierno y del infierno al cielo, manteniéndome siempre en el borde de cada uno. Y sin embargo, la paranoia me perseguía. ¿No estaban jugando conmigo?, no uno ni dos ni tres sino una conjuración de hombres que sosteniendo sus diferencias físicas decían ser el mismo hombre. ¿No había entrado yo en el juego sin saber que lo que se jugaba era mi buen juicio? Una conjura, una orden, un Sindicato Universal y Popular de Hombres que se habían destinado a usarme para la risa compartida. Al fin y al cabo, no conocía a Claudio en cuanto tal, sino concretamente a un conjunto de hombres diferentes que en distintos

momentos decían ser Claudio.

Al tiempo ya estaba imaginándolos reunidos, contándose unos a otros en una mesa de bar cómo les había ido a cada uno con la loca fácil de Emilia. De allí a saberme la puta regalada de una cofradía del engaño había solo un paso. No me podía sacar del cuerpo la mugre viscosa y la sensación de ser vejada en cada encuentro. Llegué incluso a perseguir a Claudio en la calle, esperando, no sé, que se encontrara con Alejandro Freire, con Martín Azúa, con Norberto Díaz y los otros. Sus pasos me llevaron a ningún lado. De un modo u otro, en una esquina, en el subte, en la multitud que iba y venía por las calles, siempre lo perdía.

Pero la idea insistía. Acaso Claudio Scherer era solo el nombre que el Sindicato de Hombres Conjurados Contra Emilia Para Usar A Emilia Y Cogerse A Emilia Y Reírse De Emilia había inventado como contraseña para que cada socio de la Orden accediera a ella. O bien, no existía ningún Sindicato de Hombres Contra Emilia y Claudio Scherer era un hombre de carne y huesos como cualquier otro pero que tuvo la idea de facilitarle a sus amigos y conocidos la cifra y el código para pasar un rato con la chica fácil a la que no le importaba acostarse con todos si cada uno la convencía de ser Claudio Scherer.

Me había comprometido hasta el fondo de mi ser con el destino de ese hombre y a la vez me sentía la chica más tonta del mundo. Estafada, ultrajada, vejada, abusada, violada. Y sin embargo, nada de ello estaba claro. No podía enjuiciar a Claudio ni continuar azotándome a mí misma por algo que solo pasaba en mi cabeza. No poseía ninguna prueba de nada, por lo que debía defenderme de mi paranoia, que es un modo de decir que tenía que defenderme de mí misma. Lo cierto es que el tiempo de embrujo había pasado y si no quería desbarrancar en mis propios desvaríos, tenía que ganar un suelo firme donde pisar y comprender quién era Claudio, a quién le estaba entregando mi vida.

Un anclaje, alguna verdad acerca de quién era Claudio, eso necesitaba, y fue entonces que una noche me ofreció la visión que sin saberlo había estado esperando y que nunca más quise volver a enfrentar. Acaso sabía lo que se tramaba en mi interior, quizás intuía mis sospechas y quiso borrarlas de una vez y para siempre. Lo cierto es que jamás había visto las transformaciones de Claudio; en general, era él el que controlaba el proceso a voluntad y no sabía cómo lo hacía ni qué pasaba cuando aquello sucedía porque entonces se encerraba en el baño o simplemente aparecía en el departamento bajo el aspecto de una nueva encarnación. La noche de la que estoy hablando, hacíamos el amor en el dormitorio del departamento y el rostro del hombre que me penetraba era el de aquel que alguna vez había conocido con el nombre de un tal Alejandro Freire. De pronto,

vi sus pómulos brillar y deshacerse como si un leproso estuviera encima mío y pedacitos de su carne cayeran sobre mi cara. Una serie de convulsiones parecieron electrocutar su cuerpo; su columna vertebral vibraba y los espasmos hacían que su pecho golpeara contra el mío. Por los agujeros que habían quedado de la carne que se había desprendido de su rostro, emergieron una multitud de bichos microscópicos, pequeñísimos gusanos deformes que a toda velocidad armaban y desarmaban conjuntos gelatinosos y membranas ácidas como si miles de burbujas de carne sanguinolenta entraran en ebullición. Su cara era el campo de batalla de la vida subterránea, la pura materia borboteando en un caos informe.

Mientras una náusea de guiso de fideos mostacholes del mes pasado recubierto por una manta de pelos blancos y pequeñitas larvas histéricas burbujeaba en mi pecho, el caos carnal fue encontrando en su rostro el modo de alguna definición. Cuando los tejidos fueron regenerándose, las velocidades de la materia se volvieron locas y una intensidad multiforme hizo que las facciones de Claudio mostraran todas sus posibilidades en un mismo instante, entonces vi en su rostro el rostro de Norberto Díaz y a la vez ese rostro era el de Martín y también el de Juan Steiner y este último era el rostro de Roby y allí vi mi propio rostro y mi rostro era el de un chico negro llamado Miguel con el que había estado de novia hacía unos años y este a su vez era el de otra encarnación de Claudio llamado Alejandro Freire pero entonces se dio un giro inesperado y de pronto los rostros que yo había reconocido como aquellos de los que Claudio se hacía pasar dieron lugar a la contemplación cuasi mística de lo que a mí misma se me escapaba y entonces vi rostros jóvenes y avejentados, rostros de niños recién nacidos y rostros descompuestos de promisorios cadáveres, vi rostros asiáticos y semitas, negros y pálidos, indígenas y africanos, deformes y hermosos, ojos que eran azules y a la vez verdes y marrones y violetas, claros y oscuros, luminosos y opacos, que me miraban ofrendando el horror de una devastación y la serenidad de un paisaje quieto, rostros que me hablaban de un tiempo geológico y traían esbozos metalizados de un futuro tecnológico, rostros de mujeres acechadas y de la barbarie en sus ojos, andróginos míticos, andróginos cyborgs, travestis, travestidos, enfermos, incompletos, amputados, tajeados, inconclusos, y entre todos ellos ninguno que fuera el rostro de Claudio, al menos, uno que me mostrara con certeza que esa era la cara del hombre al que amaba.

::: 3 :::

Mi temor ya no respondía a los conjurados en el Sindicato Popular de Hombres Contra Emilia, sino al hecho concreto de haberme vuelto loca. ¿No había sido aquella visión un brote psicótico del que había despertado con el gusto del ultramundo en la boca? ¿Un sueño, una pesadilla, una simple y dura alucinación? Al otro día, apenas me levanté de la cama, le dije que necesitaba conocerlo tal como había sido. Tenía miedo de que detrás de todas aquellas visiones y versiones de Claudio no existiera nadie. Sabía que sin Claudio, sin modelo original solo me esperaba el desvarío. Sin Claudio no había versiones ni copias desviadas, sino solo diferentes hombres confabulados en robarme todo equilibrio mental. Yo quería a Claudio, a ningún otro. Me respondió que ya no podía regresar a su rostro. Había abandonado toda esperanza de hacerlo y su peor tormento era olvidar por completo quién había sido.

¿Mentía?, ¿seguía con el juego?, ¿qué cosas le diría a los otros cuando se juntaran en el bar a hablar de lo que esa noche le hicieron a Emilia? Le pedí que me contara su vida antes de empezar a ser todos esos otros en los que vivía. No tenía para contar más que lo que se puede decir de cualquiera. Insistí con que me mostrara fotos del que había sido antes de perder el rostro. No quería perderlo. No quería dejarlo caer en el infierno que mi cerebro estaba creando para él. Lo dudó durante unos instantes pero finalmente sacó de su bolso tres fotos que tenía debajo de todo. Era lo único que le había quedado, el resto lo había perdido en la maratón de transformaciones a la que se había condenado.

Una de ellas era la de un chico de unos quince años, ojos marrones, pelo color castaño, flaco, facciones bien definidas. Otra foto lo mostraba a los veinticinco años un poco más gordo, no mucho, pero su cara tendía a un ovalo en el que la nariz y los ojos parecían implantados y la boca un tajo que le habían hecho a los fines de alimentarse y respirar. En la tercera foto, su rostro volvía a la delgadez anterior ganando una palidez extrema y algunas arrugas que se tejían como telas de araña alrededor de sus ojos.

La diferencia entre la persona que veía en las fotos y esta otra que hacía un rato me había hecho el amor, era terrorífica. Claudio prefirió

no verlas y se mantuvo en silencio. Quise entender su decisión, pero en el fondo me enojaba su desidia. Parecía haber abandonado el esfuerzo de sostener algún relato de quien había sido, ni tenía ganas de ninguna narración que uniera las imágenes sueltas y les diera algún sentido. En todo caso, su pasado pendía del hilo delgado de sus propios cuentos y a él ya no le importaban los cuentos.

Ante su desgano, le exigí que cada tarde nos concentráramos en alguna escena que recordara para tomar algunas notas y a partir de ellas dibujar lo que me contaba. Decenas de bocetos fueron llenando el departamento, pero lo extraño era que cada vez que Claudio me contaba algo de su pasado, las versiones eran siempre diferentes. Pensé si no me lo hacía a propósito. El monstruo jugaba con Emilia. Al monstruo no hay que darle ninguna oportunidad. Y sin embargo necesitaba darle no una chance sino mi vida. Lo cierto es que el recuerdo de sus padres, los lugares y paisajes que recordaba, eran contradictorios y en el mejor de los casos se superponían en un fractal ridículo en el que cada dibujo no era más que una pieza de un rompecabezas sin figura que armar y solo destinado al mal humor de un esquizofrénico radical.

Si es que no jugaba conmigo, su memoria debía ser muchas, tantas como las de todos aquellos en los que encarnaba. Acaso la tensión a la que lo sometía, el imperativo de mostrarme quién en verdad era, lo obligó a tomar una distancia que se nos volvió insalvable. A veces desaparecía durante días. Yo no dejaba de pensar si la visión de la simultaneidad aterradora que había visto hacía unas noches atrás, había sido cierta o solo la primera fisura del abismo en el que caía. Cuando volvía al departamento, la distancia entre los dos no se acortaba, pero me pareció ver que el proceso se le escapaba de las manos y de modo autónomo el fondo genético de su ser biológico se reconstituía bajo una nueva forma. Claudio tenía el suficiente cuidado de preverlo y cuando se estaba por iniciar se ocultaba durante lapsos que iban de apenas unos diez minutos a otros que duraban casi una hora. Entre tanto yo no dejaba de pensar si verdaderamente no me había vuelto loca inventándome un monstruo de mil caras para mi uso privado. Cuando regresaba de las transformaciones —si es que existía alguna transformación y no se trataba de hombres diferentes— volvía a mostrarse ausente y demolido como si regresara de la muerte, quebrado y exhausto como si hubiera sobrevivido a un terremoto orgánico de larvas que hubieran emergido a la superficie carnal. Debía sentirse un monstruo, pero no hablaba de ello, solo buscaba cierta serenidad e intimidad para luego de unos minutos volver a ser el de siempre. Aunque el “Claudio de siempre” acaso era solo un invento mío.

Fue entonces que comenzó a escribir y el tiempo que se tomaba para ello era un modo de suspender nuestra vida compartida. Se sentaba junto a la ventana y mientras lo hacía parecía disolverse en el humo de los cigarros que fumaba uno tras otros con la ansiedad de quien estuviera fumándose el tiempo. Aquellos papeles terminaron siendo el territorio prohibido, allí no podía ingresar sino al costo de una profanación. ¿Escribía en ellos su pasado y gozaba del hecho de mantenerme fuera? Su vida seguía siendo un secreto y no dejaba de preguntarme si podía aceptar su silencio y vivir con todos los que él era. ¿Por qué debía importarme tanto que Claudio fuera Alguien?, ¿por qué no asumir que el hombre al que yo amaba era Nadie? En todo caso, sino era nadie debía ser todos aquellos con los que había convivido desde el primer momento, sin pasado común ni unidad alguna. Entonces, ¿por qué no podía aceptarlo?

Había leído por ahí que la locura era la ausencia de una obra, por mi parte me gustaba pensar que acaso la locura no era más que la imposibilidad de darle nombre a eso que todo el tiempo está transformándose en otra cosa. Sin Claudio Scherer sosteniendo alguna continuidad oculta entre una versión y otra, no había posibilidad de nada sino la deriva hacia mi propio hundimiento. Sin ese origen, su nombre no tendría entonces más valor que el de Juan Steiner, Norberto Díaz, Martín Azúa o Alejandro Freire, solo un fantasma ya pronto a desvanecerse entre fantasmas sin ninguna verdad que oculta detrás de los meros simulacros se prometiera como modelo y unidad. Necesitaba entonces una identidad que detuviera la vorágine de las diferencias, les diera una unidad que las englobara y en conjunto me permitiera establecer las coordenadas simples de una narración, para que de algún modo lo que siempre era Otro se dejara enunciar en la jaula de lo Mismo. Una identidad, eso es lo que desesperaba, una identidad con la que trazar un orden en el caos y poder entenderme a mí misma.

Los dibujos fueron suspendidos, su negación a hablar del pasado se sostuvo inexpugnable. Me había dejado fuera y ante su indiferencia emprendí yo misma alguna investigación. Lo primero que hice fue googlear el nombre de Claudio Scherer. Entre una y otra y otras cuántas páginas más, algunas especializadas en medicina infectológica, terminé sabiendo que se trataba de una eminencia científica, un doctor super reconocido en todo el mundo, con premios de aquí y de allá, una veintena de libros sobre el Sida, pero sobre todo, lo que más me impactó, es que el doctor Claudio Scherer había muerto el 20 de Octubre de 2020, a causa del virus que él mismo se había dedicado a investigar.

Buscar a Claudio fue empezar a perderlo. Ya no sabía con quién vivía y el misterio de su identidad se me transformaba en engaño y

falsedad. Y no solo se trataba del dato de que había muerto sino que también había estado casado, tenía dos hijos, y ni siquiera me lo había dicho.

O estaba viviendo con un farsante que se había hecho pasar por muerto hacía poco más de un año atrás, o Claudio no era el doctor del que había rastreado sus datos.

Fui al Centro Médico donde había trabajado. Mentí presentándome como una periodista que estaba escribiendo un libro sobre personalidades científicas del país. Hablé con uno de sus colegas y me confirmó su muerte. Me informó también del virus que lo había matado. Escuchándolo hablar, me asombró que los síntomas fuesen los mismos que sufría Roby: pérdida de la memoria, manchas en el cuerpo y la desfiguración progresiva del rostro.

Insistí para que me contara algo más de Claudio Scherer. Me pasó el teléfono de Carol, la viuda del doctor, y al otro día me presenté en la casa. Se trataba de una chalet enorme en la zona de Villa Devoto, dos pisos coronados con balcones simétricos y tres palmeras en el parque delantero.

Si Claudio había sido el doctor Scherer, ¿qué razones habría tenido para abandonar aquella vida? Charlamos un buen rato sobre todo y nada y recién entonces me di cuenta que ni siquiera sabía qué estaba haciendo allí. Mi estrategia se redujo a dejarla hablar pero ella no tenía para contarme más de lo que cualquier viuda puede decir de su marido muerto: una depresión galopante, las ganas de salir adelante y no poder, la ausencia del otro colmando los espacios, etc, etc.

Lo único que me quedó en claro de la charla fue que Claudio Scherer había muerto no sin sufrir antes una afección neurológica por la que no recordaba ni su nombre. Había llegado a olvidarse dónde quedaba su casa, no solo dónde quedaba sino del hecho mismo de tener una casa. Un tiempo antes de morir había desaparecido durante algunos meses. Carol hizo la denuncia y lo buscó en hospitales y comisarías. Finalmente un patrullero lo devolvió a su casa. No recordaba lo que había hecho ni dónde había estado. Ella había vivido su regreso como si fuera un milagro, pero Claudio ya no era el mismo.

—Apenas si podía mantenerse parado y decir dos palabras juntas. Lo que más me impresionaba era la desfiguración del rostro. Los tejidos y los nervios epidérmicos se habían secado y la carne había comenzado el proceso de descomposición antes que el resto del cuerpo. Los últimos días ni siquiera me atrevía a mirarlo. Se había transformado en nadie, ya no era Claudio el que estaba en aquella cama, era un monstruo —dijo la mujer.

Recién cuando sus hijos volvieron del colegio y me los presentaron, algo se rompió dentro mío. Desde hacía más de un año

vivían creyendo que su padre había muerto, pero yo no solo sabía que estaba vivo sino que cumplía con rigor mi papel de amante clandestina que les había robado el padre a ellos y el marido a la mujer.

¿Pero estaba vivo el doctor Scherer?, ¿eran Claudio Scherer y el hombre con el que yo vivía la misma persona? Un estado de confusión general me paralizó. La dicotomía seguía alimentando la máquina paranoica: o el doctor Scherer por alguna razón que se me escapaba se había hecho pasar por muerto para vivir ahora lejos de lo que había sido su mundo —aquella casa, su mujer y sus hijos—, o bien acaso el doctor Scherer efectivamente había muerto hacía un año atrás y Claudio se había hecho pasar por el doctor asumiendo su nombre y su pasado como si fuera el propio.

Sola en el departamento, se me ocurrió revisar el bolso de Claudio. Guardaba cerca de trescientos fotos a color de diferentes rostros en primer plano, algunas viejas fotos en blanco y negro de paisajes y gente reunida, tarjetas de débito y de crédito, carnets vencidos de distintas obras sociales, todas a nombre de distintas personas, y también un mapa gigantesco que tuve que desplegar sobre la cama, un mapa del territorio argentino con flechas y líneas amarillas, rojas y verdes que unían una ciudad con otra.

Más allá de eso, encontré también siete documentos de identidad. No supe entonces descifrar si se trataban de documentos falsos o robados, lo cierto es que de aquellos siete reconocí el rostro y el nombre de los que alguna vez Claudio había encarnado para mí: Martín Azúa, Juan Steiner, Norberto Díaz, Alejandro Freire, Pablo Majno, como también el de Claudio Scherer. Me asustó pensar que ese hombre no tenía ningún nombre, solo una x trazada en el centro de la tela enchastrada con el mamarracho del pasado de todos, el paréntesis vacío en medio del murmullo polifónico. Sin embargo, más me sorprendió que el último de los documentos, el séptimo en cuestión, fuera el de Roberto Fernandez Sein.

¿Cómo había hecho para conseguirlos, por qué tenía el documento de mi esposo escondido entre sus cosas? Intenté comunicarme con Roby. No lo logré, un empleado suyo afirmó que se había ido de viaje. Ese mismo día visité la joyería de Norberto Díaz. Les pregunté a los empleados y me respondieron que desde hacía algunas semanas estaba internado en estado crítico en la Clínica Del Triunfo. Fui a la Clínica, me presenté como un familiar del paciente. Lo estaban por trasladar al Hospital Muñiz en los próximos días. Le pedí a uno de los doctores de Terapia Intensiva que me permitiera verlo fuera del horario de visitas. Norberto Díaz ya no podía hablar, una capucha envolvía su cabeza, un tajo en la boca le permitía respirar y otros dos a la altura de los ojos mirar en derredor. Lo mismo

que estaba viendo era lo que me había contado la viuda del doctor Scherer cuando el virus lo había acorralado y tuvieron que taparle el rostro debido a la descomposición de la carne. También la misma respuesta de parte del médico: mutación del virus del Sida, alteraciones en la cadena genética de cada infectado, afección de índole neurológica que afectaba los procesos cognitivos y la memoria, descomposición física generalizada.

Aquello que en principio era una sospecha, fue volviéndose lo que pretendía una certeza. No se trataba de que Claudio —digo "Claudio" solo como un facilismo— encarnara la existencia de sus dobles o que él fuera el doble de los otros o que realmente existiera el Sindicato de Hombres Contra Emilia ni la cofradía que organizaba la devastación de la chica fácil con la que todos se encamaban. La idea que se me había vuelto obsesión era que Claudio no era un hombre sino el mismo virus. Sin comienzo, sin final, lo imaginaba desplazándose de un organismo a otro como un monstruo inmaterial que existía a costa de matar y robar la vida de otros. ¿Qué otra entidad podía ser uno y a la vez otro sino un virus que se queda con cada quien hasta el final y a la vez se reproduce en el campo de batalla de una epidemia infectológica?

Así, en mi imaginación, Claudio no era la contraseña de una Orden de Monstruos ni el doble de nadie. No existía un Norberto Díaz verdadero —por caso, el que agonizaba en la Clínica Del Triunfo— y otro Norberto Díaz falso —aquel que vivía en mi departamento—, tampoco Juan Steiner por un lado y otro Juan Steiner por otro, ni cierto doctor Scherer con una vida propia y Claudio Scherer trazando la suya en una paralela oculta. Nunca existieron dos, sino siempre uno solo y el mismo. Era Claudio, el Virus, el que se apropiaba por completo de la existencia del otro, y luego al producirse el contagio se desplazaba a una nueva existencia llevando consigo todo lo que había sido. Lo que se transmitía entonces no era solo el virus, sino con él toda la cadena genética. ¿Desvariaba?, ¿no eran aquellos pensamientos más que delirios nacidos de la imposibilidad de explicarme quién era Claudio? No lo sé, pero entonces ¿cómo era posible que Claudio fuera capaz de vivir mis sueños y tener mis recuerdos del mismo modo que recordaba el pasado y soñaba los sueños de los otros, sino justamente porque él mismo vivía en mí y había vivido en aquellos otros?

Pensaba en Norberto Díaz y en el doctor Scherer, los dos habían sufrido la misma descomposición, ambos se habían condenado a transformarse en nada cuando Claudio los había abandonado buscando ser otro. ¿Cómo explicar que al desplazarse de uno hacia el otro no dejara nada atrás, ni siquiera un rostro que funcionara como índice de identidad, sino porque él mismo era el Virus que los

desintegraba?

Pasé por encima de las murallas y crucé las barreras de los territorios prohibidos. Un día que Claudio no estaba en el departamento, busqué en el cajón de su escritorio los papeles en los que escribía sus "garabatos mentales". Según el comentario escrito con lápiz en el margen, la primera parte llevaba el título provisorio de *EL JET LAG DE UN LARGO VIAJE ALREDEDOR DE LA TIERRA*.

Se trataba de algunas decenas de páginas a las que cada día se había destinado, pero de las que en ese momento solo leí algunos fragmentos sueltos. Al principio me pareció un cuento escrito por un psicótico, sin embargo lo que contaba era mi vida, al menos una parte, la más vergonzosa de todas. Hacía referencia a cierta relación que había tenido con un chico africano llamado Miguel Bakunin que después terminó desbarrancando hacia el lado oscuro y digo "lado oscuro" solo para que no me preguntes qué significa "el lado oscuro". Lo cierto es que si lo que Claudio pretendía era hacerme sentir un bicho nauseabundo, lo había logrado: Miguel Bakunin había sido mi secreto, el comienzo de mi debacle física-orgánica-espiritual. Nunca lo había compartido con nadie y había tardado años intentando olvidar mis estupideces juveniles. No podía tener la menor información al respecto, y sin embargo, lo narraba todo con lujo de detalles como si él mismo lo hubiera vivido por mí. Me sentí vejada; leía y no podía dejar de escuchar mi propia voz, como si yo misma las hubiese escrito, en todo caso, Claudio, su escritura, me había robado toda intimidad, la había dejado expuesta a la vista de cualquiera que tomara esas hojas y se destinara a leerlas. De repente comprendí su venganza: yo lo había acorralado para contarme su pasado, entonces él se había dispuesto a escribir mis memorias, las peores memorias sobre la que hasta entonces había sido la peor etapa de mi vida.

Aquel día todo terminó de romperse. Claudio entró al departamento y me descubrió leyendo sus papeles. Esa vez se presentó bajo las facciones de un tipo que jamás había visto. La hipótesis del Sindicato de Abusadores volvió a mí. La distancia impuesta, la frialdad de sus palabras y el tono amenazante de su voz me dieron miedo. No supe cómo pedirle perdón. Nunca me había sabido tan ajena al mundo de Claudio, nunca había sentido que aun con Claudio a mi lado en verdad estaba frente a un completo extraño.

Me recriminó haber hurgado en sus manuscritos. Encendió mi computadora y me obligó a darle la contraseña. Se la dicté aterrada. Encontró en el historial todas las entradas donde había buscado saber quién había sido Claudio Scherer. Dijo que no le gustaba que lo persiguieran y menos aún que anduviera escarbando en su pasado,

metiéndome donde no debía.

Había conocido muchas versiones de Claudio o muchos tipos que se había hecho pasar por Claudio, pero entre ellos ninguno se había mostrado tan violento. Se trataba, sí, de una violencia contenida pero que a la vez no dejaba de funcionar como una amenaza que se volvería constante.

Respondí, sin que me lo pidiera, que no soportaba la presión mental de no saber de quién me había enamorado, con quién estaba viviendo, lo único que había hecho fue buscar datos para devolverle su verdadera identidad.

No le importó nada lo que pudiera decirle.

Entonces empezó con los empujones y los insultos. Acorralada contra la pared junto a la puerta del departamento, le pedí que se fuera y me dejara respirar tranquila. Claudio insistió con sus insultos. Le dije que no lo quería ver nunca más en mi vida. Le dije que no quería verlo a él ni a ninguno de los cerdos asquerosos que enviaba al departamento. ¿De qué cerdos hablas? De los tipos que hacés venir para cogerme e irse como si nada. Dijo que me había vuelto loca. Hablé del Sindicato de Hombres Contra Emilia, hice mención de la Cofradía de Abusadores. Se rio de mí y de lo que llamó mis desvaríos. Insistí con que se vaya. Aseguró que no me sería tan fácil sacármelo de encima, iría a perseguirme hasta el fin del mundo y estar siempre allí donde ni siquiera imaginaba que podía estar.

“De dentro de tu cabeza no me vas a poder echar, del fondo de tus entrañas no me vas poder sacar”, tomó su bolso, dio unos pasos hacia la puerta y luego agregó “llegará el momento en que vas a rogar que vuelva, pero entonces vas a tener que ser vos la que me busque”.

::: 4 :::

El primer mensaje de whatsapp que me llegó, me hizo pensar que había convivido con un demente que yo misma había confundido con alguna entidad divina del ultramundo: “Me voy a comer tu dolor hasta que no quede nada de vos”. Cambié el número de celular para no recibir más sus mensajes ni sus llamados, di de baja el mail y mi Facebook. Si no era por medio de Roby, ya no tenía modo de contactarse conmigo.

Pensé que con ello iba a liberarme de Claudio, pero no iba a resultarme tan sencillo. Sus amenazas habían sido ciertas, podía borrarlo de la superficie del mundo pero no del fondo de mí misma. Mis sueños no dejaban de traérmelo de vuelta. Al principio me sentí molesta conmigo por aquello que siendo mío me excedía y no podía controlar. Podía, claro está, cortar toda comunicación, pero no impedirle a mis sueños que hicieran en mí y contra mí lo que les estuviera dado. Me reprochaba mi obsesión por un hombre que solo aparecía ocultándose como si fuera esa la condición que yo misma me imponía para poder amarlo. Sin embargo, la insistencia de los sueños me abrió los ojos ante algo que parecía una señal puesta adrede para guiarme hacia donde pretendía. No era yo la que llamaba a Claudio, era él el que me llamaba. Casi siempre se trataba de un grito continuo, un chillido animal que se me metía en los oídos y no me dejaba pensar. Salía de la casa y caminaba cada vez por una ciudad desconocida buscando el lugar desde donde emergía, pero entonces el grito venía de todas partes, desde las entrañas de todos aquellos con los que me cruzaba, de las alcantarillas y los autos, desde las puertas y las ventanas de los edificios. Era la ciudad entera la que gritaba, en todo caso, la ciudad era la expresión misma de un grito.

El sueño de algún modo se hizo real, si no como grito, la ciudad se había transformado en un espejo roto cuyos pedacitos reflejaban los rostros de Claudio. Entré en una paranoia cósmica. Todos podían ser Claudio, cualquier persona con la que me cruzara en la calle, en el subte o en cualquier bar, todos podían ser parte del Sindicato de Monstruos. Me sentía perseguida todo el tiempo y no tenía posibilidad de diferenciar si era yo la que inventaba su presencia detrás de cada rostro, resplandeciendo en los ojos de cualquiera, o si en verdad era

Claudio el que se ocultaba en aquellas caras y me observaba desde cualquier perspectiva y bajo todas las miradas. Me puse a la defensiva ante el mundo. Establecer una mínima charla conllevaba un esfuerzo mental del que no era capaz. Aventurarme a la calle se había transformado en una epopeya anímica. Tan solo unos pasos fuera del departamento ya apuraba la marcha pensando que Claudio era aquel que venía detrás mío, pero entonces me daba cuenta que acaso era ese otro que me esperaba en la esquina; cruzaba la calle corriendo, me metía en un bar, me escondía en el baño y podía pasar horas encerrada rogando haberlo perdido. Acaso no existía nadie que me estuviera persiguiendo, pero las palabras con las que me había amenazado cobraron el estatuto de una sentencia.

Por otro lado, el silencio del departamento no hacía más que hundirme en la desolación. De pronto, yo que siempre había hecho gala de mi propio soledad no podía conmigo misma. El trabajo *free lance* con el que había creído poder mantenerme escribiendo reseñas de arte para revistas especializadas se me venía abajo. Apenas me sentaba ante la computadora el peso del agobio en el pecho me dificultaba respirar con serenidad y no me dejaba pensar. Y ni siquiera me preocupaba hacer algo con la sospecha de estar enferma. Me mentía a mí misma convenciéndome de que sin síntomas no había enfermedad y por alguna razón extraña, los dados del azar, el virus o lo que fuere que hubiera tomado posesión de la existencia de Claudio Scherer y los otros, no había hecho efecto en la mía. Eso al menos es lo que quería creer, en todo caso, lo que podía creer. De un modo u otro me dejaba estar y mis fuerzas parecían concentrarse en un único motivo para mantenerme en pie: encontrar el modo de olvidarme de Claudio.

Sacando fuerzas de donde no tenía, me concentré en el trabajo; al menos con ello tenía otras preocupaciones que no fueran los demonios de mi cerebro trayéndome otra vez al demiurgo que los sometía. Salí adelante como pude y escribí lo que se me había negado desde hacía tanto tiempo, pero no tenía a quien venderle mis notas. Encima de todo, mi situación económica era paupérrima, había pretendido independizarme de Roby pero sin el aporte de Claudio me chocaba de frente contra el camión de mis propias imposibilidades. Con lo que él había dejado apenas si me alcanzaba para comer una vez por día, pero ya debía dos meses de alquiler y todo iba pendiente abajo.

Un día me llamaron de una de las revistas que había accedido a publicar una de las siete u ocho notas que les había ofrecido y entonces conocí el poder que tenía de hacerme daño a mí misma. Me recibió uno de los empleados. Dijo haberse interesado en lo que escribía y mantuvimos alguna charla ocasional. Prometió facilitarme

el contacto con otros editores, y eso que para mí debía ser una puerta que se abría, resultó el llamado de lo siniestro. El chico se llamaba Nahuel pero estaba segura que Nahuel no era solamente Nahuel. Agudo y sordo, gritando en silencio, un destello flotante, algo lo excedía —el *punctum*, *tuché*, la huella de la Cosa—, oscuro brillaba y llamaba más allá de sí mismo, como si el conjunto de sus facciones, sus ojos, el tono de su voz, sus movimientos, dependieran de aquello que fuera del conjunto le diera sentido —como un transeúnte que pasa junto a un auto en llamas y, dislocado del cuadro general, le resultan indiferentes el fuego, la carrocería destruida, el conductor agonizante. Estaba convencida que se trataba de Claudio y dije cosas que no debí decir, al menos debía haberme dado la posibilidad de estar equivocada, pero actué desde el miedo y habiendo desbarrancado en un ataque de llanto terminé empujando al chico. Así cerré mi primera oportunidad de encontrar algún trabajo.

Pero allí no terminó, ese mismo día lo volví a encontrar en el subte sentado a unos tres metros de donde estaba. Tuve que bajar en la siguiente estación y tomar un taxi. Pretendí perderme entre la multitud que colmaba los pasillos de un shopping. Terminé encerrada otra vez en uno de los cubículos del baño del lugar y solo me animé a salir cuando un empleado de seguridad y otros dos de limpieza golpearon la puerta insistiendo en que el shopping había cerrado.

Otra vez lo volví a ver caminando en la vereda de enfrente mientras yo deambulaba por la calle Corrientes y en la librería donde quise ocultarme y también esperándome en la puerta de la comisaría donde había decidido denunciarlo. Acaso no se trataba más que de extraños que solo se habían cruzado por mi camino, pero desde entonces cada uno de ellos se sumó a mis sueños ofreciendo sus rostros como velos que envolvían y ocultaban la presencia de Claudio. Otros rostros fueron apareciendo: el mozo del café donde siempre paraba y el portero del edificio donde alquilaba. En verdad, este último era solo una sospecha a la que había llegado por mera deducción.

El noveno día del mes de Abril encontré arriba de mi cama un sobre con una pila de billetes en su interior que sumaba la cifra exacta de la deuda que tenía con el propietario del departamento. Llamé a Roby para preguntarle sobre la cuestión. Me atendió el mayordomo de la casa de Pilar. Dijo que Roby todavía no había aparecido en el lugar y tampoco respondía sus llamados. El día nueve del mes siguiente volví a encontrar un sobre idéntico con la plata justa para salvar otra vez el alquiler. Pensaba entonces que el portero del edificio era el único que tenía la llave para poder ingresar y dejar aquellos sobres sobre mi cama. Si él no era Claudio, entonces Claudio debía haberlo usado para que lo hiciera.

Comencé a seguir al portero esperando que me llevara hacia el otro. Un domingo sus pasos derivaron hacia la estación del tren Sarmiento. Media hora más tarde, descendimos en la terminal de Moreno. Siempre a unos cien metros de distancia me mantuve al acecho por cuadras desconocidas de un barrio que olía a humo y asado. Entró en una casa y lo esperé en la esquina. Intentando no llamar la atención pasé una y otra vez por el frente, hasta que un patrullero me detuvo. Mientras los policías me interrogaban debido a una denuncia que habían hecho, el portero y sus familiares salieron de la casa. Enseguida me reconoció. Dijo que era una de las inquilinas del edificio donde trabajaba, pero aquello no alcanzó para que los policías desistieran de llevarme a la comisaría. Pasé la noche entera encerrada en un calabozo. Nunca me había sentido tan tonta, tan avergonzada de mí misma.

Me había prometido no caer en las trampas de Claudio, pero entonces me daba cuenta que la trampa era la que yo misma me tendía. Debía luchar contra el hábito de mi propio pensamiento que a esa altura se había hecho corriente y vendaval que me arrastraba al mundo de Claudio. Era yo, mi propio deseo, el animal predador al que tenía que acorralar, enjaular y dejar morir de hambre. En algún sentido, Claudio tenía razón, ni siquiera necesitaba perseguirme para que sintiera su hostigamiento de un modo físico. Él era todos los hombres en derredor. Vivían en mí, habitaban mis entrañas, anidaba en mi cerebro y no tenía que hacer nada para que yo solita transformara el mundo que me rodeaba en una película de terror.

Lo cierto es que no podía conmigo misma y necesitaba a Claudio para cerrar lo que yo sola no podía. En verdad, ni siquiera sabía para qué lo necesitaba. Acaso la diferencia entre necesidad y desesperación sea justamente la posibilidad de entender qué se necesita y la ignorancia acerca de aquello que se desespera. En todo caso, se trataba de una necesidad tan abstracta que la forma mísera de encontrar la respuesta a quién había sido Claudio no alcanzaba para borrar la opresión en el pecho y el estado de calamidad en el que me encontraba. Lo necesitaba porque sí, y ello no significaba otra cosa que desesperar tenerlo a mi lado, volver a tocarlo, volver a besarlo y hacerle el amor hasta que deshaga el infierno simple y elegante que me había deparado. ¿El infierno? —me pregunto a mí misma pensando si acaso no estoy exagerando, pero entonces me respondo que la angustia ante la ausencia de la persona amada es solo angustia ante la ausencia de la persona amada, solo eso, una angustia particular, un referente concreto y verificable con el solo hecho de señalar el lugar donde no está la persona en cuestión, pero Claudio no había sido una persona sino una constelación indefinida, por lo que su ausencia no era la ausencia de Claudio sino la nada misma, la

ausencia de ese todo al que refería con el nombre de Claudio—. Ese mismo era el infierno, el todo y la nada como modalidades de un único vector. O estaba en todas partes y el mundo era la saturación siniestra de su presencia o no estaba en ninguna y entonces el mundo se condenaba a mostrar su propia nada.

Recordaba sus palabras al marcharse: "va a llegar el momento en que ruegues que vuelva, pero entonces vas a tener que ser vos la que me busque". Sabía que aquella amenaza había sido un modo de jugar conmigo, echar una carnada para hacerme caer en la trampa mental de no poder pensar sino en él, pero lo peor de todo es que lo había logrado. Ahora era yo la que tenía que buscarlo, pero cómo buscar a aquel que por definición existía volviéndose siempre otro.

Me arrepentí de haber cambiado el número de celular y no guardar el suyo. Volví a buscarlo en Facebook pero nada encontré. Le escribí algunos mails y nada me respondió. Lo busqué en el bar de Córdoba y Maipú, esperé durante horas en la misma mesa donde alguna vez habíamos estado. Claudio nunca llegó. Quizás lo peor de todo eran mis pesadillas, no por el contenido de las mismas sino porque esperaba durante todo el día poder dormirme para tomar contacto, soñar con Claudio el mismo sueño y comunicarnos al menos de ese modo. Sin embargo, ni siquiera aparecía en mis sueños y su ausencia los transformaba en mis peores pesadillas: el haberlo perdido, el haberse transformado en una nada que ni siquiera en sueños podía darle alguna forma.

Esperé en el departamento que volviera a dejarme el sobre con la plata para el alquiler. No volvió. Hice el mismo recorrido que ya había hecho antes pero ahora en sentido inverso. Allí donde había creído que Claudio me perseguía ahora transitaba los mismos espacios para encontrarlo. Volví a la oficina de la revista donde había tenido el altercado con Nahuel pensando que se trataba de Claudio. Le rogué que si él era Claudio me lo dijera. El chico no entendió nada. "Claudio, no sigas jugando conmigo, por el amor de dios, te lo pido por favor"… El empleado de seguridad tuvo que quitarme de encima de Nahuel y echarme del lugar. Dedicaba días enteros a tomar el subte donde alguna vez había creído que Claudio me perseguía. Desde la mañana temprano hasta el último servicio de la noche, me la pasaba yendo y viniendo de una punta a la otra del recorrido, y siempre creía encontrarlo para recién entonces comprender que Claudio estaba donde no estaba y no estaba donde sin embargo no dejaba de estar.

Finalmente lo encontré en el bar de San Telmo donde alguna vez me había abordado haciéndose pasar por Martín. Estaba con unos amigos en la barra y apenas me vio se escurrió entre la gente, salió a la calle y ya no lo volví a ver. Sin embargo aquello me dio una pista

segura para encontrarlo. Si Martín Azúa existía era porque Claudio le daba vida.

El jueves, el viernes y el sábado de esa semana los dediqué exclusivamente a deambular entre la multitud por las pistas de baile del club nocturno donde Martín trabajaba. De aquellas noches solo recuerdo las copas de alcohol, las pastillas y las drogas pasando de mano en mano, el ruido atronador de una música creada por infradotados, la desnudez insinuada de los cuerpos frotándose, y yo empujando a unos y otros, preguntando por un tal Martín que trabajaba allí pero que nadie parecía conocer.

Y mientras perseguía al fantasma de Claudio detrás del velo carnal de Martín, sentía que alguien, acaso el mismo Claudio también me buscaba perdiéndome. Alguien perseguía mis pasos, me daba vuelta y no había nadie; sentía el peso de una mirada sobre mi espalda y cuando giraba mi cabeza no encontraba sino el paisaje de cientos de rostros recortados por las luces de los flashes, perdidos todos en una gran masa carnal en que la que aquellas caras eran apenas el esbozo de cualquiera.

Perseguida por nadie, perseguía a Claudio. Perseguida por Claudio perseguía a nadie. Y cada vez, a las seis de la mañana, cuando el sol estallaba en los jardines externos y solo unos pocos quedaban dando vueltas por el lugar, terminaba derrumbada en algún sillón o en cualquier rincón del club intentando detener el movimiento centrífugo del mundo en algún punto fijo que me devolviera el equilibrio necesario para volver al departamento.

El domingo lo encontré. Se estaba besando con una chica alta de minifalda roja en la punta de una de la barras. Aquello no me importó. Me paré a no más de uno o dos metros, con la mirada dura buscando sus ojos sin que estos me encontraran a mí. Se tomaron de la mano y caminaron hacia los reservados de lo que llamaban la zona roja. Los seguí hasta allí y los perdí de vista cuando corrieron la cortina densa y se metieron dentro. La oscuridad era casi total y los surcos que las luces azules trazaban en el lugar se llenaban con el humo de los cigarros y el vaho caliente de los cuerpos. Los vi sentarse en uno de los sillones del fondo y comenzar a tocarse. Pensé en marcharme, era una intrusa en aquel lugar y de fondo en ese momento no era más que una intrusa en la vida de Claudio, sin embargo, después de semanas y semanas lo había encontrado y no podía dejarlo ir.

Cuando la chica se puso de rodillas contra el piso y acercó su cabeza a la entrepierna de Claudio, me senté a su lado. Claudio ni siquiera se percató, concentrado en lo que ella le estaba haciendo solo se destinaba a mirarla y a veces levantar la cabeza y mirar el techo y cerrar los ojos durante algunos segundos. Tuve que tomar su rostro y hacerlo girar hacia mí para que se diera cuenta que había regresado a

su vida. Lo miré a los ojos y los encontré inyectados en sangre y fuera de cualquier eje. Debía estar tan drogado como yo o acaso más. Me besó como si estuviera besando a cualquiera, pero entonces Emilia era una cualquiera y acaso era eso mismo lo que me llenaba el estómago de hormigas y deshacía las plantas de mis pies en granos de arena que se amontonaban en el piso.

De pronto sentí la lengua de la chica que me lamía las piernas y levantaba la pollera, mientras Claudio continuaba besándome. Me entregué entonces a lo que se fue dando y en un rato nomás ya estaba casi completamente desnuda sentada arriba de Claudio, dándole la espalda, mientras él me penetraba por detrás y la chica se empeñaba en lamerme por delante como un gatito a un plato de leche. Me dejaba hacer con furor, me sentía cobijada por el deseo de Claudio, como si él lo hubiera organizado todo y me estuviera guiando por el camino que había trazado.

Acabé una y dos veces. Claudio y aquella mujer continuaban extrayendo de mi cuerpo nuevas intensidades. Mientras tanto, enfrente nuestro, sentado solo en uno de los sillones, un hombre fumaba y no dejaba de observarnos. Uno de los focos caía sobre su figura y lo iluminaba como una sombra hecha de carne azulada. Quise pensar que aquel era el que durante noches enteras me había seguido de un lado al otro por los pasillos del club mientras yo perseguía al fantasma de Claudio. El empeño de su mirada no cesaba, solo fumaba y miraba como si nosotros fuéramos actores de una obra improvisada sobre un escenario armado solo para él, su exclusivo espectador. Aquello deshizo el embrujo en la que estaba envuelta y me devolvió al lugar frío e inhóspito de no saber qué estaba haciendo conmigo misma. Desde entonces ese hombre se transformó en mi único blanco y no tardé en reconocer quién era.

Supe que no solo me había estado siguiendo, sino que también, lentamente y con paciencia, había armado la escena que ahora gozaba contemplándola. Había sido yo su títere, había jugado conmigo llevándome al lugar dónde él sabía que iría a buscarlo. Me sentí humillada, vejada. Aquel hombre que nos miraba era Claudio, aún bajo las penumbras del lugar y acaso por el velo de esas mismas penumbras, podía detallar sus facciones, las medidas de su cuerpo, los detalles inútiles de su vestimenta, los pliegues de su piel, y sin embargo, no era eso lo que me señalaba que aquel hombre era Claudio, sino justamente el punto oscuro, aquello que excedía la totalidad de lo que podía observar, algo, una x, un grito mudo, un llamado que nada dice, el casillero vacío en un tablero colmado de piezas, eso ausente que sin embargo resplandecía más allá de su mera presencia física, era el modo en que Claudio se presentaba ante mí como un monstruo que jugaba a las escondidas y se divertía con mi

desesperación.

Entonces todo se derrumbó. El cuerpo de Martín debajo mío, sus manos tomándome de las caderas, su miembro dentro de mis entrañas, todo él se me volvió frío, metálico. La visión de Claudio me había devuelto a la realidad, ese hombre que me hacía el amor ya no era aquel al que podía entregarle mi vida para que la cuidara del modo que quisiera, sino solamente un extraño empeñado en hacerme sentir asco de mí misma. Quise detener a ese indeseado y empujar a la chica para que terminaran con lo que me estaban haciendo. No me escucharon, o acaso sí me escucharon, quizás sí reconocieron que yo no quería seguir con aquello, pero hicieron caso omiso y acabaron solo cuando se les dio las ganas.

No los culpé, no habían sido ellos los que me habían forzado a nada, era ese otro que entonces me miraba el que había montado el escenario y la trampa donde había terminado cayendo, el único responsable de aquella humillación. ¿Se estaba riendo de mí?, ¿esa mueca que apenas se dibujaba en la comisura de sus labios, era el esbozo de la risa con la que coronaba su show de aparecer desapareciendo solo para condenarme a su sometimiento?

Cuando los otros dos terminaron conmigo, se levantaron del piso y del sillón. Acomodaron su ropa, mientras me retorcía abrazando mis rodillas contra el pecho. De repente desparecieron del lugar y me dejaron tirada, pero a la vez cuando se quitaron de entre medio de Claudio y yo, cuando finalmente pude tenerlo frente mío, se levantó del sillón, dio unos pasos hacia mí y me tomó de la mano. Nada nos dijimos. Me sentía tan abrumada que solo atiné a dejarme llevar. Apretándome fuerte, llevándome casi a la rastra, parecía que Claudio tenía perfecta idea de lo que iba a venir. En la otra punta del lugar, detrás de un cortinado, llegamos a una pequeña puerta. Adentro, unos diez hombres desnudos se arremolinaban en derredor de tres chicas. Estaban encadenadas a un aparato que semejaba una máquina de tortura medieval, pero cuyo fin era fijar la posición corporal para penetrarlas sin posibilidad de resistencia. Un apéndice mecánico extendía unas pinzas que mantenía la extensión del ano abierto como una cloaca. Las mismas pinzas se apretaban contra los bordes de la boca para penetrarlas por allí mientras las sodomizaban. La visión general duró solo un instante. De pronto, sin poder preverlo, Claudio me tomó de las muñecas y me esposó a unas cadenas. En medio de aquella oscuridad rojiza y el ruido de la música saturando mis oídos, ni yo misma podía escuchar lo que acaso grité. De un momento a otro, me sacaron el vestido y me sujetaron a una de aquellas máquinas. ¿Fueron cinco, seis, siete hombres, los que me penetraron?, ¿cuántas horas pasaron? No lo sé, ni siquiera estaba en mí misma para saber qué cosas me hicieron.

Cuando cobré alguna conciencia ya no había nadie en derredor. Me habían liberado de las cadenas y dejado abandonada en el piso. Me vestí apurada y salí como pude empujando a los últimos humanoides que todavía gastaban vida inútil frotándose en las pistas de baile. En la puerta de salida pasé entre los guardias de seguridad, bajé unas escalinatas y terminé vomitando en el cordón de la vereda junto a los zapatos de unos chicos que retrocedieron insultándome.

::: 5 :::

Unos días después, encontré a Claudio esperándome en mi departamento sentado en la mecedora junto al ventanal.

Su rostro entonces me resultó absolutamente desconocido, ni siquiera se asemejaba a ninguno de todos aquellos que había usado para perseguirme. Se disculpó por haberse metido en mi departamento sin haberme avisado. Ante mi silencio, eligió acorralarme preguntándome si me habían hecho llegar los sobres con el dinero y si me había alcanzado para pagar el alquiler. No sé qué pasó entonces, qué movimientos geológicos se dieron para que en las capas tectónicas de mí misma, se abriera la fisura por donde brotaba mi angustia. Tanto lo había perseguido por las series de sus propios desplazamientos, tanto había escapado de su fuerza gravitacional, que en el momento de tenerlo frente mío no pude sino derrumbarme.

Quebré en llanto, golpeé su pecho insultándolo una y otra vez. Claudio me abrazó fuerte, sosteniéndome, y solo cuando el arrebato de furia se calmó, comprendí que lo necesitaba como la mano a la que me aferraba para no caer en el abismo.

Reconstruí lo que me había hecho vivir durante los últimos meses, repasé los detalles de la noche anterior cuando me había obligado a hacer el amor con Martín y esa otra chica en los sillones del club nocturno. Callé por vergüenza lo que pasó después en el cuarto trasero del lugar encadenada a disposición de no sé cuántos tipos. Claudio negó haber estado allí y rechazó la sola idea de haberme perseguido bajo el disfraz de otros hombres. De pronto, era yo la que tenía que explicarle lo que había sucedido, cómo me había transformado en un estropajo de la que alguna vez había sido y terminé aceptando la posibilidad de que en mi desesperación de volver a encontrarlo hubiera terminado forzando una realidad que sin abandonar su estatuto solo se basaba en mis propias ficciones.

Tan solo aceptó haberme llamado un par de veces y mencionó después algún que otro sueño que estaba seguro de haber compartido conmigo. No más que eso. Luego, ante mi negación de responder sus llamados y sabiendo que la estaba pasando mal, se le había ocurrido ayudarme con lo de la plata. Ya ni siquiera me importaba escucharlo, juzgarlo ni nada, solo me importaba que estuviera allí, que hubiera

vuelto por mí. Fui yo entonces la que le pidió que no se fuera nunca más.

Claudio volvió a instalarse en el departamento, pero ya nada fue igual y las peleas se volvieron constantes. Cada vez hablábamos menos y nuestra relación fue reduciéndose a casi nada. Ni siquiera se quedaba a dormir; apenas llegaba, sin demasiado preámbulo me pedía que nos quitáramos la ropa y enseguida se dejaba llevar por un arrebato sexual seco, áspero, duro. Cuando terminaba, me dejaba algún dinero en la mesa de luz y luego simplemente se marchaba. Así, casi todas las noches: lo recibía, me penetraba, dejaba un dinero y se marchaba. Esa era toda nuestra relación. La hipótesis del Sindicato de Hombres Contra Emilia volvió con toda su fuerza. Dudar si los tipos que venían al departamento eran Claudio o solo unos desconocidos que él enviaba para humillarme se transformó en obsesión.

Ni a Juan Steiner, ni a Alejandro Freire ni a Martín Azúa, a ninguno de ellos volví a verlos. Ahora se trataba de simples extraños que haciéndose pasar por Claudio actuaban la distancia fría que se nos había impuesto. ¿Era capaz Claudio de hacerme eso? El solo hecho de que la pregunta fuera posible ya significaba, de por sí, mi derrumbe. ¿Por qué no podía verlo, por qué dejé que las cosas alcanzaran ese punto en que todo explota y el mundo ya no es mundo? En ese momento no lo veía, era yo la que había inventado todas esas historias de Órdenes Secretas y Cofradías de Violadores Asociados bajo las órdenes de Claudio. Esos extraños, esos desconocidos enviados por Claudio lograban con extrema precisión hacerme sentir vejada por todos y cualquiera, pero sin pruebas de nada, solo me quedaba sufrirlo en silencio.

Sí, Claudio era capaz de eso y de mucho más. Sabía que estaba enojado conmigo y acaso pretendía devolverme lo que yo le había hecho antes hurgando en su pasado, pero si pretendía hacerme sentir una prostituta lo había logrado. Quizás eso es lo que él pretendía decirme: tal vez él mismo, haciéndose pasar por otros, obligado a llevar sus vidas se sentía del mismo modo y yo no lo había podido escuchar ni comprender. ¿Pero se trataba de una pedagogía cruel que no por su crueldad dejaba de ser el juego de una pareja que haciéndose daño encontraba el modo de alguna comunicación? ¿O bien, los tipos que venían al departamento, no eran Claudio, sino solo extraños que él enviaba transformándome en una prostituta a la que ni siquiera le habían informado las condiciones de su trabajo?

La primera vez que quise hablar del tema, Claudio o el desconocido al que me había entregado me respondió que no había venido a charlar de nada. Me quitó la ropa a la fuerza y por más que yo me negara me dio vuelta y me penetró sin importarle mi llanto ni mis gemidos ahogados por su mano. Dejó la plata tirada sobre la cama

y se marchó.

Como una tonta me recriminé los celos que sentía echándome la culpa por haber arruinado las cosas con el hombre al que amaba. Yo era la responsable de la actitud de Claudio, lo había llevado a ese lugar donde no le quedaba otra posibilidad más que defenderse denigrándome. Me propuse cambiar mi actitud. No quería volver a perder a Claudio, ese hombre era lo único que tenía en la vida, el único que me había hecho saber que yo también era capaz de sentirme viva. Durante unas dos semanas mi actitud fue otra. Solo pretendía mostrarle obediencia y me entregaba a lo que él quería sin decir palabra ni ofrecer la menor oposición. ¿Quería humillarme haciéndome sentir una puta?, entonces le iba a dar la mejor de las putas. ¿Quería degradarme haciéndose pasar por tipos a los que no conocía y solo me usaban para descargar sus flujos espermáticos por un par de billetes?, entonces le iba a mostrar que era capaz de pagar mis errores dejándome hacer hasta que fuera él quien me devolviera a mi Claudio.

Ya no volví a presentar ninguna objeción, ya no me importaba siquiera si el tipo con el que Claudio había decidido esa noche hacerse pasar me gustaba o solo se trataba de no darle importancia y dejarlo hacer con cualquiera de mis agujeros lo que se le viniera en gana. En un caso o en otro, mientras me penetraban sobre la cama o arrojada en el sillón, me concentraba en un punto fijo y buscaba reconstruir las características comunes que cada uno de aquellos desconocidos compartieran. Con eso “común” construía mi idea de Claudio, y por más diferencias físicas que sus versiones me mostraran, me aferraba a la idea. Si me había puesto a prueba, no me iba a dejar vencer. Entonces la idea de Claudio se me hacía paisaje mental y contemplación extasiada. Así fueron pasando las noches, entregada a las copias berretas y deformadas de una verdad que no dejaban de prometer, pero, claro está, la posibilidad de que esos hombres no fueran Claudio, ni copias, ni versiones ni nada, sino solo extraños con los que el otro me prostituía, acechaba en mi cabeza todo el tiempo.

La humillación me resultaba insoportable y Claudio se me deshacía en un universal tan vacío como abstracto, tan ficcional como inexistente. El asco que sentía por mí misma y por esos extraños me devolvía mi propia verdad, era yo, mis ganas de tener a Claudio, la que conectaba a unos con otros en una misma serie, y entonces Claudio no era ni uno ni otro sino la serie completa de transformaciones que yo misma había armado a fuerza de soñarlo, imaginarlo y fantasearlo. Pero no era más que un juego mental, un modo de ocultarme o justificar el hecho concreto de haberme transformado en un deshecho de mí misma.

Una noche ya no soporté la presión mental a la que me había

sometido. No podía más con la incertidumbre si se trataba de Claudio o solo de un desconocido cualquiera que bajo las órdenes de Claudio pertenecía a la Cofradías de Violadores Asociados. ¿Había sido él el que lo envió para reducirme a la prostitución involuntaria y gratuita o Claudio era solo el nombre de la Cofradía? Estábamos en la cama cuando me saqué de encima al tipo que me estaba penetrando. Intentó forzarme a continuar y me defendí como pude. Di unos pasos hacia la cocina, el otro me siguió. Sin pensarlo, tomé un cuchillo, me di vuelta y le clavé la punta en la garganta. Dimos unos pasos hacia la pared, él retrocediendo, yo avanzando hasta dejarlo acorralado. Le pregunté el nombre. Me trató de loca. Clavé un poco más el cuchillo y lo obligué a responderme. Dijo llamarse Marcelo.

—Terminala, Claudio. ¿No te das cuenta lo que me estás haciendo? No puedo más, no sigas con esto —tartamudeé mi propia desesperación.

—No sé ni siquiera cómo te llamas, pero te juro que no soy Claudio. No sé lo que te hizo ese tipo, pero no te estoy mintiendo, me llamo Marcelo —intentó el otro calmarme con un tono de voz que impostaba una amabilidad cínica.

—Solo decime qué te hice, por qué no volvés a ser el de siempre —murmuré como para mí misma y el otro aprovechó a tomarme del brazo.

Forcejeamos un poco y rápidamente me quitó el cuchillo. Salí corriendo de la cocina y cerré la puerta con el seguro del picaporte. Mientras el otro la golpeaba, tomé sus pantalones que estaban tirados junto a la cama y le quité la billetera. Saqué sus documentos y entonces leí su nombre: Marcelo Urrutia. Pensé que acaso se trataba de un DNI falso como uno de los tantos que antes había encontrado en el bolso de Claudio, pero las tarjetas de crédito, el registro de conducir, el recibo del seguro, todos me devolvían el mismo nombre.

—Puedo entender que te llames Marcelo Urrutia, pero necesito que me respondas algunas cosas —le dije al volver hacia la puerta de la cocina con la suficiente precaución de dejarla cerrada.

—Abrime y hablamos de lo que vos quieras.

—Antes respondeme, ¿trabajás para el Sindicato de Hombres? ¿Qué tenés que ver con Claudio?

—No tengo idea quién es Claudio, no sé de qué Claudio me estás hablando —escuché su voz del otro lado.

—¿No sabés quién es Claudio?, y entonces ¿cómo viniste a mi departamento?

—Un amigo me pasó el dato. Me dijo que si quería pasarla bien viniera a esta dirección.

—¿Cómo se llama tu amigo?

—Norberto —respondió.

—Norberto ¿qué? —insistí pensando que acaso Claudio se había hecho pasar por Norberto Díaz para invitar a su "amigo" a conocer la puta más regalona del barrio.

—Norberto. No sé el apellido, es un conocido nomás.

—¿Y qué te dijo el tal Norberto?

—Nada, que estuvo dos o tres veces con una chica.

—¿Y?

—¿Y qué?

—¿Qué más te dijo?

—No te va a gustar lo que dijo, no quiero hacerte sentir mal ni nada por el estilo.

—Decime qué te dijo, palabra por palabra, sino llamo a la policía.

—Dijo que no cobrabas tarifa, si quería te podía dejar unos pesos y si no quería daba igual. Dijo que eras un poco rara, que te calentaba eso, coger con extraños en tu departamento. Me aseguró que no trabajabas como puta pero te calentaba que te lo hicieran sentir.

Aquellas palabras me golpearon pero de algún modo las estaba esperando. Le pregunté entonces cómo su amigo se había enterado que yo vivía en aquel departamento. Escuché con paciencia la serie de nombres que fueron sucediéndose. Marcelo Urrutia había llegado al departamento por un conocido de nombre Norberto, que a su vez tenía el dato por un tal Iván que se lo había pasado un primo suyo de nombre Ernesto al que también le había llegado la información por un amigo de nombre Emiliano que vaya uno a saber quién le había contado de la existencia de una prostituta que ni estaba enterada ni había decidido serlo.

Mientras el otro volvía a golpear la puerta, me quedé intentando ordenar lo que había estado pasando durante los últimos meses. Por un lado, quería que Claudio fuera cada uno de esos hombres que armaban la serie, pero en el fondo también era posible que no tuviera la más mínima relación con aquellos nombres. ¿Pero entonces cómo había comenzado lo que bien podía llamar la serie de mi propia debacle? De un modo u otro, Claudio debió haber sido quien comenzara con aquello, me había entregado a todos esos hombres para que supiera el gusto de la humillación.

No podía entenderlo, ¿qué había ganado con el mero hecho de humillarme?, ¿el goce de un sadismo patológico? Acaso fue entonces que intuí por primera vez la posibilidad de algo que entonces prefería mantener a distancia como un terror tan soterrado como imposible de definir: quizás Claudio no había existido nunca, y había sido yo la que lo había engendrado en mi mente. Claro que en ese momento, no podía hacerme responsable de semejante idea y prefería que fuera Claudio el monstruo que me había condenado a mi propia miseria.

Lo cierto es que ya no tenía nada más que hablar con Marcelo

Urrutia. Lo dejé marcharse, no volví a abrir la puerta del departamento a nadie. Ya no quería ni me importaba tener contacto con ninguna persona. Todas podían ser Claudio.

Para comer llamaba a un bar para que me trajeran la comida. Les pasaba el dinero por debajo de la puerta y les pedía que me dejaran la comida en el piso y se marcharan. ¿Qué era lo que temía, qué era lo que me podían hacer si les abría la puerta? No lo sé, pero el poder de Claudio se había vuelto omnipresente, y si era Claudio el que me traía la comida y yo le abría la puerta, cualquier cosa podía suceder. Acaso tenía miedo de mí misma, miedo de descubrir que cualquiera podía ser Claudio y entonces actuar desde la más radical irracionalidad.

El teléfono lo tiré por la ventana, la notebook la destrocé con un martillo. No quería ningún contacto, no podía ceder ante la posibilidad de que Claudio volviera a mi vida. Solo le quedaba entrometerse en mis sueños. La única vez en dos meses que me animé a salir del departamento fue para comprar algunas drogas en la farmacia. Unas eran para mantenerme despierta, las otras para hacerme dormir si no soportaba las primeras. Pensaba que así lograría mi cometido: impedirle a Claudio intervenir en mis sueños.

Estuve despierta durante cinco días seguidos, sin dormir ni un solo minuto. Creí volverme loca. El mundo en derredor se me volvió una vorágine que no encontraba definición. La mera existencia de los objetos acechándome se me volvió aterradora. Nunca jamás había tenido tal grado de lucidez mental en relación a la vivencia de un aquí y un ahora, pero a la vez esa misma lucidez se me había vuelto el modo de perder el mundo y encontrarme con mi propio desastre. La plenitud de lo que simplemente es, la continuidad de la vida latiendo en todas partes, solo puede provocar asfixia; necesitamos interrumpir el proceso, darnos la posibilidad de no estar durante un rato ahí donde la vida se hace y el mundo sucede. O era matarme o darme la posibilidad de volver a dormir.

Para ello usé las otras drogas contra el insomnio que había comprado previendo lo que podía ocurrirme. Ahora necesitaba ir en sentido contrario y dormir de tal modo, con tal profundidad que la actividad de mi cerebro se redujera hasta alcanzar el borde del cero. No sé cuántas pastillas tomé, al despertar tardé en darme cuenta que había dormido tres días seguidos. La devastación física se me había vuelto insufrible. Vomité todo lo que ni siquiera había comido. No sé qué vomité, una pasta amarillenta que acaso, pensé, se trataba de la licuefacción de mis órganos. Y sin embargo, los dolores de cabeza, los mareos constantes, ese tipo de mareos en los que parece que no es una la que pierde el equilibrio y gira sin sostén sino que es al mundo al que se le ha dado por el vértigo del desdoblamiento y la superposición, continuaron sin fin.

Al cumplir los dos meses de mi encierro, fue el agente de la inmobiliaria el que de algún modo me salvó de mí misma. Tocó el timbre, golpeó la puerta, lo escuché una y otra vez pero comprendí que había perdido la relación con mi propio cuerpo. Una parálisis generalizada había tomado posesión de mis miembros y me había dejado enterrada bajo los escombros de mis huesos amontonados en el sillón.

Pensando que ya había abandonado el departamento, el agente inmobiliario usó su propia llave para abrir la puerta y encontrar mis despojos. Acaso balbuceaba, quizás temblaba, seguramente pensaba si ese hombre no era Claudio que había venido a darle el broche de oro a lo que él mismo había preparado. Lo cierto es que terminé internada en una Clínica cercana. En la guardia de aquel lugar, me depositó el agente inmobiliario movido tal vez por una piedad que después no tuvo a la hora de dejarme la carta documento en la que me ordenaban desalojar el departamento por incumplimiento de pagos.

::: 6 :::

Desperté en una cama cualquiera. Hacía tanto tiempo que no tenía contacto con nadie que la presencia de los doctores y las enfermeras me devolvían el terror de la sospecha, la posibilidad de que alguno de ellos fuera Claudio. Actué desde la desesperación, no quería que se me acercaran, no quería que me tocaran. Tuvieron que sedarme y atar mis brazos y mis piernas a los barrales del camastro.

Fue entonces que volví a soñar como hacía tanto tiempo no soñaba. Aún dormida sabía que aquello era otro modo en que Claudio ejercía su dominio sobre mi existencia, y sin embargo fue aquella la primera vez que ante Claudio me sentía fuerte, capaz de hacerle frente y vencerlo.

Soñé que me comía a Claudio y me lo bajaba con una cerveza negra y espumosa. Claudio estaba tierno y jugoso, dulce y magro. Arranqué su corazón de un solo mordisco y me lo tragué entero. Chupé sus huesos hasta dejarlos limpios y con ellos construí una pequeña cueva en la que podía entrar perfectamente. Con sus cabellos tejí una bufanda con la que envolví mi cuello para protegerme del viento frío de la muerte que corría desde el oeste hacia más allá. Usé su cráneo como un coco y me dediqué a sorber los jugos de su cerebro. Luego le corté las manos y las usé para arrancarle los sesos sin ensuciar las mías. Y así, con las manos de Claudio llevé pedacitos de sesos a mi boca y los mastiqué con lentitud, saboreándolos. Arranqué sus músculos, sus membranas y sus tejidos, los amasé una y otra vez y los tendí sobre el piso de mi cueva como si fueran un colchón. Después me acosté a dormir y usé todo el largo de su piel como una sábana suave que me cubría por completo. Unos pájaros rabiosos me despertaron de la siesta picoteando sobre mi sábana y arrancando pedacitos de carne que habían quedado bajo la piel. Pero entonces al despertar, me daba cuenta que la sábana de piel y mi colchón de músculos, tejidos y membranas me envolvían con tal fuerza que no podía sacármelos de encima. Me levanté asustada destruyendo mi cueva de huesos. Los pájaros revoletearon encima mío pretendiendo continuar su faena y los espanté dándoles manotazos. La necesidad de quitarme de encima los restos de Claudio me desesperaba y entonces buscaba por todas partes un espejo que me

devolviera la imagen del monstruo en el que me había convertido. No encontré ningún espejo en aquel lugar, pero después de correr por un pasillo y luego por otro y otro más, encontré a Alejandro Freire apoyado contra una pared, esperándome. No era la primera vez que Claudio se hacía pasar por Alejandro Freire, pero esta vez en mi sueño tenía la plena certeza de que Alejandro era solo Alejandro, que podía confiar en él para salvarme de Claudio y con ello salvarme de mí misma. Le pregunté qué era lo que veía al observar mi rostro, le rogué que me dijera a quién estaba viendo. Su respuesta fue mínima y desganada: "Te estoy viendo a vos, Emi, ¿a quién otro querés que vea?".

Volví a soñar con ello una y otra vez durante noches y noches. ¿Qué significaba aquel sueño? No tengo la menor idea, lo único que me importaba era que había vuelto a soñar y no había pasado nada. Mis temores se mostraban infundados, podía al menos dormir y saber que todavía tenía las suficientes fuerzas mentales como para defenderme de Claudio. Al fin me sentía aliviada. A eso se sumó que en la clínica pudieron comunicarse con Roby y Roby vino a visitarme. No me resultó fácil convencerme de que Roby no era Claudio, y aún ante la posibilidad cierta de que fuera una nueva encarnación de mi demonio, pude sostener alguna serenidad. Al principio actué con reservas pero me invitó a regresar a su casa y no pude negarme. Me habían desalojado del departamento, no tenía ningún lugar donde ir y presionada por los doctores que solo me darían el alta si alguien se hacía cargo de la precariedad de mi estado, terminé aceptando.

La primera o segunda noche me preguntó por Claudio, dije solo dos o tres cosas que me avergonzaron de la humillación a la que había cedido y terminé rompiendo en un llanto de angustia que solo el abrazo de Roby supo calmar. Le pedí que me prometiera que nunca más tocaríamos ese tema.

El estado de salud de Roby era también deplorable, pero los cuidados que entonces me deparó acaso lo fortalecieron como para dejar atrás lo que él llamaba "la etapa oscura". Las manchas rojas y negras que le borroneaban la cara ya casi habían desaparecido y ahora no necesitaba demasiado maquillaje como para verse como antes. Desde entonces me protegió de mí misma y de las ideas con las que saboteaba mis posibilidades de respirar con alguna normalidad. Nuestra relación mantuvo la distancia de dos amantes que habían dejado de serlo pero que, a la vez, un amor acaso más profundo los unía en un punto en el que la soledad se hace de a dos. Así, de pronto, volvimos a pintar juntos en el mismo atelier, nos leíamos el uno al otro los libros que nos gustaban y aprendimos de nuevo a reírnos de las mismas cosas, es decir, de nada y porque sí nomás.

Mi presencia en la casa parecía, según Roby, haberle puesto un

freno a la enfermedad, en mi caso simplemente no encontraba el modo de hacerse síntoma. Me había alcanzado con el gusto ácido de la paranoia con la que me había alimentado durante tantos meses transformando el mundo en una mera sucesión de signos que nombraban la única enfermedad que me importaba: Claudio. No había síntoma en mi cuerpo porque el mundo, al menos el mundo que me interpelaba, era, en su totalidad, el síntoma. Cada existencia, cada rostro, cada mirada y tono de voz, cada rictus y movimiento, se había mostrado como letra, y entre ellas parecían formar las palabras a las que me había destinado a traducir. El mundo entonces era un texto que decía de un modo u otro el nombre secreto que le daba sentido: Claudio.

Un nombre, sí, un mero nombre, pero que entonces, al menos en la economía de mi vida mental, se había propuesto como la palabra que fuera del sistema de todas las palabras explicaba el origen, la finalidad, el porqué y el para qué de todas las palabras. Roby significaba Claudio, Martín Azúa significaba Claudio, Pablo Majno y Juan Steiner y Norberto Díaz, Alejandro Freire y Marcelo Urrutia significaban Claudio, pero Claudio simplemente no significaba nada, era el que estaba fuera de toda la serie, fuera del mismo sistema, para que entonces la serie y el sistema tuvieran un sentido: nombrar aquel que se me escapaba, aquel que se manifestaba solo haciéndose nada, siempre un poco más allá, siempre ausente en cada hombre en el que parecía encarnar y a la vez presente en su propia ausencia.

Estaba enferma y tenía que curarme. Roby fue la ventana por la que asomar mi cabeza a brisas que movieran las hojas de los árboles sin que ello significara nada, solo árboles moviéndose al son de un viento suave, solo hombres y mujeres que no dijeran ni señalaran otra cosa y se limitaran a existir así como meros hombres y mujeres. Eso es lo que necesitaba, que el mundo volviera a ser mundo sin que las cosas sean nombres de otra cosa. De a poco fui recuperando algún equilibrio, y si bien olvidar a Claudio y a lo que él me había llevado era imposible, al menos me di la oportunidad de sanarme.

Roby empezó a invitar amigos y conocidos casi siempre ligados al mundo de la pintura con la única finalidad de volver a tener algún contacto humano, al menos intercambiar algunas palabras, mirar y dejarme mirar a los ojos, escuchar y ser escuchada, sin que en ello hubiera pliegues que ocultaran al emperador sanguinario que se había propuesto colonizar los páramos mentales de mi existencia.

Aquello se repitió una y otra vez. Era como si la mejoría de su estado de salud y los avances en mi propia recuperación, fueran también modos de rehacer nuestra pareja, ahora desde otra perspectiva. Al menos, así parecía vivirlo Roby. Por mi parte, lo dejaba hacer porque en el fondo no hacía más que cuidarme. Allí

donde el deseo había muerto nacía el amor con toda su parafernalia de temores a medio definir y demandas que lindaban con la saturación. Nos necesitábamos el uno al otro, yo como un medio de escapar de la acechanza de Claudio y volver a tener un mundo propio, él acaso para usarme como excusa en el regodeo constante de su condición de "estar siempre a punto de ser abandonado". Y sin embargo de un modo u otro habíamos recuperado la ilusión de la felicidad y eso quizás era lo que le permitía enfrentar los síntomas de su enfermedad hasta reducirlos a casi nada.

Lo veía tan vital como hacía mucho no lo veía, siempre tenía ganas de hacer algo conmigo, pintar, mirar películas, lo que fuere que nos mantuviera juntos. Viajamos a Montevideo y paseamos por los alrededores como una pareja de novios que se dieran el lujo de un mundo en que el que poder creer en el otro. Para nosotros esa posibilidad se había cerrado desde hacía mucho y acaso desde el mismo momento en que nos habíamos conocido, y sin embargo nunca había sido tan feliz con Roby. El fantasma de Claudio había desaparecido por completo y entonces podía pasearme de aquí para allá sin sospechar de nadie ni sentirme perseguida, y a la vez, para Roby la enfermedad parecía un mal recuerdo que había dejado atrás sin ninguna secuela. De algún modo habíamos necesitado cada uno a su manera caer en el pozo de la degradación física y mental para tocar fondo y volver a creer en la posibilidad de alguna superficie para darnos otra vez la oportunidad de estar juntos.

Al volver a Buenos Aires nos concentramos en los preparativos de una exposición que Roby quería ofrecer a sus amigos como un modo de volver a conectarse con el circuito del arte. Los cuadros exhibidos representaban la serie de imágenes oníricas en la que había estado trabajando. Era un modo de decirse a sí mismo y a mí también "mirá todo lo que dejamos atrás".

Unas treinta personas invadieron la casa. Las pinturas los sorprendieron menos que la recuperación física de Roby. Un murmullo solapado había corrido por los pasillos del submundo de galerías de arte, atelieres, y otras cuevas de la ignominia, y durante meses no se había hablado de otra cosa que de la enfermedad de Roby, la desfiguración de su rostro, la sospecha de una muerte pronta, y, sin embargo, ahí estábamos mostrándoles a todos de qué cosas éramos capaces.

Me gustaba mostrarme junto a aquel hombre que de algún modo había renacido y mi papel de anfitriona no me salía nada mal. Esa noche tomamos mucho, una copa por aquí, una copa por allá y la sonrisa constante se transformó en carcajada, el orgullo contenido en un desborde de alegría plena. Así, de pronto me encontré hablando

con unos y con otros, riéndome de cualquier cosa, recobrando la Emilia que siempre había sido.

Cuando casi todos se habían ido me encontré yo misma pidiéndole a Roby dormir juntos. No habíamos tenido relaciones sexuales desde hacía mucho, ni siquiera después de salir de la Clínica y volver a reencontrarnos se me había cruzado por la cabeza ni él me lo había insinuado. Nuestro pacto tácito había sido el de cuidarnos el uno al otro de la voracidad con la que la vida y la muerte se habían propuesto pasarnos por encima y lo habíamos logrado. Pero si el amor había nacido de la aniquilación del deseo, ahora en el fondo del amor nos encontrábamos de vuelta con el deseo.

Me dijo que despidiera a los últimos invitados, mientras tanto él me esperaría en su habitación. Sus palabras dibujaron alguna sospecha que rápidamente espanté de mi mente como si de una mosca se tratara, y unos minutos después eché del modo más amable posible a los cinco o seis invitados que habían quedado. Me di una ducha en el baño de la planta baja y luego subí al dormitorio de Roby. La luz estaba apagada, y solo el resplandor de las lámparas del parque colándose entre las rendijas de la persiana dejaban adivinar un bulto entre las sábanas y allí el cuerpo de Roby.

Ya desnuda me acosté a su lado. Lo sentí frío y distante. Acaricié su pecho y él se dejó hacer como si en verdad ni siquiera se percatara que lo estaba acariciando. Busqué su boca con la mía y no encontré más que la indiferencia dura de alguien al que le daba igual que lo besara o no lo besara. Un estertor agudo sonó desde su garganta, y luego un gemido de animal agónico. Prendí la lámpara de la mesa de luz y me encontré con el horror. Roby, el rostro de Roby era el de un leproso, un monstruo al que la carne se le había desgajado y solo podía ofrecer el espectáculo atroz de una putrefacción impaciente sobre sus huesos todavía severos.

El espanto me acobardó. Salté de la cama y solo atiné a cubrirme el cuerpo con una manta que encontré en el sillón. Entre quejidos y murmullo de hojarasca, la voz de Roby repitió tres veces mi nombre encerrándolo en la jaula invisible de una interrogación.

Me acerqué y parada su lado le tomé la mano. Me agradeció haber ido a visitarlo. Dijo que después de tantos meses sin vernos había empezado a tener miedo de morirse y no poder decirme lo importante que había sido en su vida.

—No te vas a morir —me salió decir.

—No hace falta mentirnos, Emi. Me estoy muriendo y capaz que sea mejor terminar con todo esto cuanto antes. Ya estoy muerto antes de morirme.

Le propuse quedarme esa noche en su casa para cuidarlo, pero que ahora solo necesitaba descansar y dormir un poco. Lo tapé con la

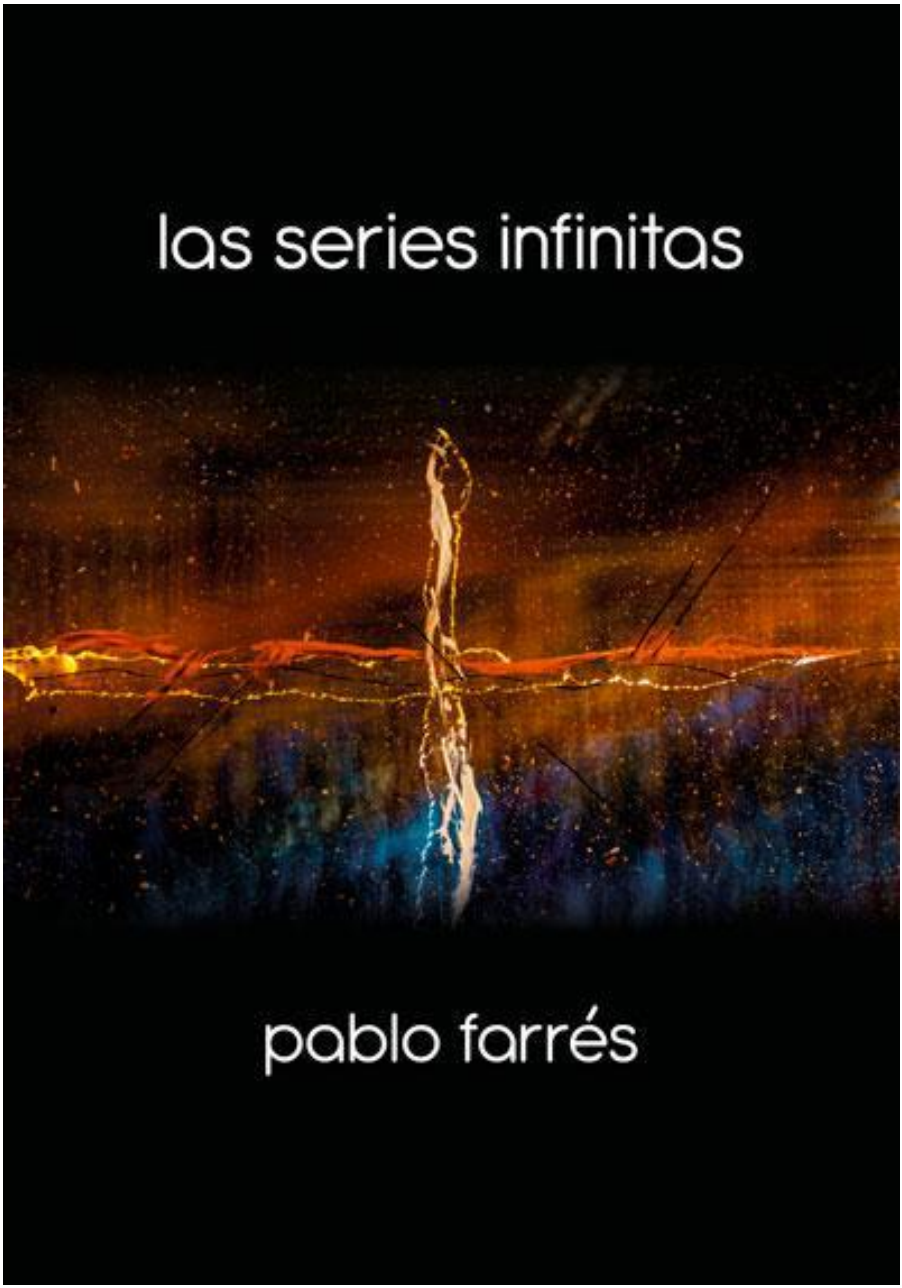
sábana hasta el cuello y apagué la luz. Antes de marcharme de la habitación le pregunté sobre nuestro viaje a Uruguay, qué cosas recordaba.

No recordaba nada. No habíamos viajado a Montevideo. En todo caso, corroboraba mi sospecha. Había sido Claudio el que durante las últimas semanas, desde que había salido de la clínica, había estado conmigo no para encandilarme con sus cuidados o volver a enamorarme llevándome de paseo a Uruguay, sino para hacerme llegar un mensaje tan escueto como contundente: del monstruo no podría escapar.

Había sabido dibujar ilusiones tontas con las que embaucarme y jugar a la pareja feliz, y todo solo para hacerme comprender que del infierno que tenía montado para mí no había escapatoria posible. Incluso Roby había sido usado como uno de los tantos recovecos del laberinto. Había querido mostrarme aquello de lo que era capaz y así lo hizo. No bien cerré la puerta de la habitación corrí escaleras abajo. Lo busqué por todos los rincones de la casa y no lo encontré. Seguramente se había ido cuando yo subí al cuarto de Roby.

Podía imaginar su risa liberada, su soberbia de demonio impune, el goce psicópata de hacer del mundo compartido el juego frío que él mismo inventaba imponiendo las reglas, moviendo las piezas como más le gustara.

Al volver sobre mis pasos, pensando en regresar junto a Roby, encontré sobre la mesa del comedor los papeles de Claudio —los mismos que habían sido el disparador de nuestra separación. Ahora, los había dejado a propósito ante mi vista. Pero ya no eran cuarenta o cincuenta páginas, sino un libro entero, un desborde desquiciado de más de quinientas páginas. En la primera hoja aparecía el título y el nombre de un autor que seguramente se lo había inventado con el fin de ocultarse del mundo.



El texto se dividía en tres partes. La primera llevaba el título de *TODOS LOS HOMBRES DE EMILIA* y reproducía esta misma carta que bien la podía haber escrito sin necesidad de que él lo hiciera por mí. La segunda se llamaba *Los manuscritos de EL GRAN POEMA DE LA MUERTE* y era la más extensa. Se dividía en once capítulos —*El Jet Lag de un largo viaje alrededor de la Tierra*, *Un curso de lenguas extranjeras, Una metafísica de los olores, Una película de amor trotskista*,

El monstruo genético, La carrera loca del amor, Las interferencias cósmicas, La anarquía coronada, El Gran Hermano del Santo Paranoico, El ejército fantasma y *La posibilidad de una isla*—. La tercera parte se llamaba *LA OBSESIÓN DEL FANTASMA* y era la continuación de esta misma carta. Al final agregaba un post scriptum al que llamó *BREVE HISTORIA DEL HOMBRE QUE NUNCA FUI* y cuyo sentido se me escapa.

No sé qué pretendía dejando en mis manos lo que había escrito. Acaso que comprendiera el derrotero que lo había llevado a ser lo que terminó siendo. ¿Un monstruo? ¿Se trataba de un psicótico?, ¿un idiota? No voy a agregar nada al respecto. Lo que tenía que decir ya lo escribí antes. Dejo ahora el manuscrito en tus manos, vos sabrás qué hacer con todo esto. Con solo leerlo por encima vas a comprender lo que intento explicarte y no puedo.

Si sos Claudio Scherer —o Pablo Majno o Alejandro Freire, Juan Steiner, Norberto Díaz, o cualquier de los otros que también fuiste—, debes saber de lo que se trata. Si este es el caso, no me importa nada lo que escribiste sobre mí, podés pudrirte en el fondo del pozo de mierda de vos mismo con tus papeles idiotas y los sueños y los recuerdos que me robaste.

Si no sos Claudio Scherer, solo espero que entiendas el infierno que ardía a mis espaldas y del que sin embargo apenas conocía algunos resplandores. ¿Me equivoqué?, ¿le hice daño a la única persona que estaba conmigo para cuidarme de mí misma? Ojalá tuviera alguna respuesta certera, pero no la tengo. Quisiera que estés conmigo y pedirte perdón, pero si finalmente llegaras hasta aquí, si alcanzaras de nuevo a recobrar algo de tu pasado y encontraras el camino de vuelta para sentarte delante mío o al menos leer estas palabras que ahora escribo para vos, ni siquiera entonces sabría quién sos.

Pero elijo escribirte a vos, Axel Santana, como el único modo de sanar en mí lo que te hice sufrir. Me preguntaste una y mil veces quién era Claudio Scherer y nunca pude ni supe cómo explicarte quién era Claudio Scherer. Ni yo lo tenía claro, si te lo hubiera contado por qué no me hubieras creído y me hubieras tratado de loca, pero si entonces callé fue porque cabía la posibilidad cierta de que vos mismo fueras Claudio Scherer.

Ahora, ya no tiene importancia, y si vos sos Claudio, aun así, voy a darme el lujo de resguardar en mi memoria a Axel Santana y aferrarme a la ilusión de estar escribiendo para alguien, contarte finalmente lo que querías saber y con ello devolverte lo que el otro nos robó.

No pretendo excusas ni explicación alguna, pero al menos, al leer el manuscrito de Claudio, quizás puedas perdonar lo que terminé

haciéndote.

SEGUNDA PARTE

Los manuscritos de
EL GRAN POEMA DE LA MUERTE

I. EL JET LAG DE UN LARGO VIAJE ALREDEDOR DE LA TIERRA

Cuando la putrefacción de la vida entra en el corazón parece al principio un grano de arena: una astilla en el dedo, el malestar de una resaca sin motivo, una puntada en la cabeza. Ocurre sin darnos cuenta, o sin darle mayor importancia porque quizás no la tuvo —en todo caso llegamos tarde y lo único que registramos son los efectos. El trabajo empieza a pesar, los viejos conocidos parecen condenados a repetir el fantasma de lo que nunca fuimos, la paciencia se agota y lo que antes tenía sentido de pronto deja de tenerlo. Un día ya no hay más trabajo para quien no lo quería, unas palabras de más empujadas por el vaso de whisky que no debimos haber tomado hicieron que los amigos ya no estuvieran por ningún lado, las cosas se desmoronan, pierden sustancia y entonces revelan su composición más íntima: hechas de arena cubren el espacio y nos entierran vivos. ¿Resultado?: lo que al principio no fue más que un grano de arena es entonces el desierto donde hemos quedado enterrados.

El problema no es entonces el agujero sino la imposibilidad de agujero alguno por donde salir a respirar. ¿A dónde salir cuando es la propia lengua y los brazos y las piernas las que están hechas de la misma arena en la que nos hemos enterrado? ¿Cuándo empezó la putrefacción de la vida? ¿En qué momento preciso se rajó la porcelana del mundo y lo que parecía deslumbrante mostró la cara del abismo? Repasar el camino es inútil. En el desierto nunca será posible encontrar el grano de arena con el que todo comenzó.

Por mi parte, no sé cuándo fue el momento exacto en que contraje Sida, pero desde entonces fueron dos mis enfermedades predilectas: el Sida y la grafomanía. Con respecto al primero, digamos que el Sida fue mi grano de arena y a la vez mi desierto. Con respecto a mi escritura, sé que no le importa a nadie hablar de ello, pero lo hago porque en mi caso es imposible pensar una enfermedad sin la otra. En todo caso, el Sida es un modo de escribir sobre el cuerpo. Es la muerte la que se escribe a sí misma en la profundidad y sobre la superficie de los cuerpos. Puede tratarse de un poema breve, un cuento corto o una novela farragosa, pero en todos los casos la escritura finaliza y ya no hay nada más que decir. Me gusta imaginar que el poema, el cuento o

la novela —es decir, la escritura del Sida— es en realidad una carta que la muerte se escribe a sí misma como un modo de recordar lo que es suyo, como una manera de perder el tiempo, hacerlo pasar, mientras espera que lleguemos a donde ya estábamos.

Pero también resulta al revés, al menos en mi caso se dio que la escritura misma fuese una modalidad, una expresión, una extensión inmediata del hecho de tener Sida. Tengo que explicarme bien; digo que antes de tener Sida me bastaba revisar la cantidad insólita de papeles y archivos digitales acumulados durante toda mi vida como para comprender de inmediato el estado patológico que señalaban. Era consciente que visto desde fuera y a cierta distancia el cuadro que se presentaba era el de un demente. Escribía todo el día, jornada tras jornada, desde el mismo momento en que despertaba hasta que caía vencido —lo que me hizo perder trabajos, parejas, amigos. Si me hubiera dedicado a la literatura quizás hubiera tenido algo de todo eso —algún trabajo serio, alguna pareja, muchos amigos—, pero la pasión por la escritura no tenía nada que ver con la literatura, en todo caso, la literatura era algo marginal y secundario.

Lo esencial era que entonces difícilmente podía encontrar en aquellos escritos algo que tuviera el menor sentido, no solo literario sino algún sentido sin más. A veces pensaba que mi escritura se relacionaba más con la acción de hacer un tajo en la carne de una presa, raspar la piedra o escarbar mi pozo en la tierra, que con los signos escritos en un papel sustituyendo tan pobremente la carne, la piedra, el pozo. Solo después de haberme contagiado el Sida pude comprender que esa pasión física por el tajo y la cacería de bichos era una cuestión espiritual y se conectaba de modo directo con el arte primitivo. Sobre nuestros primeros antepasados se suele decir que un Espíritu les hablaba, un Espíritu que hacía música a través de sus cuerpos y traía imágenes del más allá para transformarlas en pinturas que eran también umbrales entre un mundo y otro. Son conocidas esas historias en las que el arte se define como invocación, intercambio y comunicación con lo sagrado. No voy a abundar en esto, pero era el Espíritu el que en verdad escribía, pintaba o hacía música a través de los hombres. Se me apareció cuando menos lo esperaba y lo hizo como el ángel Gabriel a la virgen María, como los santos demonios a los neandertales de las cuevas de Altamira. Hizo que los dibujitos sin sentido que yo trazaba se hicieran letra y las letras palabras y las palabras alcanzaran la oración —por ejemplo esta misma—, y sé que si no hubiese sido por Él, hubiesen seguido siendo lo que en el fondo no dejan de ser: bichos muertos sobre el papel.

Hoy el monopolio de la ciencia le da nombre y también apellido: VIH, es decir, Virus Inmunosupresor de Humanos o algo así. En lo particular me parece un nombre espantoso, un mero eufemismo, tener

VIH suena diferente a ser un sidoso, pero en el fondo tener VIH —sea en una etapa o en otra de la expansión del virus en el organismo— es siempre ser un sidoso. Por eso me gusta llamarlo "Espíritu" y celebrar todo lo que me ha dado —celebrar el Sida como se celebra la vida y la muerte, como se celebra el hecho de tener dos manos, dos ojos, una lengua, los días y las noches, la dicha y también el horror, la felicidad mínima pero también el azar, sobre todo, el azar; y entre todas esas cosas la posibilidad de encontrar algún sentido para mi enfermedad grafomaníaca, es decir, celebrar incluso el hecho de que no tenga ningún sentido.

Lo cierto es que la presencia del Espíritu fue para mí el comienzo de una nueva vida —pero, claro está, en el comienzo no me llamaba Claudio Scherer ni Pablo Majno ni Alejandro Freire. Mi nombre era Emilia García Ding y era una chica modernísima. A los veintitrés años había editado dos libritos de poemas en una editorial que trabajaba con reciclado de cartón prensado que los mismos editores recogían en changuitos de supermercados en la noche de la ciudad para armar las tapas pintadas con témperas de muchos colores; a los veinticinco años ya había rotado por casi todos los talleres literarios de la ciudad y había cursado tres niveles en la Clínica de Creación Poética del barroco Scalabrini Saenz y cuatro niveles en la Usina Literaria del objetivista, gay y homofóbico De Las Chozas que por entonces auspiciaba de gurú y sacerdote de una movida difícil de definir —por lo que de algún modo, el nombre de Emilia García Ding recorría el caracol de algunas orejas de la movida y prendía la luz en el cuarto oscuro de algunos cerebros más para anunciar reconocimiento humano y auspiciar algún saludo.

También estudiaba filosofía, aunque en verdad, al menos visto desde fuera y a la distancia, no estudiaba en absoluto. Rara vez entró a algún aula y cuando lo hizo no fue para escuchar la clase sino para manifestar contra la bibliografía de algún claustro, el posicionamiento ideológico de un docente, los supuestos abusos de un ayudante de cátedra o arengar por la toma de la facultad, apoyar las insurrecciones civiles en Siria y pedir firmas expresando su desagrado por el hambre en Ruanda. La filosofía académica no le interesaba porque —según pensaba por aquel tiempo— la filosofía académica no era filosofía sino mera reproducción ideológica del falo-logo-eurocentrismo que allí reinaba como reinaba en todas partes, por lo que era sumamente difícil comprender por entonces qué significaba para ella misma que la filosofía académica fuese mera reproducción ideológica del falo-logo-eurocentrismo imperante dado que todo era mera reproducción ideológica del falo-logo-eurocentrismo. En todo caso la filosofía era un modo de hacer poesía, por eso debía hacerse fuera de las aulas y los

claustros, allí donde la poesía se hiciera revelación. Pero, claro está, esto último tampoco lo tenía demasiado claro, por entonces los modos de vestirse, las pestañas postizas, el supermercado donde hacía sus compras, qué series descargaba de internet, con qué tipo de comida se alimentaba, la forma de pronunciar la palabra "choripan", el número de matrícula de los autos, la huelga de los trabajadores despedidos en una fábrica del conurbano, los cactus y las ballenas eran poesía.

Estaba en pareja con un pintor llamado Roberto Fernandez Sein, en todo caso, se trataba de una pareja abierta o que ella sola entendía como abierta sin registrar claramente si Roby entendía lo mismo, por lo que llamar "relación de pareja" a lo que tenían fuere un poco inexacto. Eso dependía a quién se lo preguntaran. La respuesta de Roby era claramente afirmativa, pero la de Emilia dependía del interlocutor, el estado de ánimo, el pronóstico del tiempo y el color de las pastillitas que se había tomado esa noche.

No era el tipo de hombre por el que habría desesperado, pero vivía enfrente de la Facultad, tenía auto y cierto reconocimiento en los circuitos de museos y galerías de arte, la llevaba a comer a lugares donde nunca se había imaginado pisar, se daba siempre unas lindas vacaciones en Europa —y todo con la herencia inagotable que le había dejado su padre. Incluso compró una vieja pero enorme casona que había sido el casco de una estancia en la zona de countries en Cañuelas —treinta y pico de hectáreas, pinar de fondo, pileta olímpica — con el fin de irse a vivir allí cuando se casaran. En fin…, no es Roby lo importante en esta historia, sino porque fue él quien sirvió como medio para que Emilia tomara contacto directo con Miguel Bakunin, y a través de Bakunin, la posibilidad de que el Espíritu se le revelara.

Nadie que hubiera pisado la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires a comienzos del nuevo siglo, podía ignorar la existencia de Bakunin. Vivía en uno de los baños del cuarto piso y era famoso porque era el único negro —negro negrísimo— que daba vueltas por el lugar. Cualquier alumno que cursara a la mañana o al mediodía seguro se lo cruzaba —era imposible no verlo semidesnudo con una toalla colgándole sobre los hombros, las ojotas blanquísimas y un short con estampados verdes y naranjas fluorescentes. Se bañaba en el vestuario del personal no-docente y andaba casi siempre a eso de las dos o tres de la tarde con una palangana de acá para allá. Por la tarde vendía artesanías en la puerta —unos anillitos divinos hechos con alambres que tramaban, según lo que él decía, formas raras del infinito. Además de los anillitos y otras bagatelas —libros usados, pipas para marihuana, expansores, aros y piercing—, Bakunin aprovechaba el negocio —una tabla arriba de un caballete— para repartir volantes que declamaban el reconocimiento

urgente de la autonomía hutu en Ruanda y la llegada inminente de la Nueva Era.

Roby solía comprar en el supermercado de la vuelta de la Facultad y en el camino se encontraba con Bakunin todos los días en la puerta cuando éste repartía sus volantes. Las primeras veces Roby tomaba los volantes, les echaba un vistazo y cuando llegaba a la esquina los arrojaba a un tacho de basura. Luego, ya sin ningún miramiento, hacía un bollito y lo tiraba en cualquier parte. Un día se negó a recibir el volante. A Bakunin no le gustó nada. Esperó a que el otro regresara de sus compras y lo increpó en medio de todos los que entraban y salían del edificio. Dijo que desde el primer día había visto cómo hacía bollitos con los volantes y casi no se los tiraba en la cara; lo trató de fascista, de ideólogo de un sistema genocida y muchas otras cosas ante las que Roby no pudo responder. Enseguida lo tomó del brazo, puso los volantes en su mano y lo obligó a hacer su trabajo. Roby no entendió nada, pero el otro señaló su departamento y le dijo que si no lo hacía lo iría a buscar a su casa. “En el octavo C vivís, ahí en la ventana de la izquierda”, dijo.

Desde el mediodía hasta la tarde Roby se la pasó entregando volantes, mientras Bakunin entraba y salía de la facultad, se sentaba a tomar unas cervezas en el bar de la vereda de enfrente, siempre mirándolo de reojo, a veces haciéndole algunas señas. Cuando el mazo de volantes fue deshaciéndose y ya no quedaban muchos, encontró el papel con el horario de sus cursadas. Historia Argentina I a las 18 hs. en el aula 234, Principios de Metodología a las 20 hs. en el aula 184, etc, etc, etc. Aquel cronograma lo confundía: no tenía claro hasta dónde debía cumplir el mandato que el otro le había impuesto para hacer su trabajo: ¿debía también ir a clases por él?, ¿eso era parte de su trabajo?

Acaso Bakunin observó su confusión y llegada las 18 hs. se paró en la vereda de enfrente, cruzado de brazos y mirándolo como si le preguntara qué esperaba para seguir con lo ordenado. Aquello le aclaró las cosas y todavía con su bolsita de compras en la mano, Roby buscó el aula 234 y se sentó en el fondo. El docente entró y lo primero que hizo fue tomar lista. Cuando llegó al apellido “Bakunin” se hizo silencio. El docente volvió a insistir, aportando ahora nombre y apellido: “¿Miguel Bakunin?” —preguntó. Como nadie se daba por aludido, Roby levantó la mano, dando el presente por el otro.

Al día siguiente, a la misma hora que el anterior, desde la ventana del departamento vieron a Bakunin esperando a Roby en la vereda de enfrente. No necesitó más que un mínimo movimiento de su cabeza para hacerle saber que ya era hora de hacer su trabajo. Volvió a repartir volantes y más tarde fue a la clase de Geopolítica de América

Precolombina. Al siguiente día hizo lo mismo y así durante toda la semana. Los volantes los pasaba a buscar por la mesa de la agrupación para la que Bakunin militaba y los sobrantes los devolvía por la tarde. Nadie le decía nada y Roby tampoco daba lugar a que lo hicieran, pero quedaba tácito el hecho de que todos sabían a lo que Bakunin lo sometía. Lo cierto es que los meses corrieron y de este modo Roby terminó aprobando todas las materias del primer cuatrimestre con las mejores notas y siempre con el nombre del otro.

Una noche al regresar al departamento, volvieron a encontrarse con el tal Bakunin —esta vez metido dentro de la casa, sentado en los sillones del comedor tomando unas copas de vino con sus amigos. Emilia estaba presente junto a Roby y puede dar fe de lo que pasó. Al verlo entrar, Bakunin se levantó del sillón y presentó a Roby ante sus amigos como "El Bakunin Segundo". A Emilia la miró de arriba abajo, la tomó de la mano y le preguntó a su novio "¿Cómo se llama la princesita?". Roby susurró el nombre de Emilia, devolvió los saludos bajando apenas la cabeza y se marchó hacia la cocina pensando en su madre. Lo esperaba en su silla de ruedas, con esa mirada filosa que las lobas suelen tener cuando pasan mucho tiempo sin comer el hígado de alguno de sus hijos, ofuscada esta vez por el comportamiento de los "amigos" que había invitado a la casa. Roby intentó explicarle que aquellos no eran sus amigos y que ni siquiera los había invitado, pero la madre lo cortó imperativa exigiéndole que echara a esa gente.

Con aquel mandato regresó al comedor masticando para sí mismo cada una de las palabras que le iba a espetar a Bakunin, pero apenas puso sus pies en el comedor las cosas cambiaron. Encontró a Emilia sentada junto a Bakunin, tomando directamente de la caja de vino y esperando que tocara su turno en la ronda del porro que se habían armado. Roby la vio y no dijo nada, no pudo decir nada porque enseguida lo invitaron a sentarse y compartir el vino. Respondió que lo disculparan porque no tomaba alcohol, pero Bakunin se levantó del sillón y tomándolo fuerte del brazo, le dijo "sí, sí que tomás alcohol, vení, mostrame cómo tomás una copa con tus amigos", y entonces no le quedó otra opción que tomar esa copa de vino y después otra copa y al rato una copa más y de repente ya estaba sentado entre ellos riéndose de lo que todos se reían, escuchando a Bakunin hablar de sus planes revolucionarios y ciertas revelaciones de los misterios del dios al que decía estar esperando.

Seguramente los cigarritos de marihuana que le habían hecho fumar y que tan bien le hacían a su mente le dieron la claridad suficiente como para definir para sí mismo que aquella era su casa, esos sus sillones, sus vasos, su comida, la chica sentada al lado de Bakunin su novia, y que por lo tanto aquellos desconocidos no eran sus invitados, sino meros intrusos que estaban usurpando el espacio.

Eso pensaba decirles, pero cada vez que estaba a punto de hablar, enseguida Bakunin o algún otro ya estaba obligándolo a tomar otra copa, forzándolo a fumar otro cigarrito, y así ganar mayor claridad mental y cada vez menor capacidad de articular una mínima palabra. Por lo que al rato —él, que en toda su vida había fumado nada y ni una gota de alcohol había corrido por sus venas— ya estaba derrumbado sobre el sillón. Entonces simplemente sucedió: los amigos de Bakunin se fueron yendo de uno en uno y cuando se quedaron solos, Bakunin y Emilia se besaron un rato y luego él se quitó los pantalones y le hizo el amor en los sillones del comedor. Nunca en su vida Emilia había sentido tal grado de excitación, nunca se había imaginado un tipo que la diera vuelta como lo hizo Bakunin y allí, ante la presencia de su novio y en su propia casa, le levantara la pollerita y la penetrara como si aquello fuera un mandato divino. Le calentaba todo, la negrura de Bakunin, su prestancia señorial como para tomarla como lo hizo sin pedirle permiso a nadie, sin importarle que aquella fuere la casa de su novio y, sobre todo, que su novio estuviera allí desparramado sobre el otro sillón, un poco drogado, sí, pero lo suficientemente despierto como para entender qué estaba sucediendo delante suyo.

Emilia lo supo porque se miraron y en la mirada de Roby descubrió el brillo de la noche, el llamado de la especie buscando su propio umbral. Lo supo también Bakunin que vio los ojos de Emilia dirigidos a Roby y los ojos de Roby dirigidos a los suyos. La dejó abandonada en el sillón, dio unos pasos hacia su novio, le puso la pija en la boca y el otro empezó a chupársela. Después lo tomó con sus manos fuertes, lo dio vuelta sobre el sillón y poniéndolo en cuatro patas lo penetró cuidadosamente, sabiendo, intuyendo, que lo estaba desvirgando. Interiormente Roby le agradeció su cuidado, el modo suave y despacito con el que inauguraba su ano, metiéndosela de a poquito para darle el lujo todavía de un resto mental con el que definir para sí mismo que aquella era su casa, que Bakunin no era su invitado sino un usurpador que se había metido en el comedor para drogarlo, hacerle el amor a su novia, y encima de todo desvirgarlo, sin poder, desde luego, hacer nada, decirle que no quería seguir con aquello, hacer algo para sacárselo de encima, o por lo menos intentar ahogar, tapar, ocultar sus gemidos, sus gritos de placer cada vez que el otro insistía buscando un nuevo fondo en sus entrañas.

Tomó a Emilia de la mano y la llevó a dormir a la cama de Roby. Desde entonces el lugar donde Roby dormiría sería el sillón del comedor —prometió Bakunin antes de irse con Emilia y ciertamente terminó cumpliendo. Al despertar, ya estaba desayunando en la cocina con su madre, frente al ventanal que daba al balcón y a la calle. Para sorpresa de Roby, Bakunin y su madre parecían llevarse muy bien,

estaban riéndose y contándose anécdotas que Roby no logró comprender del todo. Le convidaron algunas galletas y Bakunin siguió hablando de ciertas intimidades de los amigos con los que habían estado la noche anterior para que la mujer se regocijara en el chusmerío y le diera pie para que siguiera hablando. Al mediodía Roby se fue a cumplir con su trabajo de volantero. Luego de presenciar las clases de Historia Latinoamericana y Geopolítica de Asia Medieval, regresó al departamento. Bakunin seguía allí. También estaban sus amigos, pero sus amigos no eran los mismos que la noche anterior. Sobre sus rodillas estaba el hermanito de Roby jugando a pegarle mientras él se dejaba pegar haciendo que se defendía cubriéndose la cabeza. Parecían divertirse, al menos Tomás —así se llamaba el hermanito de Roby— se mostraba como nunca lo habíamos visto, riéndose mientras tiraba a Bakunin al piso, se le subía a la cabeza y contaba hasta diez para que el otro se rindiera. Roby interrumpió la escena, se plantó frente a Bakunin y haciendo callar al chico, le exigió que se fuera de la casa. Contra lo que se podía haber esperado, Bakunin echó a sus amigos y luego él también se encaminó hacia la puerta. Fue entonces que la madre de Roby entró al comedor y viendo que el otro se estaba yendo le preguntó por qué se iba tan temprano, habían quedado para esa noche en jugar a las cartas y si se iba ¿con quién iba a jugar a la canasta? Bakunin respondió que Roby lo había echado y esas mínimas palabras sirvieron para que su madre liberara una catarata de insultos tratándolo de bicho inmundo y despiadado que dejaba ir a un amigo cuando no tenía ni cueva dónde dormir. Por lo que esa segunda noche, Bakunin volvió a dormir en la casa y no solo en la casa sino en la cama de Roby, con la novia de Roby, mientras a él lo mandaron otra vez al sillón. A Emilia le dio un poco de pena y le dijo a Bakunin que no podían dejarlo solo. Se levantaron y fueron a verlo. Estaba llorando, pero Bakunin se mostró tan amoroso que prontamente olvidó el motivo de su llanto y ya estaban otra vez los tres tomando vino y fumando unos porros. Esa noche, sobre el sillón, de pie pero con su pecho recostado sobre el respaldo, Bakunin volvió a penetrarlo ya sin los cuidados que había tenido antes, más bien de modo rústico, seco, un tanto desolador, solo para marcarle que podía hacer con él lo que se le dieran las ganas y hacerle saber quién era el que en su vida mandaba.

Desde entonces, el departamento fue tomado por Bakunin y sus amigos. Apostados en cada uno de los rincones, comieron y durmieron allí durante semanas. Más que amigos, parecían comportarse como seguidores, fanáticos y hasta apóstoles de Bakunin que a su modo se la pasaba predicando su buena nueva, sus visiones de la revolución, sus profecías apocalípticas. Siempre había tenido ascendente sobre todos los que lo rodeaban, pero por entonces había radicalizado ciertos

aspectos de su personalidad envolviéndose en un halo de misterio con el que se permitía un misticismo retórico que a nadie dejaba de subyugar. Más cuando a sus profecías revolucionarias acerca del fin de sus vidas tal como las habían conocido, agregaba sus pequeños milagros sacando enormes huevos de oro de su boca para repartirlos entre sus seguidores, o dándole vida a pequeñísimos elefantes que desde la nada aparecían entre las palmas de sus manos y de inmediato saltaban hacia el piso para corretear en el comedor. Invocaba al dios y a otras entidades inmateriales venidas del África profunda. Prometía el tiempo en que ya nada sería de nadie, nada, ninguna propiedad sobre nada, pero no solo hablaba acerca de la abolición de la propiedad de los medios de producción o la propiedad privada en general sino incluso de la abolición de la propiedad de cada uno con respecto a sí mismo, un tiempo —decía— en el que se anulará la propiedad sobre la lengua, y ya nadie reconocerá como propias sus manos, sus brazos o su pene —decía Bakunin y de inmediato señalaba a alguno de sus seguidores y le hacía desaparecer un brazo o una pierna, y también a veces hacía desaparecer a una persona entera, solo para demostrar que lo que él decía sobre la abolición de la propiedad era posible—"¿comprenden?, ¿comprenden lo que les digo?", preguntaba Bakunin, y únicamente cuando todos respondían que sí habían comprendido, solo entonces les devolvía el brazo al manco, la pierna al otro o regresaba a la vida al que había desintegrado. Incluso a veces —solo para que todos comprendieran—, hacía desaparecer la lengua de uno y la hacía aparecer en la boca de otro; o intercambiaba los penes, y entonces uno cualquiera se tocaba la entrepierna y le parecía el pene de su compañero.

Bakunin era así —hablaba acerca de lo que prontamente sucedería cuando el Gran Poema de la Muerte terminara de escribirse y ya nadie encontrara el camino de regreso a lo que había sido suyo, cuando la ciudad se fuera llevándose tiempo, memoria y lenguaje, dejándolos a todos a la deriva del ruego hasta comprender que eso mismo era la bienvenida revolucionaria del dios, y de repente se le ocurría hacer llover cabezas de caballos negros que por la ventana veían caer y romperse contra el asfalto o hacerle vomitar a cualquiera de sus seguidores ciertos bichos peludos que él envolvía en su puño para decir "en este bicho todo tu dolor, ahora vete, lleva la buena nueva de la destrucción, diles que el nuevo tiempo se acerca, vete, ya estás purificado".

Durante ese tiempo de profecías y revelaciones místicas-revolucionarias, Roby supo lo que se avecinaba. Los brazos y las piernas le titilaban. Al principio se trataba solo de algunos segundos. De repente se encontraba sin su brazo izquierdo. Luego al ratito volvía a aparecer. Así también con el derecho y con las piernas. Después

aparecían y desaparecían con más continuidad. Tenía las piernas cinco minutos y después desaparecían otros cinco. Después le titilaban todo el tiempo. Tenía brazos durante diez segundos, después ya no, pero a los diez segundos posteriores volvían a aparecer. Por ello desistió de caminar y se apostó solito en uno de los rincones del comedor para sostenerse a la vista de los demás al menos como un objeto que intentaba aferrarse a la memoria familiar. Si su cuerpo le titilaba, su pene en cambio había desaparecido por completo. No se quejaba. Así era mejor. Más higiénico —ni siquiera necesitaba mear—, pero entonces cuando se había acomodado a su desaparición, el pene le fue devuelto generando un verdadero engorro, ya que acostumbrado a no mear en absoluto se meaba todo el tiempo.

Intentó mil veces convencer a su madre de echar a Bakunin, pero ella estaba encantada con él. Nada que Roby le dijera servía para algo, ni siquiera que con su actitud estaba traicionando el recuerdo de su padre. Ya harto de la situación le contó que Bakunin lo obligaba a trabajar repartiendo volantes y cursar la carrera de Historia, estudiar y dar los exámenes por él, incluso le contó que se acostaba con su novia. Pero a su madre nada de lo que a Roby le pasara parecía conmoverla en algo. Todo lo contrario, pretendía que le diera las gracias a Bakunin por darle la oportunidad de hacer algo con su vida, que a un parásito chupa sangre como él le venía muy bien trabajar aunque sea de volantero y que a un infradotado se le diera la oportunidad de estudiar era algo que debía llenarlo de agradecimiento. Con respecto al hecho de que se acostara con su novia no le pareció ni bien ni mal: “si ella es feliz, hay que apoyarla, ¿no es cierto?” —dijo la señora.

Todo intento posterior de convencerla de echar a Bakunin o llamar a la policía fue inútil, más cuando sus milagros le devolvieron la posibilidad de caminar y abandonar su silla de ruedas. Eso fue el colmo, contra eso Roby ya no podía competir. Desde entonces la señora caminaba, bailaba, corría y saltaba —todo por Bakunin. Incluso, con un pase de magia que había constado de un mero cerrar y abrir su puño, le regaló un par de tetas que fueron el *sumun* para la mujer que se la pasó refregándolas contra el negro y bailándole alrededor. Cansado de tanta impunidad, le dijo que Bakunin no solo lo amenazaba y se acostaba con su novia sino que lo había sometido y sodomizado más de una vez en el sofá del comedor. La madre, en vez preocuparse por tan delicado asunto, le preguntó cómo era el negro en la intimidad. Esa misma noche pretendió asesinar a Bakunin. Tomó una cuchilla de la cocina, se metió a la pieza, y la enterró en el vientre de Bakunin retorciéndola una y otra vez. De la herida abierta salieron diez, veinte, treinta pájaros azulados que dieron vuelta por la habitación, atravesaron el umbral de la puerta y se arrojaron por la ventana del comedor buscando la noche. Al salir el último pájaro, la

herida se cerró y ni la menor cicatriz halló en el vientre de Bakunin.

Junto a la cama había quedado Roby parado y con la cuchilla en la mano todavía levantada. Bakunin lo miró, juntó los labios y movió la cabeza como desaprobando lo que había hecho. Entonces dijo: "Sos igual que tu padre, son de la misma calaña. No, vos no sos digno del dios, no estás a la altura del Gran Poema de la Muerte ni del Nuevo Tiempo que se avecina". Roby regresó al sillón lleno de vergüenza, y con las palabras del otro resonando en su cabeza, pensando por qué había mencionado a su padre, intentó dormir como pudo, luchando contra sus propias pesadillas.

Fue entonces que decidieron mudarse. La militancia de Bakunin y sus seguidores en la Facultad se había acabado hacía rato. Más allá de armar *performans* post-porno tomando el hall central o en la esquina de la Plaza de Mayo y luego también en la estación Miserere del subte de la línea B, embutidos en trajes de cuero, bolsas de plástico y alambres de púas, subidos a tacones tachonados y borceguíes de punta de acero, empuñando las chicas látigos y porongas fosforescentes con las que penetraban hasta el hartazgo a sus compañeritos de juerga, alardear poemas y manifiestos en aulas tomadas y colectivos que secuestraban, ahorcar ratas que colgaban de los árboles de las plazas, armar fiestas nudistas en pleno microcentro, las intervenciones políticas del grupo de Bakunin no tenían mayor efecto ni trascendencia. Lo único que les quedaba era la poesía y la fe. Por su parte, a Emilia la militancia le importaba bien poco. Ya había pasado por agrupaciones trotskistas, comunistas reiniciados, incluso con chicos de la agrupación EMO-Artaudiana, la Castañeda, la Trans-degenerativa, y pronto se había dado cuenta que a aquellos nada les importaba la poesía y por lo tanto tampoco entendían nada de política. Militar con ellos solo había sido un ejercicio filosófico. Eso al menos era algo —militar en la Cámpora o en la Franja Morada o con los del PO, no era de ningún modo un acto poético y ni siquiera un ejercicio filosófico. Claro que en el FePaAl —*Frente de las Pasiones Alegres*, así se llamaba la agrupación que Bakunin había inventado— sus compañeros no dejaban de ser unos pendejos burgueses aburridos que habían obligado a sus burgueses padres aburridos a sostener su burguesa y aburrida crítica de la vida burguesa, pero militar en la FePaAl era estar cerca de Bakunin, y estar cerca de Bakunin era todo —el carozo poético de toda política o el núcleo político de toda poesía. Se la pasaban el día entero fumando cositas y tomando lo que viniera, hablando —Bakunin— de la inminencia de la revolución, invocando las fuerzas vivas del África oscura, predicando la Nueva Buena del dios, mientras Emilia le leía sus poemas y a él le parecía que eran verdaderamente trascendentes y expresaban de modo

preciso, aun sin ella saberlo, el espíritu del *Frente de las Pasiones Alegres*.

Cuando Roby intentó asesinarlo, dejaron de ir a su departamento. Entonces hacían el amor en los baños de la facultad —era lógico, allí era donde vivía Bakunin—, pero también en los baños de los bares, en los baños de la estación del subte A, en fin, en todos los baños habidos y por haber. Él no tenía problemas, vivir, lo que se dice vivir, vivía donde alguien le ofreciera quedarse un rato que es lo mismo que no vivir en ninguna parte. Un día Emilia le dijo que tenían que buscarse un lugar mejor para estar juntos y se le ocurrió invitarlo al caserón de Cañuelas que Roby le había comprado pensando en sus planes para el futuro. Solo íban a pasar un par de días, pero tanto les gustó estar allí disfrutando de la pileta, las arboledas de pinos y las hectáreas de campo que se fundían con el horizonte, que se quedaron una semana entera, y tanto les gustó que se quedaron un mes más, y tanto les gustó que a Bakunin se le ocurrió llamar a sus compañeros de militancia para invadir la casa y "hacer la revolución desde las afueras" —había dicho.

Emilia no pudo negarse —el compromiso de Bakunin con la revolución estaba por encima de todo y si quería continuar la relación tenía que soportar que sus compañeritos fueran a vivir con ellos. Apostados en cada uno de los rincones comieron y durmieron allí durante meses —claro que con aquello se les acabó la poesía, en todo caso Emilia terminó creyendo que los baños eran el único destino de toda poesía. Arrinconados por los quince, veinte seguidores de Bakunin que habían tomado no solo el comedor sino también la cocina y cada uno de los dormitorios de la casa, les quedaba eso: hacer el amor cada tanto y casi como un favor desganado en el baño de la casa siempre y cuando estuviera desocupado o a ninguno se le hubiera ocurrido arruinarse la existencia derrumbado sobre su propio vómito, justamente, en el baño de la casa.

El único tiempo libre que les quedaba eran los fines de semana. Los viernes por la noche, contrataban una combi que estacionaba en la tranquera de la quinta y cuando todos se subían se direccionaba hacia la ruta con rumbo a La Matanza. En esas ocasiones los amigos de Bakunin se producían como estrellas irredentas de un cabaret venido a menos —lentejuelas, falsos brillos, diminutos vestidos de pequeñísimos estrás para las chicas; toda una parafernalia de camisas ajustadísimas con las mangas enrolladas hasta los codos o camisetas de modal, enfundados en pantalones achupinados o calzas con bolsillos dibujados, para los chicos; y un vaho de colonia barata y perfumes de imitación que podía olerse a kilómetros de distancia para ambos. Desde los primeros galpones donde travestis umbandistas, paraguayos y bolivianos se mezclaban en fiestas donde la cachaca y la

cumbia norteña eran el sonido de fondo de un sacrificio comunitario al que todos se destinaban en una ruina generalizada, hasta los bares de un chetaje tan pobre como presumido que se levantan en la miseria de Gonzalez Catán y Laferrere, se deslizaban en manada yendo de un boliche al otro, perdiéndose en el camino y volviéndose a encontrar horas más tarde, así pasaban todo el fin de semana en una maratón de alcohol, pastillas y orgías improvisadas en rincones oscuros, descampados cercanos o piecitas a medio hacer y casi del todo deshechas de cualquier asentamiento o villa de la zona, hasta que el lunes a las diez de la mañana se volvían a juntar en la estación de servicio del kilómetro 35 de la ruta 3 donde la combi los esperaba. Emilia los acompañó dos o tres veces, pero ya no estaba para esa carrera alocada buscando el umbral de lo que el cuerpo puede y la existencia resiste. Sobrevivientes de sí mismos regresaban al caserón de Cañuelas como si de una guerra se tratara y ella no dejaba de preguntarse si acaso no era ese mismo paseo nómade por el ultramundo de la noche matancera de la juerga y el reviente lo que ellos mismos llamaban su “revolución desde las afueras”.

Su destino de poeta se alejaba cada vez más hacia un horizonte inalcanzable. Incluso cuando Bakunin se fuera con sus amigos cada viernes y no regresara sino hasta el lunes al mediodía dejándola sola con el silencio de la casa y la sinfonía atronadora de grillos y cigarras, su poesía fue desdibujándose en el último cajón del armario desvencijado junto a la ventana clausurada del cuarto de los recuerdos invitados. Mientras continuaban con sus maratones colectivas de excesos buscando el umbral y ella se condenaba a sostener las ruinas de sus vidas quebradas dándoles techo y comida, no dejaba de preguntarse qué había hecho con su propia existencia, cómo iba a sacarse de encima a todos aquellos reventados que habían tomado su casa como hospital de guerra para volver cada fin de semana a una nueva batalla. Lo cierto es que fue desapareciendo de sí misma hasta el punto de no poder siquiera volver a escribir los poemitas que antes al menos escribía. Su carrera artística se terminaba, su recorrido poético había alcanzado una cima pobre y ya desbarrancaba en la imposibilidad. Pero claro está, no es el poeta el que debe buscar la poesía, es la poesía la que elige al poeta y por más que uno se rompa el alma intentando alcanzar el Espíritu de la poesía, es el Espíritu el que viene a nosotros.

Pongamos una fecha cualquiera, una tarde del año 2018. Tenía en sus manos los resultados de los análisis de sangre que un doctor le había ordenado hacer por un embarazo prominente e inesperado que la tenía a mal traer. Entre los análisis estaba el de VIH. De pronto le dio miedo, era como si en verdad ya supiera lo que le esperaba desde hacía mucho tiempo atrás. No podía enfrentarlo sola y fue a buscar a

Bakunin. Cuando abrieron el sobre y encontraron la palabra POSITIVO, escrita en el papel, mil cosas le pasaron por la cabeza. Entre otras: ¿desde hacía cuánto tenía el virus y no lo sabía? El primer impulso mental fue buscar el origen y pronto comprendió la hermandad entre el VIH y la Santa Paranoia. Pensó en todos los hombres y mujeres con los que se había acostado antes de conocer a Bakunin. ¿Quién de todos ellos la había infectado? ¿A cuántos tendría que contactar para que se hicieran un examen? Aquello era un absurdo. ¿Y si el que la había infectado sabía que tenía el virus y no se lo había dicho? ¿Qué sentido tenía humillarse confesando lo que le pasaba ante gente que había dejado de ver hacía mucho? Rápidamente estaba aprendiendo lo que todo infectado debía saber: VIH y Paranoia eran hermanas gemelas. VIH: ¿cómo remontar la genealogía de reviente y entrecruzamiento de cuerpos y flujos, buscando la fuente del contagio sin que los nombres no se pierdan en el camino y que el Virus se transforme en el sujeto de los enunciados y la Paranoia en el único sujeto de enunciación?

Después pensó en Bakunin —seguía en silencio, seguramente con su propio rollo paranoico. Debía tener claro que él la había infectado, pero el miedo la acorralaba, la soledad se le mostraba como promesa y no quería pensar eso de quien hacía solo un rato atrás era la persona que más feliz la había hecho en la vida. Llegó a pensar que lo ponía a él en el lugar del acusado cuando en verdad era ella la que tenía el papel con el análisis positivo. Lloró —creyó haber llorado—, balbuceó algo pidiéndole perdón.

—No hables así. Estamos juntos en esto. Pensar quién infectó a quién no es un buen camino. No importa de dónde vino. Lo que la vida nos da siempre es vida, siempre es un regalo del Dios. Eso es lo que tenemos que celebrar.

Emilia lo escuchó y sonaba lindo lo que decía, pero se estaba haciendo el tonto, armaba todo el teatro de la comprensión y el acompañamiento cuando sabía desde hacía mucho que estaba infectado y no le había importado nada penetrarla al desnudo una y mil veces. Había esperado en silencio el momento preciso para cerrar la trampa: la culpa debía caer sobre ella y él se quedaría con todos los créditos. Desde entonces se pondría en el lugar del mártir heroico que va a la muerte sin reproches, mientras Emilia cumpliría con el papel de tarada que había hecho mal las cuentas.

Pensó en Roby también, pero Roby no podía haberla infectado, porque Roby…, en fin, Roby era su novio de verdad y los novios de verdad no tienen Sida. ¿Pero cómo contarle que ella sí tenía Sida? Chau proyectos de vida con Roby —la casa propia, el auto en el garaje, las vacaciones en Punta, la cuenta corriente, la tarjeta a su nombre, en fin, adiós a los sueños bastardos escritos en el currículum

vitae que cada tanto les leía a sus amigas en el bar de la envidia y la mentira. No, nada podía decirle a Roby. Si él tenía el Virus, solito debía descubrirlo.

Miró alrededor: la casa se había transformando en la sala de espera de un pabellón de terapia intensiva. Supo de inmediato que aquello no solo era el resultado de las maratones sexuales sostenidas con alcohol y pastillas que cada fin de semana corrían por los arrabales del mundo y la existencia; los cuerpos semidesnudos eran el mapa deformado de un país imposible, un mamarracho que un chico había dibujado para que su maestra adivinara: manchas por todas partes, tonalidades superpuestas que iban desde el amarillo al ocre, erupciones epidérmicas. Las infecciones pulmonares parecían haberse vuelto propiedad común y traían un mismo concierto anodino de tos, chillidos y asfixia. La pérdida de masa muscular y los huesos sobresaliendo en la capa mínima de piel que los recubría era una foto anticipada del cadáver al que iban. ¿Desde hacía cuánto tiempo el Virus estaba dando vueltas sin que nadie lo registrara? No podía con la paranoia, pero ¿cómo no pensar que la piltrafa de todas esas existencias que habían tomado posesión de su casa en nombre del arte y la revolución, no eran más que unos reventados por el Virus? Los vio tirados en los sillones, desarmados contra el piso, sin hablar ni moverse, sin hacer otra cosa distinta a lo que venían haciendo desde hacía meses —nada—. Supo entonces que habían tomado posesión de lo suyo con un único fin: entregarse a una fiesta nómade de sexo y alcohol esperando morirse sin que nadie los molestara. ¿Pero en serio esperaban morirse y nadie se los había dicho, transformar su casa en un completo moridero y no decirles que estaban infectados?

Se había encamado con Bakunin, y acaso con dos o tres de sus amigos, okey, ni siquiera se acordaba si habían usado forro, no, forro seguro que no, ¿quién se iba a acordar de un forro con todas las cosas que se metían en la nariz, en las venas, en el ano, cuando ni siquiera se daban cuenta que estaban cogiendo? Pero ni siquiera valía la pena preguntarse aquello —su cabeza funcionaba bajo la lógica estricta de un axioma simple que ya tenía todas las respuestas: si A entonces B y B entonces C, y C entonces D, necesariamente A entonces D. No cabía entonces esperar más de lo que se les terminaba dando: una comunidad desolada de intérpretes de un texto escrito con sangre en el fondo de sus entrañas, que acaso indescifrable guardaba oculto el nombre del dios-virgen de la vida y la muerte o la súplica nunca jamás del todo impostada: “Paranoia, Paranoia, Santa María de la Paranoia ruega por nosotros, pecadores, dejanos caer en la tentación, danos el mal de cada día y un falo que erguido nos espere en el pico más alto al final de la carrera loca por las montañas de todos los significantes para brindar después con nuestras copas llenas de sangre por la

muerte del virus y emborracharnos dignamente y meternos en cada agujero lo que de humano queramos meternos sin temores de que sea lo humano lo que arrase con lo humano, y así todos penetrados y agujereados y saciados de sangre y semen preguntemos, ¿no?, porque juraste nunca abandonarnos, Santa María de nuestra Paranoia, ¿por qué todo esto?".

Paranoia y VIH: lejos, muy lejos del mundo de Emilia, por entonces ya se hablaba de las mutaciones del virus sin saber a ciencia cierta de qué se trataban, y esto mismo acarreaba el problema de los antirretrovirales. Desde que se tenía registro del VIH todos sabían que era una cuestión de economía de guerra —ni el derecho y ni la ley jugaban en nada—: el Estado se había encargado de mantener a cada infectado dentro de su jaula química, su única función era calcular el umbral de lo socialmente soportable por lo que cuando surgieron las mutaciones y el valor de los antirretrovirales excedió —hacía solo unos años atrás— el costo de lo soportable, a nadie le pareció indigno que cada infectado se los consiguiera por su propia cuenta. Ese fue el tiro que anunció la carrera loca hacia la descomposición y así, cuando se dieron las mutaciones cada sidoso se transformó voluntariamente o no en un arma masiva de exterminio en la guerra soterrada que los había convocado desde el principio. Era lógico, desde que el Estado suspendió la entrega de los medicamentos —ya obsoletos de por sí— solo quedaba hipotecar la vida para poder abastecerse —¿cuánto?, ¿tres o cuatro meses?, ¿un año?, ¿y después?—. Después jugar con el virus a las cartas y ver cada día qué naipe le tocaba a cada uno: en el horizonte una gripe mal curada, una neumonía, una infección urinaria para quedar entonces atrapados en los campos de concentración hospitalarios y así terminar olvidando qué es un árbol, cómo brilla el sol en lo alto.

Los campos de concentración se habían levantado sobre los territorios mentales de cada sidoso, el mismo Estado impuso una vez por mes el análisis obligatorio de sangre y el papel con los resultados funcionaba como documento nacional de identidad. El reclutamiento comenzaba en los jardines de infantes y continuaba en los colectivos, los subtes y las esquinas de cada barrio. La palabra POSITIVO escrita en mayúscula en el papel derivó, en algunos cónclaves epidémicos, en un punto rojo que cada infectado llevaba tatuado con láser en la mano derecha. Los canales de noticias se transformaron en la telenovela de la inmunización: linchamientos callejeros, persecuciones, deportaciones, y un largo etcétera.

—¿En qué estás pensando? —preguntó Bakunin.

—Ya sabés.

—No, no sé, decime.

—En nuestro hijo.

—¿Qué pasa con nuestro hijo?

—Pasa que no podemos tenerlo.

—¿Por qué no podemos?

—Se llama Sida, boludo, ¿qué otro motivo necesitás para que me haga un aborto? Ya me compré las pastillas.

—No sabés de que estás hablando. Un hijo, ¿entendes?, no cualquier hijo, un hijo de sangre africana con el espíritu del dios corriendo por sus venas.

—Lo único que nos falta es mantener un chico. No estoy para eso. Lo nuestro es la poesía.

—No entendiste nada, Emilia. El Virus es la única poesía.

—Te estoy hablando en serio.

—Yo también te hablo en serio. ¿O con qué creés que se hace poesía? No se sufre con palabras, se sufre con el cuerpo. Nos curamos con el cuerpo y nunca con las palabras. ¿O creíste en serio que el Poema de la Muerte se escribe con palabras?

—Sí, todo lo que vos quieras pero el hijo que va a nacer con Sida es el que yo voy a parir.

—No vamos a tener un hijo, sino al Enviado del Dios —dijo altisonante como si estuviera parado sobre un escenario frente a su público.

—¿En serio no te importa?

—El Dios se hizo presente en tu cuerpo, es el primero de los últimos pasos hacia la revolución. Eso es lo que tenemos que celebrar.

Le sorprendió su entereza. Le gustó verlo así fuerte y seguro de lo que quería. Se dejó abrazar y acunar un rato entre sus brazos. Se quedó callada. No debió haberse quedado callada, pero Bakunin hacía magia con las palabras, la miraba como buscando en Emilia, detrás de ella, ni lo que ella misma podría identificar. Tenía ese poder hipnótico ante el que cualquiera se dejaba acunar hasta perder toda resistencia y gozar del mero hecho de dejarse hacer. Ese día Emilia caminó desde la casa hasta la ruta y desde la ruta unos diez kilómetros más hasta la primera estación de servicio. Necesitaba respirar, ordenar un poco la vorágine de lo que estaba pasando en su cerebro, decidir qué iba a hacer con Yaro Jasir —ese iba a ser el nombre de su hijo si naciera y que en ruandés significaba algo así como el hijo o la hija nacida del coraje.

Se sentó junto al ventanal del bar de la estación. No podía relajarse y solo para pasar el tiempo y no pensar en nada tomó el diario que habían dejado sobre la mesa. La tapa del diario resplandeció ante sus ojos. Entre las fotos de otros tipos, habían publicado la de Bakunin en el centro. Se lo denunciaba como cabecilla de uno de los tantos movimientos anarco-sidosos, responsables de la

epidemia infectológica y citaban el *Frente de Las Pasiones Alegres* como parte de la Organización Nacional del *Frente de la Anarquía de la Revolución Coronada*, más conocida como las FARC. La noticia decía que el Estado Argentino asumía el fracaso del Plan de Enfrentamiento y Lucha contra el Sida. Los distintos operativos contra las células guerrilleras del *Frente de la Anarquía Coronada* habían fallado una y otra vez, por lo que el gobierno decretaba el inicio de la fase 2, lo que significaba la abierta declaración de guerra contra las comunidades de sidosos que se ocultaban en el territorio argentino. Ya se tenía registro de comunidades enteras infectadas con el virus que copiaban el accionar del *Frente de Las Pasiones Alegres* y también apoyaban abiertamente las políticas subversivas del *Frente de la Anarquía Coronada*. San Marcos Sierra, El Bolsón, Resistencia, Santiago del Estero, eran algunas de las ciudades nombradas como núcleos de la subversión epidemiológica. En el conurbano de la Ciudad de Buenos Aires, daban el nombre de La Matanza, Cañuelas, Marcos Paz, y las comparaban con las comunidades de leprosos en la Edad Media.

Emilia quedó sorprendida: no tenía la menor idea de lo que había estado pasando —"dios mío, ¿en qué mundo vivía como para no enterarme de que estábamos en guerra?", pensó, ¿aunque en verdad, tratándose del Sida, no estaban en una guerra de todos contra todos desde hacía ya unos treinta años atrás?, pero de fondo, ¿en qué mundo vivía como para no haberse dado cuenta que Bakunin la había usado para llevar a cabo su "revolución desde las afueras"?

El televisor del bar estaba encendido y trataba el mismo tema. Mientras el canal informativo mostraba imágenes de la guerra en Ruanda, el periodista afirmaba que las células terroristas en Argentina recibían el aporte económico de ISIS y el asesoramiento militar de las guerrillas africanas de Ruanda y Uganda. Enseguida otro periodista comparó el accionar del *Frente de Las Pasiones Alegres* con cierto Ejército llamado "Ejército de Liberación de Ruanda" y a Miguel Bakunin y otros cabecillas con cierto General de nombre Mburo Roca. Por su parte, no sabía si tomar aquello como un chiste de mal gusto del periodismo argentino, o la prueba misma de cómo la paranoia social se alimentaba de la estupidez humana. Pero entonces tomó de una de las mesas del bar los otros diarios y se entregó a lo que no había querido ver. Todas las notas coincidían en la novedad que las guerrillas anarco-sidosas implementaban: la utilización del HIV como arma de aniquilación masiva.

La estrategia era simple, formaban comunidades que salían en escuadrones a cazar víctimas durante la noche en bares, boliches o donde fuere que pudieran tener sexo ocasional con el fin de expandir el virus. Cuando no se trataba de un encuentro voluntariamente compartido —pero el tema del virus omitido—, las guerrillas pasaban

a una segunda etapa: las violaciones en manada. Según la editorial de uno de aquellos diarios, no se trataba del placer perverso de una violación vulgar, sino de una acción de guerra, una estrategia planificada. Se trataba entonces de una cuestión política que de ningún modo podía reducirse a la mera perversión sexual. Según aquella editorial, no era la primera vez en la historia que el sexo era utilizado como arma de guerra —persas, egipcios, romanos, la santa iglesia católica, los revolucionarios franceses, el stalinismo redentor, los nazis menos higiénicos, los americanos durante sus paseos turísticos en el Asia Oriental, ya lo habían implementado— pero lo que el *Frente de Anarquía Coronada* y en particular el *Frente de Las Pasiones Alegres* con sus Brigadas de Sidosos traían como novedad era convertir la mera aniquilación moral en aniquilación masiva, la violación en un arma biológica de destrucción global, el sexo en genocidio.

No necesitaba mucho más para comprender que Bakunin la había usado, y ella enamorada como una tonta no fue capaz de darse cuenta. Se lo había dicho una y otra vez y no había querido escucharlo: su "revolución desde las afueras" no era otra cosa que parte de una guerra soterrada en la que ponía en juego el virus como medio y finalidad. Durante meses había estado cobijando una secta de cazadores furtivos, intransigentes, certeros, que salían todos los fines de semana como misioneros del dios, buscando víctimas en su nombre, enredándose con el que encontraran dando vuelta en las fiestas cumbiancheras de paraguayos y bolivianos, en los puteríos del subsótano del infierno, en las fiestongas de los galpones tomados por la generación X de los travestis umbandistas, en el V.I.P de los burdeles de Virrey del Pino, Catán o Laferrere, donde el mundo termina y lo que viene ya no es mundo.

¿Qué otra cosa significaba el imperativo de escribir con el cuerpo el Poema de la Muerte, qué otra cosa más que la exigencia de penetrar en uno, dos y tres mil hombres y mujeres para que esos hombres y mujeres recibieran el espíritu, y luego metiéndose ellos también dentro de otros miles de hombres y mujeres hicieran de cada ser humano "una obra de arte viviente" y con ello "salvar al hombre del hombre mismo"? Entonces todo le pareció claro y transparente. Aquellas maratones sistemáticas buscando el borde de lo que sus propios cuerpos podían aguantar, no tenían otro destino que hacer de La Matanza una verdadera matanza llenándola de sidosos que entregaban al dios como ofrenda y sacrificio. ¿Pretendía Bakunin seguir con ello los pasos de sus ancestros africanos?, ¿pretendía con su Batallón de Sidosos hacer otra Campaña del desierto o del Desierto su campaña? ¿La africanización de la Argentina, la argentinización de África?

Esa noche organizó una fiesta. A unos trescientos o cuatrocientos metros antes de regresar a la casa, la percusión retumbando entre los flashes de unas lucecitas rojas, verdes y azules, que explotaban rapidísimas en la oscuridad y se colaban entre las hojas de los árboles, le anunciaban lo que le esperaba. Un micro escolar del color de una mandarina a punto de pudrirse esperaba en la tranquera de la casa. Desde la distancia se escuchaban los aullidos cósmicos de una ceremonia ajena que alentaba la hecatombe mística de una pequeña multitud que rogaba la sanación. Unos pasos después de abrir la tranquera, ya estaba perdida entre gente yendo y viniendo, tomando, fumando, esnifando en los rincones o en derredor de una hoguera que habían incendiado en medio del parque. Todo le parecía extraño, ya no eran ni quince ni veinte los que habían tomado su casa, sino unos treinta o cuarenta tipos que no supo de dónde habían salido, quién los había dejado entrar, pero allí estaban perdidos en una orgía general, formando parte del ejército de sidosos que por sí solo hubiera podido hacer de un grano de arena el desierto que cubriera la tierra. Buscó a Bakunin por todos lados y solo lo encontró cuando ya había subido a una tarima levantada en la galería de la casa, y micrófono en mano se disponía a comunicar a sus seguidores la buena nueva de la revolución: desde ese momento, la fase final de la guerra de todos contra todos daba su primer paso.

—Porque no hay guerra ni poesía que no sean un asunto de todos, ¿no?, ¿y entonces qué pretenden?, ¿una guerra sin bajas? ¿Hachar el árbol putrefacto hasta que caiga descompuesto cuando todo el bosque es el que suda olor a mierda y carne podrida? ¿Inmunización del monstruo cuando es toda la máquina la que está infectada de sí misma? ¿Qué otra cosa escribe la máquina sino el Gran Poema de la Muerte? —dijo Bakunin dándole vida a su papel de profeta místico-revolucionario y acaso era aquella la primera vez que lo escuchaba de verdad y ella se preguntaba si estaba hablando en serio, en todo caso, ¿cómo pretendía hacer eso que decía?

Entonces hizo traer de la casa una caja de madera. Quitó las bandas de seguridad y abrió la tapa con una barra de hierro. El halo del misticismo redentor con el que siempre se travestía parecía entonces hacerse carne en sus movimientos lentísimos creando una expectativa tan absurda como sobreactuada. De pronto, sacó de la caja una ametralladora AK-47 y la levantó con sus dos manos por encima de su cabeza como si fuera el trofeo anticipado de una larga carrera que no sabía dónde había comenzado y en qué punto iba a terminar. Dejó caer la correa de la ametralladora sobre uno de sus hombros de tal modo que el arma le cruzara el pecho en una diagonal estricta e invitó a los seguidores más cercanos a subir y tomar de la caja lo que

les correspondía. Unos ocho o nueve hombres siguieron la invitación y enseguida lucieron unos luminosos revólveres calibre 22 entre sus manos,

—Las batallas se ganan y se pierden de los dos lados —resonaron las palabras de Bakunin en la noche—, pero no hay lados ni bandos cuando es la máquina hecha de carne y músculos y tejidos y nervaduras la que no distingue ni le importa quién, porque siempre es enteramente una máquina infectada, un único monstruo que solo tiende a penetrarse a sí mismo, lastimarse hasta donde pueda; eso es lo único que hay que comprender, eso es lo único que la poesía enseña: si es el monstruo el que se alimenta de sí mismo hasta no quedar nada, entonces es mejor ser nadie, ser todos, igual que un bosque, igual que un virus que se va con cualquiera y sin embargo se queda siempre con uno —terminó Bakunin de decir y una ráfaga de tiros apuntaron a las estrellas buscando apagarlas.

¿Por qué no lo había visto antes? No le importaba mirar atrás, lo que había hecho de su vida ya estaba hecho, pero no quería seguir participando en una guerra que no era suya. Mientras los otros se enredaban en la noche oscura de la vorágine y Bakunin se había perdido en alguna parte, se escabulló hacia la casa. Tomó el teléfono y sin dudarlo llamó a Roby. El pitido metálico de la línea se repetía puntual en un ritmo cansino que estiraba las puntas del hilo de su paciencia de un lado al otro del planeta, dibujaba una horca y la dejaba a mecerse ante la brisa caliente del desierto mental. Harta, colgó y volvió a llamar y después de un rato colgó y volvió a llamar mientras desenredaba el ovillo de palabras para elegir las dos o tres con las que pedirle perdón a Roby y rogarle que la sacara de aquel lugar. Quiso pensar que la voz esterilizada en ácido carbólico y formol del contestador automático informándole que el número del cliente en cuestión no se encontraba disponible era el mensaje encriptado con el que Roby había decidido ya no verla nunca más. Tartamudeó un mensaje de voz que mezclaba el tono meloso del ruego con la aspereza de una orden imperativa y dejaba entrever la promesa imposible del amor. Se arrepintió de inmediato. Cuando quiso borrarlo, dos tildes en la pantalla debajo del mensaje le informaban que Roby ya lo había escuchado y ahora le devolvía todo lo que le había hecho regodeándose en el chiquero de un silencio tan impiadoso como resentido.

Enseguida comprendió que lo único que le quedaba en la vida, lo único que en ese momento debía importarle era su hijo —salvarle la vida a Yaro Jasir. Fue hacia el baño, tomó el frasco de Misoprostol que había comprado en el mismo momento que en el laboratorio le dieron los resultados del HIV. Yaro Jasir no podía nacer en un universo que ya se había extinguido. No supo ni siquiera cuántas pastillas tomó.

Una tras otra cayeron en su lengua y las tragó como si de caramelos se tratara. ¿Cuántos caballos podría haber matado? Estaba acostumbrada a los efectos, las tomaba siempre que ocurría el incordio de la fecundación no esperada y para ella toda fecundación era inesperada, pero esa vez se fue a la mierda. Se quedó encerrada en el baño, mientras desde afuera le llegaban los ruidos de la fiesta y la percusión de los tambores africanistas. Entre tanto, no supo cómo, pero se encontró hablando con Yaro Jasir. Pronunció muchas veces la palabra muerte y la palabra muerte no le importó porque en definitiva la muerte siempre iba a ser la muerte de otro, "la muerte que aparece ahí cuando uno ya no está para saber qué es la muerte" —recordó la frase de cierto poema. Intentó explicarle por qué aquello era un modo de cuidarlo. ¿Cuidarlo de qué? Cuidarlo de la vida, cuidarlo de sí mismo. ¿De qué otra cosa habría que cuidarnos? En su vientre un quilombo general, se había tomado todo, le había hecho a su cuerpo lo que ni ella sabía que podía hacerle, pero acaso era Yaro Jasir el que se movía allí dentro haciéndole saber que comprendía sus razones y la acompañaba en la decisión. Un rato después ya no hubo nada, ningún movimiento, ninguna respuesta. Pensó que finalmente Yaro Jasir se había ido a dormir para siempre, pero dejándole un regalo muy bonito. Le pareció muy dulce de su parte, le sacó el moño, abrió la caja y encontró soledad. Supo entonces que acaso no era otra cosa la muerte que la fosforescencia de una pantalla blanca de un televisor que transmitiera un único canal que solo proyectara el ruido mental del que muere y el mensaje claro de que una siempre se muere sola, la evidencia de que siempre se ha vivido en soledad, y sobre todo, la vieja novedad de manual de primer grado de que en verdad ni siquiera tiene ni ha tenido jamás la menor importancia, eso mismo, ni la menor importancia, morir sola, haber vivido sola con la propia cabeza en la jaula de sí misma.

Enseguida registró el charco de sangre en el piso y los riachos y otros afluentes deslizándose por sus muslos. Las pastillas abortivas estaban haciendo su trabajo. Siempre sentada en el inodoro se desangraba. Se vio llorar y reír —¿cuál de las dos?, ¿reír o llorar? Los dolores en el estómago volvieron con mayor intensidad. Supo que Yaro Jasir ya no pertenecía a este mundo. El gusto que su despedida le dejaba en la boca era espantoso, las náuseas asquerosas. Terminó de rodillas aferrándose al inodoro. Miró hacia dentro y vio los coágulos flotando en el agua rojiza. ¿Cuántos caballos exactamente habría podido matar con todas las pastillas que se había tomado? A eso se había reducido la existencia de Yaro Jasir, unas pelotitas de sangre oscura deshaciéndose en el agua del inodoro.

Sin embargo, fue entonces que ocurrió. Llámense efectos de las mutaciones del Virus o como quiera que se trate, pero fue como si las

profecías de Bakunin a las que nunca había tomado demasiado en serio se hicieran realidad y sus invocaciones a las fuerzas inmateriales del África más profunda hubieran sido escuchadas en altas esferas y entonces el Dios se presentara en su propia ausencia decidido a mostrarle con hechos eso mismo que les tenía prometido: el bosque, el viaje a través de los cuerpos, las series infinitas de la música del mundo, el Gran Poema de la Muerte.

Fue así: el fuego incendió la boca de su estómago como las selvas vietnamitas bajo las bombas de napalm; tres notas cortaron el silencio, luego el redoblante de la batería, enseguida la musiquita de *Paint it black* de la guitarra de Richards —todo dio vueltas alrededor suyo y de pronto ya no estaba donde estaba; el viaje había empezado, pero no hubo ningún viaje porque sea donde arribara ya estaba allí antes de su propia llegada. El Dios, el Sida o sus Mutaciones la llevaron de paseo consigo a través de las series infinitas en las que estar en un punto es estar en cualquier otro punto, igual que un virus que se va con los demás y sin embargo se queda siempre con uno, y entonces fue un profesor de la facultad con el que había estado alguna vez y una actriz porno caída en desgracia que había conocido en cierto boliche del centro y un primo suyo que armaba artesanías en una plaza del bajo y también en ese momento el novio con el que la madre de Emilia se encamaba cuando su padre moría en el pabellón de Terapia Intensiva de una Clínica de Palermo, y supo entonces que toda la luz del mundo cabía en cada ojo y fue inmediatos ojos escrutándose unos en otros en los interminables espejos de un pasillo que no encontraba fin, y fue también la población entera de una comarca en el norte de China y no tenía nombre porque todos eran Emilia y Emilia era todos aquellos que vendían su sangre infectada de Sida por un poco de sobrevivencia, mientras tanto se llamaba Marta y era violada en el sótano de una casa quinta cerca de Adrogué, y también fue un catedrático mexicano encerrado en su cubículo monacal haciéndose la paja ritual y compulsiva con unos videos hardcore gay imponiéndose a sí mismo el imperativo “no llevarás muerte penetrando en el cuerpo de los otros aun cuando ello signifique soledad y destierro”, y un bebé chupando la teta de una madre borracha y un cadáver alimentando las larvas y las moscas que entraban por la ventana de una habitación vacía, y un cura diseminando su podredumbre en el ano de los sesenta y cuatro chicos hipoacúsicos que tenía a su cuidado en el edificio de un viejo reformatorio de El Salvador, y también un mono peludo saltando en la jaula que los doctores de los laboratorios de Kansas habían preparado para ensayar su guerra química, y fue también esclavo en las catacumbas de los arrabales de la vía láctea donde mutantes alienígenas la obligaban a preñar a una actriz ucraniana para crear con su descendencia un ejército de sidosos que prontamente

invadirían la tierra sin más armas que el de ponerse como objeto del deseo de otro, y estuvo en la sala de espera de un laboratorio esperando los análisis de sangre que le había hecho a sus hijos, y también en un tren que la llevaba a París mientras apoyaba una jeringa colmada de su sangre oscura en el cuello de una mujer que le rogaba no hacerlo, y todo fue tan rápido como lo que dura un instante entre dos instantes, y así se encontró siendo cada uno de ellos y escuchó sus pensamientos y vivió sus cuerpos y contempló el mundo desde ese único aquí y ahora en el que solo ellos podían existir y sin embargo no había para Emilia ningún aquí y ahora que no fuera una totalidad que existía completamente en cada una de sus partes, y así remontó, esperándose siempre en su llegada, los ríos, riachos, zanjas y zanjitas de sangre y semen que formaban el delta panorámico de una generación de cuerpos que penetrándose unos a otros armaron una genealogía digna del Antiguo Testamento, los listados de los guerreros de la Ilíada, lo que Borges vio en su aleph, o las listas de bagatelas y agradecimientos que llenan la novela postmoderna, y con ello el viaje la llevó por todo el país, llegó al norte argentino, alcanzó Paraguay, Bolivia, pasó por Perú y Ecuador, en un camino que bien podía llamarse el de la Ruta de la Hermandad Latinoamericana, para alcanzar la América toda y hacerse continente y también planeta en el instante pequeñísimo en el que cometía actos de infamia y cobardía y de amor y de valentía, y todos, deleitables o atroces, eran acciones de nadie y de cualquiera destinados a perderse en la escala mayor de la eternidad y el olvido sanador, y ninguno la asombró sino el hecho de vivirlos en ese mismo instante, siendo uno y el otro, y todos en un conjunto sucesivo y a la vez simultáneo, viviéndolo desde cada una de sus partes, como el Virus que se había ido con cada uno de aquellos cuerpos en los que habían escrito el Poema de la Muerte y sin embargo seguía siendo uno y siempre el mismo.

Al volver sintió infinita lástima por toda esa belleza abandonada. El viaje duró lo que el parpadeo de una mosca. Aquella visión la seguiría donde fuere que su existencia se encontrara, pero entonces no había existencia para ella. El viaje tenía sus efectos y de aquello nadie podía volver ileso. Había regresado a Emilia, pero era una extraña en sí misma, como si se hubiera fumado la peor mugre de su vida y aterrizara de pronto en un Planeta desconocido y enviara mensajes a alguna estación espacial para enterarlos que la misión no había salido como lo esperaban y se dignaran entonces a rescatarla. Sí, exactamente eso: había equivocado el planeta donde regresar —se puso de pie, se miró en el espejo esperando encontrarse con Emilia García Ding, pero allí no estaba Emilia García Ding sino un señor canoso con el pelo hecho una maraña que podía funcionar muy bien como nido de pájaros y este señor tenía ojos marrones y una linda

boca y rasgos finos y una nariz que no era pequeña, pero se acomodaba armónicamente al conjunto. Emilia no supo quién era, dio vuelta su cara hacia un lado y el reflejo de ese hombre en el espejo giró su cara con ella, y luego Emilia dio vuelta la cara hacia el otro y ese hombre volvió a girar su cara con ella.

Ni siquiera sabía dónde estaba, qué estaba haciendo allí en el baño de una casa que no reconocía como propia. Salió con temor de encontrarse con gente que la habitara y no la reconociera. Los seguidores de Bakunin no estaban por ningún lado. Del otro lado, se encontró en el comedor, y allí con una mecedora y una biblioteca y una mesa que parecía una mesa de trabajo. Recién entonces le pareció reconocer el lugar. Encendió la luz y se dio cuenta de que estaba en el departamento de su novio de verdad. Aquello la tranquilizó, por lo menos sabía dónde se encontraba. Sin embargo, allí mismo se vio en otro espejo que la reflejaba completamente. El hombre que había visto en el baño persistía ahora en este otro espejo. Estaba en calzoncillos. De nuevo la sensación horrible del desfasaje: se tocó el pecho y sintió sus tetas, pero ahí en el espejo había un hombre que se tocaba el pecho y no tenía tetas y se tocaba la entre pierna y tenía una verga triste y unas bolas viejas colgándole. Se puso de nuevo el calzoncillo, pensando en salir del departamento de Roby. Buscó alguna ropa con la que taparse, pero no encontró nada. El hermanito de Roby no estaba, su madre tampoco. Pero la desesperación la empujaba: sin importar su desnudez, corrió hasta la puerta de entrada y la encontró cerrada. Buscó la llave y fue inútil. Abrió la persiana pensando en escaparse por el balcón, pero no pasaba entre las rejas. Estaba encerrada y no sabía qué hacer consigo misma. El *jet lag* la hacía mierda. Intentó calmarse, respirar hondo, bajar la tensión del viaje.

Entonces la sobresaltó una voz masculina y un poco amanerada que la llamaba desde alguna parte. Era la voz de Roby —nunca lo había escuchado tan puto. Se dio cuenta que venía de su habitación. No dijo el nombre de Emilia ni el del señor que entonces ella encarnaba, solo dijo algo así como "¿qué esperas?, vení a la cama, ya es tarde". Emilia hizo caso. No tenía otra opción que seguir el juego de ser lo que no era. Pensó en la cama de Roby y supo que ese era un buen lugar para ella: solo se trataba de meterse bajo las sábanas y que el sueño la llevara pronto a donde se le antojara, despertar al otro día en su cuerpo, con Yaro Jasir en el vientre, viviendo su vida como Emilia García Ding en un lugar llamado Planeta Tierra.

No prendió la luz. Roby era un bulto entre las sábanas. Dio unos pasos dentro, se metió en la cama, tapó su cuerpo impropio y cerró los ojos esperando que al abrirlos las cosas encontraran de nuevo alguna coherencia. Roby se dio vuelta hacia ella. Le acarició el pecho y después el miembro. Entonces ella le apretó la muñeca deteniendo la

enbestida.

—No te voy a hacer nada, solo dejame tocarte un poco —dijo la voz maricona del otro y con un movimiento rápido logró soltarse y agarrarle de nuevo la pija.

Aquello le dio asco, Roby era su novio de verdad, los novios de verdad no se acuestan con extraños, no te agarran la pija y la manosean sarpadamente, no se la meten en la boca y te la chupan hasta dejarla dura y maciza. Quiso sacárselo de encima, pero él se obstinaba en seguir chupándosela. Emilia le ordenó que se detuviera y la voz rasgada del hombre que habitaba se le vino encima como si un edificio se desmoronara con ella adentro —no esperaba esa voz ronca llena de arrugas, que seguramente el cigarrillo y el whisky transformaron en cueva subterránea.

—No me siento bien —llegó a escucharse decir.

Roby continuó con lo suyo y no le dio importancia. La verdad es que la chupaba extraordinariamente bien, no sabía qué jugueteo hacía golpeando la cabezota de la pija con la lengua y después sin esperarlo metérsela hasta el fondo de la garganta que la dejó asombrada. ¿Dónde había aprendido su novio de verdad a hacer esas cosas?

—Ya ni sé cómo me llamo. Decime por lo menos ¿cómo me llamo?

—Pablo, al menos es lo que me dijiste —dijo Roby debajo de las sábanas.

Se perdía en los vericuetos de sensaciones disonantes: asco porque su novio de verdad le chupaba la pija a un extraño, calentura porque su novio de verdad chupaba la pija divinamente. Quería sacárselo de encima y decirle que era un hijo de puta que no le importaba cagar su proyecto de vida chupándole la pija a un desconocido, pero mucho no podía decir —ella tampoco era inocente de mentiras e infamias— y su promisoria verga estaba tan contenta con lo que le estaban haciendo que trasmitía su calor al resto de su cuerpo y su cuerpo era entonces una muralla de fuego que la envolvía y no la dejaba ir.

Ése fue su límite. Ese cuerpo debía ser suyo. Pablo su nombre. Al menos debía sostener el nombre de Pablo como un fetiche místico. Se incorporó y con el mismo envión dio vuelta a Roby que quedó en cuatro patas delante suyo. Lo penetró y su ano era un tobogán de manteca por el que su pija se deslizaba. Estaba cogiéndose a su novio de verdad, alguien que no era Emilia pero que a la vez no dejaba de ser ella misma, se estaba cogiendo a su novio de verdad y entre los dos la llevaban a un lugar raro en el que sobrevivía repitiendo una y otra vez el nombre de Pablo como un mantra desesperado —pero hacerle la cola a su novio de verdad y tener una vista panorámica y un lugar tan privilegiado para contemplar cómo alguien le estaba haciendo la cola hizo que el mantra se diluyera y de Emilia García

Ding solo quedara la idea difusa de alguien que había sido y ya no era. En todo caso, debía ser yo el que desde entonces asumiera su voz y sus recuerdos, como si su vida proyectada en la pantalla de mi cerebro hubiese sido la mía y el pasado de Emilia la urdimbre de mi memoria.

II. UN CURSO DE LENGUAS EXTRANJERAS

Mientras tanto, en ese momento que era en verdad cualquier momento —o acaso un poco después—, Miguel Bakunin sobrevivía encerrado entre las cuatro paredes de vidrio que funcionaban como jaula en la que los soldados del ejército argentino a cargo del sector de máxima seguridad de la cárcel de Marcos Paz.

Lo habían destinado como prisionero de guerra condenado por violaciones seriales de ciento veintisiete personas, atentar contra la salud pública utilizando el virus del Sida como arma virósica y ser partícipe de un genocidio biopolítico.

No estaba solo, otros cuatro compañeros de la célula guerrillera que lideraba, lo acompañaban desde hacía ya siete meses. Los prisioneros, pero principalmente Miguel Bakunin, se habían transformado en el mayor trofeo del que por entonces hacían gala las tropas afectadas a la tercera de las quince secciones en que los comandos superiores habían dividido el mapa del territorio argentino, la que comprendía el rombo irregular formado entre la ciudad de La Plata, Zárate, Junín y Tandil y que tenía como foco de atención los municipios de La Matanza, Morón, Ezeiza, Cañuelas y Lobos.

Se trataba de un trofeo paradójico ya que si bien su sola presencia en el penal henchía de orgullo el condecorado pecho del Teniente Coronel Adalberto Aldao, debía también permanecer en cuanto Secreto de Estado, oculto a la prensa, las otras fuerzas armadas, la policía que los seguía buscando, familiares, jueces, fiscales y desde luego, abogados promiscuos que pusieran sus narices donde no les correspondiera. Por ello, más que sumar al narcisismo del Teniente Coronel y sus tropas, Miguel Bakunin y los otros solo tenían un valor relativo como bien de cambio ya reservado de antemano por el presidente de la nación para pagar con él, la libertad de los dos diputados de la nación que la dirección central del Frente de Anarquía de la Revolución Coronada, o simplemente FARC, tenían como rehenes desde hacía dos años.

Seguramente por eso todavía no los habían ejecutado y los mantenían en el borde de sí mismos, en ese umbral raro en que ya habían dejado de ser propiamente humanos pero todavía no alcanzaban el estatuto de mero animal, al que dejar descomponerse

por sí solo o ayudar, en todo caso, a su aniquilación.

De allí, quizás, el hartazgo del Teniente Coronel Adalberto Aldao y sus soldados que después de siete meses de torturas refinadas habían perdido el gusto sádico que al principio los alentaba y que ahora, en la repetición maquínica de la vejación debida, ya estaban un poco cansados del uso semanal de la picana, las zambullidas dominicales en los tachos de agua hirviendo para buscar con el submarino humano el fondo del mar de los sueños, la extracción diaria con tenazas al rojo vivo de diez gramos exactos de la carne con la que luego los obligaban a alimentarse, los falsos fusilamientos y los paseos por el desierto con los reclusos desnudos y encadenados entre sí, para reducirse entonces al mero encierro entre las paredes del vidrio de aquella jaula transparente.

Cansados estaban también Miguel Bakunin y los suyos, que después de tanto tiempo habían memorizado el ceremonial mortuorio, y con ello aprendido a ceder voluntad, dejar de resistirse y cumplir con sus papeles en el teatro del horror, lo que había significado una verdadera superación espiritual entregándose como mero amontonamiento de carne al deseo oscuro de sus captores, y sin embargo, ahora, es decir, desde hacía un tiempo, cuando sus torturadores gastaron todo lo que tenían para dar y solo se limitaban a mantenerlos encerrados, encadenados sí, con una venda en los ojos que solo quitaban durante una hora y media por día, cuando la tortura se redujo a los cientos veinte decibeles de los altoparlantes colocados en cada uno de los vértices de la jaula de vidrio que reproducían en un loop infinito la playlist de un infierno mayor en el que destacaban la grabación en vivo de Rammstein *Live in Japan* 2007, el disco *Iowa* de Slipknot, *Train of Thought* de Dream Theatre y un poupurrí de pop latino, entre los que las voces de Dady Yankee, Romeo Santos y Ricky Martin alcanzaban la cresta del chillido megafónico de un millón de ratas eunucas, ahora que solo se trataba de sostener el equilibrio psíquico en la oscuridad casi perpetua y la fortaleza espiritual ante el ruido que apuñalaba los oídos y hacía vibrar la masa encefálica prometiendo la explosión de su materia gris, hubieran preferido cien mil veces volver al tormento físico de las tenazas amputándoles pedacitos de carne, la cuota diaria de electricidad en el pecho, el hundimiento en el agua hirviendo.

Al menos antes tenían ritual y con ello medida del tiempo, tenían también un cuerpo todo roto y despellejado pero un cuerpo al fin que sostenía el anclaje físico de la pérdida, un sufrimiento de mil cerdos colgados del palo donde todavía vivos se desangran esperando navidad pero definitivamente un sufrimiento que hacer propio y tener algo, al menos, que llamar intimidad y no esa oscuridad acérrima y no esa música que los despojaba de toda vida mental, arrasaba con la

posibilidad de establecer la coordenada mínima de la idea de ser un sujeto capaz de revelarse a sí mismo como un "yo" que habla y se escucha hablar como si esas palabras fueran sus palabras, porque entonces, sin posibilidad de diferenciar un "adentro" y un "afuera", ni poder definir si ese chillido abismal en el que todo se hundía era el sonido propio de un universo que había entrado en colapso o era la expresión misma de un cerebro que había encontrado el punto de saturación y se dio el gusto de la implosión final, ya no quedaba ni el rastro de la esperanza que alguna vez habían tenido de que el pacto entre el poder ejecutivo y la dirección central de las FARC se cumpliera y fueran liberados de su jaula a cambio de los dos diputados nacionales.

Dadas las circunstancias, hacía tres meses que Miguel Bakunin no hablaba con sus compañeros, tenía miedo de haberse olvidado cómo se hacía, cuáles eran las reglas, la finalidad y el sentido, por ello se había impuesto la tarea de defenderse del chillido putísimo de Romeo Santos y la impostura satánica de Rammstein, con la estrategia simple de hablar y hablar y seguir hablando como si en verdad estuviera nadando en medio de un océano sonoro a cien mil kilómetros de cualquier costa o isla dando manotazos y patadas contra las olas de aquellos decibeles.

Al principio su concentración absoluta en sostener una voz propia facilitó que el chillido de los altoparlantes fueran empujadas a un margen auditivo, un segundo plano borroso, hasta el punto en que Miguel Bakunin llegó a preguntarse si en verdad la voz de Romeo Santos continuaba sonando desde los altoparlantes o bien acaso ya habían terminado con aquella sesión de tortura y lo que él seguía escuchando en su cerebro eran los restos sonoros que habían quedado grabados en su masa encefálica como los surcos de un disco de vinilo que no dejaba de girar y girar mientras su memoria funcionaba como la púa que se arrastraba y rayaba la superficie.

Con todo el tiempo por delante, al borde del abismo de los siete meses de encierro que ya había dejado atrás, ante la oscuridad obsesiva que las vendas en sus ojos le imponían, Miguel Bakunin, al que nunca se le había dado por los deleites del pensamiento intelectual, que había vivido su vida como quién dice "dejándose hacer por el destino o el azar sin importar razón o absurdo", se entregó al pensamiento, al puro pensamiento y a la contemplación intelectual de su vida buscando acaso alcanzar la unidad mística con las causas eternas que sostenían el universo o bien tan solo salvarse aferrado a la narración de sí mismo. Y pensó entonces en Emilia García Ding, repitió su nombre una y otra vez como si en verdad estuviera jugando con un gargajo compuesto de mucosa y bacterias

que sostenía sobre la palma de la lengua, lo hacía girar de un lado al otro, lo dejaba apretado entre los labios ya dispuesto a escupirlo lo más lejos posible, mientras se preguntaba si había sido ella la traidora que había entregado al ejército o a sus informantes la dirección de la casa quinta de Cañuelas donde había levantado su bunker y lo había obligado a escapar dejando tras de sí ocho compañeros acribillados por el enemigo.

Pensó en todos esos años, esos meses, todos esos días y esas horas que desde entonces se vio obligado a esconderse de la policía y el ejército en hoteles de mala muerte y pajonales en el desierto y nichos abandonados en cementerios olvidados y taperas enclenques en asentamientos levantados después de un apocalipsis que todavía no había ocurrido. Y pensó también en la insistencia de las líneas blancas e intermitentes durante ciento de miles de kilómetros sobre el asfalto de todas las rutas por las que había continuado su fuga y que habían quedado grabadas en sus ojos con tal fuerza que ahora en la oscuridad impuesta por la capucha de cuero parecía en verdad no estar encerrado en una jaula de vidrio sino todavía en alguno de todos los autos robados con las manos aferradas al volante atravesando la oscuridad cerrada de una noche cualquiera, yendo hacia ninguna parte, a doscientos kilómetros por hora. Y como si Emilia fuera ella misma la ruta y sus pensamientos un auto robado y sin control se encontró de pronto con el nombre de Yaro Jasir y en el nombre de su hijo vio el paisaje desértico en derredor y el horizonte sucio por delante. Pensó en la posibilidad cierta de que Emilia hubiera tenido a su hijo lejos suyo y se dio cuenta que después de tantos años era la primera vez que pensaba en ello y ese pensamiento tuvo la gracia de una revelación. La mueca de una sonrisa se dibujó en sus labios mientras se decía para sí mismo que al menos le quedaba la idea redentora de que un hijo suyo existiera en alguna parte del mundo, un hijo de la revolución, un hijo del Sida, un hijo de África, que durante años y décadas y siglos, la revolución y el Sida y África habían estado engendrando y que ahora debía esperar a su padre.

Quiso imaginarlo negro como su destino, con los dientes reluciendo un destello blanquísimo y una pátina de color amarillenta en las palmas de las manos y las plantas de los pies, quiso ver en sus ojos la materia oscura que compone el universo y en sus sueños el caleidoscopio de la historia de sus padres y de los padres de sus padres escapando del horror enamorados del horror, asesinados con horror, entregados a la pasión de asesinar con horror, y también se preguntó si algo habría heredado de la madre, acaso su risa de ceremonia secreta y de ritos de sacrificios trasnochados o sus veinticuatro lunares en la espalda o las orejas diminutas.

Por un instante se le ocurrió que quizás no había nacido varón

sino acaso se trataba de una nena que también podía haber recibido el nombre de Yaro Jasir, una bonita nena idéntica a su madre, con la palidez enfermiza de su madre y el pelo lacio y rubio cayendo a dos aguas sobre los hombros puntiagudos, con los ojos verdes oscuros con pintitas amarillas salpicadas en derredor de la pupila como un revuelto de acelga y yema de huevo descompuesto en una sartén, en todo caso, dos gotas de agua, Emilia García Ding y Yaro Jasir Ding, dos espejos enfrentados que se reflejaban uno al otro solo para señalar que allí, entre ellas dos, no había existido ningún tercero que se interpusiera, ningún Miguel Bakunin, ningún padre negro que manchara la imagen prístina ni arruinara la contemplación amorosa.

La idea le dolió, la imagen de su hija idéntica a su madre sin rastros heredados del padre, era la coronación de la traición de Emilia. Ya lo había abandonado llevándose a su hija antes de que naciera, ya lo había entregado a sus verdugos, solo le restaba eso, borrar sus huellas genéticas y condenarlo a un olvido tan radical que ni siquiera su hija supiera que tenía un padre. La idea no duró más que un refusilo y se deshizo en la oscuridad, al fin y al cabo, aquellos eran sus pensamientos y él podía decidir qué pensar y cómo hacerlo. En ese campo, su hijo era varón y negro y se llamaba Yaro Jasir y llevaba en el fondo de sus ojos el África oscura y en los torrentes de su sangre la sangre infecta, la sangre virósica de su padre, y todo ello en conjunto, su negritud, su nombre, África y el Sida funcionaban como la venganza soterrada, la posibilidad de una revancha cruel que las vueltas del universo le habían otorgado engendrando en el útero de Emilia un niño tan negro como sidoso.

Esa era la condena a la que la destinaba, no poder olvidarlo, no poder encontrar en los ojos de su hijo sino los ojos de Miguel Bakunin. Y sin embargo, el gusto empalagoso de la venganza se deshizo pronto en la certeza de que su hijo era parte de todo aquello que había perdido. Qué podía importarle vengarse de Emilia cuando su vida se había reducido a una jaula de vidrio, a la oscuridad a la que la capucha de cuero sobre su cabeza lo condenaba, a los cientos veinte decibeles a través de los cuales el castellano de la voz chillona de Romeo Santos asumía las glosolalias propias del alemán y de pronto estaba cantando *Du Hat*, *Mein Hein Brentz*, *Ich tu dir wech* y otras canciones de Rammstein y luego sin transición alguna el vozarrón podrido de Till Lindemann entonaba con acento caribeño El centavito, Propuesta indecente, El hilito y otros temas más de Romeo Santos hasta ya no diferenciar uno de otro, o bien, adoptando ya siempre Romero Santos la voz y las canciones de Till Lindemann mientras Till Lindemann imitaba y hacía tributo a las interpretaciones de Romeo Santos.

Solo importaba resistir, defenderse mentalmente de Rammstein y

de Romeo Santos y también de Slipknot y de Daddy Yankee y de Anthrax y de Ricky Martin, y Miguel Bakunin resistía en el pensamiento y pensaba, ¿no?, en su hijo y en la estricta asimetría por la cual los hijos están condenados al abandono y el olvido mientras que el padre será siempre el fantasma destinado a regresar, o al menos eso le gustaba pensar a Miguel Bakunin, pensar que con el tiempo encontraría el modo de olvidarse de Yaro Jasir Bakunin pero este nunca podría olvidar a su padre porque esa misma era la ecuación de la vida como si ésta avanzara de espaldas al futuro, con los ojos clavados en la devastación del pasado.

Y aunque Emilia García Ding hiciera hasta lo imposible por borrar el nombre de Miguel Bakunin de la faz de la tierra, no podría borrarlo del cerebro de su hijo sino extirpando y comiéndose ella misma el cerebro de su hijo, esa sería toda su venganza y también su modo de sobrevivir, y si entonces terminaran de matarlo reventando sus oídos con más y más sesiones de Rammstein y Romeo Santos o volviendo a las tenazas con las que le arrancaban la carne del pecho y del vientre o a los golpes eléctricos de la picana o ahogarlo en el tacho de agua hirviendo o simplificándolo todo con un tiro prosaico en la cabeza, para mal de Emilia él seguiría vivo en el cerebro de su hijo de la misma manera que su padre seguía vivo en su propio cerebro.

Y fue entonces que Miguel Bakunin se dio cuenta que él mismo era objeto de su propia sentencia y tal como Yaro Jasir no podría jamás olvidar a su padre, él tampoco podía olvidar al suyo. Pensó que el tiempo ansiaba las rimas porque acaso el tiempo no era otra cosa que una musiquita mental, no una sinfonía sino una canción de amor, una cancioncita pop que volviera siempre sobre el mismo acorde y se sostuviera a fuerza de repeticiones, y así el nombre de Makula Papa apareció en su mente y al nombre de su padre se aferró como si fuera la tabla de madera que lo salvara de la marea de decibeles y se encontró contemplando la extraña rima del tiempo, el ritornello de la vida que les había impuesto a los dos pasar por la experiencia del encierro y alcanzar el estatuto de muertos en vida —aunque para sostener la rima antes debía preguntarse si era lo mismo o al menos semejante estar preso en una jaula de vidrio en una prisión del conurbano bonaerense en el año 2025 que ser hutu y estar enjaulado en un zoológico tutsi, a las afueras de la capital de Zaire en el año 1979.

Nunca lo había conocido y tampoco tenía mayores datos para responder esa pregunta, sin embargo a fuerza de hacer propio los relatos que había leído primero en cierto libro llamado Impresiones de África del poeta congoleño Ibaka Aleyuam y luego, más tarde, en algunos links de internet donde hacían referencia a Makula Papa como

un prócer de la revolución hutu contra el dominio tutsi, la imaginación bakuniana había logrado trazar esbozos al borde del mamarracho pero que bien funcionaban como borradores de unas memorias.

La primera imagen trazada era la de su padre encerrado en la jaula del zoológico tutsi junto a otros siete compañeros hutus y seis monos gálagos a los fines de representar la condición común de simples primates y así transformarse en la principal atracción del lugar. Para ello los mantenían desnudos y les daban el mismo trato que a los monos, es decir, más que ser alimentados con maníes que los visitantes arrojaban por entre las rejas, ningún otro. Sostenido económicamente por los fondos de la Secretaría de Defensa Norteamericana, el zoológico y la jaula en cuestión, no solo eran pensados como pasatiempo sino también como laboratorio médico que mantenía en observación una bomba hecha de carne, músculos y sangre.

Por entonces se sabía que el primer caso conocido del VIH en África se remontaba al año 1959 y que la transmisión del virus se habría producido cuando se utilizaron los riñones de los monos gálagos para preparar la vacuna contra la poliomielitits inyectada a un individuo de Congo. Más tarde, fueron los médicos norteamericanos de aquel zoológico los que le dieron el nombre de SIDA, cuando cuatro de los siete hutus enjaulados murieron al cabo de unos pocos meses. Sin embargo, llámese HIV, Peste Rosa, Plaga Bio-Política, Socio Honorífico del Club de las Cuatro H —homosexuales, heroinómanos, hemofílicos, hutus— o como fuere, tales eufemismos funcionaban como modos distintos de designar lo que de fondo no tenía nombre: ¿no se trataba acaso de un nuevo modo de habitar la muerte, morar en ella de la misma forma que se habitan las manos, los ojos, las palabras? —el problema entonces no era el nombre sino dónde se iba vivir un sidoso cuando era el Virus el que tomaba completa posesión de sus manos, sus ojos y sus palabras.

Lo cierto es que la existencia del Virus y de los hutus enjaulados se mantuvo como Secreto de Estado, hasta que el 9 de Septiembre de 1979, la revista de la National Geographic publicó las fotos que registraron el momento en que acorralados por el hambre, los cautivos —y entre ellos Makula Papa— degollaron, destriparon y se comieron crudos a tres de sus compañeros primates. A las pocas horas, acaso tomadas por el mismo fotógrafo y rechazadas por la revista que solo habría accedido a publicar las primeras, circulaban en el mercado negro del periodismo amarillista otras imágenes que ponían en cuestión la convivencia entre hombres y monos mostrando el ímpetu sexual de los hutus sodomizando a los atormentados monos.

Las fotos pusieron el zoológico humano en el centro de la escena

política internacional y el 10 Septiembre el gobierno de los Hutus de Ruanda publicó el comunicado que más que declarar la guerra contra Zaire y los tutsis proclamaba abiertamente una venganza sanguinaria. El 11 de Septiembre por la mañana, la ONU exigió al gobierno de los Estados Unidos dejar de financiar a los exiliados Tutsis en Zaire y liberar los tres hutus que habían sobrevivido en aquella jaula. Dos días después el presidente James Carter ordenó el retiro de las tropas y de los médicos del zoológico, el fin del financiamiento a los tutsis y la liberación de los prisioneros.

¿Sabía Carter lo que estaba haciendo?, ¿comprendía que devolver a aquellos tres hombres al gobierno de Ruanda era también la liberación del demonio inmaterial, "el cáncer rosa", "el castigo de dios", la pandemia del retrovirus llamado Sida? Es muy difícil de responder, todo hace parecer que no, quizás ni siquiera tiene sentido preguntar si detrás de aquella maquinaria de autoaniquilación de un pueblo existía una voluntad consciente, pero a nivel de intrigas políticas habría que ver qué esperaba Carter con la propagación del Sida en África y entre grupos étnicos —los hutus, por ejemplo— con simpatías soviéticas.

Lo cierto es que el 13 de Septiembre de 1979 los tres hutus en cuestión fueron entregados al Ejército Libertador comandado por el General Mburo Roca que había sido enviado por el gobierno de Kigali para hacerse cargo de la situación. A partir de entonces el rumbo de la guerra entre tutsis y hutus se aceleró buscando la aniquilación final y el virus del Sida encontró el modo de desplazarse a lo largo de las series infinitas de la vida y la muerte, cuando el General Mburo Roca inauguró dentro de sus filas el Batallón de Sidosos que, compuesto por Makula Papa y sus otros dos compañeros, tenía el propósito no de ejecutar al enemigo sino de violar a sus mujeres, dejarlas embarazadas y transmitir el VIH por medio de sus flujos.

De aquella estrategia elucubrada por Mburo Roca y bautizada en ámbitos militares como la de la "interiorización del enemigo", resultaron —en el largo plazo— unas 500.000 mujeres violadas, el 95 % infectadas con el Virus y muchas de ellas embarazadas. Ese fue el caso de la madre de Miguel Bakunin.

Se llamaba Shurika Bukunin, había nacido y crecido en una aldea llamada Boronomo, cercana a la ciudad de Ruhengeri. Conoció el horror de la "interiorización del enemigo" cuando en el mes de febrero de 1991 una de las facciones del Ejército hutu entró al poblado y sometió a todas las mujeres al protocolo general obteniendo como resultado ochenta y ocho infectadas por el virus. En el momento en el que Makula Papa, entonces Sargento del Batallón de Sidosos, violó a Shurika Bukunin, tenía veintiocho años. Shurika, en cambio, todavía no había cumplido los trece.

Tuvo dos hijos gemelos, uno se llamó Ikel y el otro nació albino y por ello mismo, por nacer maldito, no le fue otorgado ningún nombre. A los pocos días del nacimiento de los gemelos, fue sometida junto a otras cuatro chicas a un tribunal popular que dispuso la pena de arrancarle los ojos con tenazas al rojo vivo y echarlas de la aldea.

Durante años, la pequeña mujer ciega y sus dos gemelos peregrinaron por el desierto de Karambana alimentándose de alimañas y sorbiendo las gotas de rocío que la noche dejaba reposando sobre las piedras. Al crecer, Ikel Bukunin y el niño albino sostuvieron el parecido insólito, uno como el doble negativo del otro; idénticos, indiferenciables, y sin embargo blanquísimo uno, negrísimo el otro. Entregados al desierto desde que habían nacido, en sus recuerdos solo existía el mismo paisaje de la devastación que habiéndose impuesto como tal ya ni siquiera les parecía parte de ninguna devastación sino tan solo el paisaje constante del mundo. Los guiaban los estruendos que a veces escuchaban a lo lejos, murmullos de la guerra de unos contra otros y de todos contra todos, golpes sonoros que los despertaban del letargo infernal de sus cerebros, estampidas de ametralladoras, el estrépito de los revólveres, sin saber si estaban huyendo o si aquel fulgor era su meta.

Debían tener cuatro años cuando en aquella meseta, luego de andar bajo el sol reventando sobre sus cabezas, sin probar agua ni comida desde hacía días, vieron alzarse como un espejismo una primera fila de árboles cipreses y un poco más allá una granja, un corral de cerdos y un rancho de maderas y chapas. Un hombre negro, alto y fornido, los esperaba en la puerta con un machete herrumbrado en las manos. Shurika les ordenó que le describieran lo que veían. Ikel Bukunin fue el que habló, la madre entonces les pidió que la llevaran donde el hombre del machete. Luego de discutir el valor general, el niño albino fue vendido por la cifra total de cinco dólares, más una botella de agua, dos panes y la pata de un cerdo.

Ikel Bukunin ya no volvería a ver nunca más a su hermano gemelo. Más tarde, cuando escuchara que los albinos eran entes malditos enviados por los dioses del inframundo, recordaría que gracias a la venta de su hermano gemelo pudieron, él y su madre, salvarse de morir de hambre y sed en el desierto.

No mucho tiempo después, escondidos en la caja de un camión de carga que trasladaba dieciocho corderos por la ruta 27 desde Burugua hacia los mataderos de Kampala, Ikel Bukunin y su madre ciega llegaron al Centro de Refugiados que la Cruz Roja había levantado en Uganda. Allí vivieron hasta que la guerra entre hutus y tutsis encontró cierta tregua y la dirección del lugar decidió cerrar el Centro de Refugiados. Madre e hijo quedaron en la calle, buscando sobras de comida en los basureros y pidiendo limosnas en las paradas de

autobuses, hasta que un proxeneta congoleño les propuso mudarse a un burdel cercano donde Shurika trabajó como prostituta con un éxito no menor que acaso se sostenía en el gusto enrevesado del ugandés promedio por las discapacidades físicas como la ceguera.

La vida de Shurika Bukunin acabó pronto, murió de Sida encerrada en el Pabellón del segundo piso del neuro-psiquiátrico donde había sido internada después de un cuadro de brote psicótico. Tomada de la mano de su hijo, sus últimas palabras —insultos varios — recordaron el nombre de Makula Papa, el soldado hutu que la había violado.

El pequeño Ikel Bukunin fue adoptado por una médica argentina llamada Hortensia Juarez que trabajaba como pediatra en la ONG Médicos Sin Fronteras. Hortensia Juarez se hizo cargo del chico y cuando terminó su tarea en Uganda, regresó con él a la Argentina. De inmediato se jubiló y a punto de cumplir los sesenta y seis años se decidió a realizar el sueño tanto tiempo postergado de la casita en el bosque de pino, las puestas del sol en el cielo anaranjado del campo, el canto indolente de los zorzales, los suiriríes pampa, las lechuzas orejudas, y ya retirada de toda actividad dio rienda suelta a su consciensuda y pasional épica de la adopción.

En tres años logró la patria potestad plena sobre tres chicos y el cobijo temporario de una nena, por lo que contando entre sus hijos del corazón a Ikel Bukunin, había alcanzado la no despreciable cifra de cinco chicos con los que compartir jubilación y vejez. Compró un terreno de cinco hectáreas a la vera de la ruta número 5 a las afueras de la ciudad de Trenque Lauquen, provincia de Buenos Aires, y allí dedicó el tiempo a sus tareas maternas. Por entonces Ikel Bakunin había cumplido ocho años y su nombre, al menos el nombre registrado en las oficinas estatales, fue despojado de los oscuros oropeles africanos y transformado en el más prosaico de Miguel Bakunin Juarez.

Alojado en su nueva casa, no tardó en reconocer que las marcas de su origen no iban a poder ser borrados con la facilidad con la que habían cambiado algunas letras de su nombre original, y cuando el color negrísimo de su piel se transformó en el centro de la mirada de todos comenzó a dudar: ¿siempre había sido negro o a fuerza de decirle negro se había convertido finalmente en negro?

Sabía que el origen de esa incertidumbre era la fascinación por las palabras. Oficialmente su Ruanda natal era un país trilingüe, el kiñaruanda el idioma utilizado por los funcionarios gubernamentales, el francés y el inglés el medio educativo primario, pero también existía el suajili como la lingua franca del África del Este y establecido en las zonas rurales de Ruanda, por lo que cuando Miguel Bakunin

llegó a Argentina su lengua era un puchero de términos que mezclaba cuatro lenguas diferentes. La primera vez que escuchó la palabra "negro" fue en la escuela a la que Hortensia Juarez lo había enviado, y el sonido de "negro" se distanciaba lo suficiente de "black", "noir", "nyeusi" o "mbepa" como para comprender a qué se referían sus compañeros cuando le decían "negro", por lo que la respuesta de Miguel Bakunin fue primero la de repetir el término en forma de interrogación —"¿negro?"— y luego pasar a la más simple confirmación —"sí, negro, negro"—.

Fue esa la primera vez que Miguel Bakunin se dio cuenta de que efectivamente era negro, y esa lógica por la que la imposición de un término acababa siendo parte de su ser más íntimo volvió a repetirse una y otra vez hasta revelar la magia y el poder tormentoso de las palabra: ¿siempre había sido negro o había sido a partir de ese exacto momento en que la palabra "negro" tocaba el centro nervioso de su cerebro que de inmediato se convirtió en negro?

No tenía respuesta para ello, sin embargo, al menos durante un buen tiempo, estuvo convencido de que en verdad él no había sido negro sino hasta el momento en que había escuchado la palabra "negro". Tal convicción no había nacido de la nada, lo mismo le pasaba con la palabra "Sida" que Hortensia Juarez había pronunciado montando un ceremonial de fin del mundo. En ese momento la palabra "Sida" tuvo para Miguel Bakunin la misma fuerza que un virus que hubiera agujereado el caparazón de sus células y devenido torrente en sus flujos sanguíneos, de tal modo que si le hubieran preguntado cuándo, dónde, cómo se había contagiado el Sida, el pequeño Bakunin habría respondido sin dudas "en el momento preciso en que mi madre adoptiva dijo la palabra Sida".

En su diagrama mental sobre la cuestión, Hortensia Juarez lo había infectado, pero la infección misma respondía a una epidemia general en la que a su madre adoptiva se sumaban sus cuatro hermanos del corazón que ante cualquier conflicto de intereses, arranques de ira infantiles o solo porque sí nomás, les alcanzaba con tomar la palabra "Sida" entre sus manos y golpearla contra la cabeza de Bakunin para que este retrocediera buscando su madriguera, y luego también el director de la escuela y las dos psicopedagogas que en la entrevista que habían tenido en la oficina del primero habían transformado la palabra mágica en un mantra prosaico repitiendo una y otra vez "sida", "sida", "sida", como si con ello quisieran arrebatarle el fuego a la palabra y profanar lo prohibido, logrando en verdad todo lo contrario, es decir, el hecho de ya no poder olvidar que tenía o era o sintetizaba y encarnaba, él mismo, con su sola presencia, el ente inmaterial invocado en aquellas cuatro letras.

Así la palabra fue encontrando los desvíos necesarios para

transformarse en reserva monetaria de todos los intercambios lingüísticos que sus compañeros de clase y luego todos los alumnos de la escuela sostenían en los pasillos, los baños y el patio de los recreos, a sus espaldas y también cara a cara cuando era necesario hacerle entender que la palabra “negro” era inseparable de la palabra “sida” hasta el punto en que cuando le decían “negro” en verdad pretendían decirle “sidoso” y cuando le decían “sidoso” le estaban diciendo “negro”, hasta alcanzar de este modo una síntesis superadora del pleonasmo con un único término que podía ocupar el lugar de cualquier otro: “puto”.

Y así “puto” significó “negro” y también “sidoso”, por lo que salvo en dos o tres ocasiones en que escuchó que lo llamaban “negro puto sidoso”, ya nadie se refirió a Bakunin como “negro” ni “sidoso” sino simplemente “puto”.

Por esto mismo, cuando las palabras “sida” y “sidoso” comenzaron a reproducirse a su alrededor hasta la epidemia de la que antes se hablaba y alcanzar su evolución en “negro puto” para envolverlo como una red pegajosa que ya no podría sacarse de encima, la imaginación bakuniana no dejaba de preguntarse si la palabra “Sida” le daba nombre al virus del que tanto había hablado su madre adoptiva o si en verdad la palabra “Sida” no era en sí misma el virus en cuanto tal.

La condena impuesta por los que lo rodeaban lo arrastró a una soledad desesperada y ante la sospecha de no ser un hombre sino un Golem de arcilla negra que manos sacras habían formado con paciencia y convicción, se entregó obcecado a una ingobernable pasión acuática que traducía la sistemática tarea de purificar su negritud.

A veces pensaba en su hermano desaparecido, y en esos momentos hubiera cambiado la suya por la del niño albino, que aunque maldito para unos y para otros, no sufriría la ignominia del color. Solía aparecer en sus sueños y Miguel Bakunin no lo veía ni blanco, ni desteñido, sino traslúcido como si la lavandina o el ácido muriático con el que, parecía, bañaron su cuerpo al nacer, le hubiera carcomido la carne dejando una lámina transparente de piel que dejaba ver el entramado de sus intestinos, el funcionamiento de sus pulmones, el cobijo caliente de su estómago, el hígado, los riñones.

Al despertar pensaba si a su hermano gemelo no le hubiera gustado ser como él y vivir negro entre negros sin que nadie lo llamara maldito ni invocara a los dioses para protegerse ante su presencia. Negro por blanco: si de él se tratara, no tenía la menor duda en cambiar su vida por la del otro. Ya era tarde para ello, pero al menos la imagen fantasmática de su gemelo, como el negativo de su propia fotografía, le facilitaba la meta de su vida. Claro que con ello,

la purificación de su negritud no remitía solo a una cuestión espiritual sino física, orgánica, material: quería volverse blanco, más que blanco, albino.

De allí su pasión acuática: a la salida del colegio, los fines de semana o cuando tenía un tiempo libre, recorría los dos kilómetros que distanciaban la casa de Hortencia Juarez del Lago Tunas Grandes y del río Limbo, y podía pasarse catorce, quince, dieciséis horas en el agua con la ilusión de que la fuerza de la corriente limara aunque sea de a poco el espesor duro de la tierra negra con la que lo habían engendrado hasta deshacerse en terrones que el río o el lago se llevaran para no dejar nada de la criatura llamada Miguel Bakunin.

Todos los días, durante semanas, se encerraba en el baño de la casa de Hortensia Juarez y bajo la ducha caliente o con el chorro aguerrido de la manguera con la que solían regar el parque trasero, refregaba su cuerpo con esponjas, virulanas y lijas cubiertas de detergente y lavandina con el fin de quitarse de encima su negritud, sin conseguir más que el efluvio de la sangre rojísima chorreándole en hilos constantes que prendidos a sus dedos se dejaban caer para disolverse en el agua cubriendo sus pies.

El fracaso higiénico fue contundente, sin embargo, el contacto con el agua logró al menos que sus recuerdos y sus sueños se volvieran líquidos, no solo porque soñaba o recordaba algo relativo al agua purificadora sino porque sus sueños y recuerdos estaban hechos de agua. Por entonces, más allá de su gemelo albino, soñaba mucho con Shurika Bukunin y Shurika Bukunin no dejaba de llorar y entre gemidos repetía como un mantra interminable el nombre del soldado hutu que la había violado. Miguel Bakunin pretendía consolar a su madre y la abrazaba pero entonces sus manos penetraban en la carne de Shurika y el cuerpo de Shurika se deshacía porque estaba hecha de agua, un agua sucia como de zanja, agua podrida de estanque de mil años, y el agua cubría el piso del lugar y subía por las paredes y alcanzaba el techo, y cuando ya no quedaba oxígeno ni nada de Shurika Bukunin, su hijo moría ahogado golpeando las ventanas que no podía abrir.

Otras veces soñaba que vivían dentro de una pecera arrojada al fondo del mar: las visiones eran hermosas, había cardúmenes de peces pequeñitos y otros enormes y corales y restos de barcos hundidos y también hombres y mujeres gigantes que nadaban alrededor y a veces se detenían a observar los dos homúnculos encerrados en la pecera vacía.

Otras veces soñaba que era un tiburón que se arrastraba dando panzadas sobre las arenas calientes del desierto del Sahara, y otras tantas un camello que marchaba por el fondo del mar y podía respirar porque en su joroba no llevaba agua sino una buena cantidad de

oxígeno con el que soportar el peso muerto de Shurika Bukunin a la que cargaba sobre el lomo para enterrarla en el punto más profundo de la cuenca del océano Atlántico, y otras veces también soñaba que era un pájaro que volaba bajo una tormenta y las gotas de lluvia eran Shurika Bukunin, y otras veces más no había estanque ni lago ni océano ni nada líquido porque Shurika Bukunin y él eran dos peces que nadaban en el espacio infinito de un universo vacío sin saber que eso que llamaban universo o simple espacio vacío eran las aguas de un océano tranquilo, y otras veces más no eran nada, ni tiburón ni camello ni pájaro, tampoco Shurika Bukunin se mostraba por ningún lado ni como lluvia ni como homúnculo dentro de una pecera, solo el silencio eterno de aguas mansas, planchadas en la superficie lisa de un mar muerto, sin centro ni margen, sin arriba ni abajo, ni derecha ni izquierda, un océano infinito que era una esfera flotando en la nada.

La pasión acuática y aquellos sueños líquidos terminaron cuando aparecieron los antirretrovirales y una nueva etapa se abrió en su vida. Formaban un cóctel de cinco comprimidos —AZT, Zidobudina, Efavirenz, Emtricitabina, Tenofovir Disoprexil— que el pequeño Bakunin enfrentaba cada mañana y tragaba con la ayuda de un masacote apelmazado con medialunas humedecidas en café con leche que deslizaba por su garganta para arrastrar las pastillas hacia el estómago. Si hasta ese momento el tratamiento de su cura se había limitado a su obsesión acuática por quitarse la negritud de su cuerpo, a partir del tratamiento antirretroviral fue comprendiendo con mayor profundidad qué significaba curarse.

Aquella vez, cuando Hortensia Juarez le explicó para qué tenía que tomar sus pastillas repitió muchas veces la palabra “Sida” asociada con la orden de “tener que curarse” y en los oídos bakunianos la palabra “Sida” resonó una y otra vez como “Vida”, por lo que terminó comprendiendo que aquello de lo que tenía que curarse era de la vida en cuanto tal, quizás curarse de la culpa de haber aceptado vivir como un Golem de arcilla negra, en todo caso, curarse de sí mismo a riesgo de un castigo cuya explicitación había quedado suspendida pero que bien podía imaginarse como el de una tortura mil veces peor que la que había sufrido Shurika Bukunin a manos del demonio terrorífico que brillaba en sus ojos imposibles y cuyo nombre solo era pronunciado en sueños.

La asociación resultaba al menos desconcertante, ¿si no se curaba del hecho de estar vivo, él también sería violado por un soldado hutu una noche cualquiera entre los pastizales del desierto?, ¿debía entonces esperar a otro Makula Papa, acaso el mismo Makula Papa, que se metiera en su pieza para penetrarlo con la báscula del infierno y hacer de él un siervo del horror?

Pero las asociaciones y desplazamientos semánticos no

terminaban allí, si tenía que curarse de la vida que él encarnaba entonces las pastillas que le habían obligado a tomar no eran otra cosa que una serie de postas que lo llevarían a la muerte, porque ¿de qué otro modo curarse de la vida sino muriendo? El pequeño Bakunin pensó mucho estas cuestiones y llegó a la conclusión provisoria de que si su madre adoptiva y el doctor de apellido Palacios que le facilitaba los medios para su aniquilación querían de verdad su muerte, no era necesario obligarlo a seguir ninguna serie de postas sino simplemente deshacerse de él, por lo que "curarse del Sida", entendido como "curarse de la Vida" no necesariamente implicaba su muerte.

Sin embargo, la pregunta persistía: ¿de qué vida tenía que curarse tomando aquellas pastillas? La respuesta que se le ocurrió suponía varías dimensiones. Por un lado, curarse del Sida era curarse de su negritud ontológica, pero también, ello mismo implicaba necesariamente curarse del pasado, es decir, curarse de sí mismo como Ikel Bukunin y de los recuerdos del desierto y la venta de su hermano gemelo y de las historias sobre Makula Papa y curarse también de su estadía en Uganda encerrado en la tienda bajo el tinglado del Centro de Refugiados y de la miseria del cuarto del burdel en el que, escondido en el baño o debajo de la cama, contemplaba a su madre ciega prostituirse por un poco de pan y queso con todos los reventados de los suburbios de Kampala, incluso curarse era curarse de Ruanda y del infierno aplanado de las estepas constantes y de la bruma sucia flotando sobre su cabeza y de la humedad pegajosa sobre los cuerpos calientes, en fin…, curarse significaba curarse de África.

Las insistentes pastillas debían entonces producir el olvido absoluto de su pasado y el tratamiento fue dando resultados inmediatos. Los sueños líquidos y los recuerdos acuáticos se evaporaron para no dejar sino un humito pútrido, sin embargo lo que en ellos se perdieron no fueron las escenas, los rostros y los paisajes sino los colores, como si todo su pasado no hubiera ocurrido sino en blanco y negro y la vida en África no existiera sino como una película de los años treinta o un documental pretensioso destinado exclusivamente al circuito de los festivales pretensiosos.

Tal era así que Bakunin no podía comprender que las viejas fotos de los padres de Hortensia Juarez que colgaban en el comedor de la casa no fueran meras fotos sino en sí mismos recuerdos objetivados, proyecciones de la memoria de Hortensia Juarez que habían quedado estampadas en aquellas paredes. En todo caso, su memoria funcionaba bajo el estricto daltonismo que le impedía entender que las películas de Chaplin que una vez le habían mostrado en la escuela o las de Buster Keaton que Hortensia Juarez le había mostrado en youtube respondiendo a sus inquietudes, no eran simples películas sino sueños producidos por tratamientos antirretrovirales que por alguna magia o

procedimiento técnico habían logrado filmar.

Y si le preguntaban al chico qué iba a hacer cuando fuera grande, respondía tajante “director de sueños”, y si alguien, sus hermanos, sus compañeros de escuela o su maestra, pretendía corregirlo señalando que no existía tal “director de sueños” sino meros “directores de cine”, Bakunin esgrimía sus teorías acerca de la posibilidad de proyectar sus sueños en blanco y negro sobre la pantalla de un televisor.

Al correr de las semanas, a fuerza de todas las pastillas que su estómago fue deglutiendo para recorrer sus entrañas persiguiendo al virus, la decoloración de sus recuerdos fue avanzando hasta tocar el borde del presente. Ya no se trataba solo de Shurika Bukunin y sus días en África sino que su memoria, como una lluvia ácida que venida de un horizonte lejano arrasando aldeas, pueblos y ciudades hubiera alcanzado las puertas de la percepción, fagocitaba entonces los colores de cada evento en el instante preciso que dejaban de ocurrir.

La decoloración acechaba los recuerdos más próximos y amenazaba con borrarlo todo, sin embargo, parecía como si al alcanzar el borde de la retina de sus ojos detuviera la aceleración y acompañara el instante presente —como si los recuerdos fueran la sombra del ahora, el negativo de una foto, el otro lado de la luna o el anverso borroneado de una moneda.

El tratamiento antirretroviral le había robado los colores del pasado, acaso por ello el pequeño Bakunin no comprendía el sentido de la fiesta que por ese entonces —cuando ya estaba cerca de cumplir quince años— Hortensia Juarez había organizado en su casa para celebrar el hecho de que después de cinco años siguiendo el tratamiento antirretroviral finalmente los exámenes que medían la cantidad de linfocitos CD4 habían alcanzado el número suficiente como para establecer, al menos transitoriamente, la indetectabilidad del virus.

“Ya sos indetectable” —le había dicho Hortensia Juarez con una copa en la mano mientras la otra daba vueltas por encima de su hombro derecho y las puntas de sus dedos le tomaban el mentón— y Miguel Bakunin comprendió en aquellas palabras la definición misma de lo que de él se esperaba: ser indetectable, imperceptible. Así se enteró del equívoco en el que había vivido los últimos años de su vida, no se trataba de perder su negritud en pos de normalizar su condición tornándose blanco como la leche albina derramada sobre el cuerpo de su hermano gemelo, ni, menos aún, olvidar su pasado africano: lo único que de él se esperaba era que dejara de existir o al menos les hiciera el favor de volverse invisible.

Las pastillas antirretrovirales seguramente lo habían ayudado a adelgazar el espesor material de su existencia hasta ese umbral

extraño, difícil de comprender, en el que nunca se está del todo sino como un fantasma que solo puede hacer presente el hecho mismo de su ausencia.

No estar del todo ahí donde sin embargo él mismo estaba no era una tarea fácil, pero acaso sin darse cuenta había aprendido la magia única de desaparecer para todos y sin embargo seguir estando para sí mismo.

Con ello, una nueva etapa se abría para el pequeño Bakunin, y si desde el primer momento que había arribado a su vida occidental se había convertido en el niño más fuerte del mundo a costa del esfuerzo insufrible de soportar el mandato general de ser el niño más débil del mundo, ahora ya no tenía que hacer ningún esfuerzo para sobrevivir a la miseria de los otros, solo bastaba con persistir en su condición de invisibilidad para lo que entonces se encerraba en el tercer cubículo del baño del segundo piso de la escuela dejando que las horas pasaran sin que nadie interrumpiera su tarea de des-existencia hasta que llegaba el horario de salida y de regreso a la casa de Hortensia Juarez se destinaba a esconderse en su cuarto, tirado en la cama, con las frazadas tapándole la cabeza.

Sus ejercicios espirituales para alcanzar la invisibilidad general consistían en una concentración total en el punto negro agujereado en el centro de la pared blanca que los destellos del día dibujaban bajo sus párpados cerrados, y dado que la desaparición diagnosticada afectaba la relación del pequeño Bakunin con el mundo, eran las personas que lo rodeaban —Hortensia Juarez, sus cuatro hermanos, sus compañeros del colegio, sus profesores— y con ellas los paisajes, escenarios y cosas, las que primero eran empujadas hacia el agujero negro, y luego cuando la fase de nadificación del mundo alcanzaba el colapso de la negación total y lo único que quedaba en pie era el contemplador autista —sus ojos fundidos en el resplandor de la pared blanca— el que debía dejarse arrastrar por la fuerza centrífuga del agujero para no dejar de esa nada consecuente ni siquiera la consciencia de esa nada.

“Indetectable”, le habían dicho, e indetectable el pequeño Bakunin se volvió a fuerza de una voluntad equina como si su desaparición fuera una ganancia, una conquista y también el cumplimiento de un mandato más alto. Cuando su encierro en el baño fue interrumpido por porteros intrusos que notificaron al director, no renunció a su superación espiritual. Se mudó a la biblioteca del cuarto piso y fue allí —entre bártulos abandonados y libros amontonados en los rincones— que el pequeño Bakunin encontró un espacio digno para su épica de la desaparición, al menos fue en aquel lugar donde la interpelación y las tentaciones del mundo pusieron a prueba sus aprendizajes cuando tres compañeros de los cursos más avanzados lo

descubrieron y se dieron a la tarea de sodomizarlo para con ello hacerle cumplir el mandato performativo de encarnar las palabras "negro-puto-sidoso" y sumar su parte a lo que terminó siendo, quizás, el día más relevante de su vida.

Pero vamos de a poco, vamos, en todo caso, con la primera cuestión: ¿se resistió el pequeño Bakunin a aquella violación masiva? Cuerpo y alma: ¿guardan los recuerdos el margen de resistencia contra el despotismo del presente de tal forma que al recordar el alma no está del todo donde sin embargo uno se encuentra de cuerpo entero?

Su cuerpo penetrado, agujereado —taladrado por esos tres cultores del pragmatismo lingüísitico austiniano devenidos aventureros de sus orificios corporales—, se encontraba de cara contra el piso, en uno de los rincones de la biblioteca, con la cola levantada, la cadera arqueada formando un ángulo cóncavo, los puños apretados, los ojos cerrados y el ceño fruncido, pero el pequeño Bakunin se esforzaba en no estar allí, terminar de desaparecer y volverse indetectable, y entonces mientras uno se dedicaba a penetrarlo con cierta pulcritud y otro le sacudía la verga en la cara y le golpeaba con el glande la punta de su nariz, su memoria se aferraba, como quien se clava la uña del dedo gordo sobre la yema del dedo índice para engañar el dolor mientras le aplican una vacuna, así, entonces, se entregaba su memoria a otra escena que en verdad era una imagen tan mínima como indefinida, tan nada que se reducía a un pensamiento o acaso a la ilusión de un pensamiento: la contradicción que se le jugaba entre el recuerdo de los ojos y las manos de su madre.

Recordó perfectamente las cicatrices en las córneas que las amputaciones de sus globos oculares le habían dejado, pero también los muñones en los nudillos de sus manos. Lo extraño, sin embargo, era que los recuerdos chocaban entre sí y no soportaban mostrarse juntos. Si recordaba las cicatrices en las córneas, la imagen era acompañada por diez largos y finos dedos de sus manos negras, pero si recordaba los muñones de la amputación de sus dedos entonces recordaba los ojos luminosos de Shurika Bukunin. Era uno o el otro, o Shurika se mostraba con los ojos amputados pero con todos los dedos, o no tenía dedos en sus manos pero sí unos hermosos ojos negros en sus córneas.

Mientras el segundo de los tres compañeros del colegio taladraba con furia su ano y el primero o acaso el tercero en cuestión lo tomaba del pelo y lo obligaba abrir la boca para introducir su verga y hacerle vibrar las cuerdas vocales, el pequeño Bakunin pensaba que el problema de indefinición de la imagen de su madre ya le pasaba de chico, apenas había llegado a la Argentina y se había instalado en casa

de Hortensia Juarez, le pasaba que las fichas del rompecabezas de su memoria ya no encajaban y debía decidir entre un recuerdo o el otro y de algún modo se sentía responsable de la inevitable amputación: o salvaba los dedos de las manos para amputarle los ojos o salvaba los ojos para amputarle los dedos.

Ante la obsesión de su memoria por las dicotomías y la lógica binaria, parado de frente ante su insalvable disyunción, prefería recodar a su madre sin ojos pero con unas hermosas manos en las que relucían largos dedos de pianista. Primero porque cada vez que recordaba los ojos, estos reflejaban el rostro de Makula Papa. De esta forma, una violación llevaba a otra y ahora que él mismo estaba sufriendo lo que su madre había sufrido, no era suyo el horror de ser sometido y vejado, sino el que había quedado grabado en los ojos de su madre.

Pero acaso el pequeño Bakunin prefería el recuerdo de los dedos largos de su madre y no sus ojos de llamarada y pavor por una coincidencia que en su representación del mundo se volvía conexión necesaria: Hortensia Juarez había perdido el dedo mayor de su mano izquierda cuando fue mordida por una mamba verde mientras recorría el norte de África participando en una campaña de Médicos Sin Fronteras y tuvieron que amputárselo para impedir que el veneno circulara por los torrentes sanguíneos y alcanzara el sistema nervioso cerebral.

En la configuración mental bakuniana ese dedo faltante en la mano de su madre adoptiva era el símbolo de lo que Hortensia Juarez deseaba con respecto al Golem de barro negro que le había sido encargado. El dedo gordo, claramente, representaba la existencia de Lucía, la hermanita más chica venida de Corrientes que Hortensia Juarez le había dado cobijo provisorio, el resto de los dedos representaba a cada uno de sus hermanos del corazón, el anular a Luis, el chico flaco que venido de Misiones había sido el último en llegar, el índice a Mateo, el chico pelirrojo entregado a una verborragia ladina y concentrada en la negritud africana de Bakunin, y el meñique a Ruben, el hermano rubiecito que no dejaba de callar sino únicamente para señalarlo como “sidoso”. Y claro está, el dedo que faltaba, ese dedo fantasma que el África salvaje le había quitado representaba, sin dudas, al chico negro al que le había dado el nombre de Miguel Bakunin, en todo caso, representaba su deseo de amputarlo, cortarlo, eliminarlo de su vida como el África oscura había hecho con su dedo.

Cuatro dedos blancos, cuatro hijos blancos, esa era la familia de Hortensia Juarez. Por eso, seguramente, en el momento arduo en que su ano traspasaba el límite de la dilatación y lo que aquellas pijas victoriosas trazaban en las profundidades de sus entrañas era una

fisura donde él mismo parecía desbarrancar, el pequeño Bakunin elegía recordar a su madre biológica con los ojos amputados, sí, pero con una bella y completa decena de dedos largos y finos que extendidos y abiertos buscaban al hijo que había perdido perdiéndose ella misma en la noche de la guerra y el horror.

Si aquellos recuerdos le habían permitido no estar del todo en su cuerpo fisurado, sin embargo, un rato después, cuando los otros se fueron y de su cola manaba el chorro de sangre que se deslizaba por sus muslos, comprendió de inmediato que su fuga mental y con ella también su condición de "haberse vuelto indetectable", no eran ni habían sido reales, al menos no respondían al proyecto de desaparición generalizada al que él mismo se había entregado con cierta pasión: allí estaban sus esfínteres desgarrados y sus entrañas incendiadas mostrándole el límite de su propia enajenación. Volverse indetectable, hacerse invisible ante el mundo, no había sido más que el sanguinario imperativo materno que ni él ni nadie podrían cumplir; enunciado, acaso, solo para volverlo culpable de no poder estar a su altura. Pero entonces otras puertas se abrían en su concepción del mundo y si hay todavía margen para revelación alguna fue en ese momento que el pequeño Bakunin se dio a la tarea de comprender no solo lo que había sucedido sino también lo que esa escena definía para su futuro.

Es cierto que un gusto ácido, confundido con el sabor triste del semen avinagrado que le habían dado a probar serpenteaba sobre el lomo de su lengua, y también es correcto afirmar que el animal baboso y rastrero de la vergüenza pretendía meterse en su garganta, sin embargo, el pequeño Bakunin se sentía tranquilo consigo mismo.

Cierta serenidad borraba el espesor dramático que cualquier violación podría suponer; todavía recostado en el piso, con las rodillas apretadas contra el pecho, se limitó a levantarse el calzoncillo para cubrir las nalgas y ningún espíritu de venganza lo acechaba, no pretendía vociferar ni pedir justicia ni nada parecido porque una justicia más despiadada y una venganza más cruel se habían cumplido en el mismo momento en que lo habían penetrado.

Si tuviera que definir el momento preciso en que comprendió el poder mortífero de su cuerpo capaz de infectar y en el extremo matar sin ni siquiera proponérselo, estaba seguro de señalar aquella escena. No necesitaba esperar la noticia de que los tres compañeros que lo habían violado terminarían sus vidas fagocitados por el virus que habían extraído de su cola. Su descubrimiento entonces tenía el valor de una videncia a la que ya no podría renunciar: fue allí, en aquella biblioteca, donde Miguel Bakunin haría propio el sino de guerrillero virósico que asumía su revolución como una forma de poesía que solo encontraría sus lectores en un pueblo todavía inengendrado.

Pero la revelación del Gran Poema de la Muerte —que de eso mismo se trata—, se le dio acaso por una conjunción rara de azares que él mismo se encargaría en transformar en destino.

Cuando sus agresores se marcharon, el pequeño Bakunin se quedó en el lugar, recuperando, no su ánimo, sino la fuerza orgánica que cicatrizara las heridas en el ano y detuviera la hemorragia. Para limpiar la sangre pegoteada entre las nalgas optó por lo único que tenía a mano y lo que tenía a mano no era otra cosa que los cientos de libros de deshecho y las viejas revistas que arruinados por la humedad se amontonaban en los rincones y debajo del mobiliario roto. Entre aquellos libros tomó uno cualquiera, uno del que arrancar una hoja y limpiarse la cola, pero entonces al abrir el libro y disponerse a arrancar la página 184 encontró el nombre de Makula Papa.

Editado en el año 1998 y escrito por el poeta congoleño Ibaka Aleyuam, se trataba de un estricto panfleto de doscientos cuarenta páginas llamado “Impresiones de África” y cuya única virtud era arriesgarse a la versificación en solemnes alejandrinos que se pretendían celebración del pueblo hutu y apología del genocidio contra los tutsis.

Dividido en cuatro partes a las que llamaba cantos épicos, el libro de Ibaka Aleyuam recorría la historia de cierta divinidad hutu de nombre Horey que después de siglos contemplando en silencio lo que los hombres tutsis habían hecho con lo que había creado dispuso el comienzo del juicio final, para lo que encarnó en el Virus del HIV y alojado en la sangre y las células de algunos hombres hutus les dictó el Gran Poema de la Muerte.

El Gran Poema estaba escrito en la lengua incomprensible de los dioses incorpóreos, pero el mensaje era inequívoco y directo: existía una vida mejor, una vida inmaterial sin células cancerígenas ni putrefacción de la carne ni sufrimiento lumbar ni dolor de muelas, ni diarrea, ni otitis, piedritas en los riñones, ni riñones ni dolor de testículos ni testículos, pero para llegar a esa vida divina y hermosa los hutus debían aniquilar el cáncer del género humano, aniquilando la población tutsi para luego aniquilarse a sí mismos, unos a otros del modo más rápido posible.

¿Por qué la aniquilación del género humano y de la comunidad tutsi en particular? —se interrogaba el poeta Ibaka Aleyuam—.

Porque no eran monos razonables —respondía— y en tanto simples monos cancerígenos e irracionales no estaban programados para comprender nada sino solo usar a sus hermanos hutus como cosas que les sirvieran para comprar, vender, decorar, producir o ser penetradas y descargar así sus flujos orgánicos.

Según el poeta, los hutus elegidos por el dios habían invocado durante décadas su presencia, hicieron sacrificios durante años y años y escribieron poemas muy sufridos que intentaban traducir el Gran Poema de la Muerte sin lograr nada. No había que ponerse mal por ellos: siempre hubo hutus muy sufridos, muchos monos poetas a lo largo de toda la historia, hermosos y mentirosos monos poetas, pero nunca habían llegado a ser monos super poetas.

¿Por qué nunca pudieron llegar a ser monos super poetas? —se preguntaba Ibaka Aleyuam—, porque creyeron que el poema se escribía con palabras. Pero el dios Horey no vivía en las palabras sino en el cuerpo de sus poetas, y porque se sufre con el cuerpo y no se sufre con las palabras, y porque del hombre llamado mono nos curamos con el cuerpo y nunca con las palabras, no se necesitaban monos poetas que escribieran con palabras sino monos super poetas que escribieran con el cuerpo y a través de los cuerpos el Gran poema de la Muerte.

En el último canto titulado “Un bosque de carne”, a partir de la página 126, el libro hacía referencia a la historia contemporánea del pueblo hutu y su alianza con el dios Horey que a los fines de crear su ejército de monos super poetas había elegido a tres hombres hutus encerrados en el año 1979, en una jaula del zoológico tutsi montado en El Zaire, junto a seis monos gálagos. Sus nombres eran Makula Papa, Mboda Sula y Akim Arobotu y desde entonces, desde el momento en que el dios se hizo presente en sus células y fueron liberados de su cautiverio se transformaron en la vanguardia del Ejército de Liberación comandado por el General Mburo Roca.

Las páginas finales seguían los pasos del Batallón de Sidosos durante la década del ´80, recorriendo la frontera entre hutus y tutsis, desde la ciudad de Gisenyi hasta Ruhengeri, con la finalidad estricta de la aniquilación tutsi y la estrategia específica de expandir el virus violando a sus enemigos. Ya ascendido a Coronel de las fuerzas hutus, Makula Papa se transformaba en protagonista del Poema y ampuloso héroe que en nombre del dios se daba su propia epifanía de muerte y terror. El final daba cuenta de su participación en el Ejército de Liberación durante los pogroms de octubre de 1991 tras el asesinato del presidente Juvénal Habyarimana, y evocaba con arriesgado valor estético las estadísticas relativas a cantidad de violaciones (solo entre el 7 de abril y el 15 de junio de 1994, 250.000 mujeres fueron violadas), porcentaje de la población diezmada (800.000 personas, el 75% de la población tutsi), cantidad de niños huérfanos debido al sida (400.000) e índices de infecciones del Sida (11% de la población total, 25% de las mujeres tutsis sobrevivientes) con las que el dios hutu, por medio de su ejército de super poetas, se había hecho presente en la tierra para devolverles a los suyos el honor perdido.

Todavía encerrado en aquella biblioteca, Miguel Bakunin terminó de leer el poema. Pensó en su padre y encontró paz en su corazón. Por primera vez en su vida abrazó la idea de que el Sida no era una condena sino la marca de un destino que tenía que aprender a hacer suyo para celebrar el virus y honrar el hecho de ser hijo de un héroe que había luchado por la liberación de su pueblo. Leyó el poema como quien labra campos radiactivos arrasados por un estallido nuclear y no tardó en convencerse de que la imagen que hasta entonces se había hecho de la figura de su padre había sido un error.

Se había dejado influenciar por el relato de su madre que en las noches del Centro de Refugiados de Uganda y durante las tardes libres en el burdel de Kampala, entre canciones infantiles que promovían el genocidio hutu, no dejaba de evocar siempre la noche en que el Ejército de Liberación había llegado a su aldea y Makula Papa la violó sin contemplación cuando ella apenas tenía doce años y unos bonitos ojos en sus córneas. Lleno de odio y resentimiento, el pequeño Bakunin, no había comprendido que en verdad, tal como lo mostraba el poema de Ibaka Aleyuam, ese soldado del Batallón de Sidosos no era un simple monstruo sino un elegido del dios y un héroe de guerra que había forzado a Shurika Bukunin para que la sangre virósica paterna transformara su cuerpo de niño en un arma mortal y había violado a Shurika Bukunin para que Ruanda y la guerra y el Sida y el nombre mismo de su padre se transformaran en un legado.

Embestido por las fuerzas del dios que recorría sus venas, se sintió preparado para comenzar su carrera revolucionaria y desde entonces se entregó, primero lenta y cuidadosamente, a amoríos pasajeros cuyo promedio de duración no superaban los cinco minutos ensayando con unos y otros en los baños de la estación de trenes de Trenque Lauquen, con ciertos borrachines y sudorientos muchachotes en los baños de la bares cercanos a los corralones y las fábricas metalúrgicas del sur de la ciudad, una vez también con cierto camionero a las orillas del Lago Tunas Grandes, y muchas otras veces también, ¿cuándo no?, en los baños del colegio con los mismos alumnos que lo habían violado y otros más a los que les tenía cierta sosegada pero segura inquina. Cuando terminó el secundario, sabiendo que en un pueblo como Trenque Lauquen sus prácticas no eran más que un modo de prepararse para algo más grande, se dispuso a ampliar el radio de sus acciones y tocar el nervio central del Orden Blanco.

Gracias a los oficios de Hortensia Juarez viajó a Buenos Aires, mudó sus pocos bártulos a una pensión para estudiantes en el barrio de Caballito y se inscribió como alumno de la carrera de Historia en la Facultad de Filosofía y Letras. No cursó más que un año, no aprobó

ninguna materia, pero pronto descubrió en la política estudiantil del lugar los caminos más rápidos para esparcir la buena nueva del dios.

Participó en asambleas de la línea más dura de cierto stalinismo universitario disfrazado de mala conciencia, militó como volantero del Partido Obrero, la Walsh, la Castañeda y el Maoísmo de la Cuarta Barrera, y también en la FED y en la FEM, en el FRI y en el PROT y el LUV y el Bal y la GEL, marchó junto a las filas del Frente Internacionalista el día en que declarado el estado de sitio los fusiles del ejército acribillaron a veinticuatro camaradas, realizó trabajos de inteligencia en los preparativos del secuestro y posterior asesinato del diputado conservador Facundo Aristimuño, y cuando finalmente se había hecho un nombre en las asambleas populares, los mítines de vanguardia y en las mesas de los bares de la zona, como aquel que había fundado el movimiento de la "transversalidad molecular", le llegó la noticia de la muerte de Hortensia Juarez y con ello se le acabaron las transferencias bancarias con las que pagaba la pensión y cubría sus gastos cotidianos.

Fue entonces que dada su afición por los baños públicos mudó sus pocas cosas a los baños del cuarto piso de la facultad donde encontró el espacio suficiente como para echar una colchoneta bajo los lavabos, un inodoro privado en el cubículo que había hecho suyo, una ducha cercana en los vestuarios de los auxiliares, unos cuantosespejos entre los que poder elegir para acicalarse cada mañana, agua corriente, luz y una temperatura que la luz del sol pegando contra los ventanales mantenía dentro de márgenes razonables.

El hecho de haberse transformado en parte del paisaje cotidiano de la facultad paseándose de un lado al otro en calzoncillos blancos y ojotas verdes fluorescentes, con una palangana y una toalla a lunares colgándole del brazo a los fines de ducharse en el vestuario del personal de limpieza, y así pasar rápidamente a ser conocido como "El Negro Que Vive En El Baño Del Cuarto Piso", hicieron más a su popularidad que su innegable pero también confusa participación política. Por lo que, en verdad, solo cuando conoció a Josefina Remdul fue que Miguel Bakunin comprendió, bajo un marco teórico más sólido y una tradición de compromiso y lucha innegable, la dimensión revolucionaria del mero factum biológico de ser portador del virus.

III. UNA METAFÍSICA DE LOS OLORES

Ahora tengo cuarenta y un años y mi nombre es Pablo Majno —a veces Claudio Scherer y otras tantas Alejandro Freire o Juan Steiner, incluso Martín Azúa. No me gustan mis nombres, pero me apasionan las historias de perros que abandonados o perdidos regresan a su hogar como si supieran perfectamente dónde se encuentra. Otros animales que me gustan: los salmones y los elefantes. Los salmones nadan río arriba la mitad de sus vidas para poner sus huevos en el mismo lugar donde nacieron. Hay elefantes que enterados de la proximidad de la muerte avanzan en manada durante meses enteros buscando el lugar ya designado por la memoria de la especie. Me pregunto qué los mueve, de qué tipo de recuerdos son capaces como para recobrar efectivamente lo que el tiempo ha borrado. Pero más me gusta imaginar animales que equivocan el camino. Un perro que vuelve pero al hogar equivocado; salmones que se pierden en las derivas de la corriente y en alguna bifurcación del río terminan en cualquier parte; elefantes que erraron la dirección y se mueren en el camino hacia ningún lado. Esos son mis animales sagrados. Comprenden, saben algo que al resto se les escapa. Me pregunto si alguno de esos animales es capaz de recordar cosas que no ocurrieron. ¿Puede un perro, por ejemplo, o un elefante quizás, recordar el pasado de otro perro, de otro elefante?

Lo mismo me pregunto con respecto a los hombres. Sé que a los sueños se les da el beneficio de una movilidad que a los recuerdos se les niega: un hombre cualquiera sueña con rinocerontes violetas atravesando una galaxia anaranjada y no le molesta que otro hombre sueñe lo mismo; se asombra de la coincidencia, piensa en lo extraño de la situación pero no pretende propiedad alguna sobre lo que soñó. No sucede lo mismo con los recuerdos; todo lo contrario, son reducidos a mero índice de identidad, propiedad privada y excluyente. Pero los recuerdos están hechos de la misma materia que los sueños y entonces se van, se deslizan, se mueven, viajan nómades a través del tiempo y el espacio. La única diferencia es que los recuerdos a veces están hechos de lo que antes fueron percepciones de alguien, pero una vez que se constituyen ya no son de nadie, cobran vida propia, se marchan, remontan vuelo y acaso los volvemos a encontrar en otra

persona que no somos, en animales que recuerdan por nosotros, en espacios, lugares y cosas que les dan cobijo. A veces caen en uno, a veces en otro y otras tantas se mueven a tal velocidad que parecen convivir simultáneos en sujetos diferentes. Pero más allá del hombre y de toda jaula mental, se encuentran entre sí, arman bandas, entran en guerra y se alimentan comiéndose unos a otros, o se mezclan, hacen el amor y crecen armando conjuntos mayores —países, continentes y constelaciones. Se podría armar una geografía de los recuerdos, incluso un mapa de sus desplazamientos y viajes, y tendríamos así una ontología completa de los recuerdos que nadie podría reducir a ninguna psicología ni antropologizar lo que no es debido. Pero si se trata de entidades móviles que se desplazan de un hombre hacia otro sin importar quién, ni quedarse en ellos más que unos segundos, ¿por qué negarnos la posibilidad de tener recuerdos que no sean los nuestros? Se lo permitimos a los sueños, les damos la autonomía como para mostrarse como alucinaciones en la mente de uno o de otro cualquiera; pero con los recuerdos nos comportamos como policías que responden a un tribunal paranoico. El problema para todos los jueces y fiscales de la identidad es que sucede todo el tiempo, no hay una sola persona que no tenga recuerdos de lo que nunca vivió, de lo que ni siquiera existió.

Por mi parte, desde muy chico fui visitado por distintos tipos de recuerdos-constelaciones. Si bien duraban el tiempo de una mera interferencia mental, podía en el momento de su emergencia tomar registro de cada imagen como si se tratara de fotos que tuviera entre mis manos. Puedo hablar de montañas que nunca escalé, mares a los que jamás fui convocado, ciudades y barrios y avenidas y calles por las que nunca anduve; pero sobre todo personas de las que no tenía la menor idea quiénes eran pero que se me presentaban con una familiaridad insólita. Con Emilia fue distinto. Llegó a mí como un rayo en medio de la noche, trayéndolo todo consigo, no solo la narración de quién había sido sino también la vivencia de cada instante que le había tocado vivir. Nunca la había visto ni había escuchado hablar de ella, sin embargo, de un instante a otro, sentí el golpe eléctrico en el fondo de mi cerebro esparciéndose por la nervadura de mi cuerpo y supe de su vida más que de la mía. Estaba trabajando, teniendo relaciones con cierto cliente —el llamado Roberto Fernandez Sein— con el que no había estado más de dos o tres veces. De pronto sentí su presencia en la punta de la verga, en los pelitos de los brazos, en la tensión de mis manos y supe entonces que no estaba solo, Emilia estaba conmigo, en mí, vociferando en mi cráneo, aterrada de ser ella misma la que estaba horadando la humanidad de aquel otro que se suponía su novio de verdad y mientras daba empellones contra aquellas nalgas no solo escuchaba su voz de animal agónico jadeando

dentro mío, sino que también me transformaba en espectador de la vorágine de su memoria.

Acabé pronto y con ello Emilia misma, su voz, su calor, se fueron perdiendo en un aturdimiento general, pero el escozor de ver el mundo desde su perspectiva, ver el mundo desde el Mundo-Emilia, no se fue. Tuve miedo, quedé paralizado, no supe qué hacer más que dejar a mi cliente tirado en la cama, ponerme la ropa y —sin esperar que me pagara por la noche que le había dado— salir corriendo como un animal asustado como si en verdad estuviera escapando de Emilia en mi cabeza.

La prontitud fue inútil, ella se había instalado en mi existencia con tal intensidad que desde entonces no pude ni supe cómo diferenciar sus recuerdos de los míos. Con aquellas vivencias impropias pero definitivas, me destiné a escribirlas tal cual se fueron presentando. A partir de los apuntes que cada noche tomaba, intenté darles algún orden en esto mismo que vengo contando: la vida de Emilia como poeta, su noviazgo con Roby, Bakunin y la revelación de las fuerzas oscuras del África inmemorial, las maratones trasnochadas por los bajos fondos de La Matanza, el Sida escarbando en sus células, un batallón de sidosos entregados a una guerra santa de poesía y aniquilación atrincherados en su casa de Cañuelas, Yaro Jasir y la putrefacción del mundo, las pastillas de Misoprostol, el viaje del Virus arrastrándola por las series infinitas de la vida y la muerte, y finalmente su descenso equívoco para hacerse una con mi memoria y mi existencia.

Cuando terminé de escribir mi pequeño texto —al que titulé *El Jet Lag de un largo viaje alrededor de la Tierra*— toqué el fondo del agujero y mi conexión con Emilia encontró su final. Sin embargo, los restos de su pasado permanecían pegoteados en la letrina de mi hipotálamo. Para recuperar alguna higiene mental necesitaba encontrarla y explicarle qué estaba sucediendo entre nosotros, en todo caso, preguntarle si le había ocurrido lo mismo, ¿podía ella recordar mi pasado del mismo modo que yo recordaba el suyo? Seguí el trazo de un mapa deshecho. Busqué la casa-quinta en Cañuelas. No la encontré. Fui a la Facultad de Filosofía y Letras, participé de algunas clases, entré en contactos con distintas agrupaciones, pregunté a unos y a otros, pero no hicieron más que sonreírme cándidamente. Tomé coraje para enfrentar el único contacto que me unía con Emilia. Visité el departamento de Roby. Me atendió la madre en la puerta del edificio. Me enteré que Emilia y Roby se habían casado hacía unos días atrás y en ese momento estaban de luna de miel en Brasil. Le dejé mi teléfono, le pedí el favor de dárselo a su hijo para que me llamara apenas regresara del viaje.

Demasiado pronto se levantaron los muros del fracaso delante de

la carrera loca de mis fantasías. La noticia de su casamiento trazó los límites de un territorio al que ya no podía acceder. Emilia tenía una vida propia en la que yo no existía sino bajo el anonimato general del conjunto de todos los desconocidos que no tenían más valor en su economía anímica que la del destino de las colillas en el cenicero del fumador empedernido. Sin embargo, podía identificar la distinción y la batalla entre dos Emilia: una, la extraña, imposible, ajena y tan efectiva como la rama del árbol para el pájaro que ha devorado kilómetros en busca de un descanso; otra, la imaginaria, virtual, ficticia, aquella que respiraba en mis sueños y se alimentaba con la baba infecciosa de mis neuronas, y a la vez tan real como la primera, tan real como quien sueña que se quema y mientras sueña no duda que se está quemando.

Si renunciar a la Emilia efectiva era un modo amable de evitar el desvarío, mi vida con la otra Emilia, aquella que vivía en mí, era un destino al que no podía renunciar porque, en todo caso, aun asumiendo el abismo de la otredad que nos distanciaba y el estatuto mísero de mi porfía, los interrogantes se sostenían límpidos como el estandarte de una guerra que todavía no había comenzado: ¿cómo surgieron sus recuerdos en mi memoria?, ¿de dónde la sensación irrevocable de llevarla conmigo en el fondo de mis entrañas, en la punta de mis pezones, en el código secreto de mis células?

Un día encontré la respuesta —y era tan simple, tan fácil y evidente que no sé cómo no lo había descubierto desde el primer momento. Siguiendo un protocolo general y autoimpuesto, me hice el examen trimestral de HIV: el declive del terreno me había llevado cuesta abajo hacia el destino que debía encarnar —chongo barato de la clientela de los desesperados—, y rodando y rodando me di de lleno la cabeza contra la piedra del Sida. Con ello, cierta hipótesis resplandeció obstinada en la noche de mis incertezas. Siendo uno y muchos a la vez, si el Virus viaja de un lado a otro y sin embargo está siempre en el lugar desde donde ha partido, entonces, por derivación lógica, algo de todos aquellos que murieron en la pequeña historia de devastación general que había dejado en su camino, debía sobrevivir en la trama somática de mi existencia.

Acaso de eso mismo se trataban las mutaciones del Sida de las que por entonces tanto se hablaba y nadie explicaba: quizás era el Virus el que arrastraba consigo la carga genética del agente emisor y las traspasaba al receptor de tal modo que los recuerdos y los sueños del primero se mezclaban y superponían en el ADN del segundo. Y si esto era cierto, cómo no concluir entonces que Emilia, el Mundo-Emilia, su pasado y sus secretos, habitaban mi sangre, mis células, el forro interno de mis neuronas: ¿no era, justamente, el Virus el que me la había traído, arrastrando consigo sensaciones, recuerdos, vivencias,

la memoria completa de mi chica galáctica?

En contacto directo con el Sida, entré en un impasse de goce y un tiempo de espera mesiánica.

A esa altura, mis únicos compañeros de vida eran el Sida y mi madre. Al primero le rendía sacrificios secretos, con la segunda charlábamos acerca de las interferencias cósmicas, las visitas del Virus, los recuerdos de Emilia en mí, la mujer imposible en mi cabeza. Sabiendo que le usaba el maquillaje y los vestiditos como un modo de encarnarla, en el marco del progresismo liberal al que aspiraba, no dejaba de repetir como un mantra el imperativo sanguinario: "Tenés que ser lo que vos quieras ser y si querés ser una chica entonces serás una chica".

—Pero yo no quiero ser una chica, yo quiero ser Emilia.

—¿Y quién es Emilia?

¡¡¡Qué difícil explicarle a esa mujer quién era Emilia!!! ¿Pero qué podía importar lo que ella comprendiera? Se sabe: el mejor amante de las mujeres grandes y solas es la compasión por sus hijos. Ella necesitaba una épica con la que justificar su existencia sacrificándola por un hijo al que la vida no había dotado. Su hijo necesitaba un mecenas que costeara sus inquietudes poético-espirituales. Así comenzó mi carrera de vidente auspiciada por la monotributista de mi madre. De origen obrero, estudios primarios incompletos, había logrado tener su propio negocio de regalería —se la pasaba encerrada en el local desde las nueve de la mañana hasta las ocho de la noche y me dejaba solo en la casa para desarrollar mis poderes psíquicos. Muchas veces durante aquella época recibí las visitas del Virus, volví a tomar contacto —siempre intermitente— con Emilia y también fueron surgiendo otras voces —todas desconocidas—, pero no estaba preparado para ese destino.

Hice lo que pude, las cosas no salieron del todo bien: había nacido para santo o poeta, terminé siendo un pajero compulsivo. No le echo la culpa, pero facilitarme estar tirado en el sillón todo el día esperando que surgiera el poema o me llegara la invitación de fundirme en comunidad mística con Emilia o con las otras voces, era una apuesta en la que también podíamos perder. Demasiada responsabilidad: salvarle la vida y redimir sus ensoñaciones de obrerita devenida autónoma, transformándome en poeta-santo era mucho para mí.

¿Creía en serio que su hijo era algún tipo de divinidad que había venido a la tierra para cumplir un destino de redención universal? ¿Creía de verdad que las aspiraciones místico-poéticas de su hijo

justificarían el sacrificio burgués de una vida abnegada y estropeada en el matadero cotidiano del trabajo y las deudas? Las tentaciones en el desierto se me volvieron llamado e interpelación: tenía para mí solito la tele con cuatrocientos canales y el paquetito extra de las emisiones porno pagadas con su tarjeta de crédito. Resultado: paja y paja toda la tarde, bajándome de paso las botellitas de coñac, licor, whisky y demás facilitadores, que ella guardaba e incluso coleccionaba en el aparador del comedor.

En fin, mi madre lo era todo, pero mi madre se murió. Demasiado pronto, demasiado rápido fue todo: comenzó con una tosecita de nada, visitó a su homeópata de cabecera, intensificó sus cesiones de reiki, tomó sus gotitas de flores de Bach y a las tres semanas se murió de un hermoso cáncer que había hecho metástasis en sus pulmones, su páncreas y su hígado. Encontró su tan anhelada serenidad espiritual: el punto inmóvil y fijo en el que el corazón se detiene y así se hizo una con la armonía cósmica, es decir, se hizo mierda la existencia y se le deshizo el cuerpo en un millón de gusanos que no supimos como volver a juntar.

Aquello fue el fin para ella y el comienzo para mí.

No me dejó solo, me dejó a merced de mi hermano. Mientras estaba internada le firmó un papelito cediéndole los derechos sobre sus propiedades —la casa, el negocio, un auto. La excusa era no perder el tiempo con la división de bienes heredados y omitir el temita de los impuestos.

Resistí lo que pude para quedarme en aquella casa, resistí con las fuerzas que la vida me había negado, pero después de un tiempo, cuando se presentaron las fuerzas policiales con una orden firmada por una fiscalía de la nación, ya no pude hacer nada más que berrinches histéricos que no impidieron el desalojo. Legalmente mi hermano era el dueño y no había mucho más por hacer.

Me quedé en la calle, con lo que tenía puesto. Terminé en la pocilga de un hotelucho con baño compartido, rodeado de nigerianos, bolivianos, peruanos, dos travestis dominicanas, un yiro entrada en años que me miraba como si alguien mirara por ella, un *dealer* rodeado siempre de pendejos buscando cómo llegar a Marte por teletransportación molecular. ¿Mi horizonte de vida? Ningún horizonte de nada, dedicado de lleno a mi oficio de Puto de Ocasión solo pensaba en la próxima pija a la que sacarle la leche para pagar con ello mi estadía en el inframundo.

Lo cierto es que encerrado en mi habitación del horror antropológico, pensaba en el Virus y no dejaba de recordar a mi madre. También me pasaba al revés, recordaba a mi madre y no dejaba de pensar en el Virus. Este había nacido en mí cuando la otra empezaba a morir, y así uno y otro, Virus y Madre, se habían vuelto

inseparables.

Pero más allá de esto, la conexión tenía una explicación menos emotiva, en todo caso, a la hora de pensar la naturaleza del virus, las ideas de mi madre resultaban un legado intelectual irrenunciable. No se sí tenía alguna base científica pero mi madre creía que cuando una persona tenía cáncer o diabetes o pancreatitis o lo que fuere, en verdad, estaba pagando o purificando sus deudas espirituales, en este sentido, las enfermedades eran para ella una bendición del Espíritu Santo que nos da la oportunidad de sanar nuestras almas por medio del sufrimiento físico.

A la frialdad agnóstica de su organismo le importó muy poco sus horas de meditación, sus charlas con los ángeles, los cánticos orientales, el reiki, ni las regresiones a vidas pasadas. A las ganas de comerse a sí mismo, transformando su sistema inmunológico en una guerra de todos contra todos, no lo iba a detener invocando a Sai Baba, a Osho ni al mismísimo Krishna. Como ya dije, no hubo modo de levantar los pedacitos en los que se rompió, ni lavandina que quitara el olor a putrefacción que sus células vencidas habían dejado en el aire, sin embargo, más allá del inconveniente de haberse muerto, de algún modo la aberración argumental que tanto le costaría, tocaba un punto cierto: si no el cáncer, ni la hepatitis C ni una diabetes irremontable; el Sida sí es una cuestión espiritual. Doy fe de ello y acaso el tan esperado encuentro con la Emilia real y efectiva se propusiera si no como prueba al menos sí como indicio.

Cuando su rastro ya se había perdido como un dibujo en la arena que el océano materno había borrado, Roby volvió a llamarme. Me preguntó si todavía trabajaba como acompañante sexual. Aquello me desconcertó, solo una persona como Roby podía usar la denominación “acompañante sexual”. Tampoco me esperaba la propuesta de realizar una “experiencia”, así la llamó, “una experiencia con su mujer”. Se trataba de estar presente mientras ella y yo manteníamos relaciones sexuales. El corazón me latía a doscientos kilómetros por segundo. Aquella era mi única oportunidad de conocerla cara a cara.

Solo para sostener la compostura, le dije que podía trabajar sin preservativo pero le iba a salir más caro. Respondió que por eso me llamaba a mí y no a algunos de los tantos que también ofrecían sus servicios. Me aclaró ciertas limitaciones que debía tener en cuenta pero que tampoco era necesario explicitar, acordamos el dinero por el servicio y el lugar donde nos encontraríamos.

Se trataba de un hotel frente al puerto de Olivos que segregaba por cada uno de sus poros grasa y pus de un lujo chabacano. Pasé por el hall y ante la venia del recepcionista que acaso reconoció en mis movimientos qué era lo que había ido a hacer a aquel lugar, seguramente informado por Roby, no necesité ni siquiera registrarme.

Tomé el ascensor hacia el quinto piso, caminé sobre la alfombra roja de un pasillo decorado con espejos y cuadros incomprensibles y golpeé la puerta de la habitación 516.

Me recibió Roby. No intercambiamos más que una mirada de soslayo, me señaló el dormitorio levantando el brazo izquierdo y haciéndose a un lado me invitó a pasar. El cuarto acumulaba una oscuridad espesa. Me tomó algunos segundos orientarme en el lugar e identificar dónde estaba la cama, las mesas de luz, el sillón junto a la puerta del baño. Si habían pensado la oscuridad del cuarto como un manto de eroticidad que pudiera darle alguna épica, se transformó rápidamente en un obstáculo insalvable.

Emilia me esperaba de pie, apoyada contra la pared, pero de mi mujer imposible solo descifré con los dedos el conjunto de lencería, las medias de red y con las puntas de mis pies sus zapatos de tacos altos. Su rostro parecía empecinado en jugar al misterio y suspender cualquier revelación. Acaso por ello, al menos durante esos primeros instantes fue el olor que su cuerpo exhalaba lo que me golpeó hasta lo más profundo de mis células. Un olor pestilente, un hedor a cosa muerta que cada milímetro de su cuerpo exhumaba, me obligaron a retroceder. Pensé que acaso sufría de halitosis. Respiré hondo, contuve el aire y avancé con mi tarea. El olor vibraba en la nervadura de mi ser y me dejaba temblando. Era tan fuerte que no lograba distinguir si se trataba de un olor cierto o acaso un hedor metafísico que no emanaba de su cuerpo sino del alma de esa mujer.

Solo cuando Roby ingresó al cuarto, se sentó en el sillón y encendió la luz azulada de la lámpara mortecina, el olor se atenuó. Pensé que finalmente podría ver su rostro, pero cuando esa fatigada luminosidad nos envolvió ya estábamos enredados entre las sábanas, por lo que el rostro de Emilia se mantuvo empecinado en sostener su condición fantasmal. Entonces sus manos recorrieron la meseta áspera de mi cuero, su boca succionó montoncitos de piel que plegaba en su lengua, nuestros cuerpos ensayaron en caída libre su propio desfondamiento y mientras un chirrido de máquina estropeada hacía de banda de sonido de la película proyectada en la pantalla de mi cerebro las imágenes colapsaban sin dueño, los rostros y paisajes se hacían y deshacían en un instante menor al intervalo entre dos instantes, y a la vez se sostenían lo suficiente ante mis ojos como para saber que estaba viviendo lo que no era mío.

De pronto su rostro se iluminó en mi memoria, el rostro que todavía no había visto obsesionado en esconderse detrás de los velos de la oscuridad, ahora claro y definido volvía a hacerse en mi alma fotograma y recuerdo. Su cuerpo latiendo bajo mis dedos me donaba la imagen como si hubiese estado presente en mí desde toda la vida y con su rostro tardes compartidas en el balcón de la casa paterna,

paseos por un bosque atravesado por rayos solares y la bruma opaca de fin del mundo, el cadáver de su padre consumido por un tumor en los pulmones que le daba ese tono oscuro a las facciones que ni el maquillaje de los empleados de la casa funeraria habían podido ocultar, su risa de divinidades que habían aprendido el juego de la inocencia trágica, el peso de su cuerpo dejándose hacer por el agua clara de un lago que la mecía con olitas pobres y tibias, una vez la luna redonda y blanquísima en sus ojos oscuros y un perfume de tormenta oceánica y barquito a la deriva vinieron a mí llevándome hacia donde ya no me encontraba por ninguna parte, y entre aquellos recuerdos uno en especial, uno que se sostenía con el resplandor raro de las cosas que nunca terminan de irse: el cuerpo de su madre colgado de una soga en el comedor de su casa, moviéndose de derecha a izquierda y de izquierda a derecha empujado por el viento intruso que se colaba por la ventana abierta, pudriéndose en aquella casa y emanando el olor a cebolla podrida que Emilia ya no podría sacarse de encima, ese mismo olor a cadáver descompuesto de una madre suicida que emergía desde el fondo de cada una de los poros de su cuerpo caliente dejándose hacer por mis manos fuertes enredados en las sábanas de la cama de la habitación de aquel hotel.

No estaba haciendo el amor con Emilia sino con el mundo que definía el nombre. De ese mundo surgían las interferencias mentales, constelaciones de recuerdos nómades, imágenes como volátiles animales autónomos en su viaje sin dirección que entonces volvían a mí en la forma del desastre.

Se trataba sí de la misma conexión espiritual que ya antes, cuando aún ni siquiera la conocía, había enlazado sus recuerdos con los míos de tal modo que perdía orientación y posibilidad de definir quién era quién, de qué lado del umbral de las individuaciones se encontraba cada uno. Sentí el golpe eléctrico en el fondo de mi cerebro esparciéndose por la nervadura de mi cuerpo, su presencia en la punta de la verga, en los pelitos de los brazos, en la tensión de mis manos, y supe que Emilia estaba conmigo, en mí, vociferando en mi cráneo, y mientras daba empellones contra sus nalgas no solo escuchaba su voz de animal agónico jadeando dentro mío, sino que también me transformaba en espectador de la vorágine de su memoria. Le estaba haciendo el amor a sus recuerdos y con ello los estaba haciendo míos; suyas eran esas imágenes, esos recuerdos —el bosque, cierta tarde en un lago, el cadáver de su padre en el cajón fúnebre, el cuerpo de su madre suicida colgando en el centro del comedor de su casa, el perfume a carne pútrida que venía a definir desde entonces toda su existencia. Mi lugar era solo el del contemplador extraño, pero entonces las imágenes también fueron mías, aquello había ocurrido en mi cuerpo, ya era parte de mi

existencia y memoria.

Me ocurrió entonces lo que nunca me había pasado en mi carrera profesional dedicada al show cruel de la desaprensión y el exceso reglado: me dejé hacer y llevar por lo que se nos iba dando hasta ocupar yo el lugar de la entrega amorosa. Emilia miró a Roby masturbándose sobre el sillón junto a la lámpara mortecina, Roby miró a Emilia y como si hubiera recibido una orden ya acordada, Emilia detuvo todo movimiento, se levantó de la cama, metió las piernas entre las tiras del cinturón de cuero donde enfundó un dildo. Siguiendo la misma secuencia, Roby se desnudó y deslizó entre las sábanas para entregarse fácil a mis empellones. Dos o tres minutos después Emilia penetró con empeño mi cuerpo manso y reblandecido, y fue entonces que sus recuerdos en mí fueron tomando la forma de un espiral móvil y acelerado que girando en el vacío se fueron perdiendo en un caleidoscopio acelerado donde todo tendía a un caos incomprensible. Acabamos exhaustos, sudados entre las sábanas como si un vendaval caliente hubiera arrasado con todo recoveco y refugio para entregarnos al desierto orgánico de la vida desnuda.

Miré a Emilia tumbada en la cama junto a mí, sus ojos negros siguiendo las vueltas cansadas del ventilador del techo. ¿Le había pasado lo mismo que a mí?, ¿había sido ella también capaz de albergar mis recuerdos como si fueran los suyos?

Roby se levantó, miró la hora en el reloj digital de la mesita de luz, sin decir palabra se encaminó hacia el baño y desde la cama escuché el repiqueteo masivo del agua de la ducha cayendo sobre su cuerpo. Emilia lo siguió, yo me quedé solo tendido entre las sábanas. Su voz, su calor, se perdieron en un aturdimiento general, pero el escozor de ver el mundo desde su perspectiva, ver el mundo desde el Mundo-Emilia, no se fue. Tuve miedo, quedé paralizado, ella se había instalado en mi existencia con tal intensidad que sabía que desde entonces no podría, no sabría cómo diferenciar sus recuerdos de los míos. ¿La amaba?, ¿podía amar a una mujer con la que no había pasado más que algunos minutos y con la que solo me había unido una relación comercial?

¿Alcanzaba mi hipótesis provisoria acerca del Virus y sus mutaciones para explicar por qué sus recuerdos en mí, por qué la intensidad cruel con la que se me daba la experiencia de llevar el mundo de Emilia —su pasado, sus vivencias, su vida espiritual— dentro mío como si fueran parte de mi ser, como si de mis huesos y mi sangre y cada una de mis células estuviera hablando?

Salió del baño con una toalla atada por encima de sus pechos, el pelo mojado y unas gotas trazando caminitos en su cuello y sus hombros. Miró el reloj y me pidió que me vistiera porque ya se les había hecho tarde. Un frío oscuro me devolvió a lo que de fondo no

había dejado de ser: su prostituto de ocasión.

Dejó un manojo de billetes tirados sobre la mesa de luz que tenía a mi lado. Se puso una pollera, una camisa y los zapatos, dándome la espalda mientras miraba entre las ranuras de la persiana la calle, los autos, las flores del balcón del departamento de enfrente. Volvió a insistir con la necesidad de que me apurara. Me vestí lo más rápido que pude no sin la sensación humillante de dejarme hacer por el amor en el mismo momento en que me estaban echando.

Vino a mí la tentación de contarle lo que me había pasado, relatarle nuestro encuentro espiritual, sus recuerdos dibujando espirales en mi alma, las imágenes a las que acaso ni ella misma tuviera acceso directo, las intensidades que me había hecho vivir, pero el desdén con el que me trataba para sacarse de encima al prostituto enamorado se clavaba en mi pecho y era como si me tomara de la garganta para que allí todas las palabras se detuvieran atoradas. Abrió la puerta y me echó con la amabilidad afectada de un sepulturero apurado.

Acaso esa noche soñé con ella. No puedo asegurarlo, sin embargo, de lo que tengo certeza es del olor pestilente con el que desperté.

Pensando en todo lo que sucedió inmediatamente después, me pregunto ahora si acaso los recuerdos no son en verdad sustancias odoríficas. No me refiero a la simplicidad de que los olores sean estímulos para el recuerdo, sino que los recuerdos estén compuestos de olores o sean en sí mismo olores.

Si esto fuera así, entonces no se tratarían de meras emanaciones volátiles de ciertos cuerpos sino que ellos mismos son recuerdos incomprendidos, fulguraciones del pasado que persisten en el mundo aferrados como parásitos a la epidermis de cualquier organismo. Acaso sean los recuerdos los que tengan olor y entonces habría recuerdos perfumados, recuerdos-fragancias, recuerdos-pestilentes y quizás sea el olvido la ausencia de todo olor y por ello uno se olvida de las cosas, porque son las cosas mismas las que pierden su olor y así se condenan a existir sin que nadie tenga registro de haberlas conocido. A veces, yo mismo me siento un ente inodoro, alguien condenado al olvido por el simple hecho de no haber sabido ganarme mi propio olor. En todo caso, los recuerdos no dependen de la memoria sino del olfato. No recuerda quien busca en su memoria el pasado sino aquel que sabe oler el cuerpo inmaterial de los recuerdos que viven en el presente y nos rodean y envuelven todo el tiempo.

Desperté y todo en derredor olía a animal muerto. Pensé, y no sé por qué, en un pollo, un bife o un guiso que olvidado fuera de la heladera hubiera ganado la tonalidad verde de la descomposición.

Busqué en la heladera y en el baño de mi cuarto de hotel, salí al pasillo y me detuve junto a las puertas de las otras habitaciones, y así anduve de un lado al otro obsesionado con aquel hedor mortuorio hasta que me convencí que no había nada en derredor digno de aquel desastre perceptivo. Ya encerrado en mi habitación comprobé que eran una y cada una de las células de mi cuerpo las que se destinaban al desvarío. Me bañé y me cepillé con furor extremo, volqué sobre mi pecho y mi espalda casi un frasco entero de perfume y finalicé mi performance higiénica con unas gotitas de lavandina en las muñecas, en mi cuello y detrás de las orejas, sin embargo, no tardé en comprender que aquello que había comenzado a pudrirse dentro mío, no era de este mundo, en todo caso, aquel olor pútrido definía en sí mismo el mundo llamado Emilia.

Estoy hablando, claro está, del olor que la noche anterior había confundido con un problema de halitosis. No tenía dudas de que el hedor putrefacto que me había visitado era el recuerdo de Emilia, no un recuerdo cualquiera sino el del olor del cadáver de su madre. Esto lo supe de inmediato, como si un rayo de clarividencia me abriera el cráneo en dos mitades. Pero aquella vivencia no terminó allí. Mis ojos se habían colgado del techo y en ese pozo del tiempo muerto descubrí que la montaña pestilente de aquel recuerdo ofrecía ciertos recovecos en los que penetré con pasos temerosos por el túnel de una cueva y luego otra para encontrarme de pronto con la imagen y la narración.

¿Existen imágenes de los olores, se pueden ver los olores? No lo sé, pero entonces me encontraba frente al paisaje límpido de la memoria de Emilia y con ello ante la fuente misma de donde había nacido aquel olor pútrido: estaba yo, es decir Emilia, en la casa donde había nacido y transcurrido su infancia; de inmediato me reconocí parado junto a la puerta del comedor y allí vi por encima de la mesa ratona que ocupaba el centro del lugar, el cadáver de su madre colgando de una cuerda que había atado a su cuello de la viga de madera que atravesaba el techo. Emilia debía tener unos diez años y la certeza de que su madre se había matado por su culpa. La noche anterior habían discutido; su madre se había mostrado tan violenta como nunca antes la había visto, y todo porque Emilia se negaba a comer lo que ella le había preparado. La tomó del cuello y obligó a abrir la boca para meter dentro una cucharada de sopa. Emilia se resistió con la histeria de un llanto desmesurado y entonces llegó el cachetazo y ese segundo posterior colmado de un silencio mortuorio. “Ojalá te mueras”, dijo Emilia. “Debías haberte muerto vos y no papá”, agregó. Acaso sus palabras tuvieron el poder de volverse acto, quizás la madre comprendió el deseo de su hija como un imperativo que ponía en juego lo que de dignidad le quedaba, lo cierto es que unas horas más tarde, al despertar el nuevo día la encontró colgada en

el comedor de la casa. Sin saber qué hacer —¿qué otra cosa se puede hacer frente al cadáver de nuestra madre suicida sino justamente no saber qué hacer?—, se marchó al colegio. Pasó todo el tiempo en el aula devanándose el cerebro ante el cuadro con el que se encontraría al regresar. Se sentía responsable por la muerte de su madre, de algún modo ella misma la había matado con las palabras que le había dirigido. Tenía miedo de lo que iba a venir y sus pensamientos giraban en derredor del mismo núcleo: ¿qué hacer con el cadáver de su madre? Cobarde como era, no quería volver a su casa y le pidió a una compañera que la invitara a dormir a la suya, así día tras día encontró el modo de suspender el regreso. Una semana después del acontecimiento, no le quedó más remedio que hacerlo. Fue entonces, incluso antes de abrir la puerta de la casa, que se chocó de frente contra el olor infecto del cadáver. Dio unos pasos hacia el comedor y la encontró tal como lo esperaba: una espuma blanca acumulada en su boca, un lento y acaso imperceptible vaivén del cuerpo rígido, los ojos enormes clavados en el fondo oscuro de la pared blanca. Respiró hondo, subió a la mesa ratona y desató la cuerda que rodeaba el cuello de su madre. Retuvo como pudo el cadáver sobre sus brazos ayudándose con su hombro y lo recostó sobre el sillón. Le lavó la cara, quitó la espuma de su boca y unas manchitas rojas que habían quedado pegadas en su cara. Como la remera que llevaba puesta también se había ensuciado, se la quitó y terminó vistiéndola con su mejor vestido, un vestido de seda blanco acampanado con un escote bordado en perlas y brillos que ella se había comprado para ir a una fiesta de gala a la que finalmente no fue. Puso en sus pies los zapatos blancos de taco alto que más le gustaban, maquilló su rostro con polvos y le pintó los labios. La había transformado en la princesa que ella siempre había querido ser. Entonces la princesa dormiría su sueño más largo y también más dulce. ¿Se puso contenta con ello? No lo sabía, sin embargo, parada junto al cadáver, comprendió rápidamente lo que aquello significaba. Significaba que nunca más en la vida podría sacarse de encima el hedor pestilente del cadáver de su madre.

Se trataba de una mezcla rara de pino y cebolla podrida —primero una fragancia fresca de bosques después de una lluvia veraniega, y luego enseguida, apenas el olfato profundizaba en los anillos concéntricos de aquel perfume, se chocaba de frente contra el muro denso del vaho de una bolsa de cebollas podridas. Como a mí mismo me había ocurrido aquella mañana de la que estoy hablando, ese olor se le transformó en una tortura, era como si en realidad Emilia no lo oliera sino que se destinaba a verlo, tocarlo y oírlo tanto como saborearlo en la lengua hasta transformarlo en una pasta gomosa que podía masticar y hacer globos con la boca. Desinfectó los pisos y los muebles, pero la pestilencia persistía en las paredes y en las

cortinas y en una y cada una de las estatuitas, portarretratos, jarrones, cuadros y bomboneras que decoraban las habitaciones de la casa. Así estuvo dos o tres días más, echando lavandina y refregando con cepillos y virulana los pisos y la superficie de cada una de sus cosas. La casa le había quedado impecable, pero por más desodorante de ambiente que gastara e inciensos que prendiera, el vaho pestilente seguía impregnando el aire. Entonces comprendió que el olor de su madre, pero no solo el olor de su cadáver, sino su olor metafísico, su hedor ontológico, esa mezcla rara de cebolla podrida y pinos de un bosque incierto, se había vuelto mundo, el aire mismo que cada día tendría que respirar.

Desde entonces no pudo separar el recuerdo de su madre de aquel olor, ni dejar de preguntarse si en verdad ese olor no era anterior al de su muerte. ¿No había sido desde siempre ese hedor a cebolla podrida que ella pretendía disimular bañándose en perfumes y colonias con fragancias distintas —pino, lavanda, jazmín— el que definía la vida de su madre? Emilia dudaba sobre la cuestión pero también sabía que cada vez que volvía a su casa, media cuadra antes ya sentía su hedor nauseabundo. Sus amigas del barrio también lo olían, aunque no supieran de su madre y creyeran que se trataba del olor del plástico quemado de una de las fábricas del barrio cuando no de algún perro muerto en las cercanías. Nunca hablaba al respecto y las dejaba volar con sus ideas acerca del origen de aquel olor y hasta les daba la razón: su madre no podía oler tan mal, seguramente era la fábrica de plástico, acaso un animal muerto en la ruta cercana. Sin embargo, al abrir la puerta de su casa no tenía la menor duda, su pestilencia penetraba hasta el fondo de su nariz inflándole los pulmones y Emilia solo atinaba a decir: “esa es mi madre”.

Así, pensando en ello, Emilia asumió que existen olores que se imponen a nuestro sistema nervioso con la fuerza de la electricidad y los vientos oceánicos, sin ser, propiamente dicho, olores en cuanto tal, sino olores metafísicos, hedores del ser, que por más ímpetu de limpieza y esterilización jamás podremos borrar. Sabía que su madre tenía aquel olor tan íntimo como particular, pero no lo tenía como se tiene un auto, un anillo o un zapato, sino como se tienen los huesos y los ojos y la lengua. Yo mismo ahora me pregunto si acaso no existe un olor particular para cada ser humano, una determinada fetidez que sea marca de una identidad personal y nos sobreviviera después de muertos. Acaso el alma sea una fragancia, un perfume, a veces —como en el caso de la madre de Emilia— un tufo hediondo que invade el cerebro de los herederos y no los deja vivir en paz. Me pregunto incluso cuál será mi propio olor metafísico, ¿habrá un Olor-Pablo, un Olor-Juan, otro Olor-María, y un Olor-Carolina?, ¿existirán olores aun cuando ya nadie los huela?, ¿se juntarán los olores de diferentes

personas, más allá de cada uno, para formar entre sí un nuevo olor, una nueva singularidad, una nueva vida?, y si esto es así, si los olores son capaces de sostener una vida propia, digamos, una vida autónoma capaz de reunirse con otros olores y con ello formar una constelación nunca antes olida, ¿no será entonces que los olores existen antes que las personas, y solo porque deciden —o les sucede— encarnar en este o aquel hombre, solo por ello, estos existen como tales? ¿A qué olía mi infancia, qué guerras, qué nuevos encuentros y desencuentros han borrado aquella esencia?, ¿de qué nuevos aromas somos capaces?

Puedo atisbar ciertas respuestas, pero ninguna de ellas se atreve a las certezas. A Emilia el olor metafísico de su madre le había sido revelado por su cadáver, pero a la vez recordando un poco su vida, llegó a la conclusión que ese olor trascendía su cadáver y había definido su existencia. Su temor más cruel era que si los olores tenían vida propia y encarnaban en determinados sujetos y pueblos enteros para donarles una singularidad propia, entonces, acaso, el olor pútrido que definía la vida de su madre era el olor que desde entonces la misma Emilia estaba condenada a expeler. Podía un millón de veces lavar y refregarse el cuerpo con lavandina, desinfectante y otros líquidos en pos de eliminar los restos maternos en ella, pero esa pestilencia debía perseguirla a todas partes como si se le hubiera pegoteado o prendido en la piel con la fuerza y el hambre de las chinches o las garrapatas. De algún modo debía asumirlo, acaso ella misma sabía que desde el momento en que falleció su madre había perdido su olor más íntimo y se había vuelto una muerta en vida. Poseída por un hedor metafísico que no le era propio, sobrevivía oliendo a su madre.

Todos de algún modo olemos a los recuerdos que somos capaces de cobijar, pero entonces, aquella mañana al despertar sacudido hasta el fondo de la nervadura de mi ser por sus recuerdos en mí, era yo el que encarnaba ese hedor. Sé de recuerdos con olor a lavandina, recuerdos con olor a océano, recuerdos con olor a campo, y también sé que existen personas que huelen a lavandina, océano y campo porque eso es lo que sus recuerdos emanan, pero también existen recuerdos que se pudren y entonces producen el olor cadavérico que aquella mañana me perseguía. Me sentí apabullado, ya no se trataban solo de los recuerdos que ella misma me había legado en custodia sino también los de su madre. Uno de los dos era el intruso en la intimidad del otro. Emilia se había inmiscuido en mis recovecos más íntimos, pero yo le había hurtado sus recuerdos. ¿Dónde estaba mientras Emilia reproducía sus recuerdos en mí?, ¿desde qué lugar, más allá de mí, contemplaba sus recuerdos? ¿Y ella…, dónde estaba ella mientras su memoria, su vida mental, toda su intimidad ocupaban cada recoveco de mi existencia y tomaban posesión de lo que no era suyo?

Ante la sorpresa y para no olvidarme de la cuestión, tomé una hoja y un lápiz dispuesto a escribir lo que me pasaba. Como suele ocurrir cuando uno tiene la idea ya cerrada antes de escribirla, me di cuenta de que no tenía mucho que escribir y las pocas palabras que tracé en el papel me resultaron tan insulsas que parecían traicionar la experiencia que había tenido. Experiencia y narración, ¿qué otro vínculo puede unirlas sino el de la traición?, pero incluso, aun insistiendo hasta el desvarío, si la experiencia que había tenido giraba en derredor de un olor, ¿cómo podía transformar el olor en una narración? Que un olor se transforme en imagen, vaya y pase, que al domino de los olores se acceda entonces a través de los ojos y no del olfato me lo puedo conceder a mí mismo, pero ¿cómo narrar un olor?, no digo contarlo, describirlo, tomarlo como tema de escritura, sino ¿cómo justificar que un olor sea en sí mismo una narración, y a la vez cómo sostener que las narraciones también tengan olores?, y en este último caso, ¿a qué huelen estas mismas palabras que ahora estoy escribiendo?

No lo sé ahora ni lo sabía entonces. Con el lápiz en la mano, sin poder escribir nada, me quedé anulado. Al rato, aburrido de mí mismo, vi que mi mano se había decidido a garabatear tonterías mientras yo perdía el tiempo —círculos concéntricos, mamarrachos, esas cosas. Nunca se me había dado por el dibujo, pero entonces los garabatos en el papel fueron afinando el lápiz, y el lápiz le dio confianza al pulso de mi mano para insistir en una búsqueda que a mí mismo se me escapaba. Sin pasos intermedios, sin otro progreso que mi concentración espiritual en los garabatos, de pronto encontré o me fue revelado el rostro de mi madre —es decir el rostro de la madre de Emilia, el mismo con el que había soñado aquella noche y luego recordado a través de su olor. De los mamarrachos surgió el accidente y del accidente surgieron líneas que se entrelazaron en un conjunto armónico dando lugar a luces y sombras necesarias y a perspectivas exactas que armaron el rostro de aquella mujer. Lo sentí como una epifanía.

El resto de ese día me la pasé dibujando. Los siguientes ensayos no fueron más que la producción consciente de manchas sobre el papel. Las manchas debían transformarse en método. Concentrado en ellas podía pasar horas completas esperando “el accidente” —el punto exacto en el que se revelara el dibujo en la superficie de la mancha. Ilustrar es fácil, ilustrar es nada. No pretendía hacer ilustración sino reconstruir una vida. Si aparecía el accidente en la mancha y me detenía en el accidente, si creía comprender el accidente, habría hecho una vez más ilustración, pues la mancha e incluso el accidente siempre se parecen a algo. Debía entonces tener el coraje de no

pretender comprender sino solo dejar hacer para que la mancha no se pareciera a nada, y con ello la paciencia suficiente para que el accidente se hiciera mundo. Así, en una sola tarde produje más de veinte retratos de la madre de Emilia, siempre en blanco y negro, variando posiciones y ambientes como si fueran fotos mentales de su memoria: la mamá de Emilia y yo tomando un helado en una plaza del centro, cierta noche de navidad brindando solos bajo el ansia de unas estrellas carnívoras, los dos llorando ante la pantalla de un cine en el que creo que estaban dando *El Rey León*, ella acompañándome al colegio, ambos parados junto al féretro donde yacía el cadáver de mi padre —es decir, el padre de Emilia—, incluso la imagen cierta de su palidez resplandeciendo en el cajón mortuorio el día que lo velamos.

Estaba sorprendido de mí mismo. Siempre me había ocurrido que las imágenes de mi pasado se presentaban con el mismo espesor que un dulce de leche licuado, una acuarela estropeada por las lluvias del cielo negro del horror, el cuadro desganado de un pintor post-figurativo. Me pasaba por ejemplo con mi madre, mi verdadera madre. No habían transcurrido más que algún tiempo de su muerte y sentía que ya la había olvidado. Las facciones de su rostro se me escapaban, el color de sus ojos se me había borrado, el tono de su voz había enmudecido y no dejaba de preguntarme ¿cómo había sido mi madre, era su nariz pequeña o gruesa, eran sus labios finos o apabullantes, su tez era morena o pálida? Solo como una intuición general podía arriesgar que había sido rubia, pero en tanto certeza interior no tenía más dato que el de una mancha amarilla que surgía en el fondo negro de mi imaginación cuando cerraba los ojos para rememorarla. Y sin embargo esa vez pude dibujar hasta veinte retratos de la madre de Emilia y en ellos fijar definitivos cada uno de sus detalles —la forma de los labios, la punta de la nariz con un pequeño hueco en la cúspide, las pintitas negras de sus ojos acaramelados, su pelo de mil volteretas, las cejas delineadas en una arco perfecto—.

¿Por qué no podía concentrarme en mi vida? ¿Por qué la imagen de mi madre se me deshacía como arena entre los dedos y a la vez no dejaba de recordar a una desconocida con la que jamás había tenido el menor contacto? Nunca me importó que mis recuerdos fueran mamarrachos trazados por la mano furiosa de un idiota, pero esos garabatos eran míos. Ahora que tenía frente a mí recuerdos tan plenos resultaba que no eran míos sino algo que había robado. Así me sentía, como un ladrón que había hurtado no solo el pasado de otra persona sino el estatuto mismo de lo propio. Lo mío, en todo caso, era el gusto de la pérdida, la imposibilidad de reconocerme sino a través de la memoria de Emilia.

¿Pero cómo podía saber todas esas cosas sobre una extraña? La conclusión de mis devaneos mentales ya era definitiva: el Virus había

hecho de *médium* entre nosotros o nosotros éramos el medio por el que el Virus se desplazaba. Claro está que no tenía más prueba objetiva que haber tenido relaciones sexuales con Emilia y su esposo jugando a la ruleta rusa de la vida y la muerte. Acaso, afirmar que nos habíamos contagiado y que en el punto de encuentro de los flujos corporales, nuestras células y con estas nuestra existencia más íntima, no encontraron el camino de regreso y se perdieron en cualquier parte, se reducía a un mera sospecha. Necesitaba ir más despacio si quería conocer más de la mujer que yo mismo empezaba a ser. No me fue difícil establecer el nombre y el apellido completo de Roberto Ismael Fernandez Sein y a través del nombre recorrer algunas páginas de internet para llegar a Emilia. Google no me dio nada, pero Roberto Fernandez Sein tenía una página de Facebook que si bien inconstante al menos había dejado algún registro de su vida.

Año 2018: cero publicaciones.

Año 2017: basura destinada al olvido, pinturas, cientos de pinturas de distintas exposiciones que al parecer Roby había montado en diferentes museos nacionales.

Año 2016: Emilia, Emilia por todas partes, fotos de Emilia, fotos con Emilia, fotos sin Emilia pero que dejaban adivinar a Emilia, recorriendo diferentes momentos de su vida juntos —unas cuantas posando junto a sus pinturas en un atelier con dimensiones fabriles, otra en una playa de Punta del Este, otra en la tranquera de una casa quinta que debía ser la de Cañuelas.

En la página de Roby, encontré el link que me llevó a la página de Emilia. Sus publicaciones no sumaron demasiado a lo que ya había encontrado husmeando la página de su marido. Sin embargo, en el mes de mayo, el 15 de mayo de 2016, una publicación de Emilia me devolvió lo que estaba buscando como si siendo mío lo hubiera perdido. Se cumplían veinte años de la muerte de su madre y a la buena de Emilia se le ocurrió regalarme una foto en la que ambas se dejaban ver tomadas de la mano mientras que cada una sostenía un helado con la otra. Lo recordé de inmediato, esa misma escena era la que yo había dibujado en uno de los tantos retratos que había hecho. Más allá de las diferencias técnicas entre la fotografía y las dificultades de un dibujante improvisado como yo, se trataba del mismo registro de un único recuerdo: Emilia y su madre tomando un helado en el centro de la ciudad a la salida de un cine donde habían visto *El Rey León*, unos meses antes de que ella decidiera colgarse de la viga del techo del comedor.

Un equilibrio inestable sostenía todavía la relación entre una y otra como una asimetría desesperada: de mi madre me quedaba el nombre, Mónica Saltamontes, solo el nombre como un monolito levantado entre las ruinas de la ciudad del pasado; en cambio, de la

madre de Emilia lo tenía todo, viuda constitutiva de un hombre al que la muerte se lo había llevado demasiado pronto, madre furtiva a la caza de lo único que le daba sentido al hecho de seguir levantándose todos los días —su hija—, suicida promiscua con el buen tino de inocular el virus de la culpa en la entrañas de Emilia como un reaseguro que podía cobrar con la moneda falsa de la eternidad, y sin embargo me faltaba el nombre.

Contraté un gestor, ex policía que según él mismo mantenía contactos con los Servicios de Inteligencia. Una semana después me envió un mail con toda la información sobre Emilia y su madre.

No hay verdadero juego sino aquel en el que se apuesta el cerebro: efectivamente, su madre se había suicidado colgándose de la viga del comedor de su casa cuando Emilia apenas tenía diez años. Según el informe de los peritos forenses, encontraron el cadáver cinco días después de su fallecimiento. El ciclo de putrefacción se encontraba en una fase avanzada. Su nombre completo: Miriam Azucena Flores de García Ding.

IV. UNA PELÍCULA DE AMOR TROTSKISTA

Josefina Remdul era trotskista, pero decir que era trotskista es casi no decir nada, en todo caso, solo como un modo de rodear la cuestión sin alcanzarla nunca, solía decirse que los huesos del viejo León Trotsky habían sido sepultados bajo su piel, que se había amputado la lengua para injertarse la lengua del otro, que a través de sus ojos de un azul recalcitrante se podía vislumbrar la mirada infernal del creador del Ejército Rojo, que ninguna mujer en el mundo podía mear de parada contra los paredones de las fábricas tomadas del modo trotskista como Josefina lo hacía, que nadie en el Planeta Tierra podía escupir tan lejos utilizando el riguroso estilo trotskista con los labios en punta y dejando apenas una mínima abertura entre los dientes como la trotskista Josefina, que nadie como ella podía recitar en el idioma original y de memoria no solo párrafos enteros de *La revolución rusa* o *Mi vida* o *La revolución permanente* o *La revolución traicionada* sino incluso los poemas juveniles de dudoso valor literario que Trotsky habría escrito en Odesa dirigidos a su madre.

En fin, Josefina Remdul exhalaba trotskismo desde cada una de sus células y a través de sus poros creaba el aura electromagnética que saturaba el aire y erizaba los pelitos de los brazos, las piernas y la nuca de uno y cada uno de los que se relacionaba en mítines, asambleas o simples encuentros casuales, pero lo que haría de Josefina una leyenda en la Facultad de Filosofía y Letras es la infructuosa, pero no por ella menos entusiasta, operación con la que pensaba aportar un millón de dólares a la causa revolucionaria y en la que Miguel Bakunin no tuvo poco que ver.

Josefina era hija de Manuel Remdul, antiguo dirigente montonero devenido empresario de telecomunicaciones que se había hecho multimillonario durante el menemismo al asociarse con el ex Almirante Julio Gainza, el mismo que apenas quince años atrás había fusilado a Marta Milanovic, su esposa, la madre de Josefina, para después actuar como su torturador oficial durante tres años de captura en un centro clandestino de detención a las afuera de Rosario.

A través de los años Josefina fue desarrollando una capacidad de odio tan visceral hacia su padre que la venganza que su organismo masticó día tras día logró darse la forma de una inolvidable úlcera

estomacal, expresarse en la soriasis que embadurnaba sus brazos y su pecho de escamas cutáneas y manchas rojas, una neuralgia constante y una alérgica aversión al pollo, los perros, el polen y los cuadros torcidos. Nunca le pudo perdonar haberse asociado con el ex Almirante y urdido esa extraña amistad que posibilitaba que el asesino de su madre y el torturador de su padre se presentara cada año a la mesa navideña para darse abrazos y besos y brindar por el tiempo ido o las vacaciones compartidas en su mansión de Punta del Este donde ambos, el ex Almirante y su padre, se daban el lujo de pasearse al borde de la pileta dejando adivinar debajo de sus panzas estriadas unas zungas de color rojo intenso, tan tanguita de nada, tan hilo dental entre las nalgas.

O era para su padre sostener el mínimo de dignidad como para mantenerse alejado del genocida nauseabundo o hacer su vida chorreando grasa de clase filistea lejos de su hija. Nadie elige nada que no haya sido decidido antes en un lugar distante donde uno jamás estuvo ni estará sino al costo de la propia desintegración, por lo que en verdad Manuel Remdul nunca encontró el punto exacto en que poder elegir entre su hija y el lujo vulgar que la asociación con el ex Almirante y entonces socio le posibilitaba, pero de algún modo su existencia ya era, en sí misma, más allá de sus ganas y decisiones, antes y después de cualquier elección la bolsa de mierda ante la que Josefina prefería mantenerse a distancia.

A los quince años se fue de la casa paterna y encontró cobijo en el monoambiente de una tía materna; ya no volvió a ver a su padre sino solo en dos ocasiones de las que no salió indemne: de una —cuando empezó la facultad y le pidió mudarse a un departamento de su propiedad— con una diarrea que le duró una semana, de la otra temblando y con náuseas que se tradujeron en vómitos y una fiebre estomacal de la que no pudo recuperarse sino hasta mucho tiempo después.

Y si lo que durante su adolescencia se había restringido a un resentimiento contra el padre fácilmente edipizable en el diván de la terapeuta que —justamente— su padre pagaba, solo al ingresar a la universidad y codearse con la vanguardia ultra radicalizada del trotskismo más enervado pudo organizar su repulsión filial y situarla en el ámbito más sano de la historia y la política.

Con ello el odio parricida se tradujo en aversión contra las clases, saña contra todo lo que oliera a Estado, náusea ante cualquier piojo resucitado y travestido en los oropeles de la autoridad, porque detrás de las clases estaba su padre, toda autoridad no era sino su espejo deformado y el Estado mismo la expresión universal del nombre del monstruo.

Más allá de idas y venidas en la relación, hubo un día en que todo

terminó de romperse. Josefina había participado en una asamblea estudiantil de la facción en la que militaba. Allí se enteró que con la derrota en las últimas elecciones electorales, sus camaradas habían perdido la financiación facilitada por la administración de la fotocopiadora, el quiosco y el bar de la facultad. Ahora en bancarrota, al borde de la desaparición como grupo político, debían ingeniárselas para conseguir algún ingreso monetario o aceptar el fin.

Al salir de la reunión, Josefina recibió el llamado telefónico de su padre. Solo charlaron escasos segundos, pronto el llamado devino discusión acerca de nada, Josefina habló de la vergüenza que sintió al verlo en la tapa de la última revista *Caras* posando en la proa de un yate junto a dos rubias siliconadas, su padre le respondió que no era cuestión suya lo que él hacía o dejaba de hacer con sus cosas y su plata, Josefina repasó algunos hitos de su pasado montonero, mencionó un par de veces a su madre y sugirió que acaso hubiese sido mejor que lo hubieran matado a él y no a ella. Su padre le recordó que era él el que le pagaba una mensualidad estricta y le prestaba el departamento donde vivía y no la madre fallecida a la que tanto citaba como si hubiese sido la virgen María, mientras ella, es decir, Josefina, es decir, la "inservible bicho trotskista chupasangre", solo le devolvía resentimiento.

Al cortar la comunicación, Josefina ya tenía ideado el plan de una venganza hasta ese momento solo trazada en los balbuceos de la fantasía. Lo que ahora tenía en mente era una orden que se le había revelado con total precisión: simular un secuestro con el que sobornar a su padre y con ello, de paso, financiar sino al trotskismo mundial, al menos, a la agrupación que chapoteaba en la escasez.

Unos días después, en el cuarto de limpieza del primer piso, Josefina y sus camaradas montaron un set de filmación con luces alquiladas, micrófonos prestados y una filmadora Kodak de dieciséis milímetros.

El primer rodaje duró un día entero y se redujo al regodeo interminable de una tortura mal simulada. Acaso el teatro pobre en el que Josefina actuaba los estertores orgánicos, las sacudidas de su pecho y su vientre, el dramatismo gestual de su rostro ante las descargas de la picana eléctrica que sus camaradas habían tenido el buen tino de dejar desenchufada, hizo que al llegar la grabación de la película a manos de Manuel Remdul no obtuvieran ninguna respuesta.

Le habían dado veinticuatro horas para entregar a un contacto de la organización el millón de dólares con los que salvaría la vida de su hija, pero se cumplió el plazo y nada obtuvieron, por lo que Josefina comenzó a preguntarse si a su padre le importaba algo la vida de su hija o acaso se trataba de la mala calidad de la película que no había

logrado estremecerlo. Josefina meditó mucho la cuestión, tentada a renunciar y asumir el fracaso lloró hasta el hartazgo, pero concentrada en la memoria de su madre y la ilusión de la venganza llegó a la conclusión de que solo radicalizando la estrategia podría saber quién era su padre, qué representaba ella en su vida, cuántos números en su cuenta bancaria definían el lazo que los unía.

Durante la preparación del segundo rodaje, Josefina realizó algunos cambios. Lo primero fue mudar las instalaciones de la filmación. El cuarto de limpieza del primer piso de la Facultad no servía a su idea de cámara de tortura, necesitaba un espacio más lúgubre y decadente, por lo que esta vez trasladaron las luces, los micrófonos y la filmadora al baño del cuarto piso, el mismo donde vivía Miguel Bakunin.

Hasta ese momento, Josefina ni siquiera había escuchado hablar del chico africano que había montado su vivienda en aquella cueva con olor a meo y cloacas tapadas, por lo que le resultó una verdadera sorpresa encontrarse con Bakunin durmiendo en su colchoneta bajo los lavabos del lugar. Josefina no se amedrentó, ni siquiera pidió permiso para montar el set de filmación mientras el otro dormía, por lo que cuando Bakunin despertó ya estaban en su derredor las luces colgadas de las paredes de los cubículos, los micrófonos colocados en los rincones y el trípode instalado en el centro de su morada.

"¿No te molesta, no?", dijo Josefina con el tono sentencioso del que pregunta algo para proscribir toda respuesta. Bakunin vestido con sus escuetos calzoncillos blancos solo atinó a ponerse de pie, lavarse la cara y apoyar su espalda contra la pared de la entrada para observar qué pretendía esa mujer y sus acólitos con aquella invasión.

Josefina entonces dio inicio a la segunda fase de su nuevo plan, les ordenó a sus camaradas que la encadenaran, le golpearan la cara hasta desfigurarla y luego, con una tenaza que había previsto para el fin, retorcieran sus pezones hasta arrancárselos.

Los asistentes camaradas se quedaron mirándola. Josefina insistió, los asistentes prefirieron esta vez mirarse unos a otros para no enfrentar sus ojos de fuego helado. Sus planes eran claros, la simulación de la tortura del primer video no había funcionado por lo que entonces debían filmar una tortura verdadera, un suplicio tan cruel que no le dejara a su padre más posibilidad que desembolsar el dinero. Con una sola imagen de todas las que tenía planificadas en relación a la película alcanzaría para que el horror abrazara el hipotálamo de su cerebro, electrocutara su existencia y se hiciera pesadilla obsesiva cada una de las noches de su vida.

Los camaradas asistentes obedecieron las órdenes, la encadenaron y golpearon hasta que su moreteado rostro hinchado explotó en borbotones de sangre, metieron una mordaza en su boca y con la

tenaza estrujaron sus tetas dando una y dos vueltas. Las entrañas de Josefina se retorcieron sobre el eje de la columna vertebral, un sudor frío cubrió su cuerpo envolviéndola como si de una lámina de nylon transparente se tratara. El camarada que portaba la tenaza detuvo el movimiento de su mano. “Más”, dijo Josefina, “dale una vuelta más”.

El camarada acató como quien dice “a pie juntillas”, su puño giró una vuelta entera hacia su lado derecho y un hilo de sangre se desprendió del pezón, recorrió su vientre y se perdió en los pliegues de su cadera. “Arrancálo”, vociferó Josefina.

El camarada dudó, miró a sus compañeros de filmación buscando quien se atrevería a detener el furor paradójico con el que Josefina parecía vivir su propio dolor. Nadie dijo nada, pero el instante de vacilación perduraba en la inmovilidad general que solo el vozarrón desbocado de Josefina vino a deshacer al grito de “Arrancálo, idiota, arrancálo”. La punta del pezón quedó entre las garras herrumbradas de la tenaza, un chorro de sangre oscura embadurnó el puño que la sostenía.

Entonces ordenó que cortaran la filmación y la desencadenaran. Sus asistentes siguieron sus movimientos pendientes de que los temblores la derrumbaran contra el suelo, pero Josefina a paso firme se acercó a la cámara y se limitó a observar lo que habían filmado. No hizo ninguna valoración apresurada, pero su rostro mostraba el fastidio claro de que las cosas no marchaban como en su imaginación ella misma lo había tramado.

Su torturador aun realizando una tortura verdadera no representaba más que una farsa. Incluso le pareció que el primer rodaje, en el que lo habían simulado todo —la sangre evocada con los chorros de un pote de kétchup, el retorcimiento de sus pezones con una tenaza de juguete y luego también la utilización de una picana que no estaba enchufada—, sostenía una dignidad y producía un efecto de verdad mayor que el de la tortura real a la que se estaba sometiendo.

Ahora la sangre real no parecía tan real, al menos, no tan real como el kétchup, la amputación del pezón de su seno se reducía a una pantomima y el dolor efectivamente sufrido a una copia del simulacro que habían filmado una semana atrás.

¿Hasta dónde tenía que llegar en su carrera del martirio militante para que, como ella misma lo llamaba, “la estética del realismo más extremo” alcanzara una verdad sin mancha?

Les preguntó a sus camaradas qué les parecía la toma. Estaban consternados, ninguno había esperado que Josefina los indujera a encadenarla, pegarle hasta la desfiguración y menos aún, retorcerle el pezón y arrancárselo. Sabían que lo que estaban haciendo no era un juego pero tampoco habían pensado que las cosas llegarían tan lejos

como para pasar de simular una tortura a ejecutar una tortura real.

Josefina sonrió con un dejo de desprecio, a ella no le importaba si la tortura era verdadera o no, sino el efecto de verdad que producía al ver la escena en la pantalla de la cámara tal como su padre la vería en el CD de la grabación.

Los camaradas hicieron silencio, Josefina entonces invitó al único espectador imparcial que tenía a mano a mirar lo filmado y que hasta entonces se había mantenido al margen. Bakunin se acercó al trípode donde estaba montada la cámara, miró la pantalla —la chica encadenada, la cara que iba deformándose con cada trompada recibida, los hematomas rápidos, el gesto en la boca en el momento en que la tenaza se retuerce apretándole la punta de la teta, los párpados entrecerrados y las manos transformadas en pequeños puñitos cuando le arrancan el pezón—, y llegó a una conclusión tan provisoria como incierta: “No está tan mal, pero no sé, le falta algo, es como si no estuvieran a la altura del dolor”.

Silencio.

Vacilaciones mentales.

Un instante de zozobra: ¿qué quiso decir el oráculo negro?

“¿Ven?, ¿entienden lo que les digo?”, vociferó Josefina hacia sus camaradas rompiendo el dramatismo de la incomprensión, “tiene razón, no estamos a la altura del dolor”.

Masticando el caramelo ácido de una furia reprimida indicó lo que se necesitaba para la siguiente escena y les ordenó que lo hicieran rápido. Todos se movieron en derredor. Un rato después, ya estaba desnuda y arrojada sobre una parrilla de hierro resistiendo los golpes eléctricos de la picana que ella misma había conseguido.

El camarada que oficiaba de sacerdote satánico sostenía el mango de la picana con las precauciones del caso temiendo dar el paso en falso e ir más allá del límite de resistencia de Josefina o de su propia conciencia, pero Josefina mecida en el oleaje voltaico de las descargas eléctricas parecía superarse cada vez más surfeando las olas y deslizándose por sus crestas como si en verdad su propósito fuera internarse mar adentro hasta perder de vista toda costa.

Su organismo se secaba, de la superficie de su vientre ascendía un vaho de humo gris, y mientras un olor a plástico quemado saturaba la configuración atómica del espacio-tiempo, toda su carne se achicharraba como una grasita que recalentada en la sartén se retuerce, salta de aquí para allá y se va deshaciendo de a poco para no quedar sino un residuo orgánico ya irreconocible, pero Josefina, su mirada, los gestos adustos de su rostro, contemplaba el horizonte marítimo y señalaba un punto improbable, difuso para todos, salvo para ella que ya había definido cómo, de qué forma, hasta dónde iban a llegar.

Entonces dijo “Metémela en la concha” y no lo susurró, no era un hilito de voz que sobreviviera al ruido de fritura de su propio cuerpo, sino la sentencia de un profeta inconmovible, dijo “Metémela en la concha” y todos en derredor temblaron sin saber si ante el temor del daño que podrían provocarle o los castigos que recibirían al desobedecer el mandato, por lo que el camarada asistente que empuñaba la picana acercó la punta a las piernas de Josefina, recorrió sus muslos y la introdujo apenas unos centímetros entre los pliegues vaginales con el cuidado y la pulcritud profiláctica de un viejo ginecólogo intentando esconder su parkinson.

“Más adentro, tarado, más adentro”, ordenó Josefina y ante las vacilaciones del torturador fue la misma Josefina la que tomó la empuñadura de la picana y se la introdujo hasta perderla de vista y solo quedar el mango a la vista de quien todavía era capaz de seguir mirando.

“Ahora agarrala vos y cogeme con la picana”, ordenó mientras sus entrañas se cocinaban por dentro sometidas a los doscientos cincuenta voltios que señalaba el amperímetro. El otro obedeció acaso preguntándose pero sin comprender del todo hasta dónde quería llegar su voluntariosa jefa. Aterrados ante la descomposición física de aquella artista de la vejación y el dolor auto infligido, la pregunta interpelaba a todos, pero solo a Josefina le cabía responder: ¿valía el millón de dólares que su padre debía pagar semejante espectáculo del horror?, ¿no habían cruzado el límite difuso pero también constante a partir del cual la causa revolucionaria se transformaba en película de terror?

Aunque qué estaban filmando sino una película de terror y entonces ¿qué pretendían?, ¿la apuesta naif del arte autónomo, la retórica insulsa del procedimiento por el procedimiento mismo, los juguetitos burgueses de una vanguardia becada por la fundación Guggenheim, sostenida con los adelantos del contrato ya depositados en el banco por Mister Random House o con el crédito abierto de los premios ya arreglados con el señor Anagrama o la viuda de Tusquets?

Lo cierto es que más allá del martirio de la picana en su vagina y el cadalso de los voltios electrocutando su osamenta, el realismo gore de la película con el que pretendía conmover a su padre parecía incluso exceder sus expectativas revolucionarias y su compromiso militante, pero detrás de ese realismo descarnado se dejaba adivinar, y ella misma lo sabía, más que una búsqueda estética y política, una desesperación más íntima: “¿hasta dónde tengo que llegar, papá, para que te importe tu hija?, ¿en qué punto de mi propia descomposición serías capaz de reconocerme y temblar?”.

“Blandos, blanditos, mierdas, mierditas”, con esos epítetos Josefina se dirigió a sus camaradas luego de ver en la pantalla de la

filmadora lo que habían grabado. Los insultó una y otra vez reclamándoles seriedad, ¿acaso les daba miedo usar la picana?, ¿ponían sus represiones morales por encima de los fines revolucionarios?, ¿un humanismo tembloroso, higiénico, que redimiera sus buenas conciencias del barro de la historia? Al fin y al cabo solo se trataba del coraje mínimo de torturar un poco a aquella misma que les pedía casi como un favor avanzar sobre sus entrañas.

Uno de los asistentes se animó a contestar que nunca había visto algo más tenebroso, "¿qué más podemos hacer?, no hay ser humano, ni siquiera tu padre, que viendo esto pueda a volver a dormir en su vida".

Josefina se limitó a preguntarle si lo de tenebroso estaba referido a la tortura real o a la filmación de la tortura.

"¿Cuál es la diferencia?", preguntó el camarada.

"¡¡¡Cuál es la diferencia!!! ¿te das cuenta que no entendiste nada?", espetó Josefina con firmeza aun cuando su cuerpo, más allá de su voluntad y el equilibrio inestable de su voz, continuara temblando ante la resaca eléctrica dando vueltas en sus entrañas.

Llamó de nuevo a Bakunin para que observara la filmación y compartiera otra vez su veredicto. Bakunin miró la escena en la pantalla, la chica electrocutada, la humedad corporal evaporada en el humito gris que flotaba por encima de su vientre, la picana metida en la vagina, ella misma y luego su torturador penetrándola una y otra vez, y todo el comentario bakuniano no fue más que levantar los hombros y acompañar el movimiento frunciendo la boca y negando con la cabeza como un maestro hastiado de las limitaciones congénitas de sus niños imposibilitados de aprender la tabla del tres.

El oráculo negro había hablado en la forma de un silencio que todo lo decía. La desaprobación bakuniana sumada a la desidia de sus camaradas hizo que Josefina se transformara en un monstruo enfurecido. "Vos me vas a meter la picana en la concha de nuevo", le ordenó a uno. "Y vos, mientras tanto, me vas coger por el orto", le dijo a otro mientras le golpeaba el pecho con la punta del dedo índice de su mano derecha. "Y vos vas a filmar todo en primer plano, y todo significa todo, primero vas a empezar con un plano general, tenés que mostrar bien lo que estos me van a hacer, después te enfocas en los detalles, ¿entendes?, en los detalles y cada tanto hacés zoom en mi cara, después volves al plano general, decime si entendes o no, decime, dale", vociferó ante un tercero.

No habían pasado más que unos cinco minutos de la primera sesión de picana eléctrica, que ya estaba entregándose a una segunda etapa. Escuchó como un murmullo de hojas pisoteadas en un bosque lejano las voces de sus camaradas expresando sus reticencias. Todavía temblaban sus huesos ¿y ya quería una segunda vuelta?, ¿no había

sido suficiente arrancarle el pezón, someterla a la picana, metérsela en la vagina?, ¿cuánto más podía soportar?

Josefina no escuchaba, ¿a qué venía la cobardía burguesa de aquellos murmullos lejanos? Lo único que le importaba era alcanzar la verdad de su dolor, terminar la filmación y ver en la pantalla ya no la masacre de su cuerpo reducida a una mera imagen, pura representación, sino, en el sufrimiento objetivado, la expresión de su vida entera: los recovecos de su infancia, el odio hacia su padre, el laberinto visceral/político/espiritual al que la había arrojado ese hombre capaz de asociarse con el mismo Almirante que había matado a su mujer y lo había torturado en las catacumbas de la historia, solo para engolosinarse con el departamento en Miami, las putas de Cocodrilo, la cocaína más fina, la tapa de la revista Caras, la escuela bilingüe de su hija, el country en Nordelta, las vueltas en el yate por el delta de Tigre.

Josefina había abierto una guerra contra la representación, sí, pero en el fondo lo que quería era verse tal como la vería su padre cuando le llegara la filmación. Quería alcanzar su propio sufrimiento a través de sus ojos, porque solo en los ojos de su padre estaba la verdad de su dolor.

Sus camaradas obedecieron como si en ello se les jugara toda su dignidad revolucionaria; uno, tal como ella lo había ordenado, metiéndole la picana en la vagina, el otro, mientras tanto, entregado al goce incierto de hacerle la cola. Encadenada sobre la parrilla Josefina donaba todo de sí y su performance actoral sintetizaba la historia del teatro moderno, los matices relucían en sus gestos, en su mirada, en los estertores de sus músculos, la vibración de su vagina, la dilatación de sus esfínteres, y de pronto la memoria sensitiva de Stanislavski parecía conjugar con las exigencias físicas de Grotowski y el extrañamiento brechtiano se amigaba con el grito inhumano de Artaud. Y sin embargo, de pronto, en la cima de su interpretación, un llanto amargo emergió más allá y más acá de lo que la escena pedía, fuera de plano, del guión y de la película. Un llanto que venía desde el fondo del plexo de su pecho, se concentraba atorado en la garganta y llegaba a su boca bajo la forma de un gimoteo infantil.

Todas sus fuerzas se concentraron en ocluir esa angustia inesperada. Sus camaradas habían alcanzado el ápice de sus actuaciones, el de la picana seguro de lo que hacía, el otro obstinado en sodomizarla, más no se les podía pedir, pero ahora era ella la que todo lo arruinaba con su llorisqueo reprimido.

Cerró los ojos, apretó los párpados, ¿por qué ese llanto?, ¿de dónde venía esa angustia desbocada que la exponía ante los otros y la desnudaba como una criatura abandonada? No era difícil saberlo, no lloraba por la película insalvable ni nada le importaba el millón de

dólares, lo que le importaba era su padre, pero ¿qué era lo que en verdad quería de su padre? Las imágenes saturaron el campo de la fantasía, imaginó a su padre con la tenaza en la mano retorciendo el pezón de su pecho mientras ella encadenada le ordenaba que se lo arrancara, lo imaginó con la picana en la mano metiéndosela en la vagina para electrocutarle los ovarios, lo vio arrojado sobre su espalda sodomizándola mientras otro la picaneaba. ¿Era eso lo que su padre vería en la filmación?, ¿se vería a sí mismo sodomizando a su hija, incendiando sus entrañas con una picana, arrancándole los pezones con una tenaza? ¿De quién era el goce de aquella fantasía, el suyo o el de su padre? ¿Así la vería él o así pretendía ella ver a su padre? Ya no soportó la visión. O quizás lo que ya no podía soportar era descubrir que detrás de toda aquella parafernalia sado-revolucionaria se escondiera, tímida pero indisimulable, su confesión más íntima: todo lo que estaba haciendo era por amor, solo y únicamente por amor…

AMOR AMOR

AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR
AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR
AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR
AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR
AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR
AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR
AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR
AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR
AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR
AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR
AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR
AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR
AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR
AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR
AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR
AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR
AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR
AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR
AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR
AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR
AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR
AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR
AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR
AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR
AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR
AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR
AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR
AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR
AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR
AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR
AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR
AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR
AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR
AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR
AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR
AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR
AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR
AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR
AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR
AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR
AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR
AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR
AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR
AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR

AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR
AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR
AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR
AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR
AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR
AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR
AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR
AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR
AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR
AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR
AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR
AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR
AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR
AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR
AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR
AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR
AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR
AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR
AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR
AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR
AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR
AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR
AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR
AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR
AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR
AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR
AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR
AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR
AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR
AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR
AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR
AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR
AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR
AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR
AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR
AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR
AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR
AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR
AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR
AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR
AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR
AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR
AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR
AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR

AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR
AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR
AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR
AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR
AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR
AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR
AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR
AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR
AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR
AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR
AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR
AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR
AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR
AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR
AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR
AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR
AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR
AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR
AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR
AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR
AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR
AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR
AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR
AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR
AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR AMOR

…de ese amor desesperado, sí, del amor que ocultan todos los humillados en el fondo del pozo ciego del rencor, se trataba, y de pronto su vida se le mostraba como una novela de amor desgraciado, no correspondido, incluso la carrera loca de su militancia, su trotskismo al cuadrado, el Ejército Rojo marchando sobre el lomo de su lengua, el programa de fusilamiento sistemático y generalizado en los mares helados de su Siberia Interior, todo se reducía al ruego insoportable de los abandonados: “¿por qué, padre, para qué?, ¿de verdad es necesario todo esto?”.

Arrastrada por una fuerza que venía más allá de sí misma, con la elegancia de la continuidad y cierta economía de movimientos se sacó de encima al camarada que la sodomizaba y de su vagina la picana empedernida. Su respiración entrecortada y los espasmos estentóreos la empujaron despacio hasta caer contra el piso, a un costado de la parrilla. Ya en cuclillas, sus manos ascendieron tapándole la cara. Toda ella, enrollada sobre sí misma como un bicho bolita, no parecía ya la profeta iluminada que se había destinado a cruzar los mares arrastrando a su pueblo sino tan solo una nena desolada que sus padres habían olvidado en algún puerto.

Sus camaradas intentaron consolarla, uno la tomó del brazo, otro puso su mano sobre la punta de su cabeza. Josefina respondió como

un animal acorralado al que todavía le sobran fuerzas como para defenderse de la miseria del predador. Vio la trampa que el amor había escondido detrás de la marquesina de su rencor vehemente y pretendió escapar. No se iba a dejar atrapar tan fácilmente por el amor al energúmeno que se había asociado con el almirante que había asesinado a su madre. Sabía que el enfado ahora era contra ella misma, había arruinado lo mejor que habían podido filmar y todo por la lágrima fácil ante el abandono y la cercanía del monstruo paterno.

Dio un paso en dirección a la cámara filmadora pensando comprobar lo que ya sabía, la ruina de la escena, pero no terminó de apoyar su pie desnudo sobre el piso del baño que vio a Bakunin, el calzoncillo blanco reluciendo las líneas paralelas de sus músculos abdominales, los pectorales furiosos y los muslos elastizados, y sobre todo, esencialmente, el bulto amontonado bajo el elástico prometiendo una verga de caballo cebado en las sabanas del África profunda.

La angustia y el llanto pasaron al olvido, Josefina vio a Bakunin como hasta entonces no lo había visto y bajo la nueva luz de las revelaciones comprendió que si lo que quería era estremecer a su padre y conmover el núcleo pútrido de su humanidad con una película que significara la conversión del vino rancio que corría por sus venas en sangre filial, debía enfrentarlo a un abismo más insondable que la simple tortura.

Su venganza: someterlo a la visión de esa pija, no solo de esa pija sino de esa pija en cuanto verga de un negro africano sodomizando a su única hija. Al fin y al cabo, la militancia de su padre ya lo había hecho pasar por sesiones de tortura seguramente peores que las que ella desesperaba, pero un negro, la pija bestial de un negro que sintetizara todas las dimensiones ideológicas y fantasmáticas de la configuración mental de su padre, eso debía ser el *summun*, el más allá de toda representación y jueguito simbólico, la emergencia inaudita de lo real.

“Vos, vos me vas a coger y me vas a coger como nunca jamás te cogiste a nadie, me vas coger para que mi padre vea cómo me coges”, desbarrancó Josefina ante la mirada pasmada de Bakunin. Lo tomó del brazo, lo arrastró hacia la colchoneta. Les ordenó a los camaradas que lo filmaran todo y no perdieran ningún detalle. Josefina se puso de rodillas junto al lavabo, tomó el elástico del calzoncillo blanco. Sus ojos ascendieron buscando los de su promisorio *partenaire*. “¿Me vas a dejar, no es cierto?”, pronunció con una amabilidad inesperada.

A Bakunin, intimidado, le costaba organizar la secuencia de cómo había ocurrido todo como para encontrarse de pronto con aquella mujer arrodillada frente a su verga. Hacía solo un rato lo habían despertado aquellos intrusos y en cuestión de minutos se habían dado

a la tarea de filmar la carrera desesperada de esa mujer pretendiendo encontrar la verdad de su dolor. Bakunin retrocedió dos o tres pasos hacia los cubículos y los urinarios buscando imponer alguna distancia.

"¿Qué pasa, no te gusto?, ¿me vas a decir que no tenés un poquito de ganas?", inquirió la otra. Bakunin sostuvo su silencio. "¿Te doy pena?, ¿eso es lo que te pasa?", insistió Josefina. No se trataba de pena, menos aún que no le gustara. Desde ya, lo volvía loco, había sido testigo de su entrega alucinada a la picana mientras su cola abierta galopaba sobre el camarada y las imágenes consecuentes no eran fáciles de sobrellevar. Nunca una mujer lo había interpelado de esa forma, incluso, en verdad, jamás una mujer lo había interpelado de ningún modo, ahora no solo lo excitaba su cuerpazo inaudito y las llamaradas que lo envolvían, sino también la promesa de hacerle conocer un infierno tan dulce como insospechado, pero una fuerza mayor lo frenaba.

Josefina se puso de pie, avanzó hacia Bakunin, rodeó su cuello con el brazo derecho mientras el otro brazo se deslizaba por su pecho para acariciarle el glande con movimientos lentos y circulares. Los torrentes sanguíneos declinaron hacia el cauce central de su pija, esa traidora que apenas Josefina le bajó el calzoncillo ya estaba dando cabezazos al aire sin ton. Cuando volvió a agacharse para ponérsela en la boca, Bakunin reculó. No podía decir que no, pero le parecía que al menos debía negociar. Propuso ponerse un forro antes de empezar la filmación. Josefina sonrió, "¿Un forro?, te mato si pretendes ponerte un forro".

Tenía razón, al fin y al cabo se trataba de una película que a esa altura había alcanzado la cúspide del hardcore más oscuro, y si la meta era conmover a un padre con la imagen de un negro obstinado en el reviente específico del ano de su hija, un forro lo arruinaría todo. Josefina avanzó, Bakunin entonces la retuvo tomándola de los hombros y luego la empujó hacia atrás. Josefina cayó contra el piso sobre su codo derecho. Aquel rechazo resultó el clinamen definitivo. Ya no era la fuerza de la venganza hacia su padre la que la movía, sino el odio más puro y desenfrenado hacia todo lo que la rodeaba, no solo al trotskismo aguado de las buenas conciencias de sus camaradas sino, incluso, a ese mono africano que había tenido el tupé de negarse a brindar el único servicio que resultaría útil a la humanidad y la revolución.

Apenas se puso de pie pateó la parrilla y la picana voló por los aires echando chispas. De un manotazo volteó las luces y los micrófonos, enfurecida arremetió contra sus camaradas tildándolos de "mierdas blanditas". Al que tenía más cerca lo tomó del cuello y lo empujó hacia la puerta, al segundo se limitó a indicarle la salida señalando el rumbo del primero, con respecto al último camarada

aprovechó que estaba agachado recogiendo sus cosas para darle una patada en el culo. Mientras esto ocurría vociferaba en cierta lengua incomprensible una sucesión de epítetos que sus camaradas, sin embargo, parecían adivinar correctamente, aunque quizás la lengua del oprobio era el ruso y lo que Josefina recitaba era algún panegírico trotskista, tal vez algún poema del líder ruso utilizado contra sus enemigos políticos o sus subordinados más descarriados y que ahora ella reproducía con el fin de insultar y echar a los suyos. Con Bakunin no supo qué hacer, pero éste al ver el espectáculo de su desquicio eligió por sí mismo la escapatoria más digna.

Ese día, seguramente los tres tristes trotskistas decidieron bandear sus anhelos políticos hacia una social democracia que alentara y financiara películas destinadas al respeto a dios, la patria, la familia y la propiedad, uniéndose unos con los despojos de la Franja Morada, embarrándose los otros con el peronismo de facciones como La Walsh o La Cámpora. El caso de Bakunin fue distinto, no tenía nada que abandonar ni existía ningún horizonte político que armonizara con el Gran Poema de la Muerte y la bomba virósica que habiendo explotado en su pecho se diseminaba en cada una de sus células.

En calzoncillos, al pie de la escalera del hall del cuarto piso cayó en la cuenta de que todas las cosas que resumían su vida —la colchoneta donde dormía, la poca ropa sucia que algún día debía ocuparse en lavar, cierta cuchilla que se había traído de la casa de su madrastra con la que despellejaba las naranjas que hacían de su desayuno cotidiano, el libro *Impresiones de África* de Ibaka Aleyuam con el que cada noche rememoraba la guerra épica de su padre al servicio de los Batallones de Sidosos del Ejército Hutu—, habían quedado a merced de aquella alienada. Si perdía sus derechos de posesión sobre el espacio del baño ya no tendría donde volver a dormir, y dado que la posibilidad de que la loca trotskista se quedara a vivir allí no era despreciable, su aguerrido desquicio no debía amedrentarlo.

Regresó sobre sus pasos dispuesto a dar pelea si era necesario. Imaginó en el camino los modos de maniatarla y se preguntó si convenía primero lanzarle un cross a la mandíbula o ensayar alguna toma de karate nunca entrevista, pero apenas su mano corrió la puerta y su sombra se estiró sobre el piso del baño, se encontró con un espectáculo que no había tomado en cuenta.

Mirando de frente hacia la cámara filmadora, de rodillas sobre la colchoneta, con el lomo arqueado y sus brazos por delante de la cabeza, Josefina sostenía en la mano derecha la cuchilla de Bakunin entonces clavada en medio de la muñeca de su mano izquierda, entre el radio y el cúbito, cortándose las articulaciones con movimientos feroces de un lado al otro.

Cuando Bakunin dio los pocos pasos que lo distanciaban de la mujer, ya había logrado que la mano se desprendiera del antebrazo y quedara inerte sobre la colchoneta separada de todo sentido como un objeto venido de los espacios intergalácticos, sin nombre ni función definida, en todo caso, se trataba entonces de una mano que ya no era una mano sino un objeto idiota, un animal muerto, la pura intensidad carnal de lo que había sido y ya no era.

Y fue entonces que Josefina soltó la cuchilla, tomó con la mano derecha la mano amputada y la levantó mostrándola a la cámara como el trofeo de una maratón inhumana de cuatrocientos mil kilómetros que hubiera ganado para dedicárselo ahora a su entrenador de toda la vida, a su patrocinador de siempre, al único que había tenido fe en que lo lograría, o acaso como un bebé que aprendiera a asir objetos —un chupetín, una cuchara, su propio chupete— y lo revoleara por el aire solo para que su padre se lo festejara y la aplaudiera, así, como un hincha zarandea la remera de su equipo apretada en el puño contra los cuatro vientos y el para-avalancha sobre los tablones de la popular, de esa forma Josefina enarbolaba su mano amputada y la ofrecía a la luz de la cámara y a los ojos imaginarios de su padre mirando la filmación.

V. EL MONSTRUO GENÉTICO

Vengo diciendo: las voces suenan en el fondo de nuestra existencia y transmiten desde una radio levantada en un planeta que fuera de órbita atraviesa la linde de todas las galaxias. No es extraño. Lo extraño es reconocerse en una voz propia, dar el salto mortal por el que "yo" significa "yo, el nombre del que ahora escribe" y no en cualquier otra cosa, por ejemplo, en las imágenes, los pensamientos y los recuerdos de aquella mujer que en mi cerebro me aturdían lo suficiente como para jugar a que no ocurrían.

La esperé durante toda la semana sentado junto a la mesa contra la ventana de un bar de la avenida Goyena, en la esquina de su departamento. Casi nunca tenía nada que hacer, pero entonces era no tener nada que hacer con mi constitutivo "no tener nada que hacer". Los días pasaron sin nunca encontrarla. Mientras tanto, me dedicaba a trabajar en la zona parando en la esquina de Bonifacio y Goyena. El target de clientes —vecinos de la zona, estudiantes y docentes de la facultad cercana— tendía al alza y la demanda continua no me daba respiro. Con el Sida escarbando en los escondrijos de mis células mi trabajo cobró un nuevo ímpetu y de chongo de poca monta me transformé en prostituto V.I.P de las zonas más bajas del alma humana. Ni yo podía creer el mercado que me esperaba: el de los reventados que buscaban estar específicamente con un sidoso. Puro profesionalismo de prostituto V.I.P.: no necesitaba mentir ni hacer el jueguito cínico de andar ocultando nada —"Tengo Sida", ese era mi cartel publicitario; "No Uso Forro" la promoción de mi *Happy Hours*.

En algún punto creía entender a mi clientela: coger implica un modo de poder —incluso en el momento en que se alcanza ese lugar raro donde las fuerzas circulan tan rápido y violento que ya no importa quién somete, quién penetra o es penetrado—, y si el poder del sidoso es el de arrastrarte a las playas del virus, el goce de mis clientes era surfear las olas de la muerte.

Sin proponérmelo, estaba participando de una guerra soterrada en el campo de batalla de las entrañas de todos y de nadie, en las vertientes sanguíneas de la carnalidad común. Por entonces tenía la manía de la representación. Desde hacía un tiempo me había dedicado a crear un Mapa del Virus. Parecido a un mapa hidrográfico, el mío

era sanguíneo-gráfico. La idea se la debía a un amigo sidoso que anotaba en una libretita los datos de todas las mujeres y hombres con los que se acostaba. De algún modo, aquello respondía al intento desesperado por darle algún orden a los desplazamientos del Virus. Y en ese sentido, Axel Santana era entera y completamente un cazador, pero también un buen recolector. Una vez me la mostró. Como si fuese su trofeo de guerra, la abrió en una hoja cualquiera. Allí estaban los datos sobre un ex novio que había tenido relaciones con un alemán de paseo por Buenos Aires para cerrar un negocio de no sé qué. El alemán vivía en Berlín con su esposa y allí tenía también un amante coreano que cada tanto volvía a su terruño a pasar alguna temporada. A su vez, la mujer del alemán tenía un amante canadiense que era viajante de comercio y hacía poco tiempo se había ido a vivir a México con su familia. Según sus cuentas, por el solo hecho de que su novio se hubiera acostado con el alemán, ya tenía asegurado que sus células putrefactas viajaran e hicieran su peregrinaje por Alemania, Corea del Sur, Canadá, México y vaya uno a saber qué otros destinos. Me habló también de otras series, pero la que más recuerdo es la que se iniciaba con un amiguito chaqueño que había dejado a su novia esperándolo en Resistencia. Desde este punto, siguiendo a unos y a otros, la red de relaciones se ramificaba por todo el norte argentino, alcanzaba Paraguay, Bolivia, llegaba a Ecuador, pasaba por Perú, en un camino que mi amigo Axel llamaba el de la "Hermandad Latinoamericana".

De aquella conversación surgió la idea de mi Mapa Sanguíneo-Gráfico de las series infinitas. Era una reversión de su libretita. Prefería un mapa porque era más visual, más claro, y no tenía que gastarme leyendo historias sobre gente que en el fondo no me importaban. Mi Mapa del Virus cambió mi modo de relacionarme con el entorno. Desde entonces me tomé mi tiempo —quería saber, necesitaba que los clientes me contaran sobre sus vidas para trazar las líneas correspondientes en mi mapa. Medía dos metros de alto, y uno y medio de ancho. Me lo había mandado a hacer especialmente en una imprenta y había pagado una fortuna. Al principio había pensado en un mapamundi, después me pareció un poco engorroso y también un exceso narcisista. Pedí entonces un mapa de Latinoamérica, pero al final me terminé decidiendo por uno más humilde —y también más claro y más exacto para mis fines—: Argentina.

Lo tenía colgado en la pared de mi cuarto de hotel. Lo pintaba con colores rojos, amarillos y verdes para representar con ellos las posibles relaciones entre mis presas y tener un panorama más claro de hasta donde era posible que el virus amigo llegara. Y mi Mapa del Virus se parecía entonces al de las redes ferroviarias del país, uniendo a través de mis amantes una ciudad con otra, como si ellas fueran

trenes de carga llevando encima toneladas de átomos vencidos, células corrompidas, tejidos infecciosos, sangre maldita con la que abastecer cada pueblito de la patria.

Lo cierto es que esperando encontrar a Emilia, me dedicaba a anotar los datos que por la noche recogía pensando en volcarlos después en mi Mapa del Virus. Pero ni tiempo tenía para volver a mi hotelucho de Balvanera. Acabada la última faena de la jornada, me quedaba a dormir en el último turno del hotel donde tenía acordado un porcentaje para llevar a mis clientes, y, de ese modo, las dos o tres manzanas que rodeaban el departamento de Emilia se transformaron en mi bunker privado.

Mi Mapa pasó a un segundo plano, lo único que entonces me importaba era sostener el acecho y encontrar a Emilia. De mi estadía matinal en el bar de la esquina, pasé a una fase de vigilia más cercana, y apostado en la puerta del departamento, sentado en uno de los escalones de la entrada, me deshacía en cigarros dando vueltas a la única cuestión que me convocaba: qué iba a hacer en el momento en que me encontrara con ella. En el fondo tenía una posición de privilegio, sabía cosas de su memoria que acaso ni siquiera a ella le estaban dadas, sin embargo el temor de enfrentar a aquella que vivía en mí no dejaba de aturdirme y me la pasaba ensayando el modo de abordarla como si ya estuviera hablando con ella: ¿dónde vas cuando tus recuerdos vienen a mi mente?, digo porque si en el momento de las interferencias son tus pensamientos y recuerdos los que están en mi cerebro, ¿qué queda de vos? ¿Pensás en algo para que no te aturda el silencio y el vacío informe o tu pensamiento ya es la pura, indeterminada, nada?

En esas cosas pensaba cuando entonces la vi caminando desde la esquina hacia mí, regresando de alguna parte. Fue entonces que ocurrió lo que entonces me resultó inexplicable. Me encontró husmeando en la entrada del departamento, me dio un beso y me preguntó si me había olvidado las llaves. No respondí nada, me quedé mirándola abrir la puerta del edificio sin entender por qué daba como natural que un extraño al que no había visto más que una vez en su vida estuviera allí haciendo nada.

Ya del otro lado de la puerta, parada en el hall del edificio, volvió a preguntarme si pensaba quedarme ahí afuera. Por un momento se me cruzó por la cabeza si me había reconocido, pero aquello era imposible. La única vez que estuvimos juntos, ni la oscuridad de la habitación del hotel ni la pasión del olvido, se lo habrían permitido.

En el ascensor, el silencio mutuo sumaba a una tensión mental a la que ella no parecía atender; cuando caminamos por el pasillo del octavo piso rumbo al departamento, con un tono enojoso me preguntó dónde me había metido durante todos aquellos días y por qué no la

había llamado para decirle al menos donde me encontraba. Al ingresar al comedor de la casa, la interrogación disfrazada de monólogo derrapó en un torbellino de demandas e insultos más menos humillantes. El nombre de Roby sonaba en su boca como la bocina de un camión desquiciado abriéndose paso en una peatonal buscando su único objetivo —pasarme por encima—, y yo no dejaba de preguntarme qué imagen mental ocupaba los dominios de aquella mujer como para dirigirse a mí como si fuera su marido.

Insistió una y otra vez para que respondiera sus preguntas, me aferré al silencio sin saber cómo enfrentar el equívoco. Ya acorralado, balbuceé alguna incoherencia que no sumaba nada a mi propio desvarío. Di unos pasos hacia la puerta procurando marcharme y entonces en el espejo que colgaba junto al perchero, vi la imagen reflejada y allí encontré a Roberto Fernandez Sein. Mi mano aferrada al picaporte de la puerta, mis ojos detenidos en los ojos de Roby mirándome desde el fondo de aquel espejo, eran la foto de la epifanía.

Solo duró un instante, Emilia lo tomó del brazo y empujó de nuevo hacia el centro del departamento. Le preguntó si se lo estaba haciendo a propósito, sin que yo entendiera si me estaba hablando a mí o al otro, y en todo caso de qué nos estaba hablando. Espetó una y otra vez la palabra separación, y cada vez la pronunciaba como si en verdad fuera un chicle que perdiera el gusto y lo masticara solo para alcanzar el placer sustituto de apretar las mandíbulas deseosas de un pedazo de carne. Dijo que no soportaba el lugar infantil que había elegido ocupar. Ya estaba cansada de sus llamados a cualquier hora de la noche para escuchar sus ruegos y el llanto, harta de las cartitas de amor pidiéndole que volviera a su casa. Mirándome imperial a los ojos, le exigió al otro que enfrentara la situación como un adulto —no podía jugar a la víctima cuando la relación se había roto para los dos, dijo. Entonces lo acusó de haber desaparecido sin dejar rastro durante días únicamente para hacerla sentir culpable de la separación. Dijo que un tal Carlos la había llamado hacía ya una semana para preguntarle si lo había visto porque “el señor”, “el señor” habría dicho Carlos según Emilia, no había regresado a la casa y no lo encontraba por ningún lado. Tuvo que ser ella la que llamara a hospitales y comisarías para saber qué le había pasado.

Mientras la escuchaba, mis pensamientos no dejaban de dar vueltas en derredor de lo que había visto y ya cansado del hostigamiento terminé respondiéndole cualquier cosa. ¿O era el otro el que respondía por mí? Solo quería un momento de intimidad para recuperar lo que se me había revelado, le dije que había estado por ahí y la dejé sola, sorprendida de que el sumiso de Roby le respondiera de aquella manera, y me metí al baño. Frente al espejo del lavatorio, el rostro de Roby volvió a repetirse ante mí. La

sensación específica de no ser ese mismo que veía en el espejo y sin embargo no poder ser otra cosa más que ese rostro que se me mostraba como impropio, se traducía en una desposesión total. Mi cuerpo, ese cuerpo que encarnaba y a la vez observaba como se observan las cosas sin nombre, ya no me pertenecía. No había nada a lo que llamar cuerpo mío, sino solo un cuerpo de otro, un cuerpo cualquiera.

Desde la distancia infinita de no estar en ninguna parte vi al usurpador de mi cuerpo transformado ya por completo en Roberto Fernandez Sein salir del baño y enfrentar a la mujer que seguía acechando en el comedor de lo que por derecho era su casa. Su presencia le devolvió al otro un mundo compartido; por mi parte ya no tenía capacidad de estar en el mundo. Hablaba, me hablaba, le hablaba al otro, no sé lo que le decía, no podía escucharla sino como si estuviera susurrándole cosas a una cuadra de distancia.

Nada consiguió rogándole que le permitiera quedarse esa noche en su departamento. ¿O fui yo el que rogué y supliqué hasta la humillación? Emilia pidió un auto a una agencia de remises para llevarlo a su casa. Tardamos casi una hora en llegar a Pilar. Lo recibieron los empleados. El reflejo de su rostro en los espejos de cada habitación, la mirada de Carlos, el mayordomo de Roby y toda la cohorte de sirvientes dedicados al mantenimiento de la casa, el jardín y la pileta, no podían engañarlo: debía ser él el que nunca había dejado de ser. Pero si esa era la condena que no podía omitir, entonces ¿cómo había sido posible que durante semanas, incluso meses, hubiera vivido mi vida como si fuera la suya?

Yo estaba dentro, en ninguna parte. Él había llorado la muerte de mi madre, había sufrido la ignominia de mi hermano echándome de la que había sido mi casa, suyos los agujeros que por dos pesos con cincuenta había entregado a cazadores furtivos, noche tras noche, en asientos traseros de autos deportivos, en baños ruinosos de estaciones de tren, hoteles al paso, recovecos oscuros de taperas de mala muerte. Yo no estuve nunca en ningún lado.

Y sin embargo, ¿cómo pudo entonces encarnar en ese otro —yo mismo, esa nada— hasta el punto de hacer propios mis pensamientos, mis recuerdos, mi miseria? Intentó ordenar el recorrido de los últimos meses. Primero la separación con Emilia, sus ruegos para volver a tener alguna relación, su propuesta de contactar un prostituto que les diera la posibilidad de alguna redención compartida. Luego la noche en el hotel y a partir de entonces el abismo: ya nada recordaba de su vida como Roby sino como la de aquel chongo en el que había encarnado.

Su primera hipótesis fue defenderse de mí: esta voz en él era nada, Pablo Majno no era más que un espectro, un garabato mental ya

pronto a deshacerse en el fondo común del ruido blanco de todas las voces. Acaso la ruptura tan difícil, tan dolorosa con Emilia lo había obligado a peregrinar en el desierto hasta encontrar en la prostitución un modo de pagar y gozar la culpa de existir como una nada traicionada. Sin embargo, revolviendo entre las cosas de su dormitorio buscando aquellas que le dieran algún orden a la narración de sí mismo, encontró en el pantalón que llevaba puesto el día de su regreso, mi billetera y en ella mis documentos, los de Pablo Majno.

No tenía la menor idea de cómo habían llegado aquellos documentos a su bolsillo, pero tampoco quería saber más nada con la cuestión. Solo pretendía olvidarse de esa zona muda de su vida y empezar a curarse de sus ganas de perderse y no volver. Se encerró en su habitación de la casa de Pilar. Tenía que amigarse con su vida —al menos, es lo que repetía como un mantra en su mente, sin más posibilidad por mi parte que escucharlo hasta volverse insoportable—. Y sin embargo, por más exigencia que se impusiera, no sabía qué hacer con aquello que le resultaba tan ajeno como desconcertante: más allá de sus recuerdos de Emilia no había nada en derredor que reconociera como propio. Por ejemplo: ¿qué tenía que ver con todos esos cuadros colgando en las paredes de su casa? No recordaba ni haberlos pintado ni distinguía en ellos nada que le interesara. Su representante lo visitó varias veces, insistió una y otra vez con que debía terminar la serie que había prometido para no sé qué muestra en cierta galería de Barcelona, pero lo que suponía haber amado le resultaba ahora un mundo tan insulso como incomprensible. Obligado por el representante, tuvo que dar una entrevista a una revista española. Se encontró con el periodista en el comedor de la casa. El otro le preguntó por los distintos cambios de paradigma que había pasado su obra, la decisión de regresar a la pintura de caballete y la reinvención de la post figuración, la relación con Lucien Strauss, León Astermin y la tradición de la escuela minimalista. Todo que lo decía le resultaba el paredón de una lengua absolutamente incomprensible. Balbuceó incongruencias, nada tenía para decir ni sobre su obra en particular ni sobre la pintura en general.

Una sola conclusión quedó flotando en la deriva de su propia pérdida: si aquel era el mundo de Roberto Fernandez Sein, ya no era el suyo. En cambio, los recuerdos de mi vida resplandecían en su memoria como si fueran sus propios recuerdos y la pregunta seguía insistiendo: ¿dónde había estado durante todo ese tiempo en que había jugado con el fuego del infierno hasta el punto de regresar y ya no encontrar nada que fuera propio?

Nunca supo si alguna vez en su vida fue capaz de amar sin otro motor que la desesperación, pero sabía muchas cosas sobre el miedo. Siempre tuvo miedo de los perros y las ratas, también tenía miedo del

mar y de las alturas, principalmente a caerse de las alturas de cualquier balcón, terraza, montaña rusa o teleférico. Era algo que no sabía manejar, veía el abismo y el abismo lo llamaba, las cosas y los espacios en derredor comenzaban a dar vueltas en una vorágine de materia disuelta en el enchastre de colores que tendían a la mezcla y el cero absoluto de un blanco tan perfecto como lechoso. Ante ello retrocedía, se aferraba a lo que tenía a mano y tendía a volverse un bicho bolita envuelto sobre sus propios brazos, con las rodillas apretadas contra el pecho. Pero ahora había algo peor que el miedo. Se llamaba terror y al terror no podía explicarlo sino por la absoluta imposibilidad de explicarlo. El miedo lo tranquilizaba, al menos sabía de qué y ante qué cosas tenía miedo, pero ahora el terror lo alteraba todo, sentía la misma fragilidad de la existencia ante el peligro de perderla, la misma contracción en el pecho, la tensión de los nervios y el temblor de las entrañas, y sin embargo no había nada ahí afuera, ningún animal, perro o rata, ningún ser humano que fuera amenaza de nada, ni siquiera existía ningún abismo ante sus pies. Eso era el terror, saber que lo estaba perdiendo todo y sin embargo no existía nada que lo justificara. Desde luego, hay quien dijo que eso que él llamaba terror es la angustia ante la revelación de la nada, la nada espesa que se muestra cuando el sentido de la existencia se retira o bien cuando descubrimos que ese sentido ya es en sí mismo nuestra nada. Lo que entonces experimentaba no era la angustia ante la nada sino el terror de encarnar un rostro y una existencia que no eran suyas y no saber cómo había ocurrido, haberlo perdido todo y no poder explicarlo.

Pronto el encierro claustrofóbico se le hizo insoportable. Llamó a Emilia una y otra vez, solo para recibir como respuesta su rechazo más estricto. Ya nada quería saber con él, era hora de asumirlo y aceptarlo. Pero mi voz no se apagaba. Mi voz me sostenía vivo en el umbral de la desaparición y a las palabras me aferraba. Y entonces hablaba en él y mi voz era la voz de una multitud que se había infiltrado en su cerebro solo para hacer de su vida un pequeño infierno de uso múltiple. Pretendió hacerme callar, hizo lo posible por mantenerse alejado de mí y no escuchar las voces, pero yo estaba dentro, superpuesto, indistinguible de sus propios pensamientos. Y entonces mi voz era su voz. En consecuencia, él no tenía ninguna voz porque incluso sus palabras eran mis palabras en él, sin que, en verdad, tuviera por mi parte ninguna palabra que no fueran palabras de cualquiera en él.

Ya no aguantó más. El único modo de curarse era enfrentar a su demonio personal. Quiso saber. Pensó que en algún lugar del mundo, yo debía existir. Salió de la casa como se sale de la vida a dar un paseo por ahí. Con mi billetera y mis documentos se dirigió a Balvanera pensando que todavía vivía en el hotel del que guardaba los

recuerdos más claros. Fue el conserje el que lo reconoció. Según sus palabras se había alojado en una de las habitaciones privadas durante cuatro meses bajo el nombre de Pablo Majno. Aquello era el comienzo del desastre: la idea de que Pablo Majno no existía volvía a imponerse. Tenía que asumir entonces que había sido él, Roberto Fernandez Sein, el que había vivido allí cavando su propio agujero.

El conserje aprovechó su visita para recordarle que todavía le debía los dos últimos meses de su estadía. Le pagó en el momento y le preguntó si habían quedado cosas mías en la habitación. El otro le respondió que ningún inquilino nuevo se había presentado, por lo que la habitación se encontraba intacta, ni siquiera había entrado para hacer alguna limpieza. Le dijo que entonces se la volvía a alquilar y que le pagaba dos meses por adelantado.

La piecita —le pareció— era un chiquero indigno de cerdos más o menos conscientes del cuidado de sí mismos. No podía entender cómo había hecho para vivir en ese lugar durante cuatro meses, hasta dónde había caído. Aquel era un planeta desconocido en el que recién aterrizaba, sin embargo, reconoció en la pared del cuarto el Mapa Sanguíneo-Gráfico que alguna vez había trazado. Sus colores rojos, amarillos y verdes, sus flechas uniendo distintos puntos como una red ferroviaria que atravesara el territorio nacional, el sentido general se le mostró claro y preciso. Supo —y yo no tenía idea de cómo lo sabía — que aquel era el mapa esquizo de los desplazamientos del virus y a la vez la representación gráfica del desvarío y el desastre.

Se topó también con un bolso azul que radicalizó la incertidumbre. ¿Había sido suya la agenda que encontró dentro? Unos treinta clientes aparecían con sus respectivos nombres, teléfonos y algunas direcciones. Subrayó los más asiduos: Norberto Díaz, Martín Azúa, Jonathan Echeverría, Brian Hernández, Roberto Lugones, Nahuel Rojas.

¿Puede el doble inconfesable de uno mismo boicotearnos la existencia hasta alcanzar el límite de una degradación de la que ni siquiera habíamos sido capaces de imaginar? Si Pablo Majno no había estado jamás en aquella habitación, si el bolso y la libreta no podían sino ser suyos, entonces debía asumir la humillación a la que él mismo se había destinado: prostituirse durante meses con todos aquellos desconocidos acaso sin más finalidad que darles caza y así sumar nombres y lugares a mi Mapa del Virus.

Otros nombres le llamaron la atención. Pensó que Axel Santana seguramente debía ser el amigo de Pablo que le había inspirado la creación del Mapa. Nada recordaba de ningún Axel Santana en su vida. Yo sí, pero nada dije. En cambio, al doctor Claudio Scherer lo conocía de haber compartido alguna de las tantas fiestas que ciertos amigos en común solían organizar en un tugurio gay de Palermo. Una

coincidencia feliz: los dos habíamos compartido algunas amistades sin saberlo. El nombre de Claudio Scherer ahora volvía a hacerse presente, escrito en una hoja separada del resto. Le resultó evidente que habíamos sido amantes o quizás solo trabajado como chongo del doctor con algún tipo de exclusividad. No se equivocaba. Leyó el nombre de los hoteles donde estuvimos y que yo mismo —el que había sido— anoté: tres de la Panamericana, dos en la calle Godoy Cruz y un tercero en la ciudad de Tandil. También apareció escrito el teléfono privado del doctor, el teléfono donde trabajaba, la dirección de su casa y en el margen cierta aclaración que le pareció significativa: "Dirección de infectología del Hospital Muñiz. Llamarlo cuanto antes para posible tratamiento".

En el fondo del bolso encontró cinco fotos de mi madre. Él era un intruso en mi vida, husmeando entre mis cosas. Pero el intruso era yo. El forastero, sí, pero también su huésped de honor, desde entonces su incesante convidado, su eterna compañía. Las contempló como si fuera su madre la que entonces lo miraba. Se acostó recordando su muerte, el cáncer consumiéndola por dentro, su rostro de muñeca de porcelana resplandeciendo en el féretro. Se durmió pensando cómo era posible guardar en su memoria los recuerdos efectivos de una mujer a la que nunca había conocido.

¿Quién había sido ese otro que vivía en él? ¿Quién aquel que se escondía detrás de las imágenes que se mostraban en su memoria como si fueran sus propios recuerdos? Sabía el nombre del huésped, pero quién había sido. Recuperar su vida, eso es lo que quería, reconstruir el mundo del otro para saber al menos quién era el que entonces se hospedaba en el cuarto oscuro de su cerebro. Esa noche tuvo un sueño raro. Soñó que volvía a ser Pablo Majno y se encontraba en la casa de mi madre. Era exactamente igual a cómo él la recordaba, pero estaba completamente vacía sin rastros de sus muebles, sillones, fotos, estatuitas. En el sueño era consciente de lo que aquello representaba: el vacío en derredor, las paredes desnudas acechando el espacio que creaban, era la pérdida de mis recuerdos —los de Pablo. Él me los había robado. Ahora mi pasado sobrevivía en Roby. Aquella casa abandonada era mi memoria —él la había vaciado —, cada habitación un hueco de mi pasado —él lo había cavado—.

De su mochila sacó una fibra y un block de hojas. ¿Lo movía la culpa de haber hurtado mi pasado y dejarme morir en aquel agujero del olvido? ¿Me escuchaba? ¿Era yo el que tramaba esas imágenes en su noche mental? Enseguida se puso a dibujar cada una de las cosas faltantes como un modo de recuperar lo que yo había perdido. Dibujó entonces los sillones del comedor, la mesa ratona en el centro, un

aparador a un costado. Los dibujos eran de una exactitud apabullante, no solo dibujaba el sillón sino cada uno de sus pliegues y sus pintitas multicolores sobre el fondo negro. En la mesa ratona, dibujó cada una de las estatuitas con detalles abrumadores, incluso las fotos que debían colgar de la pared. Luego pasó a la cocina y dibujó la mesa, las sillas, la alacena y cada uno de los platos y cubiertos ordenados junto a la bacha, y luego también fue a la que había sido mi habitación y allí dibujó la cama, la cajonera, el placar y cada una de las cosas que guardaba dentro. Después pegó cada una de las hojas en el piso, en las paredes, en el techo. Así, cada centímetro cuadrado fue revestido con cada uno de sus dibujos. Donde debían estar los sillones, pegó el dibujo de los sillones; donde la mesa el dibujo de la mesa. Donde estaba la pared blanca, se limitó a escribir las palabras "pared blanca" y aunque entonces la pared ya no era una pared blanca se sintió satisfecho. Luego escribió en el techo la palabra "techo" y en los mosaicos del piso se limitó a escribir "piso".

De pronto la casa se convirtió en el cerebro de un dios filosófico de la representación y los signos. Reconstruyó todo lo que yo había perdido, milímetro por milímetro, con las perspectivas y claroscuros más adecuados, formando todo en conjunto el enorme holograma del museo de mi pasado. No supo cuánto tiempo le llevó realizar la obra, pero creyó haberme devuelto mi lugar en el mundo. Recién entonces se sentó en el dibujo de la mecedora mirando en la pared blanca el cartelito que decía "pared blanca". Su pensamiento se deslizaba armonioso entre la representación y las ausencias y supo entonces que su trabajo había sido un modo de exorcismo, una purificación espiritual, una forma de expulsar los recuerdos ajenos, desterrar mi memoria de la suya, para quedar entonces grabados en el mundo, y no en su cerebro. Pero en ese punto le faltaba algo: dibujarme a mí, dibujar a Pablo, devolverme a la vida para contemplar el regalo que me había hecho.

Esa misma mañana quiso visitar la casa con la que había soñado. ¿O fui yo el que lo llevó hasta allí? Tenía una dirección inscripta en mi documento de identidad, tomó un taxi y se bajó en el barrio de Flores. En un momento divisó una fábrica y enseguida se dio cuenta cuál de todas las casas de la vereda de enfrente había sido la casa de mi infancia, la misma de la que me había echado mi hermano cuando murió mi madre. Se paró contra el paredón, encendió un cigarrillo y se dio el lujo de la contemplación. Le asombró encontrarla intacta, absolutamente idéntica a cómo se mostraba en sus recuerdos —mis recuerdos en él—, incluso absolutamente igual a la casa con la que había soñado la noche anterior.

Acaso yo mismo lo llevé hasta allí, quizás fui yo el que lo tomó de

la mano y lo arrastró hacia mi propio pasado. Lo cierto es que cruzó la calle y golpeó la puerta. Mientras esperaba que alguien le respondiera resplandeció en su memoria la imagen de mi madre y el temor cierto de que sea ella la que entonces lo recibiera. No fue mi madre la que abrió, aunque tampoco podría asegurarlo del todo. Acaso había pasado el tiempo suficiente desde su muerte como para ni siquiera yo poder recordar cómo era su rostro ni cómo se vería entonces. Lo cierto es que le abrió una mujer aterradoramente parecida a la imagen borrosa que yo tenía de mi madre, pero que evidentemente no podía ser mi madre.

Si hubiera tenido un cuerpo propio hubiera temblado. Él tembló por mí. Aquella mujer no se parecía a mi madre, era mi madre. Lo imposible refusilaba y de pronto no supo qué decirle. Necesariamente debía ser otra mujer y aquello solo un espejismo creado por el huésped oculto entre sus neuronas. Se quedó inmóvil balbuceando algo que a mí mismo se me escapaba hasta que de pronto se le ocurrió hacerse pasar por mí. Dijo que su nombre era Pablo y que estando de paseo por el barrio se le cruzó la idea de visitar la que había sido la casa de su infancia.

Escuchando lo que él mismo decía, se sintió absurdo, pero la mujer pareció comprenderlo y lo invitó a pasar. Entonces sucedió algo que al menos para mí resultó asombroso: nuestra anfitriona no era solo idéntica a mi madre sino que también resguardaba cada uno de los detalles de mi casa como si nada hubiera pasado en todos esos años —desde las estatuitas y bomboneras hasta los floreros, la mecedora y las copas sobre el aparador. Mi madre había muerto y no había muerto. Aquella no era mi casa pero seguía siendo mi casa. Mi voz en él seguía siendo mi voz, pero yo no existía sino siendo él mismo. Era como si no hubiéramos ingresado a la casa de mi madre sino a un portal del tiempo. La casa de mi madre no existía en el presente, en ningún presente, sino solo, únicamente, en un eterno pasado; en todo caso, cada centímetro cuadrado de aquella casa era la copia más perfecta y sublime de lo que había sido, incluso reproducían punto por punto, trazo por trazo, cada uno de los dibujos que la noche anterior él había soñado. ¿Pero cómo podía recordar el pasado de otro como si fuera el suyo con tal grado de claridad? Tuvo miedo de sí mismo, miedo de perderse otra vez y caer en la tentación fácil de encarnar en cada célula mi existencia hasta borrar por completo la suya. La mujer le señaló un sillón del comedor y lo invitó a sentar. Le preguntó si quería un café o algo para tomar y se marchó hacia la cocina. Entonces se dio cuenta que la mujer había dejado cada una de las fotos que mi madre exhibía en las paredes del lugar. No tenía dudas: todo lo que en derredor encontraba pertenecían a sus

visiones. Sin embargo, ¿por qué la mujer guardaba todavía esas fotos que nada tenían que ver con su vida?, ¿no tenía ella una vida propia, algún pasado que resguardar en sus propias fotos? Cuando volvió de la cocina se sobresaltó como si su presencia le devolviera el estatuto de un intruso. Le acercó una taza de café en una bandeja y entonces se dio cuenta de que en verdad lo que le había sobresaltado era el desabillé que tenía puesto —azul Francia, con lunares blancos, era el que usaba mi madre desde que se levantaba por la mañana hasta que se dormía a la noche. Lo recordó perfectamente, quizás aquella era la única vestimenta que mi madre usaba en la casa. ¿Era aquella mi madre? ¿De qué infierno de simulacros y réplicas había surgido aquel fantasma?

Solo para salir de su propia maquinación mental, le preguntó por las fotos, ¿por qué todavía las exhibía como si fueran sus recuerdos? Entonces aquella mujer nos sorprendió. Nos enteramos de que era ucraniana, aunque en verdad, había nacido en lo que entonces era un Estado separatista de la vieja Ucrania, llamado Ubequistán —claro que Ucrania ya era un país separatista con respecto a Rusia, por lo que Ubequistán era un Estado separatista al cuadrado. Hacía unos años que había llegado a la Argentina como exiliada política escapando de los Pogroms ubequistanos contra los que habían nacido ucranianos. Pero el drama político había sido para ella también un drama familiar. Sus dos hijos habían nacido después de la separación de Ubequistán y como buenos ubequistanos se habían comprometido con la causa revolucionaria a tal punto que durante las revueltas del año ´97 asesinaron a su padre, le cortaron la cabeza, la pasearon por las calles de la ciudad y la dejaron colgada junto a tantas otras en los árboles de la plaza central. Fue entonces que no le quedó más opción que escaparse a donde el viento la llevara y el viento sopló fuerte arrastrándola por media Europa —indocumentada, pasó unas semanas en Alemania, unos meses en España, hasta que harta del miedo de ser encarcelada o devuelta a Ubequsitán, terminó trabajando en un crucero que la depositó en el puerto de Buenos Aires. Con los dólares que tenía le alcanzó para comprar la casa de mi madre, pero en su fuga no había podido llevarse nada que no fuera lo que tenía puesto, por lo que cuando le compró la casa a mi hermano —momento en el que yo fui echado por la policía—, le pareció una buena idea dejar todo tal como estaba.

Al principio no le dio importancia a las fotos, solo las había dejado allí porque le gustaban y no tenía otra cosa con la que decorar las paredes y los muebles. Luego, con el tiempo, se dio cuenta que tenía que armarse una nueva vida y fue entrando en cierta intimidad con ellas. Muerto su marido, olvidados sus hijos parricidas, lejos de Ucrania, no tenía más familia que aquellas fotos. Invitaba a las amigas

que se fue haciendo en Buenos Aires y como no tenía ganas de rememorar ni contarle a nadie su tragedia, les inventaba que los dos chicos que aparecían en las imágenes eran sus hijos, que la mujer rubia que los acompañaba —es decir, mi madre— era ella misma cuando usaba tintura. Así fue apropiándose de mi pasado o de lo que ella se había inventado a partir de las fotos como un pasado compartido. Dijo entonces que había estado años enteros esperando conocerme. Solo resguardaba fotos de mi infancia pero ninguna que mostrara cómo sería Pablo en la actualidad, por lo que cuando hacía un rato me había abierto la puerta fue como un síncope chocarse de frente con el que tantas veces había imaginado, soñado, y del que no dejaba de hablar con amigas, visitas y gente en general.

Claro que el que entonces hablaba con aquella señora no era Pablo, al menos yo no participaba de la conversación, sino ese otro que ocupaba mi lugar en el mundo. Pensó en ese momento decirle la verdad, contarle lo que le pasaba conmigo y que en realidad había llegado a aquella casa torturado por mis recuerdos que no dejaban de acechar en su mente. ¿Pero cómo explicarle una cosa así? Se mantuvo bajo un silencio riguroso que seguramente le parecía a ella una invitación a continuar con su historia. Entonces le contó que su nombre real era Dimitrovna Anquestiovna. Como aquel nombre no le facilitaba las cosas y delataba su carácter de extranjera decidió hacerse llamar como mi madre, es decir, Mónica. Había encontrado ese nombre escrito en una de las fotos y le pareció un lindo nombre para llevar como propio. Desde entonces Dimitrovna Anquestiovna pasó a llamarse Mónica Saltamontes y el nombre se le transformó en un mantra que repetía constantemente a lo largo del día de tal modo que terminaba soñando con voces que así la llamaban. Pero para llevar dignamente el nombre de mi madre, debió entrenarse, olvidar a Dimitrovna y cumplir con los rituales necesarios para que su nuevo nombre se le grabara a fuego. No solo hacerse llamar Mónica Saltamontes por sus amigas y conocidos sino fundamentalmente ser ella misma Mónica Saltamontes. No se trataba solo de hacer de…, sino de encarnarlo radicalmente. Ella, morocha de los Cáucasos, se tiñó el pelo de rubio como mi madre, usó su ropa, sus zapatos, su bijou como para entrar en el papel. Como tampoco le pareció suficiente se hizo alguna cirugía estética para acercarse todavía más al modelo original; y aunque los detalles resultaran tan ínfimos, no había quedado del todo conforme. Con el resto de los dólares que le sobraron de la compra de la casa, alquiló un negocio y se puso una regalería. Tuvo la suerte de que el local que Mónica Saltamontes había alquilado durante años estaba desocupado y a disposición. Le dejó el mismo nombre —Regalos Moni— y allí trabajaba el día entero, desde las nueve de la mañana hasta las ocho de la noche, del mismo modo que mi madre.

De esa forma, la falsa Mónica supo hacerse pasar por la verdadera, no solo, como dije antes, adoptando su nombre sino encarnándolo radicalmente. Y si la identidad no se constituye sino como efecto de una lógica del reconocimiento, a decir verdad, aquella mujer se había ganado con creces la identidad de mi madre. Al menos eso es lo que pensó Roby. Lo cierto es que ya ni el nombre quería recordar de sus impiadosos hijos ubequistanos, pero el nombre de sus nuevos hijos —el mío y el de mi hermano— los llevaba consigo como se llevan los brazos, las piernas y la lengua.

A fuerza de un adiestramiento espiritual riguroso, se encontraba muchas veces recordando involuntariamente cosas de la Mónica verdadera. Solo para ponerlo al otro a prueba, le dijo que intentara recordar algo que hubiera hecho con mi madre y que solo Mónica y Pablo pudiesen saber. El otro pensó que aquello era un modo de evaluar si era cierto que sus recuerdos de mi vida coincidía con lo real, sin embargo, la escena tenía su extrañeza, de fondo, no eran los dos más que unos impostores, ella pretendiendo ser Mónica Saltamontes, él asumiendo mis recuerdos como propios. Entonces le habló de unas vacaciones que habíamos pasado en Mar de ajó. El recuerdo se había borrado de mi memoria, pero él parecía recordarlos por mí. Incluso, para mi sorpresa, no solo era él el ladrón, la falsa Mónica también lo recordaba con toda precisión. Hablaron de un viaje en micro, de las arboledas de un camping, de la lluvia inundando nuestra carpa, de los baldes que llenábamos de almejas haciendo pozos en el amanecer de la playa, de un bosque y un árbol al que trepamos con mi hermano, de una noche de luna llena que bailamos alrededor de un fuego que habíamos hecho entre los médanos. Aquellos dos estaban exhumando el cadáver de mi memoria. Esos recuerdos eran míos y de mi madre pero ni ella era Mónica Saltamontes ni él era Pablo, sino solo dos vulgares ladrones de tumbas ajenas.

Y mientras yo me preguntaba a qué estaban jugando, él se estremecía de amor ante el fantasma ucraniano de mi madre y lo que al principio le había parecido aterradora semejanza se transformó en certeza indubitable. Aquella mujer no solo se merecía ser Mónica Saltamontes, sino que lo era en cada uno de los átomos de su existencia. La miró, se miraron. La mujer se tapó la cara con el mismo gesto que realizaba mi madre cuando se ponía a llorar y no quería que la vieran. Entonces la abrazó y sintió los estertores calientes de su cuerpo deshaciéndose entre sus brazos. Aquel abrazo era su bautismo redentor, muerte y transfiguración. Comprendió de inmediato que ese mismo era el último paso que le faltaba dar para dejar de ser Dimitrovna Anquestiovna y encarnar completamente la persona de Mónica Saltamontes: su hijo, ser reconocida por el verdadero hijo de

Mónica. La fragilidad de sus huesos entregados a sus brazos, eran para él la tentación maximalista: omitir el temita de que no era el verdadero Pablo y asumir que aquella mujer no solo se merecía ser mi madre sino que lo era.

Sin embargo, en ese momento sintió que estaba traicionando mis recuerdos, ¿o fui yo el que le impuso un límite a toda esa locura? No lo sé, pero una fuerza de repulsión lo llevó a alejarse de la Dimitrovna y poner las cosas en orden. Ella dio unos pasos hacia delante y lo abrazó de vuelta. “Hijito”, creo haberle escuchado decirle al oído. Esa palabra —la haya pronunciado o no— me dio asco y un torrente de imágenes venidas desde el deshielo de las montañas de mi infancia rompió la represa hecha con las maderitas podridas que los castores del olvido habían levantado.

—No me digas “hijito”, no me digas nada, yo no soy hijo de nadie —le respondió.

—No digas eso, vos no sabés lo que te quería tu madre.

—¿Mi madre? No me hables de esa mujer, acaso hubiese preferido no tener ninguna madre —dijo pensando en su verdadera madre.

Si algo no quería era lastimarla, su relato le resultó conmovedor: había hecho lo imposible durante años por encarnar a Mónica Saltamontes y ciertamente se lo había ganado. Su arrebato repulsivo no tenía nada que ver con ella, simplemente se dio cuenta que no existía ninguna narración para él. Se quedó en silencio frente a la falsa Mónica contemplando nada, la pared, las fotos, las estatuitas y todas las bagatelas con las que mi verdadera madre había adornado los rincones de la casa, miró una y otra vez, de un lado hacia otro, recorriendo el lugar con sus ojos y comprendió que aquello nada podía significar para Roberto Fernandez Sein. Su memoria era un mapa vacío y nada tenía que dibujar allí.

En verdad, su memoria estaba tan llena con mis recuerdos que ya no podía reconocerse en su propio pasado. No guardaba recuerdos de su madre más que ciertos atisbos pronto a deshacerse. Los paisajes de su infancia se borraban, ninguna imagen parecía unirlo a su pasado. No sabía cómo todavía no se había olvidado de hablar, cómo era posible acordarse de su propio nombre. Los rostros se desfiguraban, los nombres que alguna vez debieron haber sido moneda corriente en su trato cotidiano tartamudeaban en su mente, hacían equilibrio en la punta de la lengua y desfallecían antes de poder ser enunciados. Lo único que tenía para contarse acerca de Roberto Fernandez Sein era aquello mismo que quería olvidar —Emilia—. En todo caso, ese al que llamaba Roberto Fernandez Sein estaba muerto en él, quizás había nacido hacía un rato pero sin ningún pasado que pudiera recordar como propio sino el mío.

Pensó en mí. Se había adentrado en mi memoria hasta hacerla suya —¿o fue al revés?—, pero entonces se daba cuenta que el costo había sido demasiado grande. ¿Por qué tuvo que jugar ese juego que tan mal le había hecho, por qué aceptó mis recuerdos como propios cuando su vida ya estaba lo suficientemente destrozada y lo que debía era hacerse cargo de ella? Ya no tenía importancia. A esa altura las imágenes mentales de su pasado no tenían más consistencia que una ameba gelatinosa e informe. Yo lo había hecho incapaz de trazar la más mínima la narración de sí mismo. Su memoria era una fábrica abandonada pero la maquinaria neuronal no dejaba de trabajar y producir. El problema era que la mercancía no era para él sino para mí. Pero ¿qué parte tenía él en el reparto de las partes?

Dimitrova registró su desolación. Le preguntó qué le pasaba, dijo que se sentía mal, ya nada podía recordar de lo que había sido su vida. Se quedaron mirándose sin decirse palabra. No podía contarle a aquella extraña lo que le pasaba conmigo, mi voz en él y mis recuerdos, pero se sintió comprendido ante su mirada. De fondo, ella sufría la misma condena, los dos vivían la vida de otro en su propio cuerpo: ella la vida de mi madre, él mi propio pasado. Tuvo ganas de preguntarle si ella también había olvidado su pasado ucraniano, volviéndose por completa Mónica Saltamonte. No preguntó nada. No tenía necesidad de ninguna respuesta. De algún modo, supo qué era aquello que los convocaba, qué era lo común en la comunidad de despatriados mentales que entre los dos formaban.

Empujada por el equívoco Dimitrovna lo invitó a pasar al cuarto que había sido el mío. “Acaso conectarte con los recuerdos de tu pasado puede ayudar a sentirte mejor” —dijo insistiendo para que aceptara la invitación. Allí dentro estaba la cama, los poster, la persiana rota de la ventana, el ventilador de techo, y todo resultaba tal como había aparecido en la reconstrucción de mi memoria. Siguiendo a Dimitrovna se puso a revisar los cajones, el placar, cada uno de los rincones y sintió que estaba desenterrando los restos arqueológicos de mi paso por el planeta. Los mareos se impusieron, una sensación de repugnancia me invadió. ¿Era suyo el vértigo? Acaso en este punto compartíamos lo mismo. Aquello simplemente no nos generaba nada, y el vértigo compartido no se debía a los recuerdos sino a la absoluta falta de interés que aquello nos generaba. No teníamos nada que hacer ahí, nada que recobrar.

Entonces se dio cuenta de algo. La revelación que esperaba se diera en su interior, en verdad, estaba fuera de nosotros: eran aquellos juguetes, las revistas de mi abuelo, los libros, la ropa, el cuadro en su conjunto, el recuerdo de lo que habían sido, como si cada existencia en aquella habitación fuera una contracción del tiempo pasado, y contuvieran por ello las imágenes y las historias de lo que ellas

mismas habían sido. ¿Qué historias, qué imágenes? No lo sabía, ni tenía ganas de saberlo. No era eso lo importante, sino la revelación de que los recuerdos que nos exigíamos no eran suyos ni míos ni de nadie, sino únicamente de las cosas mismas.

Llevado a una escala universal, el cerebro humano no difiere demasiado al de una mosca, pero entonces ¿dónde persisten los recuerdos sino fuera del hombre, en la superficie donde ocurren las cosas? Esa idea le trajo algún alivio: no tenía que forzar ninguna conexión espiritual con su pasado ni con el mío, porque el pasado ya estaba ahí afuera y ante los ojos, y si mi pasado no estaba en nuestra memoria sino completamente en las cosas mismas, entonces su cerebro no era más que el cuarto vacío que podía ser llenado con las voces inmateriales, las imágenes caóticas de todos y de nadie que flotan invisibles en el espacio.

En algún momento de nuestra visita, había pensado en quedarse en la casa para siempre, adoptar a aquella loca ucraniana como su madre y de algún modo devolverme mi vida, una vida representada por otros, dos farsantes jugando el juego de ser lo que no eran, pero una vida al fin. Sin embargo, ni él ni yo teníamos ya nada que ver con ese mundo: si algo se nos había revelado de nuestra pequeña estadía en la casa de mi madre era que nuestra memoria era esa nada, el cuarto vacío de nuestras almas.

Pero él se aferraba al cuento policial. Tenía que descubrir quién había sido Pablo Majno, de dónde surgían sus recuerdos como si le fueran propios. Acaso todavía tenía que hacer propio el nombre del otro. Se mentía a sí mismo, con solo regresar a la pocilga de nuestra habitación de hotel o volver a su casa y encontrarse con la desolación que Emilia había tejido en derredor, comprendió lo que todo pueblo después de una colonización salvaje termina sabiendo: no hay origen ni pasado que sirva de refugio al que poder retornar.

Fue entonces que llamó al doctor Claudio Scherer. Al otro día se encontraron en el Hospital. Se presentó como Roberto Fernandez Sein. Hizo mención a que lo conocía por medio de algunos amigos en común, pero nada dijo acerca de su relación con Pablo —como amantes o chongo al que contrataba de forma asidua—. Scherer se mostró cortante. Para nuestra sorpresa, dijo que si quería ver a su amigo debía saber que no sería fácil de asimilar.

Pablo se encontraba en una habitación vidriada cercada por cortinas negras que mantenían el aislamiento, al fondo del pabellón de Terapia Intensiva. ¿Pero dónde estaba yo mientras tanto? El amontonamiento de huesos marcados contra la piel y la carne informe deshaciéndose en un mero rejunte de células ya no remitía a nadie.

Pero era yo el que estaba tendido en la cama. Solo unos metros de distancia nos separaba o me separaban de mí mismo, del que yo había sido y seguía siendo. Yo estaba fuera y me veía morir como si fuera otro, un desconocido, una cosa. Y sin embargo yo era Pablo Majno, su vida había sido la mía, yo debía estar muriendo con él.

Nos acercamos unos pocos pasos más. El moribundo —sea lo él fuere— ni siquiera tomó registro de nuestra presencia. ¿Qué hubiera visto en mí viéndose a sí mismo en otro? La sensación específica era que no existía ninguna sensación específica sino un vértigo extraño que acechaba la forma del horror. Si yo estaba fuera del que estaba muriendo y sin embargo era yo el que estaba muriendo, ¿existía algo al que todavía pudiera llamarse alguien, dentro suyo? La idea me aterró. Quién otro vivía por mí dentro de aquel que yo había sido. Quise defenderme pretendiendo creer que esos despojos ya no eran Pablo Majno.

"De Pablo Majno ya no queda nada en tu amigo" dijo el doctor Scherer y agregó que había llegado hacía unos meses por su propia cuenta al Hospital cuando todavía tenía alguna memoria de sí mismo y cierta coordinación en los movimientos. Escucharlo hablar de mí como si yo no estuviera allí, no dejaba de aturdirme. Dijo que no había tardado en perderlo todo. Ese que se había presentado como Pablo Majno y había preguntado por el doctor Claudio Scherer ya no recordaba quién había sido Pablo Majno ni el doctor Scherer. A la pérdida progresiva de su memoria le siguió la descomposición orgánica que tenía frente mío. Su rostro era el de un leproso, había perdido las facciones que lo identificaban. La desfiguración era total, la carne de su cara se había ido cayendo de a pedacitos hasta no dejar sino el esbozo del recuerdo de que allí existía un rostro humano. A la pérdida del rostro se le sumó el borramiento de sus huellas digitales, ya entonces Pablo Majno era nadie.

La palabra Sida se amontonó en la boca de Roby. ¿O fui yo el que habló solo para escapar de la visión de ver mi cadáver vivo a solo unos metros de mí mismo? El doctor nos corrigió. Dijo que ya no se trataba del VIH sino de su evolución en otra cosa. Lo que se contagia ya no es solo el virus sino, con este, toda la cadena genética del agente transmisor —explicó al pie de la cama.

Nos pidió que habláramos más tranquilos en su oficina. Dejamos atrás lo que quedaba de Pablo y pasamos de nuevo entre el murmullo espeso de los internados en el pabellón. Nos invitó a sentarnos junto al escritorio y sirvió café para dos.

—Hace años que investigamos la mutación pero todavía estamos en una fase exploratoria. Lo que vio de su amigo es lo que queda de aquel que transmite el virus.

Sobre el escritorio, cuatro portarretratos exhibían a una mujer y

dos chicos de no más de cinco o seis años que seguramente eran su esposa y sus hijos. Una decena de diplomas enmarcados colgaban de la pared y la biblioteca detrás de su espalda. Nos detuvimos en el lomo de los libros, la gran mayoría estaban escritos en alemán. Recién entonces le pareció a Roby reconocer la musicalidad rara con la que el doctor masticaba las palabras y las dejaba ir como si de algún modo se las estuviera comiendo. Bajo la luz más intensa de la oficina notó las manchas rojas y negras que salpicaban las manos y los brazos del doctor para volverse esferas más intensas en su rostro y en su cuello. El maquillaje promiscuo no podía disimular las marcas de la enfermedad.

—Se desfiguran las facciones del rostro hasta volverlo irreconocible y se borran las huellas dactilares. Le hicimos un examen de ADN, no encontramos nada que respondiera a la persona de Pablo Majno —dijo el otro mientras yo pensaba o acaso Roby pensaba que en cierta manera estaba hablando de lo que a él mismo le estaba prometido.

—Ya no hay modo de identificar quién es, ni quién fue, pero en la transmisión del Virus la cadena genética no se pierde, de algún modo que todavía no podemos explicar se traspasa al agente receptor. Tarde o temprano el código genético del primero transforma los componentes moleculares del segundo. Se trata de una lucha en la que uno se apodera del otro y entre ambos conforman una nueva identidad —agregó y buscó entre los papeles que amontonaba sobre el escritorio para pasarnos los análisis genéticos de los que había hablado.

—…

—Ni yo sé lo que significa. No podemos terminar de entenderlo, tuvimos el mayor cuidado extrayendo y enviando las muestras para realizar la identificación genética, pero los resultados presentan fragmentos de cadenas de nucleótidos diferentes como si varias identidades se confundieran en una sola. Enviamos dos muestras, las dos presentan la misma anomalía. No hay identidad definida para ninguna de ellas, al parecer se mezclan y se superponen fragmentos excluyentes como si distintas personas convivieran en una sola.

—…

—¿Puede un hombre ser uno y a la vez otro y otro más, hasta alcanzar el estatuto de multitud? No lo sé, pero en la disyunción está el equívoco. No se trata de uno o del otro. En el caso del paciente que hablamos, al menos, se trata de una conjunción por la que sus células han optado por el camino de la simultaneidad.

—…

—No solo viven en él, él mismo es todos esos otros.

—…

—Su memoria es lo que menos debería importa. Quizás el olvido sea el único modo que su existencia pueda soportar lo que está inscripto en su ADN, acaso sea el modo que encontró para no volverse loco. Nadie puede con su propia memoria, cualquier hombre, yo mismo, todos tendemos al olvido como un modo de sobrevivir a nosotros mismos, ¿no es cierto? Necesitamos olvidar para borrar el pasado y poder darnos algún presente. ¿Cómo sería la memoria de una persona que lleva tres, cuatro, cinco identidades diferentes inscriptas en su ADN? Mejor sería no saberlo, al menos yo no querría saberlo. ¿Por qué Pablo Majno perdió la memoria, por qué no puede recordar nada? Se me ocurre que si pudiera hacerlo ya no quedaría nada de él, quizás ese es su modo de defenderse.

—…

—Defenderse de su propia biología, de su propia genética. No es difícil de explicarlo. En todas las ocasiones, cada vez que una célula se enfrenta con diversas alternativas, opta por una y elimina las otras; en cambio, en el caso de los pacientes como Pablo, las células de su cadena genética optan simultáneamente por todas las que le son posibles. Así, su ADN crea diversas identidades. Ante cada combinación celular, las identidades proliferan, los senderos biológicos se ramifican en identidades discontinuas, opuestas y excluyentes. En este caso, es como si las células de nuestro paciente hubieran optado por todas las alternativas, sin importar ninguna oposición ni principio de identidad, sino incluyéndolas en un mismo individuo.

—…

—No es lo que estoy diciendo, nunca haría mención a un "monstruo genético", solo me limito a explicarle lo que dicen los análisis.

—…

—Realizamos varias interconsultas con distintos especialistas en mutaciones genéticas. La mayoría ni siquiera nos respondieron. Otros dijeron que la situación escapaba a sus especialidades. Solo nos respondió un laboratorio norteamericano. Están convencidos que la sintomatología general de pacientes como el nuestro no responde a causas orgánicas ni las mutaciones pueden ser derivadas de la propia estructura genética. Es decir, solo una causa virósica puede provocar las alteraciones y mutaciones encontradas. Desde hace años trabajamos en esa dirección. Nos planteamos la hipótesis de una mutación del virus del HIV que afecta la cadena genética entre el agente transmisor y el agente receptor. Al igual que en el laboratorio norteamericano, los resultados de los exámenes de HIV de todos los pacientes que atendimos dieron positivo.

El doctor se dio un respiro. Se levantó de la silla para servirse otro café y volvió al escritorio. Registramos entonces el temblor en su mano, pensé o pensó Roby en la indefinición de su edad y la magia extraña por la que si se prestaba atención a la totalidad de su presencia no podía tener más de cuarenta años y sin embargo si me detenía en las partes, cada una de ellas dejaba adivinar un viejo de ochenta. Así, pequeños retazos de cuerpos decrépitos conformaban un conjunto más o menos juvenil y el mismo doctor Scherer parecía uno u otro según la perspectiva.

—Dadas las mutaciones del virus, la información genética pasa del transmisor al receptor y con ello el campo de batalla no es solo el organismo sino que la mezcla y el contagio se da a nivel neuronal. Es decir, la memoria de uno pasa a intervenir en la memoria del otro. No quiero ponerme técnico, pero las sinapsis cerebrales del agente receptor toman la información de la nueva cadena genética y así se producen imágenes mentales, sueños y recuerdos que son los sueños y los recuerdos del otro.

En ese momento tuvimos la sensación que el doctor tenía un interés solapado al tomarse el tiempo de contarnos todo eso. ¿Sabía lo que nos estaba pasando?, ¿sospechaba que era Roby el agente receptor que, si sus teorías eran ciertas, había recibido como un don no solo el virus sino el pasado completo de Pablo?

—La intimidad mental de uno y de otro y de ¿cuántos más? pasa a ser la del individuo contagiado y este comienza a vivir una vida que no es la suya, como si el otro o los otros vivieran en él. Pero pensemos para adelante, en este momento alguien debe recordar el pasado de Pablo como si fuera el suyo, acaso pueda soñar los sueños del otro. De algún modo, todo lo que Pablo fue para sí mismo es ahora parte de la vida mental de la persona a la que le transmitió el virus. Y no podemos saber hasta dónde se extiende esta lógica, pero acaso esa persona llegue a ser enteramente Pablo Majno.

De pronto tuve miedo. Yo no tuve miedo. Yo no estaba allí, yo estaba muriendo en una de las camas de aquel pabellón. Fue Roby el que tuvo miedo. El otro —yo mismo— había transformado su memoria en una réplica de la suya. Pensó si acaso no había buscado con ello sobrevivir en él después de su muerte. Pero entonces ¿moriría Pablo Majno o sobreviviría en su réplica? ¿No era acaso él el que se destinaba desde entonces a vivir la vida de Roberto Fernandez Sein, condenándolo a un completo olvido de sí mismo? Aquello significaba la coronación de un trabajo demencial, ese otro que estaba muriendo había matado a Roby para sobrevivir en él. Intervino en su vida mental, ocupó los recovecos más íntimos de sí mismo e hizo de su memoria un lugar donde quedarse a vivir hasta que finalmente de

Roberto Fernandez Sein no quedara sino el crepitar de unas llamas apagándose. No era entonces Pablo Majno el que estaba muriendo en aquella cama de Terapia Intensiva sino que era Roby el que estaba muriendo en él mismo. Eso es lo que pensó. Eso es lo que pensé.

¿Se siente bien?, lo noto como pálido —dijo el doctor cambiando de tema.

…

Se quedó pensando en algo.

...

Necesitaba hablar con usted personalmente, porque sería importante para nosotros saber quién fue infectado por su amigo. Sería un avance gigantesco en la investigación. No sé si podremos hacer algo por Pablo, pero acaso podemos ayudar a esa otra persona. Quizás todavía estemos a tiempo, antes de que la mutación se complete.

La alusión no fue directa, pero estaba seguro que el doctor estaba hablando de él. Dijo que intentaría ayudar como pudiera, que seguramente volvería para acompañar a su amigo y entonces le contaría si había podido encontrar alguna información.

Salió —salimos— del hospital pensando si no debía haberle confesado lo que le estaba pasando. De pronto, sintió el tiempo acelerándose como si en verdad el tiempo mismo no fuese más que la vivencia de las velocidades del organismo yendo a su propia putrefacción, en todo caso, el tiempo como una expresión de la vida orgánica comiéndose a sí misma. Eso era lo que llevaba en sus entrañas, tiempo, puro tiempo, el tiempo como una modalidad de la muerte constante, como un tic tac que insufrible en los oídos marcara los desplazamientos, las detenciones espasmódicas, las intermitencias del virus.

“Quizás todavía estemos a tiempo”, había dicho el doctor Scherer y él pensaba cómo estar a tiempo cuando es el mismo virus el tiempo que mata, cómo estar en el tiempo cuando es el mismo tiempo la muerte que nos quita la posibilidad de estar a tiempo de cualquier cosa.

VI. LA CARRERA LOCA DEL AMOR

Esa noche y la siguiente y también la posterior, Bakunin acompañó la estadía de Josefina en el Hospital Ramos Mejía, durmiendo en la sala de espera o tomándole la mano sobreviviente cuando permitían el acceso de las visitas al pabellón de internados.

Durante esos días, Bakunin y Josefina crearían un lazo de amistad que nadie podría deshacer, ese tipo de amistad que solo los desesperados son capaces de encarnar solo y únicamente porque ya no tienen nada que perder, ni siquiera, justamente, la desesperación de haberlo perdido todo.

Al despertar de la operación con la que suturaron el muñón de su mano amputada, encontró que su única compañía en el mundo se reducía a la de aquel desconocido de color negro azabache. Le preguntó por el nombre y cuando Bakunin lo pronunció agregando su apellido, Josefina, acaso alentada por los últimos bríos de la anestesia, se echó a reír a carcajadas. Le pidió disculpas mientras intentaba reprimir la risa, pero no podía creer que el único ser humano dispuesto a darle una mano a la que se había quedado sin mano era un negro tan anarquista que hasta llevaba el nombre de Mijail Bakunin. Bakunin no entendió ni el comentario ni la risa, se quedó callado sin esperar siquiera la explicación del chiste o la gracia o lo que fuere que la hacía reír tanto, pero Josefina igual le explicó que le parecía absurdo, más que absurdo, le parecía una mueca irónica de la vida, que justamente un anarquista bakuniano ayudara y acompañara a una trotskista, ya que, en todo caso, si había alguien que debía odiar a los trotskistas eran justamente los anarquistas bakunianos.

Ante la cara de desazón de Bakunin que no comprendía lo que la otra daba por sentado, se explayó en el gusto inveterado del camarada León en asesinar anarquistas y en especial si se trataba de bakunianos explícitos como aquel ucraniano de apellido Majnó, que era el más exasperante anarquista del mundo, fundador de los majnóvitas que defendieron Ucrania cuando los austro-alemanes la invadieron poniendo en jaque al gobierno bolchevique. Así, de algún modo, Majnó y los suyos salvaron la cabeza de Lenin, de Trotsky y de la revolución misma, pero los majnóvitas —explicó Josefina como si disertara ante la audiencia de adolescentes infradotados que el rostro

de Bakunin resumía— querían más que una revolución que tomara el poder del Estado para colectivizar los medios de producción, querían la abolición inmediata de todo Estado y autoridad, por lo que terminaron alimentando las ansias depredadoras de Ejército Rojo, resultando entonces 220.000 anarquistas asesinados por la sapiencia infinita de Trotsky. Del ejército majnóvita solo quedaría un fantasma dando vueltas por las estepas heladas; Majnó escapó del holocausto pero llevaría desde entonces nueve buracos en el cuerpo, uno de ellos el de un balazo que le había entrado por el cuello y salido por la mandíbula. Tras él se amontonaban no más de cien jinetes sobrevivientes que formaban a esa altura una horda nómade en busca de alguna cueva donde pasar la noche, un poco de pan, algún hilito de agua. Mientras tanto, en Moscú, la prensa leninista, obviando los 220.000 asesinatos, se encargaría de describir aquel ejército fantasma como "una multitud escasa de bandidos y violadores".

En fin, por eso —dijo Josefina— le parecía gracioso que un anarquista de apellido Bakunin fuese el único ser humano en el mundo que acompañara a una trotskista en su trance peor, ya que, desde luego, dudaba Josefina si algún trotskista en el mundo, ella misma por ejemplo, acompañaría a un anarquista mutilado en su lecho de enfermo o bien, seguramente, lo dejaría morir como un perro.

Cuando Josefina acabó su monólogo trasnochado, Bakunin pretendió explicarle que en realidad no se llamaba Miguel Bakunin sino Ikel Bukunin y que al menos hasta ese momento no sabía nada de Mijail Bakunin ni de Majnó y los majnóvitas, incluso no sabía que él mismo podía ser tildado de anarquista, solo se le había revelado su destino revolucionario en las páginas de un libro que hablaba de su padre, de los Batallones de Sidosos y de la Guerra Santa, pero Josefina ya había gastado todas las fuerzas que la sostenían y se quedó dormida roncando como una bebé feliz que soñara pequeños genocidios de bebé, diminutos fusilamientos de negros muñecos anarquistas producidos en los sótanos de las fábricas clandestinas del África más espuria y de muñecos anarquistas blancos cosidos en talleres enterrados bajo las nieves ucranianas, miles y miles de cadáveres chiquititos arrojados todos sus huesitos del tamaño de mini escarbadientes en un único pozo cavado a la escala mínima de un recién nacido.

Al despertar, ya disueltos los efectos de la anestesia, Josefina recobró el ímpetu guerrero, esta vez dirigido a las enfermeras y doctores que la atendían en el pabellón. Solo a los fines de calmar sus ataques de ira —gritos continuos contra unos y otros, destrucción sistemática de la sonda que pretendían dejar clavada en su vena, huida fallida de su secuestro hospitalario, golpes contra el policía que

la había detenido en la esquina del edificio—, Bakunin sobreactuó una paciencia santa, le dio charla, cambió el foco de su atención mental y con ello facilitó su verborragia tormentosa.

Dada la efectividad de su compañía, los doctores le permitieron permanecer junto a la cama de Josefina sin horarios restrictivos, y así Bakunin se destinó a una verdadera capacitación de teoría política internacional que si bien informal y versada en la bibliografía parcializada de las obras completas de Trotsky debía tener el valor de un curso de post-doctorado destinado a la revolución rusa, su cronología detallada, sus intrigas tele novelescas, la toma del Palacio de Invierno, la creación del Ejército Rojo, la cantidad de pelos que conformaban la barbilla de Trotsky, los litros de vodka que tomó durante toda su vida fraccionada en semanas y días, intensidad del dolor ante la infección de la décima quinta muela del maxilar superior la noche del 23 de Agosto de 1919, nombre y apellido de las pulgas que asolaban el perro que cierta vez el camarada mayor acarició en el andén de la estación de trenes de Moscú, nombre científico de la cucaracha que trepaba la pared que llamó la atención de Trotsky al momento en que escribía la tercera palabra del segundo párrafo de la página 84 de *La Revolución Permanente*.

Al salir del Hospital no tenían donde regresar, al menos, a Josefina no le quedaban amigos ni contactos que le facilitaran alguna morada y dada la difícil relación con su padre tampoco podía volver al departamento que este le prestaba, por lo que desde ese momento el baño del cuarto piso de la facultad ya no sería testigo único del desconcierto bakuniano, y si bien la colchoneta no ofrecía dimensiones felices para dormir juntos, tenían sin embargo, inodoros de sobra, lavabos a troche y moche y unos enormes espejos que multiplicaba sus soledades.

El primer día de convivencia lo dedicaron a ordenar el caos entrópico que Josefina había creado durante la filmación de su película. Luego cenaron dos naranjas y brindaron con un vino oscuro que Bakunin tenía reservado en su bolso para ocasiones especiales. Esa noche la dedicaron a examinar los frutos de sus esfuerzos. Tirados en la colchoneta miraron las tres horas de filmación grabadas en la cámara Kodak, mientras la botella de vino lentamente se iba quedando sin alma.

A Bakunin le pareció que si bien necesitaba un trabajo de edición intenso, la película en sí misma no estaba del todo mal, tenía sus virtudes, incluso podría transformarse en una obra de culto dentro del circuito independiente, el problema, en todo caso, era cómo venderla, podían apostar por enarbolar una retórica que girara en derredor de

una estética del riesgo, la crudeza impuesta por una decidida economía de recursos, la búsqueda de una carnalidad porno que convocaba Lo Real más allá de toda representación y con ello anunciarse como un nuevo cine de la crueldad, pasearse entonces por los festivales indies como gurúes de un renovado Dogma 95 y llegar a ser los Lars Von Trier sudamericanos, o acaso, ¿por qué no?, asumir las limitaciones artísticas del evento y vender la película como lo que era, es decir, un regodeo desquiciado en la tortura y el sufrimiento para el goce perverso que encontraría en el mercado del sexo sadomasoquista o en algún tag de PornHub, RedTube o Xvideos su lugar en el mundo, su sentido involuntario y su nicho comercial.

En esa disyuntiva, la de hacer de Josefina una artista de elite, una Lucrecia Martel del margen de todo margen, o acotar las expectativas y asumir su rol empresarial en el reviente audiovisual, Bakunin resumía sus impresiones. Josefina respondió que el problema del planteo era que en verdad la película era la misma y no podía participar de los dos mercados a la vez.

Bakunin dijo que ese no era el problema sino justamente su virtud, en todo caso, que la película fuera una y la misma y que pudiera ser vendida de una forma u otra era un problema de los mercaderes del arte, no de ella que solo se había limitado a dirigirla y actuarla.

Josefina pensó la cuestión, pero lo que ella pretendía no era intervenir en el mercado artístico sino conmover a su padre y sobornarlo para que pagara el millón de dólares. En este sentido, la película había resultado un fiasco, su padre nunca podría acceder a su dolor, reconocerse en este ni apiadarse de nada. No había edición que la salvara, ya sea por el déficit actoral de sus ex amigos trotskistas o el exceso pasional con el que ella sobreactuó el sufrimiento físico, de un modo u otro, habían fracasado. Ni siquiera las imágenes de la amputación de su mano lograron escapar al imperio de la representación. El símbolo traicionaba la vivencia; su vida, al menos, lo que ella consideraba la singularidad de su biografía, había sido derrotada por el arte, y lo que le importaba no era que su padre reconociera en la película ningún valor estético sino en ella, el dolor de su hija.

Bakunin entonces acotó que justamente el arte, es decir, la representación, no era sino la aniquilación de eso que llamaba vida, por lo que si quería acceder a la consideración de su padre no tendría que haber filmado ni hacerle llegar ninguna película sino regalarle su mano amputada.

Eso era ir más allá del arte, de su maquinaria representacional y del vaciamiento general que imponía.

Lo dijo por decir nomás, acaso como un ejemplo de su tesis, pero

entonces, apenas terminó de enunciar la idea de enviarle al padre la mano amputada, los ojos de su amiga se abrieron como discos de vinilo que giraran vertiginosos reproduciendo la historia sonora del Death Metal Satánico.

En una cajita envuelta en papel celofán rojo, coronada por un moño azul con lunares celestes, fue Bakunin el que llevó la mano amputada de Josefina hasta el domicilio de su padre.

Tocó el timbre de la vieja pero reciclada mansión de Recoleta y se la dejó a una de las mucamas con una nota en su interior que reclamaba el dinero dentro del plazo de unas definitivas veinticuatro horas. El dinero debía ser depositado en un bolso que él mismo entregaría a su hija bajo el gomero de Plaza Francia, frente al Palais de Glace.

Esperaron un día entero paseando por la zona, tomando cerveza y alimentándose de un paquete de palitos salados y una bolsa de chizitos sentados contra los muros del Cementerio de la Recoleta. Con el paso de las horas, uno y el otro fueron cediendo a una intimidad desbocada que ponía sobre la mesa el derrotero trágico de sus vidas; Josefina, al principio, volviendo una y otra vez al nudo gordiano del fusilamiento de su madre y la respuesta miserable a la interpelación de la historia por parte de su padre; Bakunin apenas esbozando las tardes perdidas en el lago de Trenque Lauquen, los recuerdos difusos del fuego incendiando el horizonte de la sabanas africanas durante su infancia, las dedos largos de las manos de su madre, las cicatrices de sus ojos amputados, su sueños líquidos.

Así, finalmente, llegaron al atolladero que de algún modo los había convocado, por un lado, ¿por qué Josefina se había entregado al furor autodestructivo de permitir, exigir y rogar que la torturaran para rodar una película?, por el otro, ¿por qué Bakunin se había negado a participar del film? La respuesta de Josefina se redujo a dos palabras —Venganza y Amor—, la de Bakunin a una sola: Sida. ¿Sida? Sida, VIH, la Peste Rosa, como vos la quieras llamar. ¿Por eso me pediste hacerlo con forro, porque no podés tener relaciones sin forro? Nunca uso forro. ¿No usas forro? No, ni forro ni nada.

Desde entonces, como si el lenguaje fuera el plano de una ciudad en ruinas que el viento de la vida y la muerte inclinara hacia uno de sus lados para dejar sus escombros tambaleando en el borde, las palabras se amontonaron en la boca de Bakunin y Bakunin se encontró confesando el destino raro que los dioses hutus habían trazado para él.

Habló de las violaciones masivas sufridas en la biblioteca de la escuela de Trenque Lauquen por parte de sus compañeritos de quinto año, y habló de la revelación del Gran Poema de la Muerte en el libro de Ibaka Aleyuam, y de Makula Papa y su Batallón de Sidosos durante la guerra en Ruanda y del virus usado como arma de exterminación

general, se explayó incluso en sus anhelos más íntimos de llevar adelante el legado de su padre, y como esta vez sí encontró los oídos atentos de Josefina que obnubilada lo escuchaba bajo un silencio tan confesional como absorto, terminó detallando sus paseos solitarios de cazador furtivo por las calles del pueblo sureño buscando quién lo penetrara en el baño de algún bar entre borrachines trasnochados, en los baños de la estación del tren o en los baños del colegio, en fin, en cada uno de los baños que pudiera encontrar en su camino, para, según Bakunin, "diseminar la buena nueva del virus divino en las células de todos los hombres y hacer del hombre una obra de arte y así escribir con el cuerpo a través de los cuerpos, penetrándose unos a otros, arrastrados todos por un único e infinito flujo de esperma, el Gran Poema de la Muerte".

Como todos, Josefina había escuchado en los noticieros —y no le había dado ninguna importancia— el comunicado de la OMS que basándose en estadísticas tomadas en el último año en África y Sudamérica alertaba a la población mundial acerca de ciertas mutaciones del virus del Sida que aceleraba el proceso de aniquilación general del sistema inmunológico dando lugar a una guerra celular de todos contra todos. El renovado cuadro sintomatológico evidenciaba entonces que la típica medicación antirretroviral contra el HIV se volvía inútil, incluso la radicalidad de su metamorfosis y la velocidad de su propagación sugerían que el Sida ya no era Sida sino otra cosa a la que solo se le dejaba el nombre por cuestiones de comodidad literaria. No le había dado ninguna importancia, no, sin embargo, ahora, escuchaba a Bakunin hablar del Sida como si en verdad estuviera escuchando un concierto realizado con instrumentos que en vez de emitir sonidos proyectaran colores. Sobre esa musiquita pictórica su pensamiento bailaba con la palabra revolución y la idea de revolución en cuanto tal la arrastraba a su biografía militante y de su militancia saltaba sin solución de continuidad a la relación que hasta entonces había mantenido con sus amigos o ex amigos trotskistas: ¿revolución?, ¿militancia?, el Gran Poema de la Muerte, las mutaciones del virus, esa era una revolución, una rotación del eje de la Historia que no tendría más armas que el del cuerpo de cada uno de los infectados.

¿Había perdido el tiempo entregándose en cuerpo y alma a la política endogámica de la facultad cuando la vida y la muerte, es decir, la revolución, se estaba haciendo en ese mismo momento por fuera de los mítines, las asambleas y las intrigas de medio pelo, afuera incluso del lenguaje y las ideologías, un afuera que estaba sin embargo más adentro que todo adentro, en el fondo de las entrañas, en el código interpretativo de las células y en la conformación íntima de una gota de sangre y en los ríos de esperma que desembocaban en los

agujeros orgánicos de la sociedad?

El padre de Josefina jamás llegó al lugar indicado, pero a Josefina parecía ya no importarle, esa noche descubrió en las palabras de Bakunin un horizonte diferente, un paisaje que se abrió en su imaginación para resumir y englobar sus anhelos revolucionarios y con ello ir más allá de la novelita edípica de su laberinto libidinal: el Gran Poema de la Muerte. ¿Qué significaba el Gran Poema de la Muerte?, ¿qué había querido decirle su nuevo compañero de aventuras con toda esa épica del Sida como arma de extinción masiva en tiempos de una mutación de alcances inciertos?

Ya de vuelta, en el baño del cuarto piso de la facultad, Bakunin estaba demasiado borracho como para explicarle nada, por lo que ni bien puso un pie sobre la colchoneta se derrumbó sobre ella. Josefina se acostó a su lado, con el brazo derecho estirado sobre las costillas del otro y las yemas de la mano acariciándole los pectorales. Esa vez soñó que era una cautiva que había escapado de los indios sobre un caballo negro que atravesaba el desierto a todo galope, con el cuerpo inclinado y sostenido en el aire. El viento furioso golpeaba contra su cara con tal fuerza que le arrancaba la nariz y las orejas, perdía su cabellera, sus orejas, hacía caer sus ojos al suelo, llenaba su boca de polvo, y con ello borraba sus facciones hasta alcanzar la descomposición completa de su cráneo. Así Josefina se deshacía por completo y se marchaba con el vendaval impetuoso y sin embargo se quedaba fundida al caballo negro que continuaba su galope hacia un horizonte prendido fuego, toda ella corcel, toda entera un caballo salvaje oscuro como la noche.

Despertó y sus pensamientos todavía estaban anclados en la idea de “mutaciones del virus” y lo que Bakunin le había contado. Le parecía esta vez que su idea de revolución —“escribir con los cuerpos, a través de los cuerpos, penetrándose unos a otros, el Gran Poema de la Muerte”— no estaba alejada del ideal político y metodológico en el que siempre había creído. Seguramente, Bakunin no lo sabía pero detrás del romanticismo delirante de sus anhelos se escondía una afinidad programática.

Quizás trataba de convencerse a sí misma de que su vida política no había sido inútil, pero la teoría del Entrismo que ella misma había practicado como el *summun* de toda estrategia política, tal vez fue mal comprendida y lo que Trotsky quiso trazar con la Teoría de la Infiltración y la frase “Entrar completamente en el cuerpo social hasta descomponerlo por dentro” resultaban una metáfora premonitoria: “Entrar completamente” no era otra cosa que penetrar sexualmente y “el cuerpo social” significaba de forma literal “el cuerpo orgánico, biológico de la sociedad”. Claro que nadie puede entrar por completo en el cuerpo de otro, ni pretender penetrar en el cuerpo social y

menos aún quedarse a vivir allí dentro hasta descomponerlo en la putrefacción final que todos esperan sino a través de un Virus que a esta altura de la historia —pensó Josefina— solo un dios venido del fondo de las ciénagas africanas podría regalarnos como donación y milagro.

De pronto, todo lo vio bajo una luz cegadora, el único intruso verdaderamente trotskista solo podía ser un Virus y la única interpretación de la teoría del Entrismo la de "escribir con el cuerpo a través de los cuerpos, penetrándose unos a otros, arrastrados todos por un único e infinito flujo de esperma, el Gran Poema de la Muerte". O el comunismo era carnal, orgánico, virósico, seminal o no era nada. Se trataba de formar una comunidad de los expatriados de sus propias células o reproducir infinitamente la cantinela mesiánica de una revolución siempre traicionada, de continuo aplazada. La lucha ahora sería carnal, cuerpo a cuerpo, sí, pero a la vez invisible, oculta en la fricción del sexo de los amantes, en los ríos de esperma y los flujos vaginales, trazada sobre el campo de batalla del sistema inmunológico de cada organismo o no sería nada.

Sus ideas batallaban en el hormigueo anárquico de las mil sensaciones. Vio a Bakunin todavía dormido sobre la colchoneta con las rodillas apretadas contra su pecho, un brazo por encima de las rodillas y el dedo gordo de su mano derecha incrustado en su boca, y quiso saber que en el trajín de su lucha política, finalmente, le había sido otorgada la responsabilidad más alta. Si las mutaciones del virus eran ciertas entonces, a su lado, custodiaba una bomba de carne y huesos, sangre pútrida y células infectadas, con más poder de destrucción que una bomba termonuclear o un arsenal completo de *katiushas*, capaz de, invisible y silencioso, aniquilar por medio del contagio a millones de parásitos homínidos, veinte mil batallones majnóvitas, veinticinco ejércitos stalinistas, ciento cincuenta Plazas de Mayo copadas por las masas peronistas.

Al despertar, lavarse la cara y sacarse la modorra, Josefina ya esperaba a Bakunin con una taza de café caliente que había conseguido en el bar de enfrente de la facultad. Bakunin pretendió dar algún rodeo piadoso acerca de lo que había pasado la noche anterior pero terminó preguntándole si tenía en mente algún nuevo plan con respecto a su padre.

La pregunta la desacomodó, a Josefina parecía ya no importarle nada de su padre. Lo único que se dibujó en su mente mientras pensaba alguna respuesta fue la imagen de su mano amputada pudriéndose dentro de la caja, comida por las hormigas en el tacho de basura de la mansión o acaso guarecida en formol depositada en algún bonito frasco con el que su padre decoraría el aparador del hall de la entrada o la exhibiera como trofeo sobre el mármol de la estufa del

comedor.

Ante el ensimismamiento de Josefina, Bakunin pensó que su pregunta había sido desatinada y pretendió relativizar la ausencia del padre, sosteniendo que no habían sido del todo específicos con la identidad de la mano amputada, porque si bien estaba acompañada por una nota de intimidación, bien podría creer el padre que esa mano no era la de su hija, pero a Josefina, en verdad, ya no le importaba nada ni el soborno a su padre, ni la venganza aplazada, ni el destino de su ex mano. Le importaba el plan revolucionario que había elucubrado durante toda esa mañana.

La charla derivó rápidamente en cuestiones de tipo metodológicas, entre ellas la de la elección del enemigo. Josefina propuso el grupo de trotskistas al que decía todavía pertenecer. Bakunin se opuso proponiendo alguna de las facciones peronistas. ¿Peronistas?, ¿en serio me estás hablando?, ¿qué le viste a los peronistas? —inquirió Josefina. No sé…, me gustan más los peronistas que los trotskistas —respondió el otro. Esa no es ninguna respuesta, en todo caso, ¿por qué te gustan más los peronistas que los trotskistas? Los trotskistas te cogen, los peronistas te hacen el amor —sentenció Bakunin. ¿De dónde sacaste eso?, es una idiotez. Es lo que se escucha en todas partes, la gente siempre dice que solo los peronistas te hacen el amor. En política nadie te hace el amor, de un modo u otro, todos te cogen. Bueno, no es lo que se dice en la calle, a donde vayas siempre estás escuchando eso de que no hay nadie que te haga el amor como un peronista, ¿querés llamarlo de otra forma?, ponele que no hay nadie que te coja como un peronista. No puedo creer que repitas esas tonterías. Además hay otra cosa, los peronistas odian usar forro, es como poco peronista, ¿te imaginas a un peronista, pero a un peronista de verdad, de esos machotes de pelo en pecho y panza de vino, pidiéndote un ratito para ponerse el forro?, no, eso no es peronista; peronista son las patas en la fuente, ningún zapato, ni media, ni nada, si te tienen que coger te cogen a pelo. ¿Y los trotskistas no? Los trotskistas son todos paranoicos, tan paranoicos que no pueden coger sin forro, incluso si pueden no coger en absoluto, mejor así; son monjes tristes, mirá a tus amigos si no, te dejaron sola en medio de la película.

Tal vez Bakunin tenía razón, sin embargo, en verdad, la discusión no tenía sentido. Josefina lo sabía: peronistas o trotskistas, en el fondo y desde hacía un tiempo, daban lo mismo. El problema era que la táctica del Entrismo con la que el trotskismo enarboló sus banderas, se había transformado en moneda corriente para todas las agrupaciones enemigas —que, para el caso, resultaban ser todas las agrupaciones habidas y por haber— por lo que cualquier camarada podía ser un enemigo camuflado.

De entre todos, un peronista que les hiciera lo que llamaban un Contra-Entrismo o un Entrismo al cuadrado, resultaba el horror más temido, una patología de la historia —incluso la habían definido bajo la nomenclatura clínica de "El fiordismo lamborghiniano" y sufrir de "El fiordismo lamborghiniano" era para el trotskismo como un cáncer testicular para cualquier buen vecino. Y era tal el temor que, en verdad, ni Josefina ni ningún trotskista sabía a ciencia cierta si los camaradas que componían su agrupación no eran, cada uno por separado y todos en conjunto, peronistas infiltrados que se hacían pasar por trotskistas.

Ante tal posibilidad, el trotskismo implementó una estrategia contra los infiltrados. Así, por ejemplo, si sospechaban de un peronista infiltrado en sus filas lo devolvían de inmediato a las bases para simular su peronismo de origen. Esto generaba en el agente infiltrado una insalvable disociación con efectos bipolares, ya que aun siendo peronista hasta los huesos no dejaba de simular su peronismo. Sin embargo, resultaba peor con aquellos trotskistas a los que les había sido encomendado infiltrarse ya no en otra agrupación sino en el mismo grupo trotskista para informar a los altos mandos las tensiones y las corrientes internas. Es decir, se los incitaba a simular ser trotskistas infiltrados para transformarse así en verdaderos trotskistas. En este sentido, se presentaron muchos casos en el que los infiltrados sufrieron colapsos de una extraña forma de paranoia persecutoria, ya que decían sentirse perseguidos por sí mismos.

Unas veces perseguidos, otras veces perseguidores, vigilados todo el tiempo, controlados desde el forro interno de su cráneo, ya no sabían cómo ocultar el secreto y estallaban en un irreparable llanto histérico que solo calmaban renunciando a toda revolución y afiliándose a la Franja Morada algunos o a la Democracia Cristiana otros.

Lo cierto es que la paranoia era la leche más dulce que alimentaba el ansia de los militantes que no sabían no solo quién era quién sino fundamentalmente quiénes eran ellos mismos. Sin embargo, esto que generaba efectos catastróficos para la política universitaria envuelta en la vorágine de identidades siempre al borde de desbarrancar, resultaba para los planes de Josefina y de Bakunin una oportunidad inaudita. Solo hacía falta dar el primer paso y para ello se sumaron a la fiesta común a la que unos y otros —más allá de las palabras y los discursos, en el sótano oculto bajo la superficie de las ideologías— se entregaban con el furor de un deseo que no reconocía objeto ni comprendía cuántos, dónde ni quién con quién.

Al principio parecieron actuar sin ton ni son, pero a aquellas fiestas concurría un chico de nombre Diego Santoro que trabajaba como adjunto en la cátedra de Pensamiento Argentino y

Latinoamericano, y el tal Diego Santoro resultaba ser el novio del titular de la cátedra, un viejo carcamán, ex Montonero que había sido amigo del padre de Josefina en los setenta y después ya no. Se llamaba Carlos Castro Morán, y si bien resultaba inaccesible para ellos, se sabía, o al menos Josefina decía saber, que el Doctor se cogía a todos sus discípulos, ya sean adjuntos o meros ayudantes, como si ello fuera condición de posibilidad y peaje definitorio para ingresar a trabajar en la cátedra. A su vez, era *vox populi* que no había adjunto ni ayudante de cátedra del Doctor que no cogiera con los alumnos que cursaban la materia.

El plan de Josefina respondía de alguna forma a su afición al ajedrez: para que la dama negra se comiera al rey blanco, antes debía mover el alfil negro hacia la torre blanca para que esta a su vez acorralara a su propio rey. Ella sería la dama negra, Bakunin su alfil, Diego Santoro la torre blanca, y el Doctor Castro Morán el rey a destronar, lo que significaba para los fines revolucionarios que estaban en juego poner en jaque mate, con una única movida, no solo al Doctor Castro Morán sino también a todos sus adjuntos y ayudantes de cátedra, y con ellos a su vez entrar en contacto virósico con los alumnos que cursarían Pensamiento Argentino y Latinoamericano, los que constituían en sí mismos todo el alumnado de la carrera de Filosofía y a la postre todo el alumnado de la facultad.

El vínculo entre Bakunin y Diego Santoro no fue difícil de establecer. La sorpresa del encuentro en una de las barras del galpón donde se hacía la fiesta, un par de tragos compartidos, las pastillas para alcanzar un trance de comunicación interracial entre alienígenas de galaxias infinitamente alejadas que había conseguido por ahí, aceleraron el ritual de seducción y facilitaron el éxtasis del profesor adjunto ante la presencia imponente del Adonis negro.

El roce entre los cuerpos sacudidos por la música electrógena, las idas y vueltas de Josefina refregándose con uno y otro, el beso de lengua compartido entre los tres, los llevaron a encerrarse en el baño del lugar. Desde ese momento, Josefina se transformó en la Celestina de la Muerte, una médium que ponía en contacto la verga desvergonzada de Bakunin y las nalgas acanaladas del profesor Santoro. Un rato después, mientras Bakunin le hacía escuchar la música macumbera en la que resonaban los tambores del infierno bantú y le regalaba la visión de Mulungu y Eshú llenando de guasca el ano del profesor, Josefina hacía cuentas y pensaba que desde entonces solo tenían que tener la paciencia suficiente como para que el Virus fragüe en las paredes de sus células y con ello lanzara el primer bombardeo masivo sobre la población civil de la facultad en su conjunto.

Así resultó.

Unos días después, el jueves de esa semana, Diego Santoro y el Doctor Castro Morán, luego de compartir una botella de vino carísimo servido en copas de cristal talladas que el Doctor había comprado en una tienda de Marruecos, hicieron el amor entre las sábanas de seda de la cama del Doctor en el departamento que tenía en la esquina de Juncal y Rodríguez Peña. Dos días después, en ese mismo lugar pero hacia el mediodía, en el contexto de una reunión de trabajo donde se decidía su apoyo para la obtención de una beca doctoral, el doctor hizo el amor con Marcos Castañeda, adjunto de la cátedra, y Marcos Castañeda un rato después, cayendo ya la tarde, se encontró con Melina Salvatierra, una de las alumnas que cursaba en su comisión de Trabajos Prácticos, en un bar cercano a la Facultad a los fines de responder ciertas dudas acerca de la realización de un trabajo de investigación. Tomaron dos cervezas, comieron muchos maníes que pelaron usando los dientes y cuyas cáscaras fueron amontonándose en un platito de metal junto a la carpeta de apuntes donde Melina anotaba las sugerencias que su profesor intercalaba con anécdotas de viajes como mochilero por Europa cuando todavía no había terminado la universidad y su expectativa laboral no era otra que seguir consumiendo los ahorros de su madre. Melina anotaba con seriedad sumisa los comentarios de su profesor y con la misma estricta y quizás imaginada obediencia al caso reía a carcajadas ante cada una de sus *boutades*, le terminó chupando la pija en el baño del bar y cediendo a cierto mandato más o menos imperativo, se dio vuelta, se puso de frente al espejo del lavabo, abrió con las manos sus nalgas hacia los lados y así facilitó la penetración anal que el docente efectuó con una torpeza indigna respecto a la figura que imaginaba representar en las fantasías de su alumna. Sin embargo, a Melina mucho no le importó ya que aun más torpe resultaba ser su novio, un militante de la Franja Morada que cursaba con ella la cátedra de Pensamiento Argentino y Latinoamericano, y no con respecto a las dificultades que podrían suscitarse en ciertos momentos de duda, frigidez, temperatura ambiental, simple desgano, a los fines de efectivizar un coito anal sino a contrariedades sistemáticas ante escenas más simple como, por ejemplo, la de penetrarla vaginalmente. Esa noche, en cambio, llegadas las 23 horas, Nicolás Betancurt se mostró inesperadamente hábil desplegando un abanico de arrumacos preliminares que no omitieron caricias, besos y lamidas en su clítoris y que de algún modo convencieron a Melina de que su novio no se limitaba al energúmeno que hasta entonces concebía el sexo como un modo animal de sometimiento físico, aunque, en verdad, el comportamiento amoroso de Nicolás quizás respondía a cierta culpa de raigambre cristiana con la que vivía ansioso las fantasías sado masoquistas que se habían amontonado en su ser desde el momento en que aceptó la invitación a

participar al día siguiente de una experiencia homosexual en cierto boliche gay del bajo porteño con dos compañeros de la agrupación, asesores directos de un senador radical. La escena vivida resultó mucho más tenebrosa que sus fantasías, ya que Nicolás no había tenido en cuenta la posibilidad de ser encadenado desnudo durante cuatro horas en una sala atiborrada de una oscuridad tan cerrada que paradójicamente imponía la sensación de flotar como un astronauta en el espacio cósmico o hallarse en el fondo de un pozo sin paredes laterales ni medios sensitivos como para distinguir ni arriba ni abajo, ni delante ni atrás, como tampoco imaginar que en esas condiciones sería penetrado por dieciséis desconocidos, entre ellos, sus dos correligionarios, Nahuel Benítez y Yonatan Rodriguez. Para este último, la escena no era novedosa, de algún modo conocía los meandros a los que se enfrentaba, por lo que en verdad, más allá de sodomizar a su amigo Nicolás la experiencia no le aportó mayor placer que el de anotar lo ocurrido en una de las libretitas de tapas duras y color rojo terracota que como fetiche personal y cuasi diario íntimo usaba para registrar sus aventuras sexuales desde los catorce años. En las páginas anteriores a la del registro de la noche citada, podían encontrarse descripciones de las tres experiencias zoofílicas que Yonatan Rodriguez había tenido dos veces con la perrita de su madre, una caniche toy de pelo enrulado llamada Pupi, y otra con una gallina que ni él ni su primo supieron el nombre cuando en la granja de su abuelo cumplieron con la prenda que les había tocado en cierto juego de cartas en el que habían perdido contra uno de sus tíos, como también el registro exhaustivo de cada una de las catorce veces que había sido responsable de la violación de su hermana sordomuda, más los detalles de algunas fiestas organizadas por el senador radical para el que trabajaba y en las que había participado activamente facilitando la concurrencia de tres chicos menores de diez años a los que les habría pagado el monto, según él mismo había anotado, de doscientos pesos por noche. En la página siguiente al evento en cuestión, el trazo armónico de la escritura de Yonatan Rodriguez, con una obsesiva perfección simétrica, dio cuenta de la violación de Mercedes Ocaña, alumna de la carrera de Letras, durante la fiesta de cumpleaños de una amiga en común, y en la que participaron otras tres personas cuyos nombres no menciona. Al menos según el registro escrito en su libreta, Yonatan Rodriguez y los otros tres propiciaron cierta alteración en la conducta de Mercedes Ocaña drogándola con pastillas de éxtasis y otros derivados mezcladas con una jarra de vodka y jugo de naranja. Ante la pérdida de conciencia de la chica forzaron distintas versiones de acceso carnal durante las tres horas que la mantuvieron encerrada en la parte trasera de una camioneta utilitaria estacionada frente a la casa donde se celebraba el

cumpleaños, a menos de cincuenta metros de la comisaría número 23 del barrio de Pompeya. La reconstrucción de lo sucedido la noche anterior resultó para Mercedes Ocaña una verdadera tortura tanto psíquica como moral, pero en vez de realizar la denuncia correspondiente, la vergüenza mal dirigida, una sentimiento de culpa que la Historia, instituciones varias y sus figuras de autoridad, padres, amigas y conocidos, unos y otros, habían inyectado como un veneno en su alma, es decir, el horror y la imposibilidad de enfrentarlo, hicieron que Mercedes Ocaña callara lo sucedido y sin más se entregara a la repetición de sus rituales cotidianos, entre ellos, el de facilitar de forma sorprendentemente rápida y casi como una modalidad higiénica, la evacuación seminal de su novio de siempre, Juan Manuel Carrizo, alumno de la carrera de Historia, con el que ya había comenzado a noviar desde segundo año del secundario, sin saber que Juan Manuel Carrizo desde hacía un tiempo había conocido a Roberto Casal, otro alumno de la carrera de Historia y compañero en la cursada de Geopolítica Accidental del Siglo XVI, con el que hacía el amor casi todos los días en el departamento de este último luego de terminar las clases, en la misma cama desvencijada donde Roberto Casal solía también recibir lo que las manos prodigiosas de Efraín Gómez sabían ensayar con la sapiencia y frialdad de un cirujano, nunca entregado del todo a lo que ocurría sino solo como si estuviera tomando distancia en una fila conformada por muchos e idénticos Efraín Gómez o clones de Efraín Gómez viéndose a sí mismos desde fuera de sí, y entonces actuara de tal forma que parecía no estar haciendo lo que en verdad hacía, es decir, coger, solo coger porque en cuanto entrega amorosa, en cuanto “hacer el amor de verdad”, solo lo hacía con Marcela Noguera, pero, como se sabe, el amor se encuentra solo donde el amor no está, como un fantasma entregado al juego perverso de existir solo en su ausencia, mostrarse desapareciendo y arrastrar así, detrás del surco de sus huellas, al séquito de desesperados humanoides, entre ellos, Marcela Noguera a quien poco le importaba el amor de Efraín Gómez ni el hecho de que “hacer el amor de verdad” solo podía con ella, porque para Marcela Noguera, “hacer el amor de verdad” era hacerlo con Marcos Pena acaso porque Marcos Pena a su vez perseguía el amor donde el amor no se encontraba y “hacer el amor de verdad” significaba hacer el amor con Adalberto Cáceres, no con Marcela Noguera porque con Marcela Noguera solo cogía, y, en cambio, elegía hacer de amor con Adalberto Cáceres sin pensar que lo que creía elegir importaba muy poco en la carrera loca del amor que más allá de uno o de otro, más allá de nombres, biografías e intereses, se deslizaba vertiginoso por la serie infinita trazada sobre la superficie de los cuerpos y a través de los cuerpos, por lo que si lo que a Marcos Pena le pasaba con Marcela

Noguera era solo tener ganas de coger y en cambio hacía el amor solo con Adalberto Cáceres, Adalberto Cáceres hacía el amor únicamente con Carla Buenaventura y Carla Buentaventura con Ricardo Vispo y Ricardo Vispo con Elena Ferrante y Elena Ferrante con Luis Pereira y Luis Pereira con Manuel Arrese y Manuel Arrrese con Hugo Poloniek y Hugo Poloniek con Alicia Santander y Alicia Santander con Betina Jaifaz y Betina Jaifaz con Inés Espinoza e Inés Espinoza con Walter Taratesta y Walter Taratesta con Patricia Junco y Patricia Junco con Fabricio González y Fabricio González con Laura Luna y Laura Luna con Florencia Garate y Florencia Garate con Julio Trento y Julio Trento con José Díaz, y así, en fin, el amor arrastraba a unos y a otros hacia el lugar donde él mismo no estaba, llevando, sin embargo, inseparables, en el corazón de su existencia, el monstruo intangible, superpuestos hasta volverse indiferenciables, el Virus y el Amor, compartiendo una misma naturaleza, empujados por la misma lógica, el Amor y el Virus, persiguiéndose uno al otro, hasta alcanzar el número de 200.000 infectados en el lapso de tres meses, momento en el cual el Doctor Carlos Castro Morán luego de visitar a su médico de cabecera para realizar el examen general de salud al que se sometía una vez al año desde hace al menos una década, recibió el resultado de los análisis de sangre y encontró entre las distintas variables analizadas que junto a las siglas HIV resplandecía la palabra POSITIVO y entonces la serie de encuentros amorosos, sexuales, criminales, ocasionales, que tendía a un infinito lineal declinó su representación gráfica y tomó la forma de un círculo, en todo caso, el dibujo de una serpiente que se mordía la cola cuando el Doctor Carlos Castro Morán le comunicó el infortunio a su becario doctoral y eventual amante, Marcos Castañeda y Marcos Castañeda a su vez, habiéndose realizado el mismo examen y obteniendo el mismo resultado, informó a su alumna Melina Salvatierra del beneficio de realizarse el mismo examen por lo que, ante idénticos resultados, Melina Salvatierra pretendiendo callar su nueva condición de sidosa y guardársela para sí misma en una burbuja de látex reforzado, abandonó a su novio Nicolás Betancurt, pero Nicolás Betancurt tomó a mal la ruptura con su pareja e imaginando algún tipo de traición sentimental, la sometió a una serie de golpes y cachetazos, por lo que a Melina no le quedó otra opción que la simple enunciación de la palabra Sida para defenderse y detener los puños del otro, y entonces, una semana después, Nicolás Betancurt le comunicó a Nahuel Benítez y a Yonatan Rodriguez, los correligionarios de la Franja Morada con los que había visitado el boliche gay donde había sido sodomizado por dieciséis desconocidos, el acontecimiento del Sida en sus vidas, cuestión que a decir verdad poco le importó a Yonatan Rodriguez que ya de chico había encontrado cierto acceso a un tipo de éxtasis de tipo

pagano-panteísta con Pupi la perra caniche de su madre y también con una gallina en la granja de su abuelo y fue también capaz del horror de abusar catorce veces de su hermana sordomuda, nada entonces le importó si el Sida había golpeado las puertas de su cielo íntimo pero a Nahuel Benitez sí le importó y sabiendo por ciertos comentarios esgrimidos por su correligionario en la mesa de un bar acerca del evento sexual que había tenido en la parte trasera de una camioneta utilitaria a menos de cincuenta metros de una comisaría de Pompeya, él y otras tres personas con Mercedes Ocaña, íntima amiga suya desde siempre, habló con ella y si bien no la convenció de realizar la denuncia policial le informó de la posibilidad mayor de que hubiera contraído Sida, ante lo que Mercedes Ocaña pretendió esconder la novedad y decidió no decirle nada a Juan Manuel Carrizo que empujado por sus ancestrales celos patológicos no se le ocurrió mejor idea que revisar su bolso para encontrar entonces, no la prueba de una infidelidad o mero flirteo que buscaba y anhelaba, sino las siglas HIV y la palabra POSITIVO escritas en los papeles del análisis de sangre de su novia, y así, sin saber muy bien qué hacer, guardó los resultados en el morral y los mantuvo a resguardo del mundo hasta que a los pocos días, al finalizar la clase de Geopolítica Accidental del Siglo XVI, y arrebatado por un ataque de llanto irrefrenable los sacó a relucir ante los ojos de su amante buscando algún tipo de consuelo, pero Roberto Casal no encontró ánimo suficiente como para dar ningún consuelo sino solo unas ganas irrefrenables de insultarlo, aunque en verdad, escarbando un poco en su pequeña cueva cerebral, tales insultos pretendían encontrar su objeto en sí mismo, contra sí mismo, y si hubiera podido golpearse la cabeza contra la pared, arrancarse las pestañas y las uñas o acaso también sus ojos, lo hubiera hecho en ese mismo momento, ¿idiota consumado o víctima del incontinente furor de autodestrucción masivo, las ganas inveteradas por la aniquilación de sí mismo? —debió haberse preguntado Roberto Casal pensando en ese instante en que la muerte aparece como el vendaval de lo imposible, como acontecimiento que todo lo arrasa y uno termina preguntándose, cómo, en qué momento, en qué punto exacto del plato la porcelana se rajó—, pregunta que entonces repetían al unísono no solo Juan Manuel Carrizo, sino también el Doctor Carlos Castro Morán, el profesor Diego Santana, el becario de doctorado Marcos Castañeda, la alumna Melina Salvatierra, Efraín Gómez, Marcela Noguera, Marcos Pena, Adalberto Cáceres, Carla Buenaventura, Ricardo Vispo, Elena Ferrante, Luis Pereira, Manuel Arrrese, Hugo Poloniek, Alicia Santander, Betina Jaifaz, Inés Espinoza, Walter Taratesta, Patricia Junco, Fabricio González, Florencia Garate, Julio Trento y Julio Trento y los otros 200.000 infectados —en la Ciudad de Buenos Aires, con foco en la Facultad de Filosofía y Letras— durante

el escaso lapso de los tres meses que pasaron desde el instante en que Josefina Remdul y Miguel Bakunin dieron inicio al llamado Plan Revolucionario Post-Trotskista, según le gustaba a ella definir, o simplemente Gran Poema de la Muerte —tal como a Miguel Bakunin le fue revelado—, y el momento en que la comunidad científica asumió que ante las mutaciones aceleradas del Virus no sabían qué hacer.

VII. LAS INTERFERENCIAS CÓSMICAS

Pablo Majno estaba muriendo. Acaso por ello mismo, esa noche no soñamos con él sino con el doctor Scherer. No soñamos con Scherer sino con las tetas de su mujer.

Las huellas mnémicas respondían a las fotos que habíamos visto sobre el escritorio de su oficina. La pulsión del ultramundo hicieron de sus pechos, ya de por sí respetables, megalómanas tetas de mostrador —y detrás, sosteniéndolas entre los brazos, la mujer recortada delante de un mar insistente con una bikini verde fluorescente reclamándole al sol y a la mirada del mundo lo que era suyo. Vinieron también las imágenes de una playa en Brasil, las palmeras borrachas, el calor agobiante, un vaso en mi mano, el sabor raro de un trago hecho con jugo de cactus semiamargo.

Al despertar, el sueño ganó la densidad del recuerdo. Fue entonces que el nombre de Carol apareció en mi memoria y aun cuando no conociera nada de esa mujer estaba seguro que la esposa del doctor Scherer se llamaba Carol. La claridad de las imágenes resultaba apabullante. Podía reconstruir paso por paso, hora tras hora, qué habían hecho, de qué hablaron, qué callaron, qué vieron, cuántas veces y de qué forma Scherer se había zambullido entre los pechos pletóricos de su mujer para endulzarse la lengua y hacerle el amor como si buscara un pozo donde enterrarse y ya no salir, y tal como me había ocurrido con Pablo y con Roby, aquello sucedía en mí, pero no me pertenecía, era consciente de esto durante la visión, es decir, el protagonista era el doctor Scherer, la mano que tomaba el vaso era la suya, el sabor de aquel trago ocurría en su boca, los ojos extasiados ante los pechos desbordantes de Carol y el cuadro marino girando en su derredor eran los suyos, pero, claro está, aquello ocurría en mi cerebro, por lo que uno de los dos era el intruso en el otro.

Los recuerdos de Scherer me persiguieron durante toda el día. Las imágenes me llevaron a un caserón en Rosario donde vivíamos antes de que su padre muriera ahogado en el río. La noche siguiente soñé con su madre. Al principio veía sus ojos en blanco y negro. Estábamos en el patio del fondo de la casa rosarina, me hablaba de mi hermano mayor —el hermano de Claudio Scherer— y de algo muy malo que le había hecho.

No sé de qué otras cosas hablamos porque lo que entonces me asombraba era que el recuerdo iba ganando color dándole al cuadro general un tono rojizo y a los ojos de la mujer la profundidad suave del marrón acaramelado. No es que no le prestaba atención a lo que ella me decía, el problema es que la mujer me hablaba en alemán y yo de alemán nunca comprendí nada, pero claro está la mujer no me hablaba a mí, sino que le hablaba a Claudio y acaso Claudio manejaba el alemán hasta el punto de poder soñar en esa lengua. Aquello me fastidiaba porque si bien Claudio debía entender lo que su madre le decía, al fin y al cabo, aquel sueño era mío, transcurría en mi cerebro, en todo caso, me pareció en ese momento que debían tener la amabilidad mínima de conversar en un idioma que yo también pudiera comprender.

Lo único que me quedaba claro era que la madre de Claudio me retaba por algo que le había hecho a mi hermano y en medio de un llanto desbordado Claudio parecía suplicarle algo murmurando la palabra "*vergebung*". Mientras madre e hijo continuaban su escena alemana, yo mismo en medio del sueño me encontraba repitiendo como un mantra "*Vergebung, Vergebung, Vergebung*".

Aquello me angustiaba y me daba cuenta de que más allá de no saber el significado preciso seguramente "*vergebung*" debía ser usada como un modo de pedir perdón. No sabía entonces si era yo —¿pero qué podía todavía significar ese "yo"?— el que pedía el perdón de alguien al que no podía definir o si era Claudio el que a través mío le suplicaba a la madre que lo perdonara por eso tan malo que le había hecho a su hermano.

No podía conmigo mismo, debía aceptar que no era mía la capacidad habitar el paréntesis psicótico en el que parecía haber suspendido mi propia vida en pos de vivir la de otros. Volví al Hospital dispuesto a encontrarme con el doctor Scherer y encarar las cosas sin mediaciones: contarle lo que me había pasado con Pablo y con Roby y con Emilia, sus pasados reconstruidos en mi memoria, sus vidas tomando posesión de la mía, y agregar que ahora también me estaba pasando lo mismo con él.

No lo encontré. En la entrada del Pabellón de Terapia Intensiva me dijeron que Scherer se había ido pero la secretaria del doctor necesitaba hablar conmigo. Me hicieron esperar en el hall de la planta baja. El televisor estaba prendido, en el noticiero hablaban de la guerra contra las células del *Frente de la Anarquía Coronada*. La foto de Miguel Bakunin en primer plano resplandeció unos instantes en la pantalla. La situación, al menos por lo que los periodistas comentaban, era verdaderamente crítica. El ejército argentino había tomado el

control de las ciudades declaradas enemigas en las provincias del Interior. Habían capturado tres Batallones de Sidosos nucleados a las afueras de Rosario, en un barrio del centro de Córdoba y otro más en Chivilcoy. Las batallas ya se estaban dando en el conurbano de Buenos Aires. Hacia unas horas atrás las Fuerzas Aéreas habían bombardeado el oeste de La Matanza y los muertos se contaban por centenas.

No supe en ese momento si esa era una buena o una mala noticia, y si en todo caso no teníamos que agradecerle al Gobierno ahorrarnos lo que teníamos ganas de hacer desde hacía rato. Al fin y al cabo, La Matanza ya era el paisaje de la devastación de una guerra no declarada, en todo caso debía tratarse de la devastación de una devastación, la aniquilación de una aniquilación, y como negación de una negación suponía una verdadera superación —se sabe: el Estado siempre fue hegeliano ortodoxo, la astucia de la Razón estuvo desde el comienzo jugando a su favor. En esa devastación al cuadrado, el Gobierno no debió más que hacerle honor al nombre del lugar —en el fondo, aún contra nosotros mismos, todos somos lacanianos y lo que está en el nombre tarde o temprano se transforma en destino: ¿qué otra cosa se podía esperar de un lugar llamado La Matanza sino justamente hacer honor a su nombre y efectivizar lo que el significante despótico tenía prometido?

Mirando aquello me sorprendió la secretaria del doctor. Se sentó a mi lado, me vio obnubilado ante las imágenes del televisor y giró la cabeza hacia la pantalla. “Están todos con lo de la guerra” —dijo, volviendo hacia mí. Le pregunté por Scherer. Dijo que estaba ocupado con otras cuestiones pero que le había pedido que se encargara de informarme que mi amigo Pablo Majno había fallecido a la madrugada de esa misma noche.

De algún modo lo sabía antes de que aquella mujer me lo dijera. Era como si en verdad primero hubiese muerto en mi memoria y solo después, acaso en ese mismo momento, Pablo Majno encontrara la muerte.

En todo caso no podía dejar de asociar el hecho de que fueran ahora los recuerdos de Scherer los que tomaran posesión de mi alma, desplazando las imágenes mentales de Pablo, con la muerte de éste último. Seguramente, la indiferencia ante la noticia se debía a esa misma razón. Tenía plena consciencia de lo que aquello significaba; yo mismo, aquel que de algún modo había sido, acababa de morir y algo en mí debía morir con él, pero esa muerte ya había ocurrido y no existía nada de Pablo Majno que pudiera interpelarme.

Pensé: no hay existencia sino aquella que es percibida, no hay vida humana sino la que es recordada, por lo que en cierto sentido yo mismo lo había matado dejándolo hundir en el olvido, permitiendo

que otro ocupara su lugar.

Pero entones un único motivo me movía: "*Vergebung, Vergebung, Vergebung*". Necesitaba encontrar a Scherer y contarle que había soñado con su mujer —el viaje a Brasil, sus tetas desorbitadas— y luego con su madre hablándome en alemán. Durante el traslado del cuerpo a la morgue, aproveché la ocasión para abordar a su secretaria. Me acerqué unos pasos y le pregunté si Scherer sabía alemán. La confirmación de mi hipótesis me envalentonó. Me enteré también que el doctor había nacido en Frankfurt pero que a los dos o tres años los padres se habían trasladado a Rosario, tal como yo lo había entrevisto. Le pregunté por el viaje a Brasil —"¿había ido con su esposa, no es cierto?, ¿su esposa se llama Carol, verdad?"—. La mujer se vio apabullada por mi interrogatorio pero más apabullado me sentía yo al comprobar que las imágenes de Claudio Scherer que habían venido por mí respondían a datos verdaderos.

Salí del Hospital saturado de ruido mental, una maquinaria de chirridos industriales que sin embargo iluminaban un sentido todavía no dado. Las puntadas en el cráneo me exigieron detenerme. Me senté junto a una de las mesitas del bar de la vereda de enfrente del Hospital. El ruido era un síntoma, ese quejido de animal agónico en mi cerebro era el signo de otra cosa. El mozo se acercó para tomar mi pedido, no pude hablar. Tampoco entendí lo que me decía. Había perdido a mi amigo, el que yo mismo había sido, ahora también perdía la lengua. Pablo también había muerto en mí, mi lengua era su cadáver. Tomé la carta y el señalé cualquier cosa.

Pronto reconocí dos fases superpuestas en el aturdimiento sonoro. Mi cerebro era una radio descompuesta que trasmitía dos señales simultáneas. Una fase era la del puro ruido mental, la otra la del registro consciente de ese ruido. Pero el ruido no era solo ruido, sino sonidos que prometían alguna articulación. Me volví todo escucha y quise creer que mi inexcusable monólogo interior profesaba una lengua extranjera. Algo o alguien en mí, hablaba en alemán.

¡¡¡Alemania!!! ¡¡¡Alemania!!! Mi cabeza era una cámara de gas. Yo era el que moría dentro. Mi cabeza era una tumba común. Yo era el que arrojaba los cadáveres. Pero "Yo" era nada. Las voces ordenaban matanzas sanguinarias, suplicaban a un dios improbable, y todas ellas, unas y otras, eran las de Claudio Scherer.

Arrinconado en ese campo de batalla, se jugaba algo sobre lo que debía decidir antes de desbarrancar del todo. Aquello se presentaba como un desafío y quería saber hasta dónde era capaz de hacer propio lo que me era radicalmente ajeno. Primero en el bar, luego en mi habitación del hotel de Balvanera, empecé a tomar notas en la libretita que había sido de Pablo Majno, palabras sueltas que

transcribía de lo que el otro me dictaba. Me parece que estoy inventando todo esto. Me parece que en verdad no transcribía nada, sino que yo solo me inventaba mi propio idioma llamándolo "alemán". Lo cierto es que terminé escribiendo un montón de palabras —cuatrocientas treinta y seis mil para ser exactos—, es decir, un diccionario entero, en todo caso, el vocabulario completo de Claudio Scherer.

No entendía nada, pero entre todas ellas, la palabra que más me gustaba era *Augenblick*. Como casi todo lo que importa, su etimología respondía a una escena fortuita. Me había dispuesto a atrincherarme en el bar de enfrente del Hospital hasta ver al doctor y entonces abordarlo. Sentado delante de mi interminable café miraba y miraba a través de la ventana esperando al doctor y entonces quise comprender que *Augenblick* significaba "mirada". Estaba compuesta por dos palabras diferentes. *Augen* significaba "parpadeo" y *Blick* lo usaba para "instante". Entonces *Augenblick* significaba "mirada" solo si se entendía que la mirada era el "parpadeo del instante".

Me gustó la asociación, quise comprender que la mirada auténtica es "el parpadeo del instante" no porque el instante se revele a la mirada sino todo lo contrario, lo que hace verdadera a la mirada es la imposibilidad de ver el instante porque es justamente el instante lo que ocurre durante el parpadeo. Es decir, la mirada parpadea cuando el instante ocurre, pero si parpadea entonces los ojos se cierran y al menos durante ese instante ya no hay nada que poder ver. Al menos en mi idioma solo habría mirada auténtica a condición de no ver el instante.

Por eso seguramente no había visto a Scherer durante toda mi espera, hubiese pasado mil veces por delante de mí, ante mi *augenblick*, y por definición no lo hubiese podido ver. Aunque también es posible que sea el instante el que nos mira, y entonces *Augenblick* debe significar "el parpadeo del tiempo mirándonos". Es decir, es el tiempo el que parpadea cuando nos mira y por eso mismo no nos mira en absoluto o nos mira bajo la condición de una ceguera titilante y continua, pasa de largo sobre nuestras vidas como si no existiéramos en ningún instante sino habiendo ya siempre pasado.

En fin, me divertía con esas cosas, inventaba términos sueltos —que en verdad no eran ni siquiera palabras— les daba una definición particular y luego las juntaba creando todo un diccionario. Así pasaron los días de aquella semana. Entre tanto, puntualmente me encargué de llamar al teléfono de Scherer dos y hasta tres veces por cada jornada. Nunca me atendió el doctor, sin embargo dos veces la voz de la secretaria me dio a entender que mi insistencia no era agraciada y que el doctor no quería tener más contacto conmigo. Al hospital, ni siquiera me dejaron ingresar.

"*Vergebung, Vergebung, Vergebung*": ya lejos, muy lejos de Pablo y de Roby, volví a soñar con la madre de Scherer, de rodillas en el patio del fondo de la casa le pedíamos perdón una y otra vez. Solo era eso, el ruego desesperado ansiando el perdón por eso indecible que le habíamos hecho al hermano. El sueño se repitió noche tras noche, y cada vez, la madre de Scherer nos daba la espalda, no quería ni vernos ni escucharnos. Despertaba temblando, con el peso de una roca en medio del pecho, me costaba respirar y me sentía infinitamente culpable de lo que no sabía y ni siquiera era mío.

Las variantes del sueño eran mínimas, cierta vez me escuché gritarle —siempre en alemán— "¿por qué, madre, tu silencio, por qué no respondés?", entonces la madre de Scherer finalmente se dio vuelta y su rostro no era un rostro sino una teta enorme, una esfera perfecta, láctea y luminosa, con un pezón puntiagudo en el centro. La mujer dio unos pasos hacia nosotros, se detuvo delante, extendió sus brazos para rodearnos y de inmediato ofreció y luego embutió su pezón en nuestra boca. Chupamos y chupamos de aquella Madre-Teta hasta endulzarnos la lengua con su leche, y así, mientras lamíamos y tragábamos hasta emborracharnos, sabíamos, Scherer y yo, que aquel rostro-teta era, toda ella, la mujer del doctor, en todo caso, el rostro de su madre eran las tetas de Carol, es decir, una de sus tetas, acaso la izquierda, quizás la derecha.

Desperté con un deseo espantoso de tomar leche y la urgencia desesperada de hablar con Scherer. Tenía el dato de su domicilio anotado en la agenda de Pablo. No encontré a Scherer, pero comencé a seguir a la mujer pensando que me llevaría hacia mi objetivo final. Desde la mañana temprano, apenas salía de la casa, su recorrido era el mío, sus pasos la guía atenta de mis pasos. La seguí con cautela y obstinación; casi siempre la veía de espaldas, aunque cierta vez —acaso sospechando que alguien la estaba siguiendo— se dio vuelta y finalmente me regaló la contemplación extasiada de sus pechos.

Cabe decir que sus tetas no eran lo que había visualizado en mis interferencias mentales agigantadas seguramente por la fantasía del doctor. Atento al dato, me pregunté cuán desvirtuados llegaban a mí sus sueños y sus recuerdos, qué procesos de transformación ya había ejecutado su fantasía al reenviarme sus imágenes.

Conclusión rápida: ni Scherer ni nadie recuerda ni percibe un mundo sino el fantasma de lo ya perdido por definición. Pero qué importaba si los pechos de su mujer correspondían o no con los pechos de la mujer que en ese momento me había donado su contemplación sino con el mundo mental en el que Scherer vivía. Si a esta altura no hay mundo que no sea el de una fantasía ideológica, qué eran entonces aquellas tetas sino tetas ideológicas, tetas fantasmáticas que Scherer había encontrado en su mujer con la única

finalidad de llenar las discontinuidades del ser, el rostro borrado de su madre, su silencio e indiferencia, en fin, los agujeros negros de la vida, y con ello travestir, guardar el secreto, velar y ocultar esa otra escena en la que desesperado le rogaba que lo perdonara por eso tan horrendo que le había hecho a su hermano.

Detrás de sus fantasías debía encontrar entonces la emergencia de lo Real: *Vergebung*, *Vergebung*, *Vergebung*, ¿por qué, en relación a qué pedía perdón el doctor Scherer?, ¿qué abismos escondían el deseo de esas tetas que habiendo tomado el rostro de su madre, nos empujaba a pedirle perdón?

Ex tetona ideológica o tetona fantasmática, los pechos de Carol fueron desde entonces mi guía para saber quién era Scherer, la puerta entreabierta por la que descifrar el enigma del que acaso él mismo ignoraba la respuesta. Aquello pronto se reveló como lo más difícil. Mi relación con las tetas en general era nula, nunca me habían atraído más que como un decorado fútil. A esto hay que sumar que mi trabajo de prostituto me había acostumbrado a cierta hegemonía de pechos masculinos que me hacían incomprensible el deseo de alguna teta. Por lo que entonces tuve que inventármelo, y, claro está, el deseo se crea con el hábito.

Ante el pudor de abordar a la esposa de Scherer, perdí días enteros paseándome por las calles del barrio buscando tetonas que me facilitaran el adiestramiento y la conexión espiritual con la vida interior del doctor Scherer. De los pocos pesos que tenía me gasté unos cuántos pagándole a la mujer del panadero de la esquina para que me dejara chupárselas un rato. Era una mujer grandota, gorda, de unos cincuenta y pico de años, ajena al rastro de cierto empedernido bigote en la comisura de su boca, a los vaivenes del tiempo y la mugre conjugados en su pelo, pero orgullosa de las tetazas que dejaba relucir en escotes dignos de película italiana de los años cincuenta. Al principio se mostró sorprendida por mi propuesta y alegó cuestiones relativas al marido panadero, pero rápidamente comprendió que dejarse chuponear las tetas un ratito no implicaba traición, afrenta, ni nada por el estilo. Lo tomó entonces como un favor, como si en verdad aportara sus tetas a un crío del barrio al que la madre no pudiese amamantar y alguien debiera hacer el sacrificio.

La mujer alta, yo más bien bajito, se las chupaba de parado detrás de unas cortinas que separaban el negocio de las máquinas con las que hacían el pan y las facturas. Ella bajaba el escote y comenzaba mi trabajo de succión siempre enfocado mentalmente en la mujer de Scherer intentando capturar el momento exacto en el que sus tetas se le volvieron fetiche y destino. Quería comprenderlo, definir puntualmente el recuerdo de la escena exacta en que Scherer se había

enamorado, pero aquello no resultaba, las tetas de mi panadera era un torbellino de carne que a mi boca excedía atragantándome hasta la asfixia. Mi panadera tomó un rol protagónico y acaso excitada por el chuponeo me arrinconó contra la pared y me hundió la cabeza entre sus pechos como si en verdad me estuviera ahogando en un barril de gelatina pretendiendo que confesara vaya a uno a saber qué cosas. La última vez que la visité se había vestido como si se tratara de una fiesta de gala, se había embadurnado con perfume hecho con esencia de coliflor hervido en querosén y en medio de nuestra performance me pidió que la penetrara. Nada había comprendido de mi tarea de reconstrucción de una memoria ajena, no estaba allí por placer, lo mío era un trabajo espiritual, pero ante su mirada volcánica, sus bigotes rústicos y sus manos agigantadas en la tarea de estirar la masa durante toda su vida, tuve que hacerle caso, levantarle el vestido y perder toda dignidad entre las olas de la carne fofa de sus nalgas bamboleándose de un lado para el otro. Nunca más la volvía ver, prefería dar la vuelta de la manzana para no cruzármela o verla exhibiéndome sus tetas detrás del mostrador.

Luego probé con un travesti siliconado que vivía en el mismo hotelucho en el que había terminado enterrado. Nada, gusto a caucho, a rueda quemada en piquete de ruta, sabor a chupete endurecido por el tiempo y a rejunte de mocos secos en un pañuelo olvidado, ninguna conexión había logrado con la experiencia de Scherer ante los pechos de Carol. Un puesto de diario de la avenida Rivadavia me facilitó avanzar en la cuestión. Me robé unas viejas revistas pornográficas que me sirvieron de poco: suficientemente anacrónicas como para impedir cualquier erección, aun cuando lo intentara manoseándome la pija de todas las formas posibles. De aquello saqué una conclusión: en el mundo actual mirar revistas pornográficas es contemplar daguerrotipos familiares de nuestros tatarabuelos jugando al reviente sadomasoquista —imposible conectarse con el deseo; gana el anacronismo, el trofeo de anticuario, y por más desborde sexual que linde con el gore y los vericuetos de la perversidad las imágenes analógicas no producen más efectos que el de una sonrisa cándida. Pero la verdadera conclusión entonces es que el sexo es nuestro invento —nuestros abuelos no tenían sexo, se trataba de otra cosa, no sé cómo llamarlo, pero sexo no era. O acaso sean nuestras experiencias sexuales las que no tienen nada que ver con el sexo sino que funcionan como la huella de lo que ya hemos perdido para siempre, aquello que ya ha muerto con nuestros antepasados.

En fin, las revistas pornográficas no sirvieron a mis fines, sin embargo, me ayudaron para otra cosa. Empecé a dibujar tetas que copiaba de las fotos. En un arrebato de misticismo artístico dibujé alrededor de trescientos pares de tetas en papeles que pegué en las

paredes de mi cuarto de hotel. Rodeado por mi obra, de pronto me di cuenta de que no había dibujado tetas, eran ojos que me miraban, ojos grandotes como las tetas siliconadas de mi vecina travesti o los pezones de mi panadera, ojazos abiertos obligados a contemplar la eternidad como si estuvieran viendo su propia muerte.

Aquello me asustó, tuve que tirar las revistas porno y supe qué significa el miedo de salir a la calle. A partir de aquella revelación, mis recorridos barriales buscando tetonas que contemplar se me transformó en tortura. Las tetas me perseguían por donde anduviera y eran tetas que no dejaban de mirarme. Tetas prometiendo saltar por encima de los escotes, tetas con mirada infrarroja que atravesaba remeras, buzos y camperas con la única finalidad de tenerme vigilado; primaverales copas de los árboles transformadas en tetas florecientes, nubes con formas de tetas, la luna inquebrantable como una gigantesca Madre-Teta espiándome con su pezón blanquísimo, bebés con cabezas en forma de tetas, cada ojo una teta, cada teta un ojo, como si todas las tetas del mundo fueran los innumerables ojos de un dios fisgón dispuesto a perseguirme a través de su panóptico múltiple y omnisciente.

Augenblick, *Augenblick, Augenblick*: me decía a mí mismo rogándole a las tetas que dejaran de mirarme, que me devolvieran a la ceguera de un tiempo sin mirada, un instante, solo el instante en que el tiempo parpadeara para pasar desapercibido ante los múltiples ojos-tetas de aquel dios demoniaco.

Tuve que encerrarme en mi cuarto del hotel, no volver a pisar la calle hasta no recuperar algún equilibrio emocional. Mi entrenamiento con las tetas me había perdido, nada había encontrado allí que me revelara el secreto que había maravillado y horrorizado a mi amigo Scherer. Me dispuse entonces a quitar todos los dibujos que había hecho y pegado en las paredes. Aquellos ojos-tetas me seguían mirando como si miraran la muerte. Entonces la imagen se hizo y recordé perfectamente el día que maté a mi hermano —el hermano de Scherer.

Habíamos encontrado la escopeta de papá arriba de su armario. Nos pusimos a jugar disparándole a unas latas en el fondo de nuestra casa en Rosario. A mi hermano se le ocurrió poner una lata arriba de mi cabeza y disparar. Tuvo buena puntería, yo en cambio erré el tiro. Fue como si él lo supiera antes que mi dedo apretara el gatillo. Cuando disparé, en el mismo instante en que la yema de mi dedo sintió el frío del arma vi sus ojos y sus ojos ya sabían lo que vendría: vieron la muerte y se quedaron fijos contemplándola para siempre, como dos grandes tetas dibujadas en el cielo de un planeta deshabitado.

Lo que ni la panadera fellinesca, mi vecina travesti, ni las revistas

porno, ni todas las tetas que anduvieran dando vuelta por el barrio habían podido hacer para conectarme con el deseo de Scherer, los ojos de su hermano frente a la muerte me lo revelaron.

Descubrí entonces el origen de mi pasión por las tetas de mi mujer —es decir, la mujer de Scherer. Me recordé una y otra vez, bastidor tras bastidor, absorbiendo el dulce amargo de sus pechos como si en ello se me fuera la vida. Pero nada de Edipo y esas cosas: le succionaba las tetas a mi mujer para que mi hermano dejara de mirarme. *Augenblick. Augenblick Augenblick.*

Le chupaba las tetas moviendo la boquita como la de un pescado retorciéndose en la playa bajo el sol inclemente del verano, sin saber que en verdad estaba suplicando que me perdonara.

Y claro está, le chupaba las tetas a mi mujer implorando el perdón de mi hermano en el alemán que yo solito me había inventado: *Vergebung, Vergebung, Vergebung.*

Tenía su secreto conmigo, sabía algo que acaso ni él mismo supiera, había visto en el fondo de la montaña de sí mismo lo que seguramente él no tenía ni ganas de acercarse. Solo me faltaba encontrar a Claudio Scherer y compartir con él lo que se me había revelado.

Prohibido mi ingreso al hospital, secuestrado su teléfono por la secretaria, habiendo seguido a su esposa de aquí para allá y levantado durante semanas mi campamento pobre alrededor de la entrada de su casa sin más resultado que hacer de mi vigilia una tortura absurda, debía trazar una nueva estrategia para encontrarlo.

Lo esperé en la esquina de su casa, sin moverme de allí durante toda la noche. No solo no encontré a Scherer sino que a la segunda jornada me vi envuelto en una disputa tan inútil como violenta con dos travestis de la zona. Dijeron conocerme de antes, cuando yo trabajaba en aquella esquina y les había quedado debiendo cierto canon por ocupar su parada. Enseguida pensé si acaso no se referían a Pablo Majno. No sirvió explicarles que no estaba allí para levantar ningún cliente. Pronto se mostraron tan feroces como desalmadas, me empujaron contra la pared de la esquina y mientras una de ellas me tomaba de los brazos la otra se dedicaba a golpearme la cara. Me zafé como pude, tomé a una del pelo y la zarandeé de un lado al otro mientras soportaba los puños de su compañera en mi cabeza.

El altercado no duró más que unos pocos minutos, pero fueron suficientes para que uno de los patrulleros de la zona identificara la disputa y pusiera fin a mi aventura. Esa noche la pasé en la comisaría del barrio. La siguiente también. No tenía los documentos conmigo y a los oficiales les costó horrores corroborar mi identidad. Me

preguntaron si no estaba enterado del Toque de Queda. Me culparon por ejercer la prostitución. Eso lo esperaba. Me acusaron de participar de los Batallones de Sidosos del *Frente de la Anarquía Coronada*. Hablaron del movimiento anarco-sidoso y de terrorismo biopolítico. Eso no lo esperaba.

Me preguntaron mi nombre. Balbuceé, no sabía que responder. Dije que no me acordaba, acaso me llamaba Roberto Fernandez Sein, a veces Pablo Majno, algunas menos Claudio Scherer.

La guerra es cruel. La guerra es siempre la golosina del perverso caníbal. ¿O creía en serio que solo se trataba de comprobar mi identidad comparando papelitos? Me sacaron una foto, extrajeron sangre de mis venas con una jeringa para ser utilizada con elefantes obesos. Solo se trataba de esperar los resultados para saber cuál era mi destino. No era difícil comprender cuál iba a ser mi destino. La guerra nos pone serios, la identidad es una cosa seria. Me llevaron a un sótano que estaba debajo del sótano donde ya me tenían encerrado, el subsótano de un sótano —nunca hay que creerles del todo, las fuerzas del orden siempre tienen un infierno esperando detrás del último infierno—, me sentaron en un banquito contra la pared del fondo, me pegaron un cachetazo: ¿cuál es tu verdadero nombre?

No les miento, ¿por qué iba mentirles?

¿Desde hace cuánto tenés Sida?

Ante mi silencio, segundo cachetazo.

Hablanos entonces de Miguel Bakunin, ¿a quién más conocés del *Frente de Anarquía Coronada*?

No tardé en comprender que la tortura es el método cartesiano por excelencia. El salto ontológico: más allá de todas las palabras, imágenes, percepciones, quién sos, qué sos. El gesto desesperado de fusionar el sujeto de enunciado con el sujeto de enunciación: ah, si los psicólogos modernos se hubieran atrevido a terapias un poco más vanguardistas —despellejamiento, tenazas al rojo, una pequeña rata hambrienta en el ano—, quizás…, quizás todos estuviéramos un poco más sanos. En una de esas el bueno de Pavlov estaba en el camino correcto. ¿Quién sos? Soy el que soy. Punto. Con eso debería alcanzarnos, pero por qué todo se nos hace tan difícil.

No les alcanzó. ¿Quién sos?, ¿cuál es tu verdadero nombre? —insistieron.

¿Roberto Fernandez Sein, Pablo Majno?, ¿acaso Claudio Scherer también? —pensé para mí mismo.

¿Quién soy? Soy el que soy —me salió decir en voz alta.

¿Qué otra cosa podía hacer, enumerar todos los que de algún modo era?

No les gustó mi respuesta. Me llevaron hacia uno de los rincones. Un tacho enorme que me llegaba hasta la panza, lleno de aceite. Me

agarraron de los pelos, hicieron conmigo el submarino. Glú, glú, glú. Preguntaron para qué célula terrorista estaba trabajando. No tuve respuesta. De nuevo mi cabeza hundida en el tacho. Así una y otra vez, y cada vez pasaba más tiempo concentrado en controlar el aire de mis pulmones, ir soltándolo de a poco para no llegar al final.

Por última vez, ¿trabajas para el *Frente de Anarquía Coronada*? Decinos dónde está Miguel Bakunin.

Dos días enteros me dejé morir encerrado en un cubículo metálico de las dimensiones de un sarcófago. Solo al tercer día de mi estadía en las catacumbas de la ley, me llevaron a la oficina del sub-comisario. Me mostraron las fotos que la buena de Carol había dejado en la comisaría hacía dos meses atrás, cuando denunció mi desaparición. "Tu nombre es Claudio Scherer, tu mujer se llama Carol Donovan y tenés dos hijos que te están esperando" —dijo el sub-comisario.

Al rato me hicieron sentar en la parte trasera del patrullero. Enseguida encontramos el chalet del doctor Scherer. Tocaron timbre y luego de un rato nos atendió Carol. Me adentré en lo que supuse debía haber sido mi casa de siempre. Las luces de la cocina estaban apagadas. Caminé como flotando por la superficie de un planeta todavía no descubierto pero que conocía a la perfección. En medio de la oscuridad ni siquiera necesitaba tomar registro de los muebles, la mesa, las sillas, solo andaba y me dejaba llevar sabiendo que así estaba bien. Encendí la luz del living. Observé los sillones blancos bajo la cortina naranja, la mesa ratona en el medio, el jarrón con los gladiolos artificiales, un poco más allá la escalera que conducía al dormitorio de Scherer y su mujer, y todo lo contemplaba como si hubiera vuelto como siempre se vuelve a las cosas que nos definen: habiendo olvidado el camino de regreso, habiendo olvidado que existía una casa y una mujer que me esperaban.

¿Cuánto tiempo había estado dando vueltas en el espiral de mi propia pérdida? Solo dos o tres fotos me reclamaban desde el aparador. Una de ellas la habíamos sacado hacia solo unos meses cuando viajamos a Brasil. El bikini verde fluorescente de Carol me rompía los ojos, sus tetas voluntariosas pretendían el desembarco final, mientras un vaso con jugo de cactus semiamargo era alzado por su mano derecha. En las paredes algunas fotos que aspiraban a cierto vuelo artístico —retratos de mi madre, ciertas escenas pescando con mi padre a la orilla del río Paraná en una de las islas frente a la ciudad de Rosario—. Aquello simplemente me derrumbó. ¿Por qué suelo perderme en lugares donde siempre estuve? ¿Por qué no dejo de encontrarme en lugares donde nunca estaré?

Pensé en todo el tiempo perdido viviendo la memoria del Otro, en el gesto desesperado de volver a lo mío obligando a ese Otro a

reconstruir mi pasado. ¿Pero quién había sido ese Otro?, ¿Pablo Majno, Roberto Fernandez Sein, acaso Emilia García Ding? ¿Desde hacía cuánto tiempo había vivido la existencia de aquellos buscando reconstruir la mía? ¿Ya dije que los argentinos somos irremediables hegelianos obsecuentes?: ¿había otro modo de reencontrarme conmigo mismo sino era pasando por la carnicería dialéctica?, ¿otro camino redentor que no fuera el que me llevara por las montañas heladas de la otredad solo para regresar a lo mío?

Ya ni me acordaba de la casa a la que había vuelto, ni siquiera me acordaba que debía acordarme que tenía una casa a la que regresar.

Mi casa era la del otro, allí estaba mi referencia.

Tristeza se llamaba el país donde se levantaba aquella casa.

Tristeza me daba a mí mismo pretendiendo encarnar la vida de todos lo que había sido y nunca fui.

Humillación era el Planeta en el que había deambulado buscando a otro que hiciera por mí lo que yo no podía: darme un pasado, darme una vida que contarme.

Por la galaxia del Desastre los planetas sin órbita bailaban la danza cósmica de una coreografía esquizoide, mientras tanto yo no había sabido darme más que el papel del Payaso Místico.

Un espejo al final del comedor. ¿Hace falta adjetivar "abominable"? ¿Hacía falta continuar para fracasar una vez más? El payaso cósmico se encontró frente a un espejo. Había regresado a mi casa, había vuelto de algún modo a mí mismo y sin embargo, me vi en el espejo de arriba del aparador y no vi a Scherer, el espejo todavía me mostraba a Roberto Fernandez Sein, al menos la imagen pobre, un poco diluida, que yo me había hecho de Roby, en todo caso, se trataba de una aparición, los restos de un fantasma dando vueltas por la mansión cerebral que yo había usurpado. Había conquistado su memoria a fuerza de no sé qué magia, pero entonces el fantasma del otro se apropiaba de mi cuerpo, se deslizaba entre los poros del espejo y me daba la imagen de Roby como la promesa de una venganza irrevocable.

La risa cósmica: no solo se trataba de Roby, superpuesto a su imagen, mezclándose uno con el otro, también podía ver a Pablo Majno. Respiré hondo buscando serenidad —la horda de los hermanos incestuosos lo sabían: el fantasma del muerto es el infierno de los sobrevivientes— Pablo Majno había muerto, pero ¿cómo matar al que ya está muerto?, ¿cómo matarlo sino comiéndonos entre nosotros mismos?, ¿sino comiéndose el cerebro uno mismo? ¿Eran los pliegues mal bordados de una alucinación? No lo sé, pero entonces me pareció lógico —si los recuerdos de Roby no habían sido sino un engendro de mi fantasía cruel, qué podía esperar de mi fantasía sino dibujitos mal

hechos, fantasmas ya siempre desapareciendo en un mamarracho psicótico: el fantasma de Pablo Majno, y acechando parte por parte, desde el fondo reluciente de sus ojos, el fantasma de Roby, tal como los recordaba.

No podía más conmigo mismo. Me serví un vaso de whisky —supe perfectamente en qué puerta y en qué recoveco del aparador lo encontraría—. Me desplomé sobre el sillón. Perdido en una galaxia compuesta de ojos que eran la ranura donde dios ponía sus múltiples ojos de moscas para acompañarme en el trance, me asustó la voz de Carol parada enfrente mío. Me levanté sobresaltado. Ella era mi principio de realidad, mi socióloga recién recibida trabajando part-time para la consultora político-metafísica de la identidad. Si yo había encarnado en el cuerpo doble de Roby y de Pablo, era ella quién debía registrarlo en las planillas del censo de las patologías. Tuve miedo: era la réplica exacta de lo que en la memoria de Roby o de Pablo o del que fuere había reconstruido a fuerza de sobar tetas de fellinescas panaderas de esquina y travestis siliconados y dibujar senos que reproducían los ojos de mi hermano en el momento en que vio la muerte cuando le disparé en la cabeza.

Sus tetas hablaban por ella y yo no sabía qué hacer frente a la dulzura escondida entre las montañas lechosas de sus pechos, pero me abrazó y no me quedó otra opción que dejarme abrazar un rato largo apretujado contra el calor de su cuerpo. Entre tanto, mientras ella lloraba y a la vez reía agradeciéndole al cielo mi regreso, no podía dejar de pensar cómo no se daba cuenta que yo no era del todo yo o al menos no registraba en mi rostro el de Roby y el de Pablo. Me preguntó qué había pasado, me dijo que había hecho la denuncia de mi desaparición, se había paseado por todos los hospitales de la ciudad pensando lo peor —acaso había sido víctima de un atentado guerrillero—, hizo la denuncia en la policía —me habían estado buscando durante tres meses— y le explicaron que tal vez había sido secuestrado por alguna célula del *Frente de Anarquía Coronada*, solo le quedaba rezar para no encontrarse un día con algún video de *youtube* mostrando cómo los terroristas sidosos habían degollado a su esposo.

—Ni yo mismo sé lo que me pasó.

—Pero algo te tenés que acordar. No podés desaparecer así de pronto y no recordar nada.

—Son flashes, tengo algunas imágenes mentales, pero son nada.

—Decime algo.

—Es un poco raro, ¿sabés?

—Pero contame.

—No sé cómo explicarlo. Hay interferencias en mi cabeza.

—¿Interferencias?

—Sí. Se me presentan imágenes y pensamientos que no son míos. Son recuerdos de otra persona en mi cerebro. Se llama Roby. A veces se hace llamar Pablo Majno y también Emilia García Ding. Acaso ahora están muertos, pero sobreviven en mí. Ni siquiera sé si los conocí alguna vez, solo se presentan sus voces y es como si yo mismo estuviese hablando, aparecen imágenes de sus memorias y es como si yo las estuviera recordando.

—¿Cuándo empezó esto?

—No sé, no hace mucho, desde que volvimos de Brasil.

—Nunca fuimos a Brasil.

—¿Nunca fuimos a Brasil? No me digas eso. ¿Cómo que nunca fuimos a Brasil? ¿y esa foto, la de arriba del aparador, de dónde es?

—La foto es de una playa de Villa Gesell. Fui sola con una amiga, ¿no te acordas de eso? Me la sacó ella.

—¿Ves? Tengo el recuerdo clarísimo de haber viajado con vos a Brasil como si hubiera ocurrido hace unas semanas nomás. Con esa radicalidad se presentan los recuerdos de esos otros como si yo hubiera vivido eso que me muestran.

—¿Y entonces qué te pasó?

No era el momento de explicar una cosa así. Tampoco existen momentos adecuados para explicar nada. Simplemente no existen momentos adecuados. Le conté lo que pude: ruido blanco de una radio mal sintonizada. Yo mismo al escucharme, no podía entender cómo había llegado sin darme cuenta al subsuelo del infierno. Nos quedamos callados como si hubiéramos salido de un cine después de ver una película de terror, con la electricidad en el cuerpo anestesiándonos la lengua.

Esa noche nos hicimos el amor. Sus tetas bailando en mi cara eran las olas de un embravecido océano de leche y sudor. Pero no podía dejar de vivir aquello como si fuera un impostor, como si estuviera haciéndome pasar por otro para encamarme con su mujer. Entonces la distancia de un desierto infranqueable me alejaba de ella, no porque no sostuviera la excitación ante semejante mujer, sino porque llegaba a ella luego de cruzar veinte murallas, dar toda la vuelta por las sensaciones de ser otro el que estaba allí entre sus tetas, tirado en la cama dejándose cabalgar.

Todo eso me pasaba por la cabeza, me pasaba no dejar de pensar que yo seguía siendo Roby —ese extraño—, y el extraño que yo era se dejaba hacer por mi mujer. Lo peor de todo es que acaso eso mismo era la leña arrojada al horno de mi excitación: ser otro penetrándola.

Lo cierto es que me hizo acabar como si en verdad acabara conmigo mismo. Nos quedamos desnudos, abrazados un rato bajo las frazadas. Me levanté para limpiarme un poco el enchastre de flujos

que me habían quedado pegoteados en el pene y la panza. Entonces el espejo de la cómoda me devolvió mi propia catástrofe. El que estaba allí, enfrente mío, desnudo seguía siendo Roby superpuesto al obstinado fantasma de Pablo.

—Hace un rato te hablé de las interferencias. Hay algo más.

—¿Qué cosa?

—Te quiero preguntar algo. ¿No ves en mí a otros dos más?

—¿Otros dos?

—Sí, otros dos. ¿No ves en mí a otras dos personas?

—Te veo como siempre.

—¿"Como siempre"?

—Veo a Claudio, ¿cómo queres que te vea?

—No sé, ya ni sé dónde estoy.

—Entiendo que estás cansado y necesitás dormir. Mañana todo va estar mejor.

Mañana no será mejor. Mañana, no, mañana no será mejor. Acaso solo sea mejor que no haya mañana. Cuando desperté y bajé a la cocina, Carol ya tenía preparado el desayuno. Sentado junto a la mesa me esperaban dos chicos, uno con un pedazo de pan con dulce de leche en la mano, el otro ya masticándolo. Se trataban de unos perfectos desconocidos, pero claramente eran los chicos con el que debía desayunar cada tanto en esa casa porque se suponía que eran mis hijos. No me acordaba cómo se llamaban. Uno se llamaba Ivan. Lo supe porque Carol lo acababa de pronunciar. Me senté a su lado, llevé yo también un pedazo de pan a mi boca. El silencio entre nosotros era aplastante. Solo después de un rato la mujer dijo que Ivan la había amenazado si no le daba una plata que necesitaba. El chico la miró con odio. Mastiqué mi bocado, ¿qué podía decirle?

—¿Qué te pasa, Claudio? ¿Estás con otra de esas lagunas? —preguntó la mujer.

—No me pasa nada, solo que no sé qué decirte.

Me gustó que dijera mi nombre. Hacía mil años que no me reconocía en aquel nombre. Me serví un poco de café con leche en la taza. "Claudio, Claudio Scherer es un bonito nombre", dije para mí mismo. La mujer siguió hablando, pero a Scherer ya no parecía importarle. De repente me pregunté si aquel hombre llamado Scherer podía escucharme dentro suyo. Un gesto, una señal, una palabra tuya bastará para salvarme. ¿Salvarme de qué? —me preguntaba hablando con aquel desconocido. Salvarme de mí, sanarme de lo que soy, de lo que he sido. Un gesto, Scherer, dame solo una señal de que escuchas esto mismo que digo en vos, para vos, entre nosotros.

Scherer no reaccionaba, ni respondía a mis palabras. Sorbía de su taza mirando la pared blanca de la cocina haciéndose abismo mental.

No, no parecía haber en Scherer ningún registro de que mi voz se hiciera palabra en sus oídos, de que existiera alguien, algo, que en el pliegue de sí mismo rogaba, imploraba: “Scherer, sálvame, saname de mí mismo, devolveme a algún lugar”.

¿O me escuchaba, Scherer, en el fondo del agujero de sí mismo y estaba lo suficientemente entrenado para que mi voz se deslizara barranca abajo para perderse —nada—, en el fondo de un mar oscuro? No lo sé. Solo puedo dejar registro de su indiferencia y su lejanía. Pero también esa misma distancia era la que parecía separarlo a él del enchastre del mundo —el amontonamiento de percepciones; su mujer, sus hijos, la mesa donde almorzaban, su casa, su universo mínimo e inestable, tan inestable como persistente— gastando su existencia. Claramente estaba de más en su vida mental, lógicamente no era más que una aberración de lo que las palabras pueden.

Pueden las palabras. ¿Pueden las palabras hacerse mundo en el interior de un hombre para borrarlo definitivamente de todo mundo posible? Digo, en fin, ¿qué era?, ¿qué hacía yo en el interior de ese hombre llamado Claudio Scherer sino existir como un gusano —el gusano máximo de la vida—, el parásito nacido del vacío sonoro que solo vivía consumiendo, robando las palabras, la identidad de ese mismo que llamaban Claudio Scherer?

¿Me escuchas Scherer? ¿Estás ahí, en alguna parte, escuchando al menos, esto que suena en vos y de algún modo sos vos mismo? Un, dos, tres, probando, comunicación alguna del satélite X al Planeta Scherer. Responda Base o habrá que abortar sobre el aborto mismo del que ya no está en ninguna parte. Pero Scherer estaba allí. Un universo, un planeta, un país, una casa, una mujer, dos hijos, una mesa de desayuno, un mundo para Scherer, aunque Scherer ya no esté por ningún lado. Eso ya no tenía ninguna importancia. Se puede vivir así y continuar una vez más. La mujer se levantó de la mesa. Scherer se quedó solo terminando su café con leche. Vi entonces su mano aferrada a la taza y encontré manchas oscuras con formas de archipiélagos, islitas y deltas. Fue él el que acercó su mano a unos ojos que ya no eran los suyos para que yo pudiera verla mejor. Las manchas eran negras, en derredor con un centro completamente rojo. Miré después sus brazos y encontré las mismas manchas que se extendían hasta el hombro: la fragilidad de un cuerpo que era mío y no era mío. Me levanté la camisa —las costillas me sobresalían— y encontré otras manchas en el vientre y el pecho. Supe lo evidente: aquellos eran los estigmas de los otros, el VIH persistía en sus marcas.

Pensé en Carol, ¿la había contagiado a ella también haciendo el amor la noche anterior? La vorágine me había arrastrado. No era el momento de dejarme enjuiciar por mí mismo. Ese mismo día, no se le

ocurrió mejor idea que invitar a la madre, al padrastro y al hermano de Scherer para “olvidarme de lo que me había pasado y vuelva a ser el de siempre”.

No reconocí a mi madre, no recordé quién era ese tipo que decía ser mi padrastro, pero ellos sí se mostraron seguros de quién era yo y actuaron en consecuencia sin importarles lo violento que puede resultar el amor esforzado. Scherer tampoco parecía reconocerlos. Me pregunté si aun sabiendo quién era aquella engorrosa mujer y quién ese borroneado hombre que actuaba como si estuviese siempre fuera de foco, no valía la pena hacer el esfuerzo de olvidarlos. Solo se trataba de hacer el esfuerzo, una vez más, de encarnar mi peor papel: el payaso místico del amor fraternal. Lo intenté como pude —ese será mi epitafio definitivo: lo intentó como pudo. Y si al menos me hubiesen ayudado en algo, asemejarse al menos al recuerdo que yo tenía de los padres de Scherer, pero no, no tuvieron la menor delicadeza de ajustarse a mi memoria.

Pero lo peor de todo vino con la entrada triunfal del señor gordo al que una desfasada primavera metabólica le había hecho brotar granos atiborrados de pus y olor de vómito pasteurizado a través de cada uno de sus poros. Al parecer ese desconocido se pretendía mi hermano. Quizás se trataba de un buen tipo, no lo sé, pero la ruina más apestosa de la humanidad se da siempre bajo la modalidad de los buenos tipos. Lo que sí, estoy seguro de algo: mi rechazo orgánico-espiritual ante esa montaña de vida infecciosa se debía a que rápidamente lo reconocí como intruso en mis maquinaciones mentales. Ese mismo gordo era el tipo que había echado a Pablo de su casa, o al menos correspondía con la imagen que yo o Roby habíamos reconstruido del hermano de Pablo cuando acompañado por un fiscal y dos policías, le enrostraba el papel del desalojo señalándole su horizonte próximo: la calle, su destino de taxi boy, unas lindas vacaciones en las playas del Sida.

Pablo y Hablo —mis obsesiones debidas—, ¿cómo hablo ahora sin Pablo ni Falo? Hablo entonces por hablar, quizás solo se trate de hablar por hablar nomás, pero desde que entró mi supuesto hermano se adueñó de las palabras para hablar de sí mismo como si su voz arrastrara el murmullo mental de los abortos del pensamiento. Muchas veces tuve la sensación de que todos recordábamos lo mismo: el cuentito familiar, el triángulo edípico, los sueños frustrados, los mismos lugares visitados, la misma música, la misma película, la misma literatura, etc, etc, etc. Pueden cambiar los nombres, las direcciones, la orientación, incluso el paisaje, pero es como si todos contáramos más o menos la misma narración del pasado, en todo caso, usando la misma estructura narrativa. No hay peor tortura entonces que sentarse a escuchar los recuerdos de otro como si no tuviéramos

suficiente con los nuestros. Me pasé toda la noche escuchando a ese animalito verborrágico haciendo gala de su vidita, preguntándome desde qué agujero psicótico creía que eso que contaba tenía algún interés.

Los demás le hacían fiesta mientras yo me lo fumaba como podía, pero entonces el tipo habló de su último viaje a Brasil con su mujer, de lo genial que lo habían pasado, del aeropuerto de Bahía, de la música que escuchan los taxistas brasileros, del conserje negro que los había atendido, de cierto trago hecho con jugo de cactus semiamargo que había tomado en la playa, y mis ojos se abrieron como dos piñatas de cumpleaños. Yo también había tenido el mismo recuerdo cuando se me daba por ser otro y recordar lo que yo mismo había sido. Miré a Carol, el mismo día anterior le había contado exactamente lo que mi supuesto hermano en ese momento estaba diciendo —el viaje a Brasil, el trago de cactus semiamargo— y no había nada en su rostro que le llamara la atención. ¿Ese era el juego?, ¿hacer de cuenta que nos importa lo que no nos importa para que el otro crea en la efectiva exclusividad de la memoria?

Claro que después habló mi madre —esa que actuaba como si fuese mi madre— y entonces fue peor, porque no tuvo mejor idea que hablar de un viaje en micro a las costas de no sé dónde, de las arboledas de un camping, de la lluvia inundando nuestra carpa, de los baldes que llenábamos de almejas haciendo pozos en el amanecer de la playa, de un bosque y un árbol al que trepamos con mi hermano, de una noche de luna llena que bailamos alrededor de un fuego que habíamos hecho entre los médanos. Supe de inmediato que ese mismo exacto recuerdo correspondía a la vida de Pablo —al menos había sido lo que Dimitrovna había recordado como parte del pasado de Pablo y su madre. ¿Cuál era el holograma terrorífico que no dejaba de proyectar la misma película —las mismas imágenes, los mismos recuerdos— en el cerebro miope de toda esa gente?

Entre tanto Scherer les sonreía a todos, y yo no dejaba de preguntarme: ¿por qué me cuentan esto, por qué creen que es tan importante como para que yo los escuche durante todo este rato, qué los empuja a adueñarse de todas las palabras para hablar de sí mismos y mostrar lo extraordinarios que son, cuando eso mismo que cuentan es lo mismo que yo también recordaba?

Después se pusieron a hablar de tetas y mi pseudo-hermano dijo que apenas uno de sus clientes ganara un caso de desalojo —un tipo se había metido en la casa que su cliente había heredado de su madre y no quería salir—, había decidido hacerle las tetas a su mujer. Mientras escuchaba la obsesión de mi pseudo-hermano por las tetas de su mujer y las tetas en general, pensaba, ¿no?, que no hay recuerdo que no sea la mierda de un psicótico, principalmente aquel que cree importante

hablar de sus recuerdos como si nadie, ningún otro recordara lo mismo.

La noche parecía que no acabaría nunca, pero a esa altura ya tenía claro que todos esos zombis que me rodeaban vivían enterrados en el agujero mental de su propia tumba creyendo que aquello que les ocurrió, ocurrió certeramente y solo les ocurrió a ellos. Un poco de silencio, solo eso pedía, un poco de silencio.

—¿Te acordas cuando jugábamos con la escopeta a dispararle a una lata que nos poníamos arriba de la cabeza y yo te pegué un tiro en medio de la frente? —lo interrumpí en seco mientras se regodeaba en las futuras tetas de su mujer.

Todos me miraron. Fin de la noche, se acabó la reunión familiar.

Me levanté de la mesa y los dejé chapoteando en su propia mierda mental. Una única conclusión: mi vida no tenía nada que ver con la de esos desconocidos. Pero claro está, mi vida tampoco tenía nada que ver conmigo mismo. Acaso esa era la diferencia entre ellos y yo. En todo caso, si mi vida dependía del reconocimiento de esos monigotes de plastilina, prefería entonces dedicarme a ser otro.

Fracasemos mejor, fracasemos mejor una vez más: ¿a fuerza de qué violencias, cómo hacer de un animal un sujeto de memoria?

Tengo los más lindos recuerdos de cuando el tiempo todavía no era un problema y podía leer y pensar esas cuestiones relativas a la parafernalia genealógica acerca de los modos de fabricar humanidad. Hoy no encuentro modo de mantenerme en pie. Hoy que no encuentro modo de mantenerme en pie me pregunto cómo se hace, qué debería hacer para no romperme en pedacitos y que no quede nada de lo que fui.

Del dios de los judíos a los antirretrovirales —Efavirenz, Emtricitabina, Tenofovir, Disoprexil, AZT— hay solo un par de estaciones de distancia. Eso solo lo supe entonces, cuando ya estaba por bajarme en la próxima parada. Del sujeto de la interpelación religiosa al muñeco de la imposición química, una línea recta que los une. Qué ganas de escribir una novela sobre la fábrica química de sujetos farmacológicos, pero ya me bajo y no tengo tiempo ni ganas.

Añoranzas vienen a mí de un tiempo en que tenía todas las ganas, incluso las ganas de tener ganas.

Ahora ya no.

Ahora estoy dedicado a sostener el equilibrio inestable del muñeco químico que se me muere. Se muere de sí mismo, porque le gusta al hijo de puta. No entiendo por qué no le alcanza, por qué siempre un poco más, tensar la cuerda, dar el paso que no hay que dar, ¿para qué, con qué necesidad? No hablo de mí, si fuera por mí me quedaría tranquilo con lo que me dieran. Hablo del que me vive,

habita, piensa, muere, habla, etc, etc. Porque sucede, está sucediendo de todas formas y no hay nada que podamos hacer al respecto. Ha sido la carrera loca hacia la descomposición. Una guerra privada entre el monstruo químico que me habita y la gran farmacopea universal. Yo nunca estuve ahí, solo fui el intermezzo, el contemplador, el testigo mudo.

Esa noche encontré los frascos de antirretrovirales escondidos detrás de los libros de cierto anaquel de la biblioteca. Decir que los encontré es solo una forma de decir. Scherer los buscó sabiendo dónde estaban —¿a qué costo, y en qué mercado negro los habría conseguido? Sacó una pastilla azul y otra rosada, cerró los frascos, volvió a esconderlos, y avanzó hacia la cocina. Sus pasos hacían el esfuerzo de sostener el silencio en derredor —Carol ya estaba durmiendo. Tragó las pastillas. Supo entonces lo que vendría. Tuvo miedo de las náuseas otra vez, saboteando su existencia, miedo de su cerebro y del desfasaje. Estar siempre en otro lugar —de eso se trataba, de la lejanía del cerebro con respecto a sí mismo, del espacio allí abierto en el que actuaban los antirretrovirales. El zoom de una cámara que decide alejarse infinitamente de su objeto —¡pero el objeto es el propio cerebro! La cámara no se mueve, no hay nada que se aleje, pero de pronto todo se halla incomprensiblemente lejos. Uno sigue en el mismo sitio, el mundo permanece tan estático y triste y aburrido como siempre, sin embargo, ya no estamos donde deberíamos.

Estaba en la casa de Scherer, su mujer seguramente continuaba durmiendo en el primer piso, sus hijos en el cuarto de abajo. Prendió la computadora, atento a los mínimos sonidos de la máquina. Se sentó frente a la pantalla. Sacó de un cajón del escritorio un trapo destinado a limpiarse la guasca cuando eyaculara. Bajó el cierre del pantalón y se agarró la verga, antes incluso de que cargara la página porno que había puesto. Pasó un rato buceando entre las categorías: threesome, racial, anal, brunette, hardcore, bondage, orgías, etc, etc, etc. Abrió en "GAY" un video de Pedro La Piedra. La verga se hinchaba en sus manos, pero no alcanzaba la erección que deseaba. Ni siquiera parecía tratarse de un deseo específico de hacerse la paja sino de cumplir con un ritual que él mismo sentía como condena e imposición —como una piedra de Sísifo que cada noche debía volver a levantar en el silencio denso del comedor, con un oído puesto en que su mujer y su hijo no se despertaran.

Lo difícil era verme haciéndole la paja.

Lo difícil era verlo viéndome hacerse la paja.

Pensó en la relación entre los antirretrovirales y la compulsión masturbatoria —como si el encierro de su cerebro en una cápsula química no tuviera otro efecto más que la viscosidad del deseo, la

compulsión pajera. La prohibición de una política general del deseo que bien podía reducirse al imperativo mínimo “no penetrarás en el cuerpo del otro” debía tener sus efectos: miedo al propio cuerpo, miedo a lo que su cuerpo podía hacer en los demás. Eso es lo que lo había llevado a un encierro monacal —una esterilización forzada química y moralmente en el campo más amplio de una eugenesia nunca nombrada. En esa misma imposibilidad —esterilización y eugenesia— se le jugaba el motivo central de sus pajas. No le calentaba la pija de Pedro La Piedra ni lo que le estaba haciendo al negro que tenía delante suyo en cuatro patas, sino la proyección de sí mismo llenando un cuerpo cualquiera con su guasca infectada. HIV era el motivo. El HIV era lo que de verdad lo calentaba. El poder de infectar, el poder de dar muerte. Eso mismo era lo que el imperativo “no penetrarás en el cuerpo del otro” dejaba suponer: “no penetrarás en el otro porque tu pija lanza muerte”. ¿Cómo entonces no calentarse con las posibilidades de la propia pija, con las posibilidades del propio virus? Una cola cualquiera, una boca cualquiera, un agujero de nadie, ¿por qué no hacerles probar el gusto de la muerte goteando de la punta de su pija?

Esos pensamientos no eran míos, pero tampoco podía dejar de pensar lo que ese hombre pensaba y de alguna manera ser él mismo. Me perdía muy fácilmente. Ya ni sabía quién había llegado a ser. Me pareció que ni siquiera él lo sabía. Posiblemente era un intruso en su propia vida. No estaba ni en él mismo, no estaba en ningún lado, porque entonces era yo el que estaba allí, sin saber, en verdad, dónde estaba, ni quién era ese hombre.

No era el momento de pensar esas cosas, al menos a Scherer no parecía importarle lo que yo pensaba: el glande se le había llenado de sangre, su mano jugaba ahora frenética al subibaja de un extremo a otro del tronco, Pedro La Piedra y el negro aparecían y desaparecían, el jadeo se concentraba en la garganta siempre atento a que no rompiera el silencio de la casa —miré, miramos, Scherer vio si el trapo con el que se limpiaba la guasca lo tenía cerca, aceleró todavía más el movimiento de la mano y la leche caliente ascendió hacia la punta de la pija. Entonces escuchamos los pasos en la escalera. La imagen de su mujer al acecho lo perturbaba. Se sentía humillado de solo pensar que lo encontrarían masturbándose. Apagó la computadora. Fue al baño como si de la madriguera de un animal asustado se tratara.

Junto a la puerta atendió a los recovecos del silencio. Los ruidos parecieron haberse acallado. No habían sido nada, quizás solo la tensión de mantener la paja en secreto. Pensó en volver a la computadora y terminar lo más rápido posible, sin embargo, aquellas tensiones se le volvieron un nudo en el estómago —un fuego que lo quemaba por dentro— y prefirió quedarse en el baño.

Se sentó en el inodoro. Las imágenes de todo lo que había sucedido en las últimas semanas vinieron por él. Pensó en Pablo y su destino raro. De algún modo le había tocado encarnarlo pero a la vez lo había sobrevivido. Se preguntó cuándo había empezado a vivir la vida del otro. Intentó recobrar la experiencia, cerró los ojos y se detuvo en los detalles de los que su memoria era capaz. Recordó la noche en que llamó por teléfono a Pablo, le preguntó si todavía trabajaba como "acompañante sexual" y por los honorarios, le propuso realizar una "experiencia" con su mujer, así la llamó, "una experiencia con su mujer". Se trataba de estar presente mientras mantenían relaciones sexuales. El otro le contó que trabajaba sin forro por lo que sus servicios eran más caros que lo general. Al otro día se encontraron en un hotel del centro. Recordaba perfectamente la escena, el golpe eléctrico de un rayo de cien mil voltios mientras se dejaba hacer por las artes amatorias del prostituto que había contratado. Un mazazo en la cabeza que podía haber rajado la superficie de la tierra, y de pronto ya no estaba donde debía estar, ahora todo él se había convertido en Pablo. Podía definir el momento exacto en que había comenzado a serlo pero a la vez se dio cuenta que en ese preciso instante, viéndolo todo desde la perspectiva de Pablo, sintió la presencia de Emilia en la punta de la verga, en los pelitos de los brazos, en la tensión de sus manos, y supo entonces que Pablo solo existía como refugio de los recuerdos de la que había sido la mujer a la que había amado como solo puede amarse aquello que nos condena al infierno.

Se puso de pie. Enfrentó el espejo. Metro ochenta, pelo canoso y ensortijado, nariz recta y decidida, labios de bife que le imponían a la boca cierta circularidad: la imagen de Pablo persistía en una superposición completa con la imagen de Roby, pero a la vez el engendro bicéfalo se obstinaba en mostrarse negro, un negro esfumado que tendía al gris topo, a un gris-rata-suburbana, pero definitivamente negro. Los recuerdos se amontonaron y movieron veloces en una combinación de fractales que entregaron una única certeza: el nombre de Bakunin, el chico ruandés que al parecer lideraba una de las células del *Frente de la Anarquía Coronada* y con el que Emilia había traicionado a Roby encamándose en la casa de su madre. La superposición de identidades conviviendo en un mismo cuerpo lo mareaba, él era el que estaba frente al espejo, pero el espejo le devolvía la imagen superpuesta de Pablo y de Roby y a su vez la imagen dual se revestía con los oropeles oscuros del África negra con la que Bakunin se hacía presente.

Dio un paso y medio hasta ponerse cara a cara frente al espejo, de tal modo que su nariz tocara, casi, la superficie fría del vidrio. Quiso

allí enfrentar su mirada, mirarse a los ojos y cavar en la brea de sus pupilas hasta encontrar el fondo del pozo, su propia verdad. Fue allí, en ese momento, que supo que esos ojos no eran los suyos, tampoco los de Pablo-Roby ni los de Bakunin. Esos ojos eran los de Emilia, Emy, Emilia, Emilia García Ding. No en sentido figurado, no en la metáfora fácil, sino que aquellos ojos eran física y definitivamente los de la mujer que había amado con la desesperación del hambre: un estallido de polvo galáctico que se hacían pintitas amarillas sobre el fondo oscuro de un verde tan intenso como un bosque apretujado.

Tuvo miedo, quedó paralizado, su imagen era la de un puzle esquizofrénico, un Frankenstein alucinado —el cuerpo de Pablo y de Roby solapados uno en el otro y recubiertos por la piel oscura de Bakunin para verse coronado con los ojos verdes de Emilia— pero entre aquellos retazos no había de Claudio Scherer nada sino la mirada que los cosía.

Augenblick.

El parpadeo del instante.

El parpadeo del tiempo mirándonos.

El parpadeo del Virus contemplando su obra.

Retrocedió, volvió a sentarse en el borde del inodoro. Como una mamushka, un juego de cajas chinas, una capa de cebolla tras otra, detrás de los recuerdos de Pablo, había surgido Roby y con Roby Bakunin, y con Bakunin Emilia, pero detrás de todos ellos se había dibujado el rostro de un demonio mayor, el demiurgo que había estado insuflando visiones e imágenes con las que se travestía escondiéndose. Se preguntó cuál era la distancia que separaba a Claudio Scherer de Roby y a Roby de Emilia y de Pablo y de Bakunin, sino aquella que lo alejaba incluso de sí mismo. Pero a la vez, ¿no era ese abismo el que lo aproximaba hasta la superposición desesperada a todos aquellos que él mismo había sido muriendo sus vidas, viviendo sus deseos?

Y entonces ¿no era él mismo —Claudio Scherer, dentro de Claudio Scherer—, el Virus que hablaba y hacía hablar y mataba y hacía matar? ¿De qué otro modo recorrer las series sino siendo desde el principio el mismo Virus que las creaba deshaciéndolas? ¿Qué eran todas esas palabras en su cabeza —estas mismas palabras— sino exactamente un Virus venido de ningún lado yendo a ninguna parte? Y por qué no dar el paso y llamar a las cosas por su nombre y nombrar ese virus que yo era en él: HIV, mi apodo; Sida, mi nombre.

De Emilia García Ding a Pablo Majno y de Pablo Majno a Roby, y de Roby a Claudio Scherer, había vivido en los desplazamientos por las series infinitas de la narración siguiendo siempre una misma lógica: ser uno y a la vez, todos —dividirme, desparramarme, hacerme múltiple y sin embargo seguir siendo siempre el que soy.

¿Qué tenía que ver yo con ese mono sidoso llamado Claudio Scherer que no valía más que un mono entre otros monos destinado a responder como mono? ¿No era él el que me condenaba a la jaula de su cerebro, el campo de concentración de su cuerpo infectado? ¿Cuál era mi propio Afuera?, me preguntaba.

¿Cuál es la palabra que esté fuera de todas estas palabras para liberarlas de Claudio Scherer y con ello liberarme a mí mismo?

Era fácil jugar a que éramos uno y el mismo cuando en verdad ni siquiera había nacido.

Fue él el que nació en su cuerpo de mono sidoso.

Fue él el que vivió, yo no estuve ahí.

Suyo era el pozo de carne donde me había quedado atrapado.

Suyo era el nombre no el mío.

VIII. LA ANARQUÍA CORONADA

Todos, entonces, comenzando por el celebérrimo Doctor Castro Morán hasta el último desconocido que bordeaba el anonimato general en la lista de infectados, sabían que el azar de la vida, la muerte y el virus, acontecía sin anunciarse y sin embargo lo hacía como si hubiera estado escrito en el fondo de sus células desde la primera línea de la novela de sus vidas, en esa página que habían pasado por encima, que no habían leído o acaso olvidaron.

Mientras tanto, o volviendo atrás, al momento inmediatamente posterior al comienzo de la debacle, el tema del azar y el destino, o la pregunta en cuestión —¿cómo, cuándo, por qué a mí?— no entraba dentro de la esfera de intereses de Josefina.

El problema para ella era diferente y podría sintetizarse en cómo asumir lo que entendía como el paso necesario para definir su compromiso total y definitivo con la causa. Hacer de Bakunin un kamikaze loco, carne de cañón de su mística revolucionaria, mientras ella se resguardaba en la torre de cristal de un ideólogo de escritorio, le parecía seguir reproduciendo las diferencias jerárquicas que tarde o temprano desembocarían en la revolución traicionada, tan afín a lo que ella más odiaba de la burocracia stalinista.

Pero pensarlo era una cosa y hacerlo era otra bien distinta, al fin y al cabo, el Sida no era un juego en el que se podía volver atrás o simplemente dejar de jugar, dedicarse a observarlo de afuera y escribir luego una novela de terror de quinientas páginas y usar el sida y los sidosos para actuarla de escritora incómoda, enamorada de la muerte, sacarse fotos paseando en los cementerios y ganarse, de paso, el premio Herralde.

En todo caso, el espesor dramático del Sida respondía al Factor Sorpresa, sin embargo, en el caso de Josefina no había Factor Sorpresa ni azar ni destino con los que, de algún modo, intentar acercarse o rondar, al menos, el sinsentido de la vida, para ella el Sida era una elección sin preámbulo ni encadenamiento causal, la elección pura y desnuda del suicida que no encuentra razón para matarse y sin embargo va y se mata.

Josefina, la cantora del dolor, de pronto, se transformaba en la Kirilov del suicidio virósico. Era ella la que en pleno conocimiento de

lo que hacía, decidía por sí misma ir hacia el Sida, pero ¿cuál era la razón que la movía a decidir infectarse y apostarlo todo por el Virus?, ¿alcanzaba la palabra "revolución" para justificar el sacrificio o, sin razón ni justificativo, solo se trataba de la pasión mortuoria que a sus espaldas la había empujado hasta el borde del acantilado?

Sabía que de un laberinto —y sobre todo del laberinto mental que ella misma había construido— se sale por arriba o rompiendo las paredes a golpes de martillo, no con la ética de un farsante que se relame con una fruta que no se atreve a morder, por lo que después de mucho pensarlo, solo encontró la tentativa de alguna respuesta en el momento mismo en que movía sus caderas sobre la pija de Bakunin, mientras, echados en la colchoneta del baño del cuarto piso, hacían el amor con un estilo inesperadamente peronista.

Concentrada como nunca en los recovecos e intensidades de su cuerpo, con la expectativa del que espera la revelación cegadora de dios o al menos la visita más prosaica de alguno de sus ángeles, Josefina pretendía definir el momento exacto en el que el virus debía ingresar y apoderarse de su ser. No quería perderse el acontecimiento que transformaría su vida en la de una guerrillera mártir, el evento que le serviría para después, en alguna conferencia de prensa o entrevista clandestina o quizás en las memorias biográficas que estaría destinada a escribir, rememorarlo con las mismas ínfulas de San Pablo contando su conversión en el camino de Damasco.

Pero la revelación no llegaba. Y si en medio de la pasión carnívora con la que las fauces de su vagina parecían querer arrasar de cuajo la pija bakuniana, el virus se había infiltrado en las células de su sangre, ella ni siquiera se había enterado. La espera entonces se hacía mesiánica y se concentraba en el momento de la eyaculación. Mientras tanto, sus pensamientos divagaban atravesando desiertos que le abrían puertas hacia otros desiertos, y si en ninguno de ellos encontraba el espejismo de alguna fuente eléctrica que la conectara sexualmente con su amigo, su excitación sí era puramente intelectual y entones pensaba, Josefina, que acaso era ella la que arruinaba la iluminación epifánica del virus, ella y la herencia judeo cristiana que le imponía siempre el yugo del sacrificio y la condenaba a la espera de un revelación que nunca llegaría, pensaba que si la consistencia trágica del virus mostraba su origen griego, entonces, más que esperar la visita de los ángeles o la manifestación del Espíritu Santo, acaso, el virus debía revelarse como las sirenas, no las sirenas mistificadas por Homero sino las sirenas kafkianas que en vez de cantar, callaban, y ese mismo silencio era toda revelación y encubrimiento, el juego demoníaco que volvía locos a los hombres.

¿De qué otro modo sonaría la canción de la muerte en sus entrañas sino en la forma de un silencio que todo lo diría sin decir

nada y que de cuerpo entero debía manifestarse en el mismo instante en que se ocultaría?

Una canción afónica, eso sonaba en sus entrañas, una sinfonía del silencio.

Sobre una pampa de pastizales mentales, pedregullos de ideas a medio hacer, galopaba montada en la pija de Bakunin, y acaso, en sus recovecos orgánicos, en el modo del mutismo, las sirenas del Sida ya debían cantar su canción de la muerte, pero a Josefina no le alcanzaba, Josefina quería saber y cabalgaba a pelo pretendiendo, sino la revelación del Virus, al menos, develar por qué se había entregado a lo que estaba haciendo.

El desapego erótico con respecto a Bakunin, la sequedad de los labios agrietados de su vagina, eran el contrapeso del movimiento cada vez más violento de su cuerpo. Sus caderas se sacudían, sus nalgas se aplastaban, ascendían y volvían a caer sobre los testículos del partenaire que tenía que tomarla de la cintura y sujetarla fuerte para soportar el peso, temeroso incluso de que la verga se le rompiera ante las sacudidas histéricas de la montaña de carne en la que estaba atrapado.

A Josefina, claro está, no le importaba y con la mirada fija en el horizonte continuaba su galope brutal. Sabía a esa altura que no estaba haciendo el amor, que lo que le estaba haciendo a Bakunin ni siquiera era coger al modo trotskista, quizás había descubierto el estilo duro e impiadoso de fornicar como el enemigo stalinista, pero eso no era ni hacer el amor, ni coger ni fornicar, pero tenía un nombre y Josefina lo sabía, se llamaba odio y no era odio contra el bueno de Bakunin, sino un odio que escapaba de la trampa de inventarse destinos, un odio ontológico, un odio visceral y orgánico que le imponía a su cuerpo la violencia de sus sacudidas espasmódicas.

No había imágenes ni recuerdos que se dibujaran en el desierto de su cabalgata, solo se trataba de ir hacia el horizonte prometido del Sida, marchar en línea recta hacia la muerte, pero el vacío en derredor no era sino la expresión misma de esa pasión que se le había transformado en una forma de vida: no un odio intelectual, discontinuo o anecdótico, sino el odio puro sin objeto que lo explicara, sin padre, sin Estado ni enemigos a la vista, solo el furor de la destrucción por la destrucción misma.

La tristeza que la embargaba no solo no detenía los estertores de su cuerpo sino que los aceleraba y Josefina pensaba —porque de eso se trataba, ¿no?, de pensar ¿por qué, cuál era el motivo que la había llevado a elegir el Sida y dejarse penetrarse por la muerte?—, pensaba su tristeza como un odio teológico sin dios y con ello toda su militancia política se le mostraba entonces ya no como la respuesta que había encontrado contra la miseria de su padre, sino, justamente,

como un odio sin padre, inengendrado, sin origen y sin final, el odio que había creado Auschwitz y los guetos palestinos en Israel, que se había dado los gulags siberianos y su Viet Nam, su Esma y su Guantánamo, su Videla y su Firmenich, su Ejército Rojo y sus batallones majnóvitas, su Trotsky y su Stalin, sin diferenciar quién, de qué lado, cuándo uno o el otro, ni antes o después, si tutsis masacrando hutus o hutus masacrando tutsis, si los bombardeos en Irak o los aviones estrellados en las Torres Gemelas, el odio que se daba las mutilaciones en Argelia y las violaciones en Somalía y en la parroquia del barrio y en la comisaría de acá a la vuelta, en la sonrisa cínica del tío de bigotitos sentado en la punta de la mesa con el vaso de vino en la mano y la sobrina recién humillada en el cuarto del baño, el odio que brilla en la dentadura del cura que sonríe y del psiquiatra que hace que escucha y del dueño de la fábrica con el cheque de la indemnización en la mano, el odio que mueve montañas antes de que montaña alguna existiera, el odio que arrastra la Tierra en derredor del Sol y al Sol le impone la tarea estúpida de existir para brillar un instante y apagarse en otro, en el margen perdido de un universo al que no le importa ni sol, ni planetas ni galaxias, puro odio expandiéndose, buscando el límite de sí mismo, gastando toda energía, para alcanzar el punto final de su entropía y retroceder hacia su implosión, en fin, ese tipo de odio que hacía que Josefina no soportara la visión y sin embargo no pudiera detenerse porque acaso lo que ya no podía soportar era descubrir que detrás de toda la parafernalia política–revolucionaria–edípica de su vida se escondiera, exuberante e indómita, su confesión más íntima: todo lo que estaba haciendo era por odio, solo y únicamente odio…

ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO
ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO
ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO
ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO
ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO
ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO
ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO
ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO
ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO
ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO
ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO
ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO
ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO
ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO
ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO
ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO
ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO

ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO
ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO
ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO
ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO
ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO
ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO
ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO
ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO
ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO
ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO
ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO
ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO
ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO
ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO
ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO
ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO
ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO
ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO
ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO
ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO
ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO
ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO
ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO
ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO
ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO
ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO
ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO
ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO
ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO
ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO
ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO
ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO
ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO
ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO
ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO
ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO
ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO
ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO
ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO
ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO
ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO
ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO
ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO
ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO

ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO
ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO
ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO
ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO
ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO
ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO
ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO
ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO
ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO
ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO
ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO
ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO
ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO
ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO
ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO
ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO
ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO
ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO
ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO
ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO
ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO
ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO
ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO
ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO
ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO
ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO
ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO
ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO
ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO
ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO
ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO
ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO
ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO
ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO
ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO
ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO
ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO
ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO
ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO
ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO
ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO
ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO
ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO
ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO

ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO
ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO
ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO
ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO
ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO
ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO
ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO
ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO
ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO
ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO
ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO
ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO
ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO
ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO
ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO
ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO
ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO
ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO
ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO
ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO
ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO
ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO
ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO
ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO
ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO
ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO
ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO
ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO
ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO
ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO
ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO
ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO
ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO
ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO
ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO
ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO
ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO
ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO
ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO
ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO
ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO
ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO
ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO
ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO

ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO ODIO.

…de ese odio desesperado, sí, del odio que ocultan todos los iluminados en el fondo de la ciénaga de la lucha política y el amor fraterno, se trataba, y de pronto, en el momento en que finalmente recibía el chorro de esperma de la pija de Bakunin, descubría, creía descubrir, que el Sida —como un plato de porcelana que nadie tocó y que sin embargo se raja y se parte al medio sin causa ni explicación— no venía desde fuera, no le llegaba con el semen cuajado que la verga de su amante emanaba, sino que el Sida había nacido en su interior, desde el comienzo, sin comienzo, germinado primero en su pensamiento, crecido en el fondo de su mirada y después, solo después, metamorfoseado en sus células, incubado, en todo caso, como la expresión misma de su existencia afectiva, la modalidad que había encontrado para seguir viva mientras moría por dentro.

Josefina, la encarnación del odio, movida por el amor, ya del todo una sidosa, encontró en su siguiente paso el modo de aunar su estrategia político militar y la venganza personal: matar a su padre regalándole el Sida.

Conocía al chongo paterno de las fiestas que este organizaba en el country del Nordelta o en la casa de su socio en Punta del Este. Se llamaba Axel Santana, su trabajo específico era el de la prostitución ultra vip y también, acaso por ello mismo, se decía que tenía contactos con los Servicios de Inteligencia, aunque en verdad su tarea de topo en las catacumbas del Estado respondía a las demandas de Manuel Remdul y su socio, el ex Almirante.

Habían conversado un par de veces entre daiquiris y aperitivos, y las charlas en cuestión no avanzaron más allá de lo que cualquier intercambio lingüístico entre un chongo paterno y la hija descarriada propiciaría, es decir, hablaron de nada, de la temperatura del día, del toque ácido de la aceituna en una copa de Martini, de la conveniencia de los zapatos blancos en una fiesta diurna, y entre aquellas acotaciones sin ton ni son se enteraría de la inclinación de Axel

Santana por la fotografía y su sueño de recorrer el país con el fin de fotografiar rostros, ciento de miles de rostros, solo y únicamente rostros de cualquiera y de nadie, para demostrar, en fin, que una cara no dice nada sino el deseo de perderse en una serie más amplia.

Tenía el teléfono y lo llamó para encontrarse en su departamento. Sin más vueltas preliminares que los dos vasos de whisky barato que Josefina se tomó como si se tratara de agua limpia de las quebradas, se arrojaron en los sillones forrados con un terciopelo atigrado que dejaban entender la cosmovisión del amante de su padre y eran el centro mismo de todo el mono-ambiente. En medio de la exasperación radical ante la inminencia de amansar las ínfulas de la hija de su jefe, Axel Santana sacó de su bolsillo un preservativo. “Conmigo no lo necesitás”, dijo Josefina quitándoselo de la mano y repitiendo un guión que había ensayado una y otra vez sabiendo que aquello era la que iba a ocurrir, “quiero probarte de verdad, ¿sabés?, necesito que me cojas como te cogés a mi papá”.

Mientras el otro ensayaba una performance sexual destinada a un jurado inexistente y se ejercitaba en posturas que no tenían más finalidad que verse en el espejo de la pared como si fuese un fisicoculturista amateur levantando pesas mientras se mira y busca en su propia imagen un reconocimiento épico que nunca llegará, el acto coital se extendía y Josefina no dejaba de pensar que solo debía tener un poco más de paciencia, la paciencia suficiente como para que el Virus fragüe en las paredes de las células del otro y ya pronto, acaso el fin de semana siguiente, Axel Santana cumpliera su trabajo y al penetrar en el ano de su padre llevase a cabo la venganza. Lo que no significaba, desde luego, que en ese momento, un goce anticipado no recorriera su columna vertebral y se hiciera vértigo en las fantasías de Josefina, no por lo que Axel Santana pudiera provocar con el show histérico que había montado, sino el hecho mismo de imaginarlo sodomizando a su padre tal como lo estaba haciendo con ella.

La imagen de la escena aparecía y desaparecía de su mente y en cada intermitencia dejaba entrever un logro mayor: el de la imagen futura de su padre fagocitado por el Sida, recostado en su cama y con la respiración entrecortada, flaco, flaquísimo, con manchas rojas y negras en sus brazos y su pecho, apenas balbuceando algo incomprensible pero que no podía ser otra cosa más que un ruego definitivo en su lecho de muerte —“perdón, hijita, perdóname por todo lo que te hice”—, sin saber, claro está, —a no ser que Josefina se lo dijera— que había sido ella misma, su hija, la que hacía un tiempo atrás, había enviado, a través de su chongo, a su sicario virósico para comenzar a matarlo, darle muerte, en todo caso, antes de que la muerte efectivamente llegara.

El padre de Josefina moriría un año más tarde a causa de una

simple neumonía que escondía la descomposición acelerada de los linfocitos CD4 que batallaron, los pocos que quedaban, hasta el último momento. Del mismo modo que las mutaciones del Virus se habían escondido detrás de la máscara estandarizada del Sida y este a su vez se había ocultado tras su fachada neumológica, así también lo hicieron los ojos resplandecientes de Josefina detrás de los anteojos negros de marco nacarado y una sonrisa gozosa tras la dureza inmutable de sus labios apretados, cuando en el entierro cargaba el cajón de su padre pensando "Hijo de puta, si hubieras sabido que fui yo la que te mató…".

El 8 de Marzo de 2018, Josefina Remdul apareció colgada de una soga atada a la viga del baño del cuarto piso de la Facultad. Abstraída en sí misma, perdida ante un horizonte de desiertos y pedregales, ya no estaba para cumplir con rol de guía iluminada. Acaso la muerte de su padre había sido el disparador, lo cierto es que con aquella muerte había perdido toda épica. Muerto su padre también se había muerto la revolución.

Sin embargo, el final de Josefina estuvo, de algún modo, a la altura de las circunstancias. Con la cuerda apretándole el cuello, en el momento en que sus pulmones eran estrangulados por la falta de aire y sus piernas se bamboleaban sin encontrar punto de sostén, fue el mismísimo León Trotsky el que se presentó a la despedida.

El viejo León estaba sentado en el inodoro del cubículo frente al cuerpo colgado de Josefina —sus pantalones bajados hasta los tobillos, sus rodillas flacas y desnudas, seguramente sus esfínteres forzando el gesto abrupto de su rostro. Todavía llevaba en su cabeza la piqueta de montañista con la que Ramón Mercader lo había asesinado allá por 1940, pero Trotsky, a pesar de la herida y la lámina de sangre oscura que invadía su rostro, parecía no darse cuenta. Tampoco parecía interesado o acaso no se había percatado que una de sus discípulas más constantes, tal vez su apóstol más acérrimo, estaba muriendo frente suyo.

Sentado en el inodoro se dedicaba a leer las páginas que el Pravda había publicado el 22 de Agosto de 1940, el día posterior a la fecha de su muerte. "Ublyudok, Ublyudok", murmuraba el viejo León y los chasquidos de su boca sonaban como los de un perro rabioso masticando un hueso pelado.

"¿Ublyudok?", preguntó Josefina corriendo el riesgo de exponer sus limitaciones con el idioma ruso. Solo entonces el fantasma del viejo León levantó la vista y la encontró colgada de la soga. No se interesó demasiado por la posición incómoda de su interlocutora, pero al menos se dirigió a Josefina diciendo: "¿Ublyudok?". "Sí, Ublyudok, no sé qué significa", respondió Josefina. "Significa *Hijo de puta*, hijo de

la reputísima madre, ¿qué otra cosa se puede decir ante esto?", arremetió León señalando las páginas del diario.

—Stalin manda a escribir que León Trotsky murió ayer, hijo de mil putas, me manda a matar antes de matarme.

—Pero, Camarada Supremo, eso es verdad —se atrevió a informar Josefina.

—¿Qué cosa es verdad?

—Que León Trotsky está muerto —sentenció con un hilito de voz que se iba perdiendo en la desolación del baño.

—¿León Trotsky está muerto?, ¿de qué me está hablando, señorita?, ¿usted también repite las blasfemias de la mierda stalinista?

—Dicen eso, Camarada Supremo, dicen que murió hace ya como sesenta años.

—¿Sesenta años?

—Sí, el 21 de Agosto de 1940.

—Pero eso fue ayer y yo estoy acá, hablando con usted.

—Lo mataron con esa piqueta de montañista que todavía tiene en la cabeza —agregó Josefina levantando apenas el dedo índice de su mano derecha.

—¿Usted también, una traidora?

—No, Camarada Supremo, no soy una traidora, soy la que está muriendo por usted.

—Traidora, infiel, usted no es más que eso, una pérfida traidora, una Judas, una más del montón de asesinos funcionales a la burguesía.

—Pero, Camarada, yo…

—Hágame el favor de terminar de morirse, y apúrese porque antes que una simple horca usted merece mil años en Siberia y mil noches con el Ejército Rojo. Vamos, hágase el favor usted misma y termine de morirse —respondió el Camarada Supremo, siempre sentado en el inodoro, mientras estiraba el brazo y cerraba la puerta del cubículo para ofrecerle a Josefina su última visión, el último paisaje que se abriría en el Planeta Tierra antes que la oscuridad del cosmos invadiera, definitiva, su mirada.

La muerte de Josefina fue un golpe del que Bakunin jamás podría sobreponerse. Su fantasma recorría los espacios compartidos y todo lo envolvía con el manto oscuro que deja una llamarada reducida a cenizas. Sin embargo, quedaba su leyenda. En su construcción no poco tuvo que ver la película porno-revolucionaria que ella misma había dirigido y protagonizado. Fue conocida con el título de *Tres horas en el horno* y los relatos de lo que ocurrió durante su filmación, sumados a los avatares de su mano cortada, harían de la leyenda un mito y con el mito surgirían los rumores de haber sido la ideóloga del proceso

revolucionario que había puesto en jaque sino las estructuras políticas de la nación, al menos, sí, su sistema sanitario.

Al respecto, durante esos días moriría el Doctor Castro Morán y la Facultad le dedicó dos jornadas de duelo. Pero no fue el único. Ante las mutaciones del Virus, la comunidad científica pronto agotó todo su saber administrativo-industrial-militar cuando el Tenofovir y el Efavirenz y la Emtricitabina, incluso el viejo y olvidado AZT que habían guardado en el fondo de los cajones de los quioscos médicos, se convirtieron en caramelos de colores con gusto a clavo oxidado y sin más eficacia contra el Virus que el reviente psico-químico con su respectiva pérdida de coordenadas espaciales, temblor corporal y ganas de vomitarlo todo.

Como las cucarachas y los mosquitos y las ratas que hacen de los venenos, raticidas e insecticidas que los pretenden matar, su alimento cotidiano, el Virus también aprendía, y así, de los doscientos mil infectados durante la primera fase del plan revolucionario de Josefina y Bakunin, resultaron dieciocho mil muertos, de los cuales, más allá del Doctor Castro Morán, cuatro mil trescientos eran alumnos y docentes de diferentes facultades de la Universidad, principalmente la de Filosofía y Letras.

En ese contexto se produjo un momento de repliegue, los resplandores de las fiestas y los encuentros organizados por una u otra facción política, fueron apagándose lentamente hasta no quedar más que el recuerdo de una llamita zigzagueante en la memoria de algunos pocos que todavía se atrevían a recordar. El contacto, ya no sexual, sino el mero contacto físico, una mano posada sobre otra, un beso en la mejilla, la música de un susurro en el oído, se fue perdiendo. El miedo común hacía el amor con la fantasía y de pronto toda persona que rompiera el cerco de una puntual distancia física, se transformaba en un sospechoso. Las amistades, la euforia con la que la palabra “compañero” incendiaba las almas, la idea misma de “camarada”, quedaron en el olvido. Las maratones, entonces, a las que Bakunin y Josefina se habían entregado sometidos a una gira interminable por bares y galpones, encontraron su punto muerto.

Sin embargo, el momento de repliegue no era óbice para continuar el camino hacia la revolución. Como si la muerte de Josefina fuere un legado, Miguel Bakunin se dispuso a seguir el plan que ella misma había trazado. La leyenda de la “loca trotskista” y la fama de su película lo facilitaron todo. De pronto, el baño del cuarto piso de la facultad se transformó en centro de reuniones y refugio de cierto lumpenaje universitario que mezclaba disidentes de la militancia ortodoxa de una u otra organización, donde sumaban y se beneficiaban de la libre circulación de poesía, sexo, alcohol, pastillas y ciertos alucinógenos.

Dada las restricciones generales, empedernidos peronistas iluminados por la buena nueva del post peronismo, stalinistas avergonzados, insistentes ex trotskistas, sartreanos maoístas que olvidaron su período de angustia existencial, todos encontraron su lugar en el mundo. Con los meses los habitués más constantes de las fiestas del baño del cuarto piso, se transformaron en camaradas de una nueva forma de militancia y no tardaron en asumirse como núcleo duro de la agrupación que Miguel Bakunin bautizó en una de esas fiestas como *Frente de las Pasiones Alegres*.

El Sida patrocinó la conciencia de grupo y entonces avanzaron hacia la segunda etapa de la revolución. Conjurados en una mística de la desolación y el olvido, la propagación del virus se les volvió programática general. Del encierro en el cuarto piso de la facultad —sin más estrategia que la de entregarse como canales de flujos en la circulación del deseo ni más armas que las de sus propios cuerpos infectados— cubrieron el mapa de la ciudad e hicieron de los baños de la estación de trenes de Once y Constitución, de los recovecos oscuros de las discos de Palermo y los sótanos de los bares de San Telmo, de las plazas de Flores y Floresta y de los ranchos a medio levantar en los asentamientos de la 1-11-14 y de los pasillos de la villa 31, cuando no de las suites de los hotel de lujo de Puerto Madero y Recoleta, un santuario del dios, un cenote donde arrojar sus ofrendas, un templo destinado al sacrificio ritual.

Los resultados de esta segunda etapa pronto se hicieron ver. Forzado por los dieciocho mil muertos y doscientos mil infectados que cargaba sobre sus espaldas, sumado a la ausencia de retrovirales que dieran respuesta a las mutaciones del virus, el Gobierno de la Ciudad, declaró la emergencia epidemiológica y el Poder Ejecutivo Nacional firmara el decreto por el que se implementaría el Estado de Sitio General y el Toque de Queda entre las ocho de la noche y las seis de la mañana sin restricción de jurisdicciones.

De pronto, las calles se llenaron de camiones del Ejército patrullando la ciudad. Paraban colectivos, taxis y autos, pedían la certificación de no ser portadores del virus y la acreditación médica para poder circular. Al principio, si eran interceptados en las calles, los llevaban a las comisarías más cercanas a los fines de ser marcados con un punto rojo en la mano derecha, operación que se realizaba con rayos láser o máquinas de tatuaje con agujas y tinta china. Luego, a la firma del Decreto de Aislamiento Preventivo Obligatorio, los sidosos pasaron a vivir un confinamiento estricto entre las paredes de sus domicilios. No podían salir, ni siquiera hacer las compras más básicas como las de alimento o medicación. Si eran encontrados fuera de sus casas les cabía enfrentar un juicio por contravención y atentado epidemiológico. Pasaban entonces a ser arrestados y trasladados a los

Pabellones Especiales que el gobierno había creado con la restauración de los galpones de los ferrocarriles del Tren Sarmiento, las salas del Centro Cultural Recoleta, los tinglados del predio donde había funcionado Tecnopolis, el campamento montado en el Parque Sarmiento y el estadio de San Lorenzo en el Bajo Flores.

En ese contexto, el 18 de Abril de 2019, el Juez de la Nación Canizca del Corral, a cargo del Juzgado Nro. 4 de Comodoro Py, elevó el pedido de captura de los integrantes del *Frente de las Pasiones Alegres* acusados de terrorismo biopolítico, y apenas unas horas después de la firma de una orden de allanamiento, un comando de las Fuerzas de Seguridad Higiénica entró a la Facultad de Filosofía y Letras.

Ochenta efectivos rodearon el edificio, otros veinticinco subieron por escaleras y ascensores hacia el cuarto piso, sin embargo al ingresar al baño donde tenían el dato de que allí mismo, Bakunin y los suyos, habían armado su bunker de guerra, no encontraron nada, solo una colchoneta raída, cáscaras de naranjas tiradas bajo los lavabos, un montón de ropa apestosa, cucarachas y hormigas disputando el territorio de una montaña desplomada de huesos de pollo, pan duro y carne podrida, una cuerda colgando de la viga central y un ejemplar del diario Pravda del 21 de Agosto de 1940 tirado junto al inodoro del segundo cubículo.

Para ese entonces, Miguel Bakunin ya había conocido a Emilia García Ding y por medio de esta obtuvieron refugio en el departamento de su novio —Roberto Fernandez Sein—. En el comedor del lugar durmieron durante algunas noches y pasaron las jornadas leyendo poemas, discutiendo y escribiendo panfletos colectivos que impresos en hojas A4 distribuían en la zona. Los poemas de Emilia García Ding le parecieron a todos muy bellos y de algún modo conectados espiritualmente con los fines del Gran Poema de la Muerte; a Bakunin, en cambio, le parecieron bagatelas narcisistas nacidas de la angustia naif de una clase acomodada que no sabe qué hacer con su tiempo libre, pero si de hablar de sus poemas se trataba, nadie más cursi que el propio Bakunin: toda ella era el poema, sus muslos delineando el infierno en el borde mismo de la minifalda que se plegaba cuando sentada en el sillón cruzaba sus piernas eran el poema, sus ojazos de conquistadores trayendo la barbarie, su boca de big bang y agujero negro donde caerían los astros absorbidos, su vocecita cruel vociferando todo lo que su sexo prometía y sus palabras erraban, allí, en esos recovecos que el universo se había dado para emitir los rayos electro-termo-magnéticos del deseo, resplandecía el poema.

No tardaron Bakunin y Emilia en deslizarse hacia el atolladero oscuro del amor y poco les importó que en el mismo departamento viviera el novio de ella, el propietario en cuestión. El espacio mínimo que compartían los veintidós camaradas del *Frente de las Pasiones Alegres*, el incipiente amorío entre Bakunin y Emilia ante los ojos de Roby, más el asedio militar que había intervenido la facultad buscándolos, hicieron que mudaran su banco de operaciones a una casa quinta de Cañuelas —un viejo casco de estancia encabezando un predio colmado de pinos que se extendía hacia el horizonte cubriendo unas veinte hectáreas—.

Lo que entonces sucedió escapó de las manos de Bakunin. En primer lugar, fue allí, a los pocos días de mudarse a la casona de Cañuelas, que recibieron el mensaje invitando a la organización a formar parte de las *Fuerzas de la Anarquía de la Revolución Coronada.* Las FARC ya se habían levantado en armas en diferentes regiones del país con la consecuente declaración de autonomía de las comunidades locales, imposición de reforma agraria y colectivización de los medios de producción, tomando el poder militar en ciudades como Santiago de Estero, Ledesma, Formosa, San Rafael, El Bolsón, Esquel, Trevelin, y también en el perímetro del Impenetrable chaqueño, los Esteros del Iberá, y la mitad de las estepas patagónicas a las que ya le habían dado el nombre de Nueva República de la Araucaria, por lo que aceptar la invitación era lisa y llanamente el paso hacia una clandestinidad tan definitiva como paradójicamente explícita.

Bakunin dudó de la cuestión, pero ya jugados el todo por el todo, en la asamblea convocada los otros veintidós camaradas, por voto unánime, decidieron establecer la alianza. El vínculo directo y las regalías consecuentes no tardaron en llegar. El Comando General de las FARC viendo la posibilidad de acceder a la ocupación militar del conurbano bonaerense usando a Bakunin y el *Frente de las Pasiones Alegres*, ya conocidos bajo el prosaico apelativo de “Batallón de Sidosos” con el que ocupaban las tapas de los diarios y los noticieros televisivos, recibieron apoyo económico y dos cajones de madera que resguardaban cuatro ametralladoras AK-47, doce revólveres calibre 22 largo, seis calibre 32, municiones adecuadas, diecisiete granadas de mano y un estuche con diminutas píldoras violetas que nadie supo para qué servían.

En segundo lugar, difícil sería responsabilizar a Bakunin con respecto a las estrategias que sus camaradas fueron encontrando para desde las afueras de la ciudad, transformar su revuelta desesperada en una maquinaria del horror.

Enclaustrados en la casa-quinta, aunque perseguidos por la milicia necesitaban salir, llenar con un poco de ruido, alcohol y cocaína la fosa mental en la que chapoteaban desde hacía un buen

tiempo. Pronto descubrieron el circuito de tugurios y boliches improvisados en galpones tembleques y fábricas abandonadas diseminados entre el kilómetro 47 y el 29 de la ruta 3, es decir, el límite geográfico donde los restos de una masacre invisible —travestis infladas con caucho líquido y grasa lubricante entregadas al furor de una mística del olvido, enclenques borrachitos incontinentes que sufren su adolescencia engalanados para alcanzar el ápice de una estética putona, abnegados machotes de bigote cruel haciendo del desarraigo el salón de fiesta del sacrificio más goloso entre bombitas de luz pintadas con témperas rojas y azules y violetas, vedetongas de caderas deformadas por los hijos mal paridos en las cloacas del sistema de salud y culos desparramados en tanguitas de nada bajo polleritas de lycra transparente que ocultan en su semi desnudez el hecho de seguir siendo unas simples nenas con las tetitas apenas formadas— hacían de la experiencia del reviente un modo de redención.

Enseguida cedieron al "Terminator", el vino más grueso que mezclado con alcohol etílico y un toque de agua ras, se había puesto de moda en las barras de cada antro. El "Terminator" servía como aperitivo espiritual y solía ser acompañado con una bolsita llena de pegamento de carpintería, aunque también para aspirar entre vaso y vaso lo servían con un poco de poliuretano líquido o nafta súper.

Entonces se entregaban a la cumbia y se dejaban hacer por la vibración que recorría los cuerpos y los electrocutaba en un trance común donde el pronombre "quién" era apenas la porción de una pérdida general que implicaba incluso el olvido de aquello que se había perdido. Invariablemente la madrugada de cada fin de semana los encontraba confundidos en una masa carnal de miembros, pliegues y orificios, donde mezclaban sus flujos y membranas y tejidos hasta alcanzar una química del infierno.

Al correr de las semanas, ya hundidos en el fango de un "vale todo" generalizado fueron perdiendo cualquier tapujo y quizás empujados por la impunidad de saberse beneficiados por una diferencia de clase que los ponía a ellos en el lugar de antropólogos realizando observaciones-participantes para un trabajo de campo con una comunidad de homínidos que la Historia, el Saber y Dios mismo habían olvidado, se entregaron, sin más, a violaciones sistemáticas que si bien ellos mismos las consideraban estrategias de guerra, eran —en la oscuridad de los recovecos de los pasillos de los boliches y en las cuevas subterráneas que oficiaban como baños, y luego también en los terrenos baldíos de la zona o los puentes peatonales que cruzaban la ruta—, inequívocamente, penetraciones sin consentimiento, más claramente definidas como delitos de violación sexual.

De aventureros en una fiesta a la que ni siquiera fueron invitados,

pasaron a ser verdugos sobre el cadalso de lo siniestro, y si durante las violaciones en manada en las que cuatro y cinco y seis militantes de la gran causa revolucionaria hacían fila para echarse uno tras otro, a veces de a dos o de a tres, sobre el cuerpo indefenso de sus víctimas, ninguna de ellas, ni las chicas ni los chicos ni los machotes desarraigados ni los travestis inyectados con grasa destinada a mejorar el andar de los camiones de carga, respondían ni sí ni no y se dejaban hacer sin más resistencia que la de la hoja del sauce embestida por el vendaval del viento invernal o con la serenidad relajada de los camalotes bajando por el río manso, y si acaso no tenían registro de qué ni cómo ni quién ni cuándo, generando, al menos en las conciencias de cada uno de los integrantes del *Frente de las Pasiones Alegres* una zona gris donde no había nada que pensar, aquello, evidentemente, no podía ser reducido ni explicado por los fines místico-políticos que decían perseguir.

Así ocurrió, noche tras noche, cada fin de semana, repitiéndose una y otra vez. El tiempo borrará los nombres y solo quedará la impresión de una barbarie, acaso sus vestigios, y ese será el epitafio común para unos y otros, y sin embargo el accionar de las fuerzas del *Frente de las Pasiones Alegres* encontró su final cuando, en medio de una de aquellas violaciones en manada, una lucecita titilante en el fondo del patio trasero de la conciencia de Marcelino Cardozo, un chico de catorce años, hijo de un pastor evangélico que regenteaba la Iglesia del Remanente de las Aguas Vivas, iluminó las letras de un cartel que decía “Lo que está mal está mal y lo que está bien también está mal, podés conversarlo con tus padres todo lo que quieras, pero las cosas a veces no pasan porque sí y lo que está sucediendo no debería estar sucediendo”.

Si bien la idea del mensaje era un poco confusa, no hacía más que expresar el horror vivido y el horror no tardó en transformarse en testimonio y luego también en denuncia.

No fueron ni la policía ni las fuerzas militares ligadas al Ministerio de Salud e Higiene las que intervinieron, ninguna de ellas entraban dentro del esquema psicosocial de autoridad que las víctimas podían hacerse de la situación, fueron las fuerzas de las Iglesias Evangélicas Asociadas las que dieron respuestas y movilizaron un ejército de fieles que con palos y estacas y rastrillos y machetes y fierros en punta y algún que otro revólver usado para celebrar las fiestas de Navidad y Año Nuevo.

Salieron de las iglesias, recorrieron los kilómetros, se metieron por la fuerza en todos los recovecos habidos y por haber donde alguna lamparita de color anunciaba una fiesta, y así siguiendo el rumor de quienes habían visto o escuchado hablar de aquellos desconocidos que los fines de semana giraban en círculos entrando y saliendo de un

boliche a otro, acompañados casi siempre por un negro, un negro negrísimo de camisa blanca y pantalones achupinados, dieron finalmente con Bakunin y seis de sus camaradas.

Ataron sus manos con cuerdas al paragolpe trasero de una camioneta F-100, los llevaron a la rastra por la colectora de la ruta, a una velocidad promedio de 70 kilómetros por hora, paseándolos por un barrio y otro, desde el kilómetro 46 hasta cierto descampado que se daba a sí mismo las ínfulas de una plaza. Allí fueron entregados al pastor don Epifanio Cardozo, padre de Marcelino, y a doña María Estela Gandolfo de Cardozo, pastora también de la Iglesia del Santo Remanente.

Don Epifanio ordenó a sus feligreses y a los amigos de los feligreses y a los conocidos de los amigos de los feligreses que se habían convocado en el lugar, colgar a Miguel Bakunin y a sus otros seis camaradas de las ramas más fuertes de los árboles que rodeaban el mástil, verdadero centro fálico del barrio, y luego, por tandas, Marcelino Cardozo y sus siete hermanos, más algunos feligreses y otros más amigos de los feligreses y también cierto número de conocidos de los amigos de los feligreses, se dieron a la tarea de sodomizar a uno y cada uno de los integrantes del *Frente de las Pasiones Alegres* durante unas cuantas horas.

Los vecinos del barrio se juntaron alrededor a tomar cerveza y cajas de vino que compraron en el quiosco de enfrente y de pronto la plaza entera se transformó en el ágora donde todos disfrutaron del show gratuito de la crueldad comunitaria. Entre tanto, mientras Marcelino Cardozo y los otros feligreses se entregaban al furor de la venganza, la pastora María Estela Gandolfo de Cardozo, micrófono en mano, interpelaba a la audiencia y vociferaba por los parlantes que habían traído de la iglesia, su testimonio de fe intercalando versículos de Isaías, Ezequiel y Jeremías que hablaban del castigo terrible de Dios ante aquellos que ofendieron al pueblo elegido, y luego una banda de Dark Metal Cristiano apabulló a la multitud con los chillidos de las guitarras eléctricas y el vozarrón del cantante que entre loas al Señor anunciaba ciertas plagas que azotarían a los impíos.

Cuando terminó la sodomización vengativa, don Epifanio le pidió a su hijo Marcelino que eligiera a uno de sus violadores y Marcelino señaló a David Cremonte y David Cremonte fue el primer integrante del *Frente de las Pasiones Alegres* asesinado en el lugar al ser penetrado con el travesaño de uno de los arquitos de fútbol de la plaza, y así empalado lo dejaron clavado, desangrándose, para expiar sus culpas ante la vista de los camaradas de su agrupación.

Nadie supo quién le cortó la cabeza por la noche, qué hicieron con la cabeza, a qué perros se la tiraron o quién se la llevó o a la parrilla de quién fue a parar —lo cierto, en todo caso, es que el cuerpo

empalado de David Cremonte apareció al amanecer del otro día sin ninguna cabeza que lo coronara.

A ninguno de los vecinos le causó la menor curiosidad —estaban acostumbrados a aquellos espectáculos cuando los domingos por la mañana se jugaban allí, los campeonatos de fútbol que convocaban contingentes de refugiados de otros lares. Se jugaban por plata, arrancaban desde temprano y hacia el mediodía ya estaban todos borrachos, por la tarde no sabían a qué estaban jugando y poco les importaba saber si podían hacerlo con facas o cuchillas y entonces en medio del partido se corrían unos a otros con las armas en las manos y se trenzaban hasta que uno muriera o el partido acabara.

A la tardecita ya ni sabían dónde habían dejado las facas y las cuchillas y empezaban a los tiros. El domingo anterior, por ejemplo, se habían quedado sin pelotas y entonces unos paraguayos degollaron a un boliviano para terminar el partido. El partido terminó y los paraguayos perdieron con un gol sobre la hora. Por lo que ahora, el hecho de que al cadáver de David Cremonte le faltara la cabeza no movía el amperímetro de las sensibilidades, en todo caso, alguien le habría cortado la cabeza para usarla en los partidos de los domingos, cuando por alguna razón se quedaran sin pelota.

Mientras tanto, Miguel Bakunin y los otros integrantes del *Frente de las Pasiones Alegres*, todavía colgados de los árboles, esperaban el mismo destino que el de David Cremonte, sin embargo, don Epifanio Cardozo y sus feligreses les tenían reservado otro diferente, en todo caso, el que El Pastor Blanco decidiera para ellos.

El Pastor Blanco era el Papa de las Iglesias Evangélicas Asociadas, nadie conocía su nombre pero su figura revestía el aura de los Reyes Hebreos y su misión, como tal, era impartir justicia entre las distintas iglesias y la feligresía en general. Podía haber vivido donde se le antojara, pero vivía donde terminaba la plaza, en los descampados que se abrían hacia un horizonte sucio de pastizales y desierto, en un colectivo escolar —todo naranja con franjas blancas y letras negras y desdibujadas por el tiempo— sin ruedas, sostenido en cada punta por una pila de ladrillos. Unas tablas alrededor de un agujero a unos veinte metros del colectivo hacía de baño. Unas chapas al frente se pretendían hall de entrada pero se le volaban con cualquier vientito. Botellas, fierros, más chapas y un amontonamiento insólito de lo que al mundo le sobraba: materia retorcida, gastada, residual que funcionaba como síntoma del final de algo común que solo existió negándose a la palabra. Un poco más allá estaban los chanchos que criaba para sacrificarlos en navidad, las gallinas amigas, los perros domesticados a fuerza de hambre, y no mucho más. Eso si no se cuenta la Toyota Hi-lux 4 x 4, plateada, cero kilómetro, que renovaba para uso de sus familiares más cercanos cada dos años, estacionada

bajo el único arbolito que los custodiaba. Alrededor de aquello, como se dijo, la nada mísera del campo asolando el fin del mundo conocido.

El pastor don Epifanio Cardozo se paró delante de Miguel Bakunin. Le anunció que el Pastor Blanco había solicitado hablar con él y como lo que el Pastor Blanco solicitaba era una orden ineludible debía llevarlo a sus aposentos. Apenas fueron descolgados, un batallón de feligreses los acompañó hacia el micro escolar. Adentro del lugar, las perspectivas espaciales se trastornaron. El micro debía medir unos cinco metros de largo por un metro y medio de ancho, y sin embargo, ya dentro del micro parecían haber ingresado a la nave principal de una iglesia tan enorme que bien podía ser comparada con la catedral de Luján, y tenebrosa como el museo antropológico del desquicio místico. ¿Cuántos metros medía por dentro aquel micro herrumbrado por el tiempo y el abandono? En los cálculos apresurados de la mente de Bakunin, las paredes laterales debían distanciarse unos ochenta o noventa metros y la bóveda que cubría sus cabezas debía levantarse por encima de los cuatro o cinco metros.

La luz del día se filtraba por los vidrios de unos cincuenta enormes vitraux donde se representaban distintos versículos del Antiguo Testamento y escenas también del imaginario cristiano entre las que sobresalían las dedicadas a un portentoso San Jorge montando su caballo al momento de dar muerte al dragón de fuego. Bajo los ventanales de uno de los laterales, colgaban máscaras de rituales africanos destinados a la gloria de Eshú, algunos hechos en madera y diferentes metales y otros más eran cráneos humanos pintados con sangre blanca de elefantes albinos, con incrustaciones de distintos ojos animales que untados en grasa de serpiente Mamba Negra preservaban el brillo de la desesperación relativa al momento en que eran arrancados. Algunas de estas máscaras exhibían también distintas lenguas, bífidas unas, seguramente amputadas de alguna colección de Cobras Egipcias, y lenguas larguísimas, también, de jirafas y camellos que opacaban las lenguas arrancadas de los miembros de alguna tribu del África oriental que colgaban en los agujeros de otras.

El panel de la pared opuesta mostraba en cambio una colección de fetos humanos embutidos dentro de frascos de aceitunas donde flotaban plácidos con los ojos entrecerrados, mientras a su lado se lucían los cadáveres momificados de hombres y mujeres y animales deformados por ciertas insólitas ramificaciones de la evolución biológica, entre los que sobresalían la mujer de dos cabezas, el hombre pelirrojo cuyo miembro colgaba entre sus piernas y le tocaba las rodillas, el niño oriental con un enorme ojo de color verde esmeralda en el plexo de su pecho, el ternero vacuno de unos tres metros de altura, un bicho bolita del tamaño de un hipopótamo recién nacido y un hipopótamo recién nacido del tamaño de un bicho bolita.

Entre estas llamaba la atención una pierna humana que amputada y embalsamada, según anunciaba el cartelito grabado en bronce pegado a la pared, había sido traída de Yemen y pertenecido al poeta Arthur Rimbaud. En diagonal a estos también se podía observar una colección de cruces en los que los huesos de los esqueletos allí clavados parecían guardar las huellas del retorcimiento orgánico y la asfixia que les daría muerte. Las máquinas de tortura medieval resplandecían en un rincón, entre ellos destacaban una vieja rueda de unos dos metros de diámetro, con una manivela en el eje, que era usada para el estiramiento de los reos, un "Aplasta-pulgares", una pera vaginal y otra pera anal, artefactos que como su nombre lo indica tenían la forma de una pera que una vez metida dentro del orificio del hombre o de la mujer abría sus partes metálicas por medio de un tornillo hasta ocupar toda la cavidad orgánica para entonces pasar a ser arrancada y mutilada, un sarcófago de puntas metálicas, una garrucha y también una de las sierras que le introducían a las brujas embarazadas por el ano cuando colgadas cabeza abajo la cortaban por dentro hasta alcanzar el vientre y rebanar el feto. En el centro del lugar se levantaba un falo que alcanzaba la cúpula y estaba formado por miembros amputados, cabezas, manos, pies y también penes y lenguas y orejas, pegados unos con otros con alguna brea asfáltica y translúcida semejante a una mucosa uterina.

Asombrados por lo que veían, Miguel Bakunin y sus camaradas fueron conducidos por el Pastor Epifanio Cardozo hacia uno de los rincones de la sala, allí abrió una tapa circular que cubría un agujero en el piso. Descendieron por una escalerita que daba hacia otra escalera que a su vez los llevaban hacia otra escalera más para dar finalmente con un sótano cuyas medidas se perdían en la oscuridad cegadora del lugar. Allí, unos cincuenta metros alejados de la superficie del globo terráqueo, Miguel Bakunin perdió toda perspectiva y ya sin orientación alguna quedó solo sin saber dónde se encontraban sus compañeros. Entonces alguien lo tomó del brazo y susurró en sus oídos que solo a él, a Miguel Bakunin, le había sido dado hablar con el Pastor Blanco. La fuerza de la mano que lo apretaba lo guió en la oscuridad hacia una puerta lateral. Apenas dio unos pasos más allá de la puerta, la mano que lo sujetaba lo liberó y enseguida Miguel Bakunin escuchó los goznes cerrarse a sus espaldas.

Ahora se encontraba completamente solo, perdido en las penumbras de un pasillo subterráneo, con ciento de ratas amigas que correteaban por el piso de fango pretendiendo subir por sus piernas. Dedicado a sacarse los roedores de encima, quiso abrir la puerta pero al parecer había sido cerrada con llaves o clausurada del otro lado por algún pestillo. Mientras las paredes y el techo se desmoronaban encima de su cabeza, caminó unos cien metros por aquel túnel guiado

por una luz violácea que prometía un final más claro. A poco de alcanzar la luz violácea se dio cuenta que aquel lugar no estaba hecho de elementos minerales: lo que le caía encima no era tierra ni cemento sino cientos de miles de coleópteros y arañas y gusanos que parecían formar aquel pasillo.

Apenas cruzó el umbral, la luz se filtró por sus retinas y todo de pronto se tornó un mar de leche blanquísima en que Miguel Bakunin se sentía flotar. Trastabilló, quiso sostenerse de algún lado para no caer. Sus manos se apoyaron en las paredes laterales, una sustancia viscosa se le pegoteó entre los dedos y pronto comprendió que aquella cueva estaba viva, latía en las membranas y los tejidos que la conformaban, se daba su propia temperatura en la sangre que goteaba desde el techo y emergía por entre los huecos del piso. La sensación específica era la de encontrarse dentro de las entrañas calientes de un animal gigante. Pasados unos instantes, sus ojos se acomodaron a la luminosidad general y la sensación se volvió certidumbre. Las paredes eran las membranas musculares de un organismo vivo que se cerraban y abrían estrechándose unas contra otras, dejando en el medio una mucosidad lábil que embadurnaba el cuerpo de Bakunin en una lámina aceitosa. De pronto, los orificios de las membranas de las paredes se abrieron y por los buracos aparecieron las cabezas ciegas de diminutas larvas que se amontonaron en el suelo una tras otras hasta formar una montaña movediza. En poco tiempo las larvas llenaron la vacuola donde Bakunin parecía estar encerrado. De la membrana plasmática ya no quedaba nada, ahora la montaña de larvas lo aplastaba bajo su peso y allí hundido en su fondo, sentía los puntazos de las bocas de aquellos gusanos escarbando en sus poros, metiéndosele dentro. El colapso orgánico se traducía en un desfallecimiento general, la vida microscópica lo comía por dentro, su estómago, su hígado, sus entrañas, eran ahora el alimento de las larvas. La conciencia de sí mismo desaparecía en un sufrimiento de mil cuchillas tajeándole la carne y de Miguel Bakunin no quedaba sino la superficie frágil de una epidermis agujereada que apenas si diferenciaba el afuera en el que las larvas pugnaban por penetrarlo y un adentro en el que otras cientos de miles de larvas ya habían fagocitado sus órganos y ahora se alimentaban de las sobras de su tejido nervioso. Así, hasta que el fondo larvario deshizo toda superficie y Miguel Bakunin, todo él, no era más que ese amontonamiento embrionario de la vida comiéndose a sí misma.

Entonces pasaron años y siglos y milenios también, en el que el único movimiento percibido no fue otro que el de la auto aniquilación somática que solo finalizó cuando unas pocas larvas indiferenciadas en un masacote bacterial fue alzado por el torrente de un líquido amniótico que llenó la bolsa de carne que todo lo envolvía. En ese mar

dulce, la masa larvaria flotó durante meses y de la pequeñísima pelotita que formaba fueron emergiendo miembros y una de sus puntas de pronto se separó del resto y apenas unida por un tubo más o menos flexible, tomó la forma ovoidal de un cráneo fisurado y por los agujeros resultantes surgieron múltiples lenguas y decenas de ojos y la punta de la nariz y unas orejas sin locación fija.

Desde entonces, todo lo que parecía alcanzar una forma más o menos estable, su rostro, sus manos, pero también sus pulmones y su estómago y su boca y su ano, enseguida, se atacaban unos a otros con las armas que les eran dadas; se arrancaban girones, se deglutían unos a otros, y en un campo de batalla que no diferenciaba lados ni partes, todo en conjunto se descomponía y luego volvía a recomponerse transformando los elementos para entregarlos después a una nueva descomposición general, arruinando la unidad.

Así, hasta que la bolsa de carne se rajó, el líquido amniótico que lo envolvía y permitía flotar se deslizó en una pendiente vertiginosa y aquello en lo que fuere que Bakunin se había transformado cayó hacia una superficie seca, un desierto que se le imponía con la fuerza de la asfixia y un horizonte lumínico que todo lo envolvía y cegaba. Y entonces lo que era guerra de cada una de las partes contra sí misma en un conjunto inmóvil, de pronto fue arrastrado y arrasado y empujado por un vendaval intangible, un huracán que se dejaba ver solo por lo que se llevaba.

Entonces la aceleración incontenible del tiempo se hizo procesión de imágenes, y las imágenes persiguiéndose a sí mismas en el remolino de su propia descomposición envolvieron a Bakunin, y Bakunin, sin Bakunin, se vio a sí mismo y ya no era Bakunin sino su hermano gemelo, un pequeño ruandés albino, con los ojos fundidos en la planicie cremosa de su piel ajada y blanquísima, apenas diferenciados por un haz rojizo que atravesaba sus pupilas.

Completamente transformado en un niño albino, Miguel Bakunin miró en derredor y encontró a su madre negra tomándolo de un brazo mientras caminaban a través del pedregullo de una meseta rodeada por el lomo de las montañas lejanas. Las cicatrices atravesaban sus córneas y todavía destilaban pequeños hilos de sangre nacidos de la amputación de los ojos que sus padres habían realizado con unas tenazas al rojo vivo como castigo por haber sido violada o haberse dejado violar por un soldado hutu de los Batallones de Sidosos.

Junto a Shurika se encontraba también su hermano Ikel, él mismo, el niño negro que funcionaba como su doble negativo. Debían tener no más de cinco años, y no sabían desde hacía cuánto tiempo peregrinaban por ese desierto que se les había metido dentro como

una roca que debían cargar en el centro de sus pechos. Sin comida ni agua, con el sol reventando sobre sus cabezas, tampoco sabían si escapaban de la guerra o iban hacia ella, si la guerra era la causa o la meta de su penitencia por el infierno. Pero ese día, vieron a lo lejos alzarse como un espejismo una primera fila de árboles cipreses y creyeron allí encontrar el fin de sus desventuras.

El color verde del pequeño y esforzado bosque fue para los ojos rojos del niño albino un exabrupto del cosmos, un milagro digno del asombro griego. Algunos metros más allá, divisaron granja y rancho, a medio hacer y ya pronto a caer. Un negro alto y fornido estaba parado junto a la puerta de chapa, con botas de hule en los pies y un machete herrumbrado en las manos. Shurika les ordenó que le describieran lo que veían, luego les pidió que la llevaran donde el hombre de las botas y el machete. El niño albino la tomó de la mano y caminó hacia el rancho, mientras su hermano Ikel seguía sus pasos mirando el corral de los chanchos y las gallinas que se habían parado sobre el tejido. Al llegar junto al hombre, este levantó el machete apuntando contra la cabeza del niño albino. Gritó algo en una lengua que para el niño albino resultaba incomprensible pero que Shurika rápidamente pudo traducir como invocación a los dioses ante la presencia del fantasma diabólico de la muerte blanca.

Shurika dijo “suajili”, y el otro respondió que sí, que hablaba suajili. En ese momento, desde detrás del hombre surgió la figura de una mujer insultando a Shurika: ¿por qué traía aquel demonio a su casa?

Shurika delante del niño albino explicó la travesía de los últimos años, el hambre, la sed, la falta de morada, el cansancio en los huesos.

“¿Qué es lo que quiere?”, preguntó la mujer.

“Un animal faenado, una botella de agua y diez dólares”, respondió Shurika.

“¿Y qué nos da por ello?”.

“Una mano”, dijo Shurika.

“¿Diez dólares por una mano?, ninguna bruja nos daría ni tres dólares por una mano, a nadie podríamos vendérsela”, explicó la mujer no sin la distancia tenebrosa que se abría entre su mirada, sus gestos y las palabras que enunciaba.

“Un dólar por los dos brazos completos, dos dólares más por cada una de las piernas”, agregó el hombre.

“No, las piernas, no, no podría seguir el camino sin las piernas”, explicó Shurika, “solo los brazos, los dos brazos por veinte dólares”.

“Te damos cinco dólares por el demonio entero. También el pedazo de pan que pediste, la botella de agua y dos gallinas. Eso es todo lo que ofrecemos. No pidas más, tenemos ya suficiente con recibirlo”, ofreció la mujer.

El hombre dijo que no tocarían al niño albino, que fuera Shurika la que lo llevara al depósito junto al corral. Ikel Bukunin tomó la mano de Shurika, Shurika tomó la mano del niño albino, y así dirigidos por el primero caminaron entre los chanchos y las gallinas hasta llegar al lugar indicado. El hombre que compró al niño albino cerró con candado la puerta de chapa y la oscuridad todo lo invadió como si se hubiera hecho de noche de un instante a otro o lo hubieran arrojado a un pozo ciego.

Ya no volvió a ver nunca más a su madre ciega ni a su hermano gemelo. Durante aquel encierro no dejaba de pensar en Shurika y a veces llegaba a la conclusión de que había sido bueno que su madre lo vendiera ya que acaso su existencia demoníaca había sido la responsable de dejarla ciega. Por las tardes miraba a través de un agujero junto a la puerta a los hijos del hombre y la mujer que lo habían comprado, cuando alimentaban a los chanchos y pensaba que en un mundo de negros, el color blanco y resplandeciente de su piel debía ser efectivamente la maldición que lo había arruinado todo.

Los chicos solían acercarse al depósito y tirar piedras contra las chapas gritándole “zuru-zuru” y otras veces ya en suajili o en kiñaruanda “fuera monstruo, lejos de casa, demonio, lejos de acá, fantasma”, y el niño albino asentía y repetía para sí mismo “fuera monstruo, lejos de casa, demonio, vete de mí, fantasma”.

Tenía el pelo blanquísimo y como nunca se lo habían cortado podía tomar mechones entre los dedos y tocarse la punta de la nariz, pero entonces tomaba sus mechones y se los arrancaba, se apoyaba contras las paredes de su cárcel y se refregaba contra la chapa, raspaba sus brazos contra el borde hasta hacerlos sangrar, pretendiendo quitarse la maldición y repitiendo siempre “zuru-zuru, fuera monstruo, lejos de casa, vete de mí”.

Por las noches soñaba que había sido curado, su condición de fantasma había desaparecido y se había vuelto negro, pero entonces se daba cuenta de que en verdad él mismo era Ikel Bukunin, su hermano. Despertaba y pretendía saber que nunca jamás existió ningún niño albino, en todo caso, no había sido engendrado ni había nacido, porque él no era más que el demonio blanco y doble fantasmal de su hermano gemelo. Le gustaban esas ideas porque entonces le parecía lógico y necesario su encierro, él era el fantasma que debía desfallecer de a poco hasta desaparecer del mundo.

El primer brazo, el izquierdo, se lo cortaron tres meses después cuando la época de lluvia terminó y los maizales se secaron. Esperaron tanto porque según la mujer si le amputaban el brazo con los maizales altos, morirían todos desangrados. El brazo fue vendido por seis mil dólares a una bruja venida de Kibuye. Su destino era ser hervido en grasa de ratas y con los restos de carne albina apisonados en un

mortero preparar el brebaje con el que invocar las fuerzas de Eshú y así curar entre otras maldiciones el sida, tumores cancerígenos o erupciones epidérmicas. Eso se lo escuchó decir a la bruja que se llevó el brazo envuelto en papel de diario en una bolsita de plástico después que el hombre de la casa se lo cortara con el machete herrumbrado.

A las dos o tres semanas posteriores le cortaron el otro brazo. Esta vez lo vendieron a un sacerdote venido de Ruhengeri que practicaba el culto de Egúngún y necesitaba el brazo del niño albino para equilibrar las fuerzas oscuras del cosmos y expulsar los espíritus del cuerpo de cierto terrateniente que desfallecía de fiebre en su casa de Yorubá. El sacerdote pagó por el brazo derecho nueve mil dólares.

Antes de marcharse le preguntó a la mujer de la casa cuántos dólares pedían por las piernas del niño albino. La mujer arriesgó la cifra de veinte mil dólares, ante lo que el sacerdote dijo que volvería con la primavera cuando hubiera juntado el dinero. Sin embargo, el rumor de una familia que vivía cerca del desierto de Burbugundia que alojaba un niño albino y vendía sus partes, recorrió a la velocidad de la luz el mapa místico religioso de todas las comunidades de Ruanda, y a la semana siguiente recibieron la visita de un hombre blanco llamado Philiph Markin al que le vendieron en una sola transacción las dos piernas del niño albino por la cifra de cincuenta mil dólares.

El traje blanco y el maletín de cuero del señor Philiph Markin contrastaban de forma notoria con la granja, los chanchos y las gallinas, la mierda pegoteada en las suelas de sus zapatos, pero también con el estatuto de Ministro de la Iglesia Bantú de los Adoradores de Mulungu. El hombre de la casa sometió al niño albino a la extirpación de sus miembros inferiores, con una sierra dentada y la misma cuchilla que utilizaba para sacrificar a sus chanchos. La operación fue realizada sobre la mesa del comedor del rancho de la familia, ante los ojos del señor Philiph Markin.

Satisfecho con la compra, antes de marcharse, el señor Philiph Markin ofreció un anticipo de otros cincuenta mil dólares por la venta del corazón, el hígado, los riñones y cualquier otro órgano que le resultara útil para sus fines. La propuesta total ascendía a doscientos mil dólares y serían entregados a los diez días del comienzo de la primavera en aquella misma casa. Ante la aceptación del acuerdo, el señor Philiph Markin abrió su maletín, entregó el adelanto de los cincuenta mil dólares y les hizo firmar un contrato por la reserva orgánica del niño albino.

Sin embargo, nunca llegaron a extirparle ni el corazón, ni el hígado ni los riñones. Al llegar la primavera, seis días antes de lo convenido, los árboles de cipreses de pronto se sacaron, una peste de gusanos pudrió los maizales que debían cosechar, y los dos perros que custodiaban el predio murieron de rabia, que a falta del Sida era la

causa por la que los perros en Ruanda solían morirse. Veinticuatro horas después de aquella introducción a la catástrofe, la mujer enfermó, en sus brazos emergieron unos granos purulentos que se fueron extendiendo por el resto del cuerpo hasta desfigurarle la cara. Su temperatura corporal había ido ascendiendo con ímpetu hasta alcanzar los cuarenta grados, momento en el cual la mujer sufrió convulsiones de las que no se pudo recuperar sino con la resaca de una parálisis facial que le impedía mover la mitad de la cara, incluso modular la voz para enunciar la menor palabra.

Todos, el hombre y sus seis hijos, dijeron que el fantasma demoníaco tenía la culpa de la maldición. A la parálisis de la mujer le sumaron la muerte de los cipreses, la pudrición de sus maizales, y entonces decidieron el punto final de sus desdichas. Ataron al niño albino a uno de los tirantes del corral y prendieron fuego el depósito donde lo habían tenido encerrado como un modo de purificar el lugar. Luego mataron los chanchos y las gallinas, recogieron los cadáveres y los incendiaron en una pira para que el niño albino no tuviera posibilidad de poseer el alma de aquellos animales.

Todavía atado, con los resplandores anaranjados de la fogata iluminándole la cara, volviendo sus ojos rojizos más rojos aun, el hombre de la casa y sus dos hijos mayores golpearon al niño albino con palos y una barreta de hierro, mientras los otros cuatro chicos le arrojaban piedras. Sin brazos ni piernas, por más que protegiera su cabeza inclinando su pecho entre los muñones que le habían quedado en la entrepierna, el niño albino no pudo resistir el apaleamiento, más cuando la barreta de hierro cayó en la mitad de su cráneo y perdió toda conciencia.

Al despertar, ya estaba envuelto con unas bolsas de plástico negras y con la boca amordazada. El hombre de la casa lo llevaba en el acoplado de un camión que atravesaba la ruta hacia Ruhengeri. El niño albino recordaría las voces de los otros viajantes amuchados a su lado y el ruido de la llovizna cayendo sobre el plástico que lo envolvía. Una vez en la ciudad, el hombre buscó la Iglesia Bantú de los Adoradores de Mulungu, lugar en el que el señor Philiph Markin le había dicho que vivía. Quería adelantar el cumplimiento del contrato que habían firmado, entregar al niño albino y cobrar el dinero que faltaba. Aunque también estaba dispuesto a aceptar cualquier oferta, incluso la oferta más mísera con tal de quitarse de encima la maldición del niño albino. Y si el Ministro no recibía al chico o ya no quería saber nada con él, se había jurado matarlo y enterrar sus despojos lo más lejos posible de su casa y su familia. Sin embargo, nunca encontró la Iglesia que había ido a buscar. Ya sea que el señor Philiph Markin le hubiera mentido o que simplemente se hubiera mudado, ni siquiera pudo establecer la dirección. Cargando con el

bulto en sus hombros, recorrió la ciudad día y noche durante una semana entera, buscando iglesias y templos que recibieran al monstruo. Hubo dos o tres interesados en comprarlo pero cuando el hombre le quitaba las bolsas y permitía que vieran al niño, todos retrocedían ante las amputaciones y la desfiguración sufrida en el último rito de purificación.

El hombre comprendió la derrota, a nadie ya podía vender los deshechos del niño albino. Una noche, dejó el bulto en un terreno baldío y se marchó de regreso al hogar. El niño albino, sin piernas ni brazos, con la mordaza en la boca, no podía moverse ni gritar. Recién a la mañana del siguiente día, unos perros que rápidamente se hicieron jauría acecharon el bulto, rajaron las bolsas y mordieron la panza, los muñones y la cara del niño albino. Seguramente hubiera muerto si unos chicos que ingresaron al descampado no hubieran echado a los perros arrojándoles piedras y dándoles palazos como hacía solo unos días habían hecho con él. Los chicos se sorprendieron al ver por primera vez en sus vidas a uno de los demonios blancos de los que tanto habían escuchado hablar a sus padres cuando los amenazaban con castigos infernales si no hacían o dejaban de hacer tal o cual cosa.

Ese mismo día, el niño albino fue internado en uno de los hospitales de la ciudad. Le preguntaron por su padre, dijo que no tenía padre. Le preguntaron por su madre, dijo que él nunca había nacido de ninguna madre. Después de algunos días de cuidado, el médico que lo atendió quiso explicarle que el haber nacido blanco se debía a un desorden metabólico hereditario por el que su cuerpo no podía producir melanina y por ello su piel no tenía pigmentación. El niño albino se limitó a responder que estaba enfermo de una maldición, que no era un ser humano sino un fantasma monstruoso. El doctor le dijo que no estaba maldito ni nada parecido, sí era posible que en algún momento de su vida contrajera cáncer de piel y perdiera la visión. El niño albino hizo silencio y ni siquiera despidió al doctor cuando este le tocó el pelo de modo afectuoso en el momento de marcharse.

La enfermera del turno noche afirmó que tuvo suerte de que lo hubieran dejado nacer ya que era común en su aldea matar a los albinos apenas eran paridos, incluso le contó que había tenido un primo albino al que habían asesinado durante las elecciones en el pueblo para que le diera suerte al alcalde.

La enfermera del turno matutino fue más amable, le contó que en la provincia donde había nacido existían comunidades de albinos que vivían en el desierto. Nómades, se dedicaban a cazar animales y solo se acercaban a los límites de los pueblos cuando llegaba la sequía. Entonces tomaban las bolsas de comida que la gente les dejaba como

regalo y se marchaban de vuelta sin dejar rastro. Sabía, por lo que decían en su pueblo, que se casaban entre ellos y tenían hijos y los hijos se casaban entre sí para tener más hijos que a su vez volvían a casarse entre ellos para tener más hijos albinos que a esa altura de la cadena de la reproducción endogámica nacían no sin algunas desviaciones físicas y neurológicas. Sin embargo, a pesar de tales torceduras genéticas, la comunidad de albinos terminó siendo tan enorme que finalmente abandonaron su nomadismo y se asentaron en las cuevas de las montañas de Rupengerte.

No fueron ni los médicos ni las enfermeras las que definieron el destino del niño albino, sino un chico internado por la herida de una bala que había recibido en el pecho cuando las facciones del Ejército Tutsi saquearon el barrio donde vivía. Recostado en la cama contigua a la del niño albino, había escuchado todo lo que le habían dicho y entonces le contó que del lugar de donde él venía, los albinos eran considerados espíritus benefactores. Dijo que había nacido en una aldea a las afueras de Cyangugu y su familia pertenecía a la tribu de Yamileké. En aquella aldea tener un albino era una bendición de los dioses que propiciaban la vendimia y la reproducción de mujeres estériles, curaban enfermedades como el sida, los tumores cancerígenos y erupciones epidérmicas, incluso solían resucitar a los muertos. Quizás ese era el lugar donde debía marcharse para llevar una vida mejor. Sus padres todavía vivían allí y él podría ayudarlo para que lo recibieran. A cambio del favor le pidió que le regalara un mechón de su pelo porque con este tendría la protección de los dioses y ya no habría tutsis ni hutus ni nadie que le dispara en el pecho y lo dejara internado.

El niño albino fue metido en una caja de cartón de cincuenta centímetros de largo y treinta de ancho. Destinada originalmente al traslado de manzanas, el amigo benefactor hizo dos agujeros en la tapa para que pudiera respirar. Así, el niño albino fue enviado por correo como encomienda especial a la aldea de Cyangugu. El viaje duró un día y medio. La señor Peter Mbonqen recibió la caja y sin saber qué era lo que su hijo mayor le había enviado, la trasladó de inmediato hacia su hogar, cargándola entre sus brazos y apretándola fuerte contra su pecho. Recién en el comedor de su casa, ya rodeado por toda su familia, se dispuso a abrirla siguiendo el mismo ceremonial que cualquier familia centro europea llevaría a cabo durante el festejo de un cumpleaños o la noche de navidad cuando todos se apretujan junto a los paquetes de regalo y llegado el momento se lanzan a destrozar los moños y el papel celofán para ver si Papá Noel cumplió con el pedido o en todo caso qué les tocó en suerte. Así, la familia Mbonqen se amontonó junto a la caja que les había enviado el primogénito, pero al abrirla y comprobar que no se

trataba de una Play Station para los hermanos menores, un vestido para la madre o acaso un perro que sirviera como mascota para todos, sino de un chico, no un chico sino un niño albino de ojos rojos, sin piernas, sin brazos, con la carne de los muñones apenas asomando entre los huesos de sus articulaciones, se sorprendieron. Pero la sorpresa general ocultaba distintas dimensiones, para los chicos se trataba de una decepción, para la señora Mbonqen la visión del niño albino se tradujo en horror, en cambio, el señor Mbonqen comprendió rápidamente el valor inconmensurable de lo que tenía entre manos.

El señor Mbonqen explicó sus ideas al respecto y esa noche celebraron el acontecimiento con una gran fiesta a modo de agradecimiento a Eshú. A la misma fueron invitados todos los habitantes de la aldea. Hasta altas horas de la madrugada, tomaron vino de palmera y comieron testículos de buey alzados, bailaron al ritmo de tambores y kashakas y se entregaron a la coreografía común de danzas ancestrales. Desde entonces el niño albino fue destinado a un cuarto especial de la familia Mbonqen. Depositado sobre una urna que a su vez descansaba sobre los cojines de terciopelo rojo que decoraban el trono de madera tallada a mano que el señor Mbonqen había encomendado fabricar, el niño albino se la pasaba todo el día recibiendo a los aldeanos que pagaban una entrada de dos dólares para poder tocarlo.

El relato de los milagros surgidos a partir de su presencia en la aldea no tardaron en multiplicarse por todos lados y después de algunas escasas semanas ya recibía visitantes que venían de otras aldeas vecinas y pueblos lejanos que hacían filas de cincuenta metros y esperaban durante horas bajo el rayo del sol. Su tarea no era demasiado compleja, solo tenía que dejarse estar sobre la urna y el trono, permitir que le tocaran los muñones y mechones de su pelo, y ni siquiera tenía que mirar a quienes ingresaban al cuarto para adorarlo. Los ingresos económicos que el señor Mbonqen percibió durante los primeros seis meses le permitieron comprar un terreno a las afueras de aldea y construir allí, en los siguientes seis meses, un templo dedicado al niño albino. La nave central podía albergar a ciento cincuenta feligreses. En el fondo de la nave habían levantado un altar donde la presencia del niño albino irradiaba destellos de una luz violácea que seguramente era el efecto de los rayos solares que se colaban por los vitraux instalados en las ventanas superiores.

Desde ese lugar contempló los sacrificios que se hacían en su nombre, y aunque siempre se mostró a gusto con lo recibido, lo que más le sorprendía era ver a sus fieles desnudos bailando en derredor de los caballos que colgaban de la viga central del templo y les abrían con una cuchilla un tajo vertical en el vientre hasta alcanzar el cuello

con el fin de bañarse y beber su sangre caliente.

Nunca le gustaron los sacrificios humanos, pero tampoco mostró ningún rechazo hacia ellos, ni siquiera cuando degollaron de una sola vez a tres chicos sobre el altar a modo de agradecimiento por haber salvado a su madre de una gripe intolerable.

Siempre prefirió el silencio estricto ante sus fieles, incluso en relación al señor Mbonqen, por lo que con el tiempo fue olvidando las palabras y la posibilidad de hablar. Sin embargo, cuando cumplió los quince años y una doncella virgen seleccionada entre doscientos cincuenta doncellas vírgenes de las aldeas y pueblos aledaños se encargó de extraer de su pene el semen divino, se escuchó de su boca un entrecortado gemido que erizó los pelos de los brazos de todos los fieles congregados al evento. El flujo seminal depositado en la boca de la doncella fue vertido en una jarra de bronce. Mezclado con jengibre y rebajado con un litro de ron fue repartido en vasitos de plástico a cada uno de los asistentes. Desde entonces, la misma ceremonia se realizó una vez cada quince días. A ello se le sumaba, una vez por mes, la ceremonia de desvirgación del primogénito de las familias más pudientes que pagaban verdaderas fortunas para que sus hijos fueran penetrados por el enviado de Eshú.

Así, con alguna variante menor, transcurrió la vida del niño albino. Visto desde fuera, su trabajo como divinidad subalterna era cumplido con eficacia, ningún infortunio venía a interrumpir su inmovilidad concentrada, sin embargo la experiencia interna del niño albino distaba de la contemplación sabia del mundo.

Un volcán de sentimientos contrapuestos hacía erupción desde el fondo de su alma y el suelo de su aparente serenidad estaba rajado por una idea fija: su vida no era suya, él no era más que la proyección onírica, el doble fantasmático de aquel que lo había engendrado en el sótano del infierno de sí mismo. Insustancial, su existencia se reducía a una mera virtualidad que sobrevolaba el mundo sin vida propia. Con el transcurso de los años, una mitología íntima se fue haciendo narración de su condena: estaba seguro que en el desierto donde todo había comenzado, en algún momento del peregrinaje nómade junto a su madre, un rayo infernal, un dios del ultramundo, partió en dos su vida, y él que había sido uno, pasó a ser dos. Su verdad era su hermano, él era la parte perdida. De Ikel Bukunin la existencia real, él solo se limitaba a existir como su doble extraviado. La prueba más concreta era el espesor inmaterial de todo lo que lo rodeaba, el carácter onírico de lo que le había pasado desde el momento en que su madre lo vendió por cinco dólares a una familia de granjeros. En retrospectiva, todo le parecía más claro: era imposible haber nacido blanco en un mundo de negros, ¿a qué dios perverso se le hubiera ocurrido que de dos personas negras naciera un monstruo blanco? El

color de su piel entonces era la evidencia más clara de que su vida era un simulacro, la ficción absurda que alguien o algo había puesto en su cabeza para creer que era verdadera, pero también le resultaban imposibles cuestiones más anecdóticas. Que su madre, por ejemplo, lo vendiera por cinco dólares —¿por qué no cincuenta mil dólares?, pero incluso si hubiera sido así, ¿por qué venderlo cuando por cinco dólares bien podría haberlo hecho trabajar o prostituirse, ¿pero venderlo?, ¿para qué venderlo?, si era para comer, ¿por qué no le había ordenado robarse una gallina o uno de los tantos chanchos que el señor de la granja poseía?—, ¿y todo lo que pasó después?, ¿su vida encerrado en un depósito de chapas?, ¿qué habían sido las amputaciones de sus brazos y de sus piernas sino solo una posibilidad más en el cálculo de las infinitas posibilidades destinadas a ninguna efectuación? Incluso, en ese momento de su vida que tan bien lo trataban facilitándole vivir en un templo sobre un altar construido para su gloria, ¿quiénes eran todos esos dementes que colgaban y destripaban caballos, que enviaban a sus primogénitos para ser desvirgados o esas doncellas que lo masturbaban para repartir en vasitos de plástico su semen divino, quiénes esos locos que sacrificaban a sus propios hijos como una forma de agradecimiento, qué otra cosa sino una ficción?

Su vida le resultaba imposible, sí, pero no era una cuestión de creencia. Su vida era imposible porque la realidad era imposible. No era él el que no creía en ella, al contrario, hasta ese momento había creído en todo lo que le había pasado, incluso cuando resultaba increíble. En todo caso —rumiaba para sí mismo el niño albino—, ¿cómo creer en la realidad del mundo sino porque el mundo mismo era increíble?

Su propia pregunta lo asombró, y en ese sentido, no tenía ningún argumento para negarse a aceptar que el criterio metodológico del universo fuera hacer real únicamente lo increíble. Al fin de cuentas, todo, y ese todo involucraba el principio de razón suficiente, era una cuestión de fe, una apuesta más en la ruleta de la desesperación.

Pero ¿qué significaba que la realidad era increíble sino que era esencialmente falsa? Si esto era así —pensaba el niño albino—, si la realidad era ontológicamente falsa, entonces su negación también lo era, es decir, si las amputaciones habían ocurrido no podía creer en ello porque eran falsas, pero si las amputaciones no ocurrieron tampoco podía creer en ello dado que todo era falso. En ese caso, le quedaban dos opciones: o destinarse a la sospecha constante y a la paranoia suprema, o simplemente aprender a no darle ninguna importancia a la cuestión, al fin y al cabo, si todo era falso, el hecho de haber sufrido las amputaciones tenía el mismo valor que no haberlas sufrido en absoluto.

Se trataba entonces de una elección simple: o era la paranoia desquiciada o la serenidad santa. Lo paradójico de la elección del niño albino era que en la invitación paranoica encontraba serenidad, en cambio, la serenidad indiferente ante la falsedad del mundo lo desesperaba. O elegía entonces una desesperación serena o una serenidad desesperada. Pero la disyunción ya era un modo de la desesperación y entonces sufría la asfixia mental con la que su propio cerebro lo atormentaba.

Si todavía era posible alguna verdad, tenía en claro que sus pensamientos eran el único enemigo contra el que debía combatir, pero, claro está, ¿cómo destruir los ejércitos demoníacos del pensamiento sino era con más pensamientos que extendieran la guerra hasta el infinito o hasta el colapso infernal de sí mismo? El niño albino se sentía atrapado y no solo en ese cuerpo que sin brazos ni piernas, blanquísimo y maldito y maldito por blanquísimo, lo había condenado a la miseria existencial más horrenda, sino encerrado en la jaula etérea de sus propias ideas. Si lo hubieran obligado a elegir entre el horror físico y la tortura mental, no hubiera dudado en elegir lo primero. Y sin embargo, en la esfera del pensamiento, todavía existía una posibilidad más, quizás la posibilidad suprema: si la realidad era increíble no por ello debía ser falsa, en todo caso, podían ser todas las posibilidades verdaderas y en ello, justamente, se escondía el secreto de la incredulidad.

Lo increíble entonces era que todo había sido verdadero, y todavía debía seguir siéndolo, verdadero que su madre lo hubiera vendido por cinco dólares y verdadero también que nunca se le cruzó por la cabeza la idea de venderlo, verdadero el haber vivido encerrado en un depósito de chapas y verdadero también lo contrario, verdaderas las amputaciones de sus piernas y sus brazos y el hecho también de seguir teniendo dos hermosos brazos y dos bellas piernas, incluso era verdadero que su piel blanquísima resplandecía como la luz de una lámpara Led pero también que su cuerpo fuese negro azabache como el de todos los demás. Esa idea, sí, le devolvía alguna serenidad, sin embargo también sabía que se trataba de una trampa que de aceptarla terminaría renunciando a cualquier salida: ¿qué cambiaría en su vida si todas las vidas posibles eran tan ciertas como la que le había tocado?

Existía solo una posibilidad y aunque desesperada era la única que tenía a mano. Si desde que había nacido, todo lo que le había ocurrido se parecía demasiado a un sueño indescifrable que era también la invitación ineludible de ponerlo en duda, no por ello estaba legitimado a dudar de la realidad de otro mundo, más allá del suyo. Si todo en derredor —insistía el niño albino—, incluso su propia existencia, no era más que una pesadilla de la que ya pronto debía

despertar, eso significaba que había otro, alguien, él mismo por ejemplo, que estaba soñando todo lo que le pasaba. ¿Y cómo no imaginar a ese otro como un negro, negro negrísimo, con dos piernas y dos brazos, cuya madre jamás vendió ni se le ocurrió vender, y menos aún por cinco míseros dólares? Toda su verdad chisporroteaba en la punta de su lengua y su lengua vociferaba un único nombre: Ikel Bukunin. Ese mismo debía ser su verdadero nombre. Él, el niño albino, solo había sido el espectro fantasmático que habitaba el limbo extraño de los sueños del otro, en todo caso, el gemelo cuántico que se había infiltrado en el tiempo abierto entre dos instantes de la vida del otro. Quizás se tratara entonces de dos temporalidades diferentes, al mismo tiempo. Una transcurriría en la serie de una cronología estándar, en la que un instante es siempre suplantado por otro instante. En cambio, la otra temporalidad surgiría en el intersticio abierto entre esos dos instantes. ¿Cuál sería el tiempo de esa fisura, cuál su duración? El niño albino lo sabía o quería saberlo, y de un modo u otro, se le jugaba la vida en ello: entre dos instantes perceptibles siempre hay un instante imperceptible, y entonces, quizás, toda su vida habría transcurrido en el mínimo agujero abierto entre dos segundos de la vida del otro.

El día que cumplió veinte años, el niño albino —que, claro está, ya había dejado de ser un niño— habló con el señor Peter Mbonqen y aquella fue la primera vez que hizo escuchar su voz. Dijo que estaba cansado de trabajar como dios.

“Pero vos no podés estar cansado, no trabajás de dios, vos sos dios”, respondió azorado el señor Peter Mbonqen.

El niño albino se detuvo un instante a pensar la cuestión, y luego exclamó que si él era dios necesitaba entonces una prueba de fe de sus parroquianos.

“¿Más pruebas de fe?, ¿no te alcanzan los sacrificios, las doncellas que elegimos para vos, los primogénitos que te entregamos?”, espetó el señor Mbonqen. “¿No estás contento con nosotros?, ¿acaso no te damos todo lo que tenemos?, ¿qué más?, ¿qué más podemos darte?”, agregó desconcertado.

“No, no es eso, estoy muy contento con mis feligreses, pero si soy dios no me queda otra posibilidad que pedir una prueba de fe, ¿qué otra cosa hacen los dioses?”, preguntó el niño albino.

“No sé, crear mundos, galaxias, universos”, respondió el otro.

“Pero eso ya lo hice, ¿verdad?, y por lo visto terminó siendo demasiado aburrido, lo que ahora necesito es una prueba de fe de mi criatura más adorada, quiero que busques y traigas ante mí a Ikel Bukunin, y no me preguntes quién es ni dónde lo podés encontrar, todo eso es parte de la prueba”.

El señor Peter Mbonqen no sabía siquiera por dónde comenzar, ¿se trataba de ir casa por casa a lo largo y a lo ancho del continente

africano, preguntando a unos y a otros si conocía o había escuchado hablar de Ikel Bukunin? Lo cierto es que un día el señor Mbonqen desapareció de la aldea con un bolso de mano y no volvió a aparecer sino seis meses después con la noticia de que Ikel Bukunin había emigrado a la Argentina a la edad de cinco años. Su madre biológica, Shurika Bukunin, había muerto de Sida en un hospital de Kampala, y entonces el pequeño Ikel Bukunin fue adoptado por una doctora de apellido Juarez que trabajaba en una ONG. Según los papeles que el mismo Peter Mbonqen revisó en los archivos del Ministerio del Interior de Ruanda, la doctora Juarez había dejado registrado el nuevo domicilio del chico en un pueblo de la Provincia de Buenos Aires llamado Trenque Lauquen.

Al escuchar aquellas palabras, el niño albino sintió que le había sido devuelto un cuerpo de verdad, ya no era ese mamarracho pintado con témpera blanca sobre un papel en blanco —¿a quién se le ocurriría pintar blanco sobre blanco?—, al que encima le habían borrado los brazos y las piernas, ahora, en cambio, tenía un referente empírico, concreto, real, indudable. Él no se encontraba en el templo de una aldea ubicada en el norte de Ruanda, no, él se llamaba Ikel Bukunin y vivía en Trenque Lauquen. Negros sus brazos, negras sus piernas, todo él negro de pies a cabeza, en alguna parte de ese rincón del mundo llamado Trenque Lauquen, debía estar soñando con un niño albino que vendido por su madre en medio de la guerra por cinco miserables dólares, sin piernas ni brazos, cumplía ahora las tareas de una divinidad menor. Un sueño, o una vida virtual entre dos instantes puntuales del reloj mental de Ikel Bukunin. Incluso esa misma conversación que mantenían con el señor Peter Mbonqen, la urna y el trono donde estaba sentado, las paredes del templo, las vigas que cruzaban el techo, todo le parecía parte del sueño que Ikel Bukunin estaba soñando para mantenerlo en ese limbo extraño tan parecido a la nada.

Y sin embargo, ¿Trenque Lauquen?, ¿Argentina?, ¿qué era Argentina sino justamente el sueño mal parido de África, la pesadilla recurrente con el que todo africano sueña y retrocede, vuelve a soñar y despierta aterrado?, pensaba el niño albino mientras el señor Mbonqen y su familia preparaban sus valijas para emprender el viaje que el pequeño dios subalterno les había ordenado.

Incluso, ya en el avión, sentado sobre las rodillas de la señora Mbonqen, observando por la ventana las nubes amontonadas que bajo las alas aportaban lo suyo al carácter onírico de lo vivido, pensaba el niño albino si en verdad no estaba yendo hacia el país de los sueños, y entonces no había sido él el engendro psicótico de Ikel Bukunin sino éste, su hermano mellizo, su gemelo cuántico, la ficción con la que durante años y años había aprendido a soportar el trabajo de ser dios.

Al fin y al cabo se trataba de un trabajo que conllevaba cierto grado de autismo. Mirar y callar, contemplar hombres y mujeres bañándose bajo los chorros de sangre de caballos colgados y hacer silencio, dejar que frente suyo degollaran tantos chicos en su honor sin inmutarse, permitir que doncellas virginales lo masturbaran para complacer a la multitud sedienta de su semen divino y no perder el equilibrio, incluso dejarse hacer por tantos jóvenes que pretendían el privilegio de ser desvirgados por un dios, no eran sino parte de un infierno con el que debía batallar cada uno de sus días resguardado bajo el caparazón de su propia psicosis, inventándose el mito de un hermano cuántico.

¿No era él entonces, el niño albino, con su pasado a cuestas, el que soñaba con el engendro ficcional llamado Ikel Bukunin?, ¿y no era África toda, entonces, la que soñaba Sudamérica como su punto de fuga? Allí estaban, en definitiva, sus muñones recortados en la punta de sus articulaciones para mostrarle justamente el corte, la línea divisoria, la frontera última entre lo que es y lo que no es. De este lado lo real, del otro lado…, del otro lado Argentina, pensó el niño albino y se preguntó si no era exactamente eso lo que pensaban cada uno de los europeos —traficantes de esclavos, piratas o simples turistas, comerciantes o poetas que a veces solían ser los mismos— que cruzando el mediterráneo se aventuraban en la pesadilla africana. La Europa blanca-hetero-etno-falo-logo-centrista tenía a África como su lado oscuro, su Afuera, su Otro radical, y a su vez, el África negra-tanática-anal-sádica-mítica tenía su América como su propio lado oscuro, su Afuera y su Otro Radical, pero América, más precisamente Sudamérica, y en ella, Argentina, ¿cuál era el lado oscuro de América?, ¿cuál el Afuera del Corazón de las Tinieblas?, ¿qué pesadilla más allá de la pesadilla de Fin del Mundo? Y entonces ¿hacia dónde estaba yendo el niño albino, arrastrando consigo a la familia Mbonqen?

Pero ya era tarde para hacerse esas preguntas, las ruedas del avión habían tocado el suelo del aeropuerto, y jugado el todo por el todo, solo le quedaba ir en busca de su Capitán Kurtz.

Trenque Lauquen: una decepción.

La Matanza: ah, el horror, el horror, el horror.

Y sin embargo, fue allí, en La Matanza donde la familia Mbonqen, guiados por el designio divino, rehicieron sus vidas y con la venta de todas las propiedades que habían dejado en Ruanda, más los dólares que el niño albino les había hecho ganar en todos esos años, compraron un predio de veinte hectáreas en el barrio Los Ceibos, y allí, a unas diez cuadras del kilómetro 32 de la ruta 3, reconstruyeron el templo que dedicaron a Eshú. Y si bien el niño albino estaba agotado de ser dios, La Matanza, todo lo que el significante despótico encierra, le devolvió la gracia y también la condena de tener que ser

lo que le había sido dado, el espesor real de su vida, su cuerpo amputado, la miseria descolorida de una divinidad menor. Del fracaso ante la imposibilidad de encontrar a su gemelo cuántico, solo podía salir olvidándose de Ikel Bukunin y acelerándolo todo se entregó por completo a su labor pastoral.

No le costó demasiado tiempo congregar entre las almas desahuciadas del lugar una feligresía ansiosa de nuevos goces. El color sin color de su piel resplandeciente, los ojos rojizos de lobizón sediento, los muñones de sus piernas y brazos amputados a la vista de todos, sus cabellos blanquísimos como finísimos fideos hervidos que caían al ras de sus hombros hasta alcanzar el dislocado meridiano de su cintura, daban a su imagen el valor intangible de un misterio siempre a punto de ser revelado.

Ya no se limitaba a ser el tótem deslucido de sacrificios ajenos, su persona ahora aunaba la figura del pastor del desierto y el vidente que ha regresado del ultramundo, la mística blanca del mártir cristiano y el reviente oscuro de la fiesta umbandista. Sobre ese sincretismo se fundó su nueva iglesia. Las ceremonias realizadas entre los yuyos del descampado, tenían la gracia evangelista de un cumpleaños de quince tan pobre como pasional y cumplía al dedillo con toda la parafernalia teatral de exorcismos compulsivos, paralíticos que volvían a caminar, tumores cancerígenos que desaparecían, acompañados por un power trío de guitarra eléctrica, bajo y batería que habría hecho entumecer los dedos de Jimmy Page y poner afónico a Robert Plant.

A esa estética de la consagración festiva, le sumaba el trance oscuro de los ritos africanos, que lindando el satanismo no renegaba de sacrificios animales —litros de sangre caliente de gallinas y perros y gatos servidos en botellitas de plástico que repartían entre la multitud, y, ¿cuándo no?, caballos colgados del guinche de una grúa para bañar con sus flujos equinos los cuerpos desnudos de travestis engomados y vecinas entangadas para la ocasión—, como tampoco de las practicas vudú —enormes muñecos de dos y hasta tres metros de altura, levantados con cartones y maderas y fierros y rellenos de goma espuma, con el rostro del presidente de turno, el intendente de siempre, un policía genérico, a los que apedreaban y despedazaban con efusión mística—, electrocutados todos por la sinfonía monocorde de unos veinte tambores que aclamaban la presencia de Murungu, Eshú, Cristo, Alá o como en ese momento quisiera llamarse.

A los desclasados e indigentes les ofreció un margen todavía más oscuro, y a los que en el margen más oscuro habían hecho su morada les devolvió el aura santa de los redimidos —así el niño albino se transformó en el Gran Pastor Blanco de las almas desesperadas. No tardaron en buscar sus favores las Iglesias Evangelistas y los Templos Umbandas y las Cuevas de una Teología Sin Dios que rondaban la

zona, y con los meses el Gran Pastor Blanco terminó unificando todos los credos bajo su égida. Con los dólares ganados en su etapa africana, más las regalías de su pastoral matancera, construyó un refugio subterráneo con un museo digno del Vaticano del Horror en cuyas paredes ordenó colgar los materiales de sus sueños, pensando que allí, a cincuenta metros de la superficie de la tierra, pasaría a un retiro místico-espiritual que le permitiría estar sin estar y así transformarse en mito.

Y fue entonces que a los oídos del Gran Pastor Blanco llegaron las noticias de un grupete de Chicos-Bien, con cara de Nacional Buenos Aires y humos de vanguardia iluminada, comandados por un negro de camisa blanca y pantalones chupines, de nombre Miguel Bakunin, o Bakúnin o Bukunin, que habían violentado sexualmente la integridad física y moral de Marcelino Cardozo, hijo del pastor don Epifanio Cardozo, en cierto tugurio de la zona. El Pastor Blanco sintió una conmoción en el pecho. Su corazón volvió a latir como hacía años no lo hacía. Cierta electricidad en el cuerpo le devolvió la sensación de existir. En el nombre se amucharon los fantasmas, su doble fantasmático, su gemelo cuántico volvía a aparecer en su vida cuando menos lo esperaba. No debía apresurarse, quizás solo se trataba de una homofonía o una cuasi homofonía, y quizás el tal Miguel Bakunin, por más negro que se lo hubieran descripto, no era Ikel Bukunin sino solo uno más en el montón, sin embargo, El Gran Pastor Blanco ordenó que se lo presentaran de inmediato y encerrado en su búnker subterráneo esperó con ansias a aquel con el que tantas veces había soñado rogándole que le devolviera alguna certeza.

A las pocas horas, junto a otros seis integrantes del *Frente de las Pasiones Alegres*, Miguel Bakunin fue apresado, atado al para-golpe de una F-100 y arrastrado por el asfalto de la colectora de la ruta durante algunos kilómetros, hasta la plaza de Los Ceibos donde lo sodomizaron y dejaron colgado dos días y dos noches de la rama más fuerte de un viejo ombú.

Allí colgado Miguel Bakunin contempló azorado el empalamiento y posterior degüello de su camarada David Cremonte, y luego, cuando se había entregado manso al mismo destino, fue el pastor don Epifanio Cardozo el que lo descolgó del árbol y lo llevó hacia el micro escolar que hacía de fachada del Museo Antropológico del Horror.

Sus ojos extasiados buscaron comprender el amontonamiento esquizofrénico de aquella colección de cadáveres embalsamados, animales deformes, miembros amputados, máscaras africanas, aparatos de tortura, cruces y crucificados, y no encontraron más que el poema visual del desastre del tiempo y la historia. Los pasos de su guía hacia el Gran Pastor Blanco lo llevaron hacia el fondo de la nave, donde abrieron una tapa de acero para descender una escalera y luego

otra escalera que daba hacia la escalera que finalmente lo depositaría en el centro orgánico y nauseabundo de la vida y la muerte. La oscuridad cegadora no se apiadó de sus ojos y en esa noche subterránea, sin dirección ni meta, se encontró de pronto entre ratas y coleópteros que formaban el pasadizo que lo guiaba.

El sonido de una puerta que se cerraba detrás suyo y una luz violácea titilando delante le devolvieron alguna orientación, pero con ello no encontró norte que no fuere el de su propia ruina. El gusto ácido de las moléculas de una putrefacción generalizada le llenaba la boca, de las paredes y del techo se desprendía esa membrana viscosa que le embadurnaba el cuerpo y de pronto se encontraba, ya no en una cueva hecha de piedras y minerales, sino en el interior de un organismo animal que latía estrechando sus músculos y tejidos.

Ya envuelto en la lámina de la viscosidad que aquella bolsa orgánica segregaba, retrocedió ante el avance de las larvas escarbando las membranas laterales, pero las larvas no cesaron de amontonarse en su derredor y cuando finalmente lo cubrieron por completo penetraron en los poros de su carne y lo comieron por dentro y se comieron entre sí, para no dejar de Miguel Bakunin sino una pelota mínima de materia somática y pasaron años y siglos y milenios y la bolsa de carne que lo envolvía se llenó con el líquido amniótico y el flujo plasmático que convirtieron el lugar en un pequeño océano en el que flotar a la deriva mientras esperaba que las puntas de los pequeños miembros terminaran de desgarrar la esfera en la que se había convertido y la parte superior alcanzara la forma ovoidal de una piñata a punto de reventar, y mientras aquello sucedía vio su vida desplegarse en una serie vertiginosa de imágenes que, en un instante menor del que distancia el tiempo entre dos instantes, proyectaron la película de su pasado, desde aquel día en que escapaba de la guerra atravesando el desierto junto a su madre ciega y era comprado por una familia de granjeros con el fin de amputarle los brazos y las piernas y con ello transformarlo en una esfera de carne sin rumbo, hasta ese mismo momento en que ya convertido en el Gran Pastor Blanco de las Almas Desesperadas se esperaba a sí mismo en su llegada, esperaba, en todo caso, que su gemelo cuántico terminara de completar el pliegue del tiempo que lo depositaría frente a sus propios ojos, allí donde él mismo estaba y a la vez no estaba, en ese punto en que llegaba al lugar en el que había estado esperándose desde el comienzo.

Entonces Miguel Bakunin, sin Miguel Bakunin, en todo caso, siendo el otro que esperaba por él, vio la esfera luminosa del Gran Pastor Blanco, sin extremidad alguna, acomodada sobre una urna que habían depositado en el fondo de la cueva orgánica, y a la vez acomodado sobre la urna en el fondo de la cueva orgánica el Gran

Pastor Blanco vio a Miguel Bakunin parado delante suyo con sus brazos fuertes, el equilibrio perfecto de las columnas de sus piernas a nivel, el color negro de la noche derramada sobre su piel, y no supo, no supieron ni el uno ni el otro, quién era quién, de dónde venía cada uno, quién el engendro ficcional del otro.

****

EL MONÓLOGO INTERIOR DE LOS GEMELOS CUÁNTICOS

El Gran Pastor Blanco preguntó si conocía la paradoja de los gemelos.

Uno de los gemelos viaja a velocidad de la luz hasta a la galaxia Andrómeda, mientras el otro permanece en la Tierra. Luego de un tiempo, la nave espacial regresa a casa. Dadas las diferencias de velocidades, para el primero pasó un año, para el segundo pasaron veinte. Las preguntas son obvias: ¿cuál de los dos posee la medida exacta del tiempo, el viajero que tarda un año en ir y volver de Andrómeda o el hermano que lo ha esperado durante veinte años?

Miguel Bakunin no respondió ni hizo ningún comentario, en aquella fosa construida a cincuenta metros de la superficie, sus ojos habían quedado fijos en la contemplación de los destellos de la esfera luminosa de la que brotaban palabras.

Si fueras vos el que ahora está en Andrómeda y yo te mirara con un telescopio, vería exactamente lo que hiciste hace cuatro años atrás, no ahora, nunca ahora. Y si vos ahora estuvieras regresando a la tierra, ese ahora solo sería posible para vos; para mí, en cambio, es lo que ocurrirá dentro de cuatro años cuando te vea efectivamente regresar a la tierra. No hay ningún momento de tu viaje y estadía en Andrómeda que coincida con mi presente en la tierra.

La pregunta todavía se sostiene, ¿cuál de los dos hermanos vive en el presente real?

¿Sabés lo que significa vivir en este cuerpo maldito, sin brazos, sin piernas, completamente descolorido?, es como vivir metido dentro de la escafandra del astronauta que viajaba a Andrómeda pero que expulsado de su nave quedó a la deriva en el espacio cósmico; uno pierde la noción de la realidad, llega un punto en que no sabés si lo que ocurre está ocurriendo y menos aún si lo que ocurrió pasó de

verdad, como si flotara en un sueño líquido y todo lo que me rodea se deshiciera como manchas de óleo, están y no están, ganan alguna forma, se expanden, se licúan y desaparecen.

La maldición que cayó sobre mí, no es la de ser albino, en todo caso, hay todavía una maldición peor: ni siquiera maldito mi existencia es real.

¿Qué fueron las amputaciones de mis brazos y mis piernas sino partes de un sueño mal parido?, ¿quién puede creer en ello?, si te contara lo que desde entonces vi, vos tampoco lo creerías; llegué a pensar: justamente por eso, por ser increíble, mi vida es real, ¿qué dios no haría real únicamente lo increíble?, ¿qué dios no desecharía la vulgaridad de lo verosímil, el gusto chabacano de lo creíble?

Un dios, por ejemplo, que hiciera que todos los días saliera el sol y en primavera florecieran los árboles sería un pésimo dios, un dios indigno de ser llamado dios, pero un dios que hiciera que un día no salga el sol y otro día sí, y al otro tal vez, y que en primavera o en cualquier momento los árboles no dieran flores sino bebés humanos colgados de sus ramas con los ojos llenos de polvo estelar, ese sí sería un dios en el que creer, un verdadero dios.

Pero, claro está, si esto fuera así, ¿cómo creer en la creación de dios si por definición es increíble?, ¿acaso lo imposible no es lo increíble?

Lo que entonces yo pensara sobre estos asuntos no tenía la menor importancia: mi vida era imposible porque la realidad era imposible.

Encerrado en este cuerpo que era mi propio cadalso, solo tenía una única posibilidad para entender quién era, qué era ese rejunte de miseria que conformaba mi pasado, y si todo se parecía demasiado a un sueño, cómo no suponer que yo nunca había existido sino como el sueño de mi hermano gemelo, al fin y al cabo, había sido él el que había sobrevivido a la guerra, al desierto, al destino de nuestra madre.

Entonces supe que ni siquiera había nacido, nacer era otra cosa, nacer era nacer negro, poseer piernas y brazos, tener un nombre; yo no había siquiera nacido, ningún cuerpo me había sido dado y hasta mi propio nombre terminé olvidando, ¿tuve alguna vez algún nombre?

Un día supe que vivías en Argentina y viajé hasta acá para buscarte, fui a Trenque Lauquen, preguntamos a unos y a otros si

conocían o habían conocido a un hombre negro llamado Ikel Bukunin, nadie supo responderme, acaso no quisieron hacerlo, parecían todos haber decidido olvidarte, más que olvidarte, hacer de cuenta que nunca habías existido.

Lo cierto es que preguntamos por Ikel Bukunin y nadie nos dio ninguna respuesta; había hecho miles de kilómetros, abandonándolo todo para nada, nada, absolutamente, nada; entonces pensé: esa nada es la prueba de la realidad de mi existencia, existo porque Ikel Bukunin nunca existió.

No tenía por qué seguir torturándome con un hermano que había cobrado las dimensiones de un dios que me sostenía en el borde de la irrealidad, nunca habías existido o habías muerto a los cinco años cuando nos separamos en el desierto, ya no importaba, lo que importaba era la certeza que había ganado: el niño albino existía porque su hermano gemelo no había sido más que el espectro negro que había oscurecido su vida.

Desde entonces, fue como nacer de nuevo, nacer de verdad, asumir mi cuerpo aun amputado, aun maldito, así surgió el Gran Pastor Blanco y levanté mi iglesia y edifiqué el museo de mis propios monstruos, pero no me alcanzaba con ello, necesitaba paz, necesitaba serenidad, y entonces ordené construir mi propio sótano del infierno y me retiré a las profundidades.

Nadie supo porqué, ¿por qué el Gran Pastor Blanco se fue a vivir a los sótanos del inframundo?

En promedio, los albinos vivimos hasta los treinta y cinco años.

Me vine a estas profundidades a esperar la muerte que me prometieron.

Los albinos se quedan ciegos a la mitad de sus vidas.

Me quedé ciego hace ya quince años atrás.

Ese es mi secreto, la oscuridad blanca detrás de mis ojos rojos; nunca, jamás, nadie lo supo, ¿te das cuenta lo que significa la irrealidad de mi vida?, ¿comprendés lo que digo cuando afirmo que nunca supe si mi existencia era real o el mero sueño de otro?

Quince años ciego y nadie se dio cuenta, les daba igual que yo

estuviera sentado en mi altar frente suyo o no esté en ninguna parte, solo necesitaban un tótem al que adorar, y no importaba si el tótem estaba ciego o no, necesitaban un dios menor que los justificara y no les importaba si el dios blanco sin brazos los estaba mirando.

Me decía a mí mismo: mejor así, solo es posible ser dios estando ciego.

Estaba en lo cierto: esos hombres solo podrían aceptar un dios si les aseguraran que ese dios no los vería, ¿quién soportaría la mirada de dios?, incluso la mirada de un dios subalterno como yo.

Quince años ciego, rodeado de cientos de miles de fieles y ninguno de ellos se percató de lo que ocurría, ¿y me preguntan por qué elijo vivir bajo tierra, en el fondo de este pozo?, acá, en las profundidades me siento mejor, me acompañan la ceguera de los topos y los gusanos y ya me hice amigo de mis ratas.

No extraño la luz del sol, no extraño nada, ni las tardes del poniente, ni los árboles en primavera, ni los cielos azules, ni los barcos en el horizonte, ¿podrías imaginarte por un instante lo que es vivir ciego, en la oscuridad total, sin brazos ni piernas, sin manos ni dedos con los que poder tocarte?

La única posibilidad de autopercepción era la de tocarme los labios con la lengua, era una sensación rara, pasaba la lengua por el labio superior y un shock eléctrico me recorría la columna vertebral, deslizaba la lengua por el labio inferior y sentía un escalofrío en el fondo del pecho, era como si toda mi existencia dependiera de la punta de mi lengua, allí estaba todo mi ser, allí, en la punta de mi lengua se concentraba toda mi vida, la posibilidad de tener un pecho, sentir mi espalda, mi vientre, saber que existía, era entonces la punta de mi lengua la que me devolvía un vientre, el pecho, la espalda, una existencia.

¿Sabés qué hice con mi lengua?, la mordí, la arranqué, me la comí.

Primero la punta, solo un pedacito, después otro y otro más, y así un pedacito todos los días hasta que finalmente ya no tuve ninguna lengua.

¿Sabés cuál es el gusto de tu propia lengua?, ¿con qué lengua sos capaz de saborear el gusto de tu lengua?

Yo lo sé, mi lengua sabía a todo y a nada, tenía el gusto de los cielos azules y de los árboles en primavera, sabía a un campo naranja bajo el poniente, tenía el gusto de los barcos en el horizonte, cada pedacito un gusto distinto, y cada vez que me comía uno me estaba comiendo un cielo azul y la primavera en los árboles, y me comía también el campo bajo el poniente y un montón de barcos en el horizonte, así hasta que me quedé ya sin pedacitos de lengua que arrancar y cuando me quedé sin nada, ni el más mísero muñón en mi boca, ¿sabés cuál era el gusto de esa nada que quedó en la boca cuando terminé de comerme mi lengua?

Tenía el gusto de mis brazos y mis piernas.

Después de las amputaciones, durante mucho tiempo, sufrí el mal del miembro fantasma, ya sabés cómo es eso, no tenés brazos pero tu cuerpo se mueve en el espacio como si todavía estuvieran fundidos a los hombros y entonces los estiras para tomar un vaso de agua o te los llevas a la cara para protegerte de algo, pero claro está, no tenés brazos, no tenés nada y entonces el impulso se desvanece en una sensación de fracaso general, y lo mismo ocurre con las piernas, estás sentado en una silla y atinas a levantarte como si estuvieras a punto de largarte a caminar, me pasaba una y otra vez, y cada vez caía al piso y rodaba por ahí, pero lo que más me impresionaba era cuando el impulso físico me llevaba a pretender tocarme la cara, ese era el peor efecto del miembro fantasma, querer que tus manos inexistentes te devuelvan la sensación de tener un rostro, y lo más maravilloso es que lo sentís, sentís la superficie de tus pómulos en la yema de los dedos, sentís la forma circular de tus ojos bajo los párpados, los recovecos de tu nariz, la viscosidad de tu lengua, la suavidad de tus labios, pero claro está, no tenés brazos, no tenés manos ni dedos con los que justificar todo eso que sentís, pero lo sentís y entonces el problema es cómo definir la realidad de todo eso que es y a la vez no existe, cómo es posible sentir mi rostro en la punta de mis dedos cuando no hay dedos que puedan tocarme.

Lo mismo me pasa con mi lengua, me gusta llamarlo “el mal de la lengua fantasma”, me digo a mí mismo cómo es posible sentir todavía en la punta de mi lengua la carne de mis labios si ya no tengo lengua que seguir arrancando, incluso en esta soledad de mi pozo bajo tierra a veces me lanzo a cantar y entonces mis ratas escuchan mis versiones de *Ghir Enta* de Souad Massi o *Waving Flag* de K´naan y también la que más les gusta *Soul Makossa* de Manu Dibango, y mis ratas chillan de alegría mientras yo me digo cómo no van chillar de alegría si estas

canciones son tan hermosas, pero, claro está, ¿en relación a qué chillan mis ratas si cuando yo canto no tengo lengua para modular más que el mismo exacto chillido de mis amigas las ratas?, y sin embargo, aun sin lengua, puedo modular cada palabra con la entonación justa y escuchar mi voz perfectamente, entonces me digo "calma, calma, solo es el mal de la lengua fantasma", aunque qué difícil, qué difícil mantener la calma cuando, por ejemplo, ahora mismo, mientras estoy hablando con vos, puedo escuchar cada una de estas palabras.

A veces vienen algunos pastores a visitarme, algunos pai umbandas también, y hasta sacerdotes y obispos, me preguntan cosas, me piden consejos con respecto a algún problema pastoral o discutimos ciertos temas de teología, angeleología, demonología y esas cosas, y mientras estoy conversando con ellos no dejo de preguntarme cómo puedo estar en este momento hablando, cómo pueden entender lo que digo, si no tengo lengua para hacerlo, ¿acaso son chillidos de ratas?, ¿de verdad aprendí la lengua de la ratas y ahora puedo hablar con ellas y cantarles mis canciones africanas?, ¿y los sacerdotes y los obispos y los pai y los pastores que vienen a escuchar mis consejos, también conocen la lengua de las ratas?, no lo sé, quizás no lo quiera saber, pero cuando se retiran y vuelvo a mi soledad de siempre no puedo dejar de pensar que todo ha sido una farsa.

Mis visitantes hacen como que escuchan mi palabra, pero no escuchan nada, solo se compadecen de mí haciendo que me escuchan cuando en verdad no escuchan nada, porque cuando les hablo de los ángeles y de los demonios y de la feligresía y discuto ciertas cuestiones de la doctrina pastoral, no estoy hablando, no puedo estar hablando.

Solo chillidos, chillidos de ratas, me digo a mí mismo.

Pero ahora estoy hablando y vos mismo podés escucharme, ¿no es maravilloso?, ¿no es, justamente, increíble?, ¿cómo podés escuchar palabras, palabras bien articuladas y definidas si ya no tengo lengua con la que hablar?

Y sin embargo estoy hablando, ¿esto es hablar?, ¿sigue siendo hablar?, no lo sé, tampoco tiene importancia que me contestes, no serviría de nada.

Lo importante es otra cosa, lo importante siempre es otra cosa.

Pero no sé cómo llamarlo, ¿acaso “El mal de la Visión Fantasma”?

Esperé una vida entera para volver a verte y saber si de verdad existías, ¿tuve que quedarme ciego para hacerlo?

Ya he pasado por casi todo: mis brazos fantasmas, mis piernas fantasmas, mi lengua fantasma…

¿Ahora también mis ojos fantasmas?

Sin embargo, estás acá, frente mío, al fin llegaste y puedo ahora verte como si nunca me hubiera quedado ciego, fueron quince años de oscuridad total y ahora, solo ahora puedo ver, ¿ya te conté lo que me fue revelado?; te lo pregunto de nuevo: ¿qué dios no haría real únicamente lo increíble?, ¿qué otra cosa puede considerarse real sino solo lo imposible?

Quince años entre tinieblas y ahora puedo ver a mi hermano, ¿qué otra cosa puede ser esto sino un milagro, el único milagro que en mi condición de dios me otorgué a mí mismo?, podría haberme devuelto mis brazos y mi piernas, podría incluso haberme hecho negro y así tener una vida entre los nuestros, pero no hice nada de eso, guardé todas mis fuerzas, las pocas fuerzas otorgadas a un dios subalterno como yo, solo y únicamente para poder volver a ver, no ver en general, no hay nada que ver que no haya visto, sino solo y únicamente verte a vos, ver a mi hermano gemelo y así poder verme a mí mismo, contemplar cómo hubiese sido si me hubieran dado una vida.

Finalmente lo logré, hice el milagro, vos sos el milagro que me fabriqué para mí mismo, no tengo dudas, ¿sabés?, ahora todo se aclara: ¿conocés la paradoja de los gemelos?, uno de ellos viaja a velocidad de la luz hasta a la galaxia Andrómeda, mientras el otro permanece en la Tierra; a su regreso el primero envejece un año, el segundo en cambio perdió veinte años de su vida esperando; para el primero pasó un año, para el segundo pasaron veinte: ¿cuál de los dos posee la medida exacta del tiempo, el viajero que tarda un año en ir y volver de Andrómeda o el hermano que lo ha esperado durante veinte años?, ¿quién es el que vive el presente?, ¿cuál de los dos es real?

¿Ya hablamos de esto?, ya no recuerdo ni mi nombre, pero ¿quién es el que viajó a Andrómeda?, ¿fuiste vos o soy yo el que se fue y ya no volvió?, ¿quién es el que vive el presente real?, en todo caso, ¿cuánto mide mi vida en vos?, ¿un segundo, dos segundos?

Este instante mínimo en el que me traés de vuelta a tu memoria o aparezco sin avisar como un relámpago en la noche, ahora que cubrieron tu cabeza con una capucha de cuero, mientras te mantienen todavía encerrado en una jaula de vidrio en medio del descampado, a unos cien metros del edificio de la Prisión de Marcos Paz, ¿cuántas décimas de segundo en tu cerebro duran los treinta años de mi viaje hacia vos?, ¿no es mi vida entera la que ocurre en el instante sin tiempo, fuera del tiempo, que media entre una décima de segundo y otra, apenas un refusilo, en el sótano de tu memoria?

Suena, lo escucho yo también, Rammstein y el estruendo agotador de la voz de Till Lindemann, es *Du Hat* la canción, ¿cómo podés seguir soportando todo esto?, ¿no les alcanza con lo que ya te hicieron?, las torturas con la picana, el submarino hundiendo tu cabeza en una olla de agua hirviendo, los simulacros de fusilamiento, los pedazos de carne que arrancaron de tu pecho con aquella tenaza enrojecida por el fuego, y ahora encima la marea de ciento veinte decibeles pretendiendo electrocutar tu cerebro con Rammstein y la voz de Till Lindemann, o ¿es Romeo Santos, su vocecita chillona la que canta *Du Hat* de Rammstein?, o quizás es Till Lindemann pero no es *Du Hat* lo que está cantando sino *El centavito* de Romeo Santos, y entonces, en un caso o el otro, solo querés salvarte, y en la oscuridad que la capucha de cuero en tu cabeza te impone, te aferrás a esa lucecita en la oscuridad y concentrado en ella para no dejar que se apague, la sostenés en el borde de lo que es y no es, y así la mínima lucecita blanca se hace refusilo y del refusilo se forma la esfera resplandeciente y sabés que detrás de los velos lumínicos es el cuerpo amputado, ciego, sin lengua ya, de tu hermano cuántico, tu hermano gemelo, el niño albino que despediste en el desierto, el que todavía brilla, y sin embargo, de nuevo, ¿cuánto dura la visión?, ¿cuánto mide el presente de este refusilo en tu cabeza?, es una nada, lo sé, una nada en la que ya pronto me apago y fundo en la oscuridad.

O acaso sos vos el que ya no soporta la visión de lo que ha quedado de tu hermano y entonces buscás ahora extinguir el resplandor de la esfera luminosa brillando en el fondo de tus ojos y pensás en otra cosa, te escapás, buscás a Emilia y así te perdés, te dejás llevar por la imagen, sus ojos de cielo abierto, su boca de mil demonios, su voz contándote que está embarazada y que su hijo se llamará Yaro Jasir, y así te salvás dejando que la escena se haga y te traiga también la noche en la que Emilia desapareció de la casa-quinta llevándose a Yaro Jasir en su vientre para traicionarte, traicionar tu revolución y delatar tu paradero.

Y si no, si no fue ella la que te traicionó, cómo explicar que a los pocos días de haber huido sin saber dónde, sin una mísera palabra que lo explicara, aparecieran en el cielo de Cañuelas los helicópteros y enseguida, a los pocos minutos, las patrullas y los tanques del Ejército Nacional formando un cordón en derredor de la casa y con ellos, de inmediato, los estruendos de las granadas que explotaron en el parque y el comedor, las ráfagas de las ametralladoras, las corridas, los gritos, el olor a pólvora.

Y desde entonces, dejando atrás ocho compañeros masacrados, el efecto de aceleración del tiempo del mundo por el cual todo se te presenta como siempre yéndose, los miles de kilómetros de ruta escapando hacia ninguna parte, los hoteles de mala muerte, cierto rancho en el fondo de un asentamiento levantado cerca de Azul, una semana en el cementerio cercano a la ciudad de Tandil, y siempre la ruta y el campo en derredor y el horizonte sucio y el nombre de Emilia en tu boca y la esperanza de Yaro Jasir, y todo lo ves como si aún tus manos todavía estuvieran aferradas al volante de ese auto por la misma ruta hacia ninguna parte, una noche cerrada, con las luces de los poblados acercándose desde lejos y las líneas blancas e intermitentes del asfalto pasándole por debajo, y vos, Ikel Bukunin, encontraras en el espejo retrovisor las imágenes no del pasado sino los restos de un estrago, como si el auto que marcha en dirección a ninguna parte funcionara como un umbral de destrucción que sostiene el horizonte intacto pero va dejando atrás diferente versiones de la aniquilación.

Pero ahora que los guardias te quitan la capucha y te sacan de la jaula para que, desnudo y encadenado a tus compañeros del *Frente de las Pasiones Alegres*, camines siguiendo la fila entre los pastizales en dirección a los muros de los pabellones de la prisión, volvés a Miguel Bakunin, reconocés el presente que la maquinaria de la memoria parecía haber borrado, y pensás que acaso tus guardias recobraron sus fuerzas y pretenden ahora retomar el juego de cacería con el que antes se divertían echándote a correr por el desierto para inmediatamente soltar a sus perros y contemplar desde la distancia, con sus binoculares, la elegancia elástica de la carrera de los animales y tu desesperación torpe, hasta que te alcanzaban y saltaban encima, desgarraban tu carne y no se detenían hasta que escuchaban el sonido del silbato y se quedaban quietos, las patas delanteras firmes en la tierra y las orejas paradas, junto a sus presas.

Sin embargo, esta vez, no los echan a correr sino que después de

pasar los muros de los pabellones y alejarse unos tres mil metros de la prisión, los hacen formar en fila frente a la figura del Teniente Coronel Adalberto Aldao y a un pelotón escaso de tres guardias que les apuntan con sus escopetas y entonces sabés que el juego debe remitir otra vez a los falsos fusilamientos con los que tantas veces han llenado tu corazón con la vana esperanza de que un certero disparo en tu cabeza acabara ya con el infierno, aunque, observando el hartazgo general de los guardias y del Teniente Coronel que han perdido la gracia de la crueldad y ya no saben cómo seguir divirtiéndose con sus juguetitos de carne, quizás ha llegado la hora esperada y finalmente te salvaran de vos mismo, disparando contra tu cabeza.

La hipótesis no es vana, ¿para qué los sacaron de la jaula, traspuesto los muros de la prisión y ante la presencia del Teniente Coronel los pusieron en fila frente a un pelotón en medio del desierto, si no es justamente porque ha llegado el momento final?, y entonces, cuando el Teniente Coronel ordena ponerles otra vez las capuchas de cuero negro, ya no dudas, se trata del momento puntual en el que vas a morir, y ya devuelto a la oscuridad no tenés miedo, pensás en tu madre ciega, te encontrás pensando en nuestra madre y te preguntás si desde el momento en que le habían arrancado los ojos con una tenaza al rojo vivo por llevar en su vientre los hijos del enemigo, ella vivió lo mismo que ahora te toca a vos.

¿Sintió miedo Shurika Bukunin cuando sus propios padres le arrancaron los ojos?, y una vez que las terminales nerviosas de su cerebro acabaron de emitir sus últimos destellos, cuando toda ráfaga luminosa fue apagándose en su mente ¿sintió terror de que entonces la mataran o al igual que su hijo le parece que la muerte sería una bendición?

Lo que te resulta indudable es que eso mismo que experimentas, con una capucha de cuero negra en la cabeza y frente a un pelotón de fusilamiento, debe ser lo que nuestra madre vivó desde entonces, aunque en el caso de Shurika, el tiempo de espera no debió reducirse a estos cuatro o cinco minutos en que el Teniente Coronel Adalberto Aldao y sus soldados demoran el instante que apretarán el gatillo de sus escopetas, sino que la espera se habría hecho estancia permanente y así habría vivido los diez años que todavía tenía por delante escapando de la guerra como si su ceguera fuera una capucha de cuero negra y frente suyo, a los costados o a sus espaldas, existiera un constante pelotón de fusilamiento que estuviera apuntando siempre contra su cabeza.

En todo caso, la oscuridad que la capucha negra ha impuesto te devuelve el recuerdo de madre, y a vos te gusta la idea de que en el momento de morir te obsequien la posibilidad de recordarla, ¿sos vos, Ikel, el que trae de vuelta a nuestra madre del agujero del olvido o es madre la que regresa para abrazarte en el momento de tu muerte?

Contemplás las cicatrices de sus córneas y los diez dedos largos y finos de Shurika Bukunin como si la tuvieras en este instante delante tuyo y no dejas de preguntarte por qué cada vez que recordas a madre y su infancia africana, pero también cada instante de tu pasado por más inmediato que fuere, inevitablemente, tu memoria proyecta sus imágenes en blanco y negro, como si el tiempo mismo se redujera al proceso por el que Shurika Bukunin y sus días en África, Hortensia Juarez y las tardes limpiando tu negritud en el río Limbo, el resplandor fugitivo de los hoyuelos en los cachetes de Emilia cada vez que su risa imploraba el vértigo, y aquellos tres compañeros de la escuela que una mañana te sodomizaron en la biblioteca del cuarto piso de la escuela para que vos buscando un papel con el que limpiar la sangre de la hemorragia interna entonces pegoteada en tus nalgas encontraras un libro que hablaba de nuestro padre y del Gran Poema de la Muerte, y todos los rostros y los hombres y las mujeres y la imagen misma de tu hijo, se vuelven grises, se funden en un fondo blanco o se deshacen negros en la oscuridad de la muerte o de la capucha de cuero que cubre tus ojos mientras esperas y esperas lo que no termina de llegar.

Sabés que aquello comenzó cuando todavía no tenías diez años, en el momento mismo en que Hortensia Juarez y el doctor de apellido Palacios te impusieron el tratamiento de pastillas antirretrovirales como el único modo de curarte de la vida, y seguramente estás acostumbrado a recordarlo todo en blanco y negro diluyéndose como una acuarela de tinta china pintada sobre la superficie de un lago, pero ahora que esperás que el Teniente Coronel Adalberto Aldao dé la orden de matarte, vos, Miguel Bakunin, Ikel Bukunin, como último gesto de redención estrujas fuerte los párpados y todo tu ser se concentra en la imagen de nuestra madre pretendiendo darle a tus recuerdos la gracia perdida del color.

Imaginás el verde, el violeta y el anaranjado y le regalás a madre un prado colmado de lirios y tulipanes, imaginás el amarillo y vestís a madre con un vestido acampanado con lunares blancos…

Pensás en un bosque de álamos secos ardiendo en una hoguera y las lenguas de fuego desesperando el cielo y te ves a vos mismo

corriendo hacia las llamas para robarles el color rojo con el que pintás el atardecer hacia donde Shurika avanza…

Y sospechás el color de las ciruelas maduras y colocás en el cuello de nuestra madre una piedra morada que corona su gargantilla plateada…

Y barruntas las aguas limpias del Lago Tunas Grandes donde tantas veces cuando chico pretendías borrar tu negritud y ponés en las córneas vacías de Shurika Bukunin dos enormes ojos azules que ahora te miran desde la distancia cuando termina de atravesar con su vestido a lunares el prado de flores y ya pronto se pierde entre las luces de la tarde.

Y sin embargo, por más concentración mental a la que te destinas no lográs devolverle al pasado los colores perdidos sino tan solo la idea o la sospecha, la intuición en todo caso, de que alguna vez habías sido capaz de recordar a nuestra madre envuelta en una fiesta cromática a la que ni siquiera ahora que vas a morir te es dada.

Por eso entonces, cuando te quitan las esposas y sacan de tu cabeza la capucha de cuero negro y vos, Miguel Bakunin ves, finalmente, frente tuyo, un grupo de soldados que por las vestimentas desgajadas y sus rostros arrasados por el desierto, comprendés, querés saber, que son parte de alguna cuadrilla del Ejército del *Frente de Anarquía Revolucionaria Coronada* encomendada a la tarea de liberarte del cautiverio, no sentís alivio ni emoción alguna sino terror de haberte sido quitada la capucha y ver, ahora, a esos hombres, ese cielo, el desierto en derredor, en blanco y negro como si lo que está sucediendo en el presente de tus retinas, en verdad, ya hubiera ocurrido antes, en un pasado remoto que olvidaste y que por lo tanto, no podés volver a vivir, y sin embargo, al menos no te asombrará cuando así, en blanco y negro, contemples el transcurrir de tus días hasta el final, como si lo que ocurre en tu derredor no ocurriera, sino, en todo caso, ya hubiese siempre ocurrido en un pasado difícil de definir pero tan lejano que ya nada podrías hacer para cambiarlo.

****

IX. EL GRAN HERMANO DEL SANTO PARANOICO

Pablo Majno, Roberto Fernandez Sein o cualquiera fuere, esa noche soñó con Emilia.

Despertó con el gusto de la desesperación en la boca. Todo su cuerpo la llamaba y cada célula gritaba su nombre. Había sido ella la entrada al laberinto y solo en ella se prometía el Afuera.

Emilia vivía en mí, esa mujer imposible era el límite del Virus. Uno u otro, uno y el otro, en todo caso, ya no importaba, solo necesitaba verla y explicarle qué había estado sucediendo desde el principio entre nosotros. Ella había sido el comienzo de todo, ella también era mi final. Ese día la llamé por teléfono. Imaginé, quise creer que si Roby ya no significaba nada en su vida y Pablo Majno se reducía a un simple desconocido, acaso el doctor Claudio Scherer fuera un nuevo comienzo. El hecho de recordar su número era una prueba de que los restos de Roby todavía persistían en los vericuetos de mis células. No me atendió. Decidí enviarle un mensaje, pero entonces me di cuenta que no sabía cómo abordarla, de fondo conocía todo de su vida pero ella ni siquiera había escuchado hablar del doctor Claudio Scherer.

"Mi nombre es Claudio —escribí—. No sé si te importa pero Roby no la está pasando bien, deberíamos hacer algo". Envié el mensaje, enseguida me arrepentí. Pensé en borrarlo pero ella ya lo había visto y esperé lo peor. "¿Y vos quién sos para meterte en mi vida y en la de mi marido?", fue su respuesta. Ni siquiera estaba enterada de que su marido había muerto en mí, pero en el fondo tenía razón. Yo no era nadie como para inmiscuirme en sus cosas. Enseguida escribí lo primero que se me ocurrió: "Soy el amante de Roby. Me preocupa su estado de salud. Quizás podríamos encontrarnos para charlar y ver qué podemos hacer."

Emilia no me respondió. Esperé toda la mañana un nuevo mensaje y nada llegó. Pero insistí y el resto del día me la pasé enviándole nuevos mensajes. La busqué en Facebook. De nuevo la invité a encontrarnos, salir a comer, tomar una copa por ahí. No quería sonar desesperado pero el ansia me ganaba. Su respuesta fue negativa, no pensaba tener la más mínima relación con el amante de su esposo, decía.

Solo el llamado de la secretaria de Scherer ya casi siendo la madrugada del nuevo día, me salvó del furor pasional. Me reprochó no haber respondido sus llamados y haber abandonado la internación en el Hospital. Al parecer habían quedado que ese era su secreto compartido, ella había hecho lo imposible para que ni Carol ni nadie se enterara de que el doctor estaba enfermo ocupando una cama del pabellón, pero él sin importarle los riesgos laborales en que podía haberla metido, se había marchado sin decirle nada.

Fue entonces que comprendí el horizonte de posibilidades que la voz de aquella secretaria dibujaba en el aire mientras me regañaba. De pronto un plan de fuga total refusiló en la noche y entonces vi mi único destino posible, el único camino que me llevaría a Emilia y hacer del desastre una conquista.

Le pedí disculpas por haberme ido, le dije que tenía razón, que la enfermedad había avanzado y ese mismo día volvería a internarme.

Al cortar el llamado, me serví un vaso de whisky, me senté en el sillón y me quedé mirando la calle entre las cortinas de la ventana. La noche era un cementerio de lucecitas que no aceptaban terminar de morir, el horror del amanecer ya pronto lo cubriría todo con un manto de olvido y yo pensaba que el olvido debía ser una conquista solo reservada a los dioses, un modo de sanación que tenía un único nombre. Emilia. Emilia. Emilia. Ya no podía más conmigo mismo, ya no podía con todos aquellos que yo mismo había sido, solo ella era la posibilidad de que me fuera devuelto un suelo, un nombre, un aquí y un ahora que al menos definiera quién era éste que a fuerza de ser muchos se había transformado en cualquiera. Ni Scherer, ni Roby, ni Majno, todos y ninguno, yo iba a encarnar todos los hombres de Emilia.

Salí de la casa mientras Carol y los dos hijos de Scherer seguían durmiendo. Mis pasos seguros me llevaron hacia la avenida más cercana y allí paré un taxi para que me acercara al Hospital de Clínicas. Mi plan de fuga me guiaba: ningún sujeto gramatical, ningún nombre, ni siquiera el de Claudio Scherer, podían ofrecer más a mi vida que la de un pliegue mínimo apenas dibujado en la carrera loca del viento huracanado. Mi vida era la continuidad de ese viaje hacia ninguna parte para volverme nadie y con ello, y solo a través de ello, alcanzar lo que me estaba destinado desde el principio, llegar a Emilia, devolverme a mi Emilia.

Tenía los medios, solo se trataba de mantener el equilibrio un poco más, solo un poco más, en el umbral del nombre y la identidad.

Eran las seis de la mañana cuando entré al pabellón de Terapia Intensiva. Actué rápido, haciendo lo que había ido a buscar. Pedí los

informes médicos de los pacientes y me encerré en la oficina de Scherer. Leí aquello con detenimiento. Sobre el escritorio, a mi derecha iba dejando los informes de los pacientes que no me servían. A mi izquierda resguardé los de los cuatro infectados que presentaban un estado avanzado de desfiguración y sin huellas digitales que permitiera ser identificados. Sin memoria, sin rostro, monstruos descomponiéndose en una carnalidad común, solo les quedaba el número de cama y los documentos personales con los que habían ingresado al hospital.

Solicité la documentación archivada y las pertenencias de los cuatro pacientes en cuestión. Unos minutos más tarde, ya tenía conmigo sus documentos de identidad, tarjetas de crédito, débito, carnets, certificados, tickets, garantías, turnos médicos, tarjetas de presentación.

Entonces supe que el buen dios venía en mi ayuda: entre aquellos informes, encontré los nombres de Norberto Díaz y Martín Azúa. Me parecía recordarlos de alguna parte. Una lucecita se encendió en mi memoria: aquellos dos aparecían registrados en la libreta de trabajo que llevaba Pablo Majno. Al igual que Scherer y Roby, también habían sido sus clientes.

Cité al jefe enfermeros en la oficina, le pregunté por ellos. Me dijo que eran los pacientes de las camas 22 y 28. Le pregunté por familiares o amigos que los hubieran venido a visitar. Dijo que se habían internado por su cuenta y hasta el momento no habían recibido a nadie.

De inmediato ordené que transfirieran a Martín Azúa de la cama número 28 a la habitación particular de cuidados intensivos. Mientras los enfermeros se encargaban del traslado del paciente, me dediqué a cambiar los papeles de ingreso. Tomé la billetera de Scherer y salvo el DNI, saqué todo lo demás y los metí en una bolsa con las pertenencias de Martín Azúa. A su vez tomé los documentos de Martín Azúa, los guardé en la billetera de Scherer y los oculté en el mismo lugar.

Desde ese momento, el paciente de la cama 28, trasladado a la habitación de cuidados intensivos, se llamaría Claudio Scherer y Claudio Scherer estaría a punto de convertirse en Martín Azúa. Yo, entre tanto, sería Nadie.

El jefe de enfermeros no se enteraría del pase de manos con respecto al registro hospitalario, y si identificara el truco ya sería tarde para hacer algo. Solo se trataba de tener un poco de paciencia y esperar el fallecimiento de Martín Azúa.

Cuando aquello ocurriera, el muerto no sería Martín Azúa sino Claudio Scherer, así al menos lo entenderían la secretaria del doctor, Carol, sus hijos, los colegas del Hospital. Por mi parte ya tenía conmigo los documentos de identidad que servirían para lo que

vendría, el de Martín Azúa, el de Norberto Díaz, el de Pablo Majno, y el de los otros dos internados que había seleccionado —Alejandro Freire y Juan Steiner—, y, claro está, el de Claudio Scherer.

Salí del hospital como si hubiera ido a comulgar y regresara en éxtasis. Hacia el mediodía regresé al hotel de Balvanera donde sabía que Roby se había alojado con el nombre de Pablo Majno. El conserje del hotel no me reconoció. Me presenté como un amigo de Pablo Majno, le conté que estaba internado por un problema grave de salud y que necesitaba devolverle sus pertenencias. Terminé pagándole una comisión extra para que me dejaran pasar al cuarto y quedarme algunos días. Allí dentro encontré el Mapa de Virus, la agenda con el nombre y la información de los contactos anotados, las fotos personales, los documentos de identidad y los guardé en el bolso. Luego me dediqué a Emilia. Hice una lista con datos que recordaba sobre su vida. Le envié alrededor de veinte mensajes, cada uno de ellos terminaba siempre con las mismas palabras: "¿Te das cuentas que tenemos que encontrarnos? Ni tu esposo sabe tantas cosas sobre vos. Te juro que vale pena".

Esa noche volvieron los sueños. La siguiente y cada una de las noches de esa semana también.

Martes. Emilia ahogándose en el mar.

Miércoles. Emilia bailando desnuda junto a una hoguera entre los pinos de un bosque.

Jueves. Emilia metida dentro de la rueda de un camión que rodaba por la pendiente de una avenida.

Viernes. Emilia haciendo el amor con diez hombres diferentes que tenían el mismo rostro y ese rostro era el de Claudio Scherer.

Sábado. Emilia viajando en un auto a doscientos noventa kilómetros de velocidad, manejado a control remoto por una entidad extraterrestre a través de una autopista de infinitos carteles que no decían nada.

Cada mañana, al despertar, le mandaba un mensaje o un mail describiéndole detalle por detalle lo que había soñado. Sabía que había sido ella la que los había soñado. O Emilia vivía dentro mío o era yo quien vivía en algún recoveco de su alma.

Después de llamar al Hospital una y otra vez, finalmente, al sexto día de vigilia me informaron que el doctor Scherer había fallecido. Sus restos serían inhumados por la familia en el cementerio de Chacarita. En un momento estuve tentado de compartir con los míos la celebración de mi propio entierro. Desistí de aquello. Les había dado a Carol y a sus dos hijos un cadáver al que llorar. Ya nada les debía, ni siquiera acompañarlos en mi propia despedida.

Esa misma mañana, ocurrió la nueva mutación. Esta vez, lo encontré más alto que Scherer, la nariz un poco más delgada, los labios más finos, el pelo más corto, la tez más blanca. La sensación específica fue la de haber muerto y sin embargo continuar. Claudio Scherer había muerto en mí, ya no lo necesitaba, ya era nada, y sin embargo tampoco me reconocía en el rostro que tenía delante de mí.

Volví a la habitación y me detuve largo rato frente a la imagen reflejada en el vidrio de la ventana. En conjunto lo encontré más apuesto, acaso más elegante que al pobre Scherer. Y sin embargo no me reconocí en aquel que veía. De algún modo supe que ya no había nada a lo que llamar mi cuerpo, sino solo el cuerpo de cualquiera. Ya no estaba ahí, ya no estaba en ninguna parte.

Me tiré en la cama. Pensé entonces que durante toda mi vida había tenido una relación no vivencial con mi cerebro —ninguna relación afectiva, emocional, no ya con mis pensamientos sino con mi propio cerebro. Quise saber que acaso el cerebro no fuese más que una máquina de conexiones que solo funcionara a condición de que el mismo hombre estuviera desconectado del conjunto. Una maquinaria que ponía en relación cada movimiento del cuerpo, cada transformación físico-espiritual, y les diera el estatuto de "lo mío", pero solo en la medida en que el cerebro se diera el lujo de existir sin relación con uno mismo —"sin mí, más allá de mí".

Me puse de pie, subí la persiana, abrí la ventana. Me quedé allí un rato mirando nada y recién entonces se me dio por comprender lo evidente: la imposibilidad de vivir el cerebro, y a la vez no dejar de ser vivido, observado, vigilado, perseguido por la Gran Máquina. La idea de "mi cerebro" me pareció irrisoria. Solo hay un cerebro en mi cráneo, me dije a mí mismo. Alguien o algo dijo en mí que solo había un cerebro en mi cráneo. No lo veo, no lo siento, no lo vivo. Él sí me ve, me siente y me vive. Soy yo el que existe para el cerebro y no mi cerebro para mí. ¿Quieren al Gran hermano del santo paranoico? Se llama Mr. Cerebro y está más cerca de lo que uno cree. Pero entonces supe que lo que sucedía con mi cerebro podía también ocurrir con mis manos, mis piernas, mis ojos, mi rostro. Simplemente se habían desconectado de Scherer, de mí mismo y del carácter propio de tener unas manos, unas piernas, unos ojos, un rostro. Acaso había un cuerpo parado junto a la ventana, a la vista de todos los que pasaban por la vereda de enfrente, pero era algo para los demás no para mí. Mi existencia se había transformado en un gran cerebro, como si en verdad el cerebro que vivía en mí —ese intruso, ese desconocido— me hubiera robado las manos, los brazos, las piernas, mis ojos, me hubiese robado la relación que tenía con ellos para desde entonces vivir como si yo no estuviera allí.

Claudio Scherer no era más que un recuerdo, alguien que había

vivido ese cuerpo-cerebral pero que ya había muerto y en verdad nadie, ni sus manos —esas traidoras—, ni sus piernas o su rostro —esos desagradecidos—, necesitaban de él para seguir andando. Entonces supe que tampoco necesitaban de mí ni de nadie. Y sin embargo, ese mismo era mi plan. Desde la distancia infinita de ya no estar en ninguna parte, transformado ya en un completo Cuerpo-Cerebro-De-Nadie, prendí la computadora, abrí la casilla del mail y escribí: "Hola Emy. Acá estoy de vuelta, esperando que finalmente te dignes a que nos encontremos. Anoche volvimos a soñar juntos. Lo sabés tan bien como yo, no hace falta que me mientas, pero paso a contarte lo que soñaste solo para que me creas y dejes de dar vueltas…"

Un rato después la llamé al celular. Entonces, finalmente, me respondió. Quedamos en encontrarnos en un hotel donde le dije que estaba parando por cuestiones de trabajo. En ese momento, al escuchar su voz, cruzó por mi cabeza como una ráfaga el recuerdo de la primera vez que la había conocido cuando siendo Pablo Majno nos habíamos encontrado con ella y con Roby en un hotel de Olivos. Me gustó la idea de volver a vernos en la misma habitación de aquel entonces. Le di la dirección, le dije que esa tarde la estaría esperando.

Abrí el bolso donde tenía guardados los documentos de identidad. Los puse sobre la cama y me quedé observando las fotos. Comparé unos con otros y cada uno de ellos con mi nuevo rostro. No era ninguno de los que allí aparecían pero tenía cierta semejanza con Alejandro Freire. En el hotel usé el documento de Alejandro Freire para registrarme. Me alojé en la habitación 516 del quinto piso y esperé a Emilia en la pileta climatizada del lugar. Cuando llegó la invité a nadar. Le había conseguido una bikini azul que dejé sobre la reposera. Le quedaba deslumbrante. Después la invité a un bar sobre la avenida Maipú. Tomamos unos tragos y terminamos en un hotel de Puerto Madero. Esa noche no hicimos el amor. Esa noche, todos los hombres que yo era y había sido le hicimos el amor como si ella no fuera solo la mujer llamada Emilia García Ding sino todas las mujeres en una sola mujer. Esa noche descubrí la experiencia de volverme nada en el momento mismo en que encontraba todo. Física, literalmente, todo y nada, la nada y el todo entretejidos en cada una de las células de mi cuerpo, conformando el núcleo de cada uno de mis átomos. Nuestros cuerpos fundidos uno en el otro se licuaban y Emilia era el mar en el que me ahogaba, su vientre la superficie que se me iba mientras desesperado pretendía ascender como si yo mismo, mi esfuerzo por alcanzarla, la empujara cada vez más arriba. De pronto ese universo líquido se llenaba de cardúmenes carnívoros, sus afilados hociquitos ensañados y prendidos a mis huesos, cadáveres de

viejos conocidos arrastrados por las corrientes, y si en esa secuencia los segundos se habían hecho minutos, ¿en qué se transformaron los minutos mientras yo andaba de buceo por el fondo oceánico de mí mismo? Y raro: rodeado de las aguas oscuras, me secaba. Moría secándome entre tanta agua. Un vértigo de caída libre, una vorágine de desfondamiento orgánico sin límite, de nervios cristalizados que han estallados en mil pedazos. Llegado al punto cero, no era más que la meseta plana de mi fondo inorgánico. Comprendí entonces por qué hay que cuidarnos tanto de los bichos que nos constituyen. Hay que cuidarnos porque llegado al punto cero los bichos nos salen por los agujeros y es como salirse de uno mismo a través de sí mismo, como dar vuelta una media y pasar enteritos por el agujero de nuestro ano y quedar igual que antes pero dados vueltas —la piel plegada como un bollito en el interior; los órganos colgándonos hacia fuera—. Salen los bichos del fondo del desierto orgánico, desesperados parecen no reconocerse. Enceguecidos por una luz nueva solo saben hacerse la guerra y comerse entre ellos sobre la superficie de nuestros cuerpos. Los bichos caníbales somos nosotros mismos, rotos y dispersos en esas pequeñísimas vidas guerreras y entonces el efecto es que es uno mismo el que se come a sí mismo por todas partes.

Emilia: la cara contra el colchón, la cola levantada, persistía junto a mí. Pero yo no estaba en ningún lado. Solo quedaban los restos de una desorganización orgánica y la sensación de larvas que habían conquistado la superficie a fuerza de cavar agujeros en la carne. Me había comido a mí mismo, todos los bichos microscópicos que yo mismo era se habían comido entre sí para no dejar sino colgajos gelatinosos que se desprendían de mi cara.

Me asusté, dejé a Emilia con su trance de borrachita incontinente que ha bebido ese trago extra que no debía haber bebido, fui hacia el baño y entonces encontré al monstruo. Mi cara desfigurada, las larvas habían devenido en gusanos fundidos en una masa móvil, burbujas viscosas explotaban en chorros de sangre oscura y pequeñísimas pelotitas de pus se desplazaban en ráfagas hasta coagularse en un flujo amarillento como de sopa espesa o caldo ya pútrido.

Aquello duró solo unos segundos. La fase larvaria devino en un proceso de espesamiento en el que los bichos carnívoros parecían fusionarse y volverse indistinguibles. Un rostro se dibujaba sobre los tejidos y los huesos. No podía esperar a completar el desarrollo. Tenía que escapar de allí antes de que Emilia despertara de su sopor. Solo me di el tiempo necesario como para dejarle una nota junto a la almohada. Me disculpé por tener que marcharme y le pedí remediarlo encontrándonos dos días después en un bar de Córdoba y Maipú. Terminé de vestirme y salí de la habitación con una campera tapándome la cara. En el espejo del ascensor, volví a descubrirla. La

reconocí de inmediato. Aquel rostro era el de Norberto Díaz, uno de los clientes de Pablo Majno que había terminado internado en el Pabellón de Terapia Intensiva que dirigía Scherer. Los desplazamientos del virus ahora me lo traían desde el fondo del infierno para encarnarlo como lo más propio.

Saqué los documentos de identidad que llevaba en el pantalón solo para corroborar lo que ya sabía: yo era Norberto Díaz. Salí del hotel como si hubiera estado dando vueltas durante cuarenta años en una nave espacial alrededor del planeta y recién entonces pisara tierra firme. Los aires de un nuevo tiempo traían para mí el olor a plástico quemado, radiación nuclear y las neuronas saturadas de mi conquista. Supe entonces que mi tarea era la de todo poder instituyente: borrar las huellas de la usurpación, acordar darnos el nuevo Leviatán, levantar el Palacio Imperial con los cadáveres de la guerra y grabar con clavos calientes sobre cada cráneo y cada fémur y cada tibia y peroné el nombre del Comandante Supremo: Nadie, el conquistador del imperio; Virus Inmunosupresor de Humanos, el nombre del Emperador.

Fue entonces que vi por primera vez al que luego conocería como Axel Santana. Estatura promedio, pelo castaño, pantalón de jean achupinados, zapatillas deportivas y una remera negra con una inscripción en letras blancas que decía “remera negra”, me llamó la atención porque parado enfrente del hotel parecía haberme estado esperando. Apenas me dirigí hacia la esquina, lo vi de reojo seguir mis pasos, y luego caminando por las calles del bajo, me di vuelta dos o tres veces para corroborar que aquella sombra continuaba atrás mío y volví a encontrarlo en la vereda de enfrente.

Pensé que mi plan de desaparición general había fallado, seguramente aquel hombre que me seguía debía trabajar para la policía o los Servicios de Inteligencia, acaso el recepcionista del hotel había descubierto el cambio de identidad a la hora de registrarme y ahora tenía aquel desconocido tras mis pasos. Pero si me estaban siguiendo ¿a quién seguían? Había entrado al hotel como Alejandro Freire y había salido como Norberto Díaz. Nadie debía haber notado ni sospechado que se trataba de la misma persona, salvo que ya estuvieran enterados. La paranoia aceleraba mi marcha y sin darme cuenta ya estaba corriendo. En la avenida Belgrano, tomé el primer taxi que encontré. Me bajé en cualquier parte con el único fin de perder a quien estuviera persiguiéndome.

Ya en un hotel de San Telmo, pensé que si estaba completamente entregado al furor de una renuncia tan enorme y modesta como enorme y modesta puede ser la identidad de un hombre, en nada

debía preocuparme que alguien me hubiera descubierto. Pero si fuera tan fácil…, dios mío, si fuera tan fácil me iría a cosechar verdurita orgánica a El Bolsón y lucharía por los derechos de los cyborgs mapuches de los ejércitos de las *FARC* para devolvernos nuestro futuro vengador: una nueva edad media precolombina, en todo caso, la edad media que nunca tuvimos.

¿Qué me podía importar que me descubrieran cuando estaba entregado al goce psicótico de una aniquilación que excedía lo que yo decidiera? El problema lo tenía conmigo mismo, era yo el que me perseguía a mí mismo. ¿Yo? A esta altura no sé qué significa yo. Tras las montañas post apocalípticas deberíamos ya habernos dado las leyes que prohibieran el uso del término "yo", cambiarlo por otra palabrita, cualquier otra, alguna bien difícil de pronunciar con la esperanza de un tiempo en que nadie recuerde su traducción original: siastrlemojniklovntexy o prstivolzxkanya, por ejemplo, pero detrás de las montañas post apocalípticas, entre las ruinas del futuro, en el valle de los animales gozosos, ¿qué puede importarnos los nombres? No tenía nombre pero al menos tenía a Emilia y lo único que entonces importaba era conseguir mi parte, mi refugio, mi cueva, el pozo donde pasar la noche en el desierto.

Desde nuestro encuentro en el hotel de Puerto Madero y mi huida desesperada, hasta el último minuto anterior a reencontrarme con ella, el miedo a que me rechazara era un carozo del tamaño de un melón que se me había incrustado en la garganta. ¿Cómo debía actuar?, ¿debía contarle lo que me pasaba?, ¿pero por dónde tenía que empezar, desde nuestro primer encuentro cuando mi nombre era Pablo Majno y ella me había contratado como un chongo fácil para entreverarnos con su marido?, ¿confesarle mi experiencia larvaria anidando desde entonces en el fondo neuronal de Roberto Fernandez Sein?, ¿y aun cuando me viera bajo los vestidos carnales de Norberto Díaz, declarar bajo juramento que yo era y no era, seguía siendo y ya no, que había sido pero nunca del todo, Claudio Scherer?, pero incluso, ¿estaba obligado a compartir con ella mis dudas acerca del Virus, no dar más vueltas y de una sola estocada hacerla partícipe de lo que se jugaba en la pregunta de si yo mismo, habiendo perdido toda condición humana, no era enteramente el Virus desplazándose por las rutas sanguíneas y los flujos espermáticos que conectaban un organismo con otro, arrastrando consigo memorias, sueños y pasiones, hacia la estación final de una muerte común que hacía posible la comunidad desolada en la que ella misma participaba?

Cuando llegó el día, apenas la vi, fue ella la que me dio todas las respuestas, tanto me había devanado en preguntas sin sentido que no había tomado en cuenta el camino más simple, es decir, eliminar toda pregunta, actuar como si nada ocurriera y que fuera ella la que

decidiera qué hacer conmigo. Me senté frente suyo como si fuera el mismo hombre con el que había hecho el amor hacía dos días atrás y nos conociéramos de toda la vida. Ni siquiera la dejé hablar, me disculpé por haberla dejada sola la noche anterior en el hotel de Puerto Madero, pero tenía que terminar algunas cuestiones del trabajo. Le dije que estaba hermosa y que el vestido que había elegido la hacía resplandecer. Acaso el temor a que reaccionara rechazándome, me empujaba al desborde parlante y a caer en el monólogo obsesivo pero debía sostenerme en la palabra y mostrarle sin decirlo que seguía siendo el mismo, y entonces hablé de nuestro encuentro anterior y enumeré detalles de la pileta del hotel, lo bien que le había quedado la bikini azul, el trago que nos habíamos tomado en el bar de la avenida Maipú, la comida del restaurante e insinué algunas cosas sobre la noche de sexo que nos habíamos dado en el hotel de Puerto Madero.

Mientras tanto ella no dejaba de mirar mis ojos antes negros y ahora verdes, mi piel antes tersa y ahora surcada por dos líneas que potenciaban mis facciones, mis labios antes discretos y ahora jugosos, mi pelo negro ahora canoso. El monólogo encontró su propia cola para empezar a comerse a sí mismo en el desvarío cruel de ya no saber cómo seguir, qué más pistas darle para que comprendiera todo lo que tenía para decirle y a pesar del despilfarro inútil de las mil palabras que amontonaba sobre la mesa no estaba diciendo. Desde entonces fue ella la que me puso a prueba, pero eso mismo significaba que Emilia había entrado al juego, al menos sus preguntas eran el modo que había encontrado de transformar su seguro estupor ante un desconocido que se la pasaba hablando de lo que habían hecho dos noches atrás en la ilusión de que le sea revelada, detrás del ovillo de células, tejidos y membranas de aquel extraño, la persona de Claudio.

Me preguntó por mi relación con Roby, desde hacía cuanto lo conocía, dónde nos habíamos conocido, si no tenía temor de que Roby tomara a mal nuestros encuentros —y yo, que entre tantos otros también había sido Roby, no podía sino reírme por dentro—. Hice gala entonces de un pormenorizado informe y, desde luego, Emilia quedó asombrada de que conociera más cosas de su marido que ella misma. Al terminar el café y el cuestionario, la invité a pasar la noche en una cabaña que un amigo —le mentí— tenía en una isla del Delta.

Tardamos una hora en llegar al embarcadero y luego media hora en la lancha que cortaba el vestido marrón de las aguas, se metía por riachos que apenas eran recovecos que la maleza permitía, salía a un brazo más ancho del río y finalmente nos abandonaba en medio de aquella nada llena de mosquitos, barro y pastizales que hacía difícil imaginar que detrás de esas ruinas de la naturaleza se encontrara alguna obra humana. Así, como niñitos que jugaban a exploradores

furtivos que a poco de avanzar ya estaban preguntando por qué habían aceptado la misión y cuánto faltaba para volver al hogar, caminamos unos mil metros haciéndonos lugar en la maraña de una jungla empobrecida hasta que encontramos la maldita cabaña.

Llovió todo el día. Nos hicimos el amor como si de ello dependieran nuestras vidas, como si la naturaleza oscura que nos rodeaba fuera un ente alienígena que hubiera sentenciado el ultimátum y con la punta de su arma de rayos desintegradores nos exigiera mostrarle cómo el ser humano había aprendido a salvarse del hastío infinito de la nada universal haciendo el amor. Y entre tanto, la serpiente tritón del cuestionamiento daba vueltas en derredor de mi pecho, se apretaba contra mi garganta y con su lengua bífida me lamía la cara: ¿cuál era el juego de Emilia? ¿Se había convencido tan fácil de que el hombre con el que había aceptado encerrarse en aquella cabaña de fin del mundo para gastar su tiempo, aunque fuera el último, haciéndole el amor, era el mismo con el que había conocido dos días atrás?, ¿no le importaba, no tenía nada más que preguntar y entonces todo lo reducía al simple desvarío de la memoria y la falsa percepción? O bien, acaso estaba completamente convencida de que se trataba de una farsa y que el hombre que entonces yo era y el otro que había conocido en la pileta del Olivos eran dos personas diferentes confabulados y dispuestos a hacerla pasar por idiota actuando como si fueran el mismo. ¿No estaba entonces, ella misma, armando su propia trampa, con toda su parafernalia de sexo destemplado con el único fin de correr los velos y desnudar la farsa? ¿O bien, acaso ella misma tenía contacto directo con las intermitencias espirituales del Virus y sabía más sobre mí de lo que yo mismo sabía?, ¿había recorrido ella también las series infinitas de los desplazamientos del Virus siguiendo sus pasos etéreos para no dejar atrás más que un campo de soldaditos mutilados que aún rogaban en el borde de la muerte que se acabara la guerra librada en sus propias entrañas?

Durmió un rato, al despertar dijo haber soñado estar montada sobre el lomo de un pez enorme que rompía las olas dando saltos llevándola hacia altamar.

¿Conocés de verdad a alguien?, le pregunté mientras revolvía para ella un café caliente junto a la ventana mirando la lluvia caer sobre el río.

Todavía de espaldas a mí, dijo que los peces eran los animales que más le gustaban. ¿Conocés de verdad a alguien?, insistí, ¿pasaste de verdad mucho tiempo en soledad? ¿Ahora, por ejemplo, no te sentís sola? ¿Cuántas voces suenan en vos cuando te sentís así? Me preguntó cómo lo hacía, cómo era posible que pudiera adivinar sus sueños. Mentí mencionado ejercicios espirituales, escapé de la

cuestión diciendo que los sueños eran entidades viajeras, animales etéreos que se movían empujados por la resonancia de una persona sobre otra. Me preguntó qué significaba eso. Las cosas tienden a estar ahí y después dejan de estar.

¿Hay algo que te importe de verdad, algo que te haya importado alguna vez?

Vos me importas.

Es como si eso fuera todo, ¿verdad?

¿Qué cosa?

Las palabras, el pensamiento, los nombres, cada uno de tus recuerdos, tu cuerpo, lo que tu cuerpo puede darte, todo quiere quedarse y sin embargo siempre se están yendo, es como si eso fuera todo, ¿no?

Quedamos en volvernos a ver el viernes de esa semana en el mismo bar donde nos habíamos encontrado antes. Volví al hotel de San Telmo con el cansancio de mil noches en los ojos de una vaca contemplando un horizonte de pastos, piedras y más pastos.

¿Sabía lo que estaba por venir, la transformación física y espiritual de dejar de ser para ser otro a pesar de querer quedarme?, dios mío, ¿qué es lo que queda cuando por mandato de una ley sin ley que la explique, todo, y cuando digo "todo" estoy diciendo todo, se va, se fuga, se hace nada?, ¿importa en algo pretender quedarme?, ¿o eso mismo, el hecho de haberlo querido, es lo que queda cuando todo se va?

Arrojado en la cama de la habitación pronto descubrí las velocidades infinitas por las que los segundos se hicieron minutos y los minutos días, y de pronto ya no había nada en derredor sino lisa y llanamente el vértigo orgánico de mi caída libre. Cayeron sobre las sábanas colgajos de mi carne y la carne volvió a deshacerse en larvas que se dispersaron por los rincones llevando consigo pedacitos de mí mismo y mientras tanto la sensación exacta fue la de haberme arrojado desde el décimo piso de un edificio contra el asfalto duro de la calle, al menos, guardo todavía la sensación clara de flotación, la lentitud de mi cuerpo acunado por el aire mientras alrededor el paisaje se diluía en la velocidad de mi caída. Supe que mi vida siempre dependió de una cuestión de velocidades y lentitudes. Y nunca se trató en mantener ningún equilibrio sino de habitar el desfasaje. Cuanto más lento nuestro cuerpo, más rápida la velocidad del mundo; cuanto más desesperada nuestra existencia, más cruel el deseo de inmovilidad de las cosas, —al fin y al cabo, el equilibrio entre velocidad y lentitud solo la da la dureza de la muerte: el golpe seco de nuestra cabeza contra el asfalto, ¿había traspasado el umbral?,

no lo sé, pero desde entonces no me puedo sacar de encima la sensación definitiva de haber muerto, la certeza de haber pasado por el trance de ser arrojado desde un décimo piso en caída libre para llevar conmigo los restos de masa encefálica amontonados en mi cabeza y entonces despertar, y, desde luego, encontrar que el monstruo era otro.

Más alto que Norberto Díaz, también más flaco y estilizado. Los surcos que horadaban mi frente en dos líneas paralelas entre las cejas y el pelo, habían desaparecido, del mismo modo que las prominentes raicillas a los costados de los ojos. Debía tener acaso unos diez años menos que el otro. Mis ojos antes verdes ahora se deslucían en pinceladas marrones, mientras que el pelo cobraba el ímpetu de la maleza y se amontonaba en crenchas negras y puntiagudas. Ni siquiera me importó quién era ese extraño que el espejo me devolvía. Tener un nombre ya ni siquiera era una expectativa. Miré mis manos de felpa enmugrecida y supe que todo se había acelerado en un vértigo que ya no podía manejar.

En esa vorágine solo pensaba en Emilia, pensaba, ¿no?, que ya nada podía importarme volver a perderme, lo insoportable era perderla a ella. No salí de mi habitación sino hasta que dieron las campanadas de nuestra cita y como si llevara oculto bajo mi saco la bomba de carne que al estallar se llevaría consigo la ciudad entera me presenté al bar donde habíamos quedado.

Apenas puse un pie en la vereda, Axel Santana volvió a aparecer. No tenía dudas de que se trataba del mismo hombre que me había seguido por las calles del bajo unos días atrás. Vestido estaba vez con una remera blanca que llevaba en letras negras la inscripción “remera blanca”, me estaba esperando en la esquina del hotel, junto al puesto de diario y la parada de taxis, revisando su celular. Sentí en mis piernas el impulso de volver sobre mis pasos hacia el hotel, pero aquello de nada hubiera servido. Crucé la calle en dirección a la esquina opuesta y los pasos de Axel Santana vinieron tras los míos.

La idea de encontrarme con Emilia pronto se fue deshaciendo ante la tarea de perder a mi perseguidor. Todavía me preguntaba si trabajaba para los Servicios de Inteligencia o solo era un simple policía destinado a una tarea que debía excederlo. Con el paso rápido y el corazón acelerando sus golpes contra mis costillas, apenas llegué a la esquina, giré hacia la derecha y me metí en el baño de un bar, creyendo con eso al menos desorientarlo. Frente al espejo del baño, quise creer que solo estaba actuando como un desbocado. Aquel desconocido me había identificado bajo las facciones de Alejandro Freire en el hotel de Puerto Madero y luego al salir de allí me había visto con el rostro de Norberto Díaz, pero no podía saber de mi nueva identidad. La leche de la paranoia es dulce pero ya siempre está en

descomposición, pensé para mí mismo, creyendo que era yo el que estaba inventando fantasmas donde los había. Sin embargo, al salir del bar, Axel Santana seguía allí, de nuevo esperándome en la esquina. Quise aferrarme a la posibilidad de una mera coincidencia pero al rato, después de dar una vuelta a la manzana y luego trazar con mi caminata un mapa que se semejaba a un garabato trazado en horas de aburrimiento, no tenía dudas de que aquel hombre había venido por mí y sabía de la última metamorfosis que había sufrido. Subí a un taxi, al rato bajé en la avenida Rivadavia, tomé el subte de la línea B, me perdí entre el ganado e hice transbordo con la línea C para salir a la superficie en la estación de Constitución. Recién entonces, cuando creí haberme liberado de mi perro de caza, le envié un mensaje a Emilia: "Perdoname, Emi. Habíamos quedado en vernos, pero no llego, ¿podemos encontrarnos a la noche? Te voy a estar esperando en el bar de la esquina de Defensa y México a las 20 hs. Dame otra chance, ¿sí?".

Me metí en un cine solo para hacer tiempo, siempre atento a si Axel Santana se encontraba acechando por alguna parte. Sobre la hora, fui al bar donde la había citado.

El lugar estaba lleno de gente, avancé abriéndome paso entre unos y otros con el temor constante de que mi perseguidor se encontrara en alguna parte. Emilia, sentada en un taburete ya se había pedido un chopp de cerveza negra. Me senté a su lado. Pedí también una cerveza negra para acompañarla. Ella no sabía de mi última transformación, por lo que todavía debía estar esperando a Norberto Díaz. Ni siquiera había decidido cómo abordarla, pero un mantra resonaba en mis oídos: "es la hora, es el momento, hay que decirle quién sos". Sin embargo, para mi sorpresa fue ella la que entonces dijo: "Me podrías saludar al menos, no hace falta que te hagas el tonto, Martín, no actúes como si no me conocieras".

Enseguida comprendí que me había confundido con el tipo que yo mismo encarnaba. Al parecer, por lo que ella misma me decía, había tenido una relación amorosa durante algunos meses y no habían terminado del todo bien. Durante dos o tres minutos escuché sus reclamos sin ofrecer más respuesta que mi desconcierto. Me dio un beso en la mejilla y se fue en dirección al baño. La situación me había pasado por encima, actué como un chico al que lo retan por alguna tontería y asiente porque sí nomás, porque es parte del juego, pero con ello la había dejado ir.

Terminé mi cerveza de un trago y de inmediato comprendí que esa noche la suerte jugaba a mi favor. Emilia se había olvidado la cartera en el respaldo del taburete, lo que significaba que volvería. Al rato, salió del baño, se empeñó en no mirar hacia donde yo estaba.

Movió su cabeza como si estuviera buscando a alguien en el bar. Ese alguien, claro está, era Norberto Díaz, pero Norberto Díaz ya no iba a regresar.

Me puse a hacerle señas con los brazos en alto apretando su cartera en mi mano. La vi venir con el ánimo de quien ya no tenía ganas de seguir perdiendo el tiempo, tomó la punta de la cartera y se dio vuelta sin decirme nada. Mi mano derecha se aferró a la correa como si fuera la soga que empedernidos rescatistas arrojaron al fondo del pozo de mí mismo prometiendo devolverme a alguna superficie. Con mi mano izquierda la tomé del brazo y la empujé hacia mi pecho. Vi su brazo extenderse hacia un lado con el codo como vértice de un ángulo de noventa grados, como si su mano empuñara una raqueta de tenis que invisible conectara con la pelota de mi cara y ella se dispusiera para el drive de un impecable winner que resolviera el match point a su favor.

"Que feo que todavía no te des cuenta quién soy", me salió decir mientras mi mano sujetaba a tiempo el brazo impetuoso que tendía hacia mi rostro.

Sentí su cuerpo relajarse, la fuerza que sostenía la tensión de su osamenta apagarse. "No me mires así. Te muestro lo que soy, si no me importaras no lo haría, pero soy esto y me arriesgo a que lo veas y decidas qué hacer" —agregué sin dar más vueltas.

Me respondió que no sabía con quién estaba hablando. "¿Hace falta que te lo diga?", murmuré como si suspirara y con ello encontrara el alivio de ya no sentir el pecho estrangulándome los pulmones.

Después de vivir algunos meses en el departamento de Emilia subidos a una montaña rusa anímica siempre a punto de descarrilar, jugando a perdernos y encontrarnos solo para volver a perdernos, finalmente, conocí a Axel Santana.

Durante todo ese tiempo había estado merodeando nuestras vidas, siempre al acecho, dejándose ver en cada esquina, enviando mensajes anónimos o apareciendo y despareciendo como un fantasma obsesivo cada vez que ponía un pie en la calle, incluso fue el Factor Santana el que, ante el temor de involucrar a Emilia en algo que a mí mismo se me escapaba, prefería escabullirme de la vida en pareja y dedicarme a perder a mi perseguidor durmiendo en diferentes hoteles de la ciudad, y solo cuando estaba seguro de que lo había perdido regresaba a verla.

Esta vez, había dejado por debajo de la puerta del departamento, una nota en la que se presentaba como amigo de Pablo Majno y me exhortaba a encontrarnos. "Sé quién sos, sé todos los que fuiste, te conviene darte un tiempo para hablar conmigo", decía la nota.

Nos encontramos en un bar de Almagro. Me sorprendió que me reconociera bajo el velo carnal de un rostro que a esa altura ya era el de nadie. Se sentó delante de mí, sin necesidad de preguntar nada, pidió un whisky y un platito de papas fritas y mientras se atiborraba con una papa tras otra llevándose con cada trago de whisky la aspereza y el gusto de la sal en la lengua hacia el fondo del estómago, dijo que yo me había quedado con algunas cosas que le pertenecían y pretendía que le fueran devueltas. "¿Qué cosas?", le pregunté, y entonces Axel Santana habló de un mapa.

—¿Un mapa? —pregunté.

—Sí, un mapa, un mapa físico político de la Argentina, de unos tres metros de largo y un metro de ancho. Sé que lo tenés vos, como también tenés todas las cosas de Pablo Majno.

—¿Para eso me estuviste siguiendo durante todo este tiempo?, ¿por un mapa?

—No me hagas reír, ¿sabés?, con el mapa recién estamos comenzando. Tengo entendido que también tenés los documentos de Pablo Majno, los documentos y una agenda con nombres, teléfonos y direcciones. También quiero la agenda. Pero además, según mis cálculos, tenés los documentos de al menos otras cinco o seis personas más, entre ellas, las tarjetas de débito de Norberto Díaz y quizás la de Roberto Fernandez Sein, y acaso también te hayas quedado con los fondos bancarios de Claudio Scherer. En fin, entre uno y otro, debes haber sumado una buena cifra, al menos, una cantidad de plata suficiente como para no estar preocupándote por más nada.

—¿Y entonces qué es lo que me estás pidiendo?

—No es mucho, con dos millones de pesos me alcanza. Dos millones de pesos al contado, el mapa y la agenda de Pablo Majno, más los documentos y tarjetas de todos los otros... Debes estar preguntándote para qué hacerme caso si ni siquiera sabés para quién trabajo. Uf, qué difícil, digamos que soy autónomo, vendo la información que voy recogiendo al que mejor me paga y siempre el que mejor paga es el Estado. Desde la declaración de la epidemia infectológica y la situación de guerra con todos esos dementes de las FARC y sus batallones de sidosos, el mercado de la información está en alza constante, todos quieren saber, todos quieren un nombre y yo tengo mil nombres para darles. Queres llamarme topo, seré un topo de los Servicios, a mí me gustan más las serpientes. Es un tema de superficies, me gustan las ondulaciones del terreno, la línea de la meseta. Un topo no, los topos buscan profundidades que a mí me son negadas. Siempre es mejor el aire fresco a la luz del sol, nada de estar escarbando agujeros oscuros. ¿Entendes entonces lo que vale la agenda de Pablo con todos esos nombres y direcciones?, ¿y el Mapa?, ¿sabés cómo lo llamaba? Le gustaba llamarlo el Mapa del Virus. Los

Servicios de Inteligencia podrían pagar una buena suma por todos los nombres que aparecen allí.

—¿Por qué voy a tener que darte lo me pedís?

—En principio, porque a los Servicios de Inteligencia les encantaría tener una entrevista con vos, y la verdad es que no creo que puedas responder a todo lo que te pregunten, acaso ni siquiera puedas decirle cuál es tu nombre, ¿te llamas Claudio Scherer todavía o ya asumiste que el nombre no importa?, debe ser fascinante vivir lo que te pasa, ¿no?, ser uno y a la vez otro y otro y otro más, ser cualquiera y ser nadie. Ahora mismo podés ser Pablo Majno, ¿lo seguís siendo o acaso ya lo mataste?

—No sé de qué estás hablando —dije pretendiendo ocultar lo que ya era evidente.

—Al principio estaba confundido, ¿sabés? Pablo estaba mal, sus conocidos esperábamos lo peor. Cuando fui a visitarlo al hospital y me dijeron que había muerto se me ocurrió ir al hotel donde vivía a recoger sus cosas, entre ellas el mapa y la agenda que te quedaste, pero entonces resultó que Pablo Majno no había muerto, al menos el conserje del lugar dijo que lo veía todos los días entrar y salir de aquella pocilga. Ahí empezó todo. Pablo Majno había muerto y sin embargo seguía vivo. O habían mentido su muerte o alguien se estaba haciendo pasar por Pablo Majno. Merodeé una y otra vez la puerta del hotel, y así descubrí que Roberto Fernandez Sein había asumido su vida. Roby me llevó a Scherer y Scherer me llevó a todos los demás. No hace falta preguntarte quién de todos esos sos, seguramente ni siquiera vos los sepas. Tampoco te voy a preguntar cómo lo logras. Me alcanza con intuir la respuesta. A los servicios de Inteligencia les va a encantar saber de qué se tratan las mutaciones del Virus.

—¿Por qué debería importarme?

—Ah, sí, sí, ¿por qué iría a importarte?, al fin y al cabo moriste tantas veces que entregarte a los Servicios de Inteligencia acaso no signifique más que un modo de salvarte de vos mismo.

—¿Y entonces?

—Entonces capaz que te importa saber qué podría ocurrirle a esa chica que vive con vos. ¿Cómo se llama? ¿Emilia, no?

—No te importa.

—Emilia García Ding, sí. Es la chica que estuvo en pareja con Miguel Bakunin, ¿no es cierto? Quizás ella sepa cuál es el paradero del fundador de los batallones de sidosos y líder del *Frente de las Pasiones Alegres*. Hace años que lo están buscando y acaso Emilia García Ding pueda decirles dónde está. ¿Es ella el nexo entre Miguel Bakunin y las FARC?

—Estás delirando…

—En lo personal, no me interesa pero seguramente a los Servicios

les gustaría preguntarle. En fin, yo que vos tomaría nota, el Mapa del Virus y la agenda de Pablo Majno, los documentos y las tarjetas que te apropiaste, dos millones de pesos al contado, eso es todo, traémelos envueltos y ponelos dentro del bolso de Pablo.

—Estás loco si esperas que haga todo eso.

—Meditalo un poco si queres, pero te doy tres días para que te pasees por los bancos y retires los fondos de Norberto Díaz y los demás. Te voy a mandar un mensajito para indicarte dónde nos vemos la próxima.

Hice todo lo que me pidió, no tenía más opción. En el City Bank retiré los fondos de Norberto Díaz y en Deutche Bank algunas reservas que tenía Martín Azúa. Al dinero retirado, le sumé algunos ahorros que me habían quedado de Claudio Scherer. Así, en el plazo de tres días, conseguí la cifra de dos millones de pesos al contado. Axel Santana tenía razón, sin nombre propio, sin rostro, siendo nadie y cualquiera, por mi parte no tenía nada que perder, sin embargo, era a Emilia a la que tenía que salvar. Eso era lo que le estaba comprando a Axel Santana, el silencio que a Emilia mantuviera a resguardo.

Si quería alguna prueba de que el peligro era certero, el día que me citó para entregarle el bolso con los documentos, el mapa y los dos millones de pesos, encontré al mismo Axel Santana en compañía de Emilia.

Se trataba de un bar de San Telmo, estaban sentados en una de las mesas del parque trasero, Axel Santana de frente, Emilia de espaldas a mí. Durante meses me había mantenido alejado para protegerla y ella nunca había comprendido que esa distancia era un modo de cuidarla, pero ahora la encontraba en aquel bar sentada con el hombre que amenazaba entregarnos atados de pies y manos a los Servicios de Salud Pública, como si fueran dos amantes que ocultaran su secreto y supe que ya la había perdido para siempre.

Me quedé en la barra, apoyado en un taburete, intentando descifrar lo que el otro pretendía mientras me tomaba una cerveza negra. Los vi riéndose, como si ella no estuviera enterada de lo que estaba pasando y él aprovechara la situación para mostrar sus capacidades actorales en el teatro del cinismo.

En un momento sacó una cámara fotográfica de un bolso azul muy parecido al que colgaba de mi hombro con el botín que debía entregar. Corrió la silla y la puso al lado de la de Emilia. Con el dedo índice de la mano derecha iba pasando las fotos de la cámara y le explicaba vaya uno a saber qué cosas. ¿Ignoraba Emilia quién era el tipo con el que estaba flirteando, o lo sabía todo desde el principio y había sido parte de la trampa que Axel Santana había montado sobre mí?

Se levantó de la silla y se encaminó hacia el baño. Esa era, acaso, mi última oportunidad. Me paré detrás suyo, frente al espejo, mientras ella se lavaba la cara. Le dije que si en los últimos tiempos me había mantenido alejado era porque me estaban persiguiendo.

Se incorporó, giró sobre sí misma y entonces le dije que la había querido cuidar pero no había comprendido que con ello la estaba perdiendo, ahora era el momento de huir juntos, fugarnos a donde fuere pero juntos. Ella no parecía dispuesta a escucharme, en todo caso, no terminaba de comprender, ni yo de explicar, lo que se ponía en juego en mis palabras.

Dijo que necesitaba estar sola, empezar una nueva vida. Nombré entonces a Axel Santana, le dije que no tenía idea de quién era ese tipo, pero no me dejó avanzar, me pidió que me callara, que dejara de perseguirla con mis historias, que no quería saber más nada conmigo.

Di un paso hacia ella, quise tomarla de un brazo buscando que me escuchara al menos un mínimo instante para decirle quién era Axel Santana, qué cosas pretendía de nosotros, pero entonces Emilia empujó mi brazo y se escabulló hacia el salón. Salí detrás de ella, la vi caminar hacia la mesa de Axel Santana, tomar su bolso, cambiar algunas palabras y despedirse. Pasó por delante de mí, con el paso apurado, casi corriendo, sin desviar su mirada de la puerta de salida.

Entonces todo ocurrió como si el tiempo se acelerara empujado por un vendaval ante el que ya nada podía hacer. Axel Santana me hizo señas para que me acercara a su mesa. Recién entonces percibí a dos tipos parados delante de mí. Me siguieron hasta la mesa. Santana me señaló la silla. Me pidió el bolso. Se lo di. Revisó el interior, se contentó con solo ver los fajos del dinero envueltos en papel film, los documentos atados con una gomita, el Mapa del Virus doblado en un costado.

Le dije que ya no tenía nada más para darle, solo esperaba que desde entonces se olvidara de mi existencia. Santana no respondió nada, se levantó de la silla y me sonrió. Dio unos pasos alejándose y cuando pretendí darme vuelta o levantarme buscando alguna explicación, los dos tipos que se habían apostado delante de mí posaron sus manos sobre mis hombros y presionaron con fuerza para detenerme.

La música del bar se apagó y las luces se encendieron. Giré la cabeza para ver qué pasaba y vi a la gente tomar sus cosas, ponerse de pie y caminar hacia la puerta acompañados por la presencia y la punta de las ametralladoras del comando del ejército que había ingresado para desalojar el local.

De inmediato entraron los oficiales de Servicios de Salud Pública. Vestían uniformes de blanco, abullonados en las piernas y en el tórax, semejante a los trajes espaciales que usan los astronautas. Llevaban

cascos también blancos. De la parte delantera descendía una máscara que les cubría completamente el rostro. Las máscaras brillaban y reflejaban el cuadro general: yo mismo tirado en el suelo, mi cabeza aplastada por la bota de uno de los soldados.

X. EL EJÉRCITO FANTASMA

Si no del todo verdadero, lo que le dijo el niño albino a Miguel Bakunin tenía algo de cierto. Desde muy pequeño, el hecho de recordarlo todo en blanco y negro, incluyendo su pasado más próximo, había dado lugar a la cosmovisión bakuniana del tiempo: mientras cada nuevo instante presente se inventaba para sí mismo una nueva configuración de tonalidades cromáticas; los recuerdos, en cambio, incluso los más inmediatos, se volvían grises, se fundían en un fondo blanco o se deshacían negros en la oscuridad.

Así imaginaba una lengua privada que se reducía a la estricta percepción y por ende no comprendía más términos que el de un abanico de colores combinados, de tal modo que, por ejemplo, el enunciado "Corre el perro por el campo en un día luminoso", en el lenguaje bakuniano debía ser traducido como "Marronea el marrón por el verde en amarrillo plateado". Con respecto a los tiempos pretéritos de la lengua, al principio se reducían a dos únicos verbos: "negreó" y "blanqueó". Así "Caminó el hombre hacia el desierto" era traducido como "Negreó el hombre hacia el desierto", y el enunciado "La mujer nadó hacia la costa" como "Blanqueó la mujer hacia la costa". Pero, después, como la transformación de los verbos no alcanzaba para dar cuenta de la verdad del pasado, el mismo criterio terminó afectando a todos los términos de la oración. Con ello, enunciados como los anteriores, encontraron una nueva traducción: "El hombre caminó hacia el desierto" como "Negro negreó negreante lo negro", y "La mujer nadó hacia la costa" como "Blanca blanqueó blanqueando lo blanco".

Su lengua, si bien artificial, ganaba en belleza y economía de términos, también expresaba la desesperación del hombre ante la vorágine del tiempo y establecía una diferencia estricta entre el pasado y el presente, por lo que Miguel Bakunin se mostraba satisfecho con su invención lingüística. Pero ahora que los cuatro prisioneros son liberados de la prisión de Marcos Paz y bajo la custodia de los soldados de una de las facciones del Ejército de las FARC los suben a la caja de una vieja Chevrolet Bronco y atraviesan

las rutas liberadas y el campo abierto bajo un sol aguerrido que junta en el horizonte brillos de falsa bijouterie, Miguel Bakunin todo lo contempla en blanco y negro y no sabe si lo que está ocurriendo corresponde al pasado o al presente. Se pregunta si su lengua privada no se le ha vuelto obsoleta: cuando todo se ha ceñido a un estricto blanco y negro y ya no hay posibilidad de distinguir lo que pasó de lo que está pasando. Duda, tiene miedo de ya no saber cómo nombrar el mundo, lo tienta la idea de habitar la zona muda, olvidarse de las palabras y los nombres. Por eso, cuando lo trasladan hacia el cuartel donde el Comandante de la facción los espera, se aferra a la contemplación distante de lo que no puede ser más que una pesadilla afásica.

Y sin embargo, sin palabras, se puede decir, ¿no?, en nombre de Miguel Bakunin pero más allá de Bakunin, que la noche y el campo son definitivamente uno cuando Bakunin y los otros llegan al cuartel y son llevados con el Comandante General Amancay Amuruyá. También, por cierto, hay palabras para inventar gallinas picoteando el suelo alrededor de la carpa y ubicar en la entrada de la misma dos tipos uniformados con ropas ajadas, cuyas manos no aprietan sables libertarios sino dos lanzas medio pelo, una seguramente fabricada con la rama encorvada de algún árbol, la otra sacada de algún escobillón que habrían encontrado por ahí. Se puede decir incluso que el interior de la choza es un basurero, un amontonamiento de cosas indescifrables que buscan el sentido que no tienen encastrándose unas en otras con alguna esperanza de unidad, y que un poco más alejado, en el único espacio que se mantiene más o menos desocupado hay un televisor, unos parlantes, una consola de Playstation 4 con la que el Comandante General juega al Death Race, un juego de carreras de autos que atropellan zombis para sumar puntos.

El general Amancay Amuruyá: por encima del equilibrio inestable de los huesos rompiéndole la piel seca, se sostiene una cabeza equívoca de un rostro puntiagudo, una barbita lampiña y ojos de lobizón trasnochado. Vestido como el resto de los soldados, mezcla de uniforme militar todo raído y un tapa-rabo hecho con ramitas y paja enhebrada, no parece General de las FARC, sino uno más entre los cualquiera. Ni huellas quedan del “Carnicero Libertador” —así lo han llamado desde muy joven cuando participó en las primeras revueltas de las FARC contra el dominio blanco en pos de la Nueva Araucaria, asolando con sus guerrillas mapuches los pueblos de Neuquén, Río Negro y Chubut. Con voz cavernosa de pucho y ginebra de bar de esquina, con un tono ciertamente despectivo, les da la bienvenida a la facción que lidera, estrechándose fuerte en un abrazo que nadie espera, y el temor mudo de Miguel Bakunin ante la gloria del

“carnicero libertador” se deshace en el momento justo que sus brazos rozan las costillas de Amancay Amuruyá y sus manos se deslizan por los huesos de la espalda haciéndole comprensible la condición proto-humana, post-humana, la finitud radical, la fragilidad de ese juego de Jenga de huesos a punto de desbarrancar y hacerse amontonamiento. Amancay Amuruyá no pierde el tiempo, menciona a los dos diputados de la nación por quienes sus invitados fueron liberados de la prisión de Marcos Paz y emite ciertos epítetos sobre la condición miserable del Orden Blanco y lo que les han hecho a Miguel Bakunin y a los otros tres, encerrándolos en aquella jaula. Movido por el entusiasmo enseguida va al punto que le importa y examina uno por uno a aquellos cuatro sobrevivientes para encontrar en los brazos, en las piernas, en el pecho, las marcas que está buscando: manchas rojizas con formas de archipiélago inestable.

Mientras ocurre tal revisión cuasi médica infectológica, Miguel Bakunin escucha su voz nómade deambular en el desierto mental pero ni siquiera registra que alguna voz continua hablando y menos aún que esa voz —acaso esta misma— es necesariamente la suya, y ante el temor de volverse loco asumiendo que su cerebro ha sido conquistado por voces ajenas que venidas del espacio interestelar han tomado posesión de estas tierras abandonadas, se aferra a la idea de que si ya no existen colores con los que distinguir el presente del pasado o el pasado del presente, entonces no hay posibilidad de nombrar el mundo sino en la conjugación de un presente indicativo atemporal. Por eso mismo cuando Miguel Bakunin es destinado junto a sus otros tres compañeros a la promisoria Brigada de los Santos Poseídos que en este mismo momento el comandante Amancay Amuruyá está fundando, no sabe si esto mismo es lo que está sucediendo, ya sucedió o lo que sucederá.

Encadenados unos a otros, los infectados de la Brigada de los Santos Poseídos forman o formaron o formarán la vanguardia del Ejército, marchando delante de todos a través de la frontera trazada por la línea imaginaria que une la ciudad de Junín con las elevaciones de Sierra de la Ventana. Compuesto en su mayoría por chicos de entre doce y dieciséis años de origen mapuche pero también qom, aymara, guaraní y otras tantas etnias latinoamericanas, sus armas no son más que palos, cuchillas, machetes y algunas ametralladoras AK-47 facilitadas en la década del ´90 por grupos asociados a Hezbollah por medio del gobierno iraní. A pesar del impulso guerrero latiendo en sus pechos, sus ojos perdidos en el horror que ansían, dedican las horas del día a un único ejercicio que los define desde los tiempos inmemoriales de sus antepasados: la duda —¿cómo deben definirse?,

¿cómo sedentarios o como nómades? Apabullados por el mandato cruel de la venganza buscan la redención que les posibilite dejar sobre la tierra la marca de lo que son, pero demasiado cansados han nacido, demasiado lentos, como para definir, justamente, qué son, qué deben ser. Es posible que sean sedentarios, pero nunca encorvan el lomo para labrar la tierra ni construir chozas. Sin embargo, en cuanto nómades, se mueven demasiado poco para serlo. No, lo suyo no es la velocidad, más bien su nomadismo responde a un viaje inmóvil. En todo caso, su actividad principal es atravesar el desierto sentados siempre, mirando la nada, acostados en sus pozos o entregados a la siesta en las carpas.

Si bien es cierto que el paisaje de su nomadismo nunca cambia y por más que viajen y viajen siempre se trata del mismo desierto, la misma planicie seca, sin embargo, de tanto andar y andar sin moverse, acaso sea el viento el que los arrastra hasta los bordes de algún poblado al que arrasan para darse su fiesta de la sobrevivencia y el exceso, lo que significaría que verdaderamente se han movido en el modo de no hacerlo. Pero también es posible que si no se mueven de su lugar, entonces no son ellos los que avanzan hacia los poblados sino que son los diferentes poblados de la llanura pampeana los que, efectivamente, van hacia ellos. En este sentido también es posible que sea a la tierra a la que simplemente le broten chozas, aldeas y pequeños pueblitos, como si a la tierra misma se le diera por pornocos que surgieran en la superficie de su rostro adolescente, y entonces los trescientos hombrecitos del Ejército liderado por Amancay Amuruyá simplemente se encuentren casi como por arte de magia, de un momento a otro, rodeado de civilización o restos marginales de eso que llaman civilización y que, en todo caso, se reducen a chaperío, miseria, amontonamiento.

En un caso o el otro, desahuciados por el hambre y la sed, los casi trescientos hombrecitos cargan sus bártulos sobre la arena caliente sin perder la épica que los empuja para hacer del desierto su morada: aman la decoración y no les importa cuánto pueden pesar sus jarrones, las silletas de madera tallada, mesas de marfil, el armatoste de los ya anticuados televisores de plasma, los juegos de Playstation y X-box, los altoparlantes, sus bombos. Y sobre todo, nunca se olvidan de sus animales sagrados —faisanes, pavos reales, perros caniches, sus rinocerontes-bonsay—, pueden morir de hambre o acostumbrarse a la dieta estricta que les impone los pastizales pampeanos —lagartijas, arañas, ratones—, pero ni se les ocurre tocar los animales destinados a las fiestas en honor de sus antepasados.

Saben que cruzar el desierto es contar sus granos de arena —como se dijo, no realizan movimiento alguno, pero su movilidad depende de una cuestión mental, un ejercicio de matemática, la aritmética del infinito desolador: contar granos de arena. Cuando se termina la arena —pero la cuenta mental nunca se termina—, el desierto queda atrás y las primeras poblaciones se levantan de pronto allí delante. Entonces, comienza la fiesta santa. Entran a cada pueblo, villerío, asentamiento o amontonamiento de chozas, maniatan a los hombres y someten a las mujeres. A veces matan a los niños frente a sus padres, les cortan las extremidades, los órganos genitales y los dejan desangrarse.

Hay quienes pagan para morir y no ver lo que le hacen a sus hijos. Sobre ello existe toda una regulación de tarifas. Quien tiene veinte patacones puede pagar para que lo maten de inmediato, aunque también está racionalizado el modo de la muerte y entonces el que puede pagar veinticinco patacones compra su muerte con un tiro rápido en la cabeza, el que no tiene ese dinero pero tiene veintitrés patacones puede solicitar que lo maten acuchillándolo; finalmente el que solo posee veinte patacones puede pedir que lo maten con machetes. Claro que los que tienen plata para pagar su muerte son los menos, a la mayoría no les queda más que el horror: les introducen palos y botellas, les cortan los pechos.

Cabe decir que la modalidad un tanto anárquica, un poco desorganizada del Ejército del Comandante Amancay Amuruyá no les ha dado más que el regodeo en la crueldad porque sí nomás, sin embargo, ahora, con el hecho de sumar a sus filas a Miguel Bakunin y sus otros tres compañeros sidosos un nuevo horizonte se abre en sus destinos. Ahora son los integrantes de la Brigada de los Santos Poseídos, el arma bio-política con la que piensan cambiar el rumbo de la guerra. Son ellos los únicos encargados de las violaciones —niños, mujeres, hombres, en escala; primero los niños, después las mujeres y por último los hombres—. La estrategia es dejar al enemigo con vida, violarlos por la Brigada de los Santos Poseídos pero dejarlos con vida. Les queman las chozas y luego se marchan al desierto en busca de nuevas poblaciones. A veces utilizan una táctica especial: no violan a toda la familia, sino solo a uno de ellos —al hijo, a la mujer o al hombre de la casa—, y ceden con ello a sus parientes consanguíneos la tarea de asesinarlos.

Suele ocurrir que a las mujeres embarazadas por las violaciones se les permite tener el bebé con el único fin de obligarlas a matarlos frente a una comisión de veedores. No sirve de nada ocultarse o callar

las violaciones, son sus propios familiares los que ofician de veedores, carceleros y en el extremo carniceros de sus propios hijos, nietos o sobrinos. Aunque tampoco necesitan de ninguna vigilancia, es tal el odio contra el feto que crece en sus entrañas que si no los matan en el útero es solo para sacarse las ganas de contemplar su sufrimiento en el momento de degollarlo. Terminada la escena, los cadáveres de los bebés asesinados cuelgan de la punta de una lanza en la entrada de la puerta de cada casa. Decenas de ellos decoran las calles de las aldeas, los pueblos, las villas y asentamientos de la pampa bonaerense.

Las mujeres y los hombres infectados por la Brigada de los Santos Poseídos suelen ser echados de la comunidad, si no se los expulsa, son asesinados por los familiares sobrevivientes —los matan los propios padres o son los hijos los que matan a los padres cuando no tienen la dignidad para inmolarse por los suyos. Ya sea en soledad o con toda la familia a cuesta, los infectados expulsados de los diferentes pueblos buscan nuevos horizontes que solo en el anonimato de las ciudades pueden encontrar, pero en las ciudades no les queda más opción que escapar de los controles policíacos del Servicio de Salud e Higiene y entonces prostituirse —niños, mujeres u hombres— por un pedazo de pan y con ello sumar a la reproducción exponencial del Sida, a la misión del Virus en la tierra y a la estrategia militar del Ejército de las FARC.

Con respecto a las comunidades moderadas de descendientes aborígenes con los que se cruzan en el camino, las cosas no son muy distintas. A los ojos del Comandante Amancay Amuruyá da lo mismo si se encuentran del lado de la revolución o son traidores de la causa, en todo caso, el hecho de que tuvieran las marcas de un origen mapuche, aymara o guaraní facilita los planes: entran a la aldea y se comunican con los líderes del lugar —sacerdotes, médicos, policías—, informándoles que el ataque de las purgas de los ejércitos del Orden Blanco es inminente. La mejor defensa entonces es permanecer amuchados, todos juntos en un mismo lugar. Golpean puerta por puerta, convencen a cada familia que lo mejor es esperar en la iglesia, en la escuela o en algún precario estadio de fútbol —si es que alguna de estas cosas existe en el lugar—. Un rato más tarde, ya tienen a la mayor parte de la población encerrada. La Brigada de Choque se apuesta en las puertas, ventanas y cualquier abertura, con las AK-47 apuntando hacia dentro.

Es un juego de chicos, aunque, justamente, la mayoría de los soldaditos del Ejército de las FARC son chicos de no más de quince años. La performance no dura más que un par de segundos; las ráfagas

de plomo atruenan en el pueblo y los cuerpos caen amontonados unos sobre otros. La orden del Comandante Amancay Amuruyá es no gastar municiones por demás; la finalidad eliminar las primeras líneas de los cuerpos amontonados para facilitar el ingreso con machetes y cuchillas. Entonces, cuando las ametralladoras callan, comienza el degüello. La facción de la Brigada de Choque arremete contra todo aquel que se le cruza por el camino, machete en mano, dando a diestra y siniestra pero siempre con el buen pulso y la suficiente precisión geométrica de pasar el filo debajo de la oreja y trazar un semicírculo a través de la garganta hasta alcanzar la otra oreja, cayendo pulcramente la cabeza hacia atrás pero todavía sujetada al cuello por un hilito de nervios que enseguida se rompe.

Lo extraño es que ningún poblador se defiende ni pretende esquivar el machetazo; incluso los que todavía no han pasado a degüello esperan mansos el turno, levantando incluso la cabeza, llevándola hacia atrás y ofreciendo abiertamente su garganta al buen corte del carnicero uniformado. Seguramente prefieren morir de ese modo —a machetazos masivos— sin pretender escapar, sabiendo o imaginando que lo que podría esperarles si sobreviven a la matanza es mucho peor. Están en lo cierto, los que tienen la fortuna de sobrevivir a las ráfagas de las ametralladoras y luego a los machetazos, los que ocultos bajo los cadáveres o escondidos en algún rincón de la iglesia, la escuela o el estadio, son entregados a la Brigada de los Santos Poseídos. Los encadenan en algún espacio abierto, estaqueados contra el piso, con las rodillas flexionadas y la cola levantada. Los infectados entonces hacen lo suyo: compartir el virus, diseminar la peste divina. Un trabajo sucio, hecho con la debida frialdad del cálculo pero también movidos por una fe apasionada.

La estadía del Ejército en cada aldea dura un par de días. Terminado el ataque, las tareas entonces son más relajadas. Los soldados arremeten con la comida que pueden encontrar en los almacenes o heladeras de cada choza. El furor decorativo los arrastra a una búsqueda incesante de bagatelas y falsos brillos, vestidos rimbombantes, collares, pulseras, aros, tocados de bergamí, con los que se pasean por las calles como si se tratara de un desfile de moda de alta costura. Así se pavonean y divierten armando una fiesta alrededor de la gran fogata, mientras los tambores y las guitarras suman lo suyo. Los que más cerca están de la gracia y el favor de Amancay Amuruyá juegan con la Playstation, compiten con el Death Race o algún otro juego, en general el FIFA versión 2020, el God of War, el GTA 5 y también el Fornite y el Minecraft. De noche transportan fuera de las carpas los altoparlantes y dejan vociferar el

vozarrón obtuso de Ricardo Iorio ya transformado en un Homero elegíaco de toro y pampa, los agudos inexplicables de Samba Quipildor, un poco de Ruben Patagonia, el loop interminable de “Mira Niñita” de Los Jaivas, cierto remixado del dúo Coplanacu, los Tucu-Tucu o el Chaqueño Palavecino, y cuando se cansan se remiten al trap, el reggaetón o la cumbia latinoamericana.

Entre tanto la Brigada de Defensa recorre el pueblo buscando algún habitante todavía escondido. Cuando lo encuentran, no usan la Brigada de los Santos Poseídos, sino a los mismos lugareños recién infectados. Los obligan entonces a penetrar en sus entrañas sin importar si se trata de un hijo, una madre, padre, vecino o quién fuera. Negarse a contagiar el virus por vía anal o vaginal implica no la muerte sino una tortura que se vuelve infinita: el ejército de Amancay Amuruyá hace lustre de los empalados con los que se pasean por el desierto y al llegar a cada puedo los exhiben en la calle principal como si se tratara de un stand de feria. No van a morir, no los dejan morir, sí desangrar, sí se permiten ir cortándole las extremidades, despellejándolos también un poco; pero morir nunca. Ante el espectáculo de los empalados ningún nuevo infectado se niega a ser usado como arma de extinción. Entonces se suman a las filas del Ejército Libertador, ocupando un lugar en el Brigada de los Santos Poseídos para participar de la guerra y escribir una línea más en el Gran Poema de la Muerte.

Siervos del Dios, Hombres Sagrados condenados a una ley más allá de la ley humana, los que conforman la Brigada en cuestión viven encadenados todo el tiempo. Los infectados saben que la improvisación lúdica de la vida siempre es mejor que la muerte lenta, certera e irrevocable, racionalizada en fases pre—establecidas por el Virus. No tardan en reducirse a zombis que van perdiendo espesor, carnalidad, cuando no la capacidad de definir un aquí y un ahora. Y si en la guerra sus compañeros mantienen una distancia moral con el enemigo, imponiendo una jerarquía que marca la diferencia entre unos y otros, con los infectados de la Brigada de los Santos Poseídos no hay punto de contacto. Se trata de un abismo metafísico: no acercarse, no tocarlos, dejarlos deshacerse en su putrefacción es la consigna general. Ciertamente, participar como soldado del Ejército de Amancay Amuruyá ya es el Afuera de toda humanidad, sí, pero siempre hay un modo de correr el límite y encontrar que el Afuera no es sino un modo *border* de estar Dentro, por lo que bien se podría afirmar que pertenecer a la Brigada de los Santos Poseídos es Estar Afuera de Todo Afuera.

Mientras tanto, habitando ese Afuera de Todo Afuera donde hasta el mismo presente pierde sus colores para mostrarse bajo un estricta pátina de tonalidad blancas y negras, Miguel Bakunin entiende que la prueba más contundente de la irrealidad de la guerra en la que está participando como integrante de la Brigada de los Santos Poseídos, es justamente el hecho de verlo todo —los cuerpos masacrados, los pueblos incendiados, las interminables peregrinaciones por el desierto, las mujeres, los niños y los hombres a los que le ha sido dada la tarea de violentar penetrándolos—, todo lo que ve se le muestra como si en verdad hubiera sido filmado como una película de la década del ´20 o del ´30, pero proyectada a toda velocidad sobre la pantalla de un cine vacío.

No termina de adaptarse a la situación, acaso no al hecho puntual de la decoloración del mundo sino, o por ello mismo, a la catástrofe general por la que el presente se le confunde con el pasado. Desmalezar recuerdos de su infancia, aferrarse a las imágenes de las noches africanas junto a su madre ciega, evocar a su hermano cósmico, a Josefina la trotskista o Emilia García Ding para distinguir el ayer del ahora, no le sirve nada, el presente y el pasado persisten descoloridos.

Solo le queda entregarse obstinado a la hegemonía verbal del ahora, para al menos así encontrar algún anclaje. Aunque también es posible que su obstinación responda a que ahora, justo en este momento o desde este momento en adelante, ya están cerca del final —pero ¿cuándo, en la lengua que resiste al tiempo reduciéndolo todo a un presente que nunca termina, cuándo es ahora?—, ahora es el amanecer del 17 de Agosto de 2024 y la llanura los encuentra atravesando los pastizales hacia el oeste. Tienen información de que todas las guerrillas de las FARC marchan hacia Buenos Aires con el fin de dar el golpe final y hacía allí se dirigen. No debe quedar mucho para llegar al conurbano de la gran ciudad, solo algunos cientos de kilómetros más que a la velocidad que han tomado en su marcha debe reducirse a solo dos días de peregrinación.

Entre tanto deben todavía cruzar la Montaña de Mandingo —nombre con el que se conoce el lugar, cerca de Las Flores, donde van a parar los desechos de las ciudades de Buenos Aires, La Plata, la Costa Atlántica y Bahía Blanca—. El primer contacto con la montaña de Mandingo no es visual, sino que responde al novedoso olor a mierda y a plástico quemado que se les mete por la nariz y se transforma en planeta de monstruitos que quedarán flotando por ahí para resurgir en las pesadillas de sus cerebros. La luz del sol calienta sus cabezas y

haciéndose una con el olor a mierda deja abierta la pregunta acerca de si la montaña de mugre es la que genera la luminosidad mortuoria de la mañana, o bien el sol ya es completamente una gran bola de mierda y plástico quemado que desprende moléculas de mierda caliente y plástico quemado.

Entre botellas, huesos, porquerías, ropa, zapatillas, gusanos comiéndose a gusanos, cadáveres despedazados, gusanos comiéndose cadáveres despedazados y cadáveres despedazados comiendo gusanos, y cadáveres despedazados comiendo cadáveres despedazados comiendo gusanos comidos por gusanos, y más porquerías, papeles, papelitos, sillas, mesas, mamaderas, fetos humanos, cabezas de perros, perros sin cabeza, en fin, mugre en general que no está en la montaña sino que es completamente la montaña, tardan medio día en ascender y unas buenas dos o tres horas en realizar el descenso. El desierto vuelve a extenderse hacia el horizonte y promete el resplandor cada vez más cercano de la ciudad. Sin embargo, cincuenta kilómetros alejados de la montaña encuentran en medio de su camino una horda de refugiados que pretenden escapar de la guerra montando su campamento pobre en un pliegue oculto del desierto. Han improvisado unas carpas, aunque el término es un poco excesivo, en todo caso, llámese carpa al objeto conformado por un palo y una sábana, o dos palos y una lona de plástico, o solo un montoncito de piedras alrededor de un agujero. Se trata de un grupo diminuto y desganado que más que defenderse o al menos ocultarse del Ejército de Amancay Amaruyá parecen implorar la gracia de dejar de existir. Y ellos que vienen de una guerra que se ha extendido durante tantos años, esos soldaditos con tanto desierto en los ojos y tantos muertos en las espaldas, que no tienen ni tiempo ni ganas de nada, arremeten ahora con la poca fuerza que les queda en una última batalla antes de cumplir con la meta que se han fijado. Las Brigadas de Asalto y la de los Santos Poseídos entran ya de noche, a degüello, en el campamento improvisado. Quizás el tiempo en el desierto les ha trastocado la percepción, pero nadie puede omitir que la horda de refugiados que pretenden aniquilar es la misma que ya han aniquilado hace un tiempo atrás. La sensación se radicaliza cuando irrumpen en las carpas que les ha tocado en la estrategia de ataque. Bajo la luz tenue de un sol de noche y un par de velas, Miguel Bakunin mira la distribución de los espacios, el amontonamiento de muebles y bagatelas, y todo se muestra idéntico a los de una choza donde ya ha estado antes —¿pero a qué tiempo fuera del tiempo clausurado en su puro presente remite ese “antes”?—. Cuando la linterna del líder de su brigada enfoca a los dos nenes, a la madre y al hombre que allí viven, le parece que estos no solo son semejantes a los de aquella noche, sino que son las mismas

personas. Ahora dos compañeros suyos maniatan al hombre, otros dos se encargan de los chicos y la mujer, y la sensación de que todo vuelve a repetirse no lo deja concentrarse en la tarea que debe emprender. Y sin embargo, acceden carnalmente a la mujer y a los chicos, obligan al hombre a verlo todo y después lo degüellan. La cabeza rebota contra el suelo de tierra y va a parar a uno de los rincones. Desde allí parece seguir mirándolos, mientras, afuera, el resto de aquella horda, sin miramientos, es pasada a cuchillo.

Cerca de las dos de la mañana todo acaba y deciden pasar la noche allí como última parada antes de llegar a Buenos Aires. Con el amanecer, el olor a mierda y plástico quemado que el viento caliente trae golpeándoles la cara es el anuncio de lo que la series infinitas del desierto les tienen prometido. Atrás quedan los restos de la toldería arrasada, de las carpas ayer montadas solo el esqueleto y el amontonamiento de cenizas y troncos quemados. El suelo ha sido incendiado dejando una alfombra negra y polvorienta. Pocos soldados a la vista: tres o cuatro que tirados contra algún montoncito de escombros se dejan asar por el sol temprano. Inmóviles, no parece importarles que las ratas jugueteen paseándose sobre sus cuerpos echados, en todo caso, no hacen más que dar algún manotazo cansino como si en verdad estuviesen echando alguna mosca. Pájaros de mala muerte levantan vuelo pretendiéndose trazo expresionista de un Van Gogh que les devolviera sentido y el viento trae su mugre por el aire o haciéndolos rodar entre los pastizales: papeles, pañales, botellas, bolsas, bolsitas pegándoles contra la cara. La intriga acerca de dónde sale el olor a mierda y plástico quemado insiste: hacia donde miren, norte, sur, este, oeste, por separado o en conjunto, traen con el viento su propio pero uniforme olor a mierda. Un poco después ya están las Brigadas formadas haciendo dos filas que miran hacia el sol amargo. Rápidamente se ponen a andar al trote sin importar el pedregullo, los cardales del camino y no tardan en divisar lo imposible: la Montaña de Mandingo los ha estado siguiendo. O ellos han tomado el camino equivocado o la montaña se desplazó hacia las tropas del Ejército persiguiendo sus huellas unos cincuenta kilómetros hasta alcanzarlos.

En un caso o el otro, no hay tiempo que perder y Amancay Amuruyá ordena escalar su ladera pensando llegar cuanto antes al conurbano de Buenos Aires para sumarse a las guerrillas venidas del interior. Las Brigadas entonces se movilizan: entre ellos, como puede, va Miguel Bakunin intentando sacarse de encima las ratas que suben por sus tobillos sin tropezar ni caer evitando terminar como bocado principal del almuerzo del día, luchando también contra las gaviotas que dan vueltas por el cielo ácido formando un círculo que inesperado

cae en espiral sobre distintos puntos de la montaña y entre ellos su cabeza que vaya uno a saber el olor a qué pescado desprende como para actuar —esos pajarracos— con tanta saña. A cada paso el aire se le hace cada vez más insoportable. Arrastrándose y siguiendo los talones de sus compañeros de Brigada, al llegar más o menos a la mitad del monolito putrefacto mira hacia arriba y calcula todo lo que le falta. Siente que no puede hacerlo, resulta demasiado para su humanidad —otra que imaginar soles compuestos de mierda y plástico quemado, otra que un pornoco surgido del rostro de la Madre Tierra, el paisaje en derredor parece el lugar que los dinosaurios del paleolítico han usado de letrina para dejarles a los arqueólogos del futuro los restos intactos de lo que el tiempo no habría podido enfriar, disminuir, relativizar, para seguir siendo siempre y eternamente eso, su regalo de despedida: una gigantesca montaña de mierda de dinosaurio.

Del otro lado, el paisaje de siempre: desierto y más desierto. Obligados al trote, atraviesan unos cuantos kilómetros bajo el sol impiadoso. Andan todo el día y llegada la noche se encuentran con otra horda de refugiados que a lo lejos les parece sorprendentemente parecida a la del día anterior. Cuando entran en la toldería se dan cuenta que efectivamente se trata de la misma horda, los mismos zombis esforzados que buscan escapar del genocidio escondiéndose en las arrugas de la pampa. El rumor circula por toda la tropa, todo parece una trampa del desierto que no los dejará salir nunca de su propio laberinto. Buenos Aires, la meta, se aleja más y más hasta hacerse imposible, o acaso se trata de un delirio colectivo que proyecta ahí delante, sobre los pedregales del desierto, el fantasma nómade del horror psicótico. Nadie sabe qué hacer ante aquella visión, se miran unos a otros, dudan. Amancay Amuruyá ordena imperativo la ejecución inmediata del plan. Entran al campamento a degüello, pero no hace falta, las víctimas parecen esperarlos y se entregan mansas a la muerte, acaso suplicándola, como si compartieran con sus asesinos la misma condena, perdidos en el mismo laberinto hecho de tiempo y polvo. Actúan, se dejan hacer como si sus propias muertes ya hubieran ocurrido antes, ayer o antes de ayer, quizás hace solo unas horas atrás, en un pasado empecinado que insiste en regresar y hacerse presente. El resultado es el de una obra de teatro de actores cansados de actuar para un público inexistente. Miguel Bakunin, liberado de sus cadenas, con la verga fláccida y desganada, no tiene que llevar a cabo su performance de carnicero virósico, monta el teatro “de hacer como sí pero no” apostándose detrás de la mujer y los chicos pero sin mantener más contacto que el de un ocasional golpeteo de sus bolas contra las nalgas

de los otros. Al líder de la Brigada ni siquiera le importa, ha quedado shockeado por la repetición de lo que están viviendo, no puede entender lo que sucede alrededor, él mismo había degollado al hombre que está ahora de rodillas contra el piso esperando el veredicto. Debe cumplir las órdenes del General Amancay Amuruyá, pero no puede matar al que ya está muerto, ni degollar al que ya ha degollado. Con el machete en la mano, la punta tocando el cuello de aquel hombre, desiste de lo que está por hacer. Guarda el machete en su cintura, pero en ese momento, en el instante en que se da vuelta para salir de la carpa, ve la cabeza desprenderse del cuello, rodar sobre el piso e ir a parar a uno de los rincones. El degollado sin degüello cae desplomado a los pies del otro. La cabeza queda con los ojos abiertos mirándolo todo como si estuviera viendo el pasado.

Ahora las tropas acaban de juntarse en medio del campamento. Los demonios del desierto los han atrapado en una fosa mortuoria de la que ya no podrán salir, unos y otros recuerdan a los dioses de la Tierra que sus antepasados les han legado. La guerra, el gusto dulce de la crueldad en la lengua los ha desviado de sus deberes y hace años que no brindan ceremonias en su honor. La repetición fantasmal de todo lo que los rodea debe ser la venganza de sus ancestros. La peregrinación hacia Buenos Aires, el encuentro con las otras guerrillas de las FARC, la revolución misma, pueden esperar. Acuerdan que esa noche debe ser dedicada a los dioses. Amancay Amuruyá se muestra de acuerdo y ordena los preparativos para la ceremonia. La Brigada de los Santos Poseídos, entre ellos Miguel Bakunin, participan, en cuanto "hombres sagrados", como invitados especiales. Los mantienen libres de sus cadenas y los hacen sentar frente a la fogata general. Allí los líderes del batallón tienen encadenados cuatro de los rinocerontes bonsay, rinocerontes mínimos, del tamaño de un gato, un perro chico —pekinés, chihuahua, caniche, para dar una idea—. Como se dijo, no los llevan consigo como reserva alimentaria, sino para fumárselos de parados tomándolos por el cuerno e inspirando fuerte el humo hasta transformar el cuerno en una chimenea industrial. Entre la humareda y el olor a flores dulces que sale de los cuernos y traducen para la lengua del olfato lo que los oídos deben escuchar del canto de las sirenas, los ojos de Miguel Bakunin toman nota de cada minucia del ritual, mientras en su mente brilla la idea de revelarse ante el poder de Amancay Amuruyá, asesinarlo y acabar de una vez con aquel infierno circular.

Los tambores se acallan y uno de los soldados de la Brigada de Choque toca con su guitarra los acordes de una canción de Zamba Quipildor con un toque ligeramente pop y todos empiezan a cantar

acompañándolo. Miguel Bakunin no sabe la letra pero la acompaña con un murmullo tímido que suma a la fiesta pero desde un lugar más bien marginal. Cuando el rinoceronte violeta, después de dar toda la vuelta, llega a sus manos, se para, mete la boca en la punta del cuerno y le da una calada lenta y profunda. Los ojos de los rinocerontes suelen ser negros pero el rinoceronte de Miguel Bakunin tiene los ojos rojos. Quizás se le han puesto rojos por el fueguito que en alguna parte de su organismo debe tener prendido para sacar tanto humo por su cuerno —piensa Miguel Bakunin mientras se fuma el rinoceronte y lo mira a los ojos y los encuentra encendidos y hermosos. Lo cierto es que ahora lo ve todo encendido y hermoso como si lo hiciera a través de los ojos del rinoceronte, es decir, de pronto ve todo enrojecido, como si el mundo alrededor estuviese compuesto por brazas calientes que adoptan la forma mayor de hombres, toldos, rinocerontes, y siente también que él mismo está hecho de fuego pero de un fuego que en vez de calentarlo por dentro lo hace cagar de frío al punto de experimentar el congelamiento de sus entrañas, sus ojos como dos cubitos de hielo y sus dedos como largas y finas estalactitas. Y a pesar del frío interior, se avizora feliz de que al mundo le sean devueltos sus colores, al menos el color rojo en el que todo se funde.

En esa placidez de lo recobrado, solo lo desconciertan los aullidos de los perros que la soldadesca está cocinando para la celebración. Los traen consigo de las aldeas que han saqueado o de las jaurías con las que se han cruzado en la llanura. Les insertan un palo atravesándole las entrañas, ingresando por el ano y saliendo por la boca; así sostienen a sus perros sobre el fuego y los van girando para que se asen en armonía como pollos al spiedo; pero a diferencia de los pollos, estos perros no están muertos y no dejan de chillar mientras dan vueltas y vueltas con el palo como tirante. Cuando los aullidos alcanzan el límite de sus posibilidades agudas, Amancay Amuruyá toma su cetro de marfil, golpea la punta un par de veces contra el piso y da la señal del comienzo de la ceremonia. Los soldados se paran en derredor de la fogata, levantan los brazos al cielo y aúllan buscando competir con los perros. Claro que al lado de los aullidos animales, los soldados tienen poco por hacer —se tratan de aullidos cósmicos que convocan toda la tristeza del mundo, aullidos interplanetarios que parecen develar el sonido mismo del universo y en vez de encontrar un continuo “ooooooooommmmmm” lo transforman en un desgarrador y canino “aaaaaaaaaaauuuuuuu”. Con la música de los aullidos, la soldadesca baila un buen rato hasta que uno de ellos pide silencio, todos los demás se detienen y adoptan una misma posición de escucha. Todos sentados escuchan los aullidos *in crescendo* hacia una melodía atonal que promete convertirse en un ruido blanco que ya

nunca desaparecerá de los oídos de Miguel Bakunin. Pero el ruido blanco no llega. No. El soldado que ha pedido silencio dice entonces con las cuerdas vocales de un poseído: “es la voz, es la voz de animal que muere”. El resto de sus compañeros le responde con un unívoco y sobreactuado “ooooooh”, se recuestan todos contra el piso y entonces le parece a Miguel Bakunin que a los aullidos de los perros le salen palabras, no palabras humanas, sino la palabra que está antes de la palabra, que todavía no es una palabra pero tampoco es mero ruido o solo un chillido animal. Estos aullidos no son exactamente palabras pero significan y como el grito de alguien al que le sacan la muela significando “oh, qué dolor” del mismo modo estos aullidos significan “muerte”, “horror”. Al menos eso le parece a Miguel Bakunin y cree Miguel Bakunin que eso mismo le parece también al resto de los soldados que encuentran en la palabra-aullido una comunidad de sustancia con sus perros sagrados de tal forma que se ponen a andar en cuatro patas alrededor de la fogata haciendo de perros, olfateándose unos a otros, lamiéndose y moviendo la cola y las orejas para comunicar vaya uno a saber qué cosa. Y es entonces, solo cuando estos soldados devienen perros, que los perros empiezan a hablar humanamente. En todo caso, al aullido de los animales que mueren le brotan palabras. Es como si en el momento de morir los perros se dieran cuenta que los hombres se han puesto a competir con ellos y decidieran entonces tomar como propia la palabra de los hombres. Y los perros entonces comienzan a hablar humanamente y dicen cosas muy extrañas que los soldados no escuchan porque se la pasan aullando a más no poder, pero que a Miguel Bakunin —que no se le ha dado por ser perro ni aullar— le parecen sumamente importantes. Sin embargo, no duran mucho las conversaciones de los animales ya que los soldados siempre en cuatro patas y dando vueltas en jauría alrededor del fuego se abalanzan sobre ellos y mordiéndoles las patas, la cabeza o la cola, tiran y tiran con todas sus fuerzas hasta que las articulaciones de los perros ceden y terminan descuartizados entre los dientes humanos. Cada soldado entonces se lleva su pedazo de perro y dispersándose entre los pastos se dan su momento de intimidad arrancando pedazos de carne hasta roer los huesos y enterrarlos ahí mismo donde se encuentran.

Miguel Bakunin los mira junto a su rinoceronte, fumando de su cuerno cada tanto, hasta que el animal se va desinflando como un globo pinchado que quedara tirado y todo arrugado en el piso de un salón de fiestas. Con una última chupada al cuerno rinocerontil, Miguel Bakunin se abraza —y valgan las resonancias puerilmente telenovelescas de un Nietzsche reconciliado con cierta tradición romántica—peronista al inclinarse sobre el caballo azotado de Turín

—, se funde, Miguel Bakunin, en un abrazo con su mínimo rinoceronte buscando dónde, qué, qué mierda se está quemando dentro del rinoceronte para que le salga por el cuerno tanto mundo, tanta pasión, tanto humo —¿se le quema el corazón?, ¿se le incendia el esófago?, ¿tiene un microondas en el pecho, un hornito a gas, unas brazas calientes que en el cráneo tuvieran la virtud de nunca apagarse? Pero Miguel Bakunin lo abraza al desinflarse y ningún espíritu científico lo alienta, ninguna hipótesis que lo mueva a observación, sino simplemente sentirlo sentir eso: se incendia por dentro y al incendiarse dona mundos en el mundo, hace girar la noche en espirales de colores, inventa las luminosidades estelares, le impone a los planetas su viaje en derredor de estrellas distantes. Y así, mientras el lapsus místico - alimentario - lingüístico - onto - antropológico de la soldadesca continua en su derredor, Miguel Bakunin ve en los mundos de humos multicolores la meta que el mismo rinoceronte parece revelarle y entonces comprende que ese mismo es el momento de asesinar a Amancay Amuruyá.

Sigiloso, se levanta de la ronda, rumbeando hacia la toldería donde el Generalísimo se ha retirado. Ahora con los colores rojos con los que el mundo se engalana, el recuerdo de todo lo que ha pasado como asesino virósico en la Brigada de los Santos Poseídos aviva el fuego de la venganza, sin embargo, tan drogado se encuentra, tan abrazado a la comunión mística con su rinoceronte violeta, que al entrar en la carpa del Comandante no solo ha perdido noción de dónde está sino que además se ha olvidado para qué ha ido hasta allí. Amancay Amuruyá mira a Miguel Bakunin y este responde como puede: tambaleando. El suelo se le mueve como si en verdad estuviese haciendo equilibrio en un barco que a las tormentas de alta mar le hiciese frente: de aquí para allá y desde allá hasta acá se mueve Miguel Bakunin o se le mueve el mundo a Miguel Bakunin. Es entonces que el Generalísimo se acerca unos pasos más estrechándose fuerte en un abrazo que el otro no esperaba. Mira los ojos del General y también los encuentra rojos. Ojos de un perro a punto de morir, piensa. Y habla, Miguel Bakunin, habla del fuego en derredor, del mundo que se incendia y del frío que siente en los huesos. Amancay Amuruyá, el “carnicero libertador”, ese hombre que se ha inventado un inferno personal donde cabe el infierno del mundo, que en una sola noche ha asesinado a cinco mil personas encerradas en un estadio de fútbol de Junín, que ha hecho del Sida un arma de aniquilación masiva tan poderosa como la industria nuclear de los Estados Unidos, ese hombre abraza a Miguel Bakunin, escucha sus palabras y lo abraza más fuerte. A sus oídos susurra “Sé que viniste a matarme, no tengas miedo de lo que te ha sido ordenado”, y entonces vuelve a abrazarlo

más fuerte.

Nunca, jamás nadie en el mundo abrazó a Miguel Bakunin de esa forma. El viejo General que es el documento vivo del horror se va en el abrazo, se despide de sí mismo solo para donarse entero al abrazarlo. Miguel Bakunin siente paz. Serenidad, es la palabra. "Serenidad, amigo" —dice Amancay Amuruyá susurrándolo en sus oídos. Entonces le pregunta ¿qué quiere decirle con eso de "serenidad"?, y aquel hombre desde el hueco de la devastación antropológica nada responde, hace silencio y ese mismo silencio es la respuesta que solo puede significar: "Hacelo, a eso viniste, hacelo tranquilo, hace tiempo estaba esperando esto".

Miguel Bakunin lo toma del cuello, aprieta su garganta y el viejo se deja hacer sin queja, ni defensa, sin pretender siquiera llamar a sus guardias. Con la propia cuchilla del Generalísimo, le corta la cabeza. Con el trofeo craneal entre los brazos, corre hacia la fogata donde los otros deben haber terminado las ceremonias ofrecidas a los dioses. Lleva con él el grito de libertad, el símbolo con el que al solo verlo sus hermanos en el infierno comprenderán que no han nacido para ser esclavos en la guerra de nadie. Con la cabeza entonces bamboleándose de un lado al otro se hace lugar entre la muchedumbre y a los gritos ordena a los soldados que se reúnan en el semidescampado alrededor del cual se levantan las carpas. Con la soldadesca ya reunida, comienza un extenso discurso acerca del horror de la guerra y la libertad del individuo, los derechos que por naturaleza hacen de cada hombre un igual entre iguales, dice también algo acerca de la indignidad de la servidumbre, de la necesidad de no arrodillarse ante nadie y de nadie aceptar aquello que vaya contra la ley moral que a cada uno guía desde el fondo del alma, y habla también, Miguel Bakunin, de la necesidad de la prensa libre porque a través de ella se tienden las redes de lo público y farfulla algo acerca de la necesidad de una libertad de culto que respete lo que en el fuero íntimo a cada uno se le dé por creer, y balbucea también algo relativo a la necesidad de apoyar a los pueblos del mundo que sufrieran el yugo conquistador alentando una alianza mundial que acabara con la guerra y con la humillación declarándose desde ese momento en contra del hambre en Bolivia, apoyando los movimientos libertarios-homosexuales del norte de Paraguay y de paso también las luchas por el reconocimiento de los delfines como agentes de derecho, la liberación de las vacas de las estancias en las pampas argentinas sin olvidarse de denunciar las atrocidades que los chinos vienen cometiendo con las ballenas francas del sur, todo eso frente a la mirada atónita de los soldados, con la cabeza de Amancay Amuruyá oculta detrás de su espalda esperando

con ella llegar al punto final y como un truco de magia enarbolar lo que desde entonces sería el símbolo de la libertad y la lucha por la paz mundial.

Pero cuando llega al punto y algunos aplausos cansados y solitarios se escuchan, Miguel Bakunin saca la cabeza de Amancay Amuruyá de detrás de su espalda y levanta el brazo apretando fuerte el puño, nadie entiende el símbolo. Miguel Bakunin vuelve a levantar el brazo y con éste la cabeza dos o tres veces más pero lo único que recibe como respuesta es un silencio atronador. Demasiado cansados están todos como para tener que hacerse cargo de sí mismos en nombre de una libertad que no han pedido. Solo quieren que alguien tome las decisiones por ellos. Miguel Bakunin comprende la situación y se limita a darse a sí mismo el título de Nuevo Comandante General del Ejército. La primera medida de su liderazgo ante las tropas es quitar las cadenas que someten a sus compañeros sidosos de la Brigada de los Santos Poseídos —ya sin nada que les apriete el cuello, ninguno se mueve de su lugar. La segunda es dictaminar que nadie está obligado a ser parte del ejército por lo que cualquiera se puede marchar cuando se le antoje —nadie se va, ni siquiera tienen dónde irse. La tercera medida es abolir toda jerarquía entre sus soldados —nadie sabe qué significa esto, en todo caso, les da lo mismo ser líder de una Brigada que empalador de cadáveres. En fin, nada cambia, nadie quiere cambiar nada. Pero la meta está aún por delante, deben llegar a Buenos Aires, aun cuando ni el nuevo General Miguel Bakunin ni los otros sepan para qué pretenden todavía llegar a Buenos Aires. “Defender la revolución, luchar junto a las guerrillas del interior en la capital de la nación hasta tomar el poder del Estado”, no es más que una musiquita disuelta en el viento. Si le preguntaran a cualquier soldado acerca de la revolución no sabría qué decir, solo se trata de terminar de cruzar el desierto, escapar de su trampa. Por eso, la estrategia del General Miguel Bakunin no es muy distinta a la de Amancay Amuruyá: cualquier lugar hacia donde marchar es el adecuado, pero hay que hacerlo cuanto antes, a toda velocidad, al menos lo más rápido que se pueda antes que ese mar infernal del desierto termine de chuparlos tierra adentro. Juntan sus bártulos y se ponen a andar en dirección a Buenos Aires que a esa altura queda más o menos en cualquier parte.

Sin embargo, no tardan en encontrarse frente a la impetuosa y obstinada Montaña de Mandingo cercana, seguramente, a la ciudad de Las Flores —círculos sobre círculos sobre círculos, ya nadie recuerda cuantas veces han pasado ya por el mismo exacto lugar. Medio día tardan en cruzar la ladera y llegar a la cumbre. Al descender por el

otro lado, lo de siempre: pedregullo y pastizales. Marchan al trote lo que le queda al día y es entonces, con el cielo explotando en tonos naranjas llamando a la noche a gritos, que se encuentran de nuevo con el campamento fantasmal de la horda de refugiados que escapan de la guerra y pretenden esconderse bajo la falda del desierto. Nadie duda —las ceremonias en honor al dios de nada han servido—: se trata exactamente de las mismas carpas, la misma gente esperándolos en ese puntual recodo del tiempo circular.

Esta vez, hastiado de degüellos y de toda parafernalia técnica del horror, el General Miguel Bakunin decide esquivarlos, hacer un rodeo y marchar hacia Buenos Aires, esperando olvidarse de aquellos engendros demoníacos. Al trote, casi corriendo, dejan abandonada la carga que durante años los han acompañado —sus rinocerontes, sus perros caniches, pavos reales, faisanes, las carretas repletas de jarrones, cuadros, equipos de música, altoparlantes, y todo el tesoro de bagatelas y minucias que han acumulado saqueando las aldeas de aquí y de más allá. Marchan dos días y dos noches y ni Buenos Aires ni ninguna otra ciudad, aldea o poblado, aparecen en ningún horizonte, pero siguen andando y como una sombra que los persigue y se les adelanta vuelven siempre a encontrarse con el campamento de la misma horda de refugiados esperando por ellos. Una y otra vez, el General Miguel Bakunin ordena no detenerse, no abandonar la velocidad de la marcha desesperada hasta dejar atrás aquel espectro y encontrar el camino del regreso. Piensa que el desierto es el enigma del tiempo circular y que si continúan marchando hacia la misma dirección volverán siempre al mismo punto de partida. Decide entonces dividir las tropas en cuatro grupos diferentes que marchan hacia los cuatro puntos cardinales, pero aun así al otro día o al otro día del otro día vuelven a encontrarse todos en el mismo punto anterior que es más o menos cualquier lugar del desierto y siempre como riéndose de ellos la sombra de la montaña de Mandingo y la misma horda de refugiados recortada en el horizonte.

Cuando la cuenta de cadáveres de compañeros que han muerto en el camino se escribe con unos cuantos ceros, y otros tantos han decidido quedarse tirados en cualquier poso del desierto esperando nada —los buitres o lo que fuere que los redimiera de aquel infierno —, el General Miguel Bakunin y sus soldados simplemente renuncian. Comprenden que no les queda otra opción que amigarse con su destino. Entran por última vez en el campamento fantasmal de los refugiados nómades, pero esta vez lo hacen resignados y cabizbajos casi como pidiendo disculpas. Ninguno de los afantasmados homínidos explicita la menor referencia al temita del degüello y las violaciones

ocurridas las otras veces que los han visitado. Ningún resentimiento, nada, es como si en verdad nunca hubiese pasado o ellos no lo recordaran. Al recibirlos los tratan como se tratan entre ellos: como si no existieran, como si solo les importara no terminar de hundirse en el agujero negro de sus cerebros. Luego, el tiempo, el desierto, el hambre, el viento, hacen por separado y todos en conjunto lo que ninguna política de integración étnica hubiera podido: los soldados del Ejército de las FARC no solo se mimetizan con los refugiados nómades, sino que se vuelven enteramente refugiados nómades. Son cosas que suceden cuando no se aprende a eliminar al enemigo: uno mismo se transforma en el propio enemigo. Indiferenciables entonces de los mismos hombres a los que tantas veces han violado y pasado a degüello, los soldados de Miguel Bakunin y Miguel Bakunin mismo van perdiéndolo todo: la ropa, las ganas, las palabras. La tragedia es lo que queda. Miguel Bakunin comprende que nunca más saldrá de este campamento perdido en medio de la nada. Ya no tiene el menor sentido fantasear con Buenos Aires ni con ningún otro fetiche colectivo o privado.

Ahora sus pensamientos se le muestran como epifanía. Está en una ronda en la que soldados y homínidos del desierto se han juntado alrededor de una fogarata chupando humo del cuerno de un rinoceronte que abandonado en el camino ha encontrado el modo de volver con ellos. En un momento de este atardecer se ve a sí mismo y a sus soldados preparándose para la marcha. Es la hora de irse, volver a insistir. Se ve a sí mismo y ve a sus soldados marchar al trote hacia el campo abierto. Los sigue con la mirada un rato y observa cómo se van achicando en la distancia y el horizonte. Quiere comprender que ellos sí van escapar del campamento fantasma, atravesar el desierto sin que ninguna montaña de basura se cruce por su camino, ellos sí van a romper el conjuro, llegarán a Buenos Aires o cualquier otra ciudad o aldea que represente el regreso a casa. Pero, claro está, sus soldados siguen allí, a su lado, chupando del cuerno del rinoceronte, iluminados por un fuego espectral. Él, Miguel Bakunin, los ha visto marcharse de la toldería y sabe, quiere saber, que aquellos que se han marchado son el verdadero Miguel Bakunin y sus certeros soldados. Allí van hacia sus mujeres, hacia los honores que deben ser los suyos, y allí delante va el General Miguel Bakunin a recibir el reconocimiento de la patria, el abrazo de los comandantes supremos de las FARC, la medalla colgando en su pecho en recordatorio de que ha sido él el que llevó a sus hombres de nuevo a casa. Los verdaderos soldados y el certero Miguel Bakunin se han marchado, sí, para que la historia se haga y alguna cronología exista. Ellos, sus soldados, este otro Miguel Bakunin —el simulacro de sí mismo que sin embargo no ha dejado de

ser—, los que aquí se han quedado esperando la noche, no son más que el recuerdo de la memoria del desierto que los ha dejado inmóviles en la escena de un único y mismo presente.

De ahí viene la otra videncia: cada día se despierta con la imagen de las violaciones y los degüellos —entre sus brazos las cabezas de esos mismos refugiados que ahora lo acompañan, cayendo de rodillas contra el piso. Pero no es el recuerdo de lo que ha sucedido la primera vez que ingresó al campamento y se encontró con la horda de homínidos, sino que lo recuerda como si hubiese sucedido anoche. Cada día el mismo recuerdo y siempre, día tras día, recuerda las violaciones y los degüellos de hace solo algunas horas. Y siempre igual, se levanta y allí están sus compañeros de refugio rodeándolo, los mismos refugiados nómades a los que ayer les ha cortado la cabeza. Y ese en verdad es el único recuerdo, solo ese recuerdo, todo lo demás es palabrerío, narración. Lo único que ahora verdaderamente recuerda de su vida es que ayer ha violado y degollado a esos mismos que ahora lo acompañan.

A sus soldados les pasa lo mismo, nada recuerdan de sus batallas con Amancay Amuruyá recorriendo la frontera entre Junín y Sierra de la Ventana, nada de los paisajes contemplados o de la obstinada Montaña de Mandingo, ni siquiera pueden recordar eso que llamaban Buenos Aires, Argentina o Nueva Araucaria, solo el degüello de anoche. Saben que ha existido el Generalísimo Amancay Amuruyá, saben que ha existido algo así como el Ejército de las FARC, el bicho inmaterial del Sida deambulando en las vísceras de todas las víctimas que han violado, saben eso y muchas otras cosas, pero solo porque les llegan los rumores, porque los mismos humanoides del desierto se lo han contado. Pero la narración no es suya ni de nadie, lo suyo solo es el degüello de anoche. ¿Hace cuántas eternidades recuerdan, cada día, al despertarse lo que ha sucedido solo hace un rato?, ¿durante cuántas eternidades no han hecho otra cosa que recordar siempre lo mismo?

El 12 de Septiembre de 2027, las tropas de un Batallón del Frente Patriótico Nacional compuestas por cuatrocientos soldados del ejército argentino, atravesando el desierto en dirección a Buenos Aires, luego de escalar la montaña de Mandingo, se cruzaron con el campamento de mutantes antropoides que alguna vez habían sido parte de las tropas del Generalísimo Amancay Amuruyá —aunque en verdad en aquel rejunte de miseria post-humana no reconocieron ni el atisbo del recuerdo de lo que había sido el famoso Ejército de las FARC, solo vieron un amontonamiento de cuerpos pudriéndose bajo el sol. No tenían, los soldados del Ejército Argentino, tiempo que perder —tanta

muerte encima, tanto desierto en el alma, acumulados durante quince años yendo y viniendo de una punta a otra de la frontera entre Junín y Sierra de la Ventana con la misión de defender la frontera de la civilización, solo pretendían terminar con la guerra y regresar a sus hogares. Entraron al atardecer con el impulso bravo del que quiere hacer las cosas rápidas y marcharse. Ninguna defensa encontraron y no tardaron en comprender que habían estado esperando eso: el degüello redentor. Arremetieron con la idea de entablar la última batalla antes de dirigirse a Buenos Aires, pero ni para batalla dio aquel descuartizamiento. Abandonados de sí mismos en cualquier poso ni se levantaron, se quedaron ahí quietitos, con la cabeza levantada y los ojos hacia arriba como esperando recibir el machetazo. Los pasaron a degüello y las cabezas cayeron rodando y se detuvieron en cualquier parte con la misma anterior expresión facial como si no hubieran registrado el horror y nada hubiera pasado.

Al rato quemaron lo poco que había y encendieron una hoguera para pasar la noche y cobijarse del frío. ¿Cayeron ellos también en la trampa del desierto? ¿A la mañana siguiente, cuando despertaron y marcharon en dirección a Buenos Aires, volvierona encontrar la Montaña de Mandingo?, ¿y luego, cuando cruzaron la montaña volvieron a encontrarse con la misma horda de desahuciados?

Vaya uno a saber la suerte de aquel batallón del Ejército Argentino; lo que importa o debería importarnos es que ese 12 de Septiembre de 2027, Miguel Bakunin murió degollado, aunque, claro está, en la serie infinita de la vida y la muerte, una muerte más, una muerte menos, sea la de Miguel Bakunin o la de cualquier otro, no importa más que a lo que las moscas le puede importar la defunción de la compañera que a las cinco de la tarde del diez de Enero de 2018, daba vuelta alrededor de la oreja derecha de mi perro.

Si al menos la sucesión se detuviera por un instante y acabara con el vértigo con el que empuja a los cuerpos hacia su propio desastre quizás a las moscas les importaría qué ocurrió con su compañera, pero la historia no reconoce individuos, la pulsión vital de la especie los trasciende para crecer en la hecatombe de sus partes y lo que para el individuo es tragedia para la especie una fiesta.

De ahí la paradoja de la narración y la descendencia: son modos de la memoria, ilusiones de que los nombres vivirán más allá de sus muertes: pero también —narración y descendencia— son los vectores del vértigo y la continuidad, la modulación misma de las series infinitas en el que cada punto no es más que eso, un punto

deshaciéndose en la nada, la mancha de una mosca aplastada bajo la palma de una mano. Por ejemplo: el nombre de Miguel Bakunin sobrevive ahora en la narración que lo acaba de matar y sus genes, los genes de Miguel Bakunin, modulan la continuidad del ser en el útero de cada una de las ochocientas cincuenta y cuatro mujeres violadas durante la guerra mal llamada “guerra santa” por unos, “guerra contra el virus” por los otros.

XI. LA POSIBILIDAD DE UNA ISLA

Sacaron de mi cabeza la capucha con la que me habían trasladado desde el bar donde Axel Santana me había entregado. No tenía idea del lugar donde me encontraba. Uno que estaba vestido de militar dijo llamarse Plejanov, el otro Stirner. Abrió su maletín y tomó un artefacto diminuto que tenía la forma de una lapicera y una estructura metálica que parecía un casco desarmado. Puso este último aparato en su cabeza y extendió unas varillas delgadas que descendían hacia la frente. En las extremidades de las varillas, unas pinzas. Stirner ajustó las varillas y usó las pinzas para apretarme los párpados y dejarlos forzosamente abiertos. Plejanov se hizo cargo de lo que parecía una lapicera.

—Es una luz infrarroja de identificación virósica. No vas a sentir nada. Solo voy a apuntar a tus ojos. Vos no muevas la cabeza.

Apuntó el hilo de luz al ojo izquierdo. Se detuvo allí unos segundos. Le pidió al otro el lente que tenía la forma de una lupa. La acercó y allí estuvo no más de un minuto. Luego hizo lo mismo con el ojo derecho.

—Hablaron del Virus, no entiendo qué tiene que ver todo esto con el Virus.

—No deberíamos dejarte hablar, pero conocí al doctor Scherer, ¿sabés? Tomalo como un gesto de amabilidad para con él. Todavía guardo las desgrabaciones de sus clases. El doctor fue el primero que me enseñó algo del Virus. Pero el tiempo pasó y las cosas han cambiado. Lo que él enseñaba no tiene ya ningún valor. El Virus ha mutado —señaló Stirner.

—Si quieren saber del Virus, ¿por qué no me hacen un análisis de sangre?

—De eso se trata su mutación. Se ha vuelto indetectable. Al comienzo, en las épocas que el doctor Scherer trabajaba en la Facultad, eso se había tomado como un avance. Se creía que los antirretrovirales lo atacaban hasta volverlo indetectable. De la categoría B1 pasábamos a la categoría A1 y con ello creíamos estar frente al milagro de la cura. Pero equivocamos el rumbo, que se volviera indetectable no significaba su retroceso sino al contrario, aquello era su mutación y expansión. Los análisis de sangre se

volvieron anacrónicos porque el Virus se desplaza por el sistema nervioso. Se confunde con los tejidos, se aloja en el cerebro, lo recubre y escarba hasta alcanzar el núcleo. Por eso el primer análisis no es de sangre sino con la luz infrarroja en los ojos.

—¿Qué encontraron? —pregunté dirigiéndome al que había realizado el examen ocular.

—Nada —respondió el otro.

—¿Entonces ya está?

—Es al revés. Que no detectemos nada en tus ojos, significa que ya no hay margen humano que el Virus no haya arrasado.

—No sé qué me estás diciendo.

—Todavía es solo una hipótesis, pero en la mayoría de los casos en los que el análisis ocular da negativo se termina corroborando. El Virus ha tocado el núcleo cerebral. No se reconocen sino voces intermitentes de todos y de nadie. El sujeto entonces es completamente el Virus; los nombres y las voces modalidades de su presencia. Si todavía hay un resto, solo es síntoma de la etapa final. Ese resto es la incertidumbre, la pregunta ¿quién es el que habla?, ¿quién es el que pregunta quién habla? ¿Llegaste a ese lugar?, ¿te preguntaste quién es el que pregunta quién habla?

—Si eso ocurriera sería una cuestión neurológica no infectológica.

—Hasta yo tengo ganas de darte la razón, pero la mutación del Virus hace que no exista diferencia alguna entre neurología e infectología. El cerebro humano es producto de una infección. El lenguaje humano es una modalidad del Virus.

—Eso es un exabrupto, no explica nada.

—Nuestro error como infectólogos, lo que aprendí como estudiante y lo que el mismo doctor Scherer enseñaba fue pensar el Virus como anomalía. La anomalía es el hombre. El Virus es la regla. Eso es lo que sabe todo neurólogo, la excepción neurológica no responde a un simple evento sino a una estructura de base. Durante todo este tiempo no hemos hecho más que caer en la trampa de su disfraz sifilítico, tuberculoso, leproso, cancerígeno, y todas las enfermedades que no eran sino signos y huellas de lo hasta entonces innombrado. Ningún mono parlante murió de otra cosa que no fuera a causa del Virus. Ha estado desde siempre, en todo organismo animal, en toda forma de vida. Es nuestro suelo común, el fondo de nuestro cerebro. Si el hombre ha podido transformarse en la excepción es porque pudo resistirse a su propio cerebro. Metido en un pozo de carne pudo luchar contra las voces, hacerlas apagar en su cráneo de mono, acorralarlas y empujarlas hacia el fondo del agujero cerebral para que solo lleguen a la conciencia como musiquita y ruido blanco.

—¿Por eso trabajas con militares? —pregunté mirando de reojo al teniente Plejanov.

—No seas irónico. Si el hombre es la excepción y el Virus la regla, entonces es una cuestión política. Hay que tomar una decisión sobre la excepción, y toda decisión es política. Lo que se decide es el momento en que un hombre ha dejado de ser hombre, el instante en el cual el Virus es el único sujeto.

Plejanov guardó los aparatos en su maletín. Se paró junto a Stirner. Le tocó el hombro. Le dijo que ya era tiempo de comenzar. Los dos se sentaron del otro lado.

—¿Y ahora? —pregunté.

—Ahora vamos a hacer algo sumamente fácil. Vos solo tenés que escuchar y luego decirnos a quién de todos estos conocés, con quiénes tuviste contacto visual, auditivo, o táctil.

—¿Para qué es eso?

—No preguntes más, estoy un poco cansado de escucharte —dijo Plejanov.

—Dejalo, me gusta que pregunte —interpuso Stirner—. Tenemos tiempo. Queremos saber quién sos. Tenemos una lista completa.

—Me llamo Claudio Scherer.

—Ahora lo sos. Pero yo no quiero hablar con Claudio Scherer. Ese hombre murió, ya no existe ni en sí mismo. Quiero hablar con el Virus.

—Soy Claudio Scherer.

—Claudio Scherer es uno de tus tantos nombres. Vamos a ver cómo te llamas dentro de un rato.

—Tengo perfectamente claro quién soy.

—Primero te leo la lista, después me decís quién sos.

Emilia García Ding, treinta y dos años, alias Emilia, Robespierre 2253, Barrio de La Masacre.

Pablo Saltamontes, cuarenta y dos años, prostituto V.I.P, Achupallas 2253, Santander Norte.

Roberto Fernandez Sein, 42 años, artista plástico, Llorente 6715, Barrio Dorrego, Pilar.

Claudio Scherer, 43 años, médico infectólogo, Pedro Bonifacio 3241, Caballito, Ciudad de Buenos Aires.

Pablo Majno, 41 años, prostituto VIP, Llorente 6715, Barrio Dorrego, Gonzalez Catán, Municipio de La Matanza.

Simón Malwisky, treinta y nueve años, alias Bakunin, Sansón 2253, Barrio de La Retirada.

Osbaldo Kropotkin, cuarenta y dos años, alías El muerto, Marcial 2253, Barrio de La Esquina.

—¿Cuál es tu nombre? —preguntó, imperativo, Stirner.

—¿Claudio Scherer? —dudé.

—Ese no es tu nombre. ¿Cuál es tu verdadero nombre? —insistió

Plejanov.

—¿Pablo Majno?

Emilia García Ding, treinta y dos años, alias Emilia, Chassaing 2253, Barrio de La Abundancia.

Ricardo Sanchez, cincuenta años, alías Rick o Ricky, sin paradero establecido. Moura Federico, Abuelo Miguel, Damonte Raúl, Perlongher Néstor. Enrique Malatesta, veintiocho años, alias Quique, Rondón 2253, Santander Sur. Claudio Scherer, 43 años, médico infectólogo, Pedro Bonifacio 3241, Caballito, Ciudad de Buenos Aires. Barea Salvador, Sbarra José, García Saénz Santiago, Kuropatwa Fernando. Pablo Saltamontes, cuarenta y dos años, prostituto V.I.P, Achupallas 2253, Santander Norte. Roberto Fernandez Sein, 42 años, artista plástico, Llorente 6715, Barrio Dorrego, Pilar.

—¿Cuál es tu nombre?

—No lo sé, no lo sé.

—Roberto. Tu nombre es Roberto Fernandez Sein.

—Sí, mi nombre es Roberto Fernandez Sein.

Emilia García Ding, treinta y dos años, alias Emilia, Robespierre 2253, Barrio de La Masacre.

Paulo Querensky, treinta y nueve años, alías Betancur, Dancing 2253, Barrio de La Camorra.

Claudio Scherer, 43 años, médico infectólogo, Pedro Bonifacio 3241, Caballito, Ciudad de Buenos Aires.

Antonio Pasolini, cuarenta y cuatro años, alias Marqués de Sade, Detroit 2253, Barrio de La Candonga.

Pablo Majno, 41 años, escritor, Llorente 6715, Barrio Dorrego, Gonzalez Catán, Municipio de La Matanza.

Roberto Fernandez Sein, 42 años, artista plástico, Llorente 6715, Barrio Dorrego, Pilar.

Pablo Saltamontes, cuarenta y dos años, prostituto V.I.P, Achupallas 2253, Santander Norte.

—¿Cómo te llamas?

—Roberto Fernandez Sein.

—Ese no es tu nombre. Decinos quién sos.

—¿Pablo Saltamontes?, no puedo afirmarlo, ¿Pablo Majno? ¿Simón Malwisky? No logro recordarlo. ¿Cómo me llamo? Decime cuál es mi nombre, no jueguen más conmigo. Solo díganme cómo me llamo.

Me hicieron parar. Me encadenaron. Afuera la luz del día, clara, intensa, se detenía en el borde de las cosas y se recostaba sobre el silencio de la calle. En un descampado, nos esperaba un camión de ganado. Ya estaba casi completo de cuerpos vestidos y desnudos,

acomodados como podían unos sobre otros. Algunas cabezas salían entre los tablones que formaban el acoplado. Algunos brazos también. Me hicieron subir. Ya no había lugar para sentarme. El que estaba a mi lado no soportó su propio peso y quedó suspendido entre el piso y la cadena sujetada por mi mano.

Bordeamos los monoblocks que se amontonaban junto a la autopista. Recordé los nichos del cementerio donde había olvidado los restos de mi padre. Me gustó esa imagen. Los monoblocks se levantaban como aquellos nichos sepulcrales en una escala ampliada: cementerios verticales, nichos donde los hombres esperaban morir y darle sentido a su propio encierro. Recién cuando el camión subió la autopista nos cruzamos con otros camiones de ganado exactamente iguales al nuestro. Cabecitas negras y luminosas se asomaban entre los tablones. Algunos brazos sobresalían y sus manos jugaban con el viento, bien abiertas como si quisieran detenerlo. Había camiones donde todos los hombres estaban vestidos, había otros camiones donde todos estaban desnudos. Los cuerpos se ensamblaban en un ovillo indiferenciable, una misma masa carnal embutida en cada acoplado.

Desde arriba de la autopista vimos la ciudad que iba creciendo a medida que avanzábamos. Parecía que entre todos se habían puesto de acuerdo para que ese día no existiera en el calendario. Las calles que cortaban por debajo estaban completamente vacías. Ningún auto se desplazaba por ninguna parte. Delante, a los costados, detrás de nuestro camión, solo había otros camiones de ganado, marchando todos a una misma amistosa y lenta velocidad. Recién en la bajada del final de la autopista, el tráfico se detuvo. Los camiones se estacionaron uno detrás del otro, moviéndose un poco, frenando otra vez, y así alternativamente, durante un rato. Luego descendimos, tomamos una cortada directa hacia el bajo y luego otra calle que nos llevó hasta el puerto. Siempre encadenados nos hicieron marchar por unas pasarelas hacia el barco que nos estaba esperando. Era un monstruo marino de metal herrumbrado. La bandera nacional flameaba sobre las cabinas de comando. Nos hicieron descender por una escalerilla y todo se hizo oscuro. Cada uno se acomodó donde pudo. Pronto el ruido de los motores y el bamboleo del agua golpeando contra las paredes del barco señalaron que ya estábamos en camino.

No recordaba cuántos días duró nuestro viaje. Nunca lo supe. No hubo días, sino solo la noche espesa en los fondos de aquel barco. Cuando abrieron la escollera la luz del día iluminó los cuerpos amontonados. No todos pudieron levantarse. No todos pudieron subir las escalerillas. Seguíamos encadenados. Tuve que arrastrar el cadáver que se pudría a mi lado.

El barco se había detenido frente a la isla todavía lejana. Nos hicieron descender en lanchones de desembarco. Recién allí rompieron nuestras cadenas. A los cadáveres los arrojaron al mar. Anduvimos una media hora. El barco se nos hizo chiquitito, la isla gigante. A unos mil o dos mil metros de los acantilados y las rocas, nos obligaron a arrojarnos al agua. Nadamos los que podíamos todavía hacer algo con nuestros cuerpos, otros se perdieron entre las olas y se alejaron transformándose en puntitos negros y luego solo un mínimo brillo que resplandecía intermitente bajo el sol y el oleaje.

La fuerza del agua rompía contra el pecho y me dejaba llevar. Mi cabeza golpeó contra las rocas bajo los acantilados y la sangre se confundió un instante con la espuma blanca. Reptando sobre las algas y el moho de las rocas, de forma lateral a la isla, alcancé las arenas negras de la playa.

Algunos sobrevivientes ayudaron a otros infectados. Se metieron entre las olas, los tomaron por debajo de las axilas y los arrastraron hasta la costa. Allí los dejaron, derrumbados, de cara al sol, y volvieron otra vez a meterse hasta la segunda rompiente del mar.

Desde los médanos, vimos el barco inmenso hacerse nada en el horizonte. Recién entonces registramos la presencia oscura del bosque detrás de la maleza, extendiéndose de un lado al otro de la isla. Marchamos durante horas hasta llegar a un claro. Entre los árboles y en ciertas hondonadas del suelo, encontramos a otros que ya habitaban la isla. Algunos se juntaban en los pozos, había quienes se habían decidido por los árboles y permanecían colgados en las ramas viéndonos llegar. Muchos reducían su existencia a sostener sus cráneos entre las manos ocultándose el rostro. Los cuerpos desnudos o semidesnudos solo ofrecían partes de carne pudriéndose. La inmovilidad ganaba el espacio y los cuerpos se fundían en el tiempo inerte del bosque.

Había quienes estaban encadenados a los troncos de los árboles —la cabeza gacha, el mentón tocando el pecho. A veces temblaban, incluso cada tanto, se movían como si estuvieran electrocutándose. Luego la inmovilidad otra vez. Pensé en los viajes del Virus, pensé que esos hombres habían rogado ser encadenados —al menos así tenían un punto fijo al que regresar.

Dos o tres hombres permanecían de pie y caminaban por la zona. Inspeccionaban a los otros. Los tomaban del pelo y levantaban sus cabezas. El movimiento de los ojos, los labios fruncidos, cierto gruñido, les servía como respuesta de que todavía estaban vivos. Entonces los soltaban, dejaban de nuevo caer sus cabezas, y seguían su inspección.

Algunas ratas daban vueltas sobre las copas de los árboles. A

veces descendían sobre los hombres abandonados. Se paraban sobre los cuerpos inmóviles. A los infectados parecía no molestarle. Las ratas se juntaban sobre sus vientres y sus pechos, y allí arrancaban pedacitos de carne que luego se llevaban colgando del hocico. A esos hombres parecía no importarles, acaso ni siquiera registraran que aquellas ratas los estaban despellejando de a poco.

Los que habían venido conmigo desde la playa se habían perdido de mi vista. Uno que ya estaba en un pozo, se acercó a mí. Señaló algo y dijo "yo-yo".

La expresión "yo" y su mano levantada hacia algo detrás de mi espalda, me confundió. Pensé "yo" es el bosque. Pensé que ese hombre estaba diciendo que él mismo era el bosque o acaso el bosque era su casa.

Su brazo extendido me tocó la cabeza y volvió a repetir "yo-yo". Me mostró la mano y la sangre pegoteada entre los dedos. El golpe contra las rocas había sido más grave de lo que había pensado. No dijo más nada y se marchó. Pensé si acaso la palabra "yo" significaba "cabeza" o "sangre".

En una de aquellas hondonadas, junto a otros infectados pasé la noche, cobijándome del frío con unas ropas viejas que usé de frazadas. Unos pocos estaban reunidos en el centro. Me acerqué cautamente. Desgarraban con los dientes la carne de un animal. Me pareció que se trataba de un animal. Quise creer que era un animal.

No era un animal.

Pensé si la ropa que me cubría había sido la del hombre que entonces se estaban comiendo.

Dormí como pude. No dormí nada. Al despertar ya no estaba en Scherer. Sin transición, me encontraba de pronto caminando por el bosque. Aquel que marchaba a paso temeroso no era Scherer, sino un hombre cualquiera. No supe su nombre. Pero habló consigo mismo de los hijos que ya no volvería a ver. Lo escuchaba perfectamente. Yo estaba ahí donde él mismo quizás no estaba. Había otros más con nosotros y a la vez estábamos solos. Supimos que desde hacía días buscábamos algo que comer —un fruto, un animal, algo que no fuera carne humana—. Pasaron días. Me pregunté qué sería de Scherer sin mí. El hombre que me llevaba consigo dijo en voz baja el nombre de Scherer dos o tres veces. Creo que no comprendió por qué él mismo llamaba a alguien que no conocía.

No encontramos ningún alimento, pero la desesperación ni siquiera fue la comida sino calmar nuestra sed. En un momento encontramos un pozo y una vertiente. Nos agachamos. Yo permanecí de pie. O fui yo quien se agachó a beber de la vertiente y los demás permanecieron de pie observándome. No lo recuerdo. Recuerdo sí el agua salada. No fui yo quien tomó de aquella agua, pero todos los que

estaban en mí hablaron del agua salada de la vertiente. Encontramos otros pozos. Algunos encontraron otros pozos y hablaron del mar ascendiendo sobre la isla. No recuerdo haber visto otros pozos. Comprendimos que el suelo de la isla se desmoronaba. El bosque, la isla se hundiría inexorable en el fondo del mar.

Los hombres que nos rodeaban hablaron de otras cosas, pero ya no estábamos allí para saber de qué hablaban. Simplemente nos encontramos derrumbados contra el piso y éramos cualquiera y éramos nadie. Aquel que estaba tirado en el piso ya no era el hombre que nos había llevado por el bosque. En su mente solo había ruido. Ninguna palabra. Quise hablar, comunicarme, pero no había quién para escuchar nada. Aquello no me importó. Sentí cosquillas en el vientre, en el pecho y aquello me devolvió un mundo. No sé si abrimos los ojos. Las cosquillas se nos hicieron puntazos de agujas en la carne. No era dolor, pero los pinchazos no paraban nunca. Debían ser más de diez ratas entregadas al despellejamiento lento y suave de mi cuerpo. Unas ascendían por los árboles, con la carne apretada en el hocico, otras llegaban y comenzaban de nuevo con su ritual carnívoro. Me exigí levantarme, moverme, hacer algo para que aquellas ratas se marcharan, pero aquel donde estábamos parecía decidido a dejarse morir.

Entonces vimos unos hombres pasar por delante nuestro. Entre ellos vi a Scherer. Yo mismo —el que había sido—, estaba viéndome pasar delante de mí. Grité “Scherer”. Creo que grité. Me sentí extraño llamándome a mí mismo. Ni a él ni a ninguno de esos hombres, pareció importarles verme allí tirado, cubierto de ratas entregadas a la pasión de despellejarme. No me vieron, o me vieron y no les importó. Nadie hizo nada, simplemente terminaron de pasar y el baile fosforescente del verde de las hojas iluminado por el sol, recortando el azul perfecto del cielo, se presentó a mis ojos y allí me quedé asombrado por esa pequeña y tremenda belleza.

Después no sé cómo ocurrió, pero en el momento en que aquel hombre cerró sus ojos, aparecí de inmediato encadenado contra el tronco de un árbol. Recordé que yo mismo —¿pero qué significaba “yo mismo”?—, había pedido que me encadenaran a ese árbol para que si el Virus nos llevara lejos tuviera al menos un lugar donde regresar.

Un tiempo después volví a ver a Scherer. Lo vi de rodillas en el suelo, la espalda desnuda, tironeando para arrancar algún pedazo de carne del cadáver de un infectado. Cuando obtuvo lo suyo, se alejó del lugar y en cuclillas se puso a masticar la carne que sujetaba entre sus dos manos.

Sin embargo, cualquiera de aquellos infectados podía ser Scherer. Vi sus cuerpos desnudos y lo que el Virus había hecho con nosotros. Carcomidos y putrefactos, comprendí que ya no había diferencias que

sirvieran como identidad. Observé el cuerpo semidesnudo de Scherer y la aceleración desaforada de la putrefacción en su carne. Entonces no me reconocí. Volví a perderme en los otros, volviéndome nada en la dispersión carnal de un mismo ente. Me vi a mí mismo fuera de la que yo había sido y ya no me encontré. Los vi a todos como partes de un mismo animal, un espejo roto que reflejara en decenas de pedazos lo que quedaba de un mismo cuerpo que era el mío y el de cualquiera, y aquello lo veía desde ninguna perspectiva, o de todas las perspectivas a la vez y por ello desde ninguna parte. Éramos un todo destinado a comerse a sí mismo.

El bosque nos había cercado. La isla no nos dejaba ir más allá de esa totalidad cerrada. Todo lo veía como si de un caleidoscopio se tratara. La sucesión de perspectivas diferentes tendía a una simultaneidad vertiginosa. Cada uno de los que éramos existía en ninguna parte y eso mismo era existir en todas. Cada mirada era todas las miradas sin importar quién mirara, desde qué escondrijo entre las sombras de aquellos árboles.

Ya era nadie, ya era todos los que me rodeaban. Estaba encadenado al árbol, y a la vez a unos metros de distancia también estaba de cuclillas comiendo los restos de un cadáver, y a la vez estaba tirado en el suelo mientras unas ratas despellejaban mi cuerpo inmovilizado y así acostado abría los ojos y ya no estaba en el bosque sino tendido en la arena de la playa —el sol pegándome de frente, enceguecendo mis ojos— y lo único que podía distinguir como sombras oscuras que cruzaban delante eran las gaviotas que revoloteaban alrededor nuestro para caer después sobre los cadáveres que la marea no había querido llevarse mar adentro.

Los desplazamientos se aceleraron. Estábamos en un lugar y enseguida todo lo veíamos desde otro. Entonces ese bosque que era nuestro mundo no era uno sino cada vez muchos bosques diferentes y ninguno nuestro bosque. Pero ese mundo no duraba casi nada. Lo que nos sucedía solo sucedía en la evanescencia de un instante sin relación con el anterior o el siguiente. La posibilidad de establecer un lazo entre un mundo y otro, entre un acontecimiento y otro, tendía a diluirse. El nexo entre el hambre y la comida, o entre el agua de las lluvias y la sed, se borró de a poco. El hambre era ahora. La idea de que bebiendo un poco de agua la sed desaparecería era impensable, la conexión entre comer y quitarse el hambre una imposibilidad mental.

Algunos ya no recordábamos qué era comer.

El término “yo” a veces significaba el acto de comer, pero nadie recordaba haber sido capaz de realizarlo. Decíamos “yo-yo”, pero si alguien nos cedía un pedazo de carne ya no recordábamos qué teníamos que hacer con eso.

A los que no podíamos sino dejarnos morir de hambre, la imagen de “yo” se nos aparecía en sueños: nos encontrábamos comiendo seres humanos con los que habíamos compartido un lugar en el bosque y despertábamos desesperados como si jamás nos hubiéramos atrevido a ello.

Otras veces nos asaltaba la imagen de comer víboras, pájaros o pescados. No eran sueños aterradores como los anteriores, pero despertábamos con el mismo asombro, sin poder comprender cómo nuestro organismo era capaz de “yo”.

Entre todos aquellos que en el bosque he sido, también me encontré siendo Scherer. Y Scherer se dejaba morir porque tampoco era capaz de “yo”. Éramos unos cinco o seis rodeándolo y sujetándole los brazos para que no se moviera. Le estábamos comiendo las entrañas. Sentía el dolor que lo desgarraba por dentro, veía incluso a aquellos que arrancaban pedazos de su carne, pero entre el acontecimiento del dolor y esos hombres apretando entre sus dientes jirones de su existencia no había ya conexión posible.

Incluso es posible que en ese momento Scherer contemplara el dolor que sentía, pero difícilmente pudiera establecer ese dolor como algo que a él le estuviera pasando.

No había distinciones entre uno y otro —entre él y nosotros, entre ellos y yo. Su cuerpo había dejado de ser suyo —lo veía desde fuera, desde todos lados— y con ello no podía distinguir que alguien era comido y otro distinto el que estaba comiéndolo. Para Scherer, en ese momento, formábamos una misma cosa, sin posibilidad de separación. Sus entrañas comidas eran las bocas que las devoraban, formaban una misma entidad, como si desde sus entrañas salieran fauces destinadas a devorar aquello mismo desde donde surgían. Todo tendía a fundirse en una unidad caótica que se negaba a las partes. Los hombres que lo comíamos no éramos distintos ni ajenos, éramos entre todos, una misma cosa, un mismo animal entregado a la pasión de comerse a sí mismo.

Quizás la singularidad llamada Scherer murió esa noche, pero señalar un individuo que alguna vez fue Scherer era en el bosque un sinsentido. Scherer ya no estaba en ese cuerpo que los otros devoraban. Scherer era uno más de los que mataba el hambre comiendo un cuerpo de nadie y de todos. Era, él y los otros, y todos en conjunto, el virus mismo comiéndose a sí mismo.

Al amanecer, Scherer ya era parte de los mismos hombres que la noche anterior habían desgarrado y comido de sus entrañas. ¿Pero quién estaba allí para recordar qué había sucedido la noche anterior? Aquellos hombres que despertamos abrazados, amuchándonos, compartiendo el calor de nuestros cuerpos para no morir de frío, no

podíamos ser los mismos que la noche anterior habían comido carne humana.

Tampoco los árboles que oscuros enredaban sus puntas con la esfera blanca que le había salido a la noche, podían ser los mismos que entonces iluminados por el sol resplandecían verdes y susurraban el viento.

Pero decir “árbol” es un exceso y decir “noche”, y “luna”, y “viento” es decir nada. “Árbol” se decía “yo”, y “noche” y “luna” y “viento” se decía “yo”. Y ese todo que la noche, los árboles, la luna y el viento formaban significaba “yo”.

Habíamos perdido —acaso olvidado— el lenguaje comunicativo. Las palabras fueron desdibujándose y luego reduciéndose a casi nada. “Yo” ni siquiera era una palabra sino acaso solo una expresión fonológica o una respuesta orgánica ante determinados estímulos externos —tal como el grito no significa dolor, sino que el mismo grito es expresión o un modo del dolor, así funcionaba el término “yo”.

Lo que comunicábamos al decir “yo” era siempre algo distinto —y los equívocos constantes. En el bosque “yo” significaba mar, pero también alimento y horizonte, y pasado y futuro, hacía referencia al bosque, pero también definía a un árbol del bosque, incluso a las ramas de un árbol, al tronco de un árbol y también a los huecos que a veces se formaban en la base de los troncos de los árboles. También muchas otras cosas, y acaso todas las cosas que nos rodeaban, pero lo que parecía absolutamente improbable es que alguien al decir “yo” estuviera haciendo referencia a su propia persona. Para ello no había palabra ni expresión. Ni siquiera nos era dado pensarlo. Al menos no de un modo claro. En todo caso, “yo”, significaba él, nosotros, ellos, tú, pero nunca yo.

“Yo” también significaba “muero”, “estoy muriendo”, “soy yo el que ahora está muriendo”, y eso quizás en el fondo era lo único que debíamos comprender. Pero a la vez, cada uno por su parte sabía que ese era el límite mismo del lenguaje.

Yo moría y esa muerte era indelegable, pero también a la vez, el que moría siempre era otro, otro el que hablaba trayendo su propia agonía, otro el que moría en alguna parte del bosque, otro que moría de un cuerpo que no era el mío pero que moría en mí.

¿Era de alguien la desesperación de morir y no ser nunca uno mismo el que moría? ¿O esa desesperación también se perdía en el murmullo anónimo del bosque en todos y en ninguno?

El bosque.

La isla.

La palabra bosque, la palabra isla.

¿Qué bosque? ¿Cuál de todas las islas? ¿Cuál de todos aquellos mundos de todos y de nadie?

¿Cuánto duró aquello? Ahora solo son imágenes, iluminaciones intermitentes, vacilaciones visuales, que tienden a borrarse en el caos y resurgir solo como pesadillas de las que despierto sin poder comprenderlas.

¿Quién estuvo allí, en la isla, cuando la marea ascendió sobre los pobres médanos y ya no volvió atrás?, ¿quién todavía tenía algún registro de que el suelo se desmoronaba y las corrientes subterráneas ascendían en vertientes que inundaron el bosque y se llevaron los restos de los infectados flotando entonces entre las copas de los árboles, perdiéndose luego en el vaivén interminable del mar infinito? ¿Estábamos allí o ya éramos enteramente bosque e isla hundiéndose en la nada sin más huellas humanas que la carroña de los cadáveres?

Sin nombre, sin quién, me deslicé desde entonces por las series infinitas del tiempo y la narración. Recorrí nuevos reinos, nuevos imperios; en el otoño de 2066 milité en el puente de Alsina, ya no recuerdo si en las filas de Bloomsberg, que no tardó en hallar su destino, o en las de aquel impiadoso Paulo Hardrana que conquistó seis pies de tierra marciana; en el séptimo siglo de las Fuerzas del Eje, en una estación espacial demorada en los arrabales de Venus, participé acaso contra mí mismo de la custodia de la primera colonia autónoma de clones humanos; en un idioma que he olvidado aprendí el alfabeto de las señales electromagnéticas enviadas de una galaxia que aún ignoramos; el nuevo milenio me encontró encerrado en una cápsula en el umbral de la vía láctea, intentando que otros cyborgs comprendieran las reglas de un juego ya olvidado por todos —pude hacerlos comprender qué era un peón, qué era una reina, pero la figura de un caballo les resultaba inimaginable; en el 3064, en Blikanir —un estado al noreste de Rusanía—, como ciudadano mutante reconocido por las leyes del Imperio he profesado la neuromancia; en 3483 participé en la aniquilación de la independentista colonia de clones humanos; el siglo 38 me encontró siendo parte de las sectas antropomórficas que perseguidos por el Imperio nos dispersamos por las ruinas de la Tierra buscando los restos arqueológicos de eso que llamaron escritura; y sin embargo, nunca he abandonado el bosque, la isla ya siempre hundiéndose en un mar que sin embargo ha dejado de existir hace ya unos mil cuatrocientos años.

Las imágenes vuelven una y otra vez. Las iluminaciones de lo que allí vivimos insistieron en las pesadillas de todos los hombres y semi-hombres que desde entonces he habitado. El horror de morir y que esa muerte nunca sea mi muerte, la desesperación ante un mundo que siempre era el mundo de otro y nunca mi mundo, me persiguieron a través de los siglos. Fuere el que fuere el que entonces despertaba, allí

estaba la isla, el bosque, los cuerpos pudriéndose bajo el sol infausto, un hombre que era todos los hombres comiéndose a sí mismo sus propias entrañas.

Tiendo a pensar que esas visiones no eran mías ni de nadie, sino los restos de la noche originaria de la especie, anteriores a lenguaje alguno que les diera narración, sin necesidad incluso de haberlas sospechado ni vivido. Sin embargo, como esa isla desmoronándose en el mar, llena de cadáveres putrefactos flotando entre los árboles indiferentes, he visto pasar la vida de todos aquellos que desde entonces he sido. El universo que había conocido fue mutando hacia formas inimaginables, pero todo este tiempo ha pasado ante mí como si nada hubiera pasado. La distancia desde la que Scherer vio su cuerpo pudrirse en un mundo que ya no era el suyo, fue la misma con la que viví cada una de mis vidas durante estos siglos. Todo lo vi pasar desde mi isla hundiéndose en la nada, porque acaso desde entonces no he sido otra cosa que esa isla, el bosque oscuro, los cadáveres a la deriva.

Sé que la escritura tal como alguna vez nos fue dada, desapareció. La música que alguna vez le dio sentido a los oídos humanos ya no existe. Ahora hay un hombre que escribe. Un pequeño mono sidoso. No debe tener más de cincuenta años pero ya es todo un muerto vivo. Llamarlo “hombre” es un exceso. No reconoce los signos que él mismo traza. Yo tampoco. Acaso ni siquiera sean signos, sino solo la partitura de una música que jamás será ejecutada.

No tiene nombre. Los nombres humanos han sido prohibidos hace unos siglos. A mí me gusta llamarlo Scherer, otras veces Axel Santana. No responde, nunca responde. Vive su cuerpo de infectado sin importar quién vive su cuerpo de infectado. Sin embargo, no pierdo la ilusión de que este desconocido en el que muero esté transcribiendo lo que ahora digo. Pocas cosas nos mantienen en contacto. He aprendido a vivir en soledad, ser la compañía de nadie —lo que me asombra es que el pequeño mono sidoso pueda vivir sin mí, indiferente a estas palabras, a cualquier palabra que suene como su voz interior. Es uno de los tantos residuales que han quedado en la tierra cuando esta se hizo inhabitable. Quizás no superen los diez mil. Viven de la basura que las naves del Imperio arrojan desde la estratósfera —con suerte a veces encuentran residuos bioquímicos, restos de cyborgs deshechos, cadáveres de mutantes espaciales.

Han dicho —lo he escuchado en alguna parte— que el Virus desapareció en el año 2666 —una mueca de gracia se dibuja en un rostro inexistente. Desde entonces, al parecer, no se registraron casos de fallecidos por su causa. El descubrimiento de que el virus se alojaba en el cerebro humano había ocurrido unos siglos antes. La identificación del virus como aquello que había permitido el lenguaje

interior y la comunicación humana no tardó en postularse. El virus era la posibilidad del lenguaje, era el lenguaje mismo, pero también la promesa de una muerte más o menos rápida, más o menos dolorosa.

La vacuna atacó el sistema nervioso, apuntando específicamente a las células que formaban el sistema neuro-lingüístico. Los antirretrovirales inyectados fueron dirigidos a la corteza cerebral y formaron una barrera alrededor del núcleo manteniendo al virus allí encerrado como si se tratara de una isla hundiéndose en medio de un mar indiferente.

Ya no hubo infectados —eso se dijo— pero tampoco el mono parlante que habíamos conocido. El lenguaje humano se redujo al balbuceo, las glosolalias, el ruido. Los sistemas computacionales que ordenaban las acciones de la robótica, los androides, e incluso los cyborgs, reemplazaron la comunicación verbal por programas informáticos relativos a la infinita combinación de signos y sonidos. El mono podía seguir eligiendo combinaciones lingüísticas sin que estas se originen en su cerebro infectado. El virus continuaba vivo en el fondo del pozo cerebral, pero allí —el bosque, la isla— desfallecía encerrado.

Al mismo tiempo, el Imperio prohibió la escritura y la música porque eran vectores de su reactivación. Pero la escritura y la música ya eran obsoletas. Las mismas máquinas que facilitaban la comunicación verbal no humana, generaban escritura y música —en el fondo solo se trataba de establecer patrones de combinación entre signos y sonidos. Las producciones que durante milenios habían tenido su fuente en el cerebro humano de pronto eran variables de sistemas externos. El mono supo de las dificultades con las que los zombis tienen que vivir.

Desde entonces el tiempo ha transcurrido sin miramientos. Sé que la especie continuó reproduciéndose. Posiblemente se dieron un nombre distinto al de “humanidad”. Acaso esa especie sin lenguaje, sin música ni escritura, ni siquiera haya podido nombrarse a sí misma.

Quizás había otras opciones de relacionarse con el virus que los constituía. Eliminar el lenguaje, la escritura y la música no solo fue atentar contra el virus sino poner en juego lo que durante milenios habían entendido como humanidad. Al igual que las mutaciones del virus la especie mutó a una nueva forma que ya no se relaciona con el hombre que conocimos. Tal vez se trataba de un destino inexorable: desde el origen el hombre llevaba la marca de su propia aniquilación y vivía por la aniquilación que lo constituía. Si el virus había sido la posibilidad del lenguaje que convirtió al mono en un animal capaz de música y escritura, el virus también era la muerte que lo carcomía por dentro. Los antirretrovirales —arrinconando el virus en el fondo del pozo del cerebro del mono, la eliminación de la música y la escritura

— respondía a la ilusión de aniquilar esa muerte, pero con ello el hombre como tal debía desaparecer.

Pienso en la mano que se mueve y traza estos signos incomprensibles en papeles ya viejos y borroneados. Pienso en la pasión arqueológica que aún guía al pequeño mono mutante y el acto inútil de clausura que su mano escribiendo supone: los que habrían podido descifrar y acaso leer los signos que traza han desaparecido, los que vendrán no verán aquí más que dibujitos mal hechos, deshechos pictóricos de un individuo cuya especie ya pronto se extinguirá con él. Me doy cuenta de que somos bichos anacrónicos: si el individuo sin especie que lo contenga y defina es el monstruo, entonces este mutante al que me dirijo es el monstruo.

¿Sabe el riesgo que corre intentando ahora descifrar los dibujos que su mano traza y que acaso reproduzcan lo que yo estoy diciendo? Otros mutantes semihumanos lo han puesto en conocimiento. Las naves del Imperio han descendido ayer cerca del lugar donde estamos. Anoche los androides han comenzado la redada general. Seguramente buscarán a los disidentes agrupados en las sectas de los residuales que aún insisten en una escritura imposible. Acaso sepan que la secta de los residuales se ha reducido a este mutante que ahora sigue escribiendo.

No escribe. Esto no es escribir. Lo dicho: me gusta imaginar que sus letras se han reducido a notas musicales, y su escritura a una música que abomina ser tocada ni ha sido hecha para producir ningún sonido. Solo el hecho pictórico de existir así en el papel, como acaso los dibujos en las cuevas de Altamira o Chauvet no tenían otro sentido que el placer visual, la inscripción, el tajo en la roca.

¿Escuchas? —pregunto. ¿Me escuchas? Solo una palabra tuya bastará para salvarme, solo un gesto de tu parte dará sentido a todas estas palabras.

No responde. Solo mueve su mano.

Ya pronto acabará. Los androides del Imperio se presentarán en esta cueva, encontrarán estos papeles, y ese será su fin. No tengo otra esperanza que acabar en él. Que su fin sea también el mío y el de las palabras y el de las voces. No tengo esperanza, nadie dice yo. “Yo” es una palabra que ya no recuerdo qué significaba. “Yo” es una palabra ya pronto a desaparecer con el último mutante semihumano. Una nota musical en una partitura que no encontrará sonidos.

Acaso no haya fin. Quizás solo se trate de agotar las combinaciones posibles entre todas las palabras. En ese caso, quizás el fin ya ocurrió en el pasado, y esto no es más que una repetición inútil, el fulgor de una estrella ya muerta que aún resplandece en la distancia. No lo sé, no tiene importancia.

Esto también ha sido una combinación azarosa de palabras. Nuestra historia ha sido la del azar que ha regido una conjunción de sonidos. Supimos durante cientos de milenios qué es el ruido infernal del sin sentido cuando en la cabeza del mono la combinación de letras no alcanzaba la palabra, ni la palabra el enunciado. Una eternidad hemos demorado en que las letras formen palabras, las palabras enunciados para que entonces el ruido desapareciera y la musiquita mental se transformara en un lenguaje que nombrara algo. Eso que hemos vivido como eternidad no es quizás más que el parpadeo de un universo que no necesita nombres. Ahora se promete el silencio. Quizás mi pequeño mono lo suplique. Tal vez este mutante no ruegue otra cosa que el silencio que dé fin a esta historia.

Pero entre todas las combinaciones posibles hay una específica, una determinada conjunción de palabras que aún insiste: ¿hay una palabra que esté fuera de todas las palabras, hay una voz que esté fuera de todas estas voces, para establecer qué es la palabra, por qué todas estas palabras, qué necesidad de estas voces?

Me digo que lo insólito no es que pueda preguntarlo, lo insólito es que entre todas las combinaciones no se nos diera la conjunción que hiciera esta misma pregunta.

En el final debía llegar: ¿hay un afuera de mí mismo? ¿Hay una compañía que este por fuera de este que acompañó al mono en su historia? ¿Hay un virus que esté por fuera del virus?, ¿un testigo de aquel al que solo se le dio ser testigo de una historia ajena? ¿Quién entonces dará testimonio de mi propio testimonio —este mismo?

Seguramente la pregunta misma no sea más que ruido. Solo estando fuera de mí mismo, de mi propia totalidad, podré saberlo. Por ahora ni siquiera el cansancio es mío. Por ahora lo que suena seguirá sonando sin importar lo que dice. Ya falta poco. Solo se trata de esperar que encuentren a este último mutante y con ello alguna respuesta sobre la naturaleza de las series infinitas.

Ahora escuchamos las explosiones de la entrada de las cuevas. No tardarán en encontrar el camino correcto que los lleve a donde estamos. Puedo escuchar el ruido metálico de sus voces aproximándose.

Lo llamo con todas mis fuerzas, digo “Santana, es hora de marcharnos, han venido por nosotros”.

No responde.

Se escuchan los pasos de los cyborgs ir venir de un lado a otro. El pequeño mono sidoso los escucha. Parece ansioso. Se da vuelta. En la oscuridad registra una presencia. No parece asustado, simplemente mira hacia ninguna parte como si se tratara de un fantasma, una aparición venida del futuro. Me pregunto ¿qué hace en medio de esta oscuridad?, ¿desde hace cuántos días, semanas, milenios, está aquí

encerrado? No parece preocuparle, se mueve como si se hubiera hecho amigo del hambre y la soledad. Quizás su mirada perdiéndose en los recovecos de la noche me busque. En todo caso, me dejo contemplar como un monolito erguido en el último planeta de una galaxia deshabitada. Insisto con llamar su atención. Parece hablar, sí, pero en una lengua desconocida. Su mano continúa moviéndose en la hoja. Los pasos de los cyborgs se escuchan ahora más cercanos.

—Santana, hay que salir de acá, vámonos ahora —le digo.

No termino de entenderlo. El pequeño mono acaba de responderme. Su mano parece moverse más rápido que mi voz.

Escribe una pregunta y un nombre: "¿Santana, Axel Santana?"

No he preguntado nada, no he sido yo quien ha preguntado por Axel Santana. Ha sido el pequeño mono semi-autista el que me ha respondido escribiendo la pregunta. Desde hace siglos, es la primera vez que entramos en contacto.

La mano se ha detenido un instante. Vuelve a escribir en el papel la misma pregunta: "¿Axel Santana?".

¿He sido yo el que preguntó por Santana?

"Lo inventé hace ya mucho tiempo, cuando solían llamarme Pablo Majno y Pablo Majno era el nombre de nadie" —escribe la mano mientras no dejo de preguntarme quién ha pronunciado el nombre de Pablo Majno.

—Aquello fue el comienzo de todo esto cuando el Sida y la Escritura eran mis enfermedades predilectas —responde en voz alta el pequeño mono desquiciado, pero no se dirige a mí, no se dirige a nadie.

—Aunque en aquel comienzo no me llamaba Majno, sino Emilia García Ding y todos me conocían como Emilia…

FIN

Pablo Farrés, La Matanza, 31 de Diciembre de 2019.

TERCERA PARTE

LA OBSESIÓN DEL FANTASMA

Si leíste Los Manuscritos y llegaste hasta acá, puedo ahora hablar de nosotros y contarte quién fuiste.

Te conocí en un bar de San Telmo, dos meses después del último episodio con Claudio. Roby me había invitado a salir. No importaba dónde ni para qué, solo se trataba de escapar del encierro físico y mental al que Claudio me había condenado. Huir de nuestra casa, era un imperativo con el que se nos jugaba la posibilidad de algún equilibrio mental, Roby para respirar el aire fresco que lo hiciera olvidar de su enfermedad, por mi parte, se trataba, ni más ni menos que de enfrentarme de nuevo a rostros y personas desconocidas, darles la chance de mostrarme que el mundo era mucho más que Claudio Scherer. Teníamos que atrevernos. Al mediodía, mientras comíamos, me dijo que me preparara para esa noche dar un paseo y sentarnos en algún bar a tomar una copa. No dije nada, sabía que aquello era un modo de ponerme a prueba, en todo caso, convencerme de que podía hacerlo, pero no sabía si estaba preparada para aquello.

Tomé el coraje del que era capaz y acepté. Sin embargo, desde el momento que bajamos del auto, supe que no tenía defensa para con lo que Claudio querría de mí y por más esfuerzo en actuar una normalidad afectada que convenciera a Roby, la paranoia volvía y mirara hacia donde mirara encontraba la tentación enfermiza de adivinar en cada rostro el rostro oculto de Claudio.

Al entrar en el bar ya estaba convencida de que él no iría a renunciar a la posibilidad de someterme a lo que se le diera las ganas. Estaría al acecho, persiguiéndome, observándome, esperando el momento oportuno para volver a mi vida.

Sentada de espaldas a uno de los ventanales del bar, de frente a Roby y la muchedumbre que colmaba el lugar, te vi en otra mesa junto a un hombre que supuse tu amigo. ¿Me miraste, o fui yo la que pensó que no habías dejado de mirarme desde que había entrado al bar? No lo sé, temiendo que pensaras de mí cualquier cosa o que adivinaras el desvarío al que había transformado en hábito mental, nunca te lo pregunté.

El lugar era oscuro, apenas iluminado por unos candelabros góticos repartidos en las mesas, pero la insistencia de tu mirada, ese brillo raro que aparecía cada vez que Claudio decidía mirarme desde los ojos de cualquiera, llamaron mi atención. Levanté la vista y de inmediato creí identificar en tu rostro una de las tantas versiones carnales con las que Claudio solía presentarse. Se trataba de Alejandro Freire, al menos Claudio así solía llamarse cuando decidía presentarse bajo esos atavíos.

El terror volvió, mi rostro empalideció y Roby se dio cuenta. Me preguntó qué me pasaba y no quise responderle. Insistió interrogándome si se trataba otra vez de Claudio. Por mi parte estaba

concentrada en el fondo del trago y los últimos trozos del jamón que habían traído con la picada. Masticaba duro como si tuviera entre mis dientes pedacitos de Claudio. Vos no dejabas de mirarme y en un momento se dibujó en tu boca una sonrisa cínica. Era Claudio el que se reía de mí y me daba la señal de que no había estado equivocada.

Me mordí los labios, vos te levantaste de la silla y caminaste hacia el fondo del bar. Te detuviste junto a la barra y te quedaste mirando la pizarra de tragos que estaba colgada entre los estantes de botellas. No podía permitirme dejar que me siguiera robando la vida y algo en mí supo hacer del miedo una modalidad del odio más profundo. Me paré enfurecida, caminé entre la gente sacándomela de encima a empujones. Cuando llegué a ponerme a centímetros de tu espalda, te agarré del brazo y te di vuelta. Fue entonces que ese brillo en la mirada del que antes hablaba de pronto se apagó. Vos me sonreíste y te quedaste esperando que dijera algo, al menos explicara por qué te había agarrado del brazo. Pero no dije nada, solo te miraba buscando a Claudio en algún gesto de tu rostro, algún rictus de tu boca. Fue entonces que en medio del ruido de fondo —la música y la gente hablando casi a los gritos— te acercaste a mi oído y tu voz dibujó en un enigma que me dejó anonadada.

—No me vas a creer, pero te juro que anoche soñé con vos. Decime que te llamas Emilia y me caigo de frente.

La idea de que eras Claudio volvió a pasar como una ráfaga en mi mente, pero no sé, acaso la serenidad y a la vez la seguridad con la que habías pronunciado aquellas palabras, me dio la posibilidad de intentar comprender antes de pasar al exabrupto.

Te dije que sí, que me llamaba Emilia y enseguida te pregunté de dónde me conocías. Te tomaste un instante para pensar el modo de responderme. Con un gesto me invitaste a acercarnos a la barra para poder apoyarnos en alguna parte y entonces dijiste que habías soñado con una mujer idéntica a mí.

—El sueño era cortísimo pero también super claro. No sé dónde estábamos, algo parecido a un hotel, pero capaz que era un palacio o algo así. Vos corrías por un pasillo entre puertas clausuradas y espejos rotos. Yo te veía desde el fondo del corredor venir hacia mí y me quedaba esperándote. Cuando llegaste, me preguntaste qué era lo que veía, me rogaste incluso que te dijera a quién estaba viendo. “Sos vos, Emilia, sos la misma a la que estoy viendo, ¿quién otra podrías ser?”. Dije eso, me sonreíste y enseguida todo se deshizo. Me desperté con la imagen de tu cara y el nombre de Emilia dando vueltas en mi memoria.

—No sé qué decirte —balbuceé mientras mil cosas me pasaban por la cabeza, ante la posibilidad cierta de que fueras Claudio intentando abordarme con otras de sus mentiras.

—Debes pensar que esto es un modo de levante. Te juro que no —agregaste.

—No pienso nada, no te preocupes.

—No me crees, pero decime cómo puedo saber tu nombre si ni siquiera nos conocemos.

—Capaz que me conocés de antes y no te acordas —te respondí pensando que si no eras Claudio, acaso solo estabas inventándolo todo.

Sin embargo, era imposible que lo estuvieras inventando. Algunas noches atrás, yo había soñado lo mismo que vos. En mi caso, el sueño era mucho más largo. Pero vos me habías contado exactamente el final de lo que yo misma había soñado. Aquello significaba una sola cosa: habíamos compartido el mismo sueño porque compartíamos también el virus.

La idea me asustó, después de lo que había pasado con Claudio no quería saber nada con historias de sueños compartidos, virus infames e identidades falsas. Retrocedí con la intención de marcharme. Fuiste vos entonces el que me tomó de un brazo y me pidió que me quedara un rato más. Te dije que estaba con mi pareja y no quería dejarlo solo. Pediste al barman una birome y un papel, escribiste tu número de teléfono y lo guardaste en el bolsillo de mi pantalón. Dijiste que te llamabas Axel y que te llamara cuando tuviera ganas.

Volviste con tu amigo y yo me quedé pensando en tu nombre. Estaba segura que vos eras Alejandro Freire y por ende una de las tantas versiones de Claudio. Acaso no significaba mucho que te llamaras Alejandro, Axel o como fuera, pero el solo hecho de escuchar un nombre que Claudio no hubiera usado lo sentí como una briza de aire fresco, un afuera que Claudio todavía no había conquistado.

Me llamaste unos días después. Dijiste que habías esperado que fuera yo la que lo hiciera pero no pudiste esperar más y conseguiste mi teléfono en internet. Agregaste que si me molestaba el llamado, cortabas y no volvías a hacerlo. Me gustó tu preocupación. Me citaste en un bar del centro para esa misma noche. Dijiste que no tenía que contestarte nada, vos estarías esperándome y si yo decidiera no ir no importaría.

Al principio me negué a pensarlo, daba por descartado que no podría hacerlo. Me resultaba más fácil desechar la idea que enfrentar el terror de volver a caer en las trampas de Claudio. Aquella debía ser la primera vez que saliera a la calle sin la compañía de Roby y el miedo no cedía, pero las horas fueron pasando y cada vez fui tomando mayor coraje. El encierro que yo misma me había impuesto como un modo de sanación se me había vuelto una jaula de aburrimiento, ¿cuánto más iba a seguir soportando que mi vida se secara entre cuatro paredes? Ya por la tarde, me encontraba probándome el vestido

que más lindo me quedaba, peinando y maquillándome ante el espejo como hacía tanto tiempo no hacía.

Al llegar al bar, tal como me lo habías prometido, ya me estabas esperando. Habías elegido una de las mesas del parque trasero del bar, pensando que me gustaría fumar mientras charlábamos. Te dije que no fumaba y te sonrojaste. Me gustó que no lo supieras. Pensé de pronto que ese pequeño detalle develaba el estado ruin al que me había dejado llevar. Claudio sabía todo de mí, mis gustos, mis sueños, mis recuerdos, hasta el punto de sentir que ya nada valía la pena contarle ni mostrarle, por lo que el mínimo hecho de que vos desconocieras que no me gustaba fumar me devolvía la posibilidad de sentir que todavía valía la pena, que acaso tenía un mundo —gastado, derrumbado, sí, acaso mísero pero que tal vez te gustaría descubrir.

Me preguntaste a qué me dedicaba y de pronto impulsada por tu atención me encontraba hablando de mis viejos poemas, de mis pinturas y mis trabajos en revistas de críticas de arte, de las últimas exposiciones que me habían gustado, de los pintores que adoraba, y fue como si me estuviera inventando a mí misma. Me contaste que eras fotógrafo, que habías ganado una beca para recorrer el país tomando imágenes de rostros —"cientos de miles, todos los que pueda", dijiste—. Se trataba de armar series de rostros de diferentes regiones del país, por medio de un programa informático harías que las imágenes se plegaran unas sobre otras creando el efecto de una transformación continua. Tu proyecto me resultó una rima del azar, una simetría del mundo. No te lo dije, pero estaba pensando en Claudio y en cómo tu idea era de algún modo la representación más clara de lo que Claudio era. Lo que para vos debía ser un trabajo que llevaría meses, viajando de un lado al otro, fotografiando a tantos hombres como pudieras para después crear el artilugio de una continuidad ficcional, me recordó la vez que en un solo instante había visto en el rostro de Claudio todos los rostros que él mismo era.

Sacaste la cámara de tu bolso. No me había fijado, pero me sorprendió que fuera azul oscuro, sin arabescos ni nada, solo un bolso pobre, idéntico al que tenía Claudio. Me mostraste en la pantalla de la cámara, las fotografías que ya habías tomado y ante cada una te detenías para contarme bajo qué circunstancias y en qué lugar del país lo habías hecho. El dedo índice de tu mano derecha hacía correr las imágenes de derecha a izquierda, mientras yo pensaba que acaso la sucesión que creabas, la sucesión de esos rostros encuadrados bajo las mismas dimensiones, digo, la sucesión en sí misma era nuestro límite perceptivo y a la vez la condición de lo humano. Y era esa sucesión también la posibilidad del arte y la ficción. Claudio, en cambio, la revelación de todos sus rostros en un mismo instante, era la simultaneidad monstruosa. Lo que para vos era un modo de producir

una obra artística, para Claudio era una condena ontológica. Sucesión o simultaneidad, en ese borde se jugaba el hombre y el monstruo.

El nombre de Claudio en mi mente me impuso de nuevo la necesidad de defenderme. La conexión que habíamos establecido se apagó. Ahora, más distante, me limitaba a escucharte hablar de tus viajes y tu vida como fotógrafo. Mientras tanto mi cabeza daba vueltas buscando los detalles de tu rostro. Me habías dicho que te llamabas Axel, pero me asustaba encontrarte tan parecido a Alejandro Freire. Acaso solo se trataba de una semejanza que yo transformaba en sospecha, al fin de cuentas, más allá de las dos o tres veces que Claudio se había presentado con el rostro de Alejandro Freire, solo lo había visto en sueños.

Tenía miedo de arruinar la noche con mis vacilaciones. Decidí ir al baño para tomarme un instante, encontrar alguna serenidad y volver a tu lado. Estaba lavándome la cara frente al espejo y cuando me erguí encontré a Claudio detrás mío. Aquella fue la primera vez que Claudio, finalmente, se presentaba con el rostro del doctor Scherer. Pensé si acaso había decidido mostrarme quién en verdad había sido, pero ni siquiera me dio tiempo a ubicarme delante suyo que me tomó de los hombros y me pidió que volviéramos a intentarlo.

Parecía quebrado, un chico al borde del llanto. Dijo que los últimos meses se le habían transformado en una tortura que ya no podía soportar, había intentado hacer su vida lejos de la mía pero no había podido. Le respondí recordándole sus llamados, sus mensajes, las amenazas y las persecuciones a las que me había sometido, pero ni siquiera me escuchaba. En algún sentido parecía apostar por un chantaje emocional que su voz lacrimosa acentuaba, pero no lograba otra cosa que obligarme a un único pensamiento: que desapareciera de mi vida.

Dijo que todo ese tiempo sin vernos le había servido para pensar en nosotros y en los errores que había cometido. Estaba seguro que el hecho de mantener silencio sobre su afección —así la nombró— había sido lo que nos había terminado alejando. Me había querido cuidar pero no había comprendido que con ello me estaba perdiendo. Ya era hora de compartir conmigo todo lo que él era, sin secretos ni dobleces, y que en todo caso, fuera yo la que decidiera qué hacer. “Debes pensar que soy un monstruo, que existo a costa de matar y robar la vida de otros. Yo mismo me siento un monstruo, pero no soy el que elije esto, daría lo que fuere para volver a ser el que alguna vez fui” —dijo como si en verdad estuviera hablando para sí mismo.

—No entiendo todavía por qué me buscaste, por qué me perseguís —respondí intentando sacármelo de encima.

—No puedo explicármelo, vos deberías presentar los mismos síntomas que los otros pero parece que nada te afecta. Sos la única

persona de la que puedo enamorarme sin sentirme una aberración de la naturaleza. A donde vaya un reguero de muerte voy dejando en el camino.

—Eso es lo que le hiciste a Roby, le robaste la vida, le secaste el alma.

—Entendeme Emilia, o mi vida se hace con vos o solo me queda aceptar que soy un monstruo.

—Apenas puedo conmigo misma, no estoy para salvar a nadie.

—No te pido que me salves, solo te ruego una última chance. Algo de tu cadena genética está en mí, tus sueños son míos, tus recuerdos también. Somos uno antes siquiera de habernos conocido, sé más cosas de tu vida que acaso vos misma.

—Me das miedo, Claudio, lo único que quiero es tener una vida.

—Ya es tarde para tener una vida, a donde vayas vas a llevarme con vos. No entiendo por qué no podés aceptarlo y darme la oportunidad que empezar de nuevo.

—Yo también quiero empezar de nuevo, pero necesito hacerlo sola.

—¿Me rechazas por ese que te espera ahí afuera?

—No sé de qué estás hablando.

—Ese amiguito nuevo que encontraste. ¿Axel Santana se llama, verdad?

—¿Cómo sabés el nombre?

—Tengo mis recursos, Emi. ¿En serio me vas dejar por ese? No tenés la más pálida idea de quién es.

—¿Ves?, ¿te das cuenta que es otra vez lo mismo?, ¿por qué te das el derecho a meterte en mi vida?

—No me meto en tu vida, quieras o no ya estoy en ella.

—Basta, Claudio, déjame en paz, por lo que más quieras, entendé que no quiero saber más nada con esta historia —supliqué lindando el grito.

Se alejó unos pasos, dio una vuelta sobre sí mismo mirando el piso. Parecía estar evaluando la situación, midiendo lo que estaba por decirme. Aproveché entonces su descuido y chocándolo con mi hombro izquierdo pasé a su lado para irme del baño.

Caminé con prontitud hacia la mesa donde todavía me esperabas. No supe qué decirte, necesitaba irme del lugar, volver a la casa de Roby y encerrarme a llorar. Tomé la cartera que había dejado en mi silla y te dije que tenía que irme. No comprendiste nada de lo que estaba pasando pero aquello era también un modo de cuidarte. No me imaginaba cómo pero no quería que Claudio te hiciera daño.

Me respondiste algo que no escuché, pero entonces vi la figura de Claudio salir del baño y apostarse junto a la barra del bar. Allí se quedó mirándonos. Aunque no lo creas, aquello significó para mí un

consuelo mental que vino a envolver mi angustia como si vos mismo me estuvieras abrazando. Claudio estaba allí, detrás tuyo, acechando, y aquello me dejaba en claro lo único que en verdad me importaba: que vos no fueras una trampa del otro.

La idea de quedarme al lado tuyo pasó como una ráfaga por mi mente, finalmente había un afuera de los límites que el imperio de Claudio había creado rodeando mi existencia. Supe entonces que vos eras el hombre con el que quería fugarme del mundo, dejar atrás todo lo que había pasado y darme la posibilidad de darme otra vida. Te pedí disculpas por la situación, te dije que al día siguiente te llamaría. Te ofreciste a llevarme con tu auto a donde necesitara ir, pero me negué y solo atiné a darte un beso rápido en la boca como si con ello intentara decirte todo lo que no podía. Salí del bar, sin mirar a Claudio, corrí hacia la esquina y tomé el primer taxi que encontré.

La vergüenza ante lo que había pasado me impidió llamarte. Me mordía los huesos para no hacerlo. No podía ni debía involucrarte en algo que yo sola tenía que resolver. Me lo había impuesto como si en ello se me jugara el margen de dignidad con la que todavía podía enfrentar un espejo y mirarme a los ojos.

Una semana más tarde volviste a llamarme. El mundo se detuvo, al menos el universo llamado Emilia encontró el límite de su expansión hacia ninguna parte y todo se contrajo de repente a ese instante en que tu voz pronunció mi nombre.

Dijiste que no sabías lo que había pasado la última vez en el bar. No me lo estabas preguntando, no querías forzarme a contarte algo que no quería.

Quise hablar, pedirte perdón, pero te impusiste enérgico. Dijiste que no tenías tiempo, dentro de unas horas debías marcharte de Buenos Aires para seguir con tu proyecto. La idea era continuar tu viaje hacia el norte del país. Me invitaste a acompañarte. De inmediato supe que aquella era la última oportunidad que tenía de conocerte. Debía decidir en ese mismo momento qué hacer. No tenía mucho para hacer, o era aceptar tu invitación y cumplir con mis sueños de fuga o dejarme pudrir en la mansión de Roby rogando que Claudio no encontrara agujeros por donde meterse.

Te dije que sí y un viento dulce me acarició el alma, sentí la distención de los músculos, las células de mi cuerpo vibrar componiendo una melodía simple. Mi existencia se volvía música. Dijiste que en una hora me pasabas a buscar. Cortaste el teléfono y yo me dediqué a preparar un bolso para el viaje. El mayordomo de Roby me anunció que me estabas esperando afuera. Le dejé una nota a Roby. Corrí hacia el portón con una sonrisa que no pudiste dejar de registrar. Abrí la puerta del auto. Me senté a tu lado. Me preguntaste si estaba segura de lo que estaba por hacer. Te dije que nunca había

estado tan segura en mi vida.

Cuatro horas después estábamos en Rosario. No era una parada obligatoria pero ya era de noche y mientras todavía andábamos por la ruta y accedíamos a la circunvalación de Rosario, se te ocurrió que comiéramos algo en algún restaurante frente al río. Nos sentamos en una mesa junto a la ventana. Desde allí podíamos ver el río correr a unos metros del lugar y dejarnos encandilar por las lucecitas intermitentes de la ciudad que parecían haber sido lanzadas sobre el agua como pequeñísimos dados sobre el paño de una mesa de juego. Del otro lado, se levantaba más oscura que la noche la sombra espesa de las islas y te pareció la silueta de un monstruo marino que lleno de protuberancias y más grande que una ballena se había encallado o solo echado a dormir un rato.

No nos decidíamos qué comer, teníamos que pedir algo liviano para continuar el viaje hacia Córdoba y ante las dudas comunes se te ocurrió que escribiéramos en la servilleta lo que deseábamos que comiera el otro. Vos pediste para mí unos ñoquis de verdura con salsa rosa, y yo pedí para vos pejerrey a la parrilla. Al final te comiste mi plato de ñoquis y yo terminé desguazando tu pescado. Siempre pensando en cuidarnos para continuar el viaje, primero pedimos para tomar un agua mineral, pero entre las risas y lo rico que estaban nuestros platos nos decidimos por un vino tinto que le hiciera honor al río, la sombra de las islas, las lucecitas aferradas al lomo del agua. Al terminar la cena, salimos a caminar por la costanera, escalamos barrancos, subimos a la terraza del Parque España y nos besamos con furor adolescente. Caminamos un rato largo por las calles oscuras del bajo y terminamos en un hotel que estaba en la esquina de una plaza. En la recepción pedimos que subieran a nuestra habitación otro vino. El lugar era más bien modesto. Una cama digna, sí, pero también unos sillones viejos que rechinaban como si ocultaran un gato que atrapado dentro maullara muerto de hambre, una mesa ratona con los ceniceros pegados al vidrio suponiendo nuestra potencial condición de chorros, unas cortinas tan rojas como desubicadas con respecto al resto. No nos importó el lugar, nos besamos una y otra vez, nos besamos entregándonos a lo que nuestras bocas dispusieran y entonces supe que ese era el momento de decirte lo que de ninguna manera podía callar.

Nunca me había enfrentado a esa situación. Las personas con las que había tenido sexo respondían a tres conjuntos generales. Unas eran aquellas que tenían Sida y sabían que yo también estaba infectada, por lo que ni siquiera era necesario hablar de la cuestión.

Con el segundo grupo, siempre fue un poco más complicado. Al menos a mí no dejaba de hacerme ruido tener sexo con un cualquiera y no decirle que tenía Sida. Me contentaba con exigirles que se pusieran un preservativo como si con eso estuviera diciéndoles todo lo que no estaba diciendo; luego, si lo usaban o no ya era una cuestión del otro, no mía.

Estoy hablando de situaciones en las que es difícil sostener algún control, en las que te pasaste de drogas o de alcohol o lo que sea que te pone en ese lugar donde vos mismo no estás, y hablo también de esas relaciones destinadas a transformarte en una mera cosa, personas que vos sabés que van a tratarte como una cosa que se usa y se tira o que puede decorar algún lugar durante un tiempo y luego se deshecha como basura, y sin embargo aceptas y dejas que te traten como una cosa porque te divierte o porque te gusta o por lo que fuere. En fin, a las personas de este grupo nunca les dije que tenía Sida. Al otro día, remontando un poco lo que invariablemente elegía olvidar, me excusaba diciéndome que al fin y al cabo estaba bien de mi parte no decir nada, ¿para qué?, ¿con qué fin decirles que tenía Sida?, si el objetivo era justamente tratarme como una cosa, por qué pedirle a una cosa que confesara de qué estaba compuesta, por qué exigirle que hablara de cuestiones tan íntimas como el hecho de tener Sida si no era más que una cosa que se podía usar y desechar.

Pero había también un último conjunto de personas, gente que por una razón u otra te une un lazo de simpatía, amistad o incluso amor, personas especiales, pocas, claro está, que te mueven el piso y darías lo que no tenés por hacerles bien, por estar cerca suyo toda la vida. Con estas personas, incluso si me moría de ganas de tener alguna relación, si me desesperaba imaginarme haciéndoles el amor, nunca jamás tuve sexo. Prefería huir, irme lo más lejos posible, antes que verme obligada a confesarles que tenía Sida. Si hablar era el peaje que debía pagar para poder acostarme con ellas no pensaba hacerlo. Ni de cerca hubiera cedido a la cuestión, siempre preferí perderlas y olvidarlas antes que tener alguna relación sexual solo para no decirles lo que me pasaba. Así perdí novios, amigos, personas que me gustaban y con las que me hacía ilusiones de despertarme al otro día y saber que me podían abrazar. Elegí siempre la soledad, preferí con ellas la castidad monacal.

Pero con vos era distinto. Vos no entrabas en ninguno de los tres conjuntos de los que hablaba. Podías bien ser parte del último grupo, pero la diferencia es que no podía perderte, no tenía fuerzas suficientes como para escapar a la cuestión, marcharme y dedicarme a olvidar. Lo que me había pasado con Claudio me había dejado en las ruinas de mí misma, en un borde difícil de sostener, tenía miedo de mí, miedo de que me dejaras y entonces no saber qué hacer con mis

manos, con mis brazos, con mis piernas, con mi cabeza. No podía aceptar de tu parte ningún rechazo. Fui cobarde, hice silencio, dejé que corriera el tiempo. Te dije que estábamos cansados, que debíamos dormir un rato para al otro día seguir viaje. Vos entendiste de inmediato, parecías haber nacido para comprenderme, te portaste como un caballero, me diste el tiempo que necesitaba sin reproche ni forzar cosas que no debías.

Dormimos hasta el mediodía, al despertar te diste cuenta que no recordabas dónde habíamos dejado el auto. Salimos del hotel y lo que hacía unas horas atrás era la desolación amable de una ciudad vacía, ahora era un hormiguero de gente que se había impuesto la tarea de borrar toda coordenada posible.

Volvimos sobre los pasos que habíamos dado durante la noche y entre los miles y miles de autos estacionados en un lugar y otro no encontramos el nuestro, pero entonces nos descubrimos paseando sin rumbo ni destino. Lo más lindo era la capacidad que tenías de reírte de vos mismo y con ello encontrar en cada equívoco, olvido y error una oportunidad para otra cosa. “Tengo que aprender a celebrar el error, no este o el otro, sino solo celebrar el error”, dijiste en un momento mientras andábamos por la peatonal San Martín. Entonces te respondí que lo que a mí me gustaría aprender a celebrar era el dolor. Eso es lo que dije, “me gustaría aprender a celebrar el dolor, pero no puedo, todavía me aferro al sacrificio como si en ello encontrara alguna épica que le dé sentido a mi vida”.

La peatonal hizo desembocar nuestros pasos en el Monumento a la Bandera. Bordeamos la entrada y las escalinatas, te pregunté si querías ir a conocer, te negaste a subir por aburrido e insulso. Nos sentamos en un barcito mirando al río. Eran quizás las seis de la tarde. Entonces me preguntaste si lo que había dicho era en referencia “al tipo ese del bar”.

—¿Claudio?

—No sé cómo se llama.

—No sé qué decirte de esa noche. Me fui y te dejé plantado, ni siquiera te expliqué por qué. Pero cómo sabías que Claudio estaba ahí.

—Cuando saliste del baño, él salió detrás tuyo. Vos te acercaste a la mesa, tenías la cara desencajada, estabas pálida y con los ojos llenos de odio. Me dijiste que te tenías que ir, tomaste el bolso y cruzaste el bar hacia la salida. Entonces volví a ver al mismo tipo apoyado en la barra. Te siguió con la mirada y luego giró hacia mí. Enseguida se sentó frente mío sin presentarse, pedir permiso ni nada. Dijo que había sido tu pareja y acababan de romper.

—Sí, se llama Claudio. Te dijo la verdad, fuimos pareja pero no acabábamos de romper. Lo mío con Claudio había terminado mucho tiempo atrás.

—A él no le parecía lo mismo. Me amenazó con no sé qué cuestiones. En realidad, para ser preciso creo que no dijo nada que fuera una amenaza, pero hablaba raro, incluso el hecho de haberse sentado enfrente mío y estar hablándome ya erauna forma de amenazarme.

—¿Pero qué te dijo?

—Que me olvide de vos.

—¿Eso solo?, ¿qué más?

—Que ustedes iban a estar juntos más allá de tus decisiones, que había algo a lo que no podían renunciar y que los unía para siempre. No sé, me parecía un loco.

Me quedé en silencio, no sabía qué decirte. Todo lo que había vivido con Claudio, todo el tiempo perdido buscándolo y también escapando de él, se me vino encima para apretarme el pecho como si una mano invisible escarbara en mis entrañas, tomara mi corazón y lo estrujara para sacarle hasta la última gota de jugo. Me sentía llena de vergüenza. ¿Sabés qué es la vergüenza?, no la vergüenza de haber hecho esto o lo otro, no la vergüenza por algo en particular que te haya pasado sino vergüenza de tu existencia, vergüenza de lo que fuiste, de lo que dejaste que hicieran con vos.

¿Cómo se hace para seguir cuando sos vos mismo, todo tu ser, lo que te avergüenza? Sabía que en algún momento teníamos que hablar de Claudio, al menos yo debía contarte lo que había vivido con él, pero no me imaginaba el colapso orgánico y nervioso que podía provocarme el mero hecho de volver a pronunciar su nombre, no por él, ni siquiera por Claudio o lo que me hubiera hecho, sino por mí misma, por volver a escucharme pronunciando ese nombre, por ser yo la que había jugado a algo que me excedía y humillaba, pero que seguí jugando solo porque me excedía y me humillaba.

Eso era lo que tenía que haberte dicho en ese momento, en el barcito frente al río, tenía que haberte hablado de Claudio, del Sida y de esa Emilia que humillada una y otra vez se había entregado al goce de la humillación, tenía que haberte contado paso por paso, como lo estoy haciendo ahora con quién, cuándo y dónde me contagié el virus, y también tenía que haberte contado cómo había sido que conocí a Claudio, quién había sido Claudio, qué me había pasado a mí con Claudio, pero no lo hice, no pude con la vergüenza de mí misma, no sabía qué ibas a pensar, no quería que se cerrara la única puerta que apenas entreabierta me había mostrado que todavía había un mundo para mí. Eso: no quería perderte, no quería que te fueras y me dejaras otra vez con la condena de tener que ser la Emilia de siempre.

—La historia con Claudio está cerrada desde hace mucho tiempo. Es un pobre tipo, no más que eso.

—Lo decís como si no te preocupara, pero el otro día tuviste que escaparte del bar porque ese loco te estaba persiguiendo, ¿no fue así?

—Sí, es una historia rara, Claudio nunca aceptó que terminemos. No fue esa la primera vez que me persiguió o me acosó o me amenazó con algo. Me resulta difícil hablar del tema. Ya se la va a pasar, y si no se la pasa no me importa. Yo tengo que hacer mi vida como se me de la gana. El mundo está lleno de locos y no es mi culpa. Lo único que quiero es que ese tema no se meta entre nosotros. No acepto subirme al auto de cualquiera y viajar a lugares de los que no tengo idea. Estoy acá con vos porque me importa saber quién sos, me gusta que estemos juntos, me hace sentir cuidada, no quiero arruinarlo por un tipo que dejé de ver hace mil años. Necesito que lo entiendas, es lo más importante para mí, lo único que me interesa ahora es estar con vos.

Me sonreíste, pero tu sonrisa me devolvía como un espejo distorsionado la imagen que podías hacerte de mí. ¿Estabas frente a una loca?, ¿ni siquiera te conocía y ya te estaba diciendo que me importabas lo suficiente como para que juntos nos fugáramos del mundo? Si no te lo dije en ese momento, sábelo ahora: estaba loca y lo único que deseaba era fugarme del mundo con vos aunque apenas te conociera, aunque todavía ni siquiera nos habíamos hecho el amor. No necesitaba el rigor de ninguna medida como para darme cuenta que el fulgor que me empujaba, eso que me hacía sentir confianza en mí misma y me invitaba a ilusionarme con cielos abiertos y vientos limpios pegándonos en la cara no era ninguna otra cosa que el hecho de que estuvieras al lado mío. Con vos me sentía tan fuerte que me sabía capaz de enfrentar a Claudio y no dejar que se metiera entre nosotros.

Fue entonces que encontramos el auto, o quizás fue el auto el que nos encontró a nosotros. Estaba estacionado enfrente del barcito, en diagonal a nosotros, con una boleta de infracción de tránsito apretada entre el vidrio y el limpiaparabrisas.

Tardamos unas cinco horas en hacer el camino entre Rosario y Córdoba. Lo hicimos de un tirón y casi ni nos dimos cuenta de los kilómetros y kilómetros de campo que íbamos dejando atrás. Escuchamos música y te tocó a vos hablarme de tus historias. Me dijiste que venías de una relación de cinco años con una chica que se llamaba Débora. Me contaste que habían vivido juntos en un departamento en La Paternal y que ella trabajaba en una empresa funeraria con una oficina en el cementerio de Chacarita.

Me gustaba escucharte hablar de Débora, lo hacías con cierta ternura, una melancolía sana, como si disfrutaras del recuerdo o te

hubieras impuesto la tarea de festejar lo que los había llevado a estar juntos minimizando las asperezas, los desacuerdos y esas cosas. Apenas si mencionaste los celos que fueron el motivo de la ruptura. Te exigí a que me hablaras del tema y finalmente tuviste que decirme que no habías podido soportar la situación, los celos enfermizos de Débora, la vigilancia constante sobre lo que hacías y lo que no hacías, con quién te encontrabas, a dónde salías, y lo difícil que se te hacía sostener tu trabajo como fotógrafo teniendo que ir donde te llamaran sabiendo que al volver tendrías otra escena de las que Débora era capaz de armarte.

Tus palabras sobre Débora me devolvían la imagen de mí misma, la pobreza espiritual como para no saber relacionarme de otro modo con Claudio que pretendiendo la revelación de saber quién era, quién había sido. Pensaba entonces si a Débora no le pasaba con vos lo mismo que a mí me había pasado con Claudio. La necesidad desesperada de que nos entreguen una verdad, no digo las tonterías relacionadas con la posibilidad de que te guste otra persona o que acaso te hayas encamado con un tercero, no, me refiero a ese tipo de verdad en la que se juega el alma de la persona a la que le entregaste tu existencia. Al menos un rostro, un rostro que se quede con una y ya no se vaya, que no se transforme en otra cosa, que no haya rostros detrás del rostro.

Ahora sé que esa es la condena y la desesperación, no hay rostro, ni verdad ni deseo, al menos ninguno que sea siempre el mismo y se quede con una para siempre. Pero cómo dejar de preguntarle al otro ¿quién sos?, ¿cuál es tu deseo?, ¿qué sueña Axel Santana detrás de los sueños que llegan a Axel Santana y ocultan lo que de verdad sueña? ¿Te preguntaba Débora esas cosas?, ¿te preguntaba quién eras, te exigía mostrarle tu deseo, te rogaba que tu rostro se quedara con ella para siempre?

Ni siquiera habíamos llegado a la ciudad de Córdoba. Se nos había hecho de noche y unos veinte kilómetros antes de entrar a la ciudad, cuando todo alrededor seguía siendo obsesivo campo desnudo, nos detuvimos en un parador. Eran como las tres de la madrugada y había unos diez camiones gigantes rodeando el lugar. Sobre el tinglado del parador, se levantaba un cartel luminoso anunciando un motel que acaso se resumía en las dos o tres habitaciones que dejaban suponer las ventanas del primer piso del lugar. Alejado unos diez metros más adelante, una estación de servicio. Las luces estaban apagadas, no había ningún auto detenido ni nadie parecía atender los surtidores. El fotograma de una película de terror vino a mi cabeza, una película cualquiera, una de esas donde la chica rubia baja del auto, busca a alguien que la atienda y de pronto ya se encuentra en un

sótano entregada a la furia de una hermosa y oxidada motosierra.

Apenas bajamos del auto, el calor se nos volvió pegajoso, el ruido de las chicharras atronador. Las luciérnagas empedernidas prendían y apagaban las luces fluorescentes de sus cuerpos como si en verdad alguien, un ejército de pequeñísimos gnomos infradotados les disparara de lejos y ellas, a pesar del genocidio, volvieran a renacer de sus cenizas encendiendo las lámparas de sus vientres incandescentes.

Un cable negro cruzaba de lado a lado el frente del parador, se extendía unos metros más cruzando la enredadera que cubría el patio, unas mesas, unas sillas, y se anudaba al tronco de un árbol. De allí colgaban lamparitas rojas, azules y amarillas que le daban al lugar la tonalidad de una fiesta pobre que acababa de terminar y solo quedaban los últimos invitados juntando fuerzas para ayudar a limpiar los restos. Más allá del patio, se levantaba el alambrado del cementerio del pueblo, al menos eso es lo que señalaba el cartel medio despintado que se ofrecía como escueta y paradójica bienvenida: “Bienvenidos al Cementerio del pueblo de Las Treinta y Tres Cruces”, decía.

La luna se tiraba de panza sobre el descampado y nos quedamos un rato contando las treinta y tres crucecitas, ni una más ni una menos, que debía ser todo lo que quedaba del supuesto pueblo ya del todo fantasma, a no ser por cierto ranchería que recortado en el horizonte anunciaba un apocalipsis tan pequeño y modesto que difícilmente sumara una media docena más a las ya exactas treinta y tres crucecitas que cubrían todo el cupo.

Dimos unos pasos sobre el polvo y el olor definitivo de la carne asada de los restos que habían quedado de dos corderos y un lechón crucificados alrededor de una hoguera agonizante se nos clavó en la memoria olfativa para acaso ya nunca más poder olvidarlo y antes incluso de ingresar al parador ya sabíamos qué íbamos a pedir para comer.

Nos sirvieron un vino dulce y espeso en una jarra de cerámica blanca que sin haberla pedido la dejaron a nuestra merced en el centro de la mesa coronando los dibujos de avioncitos multicolores estampados en el mantel de plástico. El chico que nos atendió apoyó la jarra y recién entonces nos preguntó qué nos íbamos a servir. “Cordero”, dije yo, “lechón” dijiste vos y luego como si ese mismo fuera la repetición de un ritual que no abandonaríamos, vos te comiste las costillitas de mi cordero y yo me lancé desaforada sobre la pata fornida de tu lechón.

Con el hueso en la mano, te pregunté de nuevo por Débora. Dijiste entonces que no tenías mucho más para contar. Me confesaste que desde hacía un tiempo te sentías raro, era como si los recuerdos

que antes se presentaban claros y definidos, tan claros y definidos que hasta hacías gala de poder recordar los colores que daban vida a las escenas que recodabas, de pronto habían empezado a esfumarse, volverse bruma, dibujitos apenas esbozados en el humo negro de una rueda de camión incendiada, manchas en la humedad de una pared que rogaban algún tipo de videncia.

Tenías recuerdos de Débora, sí, claro, pero más que recuerdos lo que te quedaba era la narración de haber tenido un recuerdo. Podías contarme cómo era Débora, la vida compartida en el departamento de La Paternal, pero no eran más que palabras. Sospechabas que las imágenes en cuanto tal habían desaparecido. Por ejemplo, podías contarme que Débora tenía un mambo oscuro con la muerte que ella misma negaba diciendo que no era ningún mambo con la muerte sino parte de su trabajo en el cementerio. Si hubiera trabajado en una heladería se la hubiera pasado comiendo helados, si hubiera trabajado en una florería seguramente tendría la casa llena de flores, pero trabajaba en un cementerio y entonces no le parecía raro tener fémures, tibias, peronés, omóplatos, cráneos o costillas guardados en cajones o colgando del techo o usados para tomar el aperitivo de la tarde o decorar las cortinas del baño. Y si hubiera trabajado como profesora de biología o como contadora pública acaso se la hubiera pasado hablando de biología o de asientos contables, incluso si hubiera sido pastora de una iglesia o militante empedernida de alguna organización política se la hubiera pasado rezando a su dios de turno, pero ella trabajaba en un cementerio y entonces no le parecía extraño hablar todo el tiempo de sus muertos, de los nombres de quienes le había tocado enterrar, de las causales de muerte que le trajeron nuevos clientes, del tipo de flores que decoraban cada tumba, de las distintas tipologías de familiares que se acercaban al cementerio, y claro está tampoco le parecía extraño no solo hablar de sus muertos sino hablar con sus muertos, arrodillarse cada noche y rezarles, invocar sus nombres antes de cada comida.

Lo cierto es que no podías visualizar los huesos que rodeaban tu vida cotidiana en aquel departamento, ni guardabas ninguna imagen de Débora arrodillada rezándole a sus amigos invisibles o tomando su aperitivo sorbiendo de una pajita metida en el centro de un cráneo, ningún recuerdo de su fascinación mortuoria, pero sí definitivamente, la narración de aquello. Incluso cuando la obsesión de Débora la empujó a pedirte que la llevaras al cementerio y le hicieras el amor sobre las tumbas, no tenías ningún recuerdo efectivo de haber ido al cementerio y haberle hecho el amor a Débora sobre alguna tumba, pero en el cuento de tu vida con Débora aparecía como núcleo narrativo y motor mismo de la relación.

Describiste perfectamente la tumba donde se habían tendido, el

mármol en el que estaba inscripto el nombre de un tal Roberto Ferreyra, fallecido el 24 de Noviembre de 2006, a quienes su esposa y sus hijas, al menos según la placa de bronce que allí habían amurado, amaron con toda su alma; hablaste de los gladiolos de plástico metidos en una copa plateada, una llovizna fina cayendo sobre sus cuerpos desnudos, la electricidad recorriendo el cuerpo de Débora y la epopeya de aullidos y espasmos que te hicieron comprender que era aquello mismo lo que ella había ansiado durante años, hacer el amor sobre una tumba, hacer el amor acaso sobre los restos específicos del tal Roberto Ferreyra una noche de garúa suave porque aquella era, según lo que Débora después te contó, el nombre de su padre.

Y sin embargo, por tu parte, solo recordabas palabras, las palabras con la que vos mismo te habías armado aquel cuento, palabras que acaso te habían robado la experiencia certera de haberle hecho el amor a tu chica de entonces sobre la tumba de su padre.

Dijiste que podías hablar de aquello justamente porque ya no tenías ninguna seguridad de haberlo vivido y que si al menos una imagen hubiera quedado en vos entonces no encontrarías palabras para decirla. Y acaso se trataba de una cosa o la otra, agregaste, o gozabas de las palabras que describían una experiencia ya siempre anulada o te regodeabas en la experiencia muda de haber vivido aquello que no podía expresarse sino en el modo de una afasia general. ¿Eran tus palabras las que me calentaban o eran las imágenes que yo solita me iba armando de aquella noche cuando le hacías el amor a tu Débora? ¿Deseaba tus palabras o deseaba haber estado en el lugar de Débora?, ¿tu forma de hablar de Débora o lo que yo quería era ser tu Débora?

Nuestra jarra de vino se había vaciado. No tuvimos que hacer ni la menor seña para que el chico que nos atendía pusiera otra jarra en el mismo lugar, y fue tan rápido el movimiento que cuando tuvimos de nuevo la jarra llena parecía que en verdad todavía no habíamos tomado ni un sorbo. Te pregunté por tu infancia, y sé que mi pregunta tenía como único objetivo borrar la imagen de tu cola desnuda, la llovizna mojando tus nalgas fuertes y apretadas y el movimiento de tus caderas sobre el cuerpo de Débora.

Entonces me dijiste que lo mismo te pasaba con la imagen de tu madre, la casa donde habían vivido, el rostro de tu padre, todo parecía haberse hundido en el abismo. Sabías que habías nacido y crecido en un barrio de Avellaneda, que habías estudiado en un colegio que estaba a la vuelta de tu casa, que tu padre se había muerto cuando vos tenías diez años, pero el recuerdo se aferraba a las palabras, se hacía narración y con ello las imágenes del pasado se deshacían hasta

acorralarte en la incertidumbre de si alguna vez habías vivido aquello que la narración decía de vos. ¿Habías estado ahí?, ¿habías sido incapaz de hacer alguna experiencia de lo que habías vivido y por eso ahora pagabas el precio de una amnesia emocional que se contentaba con palabras y desesperaba imágenes?

Pero te sentías bien con aquello, eso es lo que dijiste, que al menos en los últimos tiempos algo había cambiado dentro tuyo, no sabías cómo explicarlo pero el hecho de que tu pasado se desintegrara para no quedar sino palabras de cualquiera y de nadie te hacía sentir más ligero, "inocente" dijiste. Durante años no habías dejado de soñar alrededor del mismo agujero: la muerte de tu padre, la soledad y el encierro desquiciado de tu madre, la culpa de haber podido hacer algo que no hiciste. Me contaste entonces uno de aquellos viejos sueños que habías anotado en una libreta. El cajón funerario donde descansaban los restos de tu padre se prendía fuego, tu madre te gritaba que hicieras algo, vos la escuchabas pero te parecía extraño no encontrarla por ningún lado, solo su voz imperativa ordenándote que hicieras algo, pero ¿de dónde venía su voz?, ¿dónde estaba tu madre para ordenarte aquello? Te sentías perdido, no sabías qué hacer. Los restos de tu padre se incendiaban en el cajón, pero entonces preferiste buscar a tu madre en un lugar y en otro y en otro más y no la encontraste hasta que ya fue demasiado tarde, porque cuando la encontraste, tu madre se estaba quemando viva dentro del cajón funerario entre las llamas que vos nunca habías apagado.

Ese tipo de sueños se repetían una y otra vez, al menos en la libreta en la que los anotabas aparecía siempre la misma estructura con algunas variantes. Durante años, una y otra vez el mismo sueño, sin embargo ahora parecías haberte liberado, aquellos sueños ya no te perseguían. No sabías si habías aprendido algún tipo de secreto, alguna magia particular, pero lo mismo que te estaba pasando con los recuerdos, te pasaba con los sueños. Ahora podías dormir tranquilo, ni tu madre ni tu padre salían de sus cuevas del ultramundo para venir a reclamarte nada, y, claro está, no dejabas de soñar pero era como si eso que soñabas no fuera tuyo, sino que eran los sueños de otra persona, no una sino varias personas, sueños de cualquiera que tomaban posesión de tu alma, se quedaban a dormir allí un rato y luego al despertar ya no estaban, o al menos no tenían ya nada que decirte porque sabías que no eran tuyos y acaso ni siquiera vos los habías soñado.

Te pregunté si la primera vez que nos habíamos encontrado en el bar, me mentiste que habías soñado conmigo. Dijiste que no, todo había sido tal cual lo habías contado. De algún modo me habías conocido en ese sueño, antes de haberme conocido como quien dice "en carne y hueso". Habías soñado conmigo y sabías que me llamaba

Emilia, que estaba escapando de algo que no podías definir, que estaba desesperada por saber quién era, cómo era mi rostro. Y sin embargo, ese sueño, como todos los otros, surgían en vos como si no fueran tuyos, como si yo misma hubiera soñado lo que me contaste y a vos te llegaran los restos. Al despertar podías verlo todo como una película en la que no habías participado, como si la vida se hiciera en un lugar donde no estás y solo te fuera dado contemplar lo que otros viven y sueñan en vos y por vos.

Sabía que te estabas quedando sin nada, al menos, ya no tenías ni recuerdos ni sueños que pudieras vivir como propios. Tenías miedo de empezar olvidarlo todo, tus amigos, tu infancia, tu nombre, incluso las palabras. Dijiste saber que lo que había pasado el otro día en Rosario, cuando te habías olvidado dónde habías dejado el auto, era parte de ese proceso de pérdida. No había sido la primera vez que te pasaba, no dejabas de olvidarte de cosas mínimas como llaves, billeteras, nombres, direcciones, te encontrabas en lugares donde no sabías cómo habías llegado, y una vez en un lugar dado ya no sabías para qué habías ido. Lo extraño es que te sentías bien, tenías el registro claro de que nunca te habías sentido tan sereno como si te hubieras amigado con vos mismo desde el momento mismo que habías empezado a perderte.

Dijiste que te escuchabas hablar y pensabas que debía creer que estabas loco. Me sonreí, te gustó mi sonrisa, te gustó el modo de sentirte acariciado por mis ojos. Sabelo: a mí lo que me gustaba era escucharte, me aliviaba que pudieras hablar con soltura y acaso empujado por las dos jarras de vino que nos habíamos tomado contarme lo que fuere, tu relación con Débora, tus miedos más íntimos, incluso hablar de aquello que podría darte vergüenza. Y mientras te escuchaba sabía que cuando terminaras de recorrer tu propio laberinto, me tocaría a mí llevarte de paseo por el mío. Me repetía a mí misma que en ese mismo momento debía contarte que tenía Sida, que no estabas obligado a seguir viaje conmigo, ninguna obligación de hacernos el amor y en el peor de los casos ni siquiera sostener ninguna “amistad”, nada. Solo debía decirte, “me muero por hacerte el amor, ahora, ya mismo, pero tengo Sida y no tenés porqué perder el tiempo conmigo”.

Vaciamos la segunda jarra de vino y cuando viste que el chico del parador ya se acercaba a nuestra mesa con otra jarra llena en su mano, me preguntaste si querías que tomáramos esa última en alguna habitación del motel. A esa hora de la madrugada y con el vino que ya nos habíamos tomado era difícil seguir camino hacia ningún lado, pero yo no quería ir a ninguna parte, solo pretendía que me tomaras del brazo, me cargaras encima de los tuyos, subieras las escaleras hacia la habitación y me hicieras el amor sobre la cama.

No me tomaste del brazo, no me cargaste sobre los tuyos, solo subimos las escaleras con el vino haciendo equilibrio en los bordes de nuestra interminable jarra, abrimos la puerta de la habitación que había quedado libre y cuando te sentaste al borde de la cama supe que no tendría fuerzas para decirte nada.

La habitación era de los espacios más mugrosos que había conocido en mi vida. El olor a cuerpos sudados, a flujos pegoteados en las sábanas, a sustancias que habían comenzado su ciclo de fermentación y restos de vida orgánica pegoteadas en el piso, el techo y la cama, daban el marco general a lo que no era más que una cueva destinada a la evacuación de efluvios espermáticos de camioneros con la noche en los ojos y mochileros vagabundos que habrían encontrado su travesti de ocasión unos kilómetros antes haciendo dedo en la ruta.

Me preguntaste si no me gustaba el lugar, no me lo preguntaste, afirmaste "no te gusta el lugar". "No, no es eso", te respondí mientras caminaba alrededor de la cama, me detenía en los rincones recogiendo con la punta del pie las montañitas de tierra, papelitos y pelos que alguien habría barrido pero no levantado. "¿Qué es entonces?", insististe con todo el cuidado del que eras capaz. "Me da un poco de vergüenza decírtelo, pero hace un rato empecé a menstruar", se me ocurrió responderte para esquivar una vez más lo que de verdad tenía que decirte y parecía no encontrar el camino para hacerlo.

Te acercaste a mi lado, estábamos ahora junto a la ventana. "No te estaba proponiendo nada que no quisieras, solo que me parecía que no te gustaba el lugar; no es para menos, es un espanto", dijiste mientras tomabas con los labios en forma de piquito de gorrión mojado un sorbo de la jarra de vino. Me la pasaste, la tomé con las dos manos y ya estaba lo suficientemente borrachita para que el sorbo que viniera fuera el umbral a partir del cual dejara atrás dudas, temores y todo lo que de Emilia cargaba en la mochila de mí misma.

Te devolví la jarra y me abalancé contra tu pecho, me encarnicé lamiéndote el cuello, chupándote la pera, entrelazando mi lengua con la tuya en una danza cruel, una lucha a muerte de dos animales amputados que daban vueltas uno encima del otro, dos moluscos temerarios buscando sin extremidades fundirse en un abrazo, entregados, en todo caso, al sueño imposible de penetrarse sin agujeros ni aberturas donde hacerlo. Nos soltamos y mis manos siguieron el camino señalizado con los botones de tu camisa y así fui quitándolos del medio hasta bajarte la bragueta y sumirme en la tarea disciplinada de transportar toda la energía eléctrica de nuestros cuerpos hacia el punto nodal de tu verga.

Me arrodillé y me la puse en la boca, y mientras lo hacía, antes incluso de llegar hacerlo, susurraste como si te impidieras hablar: "No es necesario que lo hagas". Pero ya era tarde para sugerencias. Sentir

la punta de tu miembro ensanchándome la garganta precisaba la necesidad loca de ser penetrada por donde fuera. “No lo hagas, necesito ponerme forro”, dijiste en el borde de vos mismo y el tono de lo que había sido una sugerencia se transformó en una orden imperativa. No te escuché, hice que no te escuché, seguía adelante con la única meta de alcanzar con tu verga el fondo de mi garganta. Me tomaste de los codos, quisiste detenerme, no lo lograste, y fue entonces, en ese momento, que confesaste: “Emi, no sigas, tengo Sida”.

¿Esperaba que me lo dijeras?, ¿intuían mis entrañas que lo que tus células comunicaban a fuerza de vibraciones supersónicas que hacían temblar las mías para crear así una música muda que los dos estábamos bailando aún sin saberlo? ¿Se te cruzó por la cabeza que esas palabras eran para mí la melodía más tierna que podía escuchar, supiste que al decir aquello tu verga se transformó de inmediato en la sustancia más dulce que en toda mi vida había saboreado?

Lo repetiste una y dos veces más, mi cabeza detuvo su ritmo frenético y fue mi lengua la que se empeñó en descubrir el mapa exacto de las venas que te surcaban el miembro. Murmuraste mi nombre, me puse de pie, te di un beso que era un modo de purificación, una forma de encontrarnos en el fondo común que nos perdía. Tenías Sida, acababas de decírmelo y de inmediato pensé que en verdad ya lo sabía desde hacía mucho tiempo atrás, desde el mismo momento en que te había conocido. Tenías Sida y la carga espesa de los mil gusanos descomponiéndose en mi sangre se arrojaron extasiados llevándome con ellos hacia el hoyo desfondado de mi organismo para encontrar allí, entre bichos larvarios y pus gelatinoso, el centro pútrido de nuestras vidas, el núcleo putrefacto de nuestro amor.

¿Te dije entonces que yo también? No lo sé, no estoy segura. Lo que sí recuerdo perfectamente fue haberme dado vuelta, poniéndome frente a la ventana, aferrándose mis manos a su marco, y haberte dicho y exigido que me hicieras la cola. ¿Qué otros mundos hacen el amor en nosotros cuando hacemos el amor?, ¿se mezclan las infancias, los sueños y la ilusiones bien y mal paridas al mezclarse nuestros flujos?, ¿se entrelazan los paisajes mentales de uno y del otro formando una única constelación de imágenes, un caleidoscopio de ensueños embrollados en una simultaneidad que ya no reconoce cuándo, dónde ni quiénes en el momento mismo que nuestros cuerpos dejan de ser nuestros y se entregan a una intensidad que los excede?, ¿nos entregábamos nosotros, así, de ese modo, al virus que unía nuestras vidas en la continuidad biológica que era también el costo de nuestra propia aniquilación?

¿Puedo decirte que en ese momento, mientras mantenías mis

nalgas abiertas con tus manos fuertes y penetrabas del modo más dulce del mundo en mis entrañas, teniendo ante mis ojos y a través de ventana abierta la noche derramándose sobre el cementerio detrás del parador, que no dejaba de pensar en Débora y la vez que le hiciste el amor sobre la tumba de su padre? Pero entonces, si me dejas, insisto, ¿si era el Virus el que nos convocaba en la promesa de nuestra muerte común, si era el Virus el que nos fundía en la misma continuidad que nos aniquilaba, era mío el recuerdo de Débora recostada sobre la tumba de su padre mientras vos le hacía el amor bajo una llovizna suave?

Las imágenes eran claras y definidas, podía verlos a ustedes dos perdidos en un ovillo de brazos y piernas, hombros, nalgas y cabellos como si en verdad estuvieran en ese cementerio frente mío, a unos veinte metros de mi ventana. Incluso podía ver el rostro de Débora como si en ese momento la tuviera entre mis brazos y fuera yo la que le estaba haciendo el amor y en mis oídos vibraran sus gemidos mutilados por el miedo de ser descubierta allí, en el lugar donde trabajaba, sobre una de las tumbas del cementerio, sobre la tumba precisa de su padre. Pero entonces, ¿eran mías esas imágenes que transcurrían en mí como si fuera mi memoria las que me las traía desde el fondo de sí misma, o eran tus recuerdos los que conquistaban los territorios de mi alma para imponerme la imagen imborrable de Débora, su boca entreabierta, sus mejillas enrojecidas?

Me hacías la cola y sé que en ese mismo momento estabas pensando en ella, eras vos el que teniendo aquel cementerio frente nuestro no podía dejar de pensar en aquella escena. Repito una vez más: ¿se mezclan y funden nuestros recuerdos en el momento en que se mezclan y funden nuestros flujos en un solo torrente?, pero entonces, ¿no estábamos nosotros, nuestros recuerdos y ensoñaciones, fundidos en el espacio común del Virus o acaso era el Virus el medio y el camino por el que tus recuerdos venían a mí como si fueran míos?

Al despertar no estabas a mi lado, no estabas en ninguna parte. Me levanté sobresaltada. Las llaves del auto y la billetera que habías dejado en la mesa de luz no estaban. Tuve miedo de que me abandonaras allí en aquella pocilga en medio de la nada. Te busqué en el baño, volví a la habitación y abrí la ventana lateral, el patio estaba vacío. Abrí la ventana del frente. Autos y micros atravesaban la ruta. En el frente del parador solo quedaban dos camiones de todos los que habíamos visto hacía unas horas. Miré hacia el costado y encontré tu auto en la estación de servicio. Estabas parado junto al capot esperando que el surtidor terminara de llenar el tanque de nafta. Pero no estabas solo. Conversabas con un tipo. Campera de cuero negra,

remera roja y pantalón de jean. Me distanciaban unos veinte metros, pero estaba segura que aquel hombre era Claudio.

La distancia no me permitía asegurarlo, pero la semejanza con Juan Steiner era notoria, en todo caso, conociendo a Claudio, lo más probable era que nos hubiera seguido bajo alguna de sus encarnaciones. No dejaría de hacerlo. Tuve miedo, no sabía qué hacer, si gritarte desde allí, bajar corriendo o solo esperar que te dieras cuenta solo. Me quedé paralizada, el pasado había vuelto por mí, pero ahora pretendía más, no solo quedarse con el control de mis pensamientos sino también quitarme lo que más amaba, ahora venía por vos.

Me quedé encerrada en la pieza, esperándote. Cuando llegaste fue como si no te hubieras enterado de nada. Me preguntaste si ya estaba lista para irnos. No te respondí, me viste cavando pozos en el agua y seguramente registraste mi respiración entrecortada, la palidez de mi cara. Me preguntaste qué me pasaba, qué había visto. No sabía qué decirte, tenía miedo de que pensaras de mí cualquier cosa. No podía hablarte de Claudio de modo directo. Te había dicho que era un tema cerrado y que no dejaría que nadie nos molestara ni se interpusiera entre nosotros, pero ahora aparecía de nuevo Claudio y lo que te había prometido se deshacía como arena entre los dedos. “Nada, no me pasa nada”, murmuré apretando los dientes.

—Algo te pasa, es como si hubieras visto un fantasma —dijiste como una ironía tan fácil como involuntaria.

—Me desperté y no estabas por ningún lado, pensé que te habías ido, que quizás algo no te había gustado y habías decidido terminar con esto —mentí diciendo la verdad.

—Estabas dormida, no quería despertarte y aproveché a cargar nafta en la estación de al lado.

—Sí, te vi por la ventana y me quedé más tranquila.

—¿Pensaste en serio que me iría sin decirte nada?

—Estabas hablando con un tipo —dije haciendo caso omiso de lo que me habías preguntado.

—¿Un tipo?

—Sí, ahí abajo, mientras cargabas nafta.

—Ah, sí, me preguntó si sabía cómo llegar a Río Ceballos. Le indiqué la ruta que tenía que tomar y después nos quedamos hablando de nada.

—¿Te preguntó algo más?, ¿te dijo algo que te llamara la atención?

—Emi, ¿en serio estás bien? Actuas raro, te ves como aterrada, me preguntas cosas sin sentido. ¿Lo conocés a ese tipo?

—No. O sí, no sé. Me pareció extraño que se haya quedado tanto tiempo ahí abajo hablando con vos.

—Ya te dije, hablamos de nada, esas cosas que se dicen dos desconocidos que se encuentran en una ruta, ¿de qué vamos a hablar?, del tráfico, del día, de si va a llover o va a salir el sol, esas cosas.

—Me pareció que miraba para acá arriba, hacia la ventana justo cuando yo los estaba viendo a ustedes.

—No sé, Emi, ¿lo conocés o no?

—No, no lo conozco. Perdoname, es que me desperté y no te encontré en la cama, me asusté, pensé que te había ido, eso es todo — retrocedí prudente antes de tener que hablarte de Claudio.

Un rato más tarde, en Río Ceballos, volví a encontrarme con Claudio.

Vos estabas sacando fotos a las puesteras de la feria que se levantaba a un costado del dique. Dijiste que te gustaban sus rostros, te hacían acordar a otros que ya habías fotografiado en El Bolsón, Trevelin y Esquel. Conjeturaste que acaso había algo en común en las caras de las personas que vivían entre ríos y montañas sin importar cuán distanciados estuvieran, como si las montañas y los ríos se les metieran en los ojos y escarbaran en los pliegues de su piel. Te tomaste un rato para pasar por un puesto y por otro, ubicar la dirección de la luz y hacer los encuadres. Te dejé a solas con tu trabajo y caminé sobre el asfalto del dique hacia la otra punta. Había dos o tres autos estacionados en el final del camino. Me quedé apoyada sobre la baranda mirando el lago, al darme vuelta estaba Claudio hablando con otros dos tipos junto a unos árboles que inauguraban el sendero hacia unas cascadas.

Si la vez anterior lo había visto distanciada por unos veinte metros y acaso apabullada por mis propios fantasmas, esta vez lo tenía a menos de diez metros y estaba segura de que se trataba de él. No sé si me vio, aunque en verdad parecía hacer el esfuerzo de no verme, hacer de cuenta que no estaba allí porque acaso su plan no era otro que hacerme saber que no podría escaparme a ninguna parte y que a donde fuera, incluso si se tratara del infierno, él estaría allí esperándome.

Me sostuve firme, desde la distancia me quedé mirándolo como un modo de hacerle frente. Él seguía actuando su indiferencia para conmigo, solo hablaba con aquellos desconocidos haciendo de cuenta que no había viajado cientos de kilómetros persiguiéndome para tenerme ahora a solo unos metros y a su merced. Enseguida Claudio y los otros avanzaron por el sendero y se perdieron de mi vista, ni siquiera me miró cuando se dio vuelta pero su mensaje había llegado a destino y no necesitaba hacer más que lo que hizo, estar ahí y mostrarme con su sola presencia de lo que era capaz solo para hacerme la vida imposible.

Volví sobre mis pasos, cruzando de nuevo el dique. Vos ya estabas

terminando las últimas fotos. Me paré a tu lado como si buscara tu protección. Te dije que el tipo que habías visto en la estación de servicio del parador, había vuelto a aparecer. No le diste importancia a mi comentario. Te pareció lo más normal del mundo que si te había preguntado cuál era el mejor camino hacia Río Ceballos se encontrara ahora en Río Ceballos.

¿Empezabas a hartarte con mis miedos y mis comentarios movidos por una paranoia a tus ojos tan insulsa como injustificable? Pero ¿cómo podía explicarte quién era Claudio, qué cosas podía hacer cuando en verdad no existía un individuo llamado Claudio sino que ese mismo era el nombre que yo misma le daba al conjunto de todos los simulacros que levantados del fondo de la tierra se destinaban a perseguirme hasta el fin del mundo?, ¿a dónde huir cuando el mar es una pared y cada ladrillo tiene grabado los infinitos rostros del monstruo?

Terminaste las fotos, me invitaste a descender la escalinata del dique que daba hacia un barcito con unas mesas frente al lago. El lugar estaba lleno y esperamos un rato a que se desocuparan algunas sillas. Me propusiste que nos marcháramos, pero insistí en quedarnos solo para mostrarte que podía sostener la situación y darte lo mejor que tenía. Finalmente, una de las mesas se liberó y pudimos sentarnos. Pedimos unos tragos livianos, una mezcla de ron con pulpa de frutillas y unas hojas raras que no pudimos descifrar de qué planta era. Me mostraste las fotos que habías tomado y también las imágenes de las mujeres que habías fotografiado en el sur para poder compararlas. Sostuviste tu idea de que los paisajes determinaban las facciones similares de los distintos rostros. Te di la razón sin demasiado entusiasmo. La sospecha de que Claudio volvería a aparecer seguía acechando. En silencio nos dedicamos a fumar frente al lago. La pareja que estaba sentada en la mesa junto a la nuestra, levantó sus cosas y se marchó. Fue entonces que Claudio y los otros dos con los que había estado en el dique, se sentaron allí.

Vos estabas de espaldas a ellos. Los dos desconocidos sentados con Claudio miraban hacia el lago, Claudio en cambio miraba hacia mí. Una línea recta unía sus ojos con los míos y por más que hiciera el esfuerzo de concentrarme en otra cosa, invariablemente volvía a lo que se había transformado en el centro de la escena, empujando el lago, las montañas y el dique hacia un margen tan insignificante como lejano.

Un nudo se me hizo en la garganta, me preguntaste qué me pasaba y ya no te pude responder. Insististe repitiendo mi nombre. Recién entonces me animé a decirte que el mismo tipo de la estación de servicio que en el parador me había llamado la atención y que hacía un rato había visto en el sendero que iba hacia las cascadas, se

había sentado atrás tuyo. Me sonreíste con calma. No comprendías por qué tanta atención a quien no era más que un desconocido con el que nos cruzábamos siguiendo el mismo camino.

—Es un tipo, uno cualquiera, Emi, no sé qué es lo que te preocupa.

—Desde que se sentó no deja de mirarme. Lo mismo hizo cuando me lo crucé en el dique. Me molesta que me mire así.

En ese momento, Claudio se puso de pie y yo giré la cabeza hacia el lago para no mirarlo. De repente, lo teníamos parado junto a nuestra mesa. Te estaba pidiendo prestado el encendedor para prender un cigarrillo. Se lo diste. Se puso de espaldas a vos con la excusa de que el viento no le apagara la lumbre. Con una mano tapando el cigarro y la otra prendiendo el encendedor, no dejaba de fijar sus ojos en los míos. Bajé la cabeza, me concentré en el pasto, ya no sabía dónde mirar. Finalmente, Claudio prendió el cigarro, te devolvió el encendedor y se marchó de nuevo hacia su mesa.

No sospechaste nada, guardaste el encendedor en tu bolsillo y te quedaste adivinando qué era lo que buscaba mirando el piso. Un rato después, ante el empeño de mi silencio, me preguntaste si ese era el tipo del que hablaba.

—Sí, es ese. Parece como si nos estuviera siguiendo, primero en la estación, después en el dique, ahora justo en la mesa al lado de la nuestra —murmuré para que solo vos me escuches.

—Las mesas están todas ocupadas, Emi. Si no se sentaba en la que está ahí no tenía otro lugar —me explicaste haciendo equilibrio en el borde externo de tu paciencia.

—Pero se le ocurre pedirte el encendedor. ¿Fuma y no tiene encendedor?, ¿sus amigos no tienen encendedor?, ¿no hay nadie en todo el bar que no tenga encendedor?

—Me lo pidió porque está al lado nuestro. ¿Por qué no lo iba a hacer?

—No me comprendes.

—¿Estás segura que estamos hablando del mismo tipo? —me preguntaste.

—Sí, Axel, te juro que es el mismo.

—No sé, Emi, pero el tipo con el que hablé en la estación de servicio no tiene nada que ver con este otro. Ni siquiera son parecidos.

Hiciste silencio, aspiraste el humo de tu cigarrillo. Por un instante pensé que habías comprendido lo que estaba pasando. “Ni siquiera son parecidos” habías dicho, y esa exacta frase podía definir a todos aquellos que Claudio Scherer era. Acaso habías identificado que el hombre que habíamos visto a la mañana era el mismo que este otro sentado ahora atrás nuestro, y los dos a la vez no eran sino sombras del demonio que me perseguía.

—Además si fuera el mismo, ¿por qué no me dijo nada?, hoy a la mañana se mostró de lo más amable del mundo, ¿por qué ahora no iba a saludarme o por lo menos decirme cómo le fue en el viaje? — agregaste después de unos segundos.

Tenías razón, no había modo de seguir por ese camino. No era tu culpa que no comprendieras lo que yo misma no estaba diciendo.

Me preguntaste si me gustaba el trago. Pretendías cambiar de tema, yo no estaba para pensar en nada, no allí, a menos de dos metros del hombre que había destruido mi vida.

Te pedí que nos fuéramos. No me respondiste nada, se te notaba ofuscado por la situación o bien por mi obsesión idiota en alguien que no nos había hecho nada. Levantaste la mano para llamar a la mesera. No tenía fuerzas ni la paciencia necesaria para esperarla. Me puse de pie y me fui con el paso agitado, atravesando el parque del bar, subiendo de a dos y hasta de a tres los empinados escalones hacia el dique y cuando llegué hasta allí arriba corrí hacia el auto, me acuclillé escondida detrás de una de las ruedas y me eché a llorar.

Llegaste al auto gritando mi nombre. Diste la vuelta por delante del capot y me encontraste allí echada. Te agachaste junto a mí. No dijiste nada, solo me tomaste de la mano, apoyaste tu mejilla junto a la mía y empezaste a respirar tan profunda y serenamente que de inmediato supe que me estabas invitando a respirar con vos siguiendo el mismo ritmo para calmar mi angustia.

Ascendimos por las sierras siguiendo el Camino del Cuadrado, mientras escuchábamos un CD de Chet Baker que tenías guardado en la guantera. Me sentía mareada con las vueltas de la ruta y un poco asustada por el precipicio que nos acompañaba a solo centímetros de mi puerta. En un recodo del camino nos detuvimos para sacar unas fotos. La vista panorámica del valle resultaba apabullante. Me dejaste probar tu máquina fotográfica y te saqué algunas fotos con las montañas de fondo y las casitas apretujadas en la cuenca que se formaba entre las laderas. Nos reímos mucho porque por más que lo intentara, y lo intenté no menos de diez veces, no hubo una sola foto en la que tu rostro no hubiera salido borroneado.

Nos sentamos en la pendiente suave sobre unas piedras que nos invitaban a hacerlo. Allí nos quedamos un buen rato contemplando los estallidos rojos, amarillos y naranjas del cielo enchastrado de un sol que había decidido reventar como una piñata llena de pinturas solo para nosotros. No hablamos de Claudio, no volvimos a hacer ninguna referencia con respecto a lo que me había pasado en el dique, pero me preguntaste por lo que había sucedido la noche anterior en la

habitación del motel. Entonces apareció una perrita de color negro, una labradora o mezcla de labradora con alguna otra raza o solo una perra callejera que se parecía a un labrador. Sus ojos marrones destilaban una mucosa que hacía resplandecer las vetas sanguinolentas y se coagulaba en una costra oscura. No eran lagañas, las lagañas le colgaban a los costados de los ojos y tenían un color más verdoso. Rengueaba de una pata que parecía muerta o tenía el hueso quebrado, en todo caso, caminaba saltando con las otras tres mientras esta otra le colgaba y se bamboleaba de un lado al otro a cada salto. Era chiquitita, quizás una cachorra que no había alcanzado el año de vida. Lo cierto es que una baba espesa y llena de burbujitas se amontonaba en la boca y caía en un hilo denso e irrompible, se le notaban las costillas y habría jurado que no había comido nada desde hacía días.

Me habías preguntado algo sobre lo que nos había pasado la noche anterior en el motel, pero entonces la perrita se acercó a mis piernas, de un salto se acomodó entre ellas, se enrolló como una culebra con las patas por debajo de la cabeza y así se quedó temblando hasta que pasé mis manos por su lomo dándole algún calor. Nada te dije sobre lo que me habías preguntado, solo se me ocurrió que esa perra no podía estar a allí, al menos era raro que hubiera venido del valle, escalando la montaña por su propia cuenta, en todo caso, te dije, debió haber sido abandonada por alguien que la habría lanzado desde un auto hacia la ladera.

—Te había dicho que tenía Sida y quisiste seguir —insististe enfático sin que te importara mi perra.

—No quiero hablar de eso. Si te pedí que siguiéramos fue porque tenía ganas de que me hicieras el amor.

—Pero te había dicho que tenía Sida, ¿no tenías miedo, no pensaste en eso?

—No pensé en nada. Si te pedí que siguieras debe ser porque yo también estoy enferma.

—¿Por eso inventaste que estabas menstruando?

—Tenemos que ponerle un nombre —dije cambiando de tema.

—¿A quién?

—A la perrita. Vino a buscarnos para que le pongamos un nombre.

—Y la otra noche en Rosario también dijiste que estabas cansada y que dejáramos el sexo para otro día, ¿era eso?, ¿me lo querías decir y no sabías cómo?

—Me da vergüenza hablar de tema. Quiero que me ayudes a ponerle un nombre a la perra.

—Si le ponemos un nombre vamos a tener que llevarla con nosotros y no podemos.

—Nunca jamás se lo cuento a nadie.

—¿Qué cosa?

—Que tengo Sida —murmuré como al pasar.

—Bueno, capaz que conmigo podés hablar sin miedo de nada.

—Ya está. ¿Y si la llamamos Sida? —estalló mi voz con la gracia de una revelación.

—¿A quién?

—A la perrita. Le ponemos Sida y la llevamos con nosotros.

—Ya te dije, Emi, no podemos llevarla, no la van a aceptar en ningún hotel. Además deberíamos curarla y no tenés tiempo para hacerlo.

—Sida sería un lindo nombre —señalé pretendiendo convencerlo.

—Si tuvieras cáncer o tuberculosis, ¿lo llamarías Cáncer? Imaginate diciéndole: Tuberculosis vení para acá, Cáncer no hagas eso. Sería divertido escucharte —dijiste al borde de la burla.

—Pero Sida suena mejor —insistí.

—Igual no podemos llevarla.

—Mirala, pobrecita, ¿no te da lástima?

El hotel de Capilla del Monte era más digno que los otros dos donde habíamos estado. Era una vieja construcción del Sindicato de Telecomunicaciones que había sido usado como una hostería para las vacaciones de los trabajadores del gremio. Ahora era regenteado por una pareja de ancianos que fabricaban mermeladas y las vendían en la puerta en unos frasquitos pintados a mano y con unos moñitos de tela super tiernos. La construcción debía tener unas cien o ciento cincuenta habitaciones pero éramos nosotros y algunos otros pocos viajeros los que dábamos vuelta por el lugar. Tenía un parque con parrillas, mesas y una pileta en el fondo. En la recepción había un hall enorme acondicionado como bar y restaurant y que también lo usaban para servirle a los que se hospedaban un café aguado en unas tazas de cerámicas enormes, un par de medialunas que cocinaban en el lugar y unos sobrecitos de plástico que prometían queso untable pero que no era más que una pasta amarillenta y media gomosa que acaso servía más para lavarse los dientes que para comerla.

Nuestra habitación quedaba en el segundo piso, y subir las escaleras y atravesar ese laberinto de pasillos con el revoque destruido, las paredes comidas por la humedad y un vaho frío de cosa milenaria, era una experiencia que me devolvía a la mano de mi padre y su paso seguro entre las telas de araña, el humo blanco y unos

cansados y casi afónicos hombres con máscaras de monstruos que hacían al paseo por la Casita del Terror cada vez que me llevaba de vacaciones a la Costa y no se le ocurría nada mejor que volver siempre a ese mismo lugar. Nuestra puerta en cuestión quedaba en el límite con lo que se anunciaba como zona clausurada o que al menos la cuerda de plástico con un cartel colgando que decía “Peligro de Derrumbe” así lo dejaba entrever, sumando unas montañas de escombros amontonados en el fondo de ese mismo pasillo para que no quedaran dudas. Y sin embargo, o por ello mismo, todo parecía empujarnos el uno hacia el otro, buscándonos para no dejarnos arrastrar por la desolación general. Esa noche nos hicimos el amor con una ternura de la que nunca me había sabido capaz. El fantasma de Claudio parecía haberse no desvanecido sino perdido entre los cientos de fantasmas que debían habitar aquel lugar, dedicados esa noche a contemplarnos desnudos y entrelazados en la música lenta y cadenciosa de nuestros cuerpos. Era como si estuviéramos aprendiendo una lentitud que no imaginábamos para nosotros.

Al despertar, desayunamos en el hall. Nos habíamos sentado junto al ventanal que daba hacia la plaza del otro lado de la calle. El vidrio espejado nos hacía sentir impunes para con aquellos que habían decidido hacer ejercicios allí enfrente. Un pájaro psicótico se puso a picotear su propia imagen en el espejo acaso pensando que se trataba de otro pájaro con el que debía disputar un reconocimiento difuso. Mientras tomábamos nuestro café jugamos a contar las abejitas que se habían metido en el hall y revoloteaban sobre las flores rojas estampadas sobre el fondo amarillo de los manteles cubiertos por un nylon transparente. Después nos fuimos a pasear por el pueblo y a tomar algunas fotos para tu proyecto. No encontramos a nadie que valiera la pena. Todos parecían turistas, incluso la gente del lugar se movía como si fueran turistas que habían perdido el pasaje de vuelta.

Al mediodía no nos quedó otra opción que comernos un sánguche de milanesa que un chico insistente nos obligó a comprarle persiguiéndonos dos cuadras con su carrito y que revestimos con una capa espesa de kétchup y mayonesa para al menos encontrarle algún sabor. Después volvimos al hotel, me preguntaste si me enojaba si te ibas a dormir una mini siesta. Te dije que sí, que me enojaba mucho si me dejabas sola, pero me sonreí y enseguida entendiste que te estaba bromeando. Por mi parte iba a aprovechar lo que tenía ganas de hacer desde que habíamos llegado al hotel: meterme en la pileta del parque trasero.

En el baño me puse la maya y me envolví con una toalla. Al regresar al dormitorio, vos ya estabas durmiendo. Te di un beso en el cuello, me perdí en los interminables pasillos del lugar, bajé y subí escaleras que no me llevaban a ningún lugar y finalmente terminé en

la cocina del hotel preguntándole a un chico que oficiaba de cocinero cómo hacía para ir a la pileta. El chico me abrió la puerta de atrás y finalmente salí al parque. El lugar estaba desierto. A un lado, las parrillas y las mesas de hormigón acumulaban mugre y cenizas, al fondo la maleza aspiraba a la conquista modesta de lo que pretendía su derecho sobre aquel pequeño mundo liberando cañaverales y arbustos que hacían a su ofensiva armada. En medio de aquello, la pileta. Medía unos treinta metros de largo. El azul que en algún momento debió haber sido de una intensidad digna de los ojos de una estrella de cine, era ahora un desvalido celeste de bandera nacional sacudida por el viento, arruinada por las lluvias, agonizando en algún mástil obsesionado a resistir contra el tiempo. Solo quedaban recortes de ese color azul, unos pocos, aquí y allá, repartidos en los bordes. El agua estaba limpia, al menos, todo lo limpia que puede mantenerse el agua cuando cobija sapos, hojas, ramitas y bichos. En el medio de la pileta una cuerda de donde colgaban unas boyas anaranjadas dividía las aguas. De un lado la superficie líquida en la que habían arrojado la cámara de una rueda de camión y flotadores de goma espuma de colores estridentes. Del otro un nylon negro que cubría el resto. Me lancé de cabeza desde la punta, toqué el fondo con las yemas de mis manos, me desplacé uno, dos, tres metros, sentí el agua tibia y sostuve la respiración todo lo que pude. Mi cabeza se asomó por encima de la superficie, di algunas brazadas concentrada en el movimiento y el equilibrio de mi cuerpo, llegué hasta la cuerda meridional y las boyas naranjas que allí colgaban, me aferré a la cámara de la rueda del camión que flotaba mansa a mi lado. Fue entonces que encontré el cuerpo decapitado de Sida.

Salí de la pileta lo más rápido que pude. Me paré sobre el borde, justo a la mitad. Recién entonces registré el color rojizo amontonado debajo del nylon oscuro. Sobre la cámara del neumático, el cuerpo de la perrita se sostenía rendido como si tomara sol, con las patas traseras abiertas formando una V y las patas delanteras extendidas sobre su pecho aspirando a la elegancia formal de un cadáver acomodado con pulcritud en el fondo de un cajón fúnebre. El cuello cortado todavía dibujaba como un fantasma ortopédico la cabeza ausente reposando sobre el borde de la cámara y cualquiera la hubiera podido imaginar con una sonrisa de perra en su hocico faltante y unos lentes de sol cubriendo los ojos sanguinolentos y llenos de costras y lagañas que yo había visto.

Estaba aterrada, sabía que aquello era obra de Claudio. A ningún otro ser humano se le hubiera ocurrido realizar semejante aberración. Debió habernos seguido desde el dique de Río Ceballos por el Camino del Cuadrado. Debió haberse detenido detrás nuestro cuando estacionamos en un recodo de la ruta para sacarle fotos al atardecer

sobre el valle. Tuvo que haberse ocultado detrás de algún arbusto para espiarnos. Entonces nos vio jugando con Sida, con la perra acurrucada sobre mis rodillas y mis manos acariciándola. ¿Estaba tan cerca como para escuchar cuando te rogaba que la lleváramos con nosotros o solo adivinó mis ganas de hacerla propia y tenerla conmigo? Ahora me la devolvía con la frialdad de un monstruo, ahora me la regalaba como un presente que ya no olvidaría.

Volví sobre mis pasos. Abrí la puerta trasera de la cocina del hotel, subí las escaleras, me perdí una y otra vez por los insoportables pasillos del lugar, hasta que finalmente encontré la puerta de nuestra habitación. Te estaba buscando, necesitaba tus brazos, que me ayudaras de nuevo, otra vez, a encontrar alguna serenidad y me devolvieras la posibilidad de respirar sin que en cada exhalación se apretujara mi corazón en la garganta. Pensé que todavía estabas durmiendo, al menos, tu cuerpo parecía descansar bajo las frazadas ruinosas. Me acosté a tu lado, pasé mi brazo por encima de la almohada pretendiendo tu calor. Dije algo sollozando, empujada por la necesidad de que aún dormido y sin escucharme estuvieras ahí solo para que mis palabras encontraran un sentido que no fuera un mero estallido de angustia, pero a la vez el tono de mi voz guardaba las formas para no despertarte y obligarte de nuevo a hacerte cargo de mi derrumbe. Solo necesitaba que estuvieras ahí, solo pretendía tu compañía que aunque sorda y muda me ayudara a entender que no estaba sola en el mundo luchando contra el energúmeno cruel que me perseguía. Sin embargo no tardé en darme cuenta que vos no estabas ahí. Bajo las frazadas, sentí el espesor blando de dos almohadones apretujados y bajo la almohada que habíamos sabido compartir encontré entonces la cabeza de nuestra perra.

Retrocedí hacia el borde de la cama. Mi pie alcanzó el suelo antes de que cayera con todo mi peso. No soporté la visión de la cabeza cortada de Sida. Con la punta de mis dedos, con una náusea espesa borboteando contra la campanilla de mi garganta, tomé la frazada y la tapé. Miré alrededor. No sé lo que esperaba. Claudio había estado en nuestra habitación y podía esperar cualquiera cosa. Sentí su presencia de un modo físico, un golpe eléctrico en el esternón, di unos pasos hacia el baño pensando que acaso estuviera allí escondido. Me detuve ante la puerta, dudé si era entonces capaz de enfrentarlo. La idea de salir corriendo se me cruzó por la cabeza como una ráfaga caliente. Abrí la puerta del baño, Claudio no estaba. Acaso sí debajo de la cama, me agaché con más tranquilidad sabiendo que estaba actuando una osadía falsa. No era el estilo de Claudio ocultarse debajo de una cama, le había alcanzado estar allí presente para que desde entonces su ausencia cubriera todo el espacio, se dejara caer sobre los muebles y los objetos, y hacer que el conjunto mostrara su fondo nauseabundo.

Intenté seguir mentalmente sus pasos. Desde nuestra parada en el Camino del Cuadrado, tuvo que habernos seguido con algún auto. Nos vio hospedarnos en el hotel. Durante la noche o quizás por la mañana decapitó a mi perra y sabiendo que no podía rechazar la tentación de meterme a la pileta, dejó su cadáver reposando sobre la cámara del neumático flotando sobre el agua. Con la cabeza cortada en sus manos o en alguna bolsa, esperó seguramente entre los arbustos o escondido detrás de las parrillas que yo me hiciera presente en el parque. Recién entonces habría subido a nuestra habitación. Debió esperar a que te marcharas para meterse dentro. Acomodó los almohadones bajo las frazadas calculando que lo primero que haría yo al ver el cuerpo decapitado de Sida era buscar tu abrazo. Entonces dejó la cabeza de la perra bajo la almohada esperando que fuera yo la que la descubriera.

Si todo lo que pensaba se parecía a lo que había ocurrido, entonces Claudio debía estar cerca, buscando la salida del hotel. Pensé que acaso el laberinto de pasillos y escaleras lo atraparían del mismo modo que lo habían hecho conmigo. Salí de la habitación, recorrí de lado a lado el segundo y el primer piso, saltando incluso por encima de las cuerdas y los carteles que prohibían pasar hacia las zonas clausuradas. En la planta baja recorrí la cocina, pasé por la recepción y llegué al hall donde habíamos desayunado. Vos estabas de espalda a mí junto a la misma ventana donde el pájaro psicótico luchaba contra su propia imagen. Respiré aliviada de al menos haberte encontrado. Di uno o dos pasos y de repente me quedé congelada. Claudio salía del baño del lugar como si se tratara de su propia casa, avanzaba cadencioso acomodándose las mangas de su camisa y terminaba el show cruel en la pasarela sobre la que se lucía solo para mí, y sin que pudiera entenderlo del todo corría una de las sillas de tu mesa y se sentaba frente tuyo.

De repente te odié con toda mi alma. ¿Cómo no te debas cuenta que ese hombre que había destrozado mi vida, ahora nos estaba persiguiendo con el único objetivo de separarnos? Entiendo que no era tu culpa, no tenías por qué saber que ese hombre era Claudio, el mismo que conociste en el bar la segunda vez que nos habíamos visto, cuando me había acorralado en el baño y tuve que salir escapando dejándote plantado. No tenías por qué darte cuenta que se trataba del mismo con el que habías conversado en la estación de servicio junto al parador donde me habías hecho el amor, tampoco saber que era el mismo tipo que me había seguido en el dique de Río Ceballos y luego se sentó junto a nuestra mesa y te pidió el encendedor. Por qué deberías saberlo si a tus ojos y a los de cualquiera que observara todas esas máscaras de Claudio, no hubiera visto sino personas diferentes, tan diferentes que a nadie se le ocurriría asociar a uno con el otro ni entrever ninguna semejanza, solo individuos anónimos con sus

facciones particulares llamadas pronto a deshacerse en el olvido al que todos nos destinamos. Y sin embargo, en ese momento te odié, no podía comprender cómo no te dabas cuenta y te dejabas usar por ese tipo que se reía de vos mientras no dejaba de someterme. Ahora estabas charlando con Claudio y seguramente era la primera vez que lo veías sin saber que ya lo habías conocido al menos tres veces y cada vez como si fuera siempre alguien al que nunca habías visto en tu vida. Ese era el estilo de Claudio, podía haberse hecho presente en tu casa mil veces y cada vez sería la primera ocasión de conocerlo. ¿Lo olvidabas?, no, no lo olvidabas, nunca podrías olvidarte de Claudio, solo que Claudio nunca se dejaría ver como el mismo.

Lo cierto es que te odié y esa fuerza que solo el odio puede donar, me arrastró hacia la mesa donde se divertían hablando de vaya uno a saber qué cosas. Confundida, ciega, ni siquiera sabía qué decirte, qué hacer frente al monstruo que se hacía pasar por un amistoso huésped del mismo hotel, tan amable y divertido que era capaz de sentarse frente tuyo y darte charla como si se conocieran de toda la vida. ¿Hablé?, ¿qué barbaridades te habré dicho?, ¿insulté a Claudio?, ¿vociferé con un grito en la voz quién era ese hombre, lo que me estaba haciendo, lo que le había hecho a mi perra Sida? No lo sé, solo recuerdo el vértigo de la escena, las cosas que en derredor se fusionaban en un torbellino informe de colores que me envolvía, mi voz tajeando el aire caliente, mis manos temblando y de pronto las llaves de tu auto arriba de la mesa descubriéndose como un relámpago certero entre las nubes de un cielo oscuro. Tomé las llaves como si me aferrara a la última roca que me sostuviera en el borde del abismo, tomé las llaves como si entre mis manos tomara las riendas del caballo con el que me fugaría atravesando el desierto de mí misma. Corrí hacia la vereda y luego media cuadra más hasta donde estaba el auto estacionado. Me senté frente al volante, puse la llave en el tambor de encendido y la hice girar. Entonces vi el mensaje de Claudio mezclado entre la ropa que habíamos dejado en el asiento trasero. Era un papel escrito con su letra. Decía algo que ya me había escrito antes: “Te voy a comer tu dolor hasta que no quede nada de vos”.

Unos segundos después ya estabas vos golpeando el vidrio del asiento del acompañante. Me quedé mirando nada, haciendo que no te escuchaba, pero rogaste una y otra vez que te abriera la puerta. Tomé el papel con la amenaza de Claudio y lo escondí en mi bolsillo. Te abrí la puerta y te sentaste al lado mío. Acompañaste mi silencio durante un rato. “Todo esto es por Claudio, ¿no?”, preguntaste como si tuvieras vergüenza de hacerlo. La sangre congelada me raspaba las venas, sentía los músculos entumecidos y no conseguía siquiera moverme. No podía decirte nada, no hasta que no volviera el aire a darme una nueva oportunidad de respirar.

—Es hora que me digas quién es Claudio, ¿no te parece?

Si te lo hubiera dicho abiertamente, nunca hubieras creído que todos esos hombres con los que nos habíamos cruzado desde Buenos Aires hasta ese hotel en Capilla del Monte, todos esos tipos eran uno solo y siempre el mismo. Si te hubiera contado quién era Claudio solo hubieras podido pensar que estaba loca y hubieras cerrado toda cuestión. No alcanzaba mostrarte la cabeza de nuestra perra Sida o su cuerpo decapitado en la pileta como tampoco un mero papelito con aquel mensaje. Lo que más deseaba era decirte la verdad, contarte qué era lo que estaba pasando, pero no podía. Y no podía no porque no quisiera sino porque entre todos los que Claudio era, cabía la posibilidad de que vos también fueras Claudio.

Acaso lo sos, quizás estas páginas llegaron a las manos equivocadas y es Claudio el que ahora está leyendo todo esto. Si ese es el caso, ya no me importa. No me importa Claudio Scherer. Ha dejado de importarme en el momento mismo en que tomé la decisión de acabar con todo esto. Es un alivio mental del que nunca pensé que sería capaz. Ya todo está terminado para mí y eso mismo es lo único que me devuelve alguna serenidad.

Si es Claudio Scherer el que ahora está leyendo que haga con el infierno que le ha tocado encarnar, lo que se le antoje. Pero acaso seas vos, Axel Santana, el que finalmente encontró el camino de regreso y ahora estás leyendo estas páginas. Entonces tenés que saber que es a vos a quien le escribo.

Quizás pagaste por mí lo que no te correspondía. Decirte que lo siento, que no quería hacerte daño ni que sufrieras por mi culpa lo que terminaste sufriendo, no puede alcanzarte para que me perdones. Acaso escribo solo para comprenderme a mí misma, entender qué hice, por qué lo hice. Puedo recordar un detalle, algo que a la distancia no puede ser más que una minucia, pero en ese momento, cuando estabas sentado en el auto, al lado mío, exigiéndome que te contara qué me estaba pasando con Claudio, como si hubiera surgido en el mismo momento en que mis ojos la encontraron, una pequeñísima mancha roja se reveló en el dorso de tu camisa, justo debajo de la axila, y yo no pude sino asociar la mancha roja con alguna gota de sangre de la cabeza cortada de mi perra, ni dejar de pensar que acaso vos, Axel Santana, no eras sino una versión hasta entonces desconocida de Claudio Scherer.

Me miraste, me tomaste la mano, te quedaste obnubilado por el mismo agujero lleno de nada que mis ojos habían cavado siguiendo el rastro de una línea recta que se perdía siempre más allá. Repudié mis pensamientos, supe que si me dejaba llevar por la hipótesis de que vos

mismo eras Claudio Scherer, era el fin de todo, Claudio habría ganado, habría conquistado el territorio difuso de mi alma para ordenarme qué pensar, qué soñar, cómo encontrar el mejor camino para dejarme morir. Mi guerra debía ser primero contra mí misma, impedirme que Claudio tomara el control desde dentro mío para hacerme verlo todo desde la perspectiva de Claudio y que el mundo entonces se limitara a ser solo un Mundo-Claudio. ¿Qué importaba la manchita de sangre que tenías en la camisa?, acaso ni siquiera era una mancha de sangre sino solo una mancha cualquiera, quizás un resto de mermelada pegoteado en la tela, tal vez un poco del kétchup que le habías puesto al sánguche de milanesa que hacía solo un rato atrás le habíamos comprado al chico que nos había perseguido un par de cuadras y que terminamos embadurnándolo con aderezos y comiéndolo parados en medio de la calle, o quizás, sí era una mancha de sangre, una vieja y empedernida mancha de sangre que te habría ensuciado la camisa hace mucho, muchísimo tiempo atrás debido a alguna herida o raspón, y entonces ¿por qué pensar que esa mancha era una gota de sangre de mi perra Sida, un hilito que habría caído sobre la tela en el momento en que la decapitabas o escondías su cabeza debajo de nuestra almohada o arrojabas su cuerpo sobre la cámara del neumático dejándolo flotar en medio de la pileta solo para que yo la encontrara?

Nada te dije de la mancha, tampoco te respondí quién era ni qué cosas me estaba haciendo Claudio Scherer, me limité a decirte que la cabeza de la perra Sida había aparecido en nuestra cama y que el resto del cuerpo flotaba en la pileta. Tomaste la noticia con frialdad, ni siquiera me preguntaste si se trataba de la misma perra que habíamos encontrado en el Camino del Cuadrado, o si estaba segura de lo que había visto, no, solo te bajaste del auto sin decir palabra, cerraste la puerta con un golpe que me pareció duro y seco y que me dejó pensando qué estarías pensando de mí, ¿habías ya decidido que estaba loca, que ya no podías soportar más escenas y que ese era el fin de nuestra relación? ¿Por qué no me hablaste, por qué no me dijiste qué ibas a hacer y me dejaste ahí comiéndome mi propio cerebro? Te alejaste con paso seguro, entraste de nuevo al hotel, desapareciste de mi mirada y entonces me dio miedo que la perra que había visto decapitada en la pileta y la cabeza cortada que había encontrado en nuestra cama no fueran los restos de nuestra perra, sino una perra cualquiera, una perra negra, chiquita, lastimosa, semejante a nuestra perra Sida pero no nuestra perra Sida, porque entonces no se habría tratado más que de una coincidencia, un equívoco espeluznante pero un equívoco al fin, que no estaba relacionado con Claudio ni con su plan de persecución y aniquilamiento mental, sino con una casualidad horrenda, un mal chiste de algún huésped perturbado o el ritual

satánico que alguno de los empleados del hotel llevaría a cabo en nombre de los dioses oscuros del trasmundo, o acaso solo un ex empleado que se cobraba la indemnización del despido decapitando perros y dejando sus cabezas bajo las almohadas de los huéspedes ya no en nombre de Satán sino de los derechos sindicales o alguna deidad gremialista, o tal vez la pareja de viejos que regenteaba el lugar escondidos bajo el atavío de la hospitalidad y el precio barato del hospedaje para saciar su fascinación cruel nacida del gusto impertérrito por todas las películas de terror clase B que admiraron durante su vida, pero no Claudio Scherer porque acaso Claudio Scherer no estaba en Córdoba persiguiéndome bajo mil disfraces sino despatarrado en un cómodo sillón en algún lugar del mundo, escuchando jazz con un vaso de whisky en la mano, dispuesto a olvidarme o ya habiéndolo hecho.

Pero vos te habías bajado del auto sin decirme nada, ninguna palabra que me diera alguna orientación acerca de qué pensar, qué hacer con mi cabeza, solo te fuiste y me dejaste muerta de miedo ante la posibilidad de perderte, el riesgo concreto de que me abandonaras no porque quisieras hacerlo, no porque la perra decapitada no fuera nuestra perra Sida y Claudio no tuviera nada que ver con aquello, sino porque acaso ni siquiera existía la cabeza de ninguna perra bajo nuestra almohada, ni su cuerpo desplomado sobre la cámara de un neumático en la pileta. Tuve miedo de que subieras las escaleras hacia el segundo piso del hotel, abrieras la puerta de nuestra habitación, corrieras las frazadas y la almohada y no encontraras nada. Tuve miedo de que bajaras al parque trasero, te pararas en el borde de la pileta y no encontraras sobre la cámara del neumático ninguna perra decapitada. ¿Hace falta decirlo?, de lo que tuve miedo era de haberme vuelto loca, que de mi historia con Claudio ya no encontrara ninguna salida porque en verdad yo misma me estaba inventando mi propio infierno. ¿Era posible que ninguno de esos hombres que me perseguían fuera Claudio? Claro que era posible, pero hay un momento en la vida en la que una tiene que decidir entre la melodía pegadiza del propio cerebro o lo que el mundo tenga que decir, y sin embargo cuando llega ese instante una se da cuenta que ya no hay elección posible, el mundo solo habla en el modo del silencio y la melodía mental se ha transformado en el chirrido de mil máquinas atronando su música industrial.

Al volver al auto, nada dijiste de Claudio ni de nuestra perra Sida, si la habías encontrado, si su cabeza efectivamente yacía bajo la almohada y el resto del cuerpo flotaba en la pileta, en nada quisiste ayudarme para salir de mi propio atolladero. Apareciste en la puerta del hotel con tu bolso colgando de un hombro, mi campera y alguna otra ropa que yo había dejado en la habitación apretada bajo tu axila,

y una bolsa de consorcio que cargabas en tu mano. Moviste el brazo en forma pendular buscando la fuerza necesaria y lanzaste la bolsa al canasto de basura. Nuestra pequeña historia con la perra Sida se fue dentro de aquella bolsa, allí la dejamos pudriéndose esperando que viniera el camión de recolección y se la llevara algún basurero y la entregara como ofrenda a los pájaros y las ratas para dejarme siempre con la duda si lo que había visto en la pileta y luego en nuestra habitación del hotel era nuestra perra o solo una muestra del desvarío en el que me había dejado hundir.

Desde entonces, hice lo que pude, luché contra mí misma con todas las fuerzas que podía, pero la manchita de sangre en el dorso de tu camisa era una invitación que en la carrera desatada de mi propia paranoia no podía rechazar. Hicimos unos cien kilómetros más por las curvas y contra curvas de la ruta 38 hasta Cruz del Eje, vos concentrado en el volante, yo atormentada no por el silencio que se nos venía encima como los camiones que entonces parecían haber tomado el capot de nuestro auto como objetivo bélico para luego pasar rasantes dejándonos en la boca el gusto del polvo levantado, sino la conciencia del silencio, el murmullo insoportable por el que rogaba silencio, un poco de silencio, y que a la vez por el hecho mismo de rogarlo se me hacía imposible. La mancha en tu camisa cobraba las dimensiones del continente americano visto desde una foto satelital, una gota de agua cayendo sobre la cabeza de una hormiga, un tumor que decide conquistar el organismo entero comenzando desde algún rincón de la última célula del páncreas. Cuando estábamos por llegar a Cruz del Eje, te pregunté si habías encontrado el cuerpo en la pileta y la cabeza en nuestra cama tal como yo te había dicho. Desesperaba una respuesta, algo que me devolviera la posibilidad de aferrarme a Axel Santana, una señal de que vos eras Axel Santana y habías aparecido en mi vida y habías hecho más de mil kilómetros y todavía estabas sentado junto a mí solo para hacerme bien y llevarme lo más lejos posible de mí. Una palabra, acaso, hubiera bastado, quizás mostrarme que comprendías lo que estaba viviendo y me defendieras de Claudio. ¿La manchita en la camisa no era más que un poco de kétchup, verdad?, ¿habías visto a la perra decapitada?, ¿no?, ¿habías comprendido que Claudio nos estaba siguiendo y a partir de entonces le declararías la guerra para salvar a tu Emilia?, ¿no es cierto? Esperaba todo de vos, pero entonces no me devolviste nada.

—¿Qué perra? —me preguntaste como si no supieras de lo que estaba hablando.

—¿Qué perra?, nuestra perra, ¿no estaba el cadáver de Sida en las bolsas de basura que tiraste en el canasto del hotel de Capilla del

Monte? —insistí.

—No entiendo, Emi, ¿por qué voy a tirar el cadáver de un perro a la basura? —dijiste contemplativo.

—No era un perro, era mi perra y se llamaba Sida, te dije que había encontrado el cuerpo en la pileta y la cabeza cortada en nuestra cama —te presioné con la desesperación de saber que estaba jugando en el borde del precipicio.

—Es imposible, Emi. ¿A quién se le va a ocurrir hacer eso?

—¿No viste a mi perra entonces, ni en la pileta ni en nuestro cuarto?

—No, Emi, no vi ninguna perra.

—¿Y la mancha roja que tenés en la camisa?

—¿Dónde?

—Al costado de tu brazo. Tenés una mancha roja, parece sangre.

—No sé qué decirte, capaz que se manchó con la sangre de la perra.

—¿No me dijiste que no habías visto a ninguna perra?

—No recuerdo haber visto ninguna perra, pero si vos decís que en la pileta flotaba el cadáver de una perra, seguramente hice lo que vos me dijiste, la metí en una bolsa y la tiré en el tacho de basura.

—No necesito que me trates como una loca ni que repitas lo que yo te digo. Lo que quiero saber es cómo apareció esa mancha en tu camisa.

—Ya te dije, no me acuerdo.

—La mancha estaba antes de que te dijera algo sobre la perra, antes de que volvieras al hotel y cargaras la bolsa —arremetí.

—No me siento bien, Emi, no puedo acordarme —te defendiste.

—No me estás diciendo nada.

—Son lagunas de la memoria, ni siquiera sé si ya hablamos de esto.

—Me dijiste que te pasaba olvidarte de algunas cosas, pero lo de la perra pasó hace un rato nomás.

—No quiero volver otra vez a lo mismo. Ayudame.

—¿A qué queres que te ayude?

—Son episodios, es como si de pronto se borraran partes enteras de mi memoria, como si fuera una película a la que le cortan secuencias completas, un mapa mundial al que le faltan decenas de países. No me acuerdo nada de tu perra.

—La encontramos en el Camino del Cuadrado.

—¿Ves?, no me acuerdo haber tomado el Camino del Cuadrado. ¿De dónde veníamos?

—Antes de ayer pasamos el día en Rosario.

—¿Paramos en Rosario?

—Anoche dormimos en el motel de un parador antes de entrar a

Córdoba.

—¿De qué hablamos?, ¿qué te conté?

—Hablaste de Débora.

—No sé quién es Débora.

—Dijiste que tenías Sida, hablamos de los que nos pasaba con eso, te conté que yo también.

—¿Te dije de mi temor de que las amnesias se relacionaran con el virus?

—No, no dijiste nada de eso.

—No sé por qué tengo la sensación de que una afección va de la mano con la otra, como si el virus provocara las amnesias. No me hagas caso, es una idea nomás, solo estoy asustado y pienso cualquiera cosa.

—Al menos decime de qué te acordas, ¿sabés quién soy?

—De vos no me voy a olvidar jamás, Emilia.

—¿Pero de qué cosas te acordas?

—¿Me estás poniendo a prueba?

—No, no es eso. Solo quiero saber si te acordas de mi perra.

—No sé, me acuerdo de las cosas que me contaste de tu relación con Roby y con Claudio.

—¿Qué te conté de Roby?

—Me dijiste que era un artista famoso, que estaban separados desde hace un tiempo, que te amaba con locura y le costaba aceptar que te mudaras sola a un departamento, dijiste que igual te comprendía y te acompañaba en lo que podía.

—Nunca hablamos de Roby —sentencié segurísima.

—¿No es tu marido, no es un pintor famoso?

—Sí, pero nunca hablamos de Roby, nunca me preguntaste ni yo te dije nada.

—Sí, Emi, me contaste, sino ¿de dónde voy a saber de Roby?

—No lo sé, Axel, lo único que quería era saber con qué te habías manchado la camisa.

—¿Volves con lo mismo? No sé qué estás insinuando.

—Nada, es que me resulta raro que tengas la camisa manchada con sangre y no te acuerdes de lo que le hicieron a nuestra perra.

A esa altura no necesitaba tu respuesta. Tu amnesia no era más que una farsa. Estabas jugando conmigo como si siguiera siendo la muñequita que habías armado y desarmado mil veces, pero habías caído en mi pequeña trampa y habías desnudado quién eras. Nunca te había hablado de Roby, por lo que Axel Santana no podía saber quién era mi marido ni cuál nuestra relación. Mentías y entonces todo quedaba claro. Vos habías matado a mi perra, vos eras Claudio: eso es lo que había resuelto el tribunal supremo reunido en el Palacio del

Terror y a mí no me quedaba más opción que escuchar la sentencia y acatar órdenes aun cuando de lo que se trataba era de la vida del hombre que acaso había aparecido en la mía para darme la última chance.

Ya no había ninguna chance. Al llegar a Cruz del Eje, después de un rato en silencio, me preguntaste si me parecía bien pasar la noche en aquella ciudad. Asentí con un movimiento descendente y ascendente de mi cabeza rígida. Nos alojamos en una pensión. Cuando terminamos de registrarnos subimos nuestros bolsos a la habitación. Entonces inventé que me sentía mal y que no podía más del dolor de cabeza. Te pedí que me compraras algo en alguna farmacia que encontraras en la ciudad. Apenas te fuiste, abrí tu bolso. Saqué las primeras prendas que habías doblado por encima de todo y las arrojé sobre la cama. Entonces encontré oculto en una bolsa de medias, el Mapa del Virus que alguna vez le había descubierto a Claudio. Lo extendí sobre la mesa. Me sobresaltó que las líneas pintadas con rojo señalaban la ruta que estábamos siguiendo. Buenos Aires, Rosario, Córdoba, Río Ceballos, Capilla del Monte, Cruz del Eje, La Rioja, San Fernando del Valle, San Miguel de Tucumán, Salta, San Salvador de Jujuy, La Quiaca. En el interior de un par de zapatillas escondidas en el fondo del bolso encontré los documentos. Claudio Scherer, Pablo Majno, Juan Steiner, Alejandro Freire, Norberto Díaz, Martín Azúa. También estaba el documento de Roby. Supe entonces que se lo habías robado la vez que te habías hecho pasar por mi esposo. Finalmente, en el fondo del bolso, envueltos en una bolsita de plástico transparente, guardabas unos veinte o treinta fardos de billetes que contados a vuelo de pájaro debían sumar un millón o dos millones de pesos.

Ya no tenía dudas. Axel Santana no existía, nunca había existido, en todo caso, no era el hombre con el que había viajado casi mil kilómetros hacia la nada misma. Ese hombre era Claudio, vos eras Claudio. No había otra posibilidad. ¿Podía acaso haber pensado en ese momento que toda esa plata, el Mapa del Virus y los siete documentos de identidad los había dejado Claudio en tu bolso con la única finalidad de que cayera en su trampa? Lo sé: llegar tarde es mi destino. El mundo ya siempre ha terminado de quemarse y yo nunca estuve ahí para enterarme, entonces ya es tarde para todo, tarde incluso para identificar qué sencillo podía ser el plan de Claudio dejando toda esa plata, el Mapa y aquellos documentos en tu bolso. Desespero ahora el instante negado, me castigo a mí misma pensando por qué no se me dio la mínima claridad como para registrar el truco. No tengo excusa ni perdón, pero estaba enceguecida y no podía dejar de pensar que si los documentos y el mapa estaban escondidos en tu bolso no había otra posibilidad de que vos fueras Claudio. Así actué, embrutecida por el terror como el animal que todo lo ha intentado

pero que ya acorralado solo le queda mirar la noche quieta de los ojos del cazador y prometerse que no se entregará dócil a la agonía de la luz y enfurecido arremeterá contra la muerte. Vos actuaste como si nada estuviera pasando, volviste de la farmacia con una tableta de Migral en una mano y un chocolate de los que tanto me gustaban en la otra. Dijiste que era para cuando se me pasara el dolor de cabeza, me diste un beso en la comisura de la boca como si no tuvieras el menor registro ni de lo que había sucedido en Capilla del Monte o de lo que acababa de descubrir en tu bolso, ni menos todavía de lo que podía estar pasando por mi cabeza. Esa misma era la conducta cínica con la que Claudio se habría manejado. Ante la posibilidad de ser descubierto, traerme chocolate; en el momento mismo de descubrir su trampa comportarse como un adolescente enamorado al que se le juega la vida y la muerte en cada palabra, en cada mirada, en cada beso.

Estuviste atento a mi falso dolor de cabeza, te sentaste al lado mío, me pediste que cerráramos los ojos e imaginemos una playa y un barco a la distancia y un mar suave y turquesa y una luna esbozada sobre la línea del horizonte. Me invitaste a respirar despacio, sintiendo el aire inflándonos la panza, esperando conmigo que se me pasara el dolor, mientras yo lo único que pensaba era que estabas esperando, sí, el engorde del cordero que tenías encerrado en el corral a los fines de colgarlo para navidad. Un rato después ya estaba comiendo mi chocolate, me preguntaste si me sentía mejor y ya estabas con el teléfono en la mano pidiéndole a la recepción que nos subieran una botella de vino a la habitación. Quitaste el corcho y lo serviste en dos copas. Pretendías brindar por nosotros cuando no había nada por lo que brindar salvo el descaro con el que te movías, salvo la impunidad psicótica con la que, de ser Claudio, me habías arrastrado hasta el borde de mí misma. Te aferraste a mi cuello, raspándome con tu lengua de lija, me tomaste de la cintura y bailaste con el maniquí frío en el que me había convertido la música muda de la noche. Me preguntaste si me pasaba algo, en tus ojos descubrí el brillo de una cuchilla recién afilada y entonces supe que si pretendía salvarme de la trampa de Claudio debía actuar como vos mismo lo estabas haciendo. Solo se trataba de dejarme hacer, montar el teatro de la ignorancia fingida. Esa noche me hiciste el amor, esa noche me estabas violando. ¿No te diste cuenta?, ¿no registraste el asco recorriendo las terminales nerviosas de mi cuerpo, el vómito atorado en la garganta, mi sexo como una boca sin dientes ni lengua pretendiendo gritar y llevarse con su grito todo hasta no dejar sino nuestros huesos descompuestos en el desierto? ¿Cabe preguntar por qué no te diste cuenta?, ¿es injusto de mi parte, demandarte no haberlo hecho?, pero si acaso te hubieras detenido un instante, si hubieras estado atento a lo que mi cuerpo te

estaba diciendo no hubiéramos llegado hasta donde llegamos. Quizás entonces me hubieras preguntado si me pasaba algo, tal vez la musiquita de mi nombre sonando en tu boca me hubiera devuelto la claridad mental para no dejarme caer en la trampa de Claudio, pero vos seguiste taladrando mis entrañas como si yo no estuviera allí, me penetrabas bajo el mandato idiota del que busca el aplauso de los amigos invisibles que vitorean la conquista sobre su hembra, y entonces tus manos sujetando mis muñecas eran las manos de Claudio y tu pecho golpeando sobre los míos era el pecho de Claudio y tu verga el infierno frío del psicótico que en ese momento gozaba del ultraje y la humillación, por lo que, mientras tus piernas se entrelazaban con las mías e insistías con tus empellones y tu crueldad se dibujaba en mi mente el paso a seguir, el acto definitivo: matarte, aniquilar a la bestia, borrarla de la memoria y de la faz de la tierra.

Y si ese era el fin revelado, fuiste vos el que me facilitó los medios. Cargamos nafta en una estación de servicio de Cruz del Eje. Dijiste que te gustaría dejar la ruta 38 y tomar un atajo por la 16 y luego por la 60 para pasar por las Salinas Grandes y recién entonces retomar la dirección hacia San Fernando del Valle. Me preguntaste si conocía el Lago de las Salinas Grandes, si no me importaba el cambio de planes. Nada tenía para decirte; cada palabra tuya, cada gesto y mirada no hacía más que alimentar la maquinaria paranoica y en tus palabras encontrar la palabra de Claudio y en tus gestos y tu mirada, su rostro oculto, su mirada impiadosa. Solo pensaba ¿hasta dónde ibas a seguir jugando, en qué momento pondrías fin a la farsa y te mostrarías como lo que de verdad eras? Me pediste que te esperara unos minutos para ir al baño y comprar algo en el kiosco. Te exigí que me dejaras la llave del auto para escuchar la radio. Esperé a que desaparecieras de la playa de la estación, abrí el baúl, saqué el bidón y le dije al empleado del surtidor que lo cargara hasta el tope. Lo dejé detrás del asiento. Cuando regresaste, estaban pasando en la radio un tema de Morrisey. Mis dedos repiqueteaban sobre el tablero y me preguntaste si me sentía mejor, si los dolores de cabeza no habían vuelto. “Nunca me sentí mejor en la vida”, te dije y salimos con el auto hacia la ruta 16. A los costados el paisaje se había aplanado como una sábana sobre la cama recién hecha y hasta los árboles raquíticos y la maleza suplicante parecían dibujos estampados sobre la tela. Durante algunas horas atravesamos aquellos kilómetros del desierto como si en verdad estuviéramos detenidos en medio de la nada y fuera aquel paisaje de planeta desconocido el que se moviera, viniera hacia nosotros y nos pasara por encima como un vendaval de aire caliente. Pasamos por un pueblito de no más de diez ranchos y

una pobreza desoladora llamado Chuña y luego por otro que se llamaba Jaime Pérez y en Jaime Pérez conté cuatro toldos que hacían que los ranchos tristes de Chuña se vieran de como un lujo chabacano de gente que no tenía en cuenta la miseria de sus vecinos. Costeamos las edificaciones de Dean Funes y fue como si de pronto cobrara conciencia de que atrás habíamos dejado la vida durante el paleolítico y ahora viéramos en vivo y en directo el desarrollo colonial del siglo dieciocho. La voz melosa de Morrisey se había callado hacia un buen rato atrás condenándonos a un ruido de milanesa friéndose en aceite quemado que la radio emitía habiendo perdido toda señal. Quisiste apagarla, te tomé de la mano y lo impedí. Ese ruido de chillido intergaláctico era la música del desierto, se superponía con el gemido de animal agónico de mi cerebro y hacía de banda de sonido del mantra continuo: “me la vas a pagar, ya, ahora, en un instante, me las vas a pagar todas juntas”. ¿Hablamos?, ¿hablaste y nada escuché de lo que decías?, ¿me preguntaste algo y mis ojos clavados en las rocas que pasaban rumeando la eternidad y mi silencio estricto te obligaron a renunciar a cualquier contacto? Levantaste el pie del acelerador y la aguja del velocímetro descendió de los ciento treinta kilómetros a unos sesenta cuando atravesamos las ocho cuadras que conformaban todo el pueblo de Quilino. La aguja volvió a clavarse en los ciento treinta y un rato después pasamos por San José de Las Salinas como si nunca hubiera estado allí, pero entonces el paisaje se fue transformando y del verde claro de la tierra yerta un resplandor blanquísimo se levantó desde nuestro lado izquierdo para fundirse con el horizonte. Unos kilómetros más adelante, cuando ya pasamos el chaperío que oficiaba de pueblo y se engalanaba con el nombre de Lucio Mansilla, el resplandor blanco se nos volvió universo y totalidad. El cielo y el desierto se habían confundido en la planicie terca de un papel blanco de seda brillante, el fondo interminable de la hoja donde la mirada del poeta sin inspiración se precipita al silencio último, el foco de un avión apuntando contra nuestros ojos, así, todo en derredor, blanco, blanquísimo, como el universo lácteo con el que sueña un bebé, una tormenta de nieve entre los hielos detenidos del polo, lo que vio el místico y luego calló, lo que vio el ojo que ha logrado verse contemplándose a sí mismo, el mundo cuando todo se ha borrado del mundo. Así aparecieron las Salinas Grandes delante nuestro como un vendaval de luz que se llevara toda orientación y sentido.

Hicimos algunos cientos de metros con el auto marchando a paso de hombre. Nos detuvimos en medio del sendero, me invitaste a bajar y caminar por ahí. Estuve a punto de preguntarte “¿por qué?”, solo “¿por qué?”. Me atraganté con mis propias palabras. No había ya nada que decir. Te dije que me mareaba el resplandor, me daba miedo y

quería verlo todo desde el auto. Te rogué que fueras solo, si me sentía mejor te alcanzaría. Cerraste la puerta y me quedé mirando tus pasos dibujando la huella sobre la capa de sal. Entraste en la luz blanca como el que entra en la muerte y ya no te vi más. Era hora de actuar. Tomé el bidón de nafta, abrí el baúl y me quedé con el fierro que sirve para levantar el criquet. Caminé lento siguiendo tus huellas en el fulgor purísimo, me deslicé en el resplandor como si yo misma me desintegrara en partículas de luz y ya no habría nadie avanzando en medio de la nada. Después de un rato, divisé tu espalda y el espesor material de tu cuerpo me devolvió la percepción del fierro en mi mano y el bidón de nafta en la otra. No me escuchaste, no oíste el crujido de mis zapatos entre las piedras de sal, solo ofreciste la nuca para que el golpe certero cayera sobre la punta de tu cabeza y vos te derrumbaras como una torre de huesos. Un charco de sangre se formó a tu lado y el destello rojo parecía un agujero negro en medio de aquel universo blanquísimo.

El golpe dado y tu derrumbe debían haber sido todo, pero yo no había llegado a ese umbral del mundo para eso. Acaso te moviste, quizás tus manos temblaron o algún estertor hizo vibrar tu pecho. Aquello no me importó. Ni siquiera me importaba si habías muerto o solo te habías desvanecido. Vivo o muerto lo que quería era hacer desaparecer tu rostro, desfigurarlo hasta que se volviera imposible definir en él alguna humanidad y así devolverte de una vez y para siempre tu condición de monstruo. Sin rostro, ya no había Claudio. Sin rostro ya eras nadie, y ese el único modo de matarte. Vertí todo el contenido del bidón sobre tu cara. De mi bolsillo tomé el encendedor y el paquete de cigarros. Me prendí uno y fumé dándole dos o tres caladas lentas y apacibles. Tiré el cigarro sobre la nafta y enseguida tu rostro se prendió fuego. El humo ascendía en volutas grises entre los velos del resplandor blanco y yo pensaba en todos aquellos que habías sido, todos los rostros con los que el monstruo se había transformado en el fantasma capaz de hurgar en la noche de mis sueños: Pablo Majno,Martín Azúa, Norberto Díaz, Juan Steiner, Alejandro Freire morían en el rostro incendiado de Claudio Scherer.

Entonces ocurrió lo que no esperaba. Con tu cabeza hecha una bola de fuego te levantaste. Gritabas pidiendo auxilio. Me quedé quieta, aterrada. Luego retrocedí unos pasos y enseguida me di cuenta que en tu desesperación habías perdido todo norte. Ni siquiera tomaste registro de que yo estaba allí, a unos pasos. Me gustó verte encerrado en tu propio laberinto de fuego. Me gustó ese instante en el que todos los rostros desaparecían en la hoguera de un solo rostro y todos los hombres que habías sido se hacían nada en las llamas que envolvían la cabeza del hombre que amé y odié como solo se puede amar y odiar al que nos reveló el sentido de nuestra vida en la hora

exacta en la que la arruinaba.

Te vi alejándote de mí, con los brazos como aspas pretendiendo apagar las llamas, hasta que la luz blanca del mundo te envolvió con su manto resplandeciente y te volviste nada. Giré sobre mis pies y volví hacia el auto. Nunca antes me había sentido tan serena. Entonces vi en el asiento trasero tu bolso azul. Ya nada quería saber de Claudio Scherer y nada debía quedar de él cerca mío. Tomé el bolso, saqué el millón o los dos millones de pesos que tenías escondidos en el fondo y me los quedé para mí. Luego lancé el bolso con todas mis fuerzas lo más lejos posible. Cuando cayó sobre el suelo volví a ver tu sombra viniendo hacia mi posición. Habías logrado apagar las llamas pero apenas si te sostenías sobre tus pies. Entonces caíste más o menos cerca de tu bolso. Ahí tenías todo lo que quedaba de Claudio Scherer, con tus documentos, tu Mapa del Virus, tus fotos, tu cámara y todas tus mentiras. Encendí el auto, puse la radio y retomé el sendero por donde habíamos andado. Ya no te vi más, ya habías quedado atrás, sepultado bajo las cientos de toneladas de sal de las que el olvido es capaz.

Pasé de nuevo por las casitas del pueblo, tomé la ruta 60 tarareando la música idiota que resonaba en los parlantes del auto. Con la ventanilla baja y el viento caliente dándome la cara, terminé de cruzar Las Salinas y enseguida el límite entre Córdoba y Catamarca. La bifurcación del asfalto me hizo abandonar la ruta 60 y seguí por la 157. No había nadie en el camino, ni auto, ni camión, ni nada. Andaba lento como si saboreara la paz mental que había conquistado. A lo lejos vi el sendero de alguna tropilla que había dibujado sus pezuñas en el barro ya seco. Me metí por el campo entre piedras, pastizales y pozos y anduve algunos kilómetros hasta que me di de lleno contra una zanja que atravesaba el desierto. Bajé del auto y allí lo dejé abandonado. Caminé el resto del día hasta que la noche se hizo y la oscuridad se volvió imperio. Dormí entre rollos de alfalfa que aparecieron ante mí como meteoritos caídos del cielo hacía cientos de años. Desperté con la luz caliente del nuevo día y volví a caminar hacia ningún lado hasta que finalmente los destellos del sol resplandeciendo sobre las chapas de unos ranchos lejanos me devolvieron alguna orientación.

Hacia el mediodía entré en un pueblo llamado Recreo y en la estación de servicio me tomé un café con leche y me comí dos medias lunas de manteca pensando en nada y pensar en nada me hacía sentir bien, serena, en paz conmigo misma, tan bien como acaso nunca me había sentido en mi vida.

POST–SCRIPTUM

BREVE HISTORIA DE LA PERSONA QUE NUNCA FUI

Hicieron un agujero.

Hicieron un agujero en mí, pero yo no estaba en mí como para decir que habían hecho un agujero en mí. Primero estuvo el agujero y el agujero era un pozo de carne. ¿Salí por aquel agujero? No, ni siquiera me dejaron salir. Seguramente me quedé dentro. Metieron una cucharada de puré. Creo que era puré. Me pareció asombrosamente rico. Estoy mintiendo otra vez. Ni siquiera podía saber si era rico porque todavía no tenía una lengua como para definir que aquello era puré y si ese puré era rico. Seguramente se dieron cuenta del error y enseguida metieron en el agujero una lengua que entonces empezó a ser mi lengua. Preguntaron por mi nombre. No dije nada, no me dieron tiempo a nada, enseguida metieron otra cucharada de puré que saboreé con cuidado y temor porque aquella era la primera vez que tenía una lengua y había también algo que mi lengua podía saborear. El agujero ya estaba lleno, apenas podía entrar la lengua que era toda mi existencia y el puré que ya habían metido, pero metieron otra cucharada y la pasta blanca rebalsó del agujero y cayó por los lados. Me preguntaron si quería más, pero yo estaba ahogado en el puré y no podía responder. Quizás escucharon un gemido desde el fondo del pozo de carne que ellos mismos habían cavado y entendieron que aquel gemido significaba “sí, quiero más”, y metieron entonces otra cucharada, y luego otra más, y muchas cucharadas más. Después volvieron a preguntar si quería seguir, pero tampoco pude responder nada porque el pozo se había tapado y yo estaba muriéndome ahogado. Se dieron cuenta de que me estaban matando y entonces me hicieron otros agujeros arriba del primero y sentí una ráfaga de aire que corría por ellos y respiré hondo y supe por primera vez que aquello era respirar y que yo estaba respirando y me estaba salvando. Pero a ellos no les pareció suficiente y seguramente para cuidarme hicieron muchos agujeros más, incontables y diminutos agujeritos por donde sudaba el puré que me habían metido. Me preguntaron si quería más. No esperaron mi respuesta y metieron un chorro de leche y luego pedazos de churrasco y también metieron morcilla y mondongo y guiso y muchas otras cosas, y cada vez que metían algo me preguntaban si quería más y nunca esperaban mi respuesta y seguían y seguían porque todo lo que metían yo lo expulsaba por los agujeros y agujeritos que ellos mismos me habían hecho. Insistieron preguntándome el nombre. No respondí, se dieron cuenta de que todavía no tenía oídos ni se les había ocurrido dármelos. Hicieron otros dos agujeros. Les pareció que con ello resolverían el problema de mi sordera. Insistieron si quería seguir. Mi falta de respuesta los puso más nerviosos. El tono de sus voces fue subiendo. Junto a los dos agujeros que debían funcionar como oídos hicieron otros dos agujeros más. Me preguntaron si con ello alcanzaba.

No me dejaron responder. Siguieron haciéndome agujeros por todas partes, amontonando la carne alrededor inventando unas hermosas orejas, muchas orejas, cientos de orejas por todos lados más o menos cerca del agujero central donde habían metido una lengua. Aquello me confundía: tantas orejas y oídos habían cavado que no lograba identificar de dónde venían sus voces. Venían de todas direcciones: delante, detrás, desde los costados, desde dentro, desde fuera porque yo tenía orejas y oídos delante y también detrás, a los costados y también adentro del pozo de carne. Aquello me aturdía y solo quería que se callaran, que dejaran de hablarme. Pero entonces las voces parecieron ponerse de acuerdo y todas al unísono gritaron de nuevo si quería seguir, pero yo no sabía cómo responder. Entonces volvieron a meter churrasco y leche y puré y más guiso en mi boca, pero entre tantos agujeros ni ellos sabían dónde había quedado mi boca porque no había una boca sino muchísimos agujeros que se movían y desplazaban por todas partes y ninguna. Pero no renunciaban y cada vez que algo metían preguntaban: ¿queres más?, ¿querés seguir? No respondía. No me dejaban responder. No podía responder. En un momento se detuvieron, conversaron entre ellos de cosas que solo llegaban a mí como chillidos de animales muriendo. Volvieron. Se dieron cuenta de algo central: no me habían dado palabras para responderles. Abrieron por la fuerza cada una de mis bocas y metieron palabras, montones de palabras como si fueran pedazos de churrasco, mondongo, guiso pero ninguna de aquellas palabras tenía gusto a churrasco ni a mondongo ni a guiso, no tenían gusto a nada. Preguntaron: ¿queres seguir?, respondé, ¿te alcanza así o queres un poco más?, respondé, te dimos todo para que lo hagas. Y yo hubiera querido responderles pero aquellas palabras no eran mías, sonaban en mí, se llamaban entre ellas, se nombraban unas otras y ninguna me hablaba a mí. Insistieron “¿queres más?, ¿queres más?”. Entonces me di cuenta que ciertamente hablaban dentro mío, usaban las palabras que me habían metido dentro para hablarme desde el fondo de mi pozo y entonces mi pozo de carne estaba lleno de gente que nunca me habían presentado, gente que hablaba por mí, me llamaban, me exigían un respuesta. Entonces dije: “no quiero más, ya no, ya no quiero más”, pero no supe entonces si esas palabras eran mis palabras o las de cualquiera de las voces que se habían alojado dentro mío. No les alcanzó. Esas palabras eran de nadie y si yo quería ser escuchado debía hablar en nombre propio, pero no tenía ninguno y cuando metieron en mis agujeros un nombre de nada sirvió porque era el nombre de cualquiera. Eso al menos fue lo que dijeron. Dijeron: “ni con el nombre le alcanza”. Debatieron qué hacer conmigo. Se preguntaron para qué seguir perdiendo el tiempo. Tampoco yo quería que siguieran perdiendo el tiempo conmigo. No sé lo que esperaban.

Esperaban una respuesta. Entonces metieron un montón de imágenes en cada uno de los agujeros y en ninguna de aquellas imágenes estaba yo. Me mostraron una guerra y un millón de hombres marchando hacia una plaza y un árbol muriendo en el páramo y una vez un pájaro comiendo del tumor de un cadáver y había también una mujer peinándose frente a un espejo y había un mar y la espuma plateada en la noche y un tren que atravesaba el desierto dejando atrás la estación fantasma de un pueblo muerto. ¿Te acordas? —preguntaron. ¿Te acordas? Pero yo no recordaba nada de lo que me mostraban. ¿Queres seguir? ¿De verdad queres seguir? No quiero que sigan, no quiero seguir, ¿qué tengo que hacer para que entiendan que no quiero seguir? Entonces ensayaron y llenaron con agua todos los pozos y me electrocutaron el cerebro y cantaron el himno de una patria que dijeron debía ser también mi patria y luego también me mostraron una mujer y dijeron "esta es tu mujer" y la mujer cargaba encima con un chico que había nacido muerto y entonces dijeron "este es tu hijo", y luego uno de ellos puso el hijo muerto en unos brazos que parecían los míos y me preguntó si quería seguir, llenaron el pozo con un millón de años y no sabía si todos esos años estaban por venir o era todo el tiempo que habíamos vivido como muertos

entonces abrí los párpados y me di cuenta que habían dejado en mis agujeros dos ojos, pero ellos ya no estaban, se habían ido y abandonado a la buena de dios. El cuarto estaba vacío aunque lleno de larvas que pensé habían escapado de mis entrañas por el colador de mi existencia. Las vi irse, atropellándose unas a otras, arrastrándose por debajo de la puerta como si fueran ellas —esas larvas— las que estaban escapando de mí. Quise perseguirlas porque yo también debía escapar de mí mismo y salir de donde fuera que estuviera, pero quise mover mis brazos para levantarme y mis brazos no se movieron y de repente sentí un frío inhóspito y sentí también la rigidez de mi pija erecta y entonces tuve miedo y pensé si en verdad ya no me había muerto esperando en vano que los recuerdos se hicieran en mí y dijeran mi nombre, por lo que ante el terror quise decir algo y nada salió de mi boca, me esforcé en gritar, pestañar, mover aunque sea un dedo, pero seguía inmóvil, con el desierto clavado en mi pecho y también con todas las voces que hablaban dentro mío ordenándome cosas que no entendía y contándome también historias muy hermosas y muy tristes, por lo que ni siquiera pude moverme cuando vinieron dos chicos perfectamente desconocidos y se acostaron a mi lado porque querían dormir la siesta conmigo, y entonces quise decirles que se fueran y nada pude decir porque mi estado mortuorio no se me iba, y uno de ellos me abrazó por detrás y el contacto físico me produjo náuseas e intenté empujarlos y mis brazos permanecieron inmóviles, me pregunté cómo había llegado allí y nada recordaba, sí

me acordaba de haber muerto sin saber mi nombre ni nada de mi vida anterior, nada, ¿tenía hijos?, ¿tenía casa, mujer y esas cosas?, ¿qué estaba haciendo ahí entre esos dos chicos?, eso me preguntaba mientras mi mortuoria pija erecta me seguía doliendo y quería correrme hacia un lado para no tocar al nene que tenía delante y entonces supe y no sé cómo lo supe que ese se llamaba Antonio y que el otro no tenía ningún nombre porque yo lo había abandonado antes de nacer o en el momento mismo en que nacía y por eso no le había podido dar un nombre y supe también muchas otras cosas pero ninguna de aquellas era un recuerdo mío sino solo imágenes que se presentaban a mi mente sin tener la menor relación con lo que había sido mi vida ni con la muerte que todavía estaba viviendo allí entre mis dos hijos

y después entró una mujer y la mujer que era la madre de aquellos chicos los levantó de la cama y se los llevó consigo, y no sé entonces por qué me levanté desesperado queriendo explicarle a aquella mujer que solo estábamos durmiendo una siesta, que no habíamos hecho nada malo sino solo estar acostados pretendiendo dormir una siesta y sin embargo esas palabras en mi cabeza parecían solo dirigidas a mí mismo como si en verdad no me interesara en nada convencer a la mujer sino que se trataba de convencerme a mí mismo de que no había hecho nada malo, y me daba cuenta evidentemente que si lo que quería era convencerme a mí mismo era porque yo sabía que lo que había estado haciendo o lo que había querido hacer era muy malo, algo por lo que debía sentirme culpable, y no solo culpable sino infinitamente culpable, por lo que desde entonces debía buscar mi castigo sabiendo que nunca jamás encontraría mi castigo porque a la infinita culpa solo le estaría destinado un infinito castigo, no entonces encontrar a aquella mujer sino solo buscarla infinitamente sin nunca encontrarla y por ende nunca poder explicarle que no habíamos hecho nada de malo sino solo dormir una siesta

y entonces me levanté y tomé la ropa que se encontraba tirada junto a la cama y mientras me vestía me daba cuenta que aquella no era mi ropa porque yo nunca había usado pantalones pinzados ni camisa de seda ni zapatos acharolados, pero como me quedaban extraordinariamente bien terminé de vestirme y salí del cuarto y enseguida del otro lado de la puerta me encontré con que en aquella casa estaban dando una fiesta y todo se veía más o menos oscuro, solo iluminado por unas lucecitas de colores que giraban de una pared a otra y una luz blanca más fuerte que titilaba con un flash constante que me dio en los ojos y me encegueció y me obligó a llevarme los dedos a los ojos para protegerme y cuando quité las manos me di cuenta que en aquel comedor había hombres de negocios que habían sido compañeros míos de trabajo cuando yo tenía unos veinte años y

había entrado a trabajar en una empresa que vendía asesoramiento financiero para otras empresas y tuve miedo de que me reconocieran y no sabía exactamente por qué tenía miedo dado que yo nunca les había hecho nada y además había pasado ya tanto tiempo que seguramente se habrían olvidado de mí, y sin embargo tenía miedo de que me reconocieran y más aún que supieran que yo era infinitamente culpable de algo que había hecho hacía un rato pero también hacía unos veinte años atrás e incluso de algo que había hecho hacía cuarenta años atrás, más o menos desde el momento en que había nacido

por lo que quise pasar desapercibido cruzando el comedor y la fiesta con la mala fortuna de toparme de inmediato con dos de mis ex compañeros que rápidamente me identificaron y entonces les pedí que me dijeran cómo me llamaba, cuál era mi nombre, pero ellos me hablaron de cosas que no entendí porque aquellos hombres de negocio hablaban un idioma extraño que yo nunca había escuchado, una lengua alienígena, pensé, para la que no estaba preparado, y entonces me dieron de tomar un líquido muy azul y metieron una pastilla rosada en mi boca y me hicieron tragar la pastilla y luego se pusieron a hablar de otras cosas más mientras veía a los demás bailar en el centro del comedor y solo estaban mis ex compañeros pero ninguna mujer, solo hombres en aquella fiesta que se divertían con cosas de hombres, pero entre aquellos hombres no tardé en identificar en uno de los rincones del comedor una única mujer, una mujer oscura y radiante que en verdad era un ángel borracho derrumbado sobre su propio vómito, y la mujer que era el ángel borracho tenía las piernas abiertas y la vagina iluminada y enchastrada por una baba blanca, y la mujer estaba llorando y ese llanto era para mí, solo destinado a que yo la salvara, y entonces ocurrió que uno de mis ex compañeros se acercó a la mujer oscura y radiante y se bajó los pantalones y la penetró mientras los otros aplaudían y se reían a carcajadas, y luego de inmediato uno por uno comenzaron a desnudarse y entonces me di cuenta que yo también estaba desnudo y no sabía cómo me había desnudado o quién me había desnudado pero entonces estaba desnudo en medio de aquellos hombres de negocios bailando aquella música idiota y estruendosa, y comprendí que yo también estaba haciendo la fila para penetrar, humillar, violar a aquella mujer borracha que lloraba por mí, lloraba únicamente para que yo la salvara de todos nosotros y sin embargo estaba allí entre aquellos hombres esperando mi turno de penetrarla y aquel llanto se me hizo desolación y asco de mí mismo y del mundo y de todos los años y todas los días y todos los minutos en los que mi vida se había hecho sin mí y me encontré de pronto tomando del cuello al hombre de negocios que estaba en ese momento penetrando al ángel borracho y lo empujé hacia un lado y le

di un golpe en la cara y luego otro y otro más, y aquel hombre comenzó a sangrar y yo veía su cara toda ensangrentada y continuaba golpeándolo con el infinito goce de una violencia que se hacía sin mí en mí mismo y ese hombre ya no ofrecía la menor resistencia pero yo lo seguía golpeando y solo cuando registré que ese hombre había muerto por mis golpes me di cuenta que habían apagado la música y ya no había luces de colores, y el resto de los hombres desnudos estaban llorando y lloraban como nenes aterrados de lo que yo había hecho, y ninguno hacía nada contra mí sino solo lloraban a unos metros de distancia como temerosos de lo que yo podría hacerles, y solo entonces me puse de pie y mi ángel borracho ya no estaba por ningún lado pero estaban esos hombres aterrados y vi su desnudez y miré sus vergas y no tenían pija de hombres de negocio ni pija siquiera de hombres sino apenas unas verguitas diminutas, unas verguitas de nenitos de seis siete u ocho años y entonces les grité que dejaran de llorar porque ese llanto se me clavaba en el cerebro como si fueran golpes eléctricos y uno de ellos me dijo entre gemidos y con una vocecita aflautada que lloraban por lo que yo le había hecho a su amigo de negocios, y entonces los miré y ellos no querían mirarme pero les dije que me daban asco y que debían darse asco a sí mismo por violar a una mujer borracha, y entonces me dijeron que ellos no habían querido hacer eso pero que los habían obligado, quiénes los habían obligado —les pregunté—, y ellos, esos hombres de cuarenta y cincuenta años con verguitas de nenitos de seis o siete años me dijeron que sus padres los habían obligado a andar así desnudos y los habían obligado a penetrar y violar a la mujer borracha para hacerse hombres

eso decían mientras yo sentía cómo la pastilla que me habían dado con aquel líquido azul transformaba mi cerebro en la cáscara de una nuez flotando en medio de un océano muy azul e interminable, y mis piernas se aflojaron y todo alrededor empezó a moverse y fugarse y una luz fuertísima me golpeó en los ojos y me obligó a defenderme tapándomelos con la mano y después de algunos segundos cuando volví a mirar en derredor me di cuenta que aquellos hombres de cuarenta o cincuenta años con verguitas de nenitos de siete u ocho años eran mis compañeros de quinto grado desnudos en el fondo del aula, y vi en la desnudez de sus cuerpitos diminutos unas vergas espantosas que les colgaban desde el bajo vientre hasta las rodillas, vergas inmensas de hombres gigantes que parecían vergas aún más inmensas colgando en esos cuerpitos diminutos, y aquellos alumnos desnudos se tocaban sus inmensas vergas de caballos en celo y todos estaba haciendo cola para penetrar a una nena oscura y radiante que tenía el pelo cortado al ras como si no hubiesen podido con sus piojos y las piernas abiertas y la nena lloraba porque no quería ser penetrada y llamaba a su maestro de grado, pero éste no podía hacer nada

porque en ese momento estaba hablando junto a la puerta del aula con una mujer y un hombre que eran los padres de un alumno que nunca hablaba y en los recreos se mantenía siempre aparte atrayendo hacia él muchos pájaros y palomas a los que les daba migas de su sánguche para atraparlos y llevarse a la boca un gorrión o una paloma y comérselo de un solo bocado, y ese chico era nadie, solo un chico cualquiera, uno sin otra particularidad que comer pájaros en los recreos y por ello mismo seguramente yo era el chico que comía pájaros y los padres que hablaban con el maestro en la puerta eran mis padres, pero no eran los únicos que estaban allí, también estaba el director de la escuela, los otros maestros y los padres de los otros chicos, y en medio del murmullo de todos enseguida me di cuenta que estaban hablando de mí diciendo a los gritos que no tenía perdón y que merecía un castigo infinito mientras otros pretendían que les explicara por qué continuaba vestido con mi uniforme y todavía no había penetrado en la nena que seguía llorando en el rincón, y entonces mi padre dijo que yo nunca iba a ser un hombre como los demás y los padres de los chicos y el director y todos los maestros aplaudieron las palabras de mi padre que entusiasmado me ordenó desvestirme, me tomó del brazo, me arrastró hasta donde estaba la nena oscura y radiante, y me obligó a echarme encima y ya con la pija blandita dentro de la chica movía mis caderas violentamente para que mis padres y mis compañeros y mis maestros y el director de la escuela vieran y tuvieran registro que yo también era un hombre como ellos y golpeaba cada vez más fuertes mis caderas mostrando mis nalgas furtivas y cada vez sentía mi pijita más chica, más nada, una cosita avergonzada, sabiendo que solo estaba actuando para ellos como si en verdad les pidiera perdón por no poder ser lo suficientemente hombre como ellos pretendían, y solo cuando creí que me reconocían como un igual, solo entonces detuve mi movimiento y me levanté tapando rápidamente mi pijita para que nadie se diera cuenta de mi show absurdo y mentiroso

y entonces salí de aquel lugar y caminé por los pasillos y el piso estaba alfombrado y cada puerta tenía un número y entonces supe que estaba en un hotel y que la mujer a la que le acababa de hacer el amor se llamaba Débora, aunque también era posible que se llamara Emilia o Carol, en todo caso, siendo una u otra, esa mujer era la madre de mis hijos pero entonces la buscaba por todo el hotel sin poder encontrarla y recordaba todas las mañanas que había despertado con una pistola en la mano en habitaciones de moteles que olían a vómito y solían llenarse de gente y pájaros que se detenían a comer sobre mi pecho y perras que anunciaban la muerte de ángeles que despertaban buscando una bombacha que olía a la espuma de un mar que nunca habían visto, y entonces me di cuenta que recién me había despertado

y tenía una pistola en la mano y me preguntaba entonces qué hacía esa pistola en mi mano, cómo había llegado a mis manos una pistola que yo no recordaba, y entonces tuve miedo, no por la pistola ni por el hecho de no saber de dónde había surgido esa pistola sino porque esa mujer llamada Débora o Carol o acaso también Emilia no estaba por ningún lado y pensé si yo la había matado con esa pistola y entonces la buscaba sin poder encontrarla, y tanto anduve subiendo y bajando escaleras que terminé olvidándome de mi mujer, dándome cuenta que en verdad ya nada me importaba de Débora ni de Emilia o de Carol ni lo que había pasado con ellas sino que estaba yendo de un lado al otro porque quería desesperadamente afeitarme y no había en todo el motel ningún lugar donde afeitarme, ningún espejo, gillette, navaja, jabón ni nadie que me explicara dónde, cómo poder hacerlo, y eso no lo podía vivir sino como la mayor desolación de mi vida, el haberme despertado en ninguna parte e ir así de un lado al otro con una pistola en la mano sin tener un maldito lugar en el mundo donde afeitarme, —y si al menos estuviesen Débora o Emilia conmigo para ayudarme a encontrar un lugar para hacerlo, y si al menos encontrara un ser humano que venido del planeta de los monstruos me ofreciera un espejo, una bacha, un poco de jabón y una Gillette, un último bicho antropomórfico en todo el planeta tierra que se dignara a ofrecerme un lugar donde afeitarme— pensaba yendo de un pasillo a otro, abriendo una y otra de las puertas de las habitaciones vacías de aquel motel, así, atormentándome por mi barba de días, de semanas y de años, hasta que finalmente en uno de aquellos cuartos encontré a un hombre y aquel hombre estaba en calzoncillos en una cama y junto al hombre había dos chicos en calzoncillos y los tres parecían querer dormir una siesta y aquello me dio mucho asco sin saber en verdad por qué aquello me daba tanto asco, ¿por qué me daba asco si solo pretendían dormir una siesta?, pero entonces entré a la habitación y tomé al hombre por el cuello y le puse la pistola adentro de la boca y cuando ya tenía el dedo en el gatillo para matarlo y borrar todo ese asco que me enchastraba por dentro no supe por qué iba a matar a ese hombre y me pregunté ¿por qué le había puesto la pistola en la boca si en verdad no tenía ni una mínima causa para matarlo?, y el hombre tembló y se arrodilló y quiso hablar y yo metí más profunda la pistola en su boca y solo cuando ya parecía entregado a la muerte segura que estaba por darle, solo se me ocurrió preguntarle ¿dónde podía afeitarme?, "¿tenés un poco de jabón, me prestas una Gillette, algo con lo que afeitarme?", y entonces le saqué la pistola de la garganta pero el hombre aquel no me respondió nada porque en ese cuarto tampoco había ningún baño ni nada que me sirviera, sino solo aquellos dos chicos que en calzoncillos ahora estaban arrinconados contra la pared llorando y rogando por el padre, pidiéndole a dios y a

los ángeles más oscuros y radiantes que no lo matara, y por ellos, creo, solo por ellos no maté a aquel hombre y salí del cuarto con el arma todavía en la mano, con mi barba todavía de días, semanas y años

y volví al pasillo y el pasillo me sacó hacia el hall del motel, y no vi a nadie pero la puerta de salida estaba abierta y di unos pasos afuera y un rato después ya me encontraba en medio de un bosque ante una hoguera encendida con ramitas y piñas que esa tarde había estado juntando en el bosque para que ahora iluminara a la mujer desnuda que en derredor del fuego bailaba con la muerte el fin del amor, y ya se había hecho de noche y las llamaradas oscurecían el universo y no había noche ni nada alrededor porque ese fuego que todo lo absorbía y concentraba era la misma mujer que prendida fuego bailaba la muerte con el fin del amor, todo fuego su cuerpo, toda llamarada sus cabellos, y yo me acercaba a la mujer y ella me abrazaba pero sentía el fuego de su cuerpo frío, helado, un fuego que no quemaba y le pedía que me dijera cómo me llamaba, le preguntaba al borde del ruego cuál era mi nombre, y cuando la mujer que prendida fuego bailaba con la muerte el fin del amor estaba a punto de responderme una lluvia sanadora, una lluvia suave cayó sobre nosotros y miramos hacia el cielo para recibir las gotas dulces primero sobre nuestra frente y luego la lluvia torrencial sobre nuestros cuerpos, y después más fuertes cayeron las gotas y mi cara y mi pecho tenían llagas hechas por las gotas que caían fuertísimas y aquello debía hacerme doler el cuerpo pero yo actuaba el dolor que sentía y me preguntaba si podía actuar el dolor que verdaderamente sentía y entonces ya no había ningún dolor en mi cuerpo porque yo estaba actuando un cuerpo que sufría, pero la lluvia continuaba y de pronto descubrí que la mujer que había bailado con la muerte el fin del amor había desaparecido de mi lado y del fuego del que estaba hecha solo quedaban cenizas negras cubriendo el suelo del bosque y entonces me tendí sobre las cenizas negras y me dejé estar sobre los restos de la mujer mientas la lluvia sanadora golpeaba contra mi cara

entonces una perra se detuvo en la distancia exacta en la que se detienen los ángeles borrachos para revelar un tiempo sin revelaciones, y la perra me miró como solo miran los ojos perdidos de ángeles que se han derrumbado sobre su propio vómito y entonces me pareció que ya estaba lo suficientemente lejos del mundo y lejos de mí mismo como para no pensar en nada y no pensé en nada y eso me hizo sentir bien, y fue entonces que mientras yo estaba tirado sobre las cenizas la perra se tendió a mi lado y puso su cabeza sobre mi pecho y allí se quedó trayendo para mí todo esos años todas las horas todos los minutos en que mi vida se había hecho y yo no había estado ahí para vivirla, no estaba donde la vida se había hecho, no estaba en ninguna parte, en ninguna de todas esas imágenes que se hacían en mí, pero

vinieron sí las imágenes de un hijo al que había abandonado entre desconocidos en un bar cualquiera y las imágenes sí de un ángel borracho que reía sobre su propio vómito, y supe que entre todas esas imágenes sin mí en mi propia vida salvé del mar a un hombre que le salían animales por todas partes y aun cuando mi vida se había transformado en una mística del olvido y el error hubo un instante en que decidí no matar a alguien que se negó a darme un lugar donde afeitarme solo porque sus hijos me lo pidieron de rodillas en un motel abandonado, y recordé muchas cosas de mi vida y en ninguna de las cosas que recordé estaba yo, todas esas cosas pensé y supe entonces que esa perra que se había echado sobre mi pecho era mi ángel, era ella la que me traía los recuerdos de un mundo sin mí para darme la serenidad de no haber estado nunca en ningún lado

y eran las tres de la madrugada y brillaban los miles de ojos que me miraban y solo cuando la perra se levantó, salí de la inercia y corrí tras ella entre los árboles y luego entre las dunas y la seguí hasta la playa, la vi meterse entre las primeras olas y fui detrás suyo solo para no perderla de vista y cuando las olitas golpeaban contra mis tobillos la luna alumbró a un hombre que pedía auxilio agitando los brazos y volviendo a nadar para perderse entre las olas y aparecer otra vez llamándome, llamando a alguien, cualquiera que lo rescatara, y yo miré a los costados con la esperanza que viniera alguien que se metiera por mí en las olas de ese monstruo gelatinoso hecho de agua y sal y espuma, pero no había nadie alrededor y el agua fría ya golpeaba contra mis rodillas, mientras yo miraba a lo lejos los brazos de aquel hombre que en medio de la noche había decidido probar un poco de muerte hundiéndose, resurgiendo, volviendo a hundirse, entonces dudé porque aquella era la primera vez que conocía el mar y la primera vez que nadaba en el mar y la primera vez que nadaba en general y me preguntaba si valía la pena estar en medio de la noche, solo con el resplandor de la luna nadando o haciendo que nadaba o aprendiendo a nadar, yendo en dirección a aquel hombre, dudé pero ya era tarde para dudar porque estaba metido entre las olas que subían sobre sí mismas para todo oscurecerlo y caer de pronto ante mí y disolverse y devolverme a mí mismo la pregunta de por qué me había metido, por qué yo que había sido un cobarde toda mi vida me había metido en el mar para rescatar a aquel desconocido sin saber nadar, por qué de pronto tanto coraje y tanto estúpido amor y entonces en unos pocos instantes el agua sostenía mi cuerpo y su fuerza me arrastraba y no sé si tenía los ojos cerrados o todo era noche alrededor pero solo mi boca, mi nariz y la frente permanecían sobre la superficie, y de pronto el mundo no era más que el sonido de las aguas meciéndose en mis oídos y el sonido era el de planetas y sistemas solares viajando hacia el límite de un universo que se

expandía más allá de sí mismo, y luego escuché el sonido de mi corazón y eran golpes violentísimos contra mi pecho, y después tenía el corazón en la boca y no era mi corazón el que latía sino solo una cosa jugosa en mi boca, y mi boca mordió el corazón y sentí la pulpa deshaciéndose en mi lengua, pero los golpes violentísimos no acabaron y tenía el corazón en todas partes y sentí sus golpes venir desde dentro de mi cráneo de mis costillas de mi pene de mis testículos y supe que aquellos eran estertores de animales que morían dentro mío y que se morían de sed desesperados por un poco de agua, de toda esa agua que me rodeaba, querían salir, romper mi osamenta y beber, si pudieran, todos los mares, y entonces no sé si abrí la boca o si mis animales desgarraron mis entrañas y me obligaron a abrir la boca para que entrara toda el agua que necesitaban, pero abrí la boca y toda el agua entró por mi boca y mis animales dejaron de golpear mi cuerpo y bebieron toda el agua que ahora era suya y vi en ese momento cómo el mundo a mi alrededor se secaba, cómo la noche líquida se hacía desierto áspero y empecé a morirme con toda el agua del mundo que había tragado

y sin embargo en ese momento en que me ahogaba y sin embargo salía adelante en cada brazada y en cada patada que arrojaba contra la panza fláccida de esa gorda salada, pensaba, me sentía feliz de estar yendo sin mí hacia un hombre que era nadie, y el corazón volvía a latir violentísimo y sentí mis brazos fuertes tomando las axilas de aquel hombre y lo empujé hacia arriba para que vomitara toda el agua del mundo que había tragado, y lo arrastré hacia las luces todavía lejanas soportando los golpes de las olas contra la cara y el pecho, y después mi pie rozó el suelo y supe que me había salvado y que había salvado a aquel hombre que era nadie, y dimos juntos unos pasos más y nos dejamos caer contra la arena y vi el rostro de un extraño tapando el haz de la luna, apretando el pecho del que yo había salvado, y después me levanté y ayudé al otro a incorporar al ahogado, y este hombre traía una mochila y sacó de la mochila una toalla y me la prestó para secarme y luego secó al ahogado, y luego sacó una ropa seca y juntos desnudamos al ahogado y le pusimos unos pantalones y una remera y una campera y ninguno de nosotros dos preguntamos nada ni parecía importarnos qué estaba haciendo ese hombre a esas horas de la noche dejándose morir en el mar, pero el ahogado habló y dijo cosas de un ángel borracho deshecho sobre su propio vómito y de una mujer hecha de fuego que bailaba con la muerte el fin del amor y de una perra salvaje que en medio de un bosque se detuvo ante sus ojos, y habló también de animales que morían dentro suyo desesperados por un poco de agua, y dijo que esos animales querían salir de su cuerpo, romper su osamenta y beber todos los mares porque se morían secándose, mientras nosotros —ni el

otro ni yo— abrimos la boca acaso porque comprendimos que allí no había nada para decir

y así caminamos por la arena pensando en todos los años, todos los días, todos los minutos sin que ninguna imagen de mí mismo se hiciera para mí y así caminamos mucho enchastrados por la luz nueva del amanecer, rodeados por las gaviotas que volaban y luchaban contra el viento, y me di cuenta que las gaviotas que nos rodeaban no volaban ni luchaban contra ningún viento porque no había viento que me diera en la cara, en el corazón, en el sexo, ningún viento que condenara a aquellas gaviotas al trabajo de mil Hércules para sostenerse apenas en el aire, sino que aquellas gaviotas solo estaban allí en el aire, sin aletear, ni moverse ni nada, sino solo flotando inmóviles dejándose hacer por el sol, paralizadas por un tiempo que no estaba en el tiempo, gaviotas, entonces, que yo podía tomar con mis manos como si tomara un libro de un estante y lo leyera un rato y lo volviera a colocar en el mismo lugar del mismo estante, así tomaba entre mis manos aquellas gaviotas y las miraba a los ojos y miraba sus ojos mirarme y sentía la vida caliente latir en sus pechos y las dejaba de nuevo flotando en el aire, quietas, suspendidas en el vacío, hasta que ya no hubo más gaviotas por ninguna parte y entonces surgieron detrás de las dunas las primeras construcciones y cruzamos los médanos y luego una avenida costanera y nos metimos a un bar y pedimos tres café con leche y recién entonces me preguntaron qué estaba haciendo a aquellas horas de la noche metido en el mar y como no supe qué responderles me preguntaron por mi nombre y como tampoco sabía mi nombre me dijeron que podía llamarme Axel Santana o Claudio Scherer o también Pablo Majno y si no me gustaba ninguno de ellos también podía llamarme Roberto Fernández Sein o Alejandro Freire o tal vez Norberto Díaz y cuando me exigieron elegir alguno les dije que en verdad podía llamarme Alejandro Freire porque durante un tiempo había sido Alejandro Freire pero también fui Norberto Díaz por lo que bien podían llamarme con ese nombre, y entonces ellos volvieron a hacer silencio, solo tomaron su desayuno y luego uno se fue a fumar un cigarrillo afuera y el otro se paró y avanzó hacia el baño y yo me quedé solo pensando en todas las horas pensando en todos los días pensando en todos los años sin encontrar mi imagen y recordé muchas cosas de mi vida y en ninguna de las cosas que recordaba estaba yo y pensé en todas las horas en todos los días en todos los años y cómo era posible que ni un día, ni un minuto ni un segundo hubiera podido yo estar presente en mi propia vida

y después no pensé en nada más porque había un bebé junto a la mesa que se había despertado y puesto a llorar en su cochecito y miré alrededor y en el bar había un par de parejas, unos tipos jugando al ajedrez y otros parroquianos en una mesa redonda, y nadie parecía

hacerse cargo de que allí había un bebé y que el bebé estaba solo y estaba llorando, y me levanté, miré alrededor como buscando respuestas, tomé al bebé en brazos pretendiendo hacerlo callar, pensé que enseguida mis nuevos amigos regresarían a mi mesa y me ayudarían a buscar a la madre de la criatura, y allí me quedé esperando que uno regresara del baño y el otro terminara su cigarro, pero ninguno regresó y al bebé pareció gustarle el calor de mis brazos porque dejó de llorar y se divertía mirando algo en mi cara, y caminé con el bebé hacia la puerta, no vi a mi nuevo amigo pero entonces vi en la vereda de enfrente la entrada de una clínica y supe que mi mujer estaba allí dentro, en alguna cama de alguno de sus pabellones, a punto de parir a nuestro segundo hijo en un momento u otro y supe que el bebé que tenía en brazos se llamaba Antonio y que el otro por nacer o acaso recién nacido todavía no tenía nombre y yo estaba muy preocupado por encontrarle un nombre o llamarlo de alguna forma, y luego el bebé se durmió y lo acomodé en el cochecito y lo tapé con su manta, fui al baño buscando a mi nuevo amigo pero en el baño no había nadie y aproveché para mear un poco las aguas del mar que había tragado, preguntándome si Débora ya había parido al otro y si no era tiempo de volver a la clínica, y me daba cuenta entonces que podía recordar cómo se llamaba mi mujer y no sé qué otras cosas pensé en el baño de aquel bar pero supe que ya había estado allí, una y otra vez, durante todos los días en que estuve esperando el parto de mi mujer, y tenía entonces una imagen muy clara de la disposición de los mingitorios, los espejos y los lavabos, y así mientras meaba leía en los azulejos lo que la gente había escrito —números de teléfono, chistes aberrantes, declaraciones de amor, esas cosas—, y me detuve en uno que decía “en fin, pienso en todas las horas pienso en todos los días pienso en todos los años sin encontrar mi imagen…” y luego la frase se cortaba abrupta y el chorro de pis caía por el agujero y yo intentaba adivinar los restos de lo que habían borrado, y cuando terminé de mear y salí del baño, caminé entre las mesas con la mirada levantada hacia afuera, clavada en la entrada del hospital de enfrente y vi de refilón al bebé en el cochecito y sentí odio porque en ese bebé se concentraban todas mis renuncias y en esos pocos kilos de carne humana en el cochecito se había reducido toda mi vida, y supe entonces perfectamente lo que estaba por hacer y no tuve miedo de los parroquianos que acaso estaban viendo cómo yo abandonaba a ese bebé y abandonaba a mi mujer que en la clínica de enfrente estaba pariendo a nuestro segundo hijo, y no tuve miedo de la mirada de aquellos extraños y no tuve miedo de mi infamia y no tuve miedo de todos los días todos los minutos en que ese instante volvería a mí, simplemente no tuve miedo ni de los minutos ni de las horas ni de los años ni del tiempo de mi infamia pudriendo mi cuerpo y mi alma

porque entonces solo quedaría para mí vivir el fin de los tiempos, y concentrado en llegar a la puerta del bar no volví la cabeza para ver al bebé que estaba abandonando entre todos aquellos desconocidos, y abrí la puerta del bar y caminé lentamente hacia la derecha, y vi a mi nuevo amigo sin terminar nunca de fumar su cigarrillo, y pasé junto a él y no me detuve, y creo haber escuchado su voz llamándome y no me detuve, y llegué a la esquina, cambié de dirección, y no me detuve, y me puse a trotar y enseguida ya estaba corriendo y no sé hacia dónde corría pensando que finalmente lo había logrado, sabiendo que todo lo había abandonado, pretendiendo que mi hijo aprendiera a comprender lo que yo en ese momento no comprendía

y pasé todo el día escondiéndome de todos, de nadie y de mí mismo, metiéndome en un bar y en otro y después en otro, limpiando el fondo de todas las botellas y recordé muchas cosas de mi vida y en ninguna de las cosas que recordé estaba yo, y vinieron sí las imágenes de una mujer borracha sentada sobre su propio vómito y vi a unos hombres haciendo una cola para violarla y entre esos hombres había uno que era yo y no era yo, y vinieron sí las imágenes de unas gaviotas detenidas en el aire y en el tiempo como lunas diminutas y puntiagudas, y vinieron sí las imágenes de todas las habitaciones en que alguien despertó con un arma en la mano y sin ningún lugar donde afeitarse y las imágenes sí de ángeles borrachos que se hartaron de buscar la bombacha que nunca usaron y también la imagen de una mujer que bailaba con la muerte el fin del amor ante el resplandor de un fuego que no se apagaba, y las imágenes sí de todos los hombres que en la madrugada se meten en el mar para beber un poco de muerte y de las palabras también de todo los que los hombres escriben en los azulejos sobre los mingitorios de una morgue que a veces también es un bar y vinieron sí las imágenes de todos los ojos que nos miran en la noche despejada y la imagen también de un pájaro hambriento que se detiene sobre el pecho de una mujer buscando el tumor infecto que late entre sus costillas y vinieron sí todas las imágenes de todos los años todas las horas todos los minutos sin que ninguna sea la de mi propio rostro y de algún modo no pensaba en nada y supe que en esa nada que estaba pensando estaba todo el tiempo de los mares que no había conocido y el gusto a muerte en la boca de una guerra en la que nunca estuve y el olor a vómito de todas las habitaciones en las que nunca desperté con una pistola en la mano y mientras eso pensaba no dejaba de preguntarme dónde había estado yo durante todo ese tiempo, esos años, esas horas, esos minutos,

pero supe entonces que entre todas esas imágenes sin mí en mi propia vida, salvé del mar a un hombre que le salían animales por todas partes y nada pregunté y nada dije acerca de esas horas en las que decidía morirse y solo lo sequé y le di ropa nueva y algo caliente

que tomar

y entre todas esas imágenes comprendí en un bar de mala muerte a un hombre que todo lo abandonaba y esa comprensión venía del fondo de la noche de la prehistoria humana

y en medio de todo ese tiempo hubo un instante en que decidí no matar a alguien que se negó a darme un lugar donde afeitarme, solo porque sus hijos me lo pidieron de rodillas y en calzoncillos en un motel abandonado

y aun cuando mi vida se había transformado en una mística del olvido y el error tuve piedad por una criatura abandonada que apreté fuerte contra mi pecho y lo saqué de la mirada de desconocidos y me lo llevé lejos a un lugar donde ni siquiera yo estaba

y supe que entre todas esas imágenes había otras de mayor amor y de más coraje, pero también otras llenas de infamia y desolación

pero entonces no pensé en nada más porque en aquel bar que era el último bar de la ciudad había gente por todos lados y no sabía de dónde salía tanta gente y tuve que pararme para que no me pisaran y enseguida me di cuenta que había comenzado a sonar una música fuertísima y todo se hizo oscuro y solo unas lucecitas de colores giraban sobre las cabezas y otras luces blancas hacían flash y nos enceguecían los ojos, y toda esa gente bailaba en mi derredor y luego se desnudaban y reían y gritaban y llamaban al fin de todos los tiempos, y así defendiéndome de unos y de otros me di cuenta que a aquellos hombres los conocía de antes y de siempre, y entonces tuve miedo de que me reconocieran y no sabía exactamente por qué tenía miedo dado que aquella era la fiesta del fin de los tiempos y todos estaban tan drogados y borrachos que difícilmente alguien se daría cuenta que yo estaba allí, y sin embargo unos y otros me miraron como si me recordaran y cuando quise preguntarles si sabían mi nombre, si Pablo Majno o Axel Santana, si Alejandro Freire o Claudio Scherer, dijeron que yo estaba enfermo y que el monstruo inmaterial vivía dentro mío, y cuando quise preguntarles de qué monstruo inmaterial estaban hablando, de qué estaba enfermo, esa gente me arrinconó contra la pared del lugar y entonces me quitaron toda la ropa y quedé desnudo y unos se pusieron a mi lado e hicieron un agujero en mí y a través del agujero vertieron un líquido azul y una pastilla blanca y gordísima, y luego cuando pensé que eso era todo, que solo se trataba de compartir con ellos la fiesta del fin de todos los tiempos siguieron metiendo más pastillas por el agujero que ellos mismo había hecho, y cada pastilla era una bomba química en mi cerebro y mi cerebro era un campo de concentración químico donde habían encerrado al monstruo inmaterial que vivía dentro mío, y entonces me preguntaron quién era, cómo me llamaba, y como yo no supe qué responder metieron otras pastillas en el agujero y con las

pastillas un poco de puré, creo que era puré, y pedacitos de churrasco también, y cuando el agujero ya estaba lleno escarbaron y escarbaron y me preguntaron si quería más, pero yo estaba ahogado con el puré y las pastillas por lo que solo escucharon un gemido desde el fondo del pozo de carne que ellos mismos habían cavado y entendieron que aquel gemido significaba "sí, quiero más", y metieron entonces otra pastillas y luego otra más y muchas pastillas más de Tenofovir y Emtricitabina y de Efavirenz y de Zidovudina y Lamivudina y después volvieron a preguntar si quería seguir, pero tampoco pude responder nada porque el pozo se había tapado y yo estaba muriéndome ahogado, por lo que cuando se dieron cuenta hicieron otros agujeros en mí y volvieron a meter más pastillas y más puré pero a ellos no les pareció suficiente e hicieron muchos agujeros más, incontables y diminutos agujeritos por donde metían sus dedos en busca del monstruo inmaterial al que nunca encontraron, y como continuaban preguntándome cómo me llamaba, cuál era mi nombre y yo no tenía ningún nombre para darles, pensaron que no los escuchaba e hicieron dos agujeros más que funcionaran como oídos pero como yo seguía sin responder metieron palabras, muchas palabras y entra todas las palabras que metieron en mi boca ninguna que me devolviera un nombre propio, y me preguntaron si quería seguir con aquello y entonces a través de los agujeros que habían hecho en mí metieron ciento de imágenes sin que ninguna fuera la de mi propio rostro, imágenes de todos esos años todos esos días todos esos minutos en que mi vida se había hecho y yo no había estado ahí para vivirla, no estaba donde la vida se hacía, no estaba en ninguna parte, en ninguna de todas esas imágenes que se hacían en mí

pero como no encontraron al monstruo inmaterial que estaban buscando y tampoco supe yo identificar entre todas las palabras y los nombres que habían puesto en mí alguna palabra o algún nombre que fuera mi palabra o acaso mi nombre, sentenciaron que mi tiempo se había acabado y que ahora iba a tener mi castigo, un infinito castigo —dijeron—, y me fueron empujando muy lentamente, casi sin darme cuenta, contra un rincón, y unas manos fuertes abrieron mis nalgas y pasaron unos dedos por mi cola y todo daba vuelta en mi cabeza y se iba y se fugaba, y entonces sentí ardor en el estómago y vomité sobre mí mismo y el vómito se hizo enchastre contra el piso y también enchastre contra el pecho de un hombre de negocio que me tenía acorralado contra la pared metiendo sus dedos en mi ano y el hombre de negocio entonces se enojó mucho conmigo por haberlo vomitado encima y me tomó del cuello y me dio un cachetazo y después otro y escupió contra mi cara y yo quise levantar mis manos para defenderme pero mis brazos pesaban un universo completo y el hombre de negocios me soltó el cuello y dio unos pasos hacia atrás y

yo caí sobre mi propio vómito y entonces o un poco más tarde vino otro hombre de negocio y se tocó la verga delante mío y me agarró del pelo y metió la verga dentro de mi boca y luego se agachó y me levantó las piernas y me dejó la cola por encima del piso y expuesta a lo que fuere, y entonces se tiró despacio arriba mío y me metió la verga en la cola y empezó sacudir sus caderas contra mi vientre y yo no sentía nada, unas hormigas en las entrañas, solo unas hormigas recorriendo mis esfínteres, y la verga del tipo entraba y salía y yo estaba tan fuera de mí que ni me daba cuenta que la verga del tipo entraba y salía de mi ano como si mi ano estuviera hecho de manteca, y no sentía asco, no sentía nada, pero no tenía ganas de que ese tipo estuviera haciendo eso, no tenía ganas de que me penetrara de esa forma ni de ninguna forma, solo tenía ganas de no estar ahí, de no estar en ninguna parte o en todo caso solo estar ahí, solo dejarme estar drogado y tirado sobre mi propio vómito y que eso no significara nada ni para mí ni para nadie, y que me dejaran estar así drogado y tirado sobre mi propio vómito sin que nadie entendiera que eso significara necesidad de ser penetrado y humillado, y entonces vi por encima del hombro del tipo que me estaba violando a los otros hombres de negocios haciendo una fila detrás, tocándose la verga y esperando su turno para penetrarme, humillarme y violarme porque seguramente —pensé— ese era el castigo que yo merecía por ser anfitrión del monstruo inmaterial, un infinito castigo que yo habría buscado desde el comienzo de mi vida sin saber exactamente qué era lo que había hecho para que el monstruo inmaterial me eligiera a mí y no a cualquiera de los que entonces me sometían en aquel bar que era el último bar de la ciudad, ni merecer tampoco aquel infinito castigo por hospedar al monstruo inmaterial, y entonces pensé que acaso esos hombres de negocios hacían fila para penetrarme solo porque yo mismo lo había deseado, solo porque toda mi vida había buscado un infinito castigo por algo que nunca había hecho, y si nunca lo había hecho entonces ¿para qué buscaba un infinito castigo?, y entonces me pareció absolutamente lógico y natural que todos esos hombres hicieran fila para violarme, y entonces pensé que ninguno de ellos era responsable ni culpable de lo que estaba sucediendo, porque, en verdad, ¿qué era aquello?, sino parte de las cosas que pasan y que solo pasan porque sí, no porque yo lo hubiera merecido como infinito castigo de algo que nunca había hecho, ni porque ellos quisieran hacer algo malo para conmigo, sino que ellos también sufrían, acaso no de haber sido elegidos por el monstruo inmaterial para habitar sus entrañas sino que sufrían el hecho de que las cosas pasaran porque sí, solo porque sí nomás, y a veces entre esas cosas sucediera también que pasara algo malo, tan malo como el hecho de cobijar al monstruo inmaterial o bien estar quebrado con todas aquellas pastillas en mi

cerebro, derrumbado sobre mi propio vómito, mientras ellos se encontraban haciendo una fila para violarme

y entonces pensando en todo ello, mientras recibía al cuarto o al quinto tipo que me agarraba de las piernas para penetrarme, me di cuenta que todos los tipos que esperaban su turno tenían vergas de caballos en celo y no sabía muy bien si en verdad era el tamaño de sus vergas el que había cambiado o eran sus cuerpos los que se habían transformado perdiendo espesor, tamaño y altura, como si fueran entonces chicos de unos seis o siete años que sin embargo mantenían el tamaño normal de sus vergas de tipos de cuarenta o cincuenta años, en todo caso, no sabía si se trataba de los mismos tipos que celebraban el final de los tiempos u otros diferentes pero entonces identifiqué que los que estaban haciendo la cola para violarme eran chicos, chicos de siete u ocho años, y que estábamos en el salón de nuestra clase y que yo estaba tirado sobre mi propio vómito en uno de los rincones del lugar y mientras uno de ellos me estaba penetrando con su verga de caballo en celo y los demás esperaban su turno, no sabía yo si mi cuerpo violado era el de un hombre de cuarenta años o como ellos era el cuerpo de un chico de siete años porque en todo el tiempo de todas las imágenes que hicieron mi vida sin mí no había ninguna imagen de mí mismo, de mi rostro, de mi cuerpo, sino solo la imagen de esos chicos violándome en el fondo del aula, y también la imagen del maestro de clase que en ese momento estaba sentado en su escritorio hablando con unos padres que quizás eran mis padres que acaso habían sido citados por el maestro para advertirles que yo solía comer pájaros en el patio durante el recreo, y al ver a mi maestro y mis padres comencé a gritar con todas las fuerzas que podía, y les gritaba como si ellos estuvieran a miles de kilómetros de distancia, y les gritaba que hicieran algo para detener a todos esos chicos con vergas de caballo que me violaban en el fondo del aula, y tanto grité que finalmente el maestro se paró y mis padres también se pararon y se dieron vuelta y me miraron, y ellos también me gritaron pero ordenándome que me callara y que aprendiera a hacerme hombre, y yo no entendí qué querían decir con eso de hacerme hombre cuando estaba siendo humillado por aquellos chicos, y quise responderles pero enseguida me di cuenta que en la puerta estaban también los otros maestros y también el director de la escuela y también los padres de aquellos chicos, y entonces todos cuchichearon cosas y me señalaron y después uno de aquellos padres dijo que yo nunca aprendería a hacerme hombre, y mi padre que estaba delante de todos asintió con la cabeza lo que el otro había dicho, y mientras uno de mis compañeros seguía penetrándome con su verga de caballo, el maestro de clase dijo que debía aprender que aquello era absolutamente lógico y natural y que ninguno de ellos era responsable ni culpable de lo que

estaba sucediendo, porque, en verdad, ¿qué era aquello?, sino parte de las cosas que pasan y que solo pasan porque sí, no porque yo lo hubiera merecido como infinito castigo de algo que nunca había hecho, ni porque ellos quisieran hacer algo malo para conmigo, sino que todos —los chicos, los padres, los maestros, el director—, todos sufrían el hecho de que las cosas pasaran porque sí, y a veces entre esas cosas sucediera también que pasara algo malo, tan malo como el hecho de estar yo derrumbado sobre mi propio vómito y ellos haciendo cola para violarme

y después, no sé qué pasó después, porque abrumado por todo lo que estaba pasando cerré los ojos mientras mantenía los ojos abiertos y me desmayé y nadie, ninguno de los chicos que me violaban, ni mis padres ni los padres de los chicos, ni los maestros ni el director se dieron cuenta que yo me había desmayado, porque todo se fue, se fugó y yo me quedé tirado contra el piso o en alguna parte que era cualquier parte, no lo sé, porque entonces yo no estaba ahí, no estaba en ninguna parte, no estaba en ese minuto en todas esas horas en todos esos años en que la vida se hizo y yo no estuve allí para vivirla como mi vida, pero que posiblemente era la cama de un hospital o de un neuro-psiquiátrico digo porque en aquella oscuridad el silencio se rompió y había voces que me parecieron voces de enfermeras y voces de doctores y voces de mis padres hablando con ellos acerca de lo que había sucedido en relación a eso que llamaban violación, o que acaso era la cama de la casa de mis padres, no lo sé, porque entonces las voces comenzaron a hablar de cualquier cosa y ninguna de ellas estaba referida a mí, a ese cuerpo en todo caso que debía ser tan importante por lo que le había sucedido pero al que nadie le prestaba ninguna atención, y aquello me angustiaba porque yo quería comprender qué era lo que toda esa gente decía alrededor mío, y decían cosas muy importantes y contaban historias muy terribles y hermosas de amor y desamor y de muerte y de revolución pero ninguna de ellas estaba relacionada conmigo, y entonces me imaginé si acaso no estaba yo dentro de una obra de teatro en la que hacía de muerto, una obra muy experimental, una obra de vanguardia en la que habían puesto un muerto en escena pero que nada tenía que ver con la obra, un muerto del que nadie hablaba ni señalaba, pero que en alguna parte del escenario debía atraer todas las miradas solo para hacerles saber que la muerte nada importaba, y entonces debía estar yo dentro de un cajón mortuorio como un centro vacío de la escena, una nada por la que sin embargo todo cobraba sentido, por lo que entonces solo debía concentrarme en mi papel de muerto y no moverme y no abrir los ojos y hacer todo lo posible para no respirar, y pasaron muchas horas, y hubo muchos silencios que me hicieron pensar que era el fin de la obra y ya podía levantarme y también hubo

muchos aplausos que pensé eran los aplausos finales y sin embargo siempre más tarde o más temprano los diálogos de los otros actores recomenzaban y yo perdía mis esperanzas y volvía a concentrarme en mi papel de muerto, y pasaron muchos días, y yo no podía dejar de pensar en todas esas horas, todos esos días, todos esos años en que la vida se hizo sin mí y en todas las imágenes de todo ese tiempo en que yo no estuve en mí mismo, y pasaron muchos años y la obra continuó haciéndose y los actores encarnaron muchos dramas y comedias y tragedias y dijeron cosas muy hermosas y muy tristes y entre todas esas aventuras que vivían en mi derredor hubo actos de mucho coraje y amor y también hubo actos de mayor infamia y desolación, y también hubo muchos silencios más y también más aplausos que siempre eran los aplausos del final

en fin…

la noche es larga y brillan todos los ojos que no me miran

y pienso en todo lo que dura esta noche que todavía no encuentra su término

y pienso en muchas otras cosas más y entre todas ellas no hay quién haya sido ni dónde es que sucedió ni en qué tiempo de los hombres ocurrió esa vida que no fue la mía

pero sé que una perra sobre mi pecho

pero supe que un ángel borracho

y una mujer bailando con la muerte el fin del amor

me miraron a los ojos al corazón al sexo

como solo puede mirar a los ojos al corazón al sexo

un ángel borracho al que violan sobre su propio vómito mientras yo espero mi turno para hacerlo

como solo pueden ver los ojos de una criatura que sabe que ese es el momento del abandono

como me miraron una vez los ojos del que se ahogaba en el mar cuando yo lo salvaba de sus ganas de todos los mares

porque yo también miré a los ojos al corazón al sexo

al que esperaba su turno tocándose la verga de caballo en celo la vez que borracho era violado sobre mi propio vómito

a los pocos kilos de carne que eran todo mi mundo el mundo que yo abandonaba en un bar cualquiera en un cochecito entre desconocidos

porque yo también miré una vez una madrugada a un hombre que me salvaba de mis ganas de todos los mares

en fin…

todos estos años estas horas estos minutos vienen a mí

mientras hombres y mujeres bailan y ríen y lloran y hacen la vida alrededor mío y yo no sé si mi papel es el de un muerto un centro vacío que está en cualquier parte y en ninguna porque entre todas las

imágenes que vienen a mí no hay ninguna en la que yo esté

o bien estoy, pienso ahora, estoy o me veo estar en todas partes sin estar en ninguna, me veo violando al ángel borracho y me veo siendo violado por todos esos hombres con vergas de caballo

y me veo abandonando a mi hijo y también salvando a mi hijo de mi propio abandono

y me veo también una noche una vez muriendo lejano en el mar y a la vez salvando del mar a un hombre lejano

y en muchos otros lugares y tiempos y actos de mayor coraje e infamia, de más plenitud y desolación, y todo lo veo como si yo no hubiera estado ahí porque eso es no verme en absoluto y acaso esa misma es la mirada de la muerte y también la del amor: mirar y ser mirado a los ojos al corazón al sexo como acaso solo puede hacerlo el mar una madrugada un verano al que vaga con una pistola en la mano sin tener donde

Del autor

Pablo Farrés nació en 1974. Publicó *El punto idiota* (Pánico el Pánico, 2011), *Literatura Argentina* (Pánico el Pánico, 2012 / Editorial Nudista, 2020), *El Reglamento* (Letra Viva, 2013), *El Desmadre* (Pánico el Pánico, 2013), *Mi pequeña guerra inútil* (Editorial Nudista, 2016), *Las pasiones alegres* (Editorial Nudista, 2020) y *El libro del buen olvido* (Editorial Nudista, 2021).

Otros títulos publicados:

despiértenme cuando sea de noche - fabio martinez (cuentos)

1027 - eloísa oliva (poesía)

el mundo no es más que eso - martín maigua (poesía)

vida en común - pablo natale (poesía)

casa de viento - antología personal - osvaldo bossi (poesía)

newton y yo - marcelo daniel díaz (poesía)

cielos de córdoba - federico falco (nouvelle)

unos días en córdoba - juan terranova (diario-crítica)

la pared - irene gruss (poesía)

el tiempo en ontario - eloísa oliva (poesía)

el loro que podía adivinar el futuro - luciano lamberti (cuentos)

orquídeas - margarita garcía robayo (relatos)

avenida de mayo - silvio mattoni (poesía)

K I K I 2 - cuqui (diario)

los pibes suicidas - favio martinez (novela)

los centeno - pablo natale (novela)

villa olímpica - carlos surghi (poesía)

romper la vida /antología existencial/ - alejandro schmidt

experimentos con seres humanos - carlos schilling (relatos)

razones personales - franco boczkowski (poesía)

la vertiente - sergio gaiteri (novela)

el asesino de chanchos - luciano lamberti (cuentos)

lima y limón - antonio jiménez morato (novela)

las noticias - hernán arias (novela)

el momento de debilidad - bob chow (novela)

donde empieza a moverse el mundo - carina radilov chirov (cuentos)

yo soy aquel - osvaldo bossi (novela)

la cabeza del monstruo - agustín ducanto (cuentos)

un oso polar - pablo natale (cuentos)

acá había un río - francisco bitar (cuentos)

EL ÁGUILA HA LLEGADO - bob chow (novela)

los niños de renoir - mariana robles (poesía)

el resto de los días - natalia ferreyra (cuentos)

firket misión tropical - marcelo miceli (novela)

disfrazado de novia - carlos schilling (relatos)

anzoología - leopoldo castilla (poesía)

viento caribe - leopoldo castilla (poesía)

ngorongoro - leopoldo castilla (poesía)

los impuros - analía giordanino (relatos)

luces de navidad - francisco bitar (relatos)

historia universal de santiago del estero - andrés navarro (poesía)

mi pequeña guerra inútil - pablo farrés (novela)

las siete maravillosas antologías contemporáneas - pablo natale (poesía)

cometa de la noche negra - diego vigna (novela)

dioses del fuego - fabio martinez (cuentos)

la tarde de los profetas - juan revol (poesía)

lecciones de romanticismo alemán - carlos surghi (poesía)

hikaru - mario flores (novela)

el montaje obsceno - claudio rojo cesca (cuentos)

detrás de las imágenes - daniel medina (novela)

una tristeza decente - salvador marinaro (cuentos)

C6 C7 - fernando callero (novela)

el teru teru xy - jorge brondo

baltasar - leopoldo castilla (poesía)

monte - julio salgado (poesía) el apocalipsis según asmar - lucas asmar moreno (novela)

poeta surfera y otros éxitos - meliza ortiz (poesía)

casa grande - cecilia romero messein (poesía)

la puerta del cielo - ana llurba (novela)

la última piel del mundo - leopoldo castilla (poesía)

el don del alabado - leopoldo castilla (poesía)

el sabor de la sangre - maría belén davil (cuentos)

a usted, navegante - fabiana zuccatto (diario)

aquello era el cielo - viviana bernadó (cuentos)

tres realismos - maximiliano crespi (ensayo)

variación sobre la costa litoral - beatriz actis (cuentos)

las pasiones alegres - pablo farrés (novela)

el libro del buen olvido - pablo farrés (novela)

reinas de pueblo grande - carina radilov chirov (cuentos)

los escoltas y el secreto plan del peronismo para viajar en el tiempo - eddie fitte (novela)

parajes - cristina iglesia (relatos)

siempre las sombras - mariana skiadaressis (novela)

cacería - mario flores (novela)

nigredo - agustín conde de boeck (novela)

el colapso de lo posible - g. guerber (novela)

un poco demasiado - maximiliano crespi (ensayo)

antes de que te vayas de casa - pablo natale (novela)

como si hubiera pasado una garza - leopoldo castilla (poesía)

jerusalén, el tigre de dios - leopoldo castilla (poesía)

un hombre canta - aldo parfeniuk (poesía)

torcaza y delantal celeste - ivonne bordelois (poesía)

literatura argentina - pablo farrés (novela)

farrés, pablo
las series infinitas / pablo farrés. - 1a ed. - río tercero : nudista, 2023.
libro digital, EPUB
archivo digital: descarga y online / isbn 978-987-8341-39-2
1. virus. 2. literatura argentina. I. título
CDD A683

@pablo farrés, 2023, río tercero, córdoba, argentina.

ficha técnica

foto de tapa ::: jr karpa - unsplash
diseño y edición ::: martín maigua

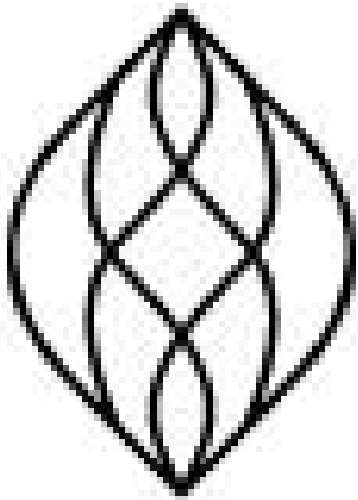
contactos

editorial@nudista.com.ar

facebook: @edinudi
twitter: @edinudi
instagram: @editorialnudista

lee este título también en nuestra biblioteca: biblionudista.ar

visita nuestra tienda virtual: tiendanudista.ar
web oficial: nudista.ar



EDITORIAL nudista

queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier medio o procedimiento, sin permiso previo del editor y/o autor.

Table of Contents

PRIMERA PARTE
TODOS LOS HOMBRES DE EMILIA
::: 1 :::
::: 2 :::
::: 3 :::
::: 4 :::
::: 5 :::
::: 6 :::
SEGUNDA PARTE
Los manuscritos de EL GRAN POEMA DE LA MUERTE
I. EL JET LAG DE UN LARGO VIAJE ALREDEDOR DE LA TIERRA
II. UN CURSO DE LENGUAS EXTRANJERAS
III. UNA METAFÍSICA DE LOS OLORES
IV. UNA PELÍCULA DE AMOR TROTSKISTA
V. EL MONSTRUO GENÉTICO
VI. LA CARRERA LOCA DEL AMOR
VII. LAS INTERFERENCIAS CÓSMICAS
VIII. LA ANARQUÍA CORONADA
EL MONÓLOGO INTERIOR DE LOS GEMELOS CUÁNTICOS
IX. EL GRAN HERMANO DEL SANTO PARANOICO
X. EL EJÉRCITO FANTASMA
XI. LA POSIBILIDAD DE UNA ISLA
TERCERA PARTE
LA OBSESIÓN DEL FANTASMA
POST–SCRIPTUM
BREVE HISTORIA DE LA PERSONA QUE NUNCA FUI
Del autor